

JORGE VOLPI

LA IMAGINACIÓN
Y EL PODER

UNA HISTORIA
INTELLECTUAL
DE 1968



ERA



Biblioteca Era

Jorge Volpi

La imaginación y el poder

UNA HISTORIA INTELECTUAL DE 1968



Ediciones Era

Una parte de este libro fue escrita gracias al Programa de Apoyo a Proyectos y
Coinversiones del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes.

Primera edición: 1998

Segunda reimpresión: 2006

ISBN: 968.411.432.X

DR © 1998, Ediciones Era, S.A. de C.V.

Calle del Trabajo 31, 14269 México, D.F.

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

www.edicionesera.com.mx

A mis padres

Se trata de hombres de diversas estirpes, que profesan diversas religiones y que hablan en diversos idiomas.
Han tomado la extraña resolución de ser razonables.
Han resuelto olvidar sus diferencias y acentuar sus afinidades.

Jorge Luis Borges, "Los conjurados"

Pero nadie podía suponer, nadie podía imaginar, nadie podía creer, nadie podía temer lo que iba a ocurrir. Esteban había firmado también algunos manifiestos de "Artistas e Intelectuales". Un nombre más entre cientos de nombres. Y en tanto los días pasaban.

Juan García Ponce, *Crónica de la intervención*

De la misma manera que las epidemias medievales no respetaban ni las fronteras religiosas ni las jerarquías sociales, la rebelión juvenil anuló las clasificaciones ideológicas. A esta espontánea universalidad de la protesta correspondió una reacción no menos espontánea y universal: invariablemente los gobiernos atribuyeron los desórdenes a una conspiración del exterior.

Octavio Paz, *Posdata*

Índice

Agradecimientos	10
Preludio.....	11
ANTES DE 1968	11
PRIMER ACTO	
Dramatis personæ	
1º AL 31 DE ENERO, 1968.....	15
Pronósticos de año nuevo.....	15
Retrato de un presidente	22
El México de Carlos Monsiváis	28
Retrato de un cronista.....	34
Los conspiradores	36
La mafia.....	41
Carlos Fuentes	47
Octavio Paz.....	56
Los demás	59
SEGUNDO ACTO	
I want to live in America	
1º AL 28 DE FEBRERO, 1968.....	65
La muerte del Che	65
La idea revolucionaria en los sesenta	67
El Che y la revolución.....	69
La revolución negra	75
El regreso de los intelectuales revolucionarios.....	77
1º AL 31 DE MARZO, 1968	86
Crear no uno, sino dos, tres, muchos Vietnams... ..	86
Beatniks, hippies y xipitecas.....	88
Vietnam desde México.....	94
El gobierno invisible de Estados Unidos.....	100

Un intelectual non grato	105
1º AL 30 DE ABRIL, 1968.....	107
La disidencia en México	107
Un intelectual en el poder: Agustín Yáñez	109
Vanguardias y retaguardias	110
Critizando a los críticos.....	115
La muerte de Martin Luther King.....	120

TERCER ACTO

La imaginación al poder

1º AL 31 DE MAYO, 1968	127
Breve recorrido por los movimientos estudiantiles	127
Europa occidental.....	128
Estados Unidos.....	133
Europa del este	134
1º AL 30 DE JUNIO, 1968	139
La rebelión estudiantil en la prensa mexicana.....	139
La muerte de Robert Kennedy	150
1º AL 21 DE JULIO, 1968	152
El primer culpable.....	152
Marcuse en México	156
Marcuse y el movimiento estudiantil	158
El final del movimiento	165
Un mexicano en París	175
La insurrección en América Latina.....	183

CUARTO ACTO

Los filósofos de la destrucción

22 DE JULIO AL 2 DE OCTUBRE, 1968.....	187
El movimiento estudiantil mexicano y los intelectuales.....	187

QUINTO ACTO

La conjura de los intelectuales

DESPUÉS DEL 2 DE OCTUBRE, 1968.....	280
La noche de Tlatelolco	280
La versión del presidente	285
Las primeras reacciones.....	287
La conjura.....	292
Las declaraciones de Elena Garro	304
El resto es silencio	312
La Olimpiada.....	317
La renuncia de Octavio Paz.....	318
La defensa del poeta	326
La poesía como protesta	329
Un drama de familia	341
Los días de la ignominia.....	346
José Revueltas regresa a la cárcel.....	348
El final del movimiento	353
Los intelectuales al servicio del poder.....	357
Fin de año.....	360

EPÍLOGO

A TREINTA AÑOS DE 1968	362
Notas	377
Bibliografía	378

Agradecimientos

Este libro no hubiera sido posible sin la ayuda y los consejos de las siguientes personas: Fernando Álvarez del Castillo, Fabienne Bradu, Marco Antonio Campos, Christopher Domínguez Michael, Beatriz Espejo, Gerardo Laveaga, Pedro Ángel Palou, José Emilio Pacheco, Ignacio Padilla, Armando Pereira, Héctor Perea, Elena Poniatowska, Vicente Quirarte, Alejandro Toledo, Eloy Urroz y Valquiria Wey.

De modo particular, agradezco a la licenciada Celia Ramírez López, coordinadora del Archivo Histórico de la UNAM, las facilidades que me concedió para la consulta de su acervo hemerográfico, así como a Beatriz Pagés e Ignacio Solares, actuales directores de *Siempre!* y *La Cultura en México*, por permitirme revisar la colección completa de ambas publicaciones que se conserva en las oficinas del semanario.

J.V.

Preludio

ANTES DE 1968

La historia que se narra a continuación tiene dos momentos culminantes: el primero ocurrió el 2 de octubre de 1968, en la ciudad de México, cuando tropas del ejército y miembros de grupos especiales de la policía dispararon contra una multitud de jóvenes reunida en la Plaza de las Tres Culturas, en Tlatelolco. El segundo es una insólita derivación del anterior: días después de la matanza, luego de ser detenido por las autoridades, Sócrates Amado Campos Lemus, uno de los líderes del movimiento estudiantil, acusó a un grupo de políticos, así como a algunos intelectuales, de ser los responsables de una vasta conjura contra el gobierno mexicano. En su declaración ministerial, Campos Lemus inculpó de modo notable a la escritora Elena Garro, quien a su vez se encargó de engrosar la lista de intelectuales involucrados en la supuesta conspiración hasta hacerla llegar a la increíble cifra de quinientos.

A pesar de su evidente falsedad, estas revelaciones acabaron por mostrar algo que estaba presente en la vida pública mexicana desde hacía mucho: la desconfianza del poder hacia los escritores y artistas que intervienen en política. Acicateada por el gobierno, la prensa creó una *conjura de los intelectuales* para explicar el origen del movimiento y justificar la represión: los verdaderos culpables de los disturbios, de la sangre derramada y del desprestigio nacional eran los “críticos de izquierda” que habían alentado a las masas juveniles. El inicio de una cacería de brujas, la detención de José Revueltas y otros profesores universitarios y la renuncia de Octavio Paz a la embajada de México en la India constituyeron nuevos episodios de esta pugna entre los intelectuales y el estado. Nada extrañó cuando, ya desde su IV Informe de Gobierno, el presidente Gustavo Díaz Ordaz se había encargado de culpar a los “filósofos de la destrucción” —apelativo que designaba a Herbert Marcuse, pero en general a todos los intelectuales de izquierda— de ser los instigadores de las revueltas que sucedían en el mundo.

Este trabajo, empero, no es un estudio sobre el movimiento estudiantil de 1968. Tampoco es un examen de la relación de los intelectuales con el poder público en México. Se trata, más bien, de una bitácora de la actividad literaria y política que numerosos escritores y artistas mexicanos emprendieron ese año, formulada a partir de los textos que publicaron en el suplemento *La Cultura en*

México del semanario *Siempre!* La intención de estas líneas, pues, no es tratar de hallar, en los textos que escribieron, las causas o las explicaciones de la agitación o de la masacre de Tlatelolco, sino descubrir su reacción frente a estos acontecimientos, estudiando los hilos que se tendían entre la creación literaria y el compromiso político, entre la literatura y la ideología, entre la vida privada y la vida pública. La idea, en fin, es construir un anuario intelectual de 1968 y entender, por tanto, una porción esencial de México durante una de sus crisis extremas.

Muchas veces se ha repetido que el 2 de octubre de 1968 provocó una brusca ruptura en la historia reciente del país y que sus consecuencias siguen haciéndose sentir hasta ahora. Sin discutir aún la validez de esta consideración, lo cierto es que, a partir de ese día, la vida de estos intelectuales mexicanos se transformó de manera radical. Desde el inicio del movimiento, ellos fueron, lógicamente, los primeros en tomar una postura ante los hechos que se iban desencadenando; luego, cuando se desató la represión, cada uno tomó su camino y, al hacerlo, decidió en gran medida su fama futura: algunos fueron a dar a la cárcel, otros se refugiaron o escondieron, otros más recibieron la censura y la crítica acerba por parte del poder, unos pocos optaron por la lucha clandestina e incluso hubo quienes, sin ambages, se plegaron a los designios del gobierno. De un modo u otro, todos han sido juzgados por la actitud que asumieron hacia la rebelión estudiantil: sus posturas constituyen un inventario de la guerra ideológica que se llevó a cabo en los diarios y revistas de modo paralelo a la que se producía en las calles y plazas del país.

A tres décadas de distancia se hace necesario no sólo revisar las lecciones dejadas por estos escritores y artistas, no sólo verificar las condenas o las absoluciones que han merecido a posteriori, sino develar las conductas, actitudes e ideas que rodearon al 2 de octubre y explorar las rutas decididas por cada uno de ellos con el fin de comprender algunas de las más enconadas turbulencias del México moderno. Por una vez, se impone olvidar los juicios sumarios: por ello, este libro pretende ser, antes que nada, una exposición de *sus* motivos.

1968. Pocos años en el siglo como éste —1910, 1932, 1994—, en el cual los estremecimientos políticos se correspondieron con una participación pública y un compromiso intelectual idénticamente vigorosos. Fue, sin duda, un tiempo de transición, de cambios y sobresaltos y, sobre todo, de imprevistos. Al comenzar enero con los mejores augurios de paz y hermandad —que escondían, por supuesto, la inconformidad soterrada de varios lustros—, nadie hubiese podido adivinar los profundos conflictos que habrían de presentarse en el transcurso de unas pocas semanas. Por más que ahora sea evidente que 1968

fue la culminación de procesos desarrollados en las décadas previas, una palabra parece definir la reacción de quienes lo vivieron: la sorpresa. Nada de lo que pasó a partir de los últimos días de julio *debería* haber pasado. Ni el presidente, ni la clase política, ni los estudiantes, ni los padres de familia, ni los propios intelectuales pudieron suponerlo, ni evitarlo.

La complejidad del sistema político mexicano hizo que el orden de las previsiones se perdiese y que, de pronto, los mecanismos conocidos para resolver sus problemas —de la cooptación a la represión— resultaran ineficaces. Pequeños desajustes, márgenes de error mínimos y valoraciones equivocadas provocaron que la situación se volviese incontrolable, que los distintos componentes de la sociedad se relacionaran de un modo desconocido hasta entonces y que de causas diminutas se desprendiesen efectos mayúsculos. Para los intelectuales, los inicios de este fenómeno pasaron igualmente inadvertidos porque, en medio de la vorágine, no pudieron conservarse como observadores imparciales de los hechos, convertidos en actores esenciales del drama.

La historia intelectual de un año sorpresivo. La empresa se antoja ardua: si se trata de rastrear los motivos de la imprevisión, las urgentes respuestas que los hombres y las mujeres del momento dieron a una realidad incierta, no habrá más remedio que rescatar su asombro. Hacer de la impericia y el sobresalto, de la espontaneidad y los equívocos, el sustrato elemental de este libro. Para lograrlo he tratado, en lo posible, de consignar cada una de las voces que se escucharon entonces. Esta versión de 1968 se construye, así, como una pieza teatral que permite el libre movimiento de sus protagonistas.

Por último, debo revelar que la idea de este ensayo tuvo su origen en dos obras que, pese a sus diferencias, guardan una pretensión común. En *El desfile del amor* (1984), de Sergio Pitol, una de las novelas imprescindibles de la literatura mexicana, el personaje es un especialista en historia, Miguel del Solar, quien ha escrito un trabajo único en su tipo, titulado *El año 14*. Al iniciarse la novela, Del Solar se dispone a emprender un nuevo proyecto, esta vez sobre 1942, como parte de un amplio catálogo de monografías sobre los años capitales de la historia de México. Como si el ficticio académico de Pitol hubiese cobrado vida, el historiador estadounidense Herbert Lottman publicó, en 1992, una obra que actualiza las pretensiones de Miguel del Solar: *La caída de París, 14 de junio de 1940*. Se trata, como su título indica, de una minuciosa revisión de los días previos a la caída de París a manos de Hitler, basada en el testimonio de los sobrevivientes de la época.

Las páginas que siguen intentan reproducir el despropósito de Pitol y emular el ejemplo de Lottman al poner de nuevo en escena un año que excedió, en muchas ocasiones, cualquier ficción posible.

PRIMER ACTO

Dramatis personæ

1º AL 31 DE ENERO, 1968

Pronósticos de año nuevo

Comienza 1968. El primero de enero ha sido proclamado Día Mundial de la Paz y, con tal motivo, el papa Paulo VI ha dirigido una fervorosa oración para lograr este propósito. Para el zodiaco chino, 1968 es el año del mono y, según Miguel León Portilla, el año Ocho Pedernal de la cosmogonía azteca que, de acuerdo con los cálculos de los antiguos mexicanos, también es considerado como el inicio de una era de paz.

En los diarios del día 2, los comentaristas anuncian las principales noticias que, según ellos, llenarán las primeras planas del año: la guerra de Vietnam, los trasplantes de corazón y los vuelos espaciales.

En *Excélsior*, Abel Quezada, uno de los más agudos caricaturistas del momento, dibuja sus propios pronósticos: “Regresarán a México cuando menos dos intelectuales en el exilio [Octavio Paz y Carlos Fuentes]. Las Olimpiadas serán un éxito y tendremos campeón propio. Manzanero, el músico poeta, será figura internacional. Johnson será tan popular como siempre. Comenzará el futurismo. Y ahora sí, ¡caerá! sin duda, ahora sí, ahora sí”. A la semana siguiente, el 8 de enero, Quezada insiste en el tema en otro de sus cartones. Con el título de “El 68 Olímpico”, vuelve a dibujar los motivos para 1968: Vietnam, los hippies, la reelección y Fidel (el mexicano).

Entre tanto, en el suplemento *La Cultura en México* del semanario *Siempre!*, el escritor Carlos Monsiváis comienza el año con un repaso del anterior. En su texto, el cronista se apunta como un sereno e irónico ajustador de las cuentas de 1967 y, además, como un insólito profeta para el año que inicia. A treinta años de distancia, sus palabras suenan como un anatema que —sin que él pudiese saberlo entonces— habrá de convertirse en una verdad abismal:

1967 ha desempeñado en la historia privada de México un papel premonitorio o prologal: es a 1968 lo que 1909 fue a 1910.

Aunque la frase parece revelar una coincidencia atroz, en su momento no posee ninguna intención adivinatoria: al pronunciarla, Monsiváis sólo trata de

informar dónde se encuentra el país, qué ha sido de México en el año anterior y, a partir de ahí, imagina el futuro próximo. Con el humor ácido que caracteriza su estilo, Monsiváis despeja la sorpresa y, ahora sí, se equivoca:

[Pero] no porque estemos en vísperas de un estallido subversivo o porque ya se adivine la construcción de otro Taj-Mahal semejante al que liquida la avenida Juárez, sino porque a través de los Juegos Olímpicos volvemos a revivir, a reconstruir la emoción de las Fiestas del Centenario.

El cronista apuesta sobre seguro. Como todo el mundo, sabe que 1968 parece destinado a ser, ante todo, el año de las Olimpiadas. Este magno evento, cuidadosamente preparado, acapara la atención del público mexicano como si se tratase de la venida de un cometa —para continuar con el símil porfirista— o el anuncio del premio mayor de la lotería. En la imaginación de quienes comienzan a leer las páginas deportivas y las predicciones astrológicas de las primeras semanas de 1968, el octubre olímpico significa un punto de llegada, la culminación de un largo esfuerzo nacional. La ceremonia de inauguración se convierte, así, en una *utopía* alcanzable que revela una de las más queridas obsesiones de los mexicanos, y sobre todo de quienes ejercen el poder: la posibilidad de ser vistos por el resto del mundo en condiciones de igualdad, como una sociedad civilizada, atenta y pacífica; la seguridad de ser admirados y comprendidos por un Occidente siempre reacio a volver la mirada hacia sus vástagos en vías de desarrollo.

Parte integrante de una tradición histórica caracterizada por las leyendas negras —que va de la inquisición española a la revolución mexicana y de las *repúblicas bananeras* a la revolución cubana—, México siempre ha buscado escapar de esta marca de infamia e integrarse, de plano, al mundo occidental. Por desgracia, la realización de este anhelo nunca ha llegado a cumplirse por completo: si el porfiriato logró una imagen de estabilidad y mesura internacionales, su derrumbe a principios de siglo significó, una vez más, el fin de la imagen paradisíaca que la nación había presentado al extranjero. Luego, con el triunfo de la revolución, cada uno de los gobernantes en turno volvió a intentar, con idéntico ahínco, la misma empresa: mostrar al mundo una fisonomía de calma y transparencia, aunque con resultados hartamente modestos. A pesar de que a fines de los años veinte el presidente Calles logró unificar a las diversas facciones en lucha en el Partido Nacional Revolucionario, sucesivamente convertido en Partido de la Revolución Mexicana y Partido Revolucionario Institucional, la visión internacional sobre México nunca pareció compartir la seguridad de que una revolución institucionalizada bastase para

detener el desorden. La demora con la cual la Sociedad de las Naciones acogió a la representación mexicana fue un buen ejemplo de la desconfianza internacional que existía hacia un país desgajado por luchas intestinas. Posteriormente, la nacionalización del petróleo, decretada por el presidente Cárdenas en 1938, fue la clave de un desacuerdo privado con las grandes potencias que de inmediato se transformó en una nueva condena internacional hacia el nacionalismo mexicano.

Por ello, la sola idea de que Estados Unidos no viese con buenos ojos a un gobernante parecía bastar para que sus días estuviesen contados. Real o ficticio, este argumento convencía no sólo a los detractores del régimen de su carácter efímero, sino también a quienes gobernaban. En cuanto Manuel Ávila Camacho asumió la presidencia, el viraje hacia una política que reconfortase a los estadounidenses fue acogida con alivio por casi todos los sectores nacionales.

Luego, a partir de que los civiles tomaron las riendas del país bajo la presidencia de Miguel Alemán, la necesidad de conseguir el respeto mundial se incrementó aún más. La industrialización se aceleró y la vida institucional se afianzó de modo contundente; la estabilidad alcanzada gracias al partido de estado hizo de la “paz social” el mejor argumento de su legitimidad histórica. Frente a las demás naciones latinoamericanas que comenzaban a sufrir una inestabilidad permanente, México ofrecía, por el contrario, un rostro de tranquilidad único en la región. Casi sin esfuerzo, México comenzó a desempeñar el papel de abogado de las causas latinoamericanas a partir de la presidencia de Adolfo López Mateos.

Cuando, en 1964, éste colocó la banda presidencial en el pecho de Gustavo Díaz Ordaz, parecía que por fin el país podría mostrarse en todo su esplendor ante la comunidad internacional. La organización de la Olimpiada en 1968 constituiría, así, no sólo un triunfo más de la diplomacia nacional, sino un aval de reconocimiento, una patente de modernidad y desarrollo: sería la primera ocasión en que un país “tercermundista” organizase esta fiesta universal. Por ello, el evento se transformó en algo mucho más amplio que una mera competencia deportiva. México recibiría a los atletas de todo el mundo y, con ellos, el beneplácito de sus gobiernos. Octavio Paz narró en *Posdata* que México solicitó y obtuvo que su capital fuese la sede de los Juegos Olímpicos de 1968 “como una suerte de reconocimiento internacional a su transformación en un país moderno o semimoderno”.¹

Desde que la buena nueva fue anunciada, el país en su conjunto se consagró a ser digno de tamaña encomienda. El propio Díaz Ordaz, quien al principio se había mostrado reacio por el gasto que debería realizar el país, lo

¹ Paz, 1969, p. 32.

advirtió con regocijo: “Los Juegos Olímpicos van a celebrarse por primera vez en un país de habla hispana; por primera vez, el anfitrión va a ser un pueblo que no está catalogado entre aquellos que se encuentran en pleno desarrollo”. Orgullo nacional que, como señaló César Guilabert en *El hábito de la utopía*, revela entre líneas la satisfacción de que, si no estamos en un país plenamente desarrollado, al menos “vamos para allá”.

De modo análogo a la celebración de las Fiestas del Centenario –como apunta Monsiváis–, los mexicanos inician 1968 con una sola meta: llegar a octubre. Los meses de enero a septiembre deben considerarse como provisionales, apenas un tiempo de preparación: un adviento. Como si el propio país librarse su propia contienda deportiva, por primera vez México ha decidido entrenarse para *ganar* –en contra de una vaga idea de desprestigio histórico, pero en especial contra un vago sentimiento de inferioridad–, y asentar así la fortaleza de sus instituciones, la altitud de sus miras y la velocidad de su desarrollo, por no mencionar la célebre hospitalidad de su gente. A lo largo de nueve meses –y la coincidencia maternal resulta significativa–, los mexicanos se disponen a vivir al amparo de esta extravagante escatología en una especie de *impasse*. Días al filo de los días, estas semanas no poseen una existencia real. Nada de lo que suceda antes de octubre será verdaderamente importante si no está destinado a contribuir a la gloria y la brillantez del magno evento. Pero tampoco se crea que existe la pretensión de importar un interés maniático por cuidar hasta el mínimo detalle la organización –a fin de cuentas, tanto perfeccionismo no va a tono con el temperamento nacional y, además, se busca una especie de acontecimiento inverso a las rígidas Olimpiadas de Berlín de 1933–; más bien se tiene confianza en que, como siempre, en el último instante se resolverán todos los contratiempos y se llegará, milagrosamente, gracias al inagotable ingenio mexicano, a la gloria.

La impaciencia es enorme. Sería mucho mejor que los nueve meses pasaran en un solo segundo para llegar, de una vez, al gran día. Porque, si bien la filosofía del deportista mexicano siempre ha coincidido con el espíritu netamente olímpico de “lo que importa es competir”, en este caso a los organizadores, y en especial al gobierno y al presidente, lo que menos les importa es la competencia –el arduo camino de preparación–; por el contrario, esta vez lo único que les importa es la victoria y la satisfacción finales. Habrá cientos, miles, millones de ojos dirigidos a las pantallas de televisión que, por vez primera, reflejarán *a colores* la espectacularidad de las competencias y del escenario en que se llevan a cabo, de modo que nada debe fallar.

Además, como para abrir boca, las Olimpiadas mexicanas añadirán un rasgo típico de la bonhomía nacional a la justa deportiva; para eliminar la

impresión de que lo único que vale la pena exaltar es la fuerza bruta, se decide que, de modo paralelo a los Juegos, se lleve a cabo un ambicioso programa cultural, con la participación de más de setenta países, a lo largo de todo el año: un nuevo escaparate, un nuevo símbolo de lo que la justa olímpica significa para México. Octavio Paz escribió que los organizadores mexicanos no sólo consiguieron la sede sino “inclusive añadieron al programa deportivo una nota original, tendiente a subrayar el carácter pacífico y no competitivo de la Olimpiada mexicana: exposiciones de arte universal, conciertos y representaciones de teatro y danza por compañías de todos los países, un encuentro internacional de poetas y otros actos de la misma índole”.

De este modo, el viernes 19 de enero, en un “esplendoroso acto en Bellas Artes” –como lo definió un diario de la época– y con la asistencia del presidente del Comité Olímpico Internacional, Avery Brundage, y del presidente de la república, Gustavo Díaz Ordaz, la Olimpiada Cultural se inaugura con los mejores presagios. (No obstante, desde entonces es posible advertir el carácter escenográfico del programa cultural: el reportero Miguel Guardia lo hace notar al dar cuenta de que la televisión no transmitirá ninguno de sus eventos, al contrario de lo que pasará con la Olimpiada *oficial*.)

A lo largo de estos nueve meses, pues, los mexicanos están dispuestos a abandonar cualquier tarea que los aleje de su objetivo primordial; han de desterrar cualquier obstáculo que se interponga en el camino. Unida, indisoluble, la sociedad mexicana posee una misión sagrada que cumplir, un deber patriótico –así sería anunciado una y otra vez– que realizar. La fatuidad de un partido de fútbol o un torneo de ping-pong se ve transfigurada, así, en destino manifiesto. Sin ser el prototipo del hombre atlético, Díaz Ordaz está seguro de que él mismo se juega una de sus mejores cartas: el apoyo internacional, la trascendencia histórica y –¿por qué no decirlo?– cierta dosis de inmortalidad. Profeta voluntario él sí, incita a sus gobernados a construir un arca en la que quepa un poco de todo lo mexicano, una porción valiosa y significativa del patrimonio nacional, un monumento de autoafirmación.

Los meses que van de enero a septiembre están destinados, en fin, a ser sólo un paréntesis, un vacío, una realidad entre corchetes. A diario los periódicos y revistas publican recuadros en los cuales se señalan las marcas de la espectacular cuenta regresiva. El valor supremo del *ille die* elimina cualquier sentido que pudiesen tener las semanas previas: los mexicanos deben olvidarse del presente –la guerra de Vietnam y la revolución cubana, la muerte del Che y la captura de Régis Debray, la intocable y secreta represión mexicana o incluso los temas de moda en la prensa de los primeros días de 1968: el lanzamiento espacial de la nave *Surveyor* o el crimen cometido por Sofía Bassi en Acapulco–

para construir, juntos, el futuro. Un futuro tan utópico, si quiere verse así, como el de la revolución triunfante (ese que siempre está muy cerca, a la vuelta de la esquina, donde pronto todos los mexicanos podrán admirarlo, pero que a fin de cuentas nunca llega). Un futuro por el que la revolución mexicana ha trabajado a lo largo de casi sesenta años. Un futuro en el cual el orbe entero reconocerá al México moderno. Por esta razón, antes del estrépito de octubre debe prevalecer el silencio comedido; antes de la algarabía, la resignación y el trabajo; antes del despilfarro, el recogimiento y la expiación adelantadas.

Además, ¿qué puede pasar? La vida institucional parece lo suficientemente sólida como para evadir cualquier contratiempo. En un mundo convulsionado por guerras, masacres y tensiones revolucionarias, México es un oasis. Así lo anuncia, en cada campaña, el partido oficial. Así lo repite, sin falta, el presidente. Se vive un tiempo sin tiempo; las revueltas mundiales —los jóvenes que asaltan, ya para entonces, las universidades españolas, o las guerrillas que azotan el resto de América Latina, o el terrorismo que sacude aun a los países más avanzados—, aunque invadan al país en diversas zonas, son menospreciadas y condenadas a la inexistencia. México, a los ojos del mundo, es *casi el paraíso*.

A pesar de su carácter efímero, la importancia que el gobierno concede a construir un tiempo especial, previo a la Olimpiada, es un elemento inherente a todo el sistema político mexicano. Si bien la revolución careció en sus orígenes del elemento marxista que rodeó al resto de las revoluciones mundiales a partir de 1917, comparte con ellas una misma utopía. Al contrario de lo que sucedía en regímenes comunistas como la Unión Soviética, orgullosa de su progreso y sus planes quinquenales, en México quedó establecido el territorio de una revolución permanente, decidida a institucionalizarse y dispuesta a buscar cada día “un futuro mejor” (o, al menos, a prometerlo). De este modo, poco a poco la utopía se convirtió en razón de estado hasta llegar al extremo de rebautizar al partido del gobierno como Revolucionario Institucional.

Al fundarse instituciones sociales capaces de administrar un sistema político estable pero convencido de su propia escatología, los gobiernos mexicanos sumieron al país en un estado de “transitoriedad permanente”. El oximoron se convirtió en la regla fundadora de la armonía y la paz social: la revolución puede institucionalizarse del mismo modo que el poder absoluto puede tener límites. Así, los gobiernos posrevolucionarios hallaron una justificación inmejorable para sucederse unos a otros: si por un lado el presidente detenta durante su gestión un poder absoluto, por el otro sabe, desde el inicio de su mandato, que dicho poder tiene, como advirtió Cosío Villegas, una sola y primordial limitación: el tiempo. Condenado de antemano,

el gobernante en turno vive en un estado de zozobra ante los días que se suceden indefectiblemente, ante su tiempo de gloria que poco a poco se acaba —e imbuje con este mismo espíritu a toda la sociedad.

“Sufragio efectivo. No reelección”: la estabilidad del sistema se consiguió sólo a fuerza de asegurar la transitoriedad de cada régimen, más que de recorrer el camino de una verdadera legalidad electoral. Empero, en México esta necesidad de defender el cambio de gobierno —el mito fundador de la *sucesión*— nunca tuvo un sentido democrático: ésa no era su meta ni el sistema político había sido diseñado para conseguirlo. Al contrario, dicho principio sólo amparó la repartición equitativa y sexenal del poder entre un mismo grupo y sólo en ocasiones entre distintas generaciones de ese mismo grupo; la auténtica alternancia nunca estuvo entre sus miras.

Amenazada por su plazo sexenal, la utopía revolucionaria terminó por revertirse: en vez de buscar el futuro en el cual la justicia y el bienestar campearían, la propia naturaleza del sistema político mexicano provocó que cada régimen tratase de hacer hasta lo imposible para *detener* el tiempo. Con esta espada de Damocles sobre la cabeza, al presidente en turno no le quedaría otro remedio que frenar la historia para no llegar al día en que perdiese su poder —y a su negación como persona en la ceremonia ritual de canibalismo reservada para todo aquel que abandona la silla presidencial. La utopía mexicana adquirió un matiz contradictorio: en sentido ideológico, continuó desarrollando la retórica del progreso y la búsqueda de acciones tendientes a lograr el tan anunciado “futuro mejor”; pero, en sentido político, significó una condena anticipada para el gobernante en turno, que convierte sus acciones en meros eventos transitorios en el camino para la sucesión. En opinión de César Guilabert,

para los gobernantes mexicanos, la desigualdad real derivada de una inequitativa distribución de la riqueza no contradice la bondad ni la eficiencia estatales en el objetivo de lograr la *justicia social*. Por el contrario, la lejanía de la meta confirma la “necesidad” del estado mismo, precisamente con las características que hasta hoy se le conocen. Un acomodaticio corolario de esta perspectiva es que los movimientos sociales son producto de la incomprensión y no de la injusticia.²

En este contexto, quien se atreve a protestar porque el “futuro mejor” no llega nunca, porque los logros proclamados como metas de la revolución no son hechos consumados, no está familiarizado con la ideología del régimen, no

² Guilabert, 1993, p. 23.

comparte su visión, no comprende su lógica y es, por tanto, un sedicioso: un enemigo de la patria. La revolución se institucionaliza para que *siempre* haya metas que cumplir, para que *siempre* haya problemas que resolver, para que *siempre* haya demandas que atender, de otro modo ya no sería una revolución institucionalizada sino un gobierno como cualquier otro. Esta idea, así como la necesidad de suprimir a quien no la comparte, dominará los nueve meses que anteceden al 2 de octubre de 1968.

Por decreto, la realización de la Olimpiada es para los mexicanos la primera *prueba*, irrefutable y segura, de que el futuro, la modernidad y las promesas revolucionarias están, ahora sí, muy cerca. Para Díaz Ordaz, en 1968 México y las Olimpiadas serán una y la misma cosa.

Retrato de un presidente

Gustavo Díaz Ordaz era feo. Enrique Krauze cuenta que Luis M. Farías, director de información de la Secretaría de Gobernación cuando Díaz Ordaz ocupaba esta cartera, afirmó que el propio presidente se encargó de firmar su retrato para la posteridad: "Soy feo", le dijo, "así soy. Al secretario de Gobernación no sólo se le debe tener respeto sino un poco de miedo. Es saludable para el país. Soy lo suficientemente feo para que me tengan miedo".³

Para muchos de sus colaboradores, esta fealdad era el rasgo dominante del presidente. Gran parte de su vida y de sus acciones podían explicarse como una reacción contra esta marca del destino: si no era guapo, al menos debía demostrar que era inteligente, hábil, simpático, sobrio y, sobre todo, fuerte. De hecho, su necesidad de dominar a los demás parecía tener su origen en la repugnancia que provocaban sus rasgos: su cara alargada y enjuta, sus labios gruesos y enormes, sus dientes de caballo y su mandíbula prognata.

Eduardo Lizalde escribirá, tiempo después, un poema satírico referido a Díaz Ordaz en el que se burla de su aspecto: "Si no fueras ridículo / bello serías / y no serías ridículo / si fueras bello".⁴ Por su parte, en su novela *Crónica de la intervención*, Juan García Ponce recogió la voz popular para denominar al presidente con el apodo que tenía en la vida real: *El mandril*.

El origen de este sobrenombre puede encontrarse en una anécdota que resultaría graciosa si no revelara, asimismo, la naturaleza autoritaria de Díaz Ordaz. En 1966, *El Diario de México* publicó en su primera plana dos fotografías,

³ Krauze, 1997, p. 291.

⁴ En Campos/Toledo, 1996, p. 52.

una del presidente y otra de un par de mandriles que acababan de llegar a Chapultepec. Por un error de imprenta, el pie de foto de Díaz Ordaz había sido cambiado con el otro, de modo que decía: “Se enriquece el zoológico. En la presente gráfica aparecen algunos de los nuevos ejemplares adquiridos por las autoridades para divertimento de los capitalinos... Estos monos fueron colocados ayer en sus jaulas”. Días después, el periódico fue clausurado.

Nacido el 12 de marzo de 1911 en el estado de Puebla –por su fecha de nacimiento era contemporáneo de la generación de 1929–, Gustavo era el tercero de una familia de cinco hermanos. Después de estudiar en Jalisco y Oaxaca, su ascendente carrera política comenzó en Puebla, donde, gracias al apoyo de Maximino Ávila Camacho –todopoderoso hermano del presidente Manuel– se convirtió en diputado federal. En 1945, luego de un ríspido enfrentamiento con el nuevo gobernador, obtuvo la candidatura para la senaduría del estado. En la Cámara, Díaz Ordaz conoció al hombre que habría de encumbrarlo en el poder: Adolfo López Mateos. Según Enrique Krauze, López Mateos “parecía su reverso exacto. Uno era feo, hosco, cerrado, estudioso, detallista, áspero, sedentario, hombre de pocos amigos. El otro era guapo, simpático, abierto, bohemio, superficial, suave, andariego, hombre de muchos amigos... y amigas. Obviamente se complementaban”.

Con tesón y no sin duros enfrentamientos, Díaz Ordaz comenzó a escalar poco a poco la pirámide de la burocracia federal. A regañadientes aceptó el puesto de director jurídico de la Secretaría de Gobernación, más tarde se convirtió en oficial mayor y, por fin, el nuevo presidente López Mateos lo nombró secretario. Su principal tarea en la Secretaría fue evitar que los asuntos de menor importancia molestasen al presidente, más ocupado en discursos, viajes, vida social y aventuras amorosas que en resolver problemas cotidianos. Convencido de que Díaz Ordaz era el hombre que México necesitaba, López Mateos lo *destapó* como su sucesor.

Krauze afirma que Díaz Ordaz fue el primer presidente de México que llegó a la silla presidencial lleno de “angustia”. Su desconfianza personal, su meticulosidad y su neurosis hacían de él un solitario que en todo momento necesitaba afianzar su imagen, a pesar de que despreciaba el boato que había rodeado a su antecesor. Alejado de “Adolfito”, su antiguo jefe y amigo, el carácter de Díaz Ordaz se volvió cada día más huraño. No quería reformar al país, sino hacerlo perseverar en los caminos perfectamente trazados por los que deambulaba desde la revolución. Su pensamiento, dice otro de sus biógrafos, sólo tenía dos preocupaciones: una, la fuerza, la gravedad, la autoridad, la investidura, la majestad que sólo él encarna y representa y, otra, la amenaza de “fuerzas oscuras, extrañas, que pretenden sembrar el desorden, la anarquía y el

caos en el rompecabezas nacional”.⁵

El orden era, pues, su única meta, su única obsesión, su único desafío. Había sido elegido para mantenerlo a cualquier costo y conseguir, así, que tanto el país como él mismo fuesen reconocidos por esta importante labor. México no podía ser un lugar “feo”, desordenado, turbio: debía ser, por el contrario, un sitio de belleza y tranquilidad, un remanso para el mundo.

A lo largo de sus primeros tres años de gobierno, entre 1964 y principios de 1967, Díaz Ordaz había logrado “salvar” al país y había eliminado prácticamente todos los focos de tensión contra su gobierno. Sindicatos, guerrilleros, médicos inconformes, líderes de los partidos de oposición e intelectuales habían sido barridos por la fuerza cuando se habían opuesto a sus designios. Entre la represión directa, los fraudes electorales y la manipulación de la información, México se había convertido en un país homogéneo y subordinado: nunca antes la pirámide del poder había parecido tan sólida y, a la vez, tan majestuosa. Díaz Ordaz había logrado su sueño.⁶ Dice Krauze:

Nunca se había respirado un clima de subordinación semejante en el país. La del primer círculo era total y completa: el ejército en pleno, los miles de sindicatos oficiales, las organizaciones campesinas (salvo la muy debilitada CCI), los 32 gobernadores, los casi 2328 presidentes municipales, los diputados (salvo un puñado de “diputados de partido”), todos los senadores, los magistrados, todos se cuadraban ante el señor presidente.⁷

Uno de los sectores del país cuya subordinación al poder fue más clara y más costosa fue la prensa. Como se señaló antes, la homogeneidad conseguida en el país no admitía la crítica ni la disidencia. En los pocos casos en que el presidente advertía un ataque en su contra, respondía con la censura o incluso con el uso de la fuerza. A lo largo de su mandato, la compañía importadora de papel PIPSA, que pertenecía al gobierno, aplicaba tarifas preferenciales a los medios sumisos, mientras que prácticamente volvía incosteables aquellos que no se plegaban a los dictados del poder. Debido a esta acción, la revista *Política* tuvo que desaparecer en medio de la indiferencia general. Y, según Cabrera Parra, la suerte de otra revista crítica, *¿Por qué?*, fue aún peor, y sus oficinas

⁵ Cabrera Parra, 1982, p. 92.

⁶ Según Héctor Aguilar Camín, las declaraciones recogidas por la prensa nacional con motivo de la muerte de Díaz Ordaz, los días 16 y 17 de julio de 1979, parecerían confirmar que, al final, el presidente logró su objetivo: “Durante 1968 demostró su apasionada defensa por las instituciones republicanas y su propósito de mantener la paz pública sobre los intereses particulares. Supo estar a la altura de su deber cuando reprimió no la libertad sino las actitudes que pudieron haber dañado el progreso del país. Ordenado, muy organizado, muy programado, ultraprogramado, su hombría de bien y su condición de hombre cabal salvaron al país del caos y de una lucha armada cuyas consecuencias sus contemporáneos no pudieron calcular” (Álvarez Garín/ Guevara Niebla, 1988, p. 96).

⁷ Krauze, 1997, p. 306.

fueron allanadas y sus colaboradores perseguidos por la policía.⁸

Entre los numerosos actos de intolerancia presidencial destaca el cese del editor argentino Arnaldo Orfila Reynal, quien había desarrollado una brillante carrera al frente del Fondo de Cultura Económica, fundado años atrás por Daniel Cosío Villegas. El motivo: publicar *Los hijos de Sánchez*, del sociólogo Oscar Lewis, que en opinión del presidente denigraba a los mexicanos. Usando su indemnización, Orfila fundó, con la ayuda de numerosos intelectuales, una briosa editorial independiente: Siglo XXI.

De este modo, detrás de la pesada cortina de humo de la unidad y la paz que Díaz Ordaz y los periódicos resaltaban día con día, se ocultaba una inconformidad que en muy pocas ocasiones llegaba a manifestarse. En cuanto surgió, el movimiento médico de 1965 había sido sofocado con rapidez. Lo mismo ocurrió con los revolucionarios que, a imitación de Castro con el Cuartel Moncada, habían tratado de apoderarse del Cuartel Madera, en Chihuahua. Ciertamente que en la sierra de Guerrero Lucio Cabañas y Genaro Vázquez luchaban directamente contra el ejército, pero los diarios del país estaban amordazados y las noticias provenientes de aquellas regiones sólo circulaban en la capital del país como un rumor al cual pocos daban crédito. Los intelectuales y los dirigentes de los partidos políticos de izquierda, en tanto, se limitaban a quejarse en la sombra, a resentir la represión o a refugiarse en las universidades. El Partido Comunista había sido proscrito por López Mateos. Nadie parecía atreverse a desafiar, de modo directo, la fuerza de Díaz Ordaz.

En manos del hábil secretario de Hacienda, Antonio Ortiz Mena, la economía del país crecía paulatinamente y parecía darle la razón al autoritarismo político. La cotización del peso frente al dólar se mantenía estable y el Producto Interno Bruto aumentaba conforme a las expectativas. Gracias a esta relativa bonanza, Díaz Ordaz estaba decidido a apoyar la celebración de las Olimpiadas, a las que en un principio se había opuesto. Como escribió Juan García Ponce al novelar los sucesos de 1968 :

Quizás él no era particularmente favorable a la celebración del Festival de la Juventud. Como presidente sus aspiraciones personales se dirigían a ejercer el merecido poder absoluto de una manera más opaca. El había heredado esa responsabilidad junto con la silla presidencial, de su inmediato predecesor. Pero dentro del Partido de la Revolución ya era un compromiso tácito y una tradición no negar abiertamente ninguna de las decisiones de aquel que tan generosa y gratuitamente le heredara el poder al presidente en turno y no iba a ser el miope mandril convertido en

⁸ Cabrera Parra, 1982, p. 103.

primer mandatario quien negara esa tradición que ya había mostrado su efectividad como uno de los principios básicos de la revolución.⁹

En su refugio de Los Pinos, un consternado Díaz Ordaz se enteró —como todo el mundo— de los movimientos juveniles que empezaron a ocurrir en las ciudades estadounidenses y europeas durante los primeros meses de 1968. Pero el presidente se creía listo para poner las barbas del país a remojar. Quizás desde el momento en que contempló por televisión los disturbios que manchaban la ciudad de París, Díaz Ordaz decidió que él nunca permitiría algo semejante. “Todo es posible en la paz”, era su lema, y lo haría valer a cualquier costo. Como señala Krauze, ante la profusión de fotos, lemas y panfletos que llegaban desde París, Díaz Ordaz comentó: “ya tienen sus centavitos y los están gastando”. Y, revirtiendo la famosa frase de los agitadores franceses, anotó: “¿Harán tan mal el amor como hacen la revolución? Los compadezco”. (Un rumor de la época insistía en que el horror del presidente hacia los jóvenes se debía a que su propio hijo, Alfredo, trataba de encarnar los valores de la juventud rebelde, especialmente por su afición al rocanrol.) Más tarde reprendió a sus colaboradores, entre ellos al general Alfonso Corona del Rosal, regente del Distrito Federal, por no prepararse para un eventual conflicto en la ciudad de México, e incluso en numerosas reuniones exigió que la policía se armase con carros blindados.

En vez de comprender lo que sucedía en el mundo, Díaz Ordaz optó por cerrarse más en sí mismo con el fin de mantener al país como un paraíso intocado por las *fuerzas oscuras* que se agitaban en el exterior. Estaba tan convencido de la unidad conseguida durante su gestión que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para evitar un conflicto que, de todas maneras, le parecía harto improbable que ocurriese en *su* país. Los jóvenes mexicanos eran tan sumisos como sus padres y, en el peor de los casos, bastaría una reprimenda para hacerlos entrar en razón. México —y ahora también las Olimpiadas— era una causa demasiado grande como para que unos cuantos estudiantes pudiesen ponerla en peligro.

Cuando las movilizaciones estudiantiles empezaron a recorrer las calles de la ciudad de México, Díaz Ordaz estaba seguro de que los disturbios eran obra de un grupo de *conspiradores*, de las *fuerzas oscuras* a las que siempre había temido. Más que a los jóvenes rebeldes, despreciaba a quienes, según él, se encargaban de animarlos. El sabía, por propia experiencia, que la juventud es manipulable. Los culpables, entonces, eran los adultos que los impulsaban: los intelectuales y los críticos de izquierda.

⁹ García Ponce, 1982, v. II, p. 374.

Al contrario de López Mateos, Díaz Ordaz no trataba de hacerse pasar por intelectual; por el contrario, desconfiaba de ellos. No los conocía y, en el fondo, les temía. Todo lo malo que podía pasar en México era por culpa de una misteriosa y execrable conjura comunista. Como le confió el empresario Juan Sánchez Navarro a Enrique Krauze: “Estaba convencido de que había un complot internacional e internamente apoyado por los grupos de extrema izquierda para cambiar toda la sociedad mexicana bajo el impulso de las doctrinas marxistas, y él tenía horror a que eso sucediera en el país”. Enrique Krauze, que ha revisado sus memorias inéditas, observó numerosos pasajes en los cuales Díaz Ordaz se refería, con horror, a la conjura contra su gobierno. Según el presidente, en México estaba por ocurrir lo mismo que en Francia, y las consecuencias económicas y políticas para el país serían tan negativas que retrasarían su crecimiento durante años. En estas páginas se refiere a los estudiantes como “ellos”, “los contrarios”, defiende a las fuerzas “del orden” y confía en que la represión vuelva las cosas a su sitio.

A partir del 22 de julio, en Palacio Nacional comenzó a gobernar el miedo. El miedo de Díaz Ordaz hacia el desorden, hacia la intranquilidad, hacia los comunistas, hacia los jóvenes, hacia los intelectuales... Desde entonces, Díaz Ordaz vivió en un estado de sitio tratando de recuperar, irracionalmente y por la fuerza, el poder que creía estar perdiendo. Obcecado, el presidente perdió contacto con la realidad. Desconfiaba tanto de la prensa extranjera –incapaz y hostil– como de la interna –corrupta y miope–, y las cartas que le llegaban o las opiniones que emitían los intelectuales en los medios no le merecían otro comentario que “a favor” o “en contra” (en cuyo caso eran remitidas a la Secretaría de Gobernación). Como un viejo sultán encarcelado por sus visires, Díaz Ordaz sólo confiaba en la información que le hacían llegar sus *órganos de inteligencia*: la Dirección Federal de Seguridad y la División de Investigaciones Políticas y Sociales, ambas dependientes de su sobrio y eficiente secretario de Gobernación, Luis Echeverría. Estas instituciones le proporcionaban los datos que quería escuchar: el movimiento estudiantil era dirigido por “grupos comunistas internacionales”, no era más que “un contubernio asqueroso” de conspiradores, entre los cuales se contaban agentes soviéticos y cubanos, miembros del FBI y de la CIA, anticomunistas del MURO, el Opus Dei y el PAN. Como señala Krauze, estaba convencido de que los responsables de la agitación eran “los grupos de izquierda, el Partido Comunista, la IV Internacional Trotskista [y] el Partido Obrero Campesino”, entre otros. El espectro de las *fuerzas oscuras* era lo suficientemente amplio como para incluir a cualquier grupo o individuo que estuviese “en contra” de la política oficial.

Por fin, después de soportar que los estudiantes “profanaran” el Zócalo e

“insultaran” la bandera nacional, Díaz Ordaz decidió sentar en el banquillo de los acusados a los responsables de la agitación mundial. En su IV Informe de Gobierno, después de referirse una y otra vez a la conjura internacional que estaba detrás de los estudiantes, el presidente sentenció: “¡Qué grave daño hacen los modernos filósofos de la destrucción que están en contra de todo y a favor de nada!”

Si, de algún modo, Díaz Ordaz era el verdadero inventor de la conjura comunista que se había cernido contra México, con estas palabras se encargó de inventar, asimismo, una conjura paralela: la de los intelectuales. A partir de este momento, los “modernos filósofos de la destrucción” se convirtieron en sus enemigos personales, en otros tantos de esos conspiradores que había que combatir por el bien del país.

En un extremo, un presidente asustado y dispuesto a emplear toda la fuerza de que era capaz; en el otro, un grupo de intelectuales listo para enfrentar su poder y su intolerancia. Por ello, la historia que se cuenta en las siguientes páginas es, también, el relato del extraño intercambio de palabras que hubo, a lo largo de 1968, entre el presidente y los conjurados.

El México de Carlos Monsiváis

Al iniciarse 1968, la ciudad de México tiene siete millones de habitantes, según la proyección del censo de 1960. Pero la megalópolis aún no cobra conciencia de sus dimensiones, apenas comienza a reconocer sus problemas y los desafíos de la modernidad.

La región más transparente (1958), la novela de Carlos Fuentes que retrata a la desmedida urbe mexicana, cumple diez años, aunque parece como si el tiempo no hubiese avanzado desde entonces. Los ciudadanos siguen comportándose como provincianos: a pesar de las muestras de progreso material, la vida privada continúa un curso paralelo al de la década anterior; se frecuentan los mismos lugares y se prosigue con los mismos hábitos de siempre. Sólo una nueva erupción, la de los jóvenes —no es que antes no los hubiera, sino que no se les tomaba en cuenta—, comienza a transformar algunos de los escenarios y conductas de sus moradores, aunque de cualquier manera los hippies y demás rebeldes son fenómenos localizados, una excentricidad repentina que no perturba demasiado a las buenas conciencias. El cabello largo y las minifaldas se toleran, así como ciertos espectáculos psicodélicos, aunque detrás de esta palabra —tolerancia— se esconde una secreta ansia de represión.

México se hace cada vez más inabarcable; muchas ciudades comienzan a convivir en la misma ciudad, una para cada sector de sus habitantes, deseos de proseguir con sus costumbres ancestrales.

Parafraseando el inicio de *Las batallas en el desierto* de José Emilio Pacheco, habría que decir: *Me acuerdo, no me acuerdo, ¿qué año era aquél?*

1968. Ya hay supermercados, desde luego, pero ahora la televisión comienza a llenar todos los hogares. Por primera vez en la historia de la humanidad es posible conocer lo que sucede en otra parte del mundo casi de inmediato; ver las noticias significa estar unido con una sociedad cuyos límites no se conocen. Hace apenas cuatro años, la Olimpiada de Tokio fue televisada por primera vez (en blanco y negro), pero la de México constituirá el verdadero paradigma de la alianza entre espectáculo y tecnología.

Este año tienen gran éxito las telenovelas históricas y el noticiario *Excélsior*. Niños y adultos se deleitan con los capítulos de *Mi bella genio*, *Hechizada*, *El túnel del tiempo* y *Porky* y, entre los programas nacionales, con Daniel Pérez Alcaraz y Madaleno en el *Club del hogar* y con el *Doctor I.Q.*

En el cine se hacen largas filas para ver *Casino Royale*, *Bella de día*, *La fierecilla domada*, *El cañonero del Yang-Tse* y la monumental *La guerra y la paz*.

Para comer, uno debe ir a la Zona Rosa, donde se encuentran el Sanborn's de Niza, el Perro Andaluz, el Picadilly Pub, La Pérgola, el Luau, el Bellinghausen...¹⁰

Por la noche, en el Teatro Blanquita se presenta la cubana Celia Cruz. Y, entre los más recientes estrenos de la capital, destacan: *La ronda de la hechizada*, de Hugo Argüelles, en el Xola, y *Con la frente en el polvo*, de Luis G. Basurto, en el Fábregas. Pero sin duda el gran escándalo de la temporada es *Hippie's*, que se anuncia como el "primer espectáculo psicodélico" de la capital.

Mientras tanto, en sus propias casas, los padres deben soportar que sus hijos escuchen a los Beatles – *of course* –, así como a los Rolling Stones, The Who, Cream, Peter, Paul & Mary, Grateful Dead y Mothers of Invention, pero también a Bob Dylan y Joan Baez, aunque hay quienes prefieren a Los Hermanos Castro, Angélica María, César Costa y Raphael de España.

La clase media lee *El Sol de México* y *El Herald de México* –el único periódico que se publica a colores, propiedad del coronel García Valseca, uno de los integrantes del grupo político poblano al que pertenecía, asimismo, el presidente Díaz Ordaz– y escucha la XEW, *La voz de la América Latina desde México*.¹¹ Son muchos menos –los críticos, los revoltosos, los estudiantes–

¹⁰ Monsiváis, 1970, p. 89. Monsiváis menciona también el restaurante Los Colorines, pero José Emilio Pacheco recuerda que éste fue abierto en 1971.

¹¹ José Enrique González Heredia, en su testimonio "Regino Burrón y el 68", aparecido en *Memorial del 68*, no sólo hace referencia a la vida de sus padres en aquel año, sino que concede un papel preponderante en la cultura de la época a la

quienes leen *El Día*, ¿*Por qué?* o *La Cultura en México*.

Un joven de la época, Paco Ignacio Taibo II, recuerda:

No éramos mexicanos. Vivíamos en una ciudad pequeña dentro de una ciudad enorme. Nuestras fronteras eran la estatua del general Zaragoza por el oriente, que con su dedo señalando nos decía: “No hay que pasar por aquí, a mis espaldas territorio real”. Por el norte las estatuas de los Indios Verdes en la carretera de Pachuca, que estaban ahí para señalar el comienzo de territorio agreste y apache; por el occidente el reloj de la H. Steele en el final de Polanco, que señalaba la hora y la frontera de los barrios fabriles; por el sur los laboratorios de Tlalpan, que mostraban el otro fin de la ciudad conocida. Más allá, Milpa Alta, ignota tierra zapatista. A cambio éramos propietarios de las colonias Del Valle y la Narvarte (más aún desde que las novelas de José Agustín las reinventaban); la San Rafael y la Santa María, la Condesa y la Roma. Nuestras eran las neverías de Coyoacán, nuestro cine el París y el café La Habana, nuestro el Parque México y la Juárez. Nuestra reforma y revolución eran avenidas.¹²

Según Enrique Krauze, el prototipo del joven rebelde de 1968 habría nacido a mediados de la década de los cuarenta. Habría estudiado en la Escuela Nacional Preparatoria, donde habría tomado sus primeros contactos con la política y el marxismo gracias a *Escucha yanqui!* o *Los marxistas* de C. Wright Mills. De la preparatoria habría pasado a la UNAM y se habría convertido en un acérrimo defensor de la revolución cubana. Alguno habría recibido clases, en las facultades humanísticas, de algún miembro de la generación de Medio Siglo. No dudaría en cargar bajo el brazo un ejemplar de *Siempre!*, como si fuera un escudo o una marca de clase. Para entonces, nunca escucharía los discursos de Fidel Castro ni soñaría con viajar a Cuba; preferiría apasionarse por la vida del Che y de Trotsky. A partir de 1967 leería a Marcuse, en traducción de Juan García Ponce, devoraría las páginas del boom y al Octavio Paz de *Corriente alterna*. Se rebelaría contra la guerra de Vietnam y admiraría, desde luego, a Monsiváis.¹³

La ciudad de México es, en 1968, el centro del mundo. La capital de un país cuyas características son, de acuerdo con Monsiváis, la obsesión por la paz, una nueva sensibilidad que sustituye a la anterior, la carencia de líderes y héroes, la importancia de la unidad nacional, la imposibilidad de discrepar, la

historieta “La familia Burrón”, que se publicaba en *El Sol de México*. De hecho, durante el movimiento estudiantil de 1968, don Regino Burrón será un crítico implacable de los estudiantes (Cf. Cazés, 1993, pp. 195-197).

¹² Taibo II, 1991, p. 21.

¹³ Krauze, 1997, pp. 317-320.

onda, el subdesarrollo, la mafia cultural, lo psicodélico, la cultura nacional y el nacionalismo...

De acuerdo con el cronista, éstos son los temas que aparecieron de modo recurrente en el país a lo largo de 1967. En su crónica, Monsiváis vuelve a escribir sobre el sentido que el país da a la justa olímpica: “Abrir los brazos al mundo, como lo hace México ahora”, ironiza, “es contribuir vigorosamente a la paz. Todo sea por alentar el uso de la paloma como símbolo”.

Al iniciarse el año, el *dictum* del presidente Díaz Ordaz se asume como iluminación y nueva bandera: en 1968, México será las Olimpiadas. Pero no sólo eso, sino unas Olimpiadas únicas: las Olimpiadas *de la paz*. La paz representada por la paloma de Picasso, símbolo de las aspiraciones de México... Se pretende construir una Olimpiada diferente, que recalque los valores de hermandad por encima de la competencia, que privilegie el encuentro y la igualdad de los participantes por encima de sus triunfos. Además, ya se ha dicho, este espíritu habrá de perfeccionarse gracias a la Olimpiada Cultural.

México habrá de asumirse como líder y paradigma del mundo, al menos por unas semanas, con la paz —y su paloma— como símbolos inequívocos. Treinta y ocho años de ausencia de disputas bélicas, de “paz social”, justifican el gasto y presentan a la revolución institucionalizada como un modelo exportable. La paz es el mayor espectáculo mexicano en un año en el cual decenas de naciones se balancean hacia el lado de la guerra, la incomprensión y la sangre.

Según Monsiváis, Gustavo Díaz Ordaz gobierna al país convencido de que posee el consenso de todos sus compatriotas. No es que México sea un país democrático, pero al menos no hay disidencia visible —y, si la hay, se la aplasta rápidamente. López Mateos, uno de los últimos gobernantes en México en ser recordado con fugaz orgullo, se había encargado de nombrar a su sucesor sin aspavientos. Al iniciarse 1968, Díaz Ordaz goza de cierta popularidad: la realización de las Olimpiadas lo baña con su luz pacífica y renovadora. El cree ser el líder que México necesita y el país se lo hace creer a él. Apenas es su cuarto año de gobierno, todavía no resiente el declive de su poder. Se le teme, pero no demasiado; se le quiere, aunque sólo sea por compromiso y se le considera, a pesar de todo, el árbitro de la nación, como la prensa insiste en hacérselo patente. Y Díaz Ordaz gobierna, implacable y mesurado, desde la residencia oficial de Los Pinos; todavía no le ha llegado el momento de ser “el gran solitario de palacio”. Sigue siendo el invitado de honor de todas las fiestas, el amigo de todos sus amigos. Es —habrá que reconocerlo de una vez por todas— el padre de los mexicanos.

Las estadísticas sobre la situación del país parecen comprobar sus

predicciones modernizadoras: al iniciarse 1968, México tiene 45 millones de habitantes; sólo en el área metropolitana de la capital, 7 millones. Su producto nacional bruto es de 263 millones de pesos y su ingreso per cápita de 435 dólares. Es el primer productor mundial de plata y, ya para entonces, un gran productor de petróleo y gas natural. Aunque sus exportaciones totales ascienden a 1220 millones de dólares y sus importaciones a 1605 millones, en el último año el déficit comercial se ha reducido en un 8 por ciento. El peso se cotiza a 12.50 por dólar y las reservas internacionales ascienden a 114 millones de dólares en oro y 394 millones en otras divisas.¹⁴

El futuro prometido parece estar, en efecto, a la vuelta de la esquina. La sociedad lo sabe y está dispuesta a festejarlo, tirando la casa por la ventana, en la gran celebración que el presidente ha dispuesto para todos. No importa que la tradición autoritaria se manifieste aquí en una de sus vertientes más conocidas y estudiadas: el paternalismo; lo que importa es la diversión. Qué más da lo que tú opines o quieras; lo que yo creo que es lo mejor para ti *es* lo mejor para ti. Acaso Díaz Ordaz actúa de buena fe, con la educación recibida a través de tantos años de servir al sistema: como te has portado bien — parece decir en sus abigarrados discursos —, mereces una fiesta, aunque no te guste. Yo hago las invitaciones, yo preparo la mesa, yo compro los regalos. Tú límitate, por favor, a darme las gracias... Y la gran familia mexicana se regocija.

Para Monsiváis, la unidad del país en torno a su presidente quedó asentada, en 1967, en un acto al que fueron convocados seiscientos hombres, de los más representativos y egregios: la presentación, en la Cámara de Diputados, de los ocho tomos que estudian y reproducen las constituciones que ha tenido el país. En el acto se congregó el establishment nacional en pleno: la nación convertida, dice el cronista, en una “enorme familia”, en una “empresa fraternal”.

No deja de llamar la atención que el retrato de esta familia aparezca justamente cuando se entrega el caudal de páginas que recupera las normas fundamentales de México. Sin ser conspicuo, se advierte el gusto nacional por presumir leyes perfectas que nunca se cumplen en la práctica, por demostrar, con pruebas fehacientes, que en verdad un estado de derecho rige en el país. “El establishment aplaude”, según Monsiváis, “con un claro sentimiento de identificación entre la unidad nacional y la munificencia personal”. Cada invitado, desde el obispo Sergio Méndez Arceo hasta el líder del PPS, Vicente Lombardo Toledano, y desde David Alfaro Siqueiros — recién salido de la cárcel — hasta Manuel Gómez Morín, el fundador del PAN, representa una corriente distinta, una historia diferente, una manera contraria de ser y de vivir

¹⁴ *Compendio mundial 1968*, pp. 146-152.

en México y, sin embargo, una causa superior permite – como debe de ser entre parientes – la reconciliación y el diálogo.

Detrás de la familia feliz aparece, sin embargo, una contraparte menos nítida: la imposibilidad de que alguien no esté de acuerdo con esta parentela (como si alguien pudiese no tener familia, diría un miembro del establishment). “México nos iba enseñando la inutilidad de discrepar, la imposibilidad ontológica de convertirse en *outsider*”, apunta Monsiváis con lucidez. La unidad externa revela, según él, una debilidad inocultable: la incapacidad orgánica de permitir la disidencia. La doble cara del teatro autoritario: uniformidad aparente, fragilidad oculta. Y, en ambos casos, el sentimiento que con mayor vigor aglutina ambas posibilidades: el miedo. Si la armonía se presume y se expone, su reverso es el terror a que ésta se pierda. La idea misma de derrumbe, de contradicción, permanece latente en todos los actos públicos. Más que un dictador, Díaz Ordaz piensa en sí mismo como en un *reparador*, un juez de las pasiones que amenazan la vida institucional del país.

Segundo mecanismo de defensa: si hay unidad, hay miedo de que ésta se resquebraje. Y, ¿por qué podría hacerlo? Evidentemente, sólo por una amenaza *externa*: si somos una familia, el único que puede lesionarla es un *extraño*, un *extranjero*. Curiosa xenofobia en un año en que se invita a miles de visitantes a venir a casa. Sin querer adelantar conclusiones, es necesario advertir esta ambigüedad: el deseo de resultar hospitalario – y de proclamarlo, sin recato, a diestra y siniestra – esconde su lado contrario: la desconfianza hacia lo ajeno. La firme voluntad de regalarse al visitante, de invitarlo a que se pasee por el país, representa también la oportunidad de conjurar un temor ancestral hacia los invasores. México organiza su Olimpiada con el objetivo, no disimulado, de eliminar los peligros que lo amenazan: es casi un tributo, una obligación y un halago que se rinde a las potencias extranjeras para que nos dejen tranquilos, en el mejor de los casos para que nos inviten también, de vez en cuando, a sus reuniones. Esta *hospitalidad* es casi una trampa, en todo caso un componente indispensable del espectáculo mexicano: una forma sutil y serena de combatir el pavor.

Ante lo más sagrado, la unidad, el sistema mexicano mostrará en los meses siguientes su conformación homogénea. El establishment, como insiste en llamarlo Monsiváis, aparecerá tal como es, con sus partes aisladas y en lucha. Por eso se ocultan con tanto celo sus fisuras: no existen ni pueden existir grietas en un país consagrado a las causas comunes y en el cual la individualidad, en materia de gobierno, es idéntica a la invisibilidad. México es *uno*. Las consecuencias de esta estratificación, que Monsiváis aún no puede imaginar, habrán de revelarse pronto, en cuanto se ponga en duda esta base esencial de la

relación entre gobernantes y gobernados.

Así, Monsiváis dibuja el escenario natural de las confrontaciones futuras: un espacio donde los hilos se manejan desde un solo punto, donde la maquinaria tiene un solo interruptor y un solo cerebro. Sin quitar culpas, sin eximir responsabilidades, la reacción frente a quienes real o ficticiamente conspiran contra este supremo principio de jerarquización, contra esta pirámide de poder — como habrá de ser descrita por Octavio Paz meses más tarde —, sólo puede ser monolítica. No sólo se carece de tradición crítica, sino que todo el sistema está diseñado, desde los años treinta, para dirimir y negar las diferencias, para mostrar el rumbo conjunto de todos los sectores de la sociedad hacia el progreso. A fin de cuentas, el mayor mérito del Partido Nacional Revolucionario y sus variantes fue convertirse en la fachada de las guerras llevadas a cabo en su interior. Hacia afuera, la paz y la concordia; hacia adentro, la lucha enconada por el poder. Desde los años treinta, el país no hace otra cosa que imitar al partido: la ropa sucia debe lavarse en casa — de ahí el horror gubernamental a la prensa y a los intelectuales —; nadie debe entrometerse en los asuntos propios, nadie debe explotarlos públicamente, nadie debe mostrar sin recato su inconformidad... El panorama *debe* ser terso para cualquiera que lo mire, sobre todo en un año en que el país no espera otra cosa que esta muestra de exhibicionismo.

Retrato de un cronista

Carlos Monsiváis tiene apenas 29 años y es ya *el* cronista de la ciudad de México. Su lucidez y su humor lo hacen parecer un hijo ilegítimo de Salvador Novo — ahora demasiado institucional —, el cual, por cierto, acaba de recibir, en 1967, el Premio Nacional de Literatura. Su inteligencia aguda y cínica — que años después llevará a un Octavio Paz enfurecido a decir que Monsiváis no tiene ideas, sino ocurrencias — apareció en las publicaciones de los sesenta como una bocanada de aire fresco en el México cerrado de entonces.¹⁵

Fernando Benítez, el director de *La Cultura en México*, y uno de los promotores culturales más importantes del país, utiliza el talento del joven Monsiváis — al igual que el de José Emilio Pacheco — como caballo de batalla en su trato con el poder. Monsiváis aprovecha el espacio y escribe brillantes textos sobre cuanto se le ocurre: libros y exposiciones, conciertos y espectáculos

¹⁵ Carlos Monsiváis “nació en la ciudad de México en 1938. Es autor de *La poesía mexicana del siglo XX* (antología, 1966) y de *Carlos Monsiváis* (Autobiografía, 1966). Sus traducciones, artículos, ensayos y escritos de crítica se hallan publicados en revistas y suplementos culturales” (*Universidad de México*, v, 1968).

masivos, política y sociedad. Cualquier moda o corriente es retomada por él, narrada y analizada en páginas de pulcra ironía. Por si fuera poco, sus programas en Radio Universidad, “La hora de los niños”, primero, y “La semana en México”, más tarde, son escuchados por miles de seguidores.

El comienzo del año es un motivo inmejorable para repasar lo ocurrido en el anterior: una disección que servirá para comenzar de nuevo, un balance y ajuste de cuentas de un intelectual de izquierda que no oculta sus extravagancias: un observador privilegiado de su tiempo. Como ha podido verse, este texto emblemático fija, si no las principales ideas y preocupaciones de los mexicanos del momento, sí las del propio Monsiváis, que casi es decir lo mismo. Los lugares recurrentes, los actos reseñados, las ideas cuestionadas, aparecen como lugares cotidianos de la imaginación del escritor.

Por propio derecho, Monsiváis es nuestro intelectual prototipo porque, en un caso insólito en nuestro país, su única actividad es opinar. Intelectual exacerbado, su obra personal apenas existe, o más bien se concentra en todo aquello sobre lo que opina. Especialista en poesía mexicana y estadounidense, en cine y en música popular, su ámbito de expresión es, invariablemente, aun cuando pretende ser académico, la crónica. Este género es el vehículo ideal para sus maquinaciones. Sus obsesiones son universales: en un mundo sometido, ya desde entonces, a la globalización, Monsiváis se pretende la conciencia escéptica del devenir cotidiano. Ningún hecho escapa a su mirada: pretende la ubicuidad que concede la electrónica. Su saber enciclopédico escapa de cualquier tradición erudita: quiere ser un crítico popular, la encarnación viva de las tensiones internas de la sociedad.

Sus páginas chispeantes, herederas sobre todo del *New Journalism*, llenas de juegos y trampas, de voces y citas eruditas, lo convierten en un moralista a la fuerza: alguien convencido de la capacidad que posee la crítica para transformar a la sociedad, para indicarle un camino o para mostrar, al menos, sus contradicciones. No obstante, ya desde la década de los sesenta, no puede ser sino un moralista incrédulo: está preocupado por el destino de la sociedad, sí, pero también posee la suficiente distancia respecto a sus propias conclusiones como para tomarlas demasiado en serio. Escéptico, mas no destructivo: lejos está de la ironía implacable de Karl Kraus; su tono, más bien es el de un *reportero de sociales*. En medio de la ascendente clase media mexicana, del esplendor ficticio desarrollado simultáneamente a la miseria pública, Monsiváis se convierte en una especie de poeta cortesano que, sin embargo, es a un tiempo uno de sus mejores críticos. Las élites lo respetan: a fin de cuentas su discurso se dirige a ellas, no a los estratos de la sociedad que ni siquiera lo leen. Muy a su pesar, escribe para esos mismos individuos que aparecen como

personajes deleznable en sus escritos. Las masas aún no están preparadas para apreciar el encanto de su estilo, su tono de comediante serio, de comparsa huraño de los ridículos acontecimientos que describe. Monsiváis cuenta y se divierte. Es el juglar imprescindible, el periodista idóneo para hablar de la sociedad del espectáculo que –según Guy Debord– comienza en los sesenta.

Si, como decía antes, la vida en México durante el régimen de Díaz Ordaz es, fundamentalmente, la representación de una obra montada para el escenario internacional, si la apariencia es lo único que cuenta, si la máscara es la única realidad existente, Monsiváis comienza a ser, sin duda, uno de los pocos intelectuales que gozan con un palco permanente en semejante teatro. Su condición de moralista escéptico le permite pasar, a la vez, por fiel cronista del glamour y por instigador de la rechifla. Adorador de esa institución connatural a las sociedades preindustriales, el chisme, Monsiváis lo transforma en espejo y retrato de la misma sociedad que lo produce. Ajeno a los errores, las miserias y las burlas que describe, pero ligado a ellas por un vínculo inquebrantable, su voz será uno de los registros permanentes a lo largo de esta historia.

Los conspiradores

1968 es un año crucial para México no sólo por el movimiento estudiantil que culminó con la masacre de Tlatelolco, sino también porque, como pocas veces antes, intelectuales provenientes de cinco generaciones convivieron y se manifestaron públicamente para comentar los sucesos diarios y, en casos extremos, para ser los artífices de esos mismos acontecimientos.¹⁶

A lo largo del año participaron en las discusiones del momento miembros de las generaciones de 1915 (Vicente Lombardo Toledano, Jesús Silva Herzog y Salvador Novo), 1929 (Antonio Carrillo Flores, José Alvarado, Octavio Paz, José Revueltas, Gastón García Cantú, Leopoldo Zea, Fernando Benítez), Medio Siglo (Carlos Fuentes, Jaime García Terrés, Emmanuel Carballo, Salvador Elizondo, Juan Vicente Melo, Juan García Ponce) y 1968 (José Agustín, Gustavo Sáinz, Jorge Aguilar Mora, Juan Bañuelos), así como un miembro del Ateneo de la

¹⁶ Adopto la definición de intelectual de Gabriel Zaid. Según él, “intelectual es el escritor, artista o científico que opina en cosas de interés público con autoridad moral entre las élites”. Por tanto, para él no son intelectuales: “a) Los que no intervienen en la vida pública, b) Los que intervienen como especialistas, c) Los que adoptan la perspectiva de un interés particular, d) Los que opinan por cuenta de terceros, e) Los que opinan sujetos a una verdad oficial (política, administrativa, académica, religiosa), f) Los que son escuchados por su autoridad religiosa o por su capacidad de imponerse por vía armada, política, administrativa, económica, g) Los miembros de las élites que quisieran ser vistos como intelectuales, pero no consiguen el micrófono o (cuando lo consiguen) no interesan al público, h) Los que se ganan la atención de un público tan amplio, que resulta ofensivo para las élites” (“Intelectuales”, *Vuelta*, n. 168, xi, 1990, p. 21). Para la clasificación generacional, empleo la utilizada por Krauze en “Cuatro estaciones de la cultura mexicana” (1983, pp. 124-168).

Juventud (Martín Luis Guzmán) y personajes intermedios e inclasificables como Daniel Cosío Villegas, Elena Garro, José Emilio Pacheco y el propio Carlos Monsiváis. A lo largo del año, todos ellos se dedicaron a opinar, hablar, discutir, polemizar, atacarse, defenderse e incluso delatarse...

No obstante, es necesario reconocer que la actividad intelectual más importante del momento corrió por cuenta, sobre todo, de dos de estas generaciones: la de 1929, muchos de cuyos miembros, en plena madurez, ocupaban importantes cargos en la administración pública y controlaban diversos medios de comunicación, y la de Medio Siglo, cuyos integrantes entonces tenían entre treinta y cuarenta años y su principal campo de acción se encontraba en la academia o en la prensa.

De alguna manera, el centro del drama intelectual que se vivió en 1968 se entabló entre miembros de estas dos generaciones; la contienda ideológica fue mucho menos importante para los más viejos y los más jóvenes, por más que los primeros continuasen opinando sobre los acontecimientos recientes y que los últimos fuesen quienes *vivieron* sus consecuencias. De este modo, mientras algunos miembros de la generación de 1929, como Agustín Yáñez, Mauricio Magdaleno y Antonio Carrillo Flores se desempeñaban como ministros del presidente Díaz Ordaz y participaron, de modo directo, en la política emprendida por éste para reprimir al movimiento estudiantil, por su parte, muchos de los miembros de la generación de Medio Siglo, como Carlos Fuentes, Víctor Flores Olea o Juan García Ponce, apoyaron al movimiento, convirtiéndolo en una causa propia al estudiarlo y proporcionarle una mayor cohesión ideológica. Sin embargo, tal vez las figuras más poderosas del momento –acaso por antitéticas– fueron quienes ocupaban una posición intermedia entre ambas generaciones, el poeta Octavio Paz y el novelista José Revueltas, los cuales habrían de convertirse en 1968 en símbolos del enfrentamiento entre el poder y los intelectuales, si bien desde posiciones no sólo divergentes sino casi contrarias.

Medio Siglo fue una modesta revista estudiantil publicada a partir de 1951 por algunos estudiantes de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional Autónoma de México, gracias al impulso del jurista Mario de la Cueva. Bajo las direcciones sucesivas de Carlos Fuentes y Porfirio Muñoz Ledo (1951-52), y luego de Fernando Zertuche (1953), *Medio Siglo* contó entre sus colaboradores con escritores y políticos tan diversos como Javier Wimer, Marco Antonio Montes de Oca, Miguel de la Madrid, Rafael Ruiz Harrell, Miguel González Avelar, Arturo González Cosío y Sergio Pitol. En sus dos épocas, *Medio Siglo* apareció sin periodicidad fija entre 1951 y 1957.

Pronto, algunos de estos jóvenes entablaron contacto con estudiantes de la

Facultad de Filosofía y Letras — como José Emilio Pacheco y Carlos Monsiváis — y comenzaron a trabajar para la propia Universidad. Ahí, el poeta Jaime García Terrés, quien fungía como director de Difusión Cultural, incorporó a muchos de los miembros de la generación de Medio Siglo a su equipo: Emmanuel Carballo — que era un poco mayor — asumió la jefatura del departamento de Literatura, Juan García Ponce y José Emilio Pacheco fueron secretarios de redacción de la revista *Universidad de México*, Juan Vicente Melo dirigió la Casa del Lago — centro de la actividad de muchos miembros de ese grupo —, y Huberto Batis se convirtió en el responsable de la Imprenta Universitaria.

Poco después, alentados por Manuel Marcué Pardiñas, los antiguos colaboradores de *Medio Siglo* — muy especialmente el ubicuo Carlos Fuentes — comenzaron a publicar un proyecto propio: *El Espectador* (1959), cuyos colaboradores habituales, además de Fuentes, fueron Víctor Flores Olea, Francisco López Cámara, Enrique González Pedrero, Jaime García Terrés y Luis Villoro. Más tarde se incorporaron también a la revista del propio Marcué, *Política* (1960-1964). En esos momentos, la mayor parte de la plana editorial de *El Espectador* y *Política* inició su militancia en el Movimiento de Liberación Nacional, emprendido por Lázaro Cárdenas en 1961, y comenzó a apoyar al régimen de Fidel Castro en Cuba.

Sin embargo, acaso la empresa estelar de la generación de Medio Siglo fuese la *Revista Mexicana de Literatura* (1955-1965), fundada por Fuentes y Emmanuel Carballo y dirigida posteriormente por Tomás Segovia y Juan García Ponce, quien en una tercera época asumió solo la dirección. A lo largo de sus diez años de existencia, se convirtió en uno de los mejores espacios en América Latina para la discusión intelectual. Un último proyecto de la segunda promoción de la generación de Medio Siglo fue la revista *Cuadernos del viento* (1960-1967), dirigida por Huberto Batis y Carlos Valdés, y que llegó a funcionar como un espacio paralelo a la *Revista Mexicana de Literatura*.

En 1968, empero, gran parte de estos proyectos generacionales se habían venido abajo. Expulsados de la Universidad por divergencias con Gastón García Cantú — antiguo jefe de redacción de *México en la Cultura* con Benítez —, quien en 1967 había asumido la dirección de Difusión Cultural de la UNAM, en sustitución de Jaime García Terrés, muchos de los escritores del núcleo de la Casa del Lago se refugiaron entonces, curiosamente, en las áreas de prensa del Comité Olímpico Mexicano, encabezado por el arquitecto Pedro Ramírez Vázquez.

La *Revista Mexicana de Literatura* había desaparecido en 1965 y *Cuadernos del viento* apenas hacía unos meses, en 1967. Sólo la revista de la *Universidad de México*, que seguía contando con la colaboración de varios miembros de la Casa

del Lago –Juan García Ponce, Salvador Elizondo, Juan José Gurrola, Juan Vicente Melo e Inés Arredondo–, y *La Cultura en México* se mantenían como baluartes de la libertad de expresión intelectual y artística de la generación.¹⁷

La historia de *La Cultura en México* tiene su origen en un suplemento anterior, *México en la Cultura*. En 1949, Fernando Benítez, quien ya se había distinguido como hábil periodista y funcionario, había creado, junto con Alí Chumacero y Henrique González Casanova, en el diario *Novedades*, uno de los primeros espacios editoriales en su género, en el cual se combinaba tanto la literatura y las artes plásticas como la crítica política y social.

Una famosa foto de la época, en la cual Benítez aparece acostado en el piso, reproduce la nómina inicial del viejo suplemento: Carlos Monsiváis, Emilio García Riera, Juan Vicente Melo, Jorge Ibargüengoitia, José Emilio Pacheco, Alí Chumacero, Víctor Flores Olea, Emmanuel Carballo, Gastón García Cantú, Elena Poniatowska, Jaime García Terrés, Salvador Reyes Nevares, Armando Ayala Anguiano, Francisco Pina, Juan García Ponce, Vicente Rojo, Sol Arguedas y Lya Cardoza.

En junio de 1962, a raíz de un problema con Rómulo O’Farrill, el director de *Novedades*, quien no aprobaba la abierta simpatía del suplemento hacia la revolución cubana, Fernando Benítez tuvo que renunciar al periódico. Entonces, él y su equipo se encargaron de fundar, en la revista *Siempre!* de José Pagés Llergo, un nuevo espacio destinado a sustituir al anterior. Benítez invirtió el nombre y consiguió el apoyo del presidente López Mateos para continuar con su proyecto.¹⁸ Ahora, sus colaboradores más cercanos fueron los jóvenes José Emilio Pacheco y Carlos Monsiváis, sucesivos y a veces simultáneos jefes de redacción, mientras que la dirección artística quedó a cargo del pintor Vicente Rojo.¹⁹

Encartado en el semanario, el suplemento continuaba de cualquier manera su línea crítica. *Siempre!* poseía una personalidad propia y la reputación de ser la publicación política más importante y plural de la época. Iniciado en 1953 por

¹⁷ José Emilio Pacheco opina que esta proliferación de trabajos distintos respondía, evidentemente, a las necesidades económicas. Sólo combinando el trabajo en diarios, revistas, editoriales y dependencias culturales era posible sobrevivir en el México de entonces.

¹⁸ Siempre según Pacheco, cuando este apoyo fue retirado, el propio Pagés se encargó de subvencionar el suplemento, como le llegó a decir a Rafael Solana. Gabriel Zaid, por su parte, ha escrito: “Se dice que esta incorporación [la de Benítez a *Siempre!*], en su primer momento, fue apoyada por el presidente López Mateos, que luego se ofendió por la denuncia del asesinato de Rubén Jaramillo y trató de eliminar el nuevo suplemento, a lo cual se negó terminantemente Pagés Llergo” (Zaid, 1975, p. 189).

¹⁹ José Emilio Pacheco “nació en la ciudad de México en 1939. Además de una prolífica producción en artículos, ensayos, traducciones, prólogos y presentaciones, ha publicado los siguientes libros: *La sangre de Medusa* (1959), *El viento distante* (1963), *Los elementos de la noche* (1963), *El reposo del fuego* (1966), *Morirás lejos* (1967)”. Vicente Rojo “nació en Barcelona, España, en 1932. Vive en México desde 1949. Ha presentado diez exposiciones individuales en México, Miami, Barcelona, Madrid y La Habana. Ha participado en las Bienales de París (II y IV), VI de Sao Paulo y VI de Tokio” (*Universidad de México*, v. 1968). Es necesario añadir, en cualquier caso, que Pacheco se trasladó a vivir a Europa entre octubre de 1967 y octubre de 1968, por lo cual sus colaboraciones eran enviadas por carta a la redacción del suplemento.

la misma familia que antes había publicado las revistas *Hoy* y *Mañana*, y ahora en las manos del periodista José Pagés Llergo, el semanario se había convertido en un elemento indispensable para la democratización del país.

Ya desde su primer editorial se anunciaba la línea de acción que habría de seguir: “Servir al pensamiento obliga a superar partidismos, a desentenderse de capillas ideológicas y a saltar sobre las intolerancias... En la derecha tradicionalista, en el centro que aspira al equilibrio moderado, en la izquierda impaciente y apasionada, vive y alienta el pensamiento mexicano”.²⁰ Como recuerda Gabriel Zaid, asiduo colaborador de *La Cultura en México*, la revista de Pagés Llergo descubrió el periodismo de opinión que años después desarrollarían las mejores páginas editoriales de los diarios estadounidenses.

No era extraño, pues, que Pagés recibiera en sus páginas a Benítez y su equipo, al igual que, una década más tarde, volvería a hacerlo con los periodistas expulsados de *Excelsior* por órdenes del presidente Luis Echeverría y que se encargarían de fundar las revistas *Proceso* y *Vuelta*.

De esta manera, *Siempre!* y *La Cultura en México* se convirtieron, si no en los únicos, en los mejores espacios de crítica política y cultural del momento (el otro medio más o menos autónomo, el periódico *El Día*, fundado por el antiguo militante comunista Enrique Ramírez y Ramírez, terminó por mostrar sus ligas con el gobierno justo a raíz del movimiento estudiantil). Gracias a los *jefes* Pagés y Benítez fue posible revitalizar la actividad intelectual del México de entonces.

Según las estadísticas oficiales, en 1968 había en el país 1692 publicaciones periódicas, 190 diarias, 372 semanales, 197 quincenales y 751 mensuales. ¿Por qué razón sólo he escogido a *La Cultura en México* como hilo conductor de este libro? La idea es seguir el desarrollo, semana a semana, del grupo intelectual más importante y amplio con que contaba el país, seguir su itinerario a lo largo de 1968 como quien narra, asimismo, una crónica de familia. El suyo fue un experimento cultural único, permanentemente dispuesto a criticar, discutir y analizar los sucesos públicos con una voz —o, más bien, un conjunto de voces— que contrastaba con la pasmosa uniformidad de los demás medios y, sobre todo, con el monótono discurso del gobierno.

En cierto sentido, la historia de 1968 no es otra que la realizada, entonces, en las páginas de *La Cultura en México*. Paralelamente a los acontecimientos que se desarrollaban en el mundo, de la guerra de Vietnam a la primavera de Praga, de los asesinatos de Martin Luther King y de Robert Kennedy a las novelas de Carlos Fuentes o los poemas de Octavio Paz, del mayo francés al octubre mexicano, los colaboradores de *La Cultura en México* edificaron la historia intelectual del año. No sólo *leían*, con ojos privilegiados, los sucesos y las ideas

²⁰ En Zaid, 1988, p. 81.

que los rodeaban, sino que los *escribían* para sus contemporáneos y para el futuro. Siguiendo los pasos de su empresa, las páginas que siguen tratarán de *releer* lo que ellos leyeron y de *reescribir* lo que ellos escribieron: de resucitar sus vidas y sus obras, para tratar de comprenderlas con el mismo celo con el cual ellos trataron de comprender *su* presente: nuestro pasado común.

La mafia

En un país tan amplio como México –a pesar de la aparente uniformidad de su vida cultural–, tampoco podía esperarse que todos comulgaran con el mismo entusiasmo con la labor de Benítez y su equipo. Pronto, sus críticos comenzaron a acusar a este grupo de escritores y artistas de elitismo, de ser una “sociedad de elogios mutuos” y de impedir el acceso al suplemento a quienes no comulgaban con sus ideas políticas, preferentemente de izquierda. Como cualquier grupo intelectual, poseía cierto poder real –el que le conferían las élites al tomar en cuenta sus opiniones–, pero nunca se trató de una sociedad todopoderosa capaz de controlar toda la vida cultural mexicana, como afirmaban sus detractores.

En 1967, Luis Guillermo Piazza, un escritor y crítico argentino avecindado en México, publicó una novela que, aunque podía ser vista como un homenaje a sus colegas, le granjeó la animadversión o el desprecio de gran parte de los intelectuales mexicanos de la época y, sobre todo, de quienes participaban en el suplemento de Benítez. Su título era *La mafia*. El nombre, proveniente de los grupos gangsteriles de origen italiano de Estados Unidos, quería referirse expresamente al grupo de escritores que colaboraba en *La Cultura en México*.

Desde la primera página, el libro de Piazza evita cualquier ambigüedad y señala a los destinatarios de sus páginas. El epígrafe de esta “primera novela estrictamente psicodélica escrita en castellano”, como la anuncian sus editores, indica:

Mafia, término que en Italia o USA implica cierta asociación de índole más bien criminal, y que en México, por extraño símil, se aplica preferentemente a un supuesto confuso difuso misterioso grupo de regidores de la cultura, al que todos atacan y al que todos ansiarían pertenecer.²¹

²¹ Piazza, 1967, p. 7.

Parece ser que, desde mediados de los sesenta, el término se utilizaba ya para referirse al grupo de intelectuales que rodeaba a Benítez. Según refiere José Luis Cuevas en una carta al novelista argentino, fechada el 13 de mayo de 1963 —y reproducida en la novela—, Piazza había sido el primero en llamarlos así. En su carta, Cuevas le dice a Piazza:

Me han llegado rumores de que tú eres el inventor de la “mafia” a la que me honro pertenecer. Creo yo que debemos crear un círculo muy cerrado y no permitir el paso a los mediocres además de que debemos hechar [sic] a algunos que se han colado. La mafia debe extenderse a toda Latinoamérica. Propongo los nombres de Borges, Cortázar y Vargas Llosa (no sé si lo conoces, pero es un escritor joven que dará mucho qué hablar).

Gastón García Cantú aventura que esta denominación haya sido puesta en uso, gracias a su origen italiano, por el novelista Luis Spota, otro de los eternos enemigos del grupo de *La Cultura en México*.²² Al respecto, Monsiváis no deja de ironizar: “La mafia [es] una abstracción que designa a una élite inaccesible de escritores y pintores. La mafia preocupa, molesta, irrita, desconcierta, indigna. La mafia —dicen— quiere impedir el acceso a la cultura de los valores jóvenes. La mafia no existe”.²³

Burlándose de las innovaciones narrativas de la época —y sobre todo de *Cambio de piel* de Carlos Fuentes y *José Trigo* de Fernando del Paso—, Piazza pretende hacer un recuento de las manías, errores y mezquindades de la *inteligencia* mexicana. Ilustrada con fotografías de Héctor García en las cuales aparecen recurrentemente los miembros del grupo de Benítez, *La mafia* es una narración deshilvanada en la cual circulan los extravagantes y fatuos personajes de la vida cultural mexicana. Decenas de episodios y anécdotas son ridiculizadas por Piazza, quien no deja de contar chismes sobre estos intelectuales, apenas disfrazados. Desde el inicio, Piazza muestra a sus personajes:

o se pueden hacer concesiones por qué no y nombrar Carlosfuentes JoséluisCuevas Monsiváis Piazza Fernandobenítez con lo que todo sería más fácil (además de claramente satírico, así suele gustarles) ya que se vendería más el libro...²⁴

²² García Cantú y Careaga, 1993, p. 128. El uso del término “mafia”, aplicado a los intelectuales mexicanos, también se le ha adjudicado a la escritora Margarita Michelena.

²³ Monsiváis, 1970, p. 82.

²⁴ Piazza, p. 9.

En otras ocasiones, simplemente utiliza sin pudor sus iniciales –CM, CF, FB–, o hace mofa, sin reservas, de los nombres: “¿es usted Juan García?, ¿es usted Jaime García?, ¿es usted Emilio García?, ¿es usted Gabriel García?, ¿es usted Jomi García?, ¿es usted José Luis Ibáñez?”, o de plano cuenta chistes privados que se convierten en públicos: “¿es cierto que Cuevas es enano?”, “CM, relativamente joven, ¿será mayor de lo que dice?”

Más que satirizar, la intención de Piazza es mostrar, con su lenguaje inquieto y lúdico, con sus groseros sarcasmos y retruécanos, con su inserción de cartas, artículos, poemas y panfletos, los oscuros modos de actuar del *tout Mexique* que se encarga de crear *La Cultura en México*.²⁵ Cada uno de los clisés utilizados por sus personajes es llevado a sus últimas consecuencias por Piazza, con una acidez demasiado evidente. Si Monsiváis es simpático y juguetón, Piazza lo convierte en bufón de circo; si Fuentes es glamoroso y fatuo, Piazza lo hace parecer vacío y soberbio; si Cuevas es engreído y vanidoso, Piazza lo transforma en superficial y pueril. Sin embargo, no deja de advertirse cierta complicidad en las clasificaciones y retratos, como si el autor no pudiese desligarse por completo de su ambiente, como si sus propios defectos apareciesen al descubrir los ajenos.

En cierto sentido, *La mafia* se lee ahora como una (fallida) novela costumbrista, una extraña forma de retratar con precisión los lugares comunes y las ampulósidades intelectuales de una época con los recursos de esa época; no obstante, algunos de sus argumentos resultan válidos, por ello mismo, para arrojar cierta luz sobre el comportamiento de los intelectuales. La tesis central de la novela es que un grupo compacto de intelectuales se ha apoderado –o al menos lo ha intentado– de *todos* los espacios culturales del país. El recuento difícilmente lo refutaría: a lo largo de los sesenta, prácticamente todas las instancias culturales de la UNAM –la revista *Universidad de México*, la Casa del Lago, la radio y Difusión Cultural–, el semanario *Siempre!*, El Colegio de México y el INBA estuvieron en sus manos. Sin embargo, los ataques de Piazza no se dirigen a las obras de estos hombres, sino más bien a sus actitudes.

Durante enero y febrero de 1968, a raíz de la publicación del libro de Piazza, pero sobre todo gracias a un comentario de Emmanuel Carballo en el cual lo compara con *Los juegos* de René Avilés Fabila²⁶, se desató una breve y

²⁵ Uno de los chismes más famosos documentados por la novela se refiere al escándalo causado cuando *La Cultura en México* publicó un texto crítico del novelista chileno José Donoso, recientemente instalado en México, en el cual criticaba la obra de algunos miembros de la mafia. Al final del artículo apareció la leyenda “muy bueno para criticar, pero es una pobre bestia”. Nunca se aclaró quién fue el culpable de incluir esta frase. Irritado y dolido, Donoso decidió abandonar el país luego de esta experiencia (p. 22). Desde luego, la novela también hace referencia al famoso concurso de cine experimental ganado por Carlos Fuentes y José Luis Ibáñez, gracias al cual se produjo un resquebrajamiento dentro de la propia mafia, pues otros concursantes, como Juan García Ponce, no se mostraron satisfechos con el veredicto (pp. 112-113).

²⁶ Escribe Emmanuel Carballo: “*La mafia* de Luis Guillermo Piazza es el reverso de la obra de Avilés. Si éste sueña con

ácida polémica en torno a la mafia literaria. Al igual que la novela de Piazza, *Los juegos* de Avilés retrata la vida literaria mexicana y el mismo grupo descrito por el escritor argentino —quien aparece con el nombre de Rosicler—, al que ahora se conoce como “el clan”.

El primer dardo fue lanzado por el escritor y periodista René Avilés en una carta del 28 de diciembre de 1967 a José Pagés Llergo, el director de *Siempre!* Ahí, Avilés se queja de que no existe verdadera crítica literaria en México, deplora la reseña de Carballo y se propone justificar que en nada se parece a Piazza y que nunca quiso ser un miembro de la mafia. Explica Avilés, entonces miembro del Partido Comunista Mexicano (PCM):

Jamás he tenido la intención, ni en sueños mesié Freud, de solicitar mi ingreso al citado clan. Cuando me dio la gana escribir en el suplemento cultural de la revista *Siempre!* lo hice, cuando se me antojó dejar de escribir lo hice. En cuanto a las celebridades del grupo no me interesan, a algunos los conozco y por ello los detesto. [...] ¿Ingresar a la mafia? Qué idiotez. Prefiero ingresar [...] a un organismo político bien orientado.

Por último, Avilés refrenda una opinión corriente entre los intelectuales mexicanos —compartida por todos los bandos, refiriéndose unos a otros—: la de que en México no existe una auténtica crítica literaria.

Posteriormente, en otra carta abierta, publicada el 8 de enero, un lector, Ezequiel Aguirre Galván, defiende a los críticos literarios que hay en México, sólo para que, una semana después otro lector, Pedro González Torero, defienda el punto de vista de Avilés. En ese mismo número, Héctor Gally sale en defensa de Piazza:

En su novela *Los juegos* el escritor René Avilés Fabila enfoca sus baterías contra el grupo intelectual al que denominan la mafia, y muy particularmente ataca al escritor argentino Luis Guillermo Piazza (que en su novela aparece con el nombre de Rosicler) acusándolo de ser un intelectual de tercera con ambiciones de serlo de segunda. El ataque no puede ser más injusto. [...] Aunque él no gusta de llamarse crítico, la verdad es que es uno de los pocos críticos en México que sí leen los libros que comentan.

El argumento, a la luz de los años, se vuelve contra sí mismo: Gally afirma

ser de la mafia, Piazza se propone usufructuar los méritos de este grupo, los que, obviamente, no le corresponden” (LCM, 3, 1).

que Piazza es un verdadero crítico ¡porque lee los libros que reseña! Pero sigamos adelante. Poco después, la polémica cambió de rumbo: ya no se trataba de atacar o defender a la mafia, sino que se centró en la figura de Piazza. En una nueva carta, Alejandro Finisterre —éste era el nombre de un editor español que vivía en México— acusó al argentino de haber plagiado un poema ni más ni menos que de François Rabelais. Los textos de Piazza y Rabelais, reproducidos uno junto al otro, en efecto, son idénticos.

A la polémica se sumó el 15 de febrero el escritor italiano Carlo Coccioli, desde su columna semanal en *Siempre!*, que ya desde su cabeza anuncia lo que se ventila en esta discusión:

BUSCAR PUBLICIDAD A COMO DÉ LUGAR Y SALTAR DE AHÍ
TRAS LOS BILLETES GRANDES
Y A ESO SE LE LLAMA INTELECTUAL
EL CASO DE LUIS GUILLERMO PIAZZA, ACUSADO DE PLAGIO,
PONE AL
DESCUBIERTO UNA SERIE DE AMORALIDADES ENTRE
LA NUEVA OLA LITERARIA

Coccioli ataca a Piazza, de quien afirma no haber leído nada literario “posiblemente porque nada literario suyo hay que leer”; decididamente, lo que más molesta a Coccioli es el “plagio” a Rabelais demostrado por Finisterre:

¿Por qué estoy confuso, desconcertado, irritado? En primer lugar, porque el robo me asquea, cualquiera que sea su forma. En segundo lugar —y es lo que más cuenta—, porque acciones de este género nos desacreditan a todos los que vemos en el hecho de escribir la justificación de nuestra propia existencia. Se echa una sombra repugnante sobre quienes —los intelectuales— pretendemos erigirnos en jueces de los demás. [...] Empiezo a convencerme de que en México el oficio de intelectual consiste esencialmente no en una verdadera y dolorosa vocación, sino en una desenfrenada carrera para conseguir, con el renombre mundano, beneficios materiales no indiferentes.

Por otra parte, en ese mismo número, René Avilés Fabila envía al director del semanario una nueva misiva para responder a los comentarios anteriores. En primer lugar, agradece el apoyo de González Torero (“persona culta, inteligente y buen prosista”) para luego dirigir sus baterías contra Héctor Gally. Además de reiterar que Piazza es “protopocho y asqueroso anticomunista”,

Avilés insiste en que su novela *Los juegos* no tenía la intención de atacar a ningún grupo en lo particular. Y puntualiza:

Si bien puedo considerar nefastas algunas actitudes de Carlos Fuentes, no desconoceré que, en un estilo plástico y fuerte, ha creado las novelas más vigorosas de los últimos años; que si Monsiváis es un constante frívolo, tiene agallas para deslizar ciertas verdades sobre la situación política y social de México; que si Cuevas ama la publicidad y la propaganda más que su propia pintura, allá él, pero tampoco cabe argumentar gratuitamente que su arte es malo. Sólo que Luis Guillermo Piazza sí carece de valores. Él no, por favor. Incluso en mi novela quedan delimitados los terrenos y hay momentos en que el clan llega a justificar su existencia en medio de una corrupción artística patrocinada por el estado. Rosicler es otra cosa...

Sin embargo, resulta aún más revelador el final de su carta:

Esto no es sino el principio de una lucha que las jóvenes generaciones no viciadas libran [...] contra los intelectuales inútiles que guardan gracioso silencio ante el asesinato de Guevara, el ataque de los estadounidenses al pueblo de Vietnam, contra los que empujan el país a la derecha.

Por fin, el 1º de marzo, Piazza se decidió a contestar a Coccioli y a sus demás detractores. Una nueva carta al “estimable amigo Pagés” agradece la publicidad gratuita que se le hace (“qué no daría Cuevas por ser destinatario de tanto sadismo epistolar gratuito”), pero agrega que no es una maniobra arreglada con el fin de “agitar el agua” entre un mismo grupo. Piazza niega que se trate de una polémica en contra de los “Desconocidos-de-Siempre” y dice no tener la intención de dialogar, como un Doctor Doolittle, “con otras especies”. Según él, la carta del “señor Finisterre” es de alguien escondido tras ese seudónimo “adecuadamente rocalloso”, probablemente alguno de los “amigos del suplemento”. Afirma que la carta de Finisterre es una patraña burda y repugnante. Piazza le explica a Coccioli que él sí es un “verdadero escritor”, al contrario de los otros; que el poema supuestamente plagiado fue manipulado por el tal Finisterre, que en realidad es parte de un conjunto de “antifábulas históricas”, titulado “El hijo de Pantagruel”, y que en todo momento se encargó de mostrar el parentesco con Rabelais.

El 8 de marzo, Coccioli le respondió una vez más a Piazza. Ahora dice que su disculpa es tan “risible como marrullera” y lo califica de patán. Asimismo,

recuerda que, cuando Piazza era director editorial de Novaro, plagió un póster de Jan Lenica como portada de la novela de Miguel Alemán Velasco, *El héroe desconocido*. También afirma que Piazza era colaborador de la revista *Cuadernos del Congreso para la Libertad de la Cultura*, patrocinada por la CIA.

El sentido general de la polémica no parece muy claro con el paso de los años: aun cuando trató de hacerse hincapié en que no se trataba solamente de una reyerta entre intelectuales, la verdad es que el público lejos estaba —y está aún— de identificar los personajes y las causas de las disputas. Si se ha dicho que la prensa es el espacio en el cual los diversos factores reales de poder intercambian mensajes cifrados, la pequeñez de su medio cultural convierte a México en territorio propicio para este intercambio de respuestas. La polémica no hace sino poner en evidencia las peleas, insultos y divergencias que siempre están ahí, veladamente, en el periodismo y en la literatura. La idea de que una *mafia* controla *todos* los espacios en el país, incluida la cultura, es característica de la sociedad mexicana, siempre dispuesta a creer en conspiraciones y en que unos cuantos individuos detentan el inmenso poder de planear por anticipado las acciones y reacciones de los demás.

De nuevo: el grupo de *La Cultura en México* existía, en muchas ocasiones actuaba en bloque y obviamente tenía cierto poder, pero de ahí a que controlara *toda* la vida cultural mexicana, como denuncian Coccioli, Avilés y Piazza, hay una distancia considerable. Del mismo modo que ni el presidente lo sabe y lo puede *todo* —aunque todos, incluyéndolo a él, lo piensen así—, ningún grupo, por más fuerte que sea, es capaz de un poderío semejante. En 1968 habrá de demostrarse la falsedad del mito de la omnipotencia y la omnisciencia de unos cuantos: ninguna autoridad es invencible y nadie es capaz de decidir, unilateralmente, el destino de la sociedad.

Carlos Fuentes

El problema de la mafia cultural conduce, sin remedio, al problema de la crítica literaria en México. El panorama que ésta ofrecía en el suplemento de Benítez dará buena idea de los modos de actuar de algunos de los críticos del momento.

Si sólo se hiciera caso a la crítica literaria publicada en *La Cultura en México* en aquel momento, la conclusión sería que en México sólo había un narrador y una novela dignos del país: Carlos Fuentes y *Cambio de piel*.²⁷ José Joaquín

²⁷ Otro de los críticos importantes del momento, José Luis Martínez, intentará ofrecer un panorama más vasto de la literatura mexicana reciente. En los números de mayo y junio de la revista de la *Universidad de México*, Martínez publicará un largo ensayo titulado “Nuevas letras, nueva sensibilidad”, en el que concede un papel importante a las

Blanco escribió, años después, que “de 1958 a 1967 la narrativa mexicana y la obra personal de Carlos Fuentes vienen a ser casi la misma cosa y el mismo éxito”.²⁸

Publicada en 1967, año en el cual ganó el Premio Biblioteca Breve de la editorial Seix Barral de España —que en 1963 había obtenido otro mexicano, Vicente Leñero—, *Cambio de piel* fue aclamada en el extranjero en cuanto apareció y llegó a señalársele como la mejor novela mexicana de la historia. Su éxito creció, además, gracias a la censura franquista que se encargó de prohibirla, como recuerda el propio Fuentes, por “pornográfica, comunistoide, anticristiana, projudía y antialemána”.²⁹

Sin embargo, su recepción en México fue menos entusiasta, y llegó incluso a la indiferencia o la incompreensión. La dramaturga y narradora Luisa Josefina Hernández, en una entrevista concedida al periódico *Novedades* el 12 de enero, afirmaba que había leído la novela de Fuentes y que no pensaba repetir jamás la dolorosa experiencia. Por su parte, en su recuento de la narrativa del año para *Diorama de la Cultura* de *Excelsior*, publicado el día 7, María Elvira Bermúdez afirmó que la novela era “ilegible” y que *Morirás lejos* de Pacheco era, en realidad, la mejor novela del año.

En el extremo contrario, Fernando Benítez y Emmanuel Carballo, viejos amigos del autor, se dieron a la tarea de reseñar sus virtudes, convencidos de su grandeza. En su detallado panorama de la narrativa mexicana de 1967, publicado a principios de año en *La Cultura en México*, Carballo afirma:

En *Cambio de piel*, Carlos Fuentes está presente de la cabeza a los pies. En esta novela extraordinaria, especie de suma artística de toda su obra, comparecen y son puestos en tela de juicio cada uno de sus libros, desde *Los días enmascarados* hasta *La muerte de Artemio Cruz*, cada una de sus obsesiones, cada una de sus manías, cada una de sus influencias (de las más remotas a las que aún no acaban de convencerlo del todo), cada una de sus edades (la infancia, la adolescencia, la juventud y la madurez) y cada uno de los géneros que ha practicado o que, después, va a poner en ejercicio de manera más completa y efectiva. [...] Es la única aportación significativa que México ha hecho, en los últimos años, a la novela universal del siglo XX. Por eso, por envidia y resentimiento, ha pasado inadvertida en este país que premia a los mediocres y silencia a sus escritores representativos.

obras de Gustavo Sáinz, Salvador Elizondo, Inés Arredondo, José Agustín y Fernando del Paso.

²⁸ Blanco, 1980, p. 243.

²⁹ En Carballo, 1994, p. 542.

A principios de 1968, Carlos Fuentes tiene treinta y nueve años y es autor de una obra amplia y diversa.³⁰ Sin embargo, es justo entonces cuando se consolida como el principal narrador mexicano gracias a la aparición de *Cambio de piel* y a la ayuda de los escritores y críticos que, a lo largo del mundo, emprenden una cruzada de relaciones públicas capaz de ubicarlo entre los primeros lugares de ventas. *Cambio de piel* es, ciertamente, el proyecto más ambicioso de Fuentes hasta el momento; con él, intenta construir una novela total y, si no es —como quisiera Carballo— la única aportación reciente de México a la novela del siglo XX, al menos su gran aliento alcanza una valiosa renovación del lenguaje narrativo.

Fuentes se encuentra en un momento clave de su vida: es ya el prototipo de intelectual cosmopolita y reconocido, y un pilar del boom latinoamericano. Como recuerda el crítico Jorge Ruiz Basto, “con la monumental fotografía de Fuentes anunciando *Cambio de piel* en una céntrica librería de la ciudad de México, sólo compite, en ese entonces, el close-up de Julio Cortázar en la portada de la revista *Life*”.³¹ Ubicuo y prolífico, en 1967 Fuentes no sólo publica esta gran novela: también da a la imprenta *Zona sagrada* y colabora en infinidad de medios —prensa, cine y televisión— donde habla sobre los temas más variados. Su posición política, en cambio, es menos consistente que en años anteriores: si bien puede seguirse considerando un intelectual de izquierda (lo que los estadounidenses llamarían *radical*) y continúa con la idea de romper la bipolaridad derivada de la guerra fría —su gran obsesión de la década anterior—, muestra su apoyo decidido al régimen cubano.

Debido a su papel de intelectual cosmopolita, y en gran medida a causa de esta novela, Fuentes pasó a convertirse en otro más de los mitos que necesitaba el país. *Cambio de piel* parece escrita con el mismo deseo de ser contemplado y admirado por el exterior —la misma voluntad grandilocuente de “aportar algo a la novela universal del siglo XX” — que la organización de las Olimpiadas. Proyectos ajenos, modelos antagónicos si se quiere, pero en ambos casos está presente una idéntica obsesión por el reconocimiento mundial. En las Olimpiadas se mostrará todo lo que México es y ha sido, del mismo modo que *Cambio de piel* intenta ser el resumen no sólo de la narrativa, las influencias y la vida entera de Fuentes, como quiere Carballo —y esto no es poca cosa—, sino la *summa* de la creatividad mexicana, la obra maestra que contiene, gracias a la

³⁰ En junio de 1968, Fuentes publicaría el primer capítulo de la novela que se dedicaba a escribir entonces en París, *Terra nostra* —su obra maestra—, titulado “Carne, esferas, ojos grises junto al Sena”, en la revista de la *Universidad de México*.

³¹ Ruiz Basto, 1992, p. 11.

exuberante prosa de Fuentes, la historia completa de México. Más que una pasión por romper los límites, por escribir una *novela total*, parece existir el deseo de que el texto adquiriera una inmortalidad anticipada.

Con ella, Fuentes pretende alcanzar, de una vez por todas, la culminación de su carrera. Al lado de *Rayuela* de Cortázar y *La casa verde* de Vargas Llosa, es la carta más fuerte presentada por los nuevos escritores de América Latina para lograr su internacionalización. Pronto, con *La nueva novela hispanoamericana* (1969), Fuentes tratará de convertirse también en el principal teórico y propagandista de estas obras que se oponen a la caduca estética realista de los años cincuenta, al lado de trabajos como *Los nuestros* de Luis Harss o *Historia de un deicidio* de Vargas Llosa.

De este modo, Fuentes se convierte en la cabeza de lanza de una intensa campaña de promoción que tiene como objetivo colmar la creciente demanda de literatura latinoamericana que se produce en Europa y Estados Unidos. Importantes editoriales —Seix Barral en España y Joaquín Mortiz en México—, agentes literarios —Carmen Balcells— y críticos —Julio Ortega, Emmanuel Carballo— trabajan al unísono para conseguir el tan anhelado beneplácito mundial hacia la literatura latinoamericana.³²

En México, semejante tarea correspondió, desde el principio, a los dos viejos amigos de Fuentes: Benítez y Carballo. No es casual que, una y otra vez, *La Cultura en México* insista en la importancia de su obra y que frecuentemente reproduzca algunos de los comentarios críticos que *Cambio de piel* va recibiendo a lo largo del mundo. Por ejemplo, en el número que apareció el 7 de febrero, incluía estos comentarios de la prensa italiana:

Avanti, Roma: “*Cambio de piel* es un libro turbulento e indomable: una operación liberadora. [...] Libro maldito, construido con los más diversos elementos del lenguaje, *Cambio de piel* deja una impresión múltiple semejante a la de las ácidas pinturas del Bosco, a la del Buñuel del surrealismo parisino, a los escultores de las catedrales españolas y de las vírgenes con lágrimas de cera, a la del doctor Caligari y su ayudante César, a Lang y el expresionismo, a los cuentos de Borges y Cortázar”.

Il Giornale di Sicilia, Palermo: “El autor de *La muerte de Artemio Cruz* se está convirtiendo en uno de los escritores clave de la literatura internacional”.

Il Telegrafo, Livorno: “Una inspiración generosamente subversiva, similar a la de Henry Miller, corre a lo largo de *Cambio de piel*. El resultado es un monumento de poesía acre, pero vital”.

Tabù, Roma: “Más que un libro, ésta es una orgía infernal. ¿Habrá un ‘caso

³² Cf. Ángel Rama, *Más allá del boom: literatura y mercado*, Marcha, México, 1981.

Fuentes' después del 'caso Miller'?"

Más adelante, en el mismo número del suplemento, Gustavo Sáinz afirmaba que *Cambio de piel* es el *Ulysses* mexicano.

Luego, con sólo unas semanas de diferencia, el 17 de abril *La Cultura en México* volvió a publicar algunas de las reseñas de *Cambio de piel* publicadas, ahora, en la prensa estadounidense. Según Eugenia Caso, la encargada de realizar una encuesta sobre la crítica en México derivada del "caso Fuentes", el ninguneo que la novela recibió en el país contrastaba espectacularmente con las tres ediciones que llevaba en Italia y la sana comprensión que le dirigía la crítica estadounidense.

En su comentario publicado el 17 de abril, Caso escribe: "Quisiéramos que ellos [los críticos mexicanos] explicaran las razones por las cuales un italiano o un estadounidense pueden captar la intención paródica, crítica, mitológica del libro de Fuentes en tanto que los mexicanos han preferido una lectura literal, acrítica y en consecuencia ilegible".

Véanse a continuación algunas de las notas de la prensa estadounidense reproducidas por *La Cultura en México*:

Chicago Sun Times, Chicago: "Cambio de piel es un libro maravilloso, audaz y maniático que nos conduce a través de una serie de actos rituales que pueden ser reales o imaginarios. La novela posee una lógica interna que nos permite captar la muerte o sacrificio de Franz y el cambio de piel de los demás personajes. Pero además el método literario y las vidas de los personajes poseen una dimensión especial que hace de este libro difícil una excitante experiencia, una extraordinaria y humana construcción de muchos temas del mundo contemporáneo" (Michael Claffey).

The Times Picayune, Nueva Orleáns: "Con un lenguaje vigoroso, arrasante, brutal y cándido, Fuentes [...] traza esta historia de hombres medrosos e insignificantes, víctimas de una civilización que han creado pero no comprenden" (James Haddican).

Christian Science Monitor, Boston: "Con *Cambio de piel*, Carlos Fuentes ocupa su lugar entre los mejores novelistas contemporáneos" (James Nelson Goodsell).

Los Angeles Times, Los Ángeles: "La fuerza y la extensión de la imaginación de Fuentes son asombrosas. Todo lo que el autor toca se vuelve inmediato y viviente" (Marjorie Driscoll).

Sunday Star, Washington, DC: "Cambio de piel es una de las novelas más satisfactorias de los últimos años" (Day Thorpe).

La actitud de *La Cultura en México* ante esta novela revela dos aspectos: en primer lugar, la escasa crítica profesional que ciertamente existía en la vida literaria en México y, en segundo, la necesidad que sienten escritores, críticos y público de obtener un certificado de calidad proveniente del extranjero que legitime sus opiniones. Sin querer, Fuentes encarna una actitud que comienza a popularizarse entre los autores nacionales —Octavio Paz lo hará a su modo en años venideros—: la del escritor que se siente vilipendiado en su país y que, sin embargo, recibe un clamoroso éxito internacional.

Sea como fuere, la discordia que existe en el mundo literario mexicano se resuelve, en el “caso Fuentes”, como una lucha contra los prejuicios nacionales. Si los recortes de prensa reproducidos por *La Cultura en México* muestran el interés de la crítica italiana y estadounidense por *Cambio de piel*, también es verdad que los pasajes sólo contienen alabanzas, una lista de adjetivos (maravillosa, audaz, asombrosa) que busca opacar aquellos escritos por los críticos mexicanos (ilegible, absurda, desmesurada). La discusión, en cualquier caso, permanece ausente. Quienes vituperan a Fuentes en México están más interesados en su persona que en su obra, pero sus defensores tampoco se han tomado la molestia de conocer cómo ha sido leído Fuentes en ámbitos y espacios distintos, para tratar de hallar las razones de su éxito internacional.

La insistencia de *La Cultura en México* parece un tanto excesiva cuando, en la columna “Aguja de diversos”, firmada por el novelista Gustavo Sáinz (G.S.),³³ se insiste en el mismo tema: “En cuatro meses se agotaron veinte mil ejemplares de la edición italiana de *Cambio de piel* y apareció una tercera edición”.

Con este motivo, el suplemento reproduce ahora fragmentos de una entrevista que la radio y televisión italianas de Milán realizaron a Fuentes y cuyo texto completo, traducido por el propio novelista, apareció en la revista *Nuevo Mundo*, publicada por Emir Rodríguez Monegal en París. Al referirse a la crítica literaria en América Latina, Fuentes contesta:

El novelista latinoamericano, por lo común, debe esperar a que sus libros sean publicados en Europa y en Estados Unidos para establecer un diálogo crítico. El crítico en América Latina por lo general es monolingüe, provinciano, y no ha leído las obras críticas fundamentales del pasado y del presente. Estamos acostumbrados a tratar con críticos de escuela secundaria. Pero hay algo más grave, culturalmente. La mayoría de

³³ Gustavo Sáinz “nació en la ciudad de México en 1940. Ha publicado: *Gazapo* (1965) y *Gustavo Sáinz* (Autobiografía, 1966). Ejerce la crítica en diversas publicaciones especializadas* (*Universidad de México*, v, 1968).

nuestros críticos literarios participan de una falsa conciencia del tiempo perdido. Es decir, América Latina sufriría de un retraso cultural frente al mundo occidental y el deber del escritor consistiría en llenar esa laguna. ¿Cómo? Pues escribiendo nuestra *Madame Bovary* o nuestros *Hermanos Karamázov*. De esta manera el novelista contemporáneo se ve sujeto a cánones del pasado y el crítico se siente dueño de un sistema exacto de referencia. Como carecen de talento e información para entender una obra nueva y arriesgada, la comparan con obras cómodamente consagradas y luego dictaminan: fulanito no es tan bueno como Flaubert.

El 26 de marzo, *La Cultura en México* publicó una nueva reseña del libro, firmada de nuevo por Gustavo Sáinz, con el título de “El más alto monumento literario de la historia de México”. Después de contar brevemente la historia de la novela, la reseña cita a Mario Vargas Llosa, quien en la revista *Imagen* de Venezuela afirmó que la intención de Fuentes había sido crear “un manual de mitología moderna” que fuese “de Foucault a los Beatles, del Indio Fernández a Wilhelm Reich”. Posteriormente, Sáinz afirmó que lo mejor de la novela estaba en sus últimas cuarenta páginas, que la revista *Primera Plana* de Buenos Aires llamó “la noche de Ulises en la narrativa escrita en español”. Por último, Sáinz terminaba comparando favorablemente a Fuentes con sus compañeros del boom:

Estamos demasiado acostumbrados al nudo de todos los cabos sueltos según lo acostumbra Vargas Llosa, a todo lo digerido, para lectores-hembra, que resulta García Márquez. [Nadie puede discutir que] Fuentes es el “azar absoluto de la literatura mexicana”, que *Cambio de piel* es la *summa* de toda su obra narrativa, que, ambicioso y vasto, grandilocuente y desgarrador, pedante y bellísimo, escéptico y cínico, este libro es el más alto monumento literario de la historia de México.

Si bien es cierto que *Cambio de piel* es la novela más ambiciosa de Fuentes, en la cual ha empleado todos los recursos técnicos a su alcance asimilando, como dice Carballo, todas las influencias, a la luz de los años resulta una novela incómoda. El tiempo le ha restado algo de su vigor vanguardista y su riqueza expresiva apenas puede ser apreciada en medio de una acumulación de elementos que llega a parecer ilegible. En relación con sus obras anteriores, como *La muerte de Artemio Cruz* o *Aura* (1962), e incluso *La región más transparente* (1958) o la misma *Zona sagrada*, *Cambio de piel* parece un tanto prolija. Fuentes todavía llevará a sus últimas consecuencias esta estética de la

desmesura en *Terra nostra* (1976), pero ahí la madurez y la complejidad del proyecto alcanzarán un nivel insuperable gracias al fragor del estilo, la grandiosidad de la estructura y las resonancias de la historia dentro de la historia.

Cambio de piel es una novela que se plantea el exceso como meta: todos los detalles que Fuentes percibe como inherentes a la modernidad burguesa son llevados a sus límites con un desenfado que pretende anular toda intención “psicologista”. Si desde los años cincuenta el *nouveau roman* había decretado la muerte de la psicología tradicional de los personajes “redondos”, ahora Fuentes, provisto con elementos de la cultura pop y con un ánimo *camp*, lucha contra cualquier pretensión de retratar psiques. El crítico Jorge Ruiz Basto ha señalado que el mayor problema de la novela —así como de muchas otras de Fuentes— está en el extremo control lingüístico que ejerce sobre la trama y que termina por anular el desarrollo de la acción dramática.³⁴

Al respecto, el propio Fuentes señaló:

Seguir hablando de psicología en relación con la novela es como seguir hablando de reproducción de la realidad en la pintura, de melodía en la música. La novela ha llegado más tarde a esta liberación que las otras artes. Pero pronto será tan inconcebible decir que un ser de ficción “no habla así en la realidad” como decir que en la naturaleza no hay damas como las que pinta Picasso.³⁵

La meta de Fuentes es renovar la novela, incorporarle la modernidad perdida, despojarla de los caracteres burgueses que ha venido cargando desde el siglo XIX. Por desgracia, la Cultura y la inteligencia de Fuentes le juegan una mala pasada: al pretender actualizar una teoría literaria —la “muerte de la psicología” — pierde intencionalmente los personajes que ha construido. Aunque su supuesta “abolición de la psicología” quiere funcionar de modo paralelo a las teorías de Reich y Marcuse, lo cierto es que accede a una especie de totalitarismo narrativo: nada se deja al azar, el autor controla, sin tregua y hasta el final, las vidas de sus criaturas.

En su ensayo *La nueva novela latinoamericana*, escrito a lo largo de 1968 y publicado un año más tarde, Fuentes ofrece un recuento de su programa estético y algunas claves de la preocupación generalizada que, según él, tienen los autores del boom sobre las relaciones entre la teoría y la práctica

³⁴ Ruiz Basto, pp. 70–72.

³⁵ En Carballo, 1994, p. 550.

novelísticas.

En este amplio trabajo, Fuentes afirma que la novela hispanoamericana escrita antes de los años sesenta se hallaba limitada por un nacionalismo ramplón derivado del aparente aislamiento de América Latina del resto de Occidente. Al tratar de superar su complejo de inferioridad, los autores hispanoamericanos no han asumido su condición “excéntrica”, sino que intentan adentrarse en los paradigmas estéticos europeos, empezando por copiar sus nacionalismos decimonónicos. En contraparte, la “nueva novela hispanoamericana” intenta realizar un espectacular acto de apertura, una universalización de los problemas propios de cada pueblo de América Latina. No se trata de ser iguales a los europeos, sino de encontrar un modo propio de ser occidentales.

De este modo, Fuentes considera que la renovación del lenguaje novelístico es la clave del desarrollo futuro de la novela hispanoamericana:

Por medio del lenguaje y sus equivalentes (la “imaginación crítica” y la estructura de la obra) el escritor latinoamericano universaliza su quehacer literario y homologa su actividad con la de los escritores occidentales en general. Con ello, por primera vez deja de ser “excéntrico” o un marginal de la cultura.³⁶

La preocupación de Fuentes es incorporarse, en grado de igualdad, a la cultura occidental. El escritor hispanoamericano debe dejar de ser considerado “marginal”; en vez de exotismo, debe apostar por universalizar las particularidades de su propio entorno social.

A partir de los años sesenta, Fuentes se ve a sí mismo no sólo como un novelista, sino como un “intelectual latinoamericano”. Con el mismo espíritu del Che, se asume como un representante de los pueblos de la región, un interlocutor de éstos con el resto del mundo. Su responsabilidad histórica es tremenda. Aun cuando nunca ha estado cerca del comunismo, la revolución cubana se encarga de acercarlo a los intelectuales comprometidos del tercer mundo. *Compañero de viaje* de los castristas, Fuentes quiere ser visto como una de las voces latinoamericanas que apuestan por el cambio en medio del pasmo de Estados Unidos y Europa.

Este nuevo look le ofrece la doble ventaja de poder atacar el cerrado nacionalismo mexicano mientras está en México (por inicuo y excluyente), mientras en el exterior puede defender sus particularidades (que representan la “esencia” de lo mexicano). Para Fuentes no hay paradoja alguna en esta

³⁶ Ruiz Basto, p. 20.

estrategia: su justificación está en creer que un sano equilibrio entre los valores nacionales y universales beneficiará a todos los involucrados. En México, Fuentes es un cosmopolita que se pretende mexicano; fuera, es un mexicano que se pretende universal.

Provisto de un arsenal teórico innovador —el estructuralismo francés—, Fuentes asume la “preeminencia del texto” como postulado central de su estética: nada hay fuera del México de sus novelas. Ello le permite crear mundos nuevos, utópicos, en los cuales conviven sus ideales mexicanos y extranjeros. No es extraño que, con un matiz vagamente heideggeriano, afirme que “la creación de un lenguaje novelesco” es “la prueba del ser”. Este artificio filosófico intenta justificar el continuo *melting pot* de sus libros: la realidad histórica y sociológica puede ser distorsionada porque se encuentra detrás de las palabras. La mentira novelística —su mentira novelística— es la verdadera realidad.

En 1968, Carlos Fuentes se ha trasladado a vivir a Londres, de donde partirá, en los meses siguientes, a París, donde se encontrará con José Emilio Pacheco. Es aleccionador que, junto con Paz, dos de los intelectuales mexicanos que con mayor lucidez y detenimiento analizarán los sucesos de ese año se encuentren lejos del país.

A Fuentes la conmoción revolucionaria lo estremecerá primero que a ningún otro intelectual mexicano. Entre Londres, París y México, con la vista puesta en Cuba, Fuentes será un testigo privilegiado del mayo francés y del octubre mexicano. Por sus errores y sus aciertos, por su visión de México y sus relaciones con el mundo, por sus ideas políticas y estéticas, por su carácter y su éxito, Carlos Fuentes es un protagonista indispensable de las batallas ideológicas de la época.

Octavio Paz

El otro intelectual que permanece fuera de México es Octavio Paz, quien se desempeña como embajador de México en la India desde 1962. En realidad lleva mucho tiempo alejado del país, desde que partió rumbo a Estados Unidos en 1944. Su salida no sólo marcó el fin de su estancia en México sino, también, el fin de su etapa comprometida y revolucionaria.

Los años treinta, la época de mayor prestigio de la causa comunista, habían tomado a Paz en plena adolescencia. Entonces se pensaba que la revolución rusa de 1917 era el paradigma de lo que habría de ocurrir en los

demás países. El joven Paz era entonces uno más de los conversos a esta nueva fe revolucionaria. Cuando se adhirió a la causa, creía que la revolución socialista iba a ser, de algún modo, un epígono del liberalismo; el propio Lenin lo pensaba así al afirmar que “la autonomía del individuo está presente en el horizonte del comunismo como lo estaba en el centro del liberalismo”.

Por ello, a lo largo de toda la década de los treinta, Paz estuvo convencido de que la revolución, a despecho de las desviaciones y rodeos de la historia, era la única puerta de salida del *impasse* del siglo.³⁷ Sin embargo, su preocupación por los dos contenidos fundamentales del liberalismo, la democracia y la libertad, le hacía desconfiar de los métodos totalitarios empleados por algunos de sus compañeros. Desde entonces, y hasta mediados de la década siguiente, la trayectoria del poeta —su itinerario— bordeó dos riberas distintas, sin caer por completo bajo el embrujo de ninguna de ellas: de un lado, su afán libertario y, del otro, su vocación revolucionaria y vanguardista.

En 1937, Paz fue invitado al Segundo Congreso de Escritores en Defensa de la Cultura, celebrado en Valencia, Madrid y Barcelona. La guerra civil española estaba en su apogeo. Al margen de su experiencia estrictamente literaria, el joven escritor se enfrentó ahí, por primera vez, tanto a los aspectos positivos como a los más negativos de la causa revolucionaria: la solidaridad por un lado y la censura y las purgas políticas por el otro.

De regreso a México continuó siendo un firme defensor de la revolución, y más aún de la república española, pero su relación con algunos disidentes —incluidos surrealistas y trotskistas—, así como la firma del pacto germano-soviético en 1940, terminaron por alejarlo de la causa. En 1944, harto de estas confrontaciones, partió rumbo a Estados Unidos.

Por fin, hacia 1951, gracias en gran medida al libro de Daniel Rousset, *L'Univers concentrationnaire* (1947), Paz declaró abiertamente su ruptura con el comunismo soviético, si bien continuó apoyando los movimientos revolucionarios del “mal llamado tercer mundo”. La publicación de *El laberinto de la soledad* (1950) le granjeó, por primera vez, la crítica acerba de la intelectualidad comunista. Pero el nuevo camino ya estaba lomado: a partir de entonces sus desencuentros con la izquierda serían crecientes, en un rico intercambio de ideas que también ha sido un intercambio de insultos.

Como se dijo al principio de este apartado, en los sesenta Paz se encuentra en la India. Nombrado por el presidente López Mateos con el beneplácito de los intelectuales nacionales y extranjeros, Paz se dispuso no sólo a representar a México en aquellas tierras, sino a convertirse en un gran difusor de la cultura india en el ámbito occidental. Producto de este encuentro serán sus libros *El*

³⁷ Paz, 1993, p. 67.

mono gramático (1970) y *Ladera este* (1969), así como sus controvertidos *Topoemas*, que aparecerán en la revista de la *Universidad de México* en agosto de 1968.

En 1967, Paz publicó uno de los poemas centrales de la literatura mexicana: *Blanco*. En él se concentran todas sus experiencias y todas sus reflexiones estéticas, y constituye — como *Cambio de piel* con Carlos Fuentes — una *summa* de su visión artística.

En el recuento anual sobre poesía mexicana de 1967 que publicó *La Cultura en México* el 3 de enero, el crítico Gabriel Zaid³⁸ escribió:

Blanco está en el límite de la experiencia del arte actual, ahí donde la poesía, la pintura y la música abren nuevas zonas a la realidad. [...] El lector de *Blanco* puede “disfrutar” el poema aunque su construcción le parezca un poco rara, inclusive un juego infantil, quizá hasta viejísimo, recordando aquellos poemas barrocos que permitían diferentes lecturas.

Más adelante, Zaid explicaba el conjunto de “lecturas posibles” del poema:

El libro, encuadernado como un acordeón, se despliega como un río de versos que pueden ser leídos en la sucesividad normal o recorriendo cualquiera de los brazos de lecturas posibles. Pueden inclusive ser fragmentados en una serie de poemas. Sin embargo, el “truco” necesario para hacer posible tanto la sucesividad vertical como la horizontal es muy poco notable porque no fue hecho para notarse. Se trata de versos que son totalidades en sí mismos al tiempo que partes que están cerradas al mismo tiempo que abiertas y que admiten una gran variedad de “rimas” sinonímicas, antitéticas, sintéticas, como en la técnica del paralelismo usado en la poesía hebrea.

Y concluía:

Blanco se recorre como un paraje. Hay cosas que ver desde todos los puntos y en todas direcciones, inclusive leyéndolo al revés (no palabra por palabra sino verso por verso). No es un juego, es un campo magnético que hace sentir poderosamente su fuerza. Cuesta trabajo darse cuenta cómo está hecho, se lo lleva a uno el poder de la evocación, la fascinación del lenguaje. Para observarlo “técnicamente” hay que leerlo a contracorriente. [...] *Blanco* es un lugar de la realidad en que la realidad se ve estallar como

³⁸ Gabriel Zaid “nació en Monterrey, Nuevo León, en 1934. Ha publicado: *Seguimiento* (1964), *La máquina de sumar* (1967)” (*Universidad de México*, v, 1968).

una noche estrellada, como el universo en expansión, como ese momento final de la música en que simultáneamente y de golpe, el silencio dice toda la música.

En el terreno político, Paz es más cauteloso pues a fin de cuentas es miembro del cuerpo diplomático mexicano; su reacción anticomunista aún no se manifiesta con fuerza, aunque sí le impone una fuerte distancia con la mayor parte de los intelectuales mexicanos del momento. En especial sus ideas respecto a la revolución cubana lo alejan de sus colegas. Al contrario de Fuentes y los demás miembros del equipo de Benítez, Paz desconfió de Castro desde el principio. Como él mismo le dijo a Roberto Fernández Retamar en una carta de 1967: “Soy amigo de la revolución cubana por lo que tiene de Martí, no de Lenin”, pero “el régimen cubano se parecía más y más no a Lenin, sino a Stalin”.

El 1° de agosto de 1967, a los cincuenta y tres años, Paz fue elegido miembro de El Colegio Nacional, institución creada en 1943 a imitación del Collège de France, con el objeto de agrupar a los científicos y artistas más destacados del país. El acontecimiento se convirtió en México en una fiesta para gran parte de los intelectuales, en especial los jóvenes, quienes en ese año sellaron un compromiso y una identificación con el poeta que no se rompería sino hasta la década siguiente. De acuerdo con uno de sus biógrafos, Fernando Vizcaíno, un día después de su ingreso, el periodista Eduardo Deschamps Rosas lo llamó “símbolo de la juventud” y *La Cultura en México*, con la cual mantenía un vínculo cercano a pesar de las notorias diferencias ideológicas, le dedicó un número especial como homenaje. Max Aub incluso llegó a decir que nadie tenía tanta influencia sobre los jóvenes mexicanos como Paz. En 1968, aun lejos, Octavio Paz es otra de las figuras principales del panorama intelectual y político de México.

Los demás

Aunque se quisiera creerlo, la verdad es que México no podía reducirse sólo a Octavio Paz y Carlos Fuentes, como tampoco podía reducirse a Díaz Ordaz. Muchas otras voces comenzaban a oírse en el aún desafinado concierto de la intelectualidad mexicana. Resulta interesante ver cómo empezaban a ser juzgadas al principio del año por *La Cultura en México*.

En uno de sus habituales recuentos de fin de año —el mismo en que

proclamó a Fuentes el único narrador mexicano de valía —, el crítico Emmanuel Carballo se permitió observar a los demás miembros de la élite intelectual mexicana, aunque sin la mesura y el tacto con que acostumbraba referirse a su amigo.

Según Carballo, en 1967 se publicaron 28 novelas, 8 volúmenes de memorias y 17 libros de cuentos. El juicio del crítico es sumario e implacable: “¿Y qué pasó? Un año gris, alejado de la sorpresa y la originalidad y sólo conmovido por *Cambio de piel*”. No obstante, entre las obras que han perdurado a pesar de la “grisura” que Carballo les atribuye entonces —se excluyen los dos libros de Fuentes— destacan *El garabato*, de Vicente Leñero y *Morirás lejos*, de José Emilio Pacheco. Mientras tanto, en su opinión, las obras publicadas en 1967 por Luisa Josefina Hernández (*La memoria de Amadís*), Julián Meza (*El libro del desamor*), Jorge Arturo Ojeda (*Como la ciega mariposa*) y Juan Tovar (*El mar bajo tierra*) ni siquiera merecen mayor atención.

Simplemente para dar una idea de cuáles eran sus opiniones de entonces, baste decir que, refiriéndose a *El garabato*, Carballo afirma: “Vicente Leñero está imposibilitado para reproducir la vida con las armas de la literatura, apela a las recetas de cocina para fabricar novelas en que todo vestigio de interés se halla decapitado desde un principio”. Por su parte, opina que *Morirás lejos* es “un pastiche conmovedor en que todo es perfecto y deslumbrante, excepto la obra en sí misma: obvia, aburrida y sin imaginación. Escrita por un erudito, sabe y huele a arqueología, a dolorosa incapacidad de darse y que el lector se dé cuenta de la entrega”.

En poesía, en cambio, el panorama parece más alentador. El recuento, en este caso, le correspondió a Gabriel Zaid.

En el mismo número de *La Cultura en México*, Zaid muestra sus preferencias estéticas sin derribar las de sus antagonistas. Con el paso de los años, sus apreciaciones de entonces se han vuelto canónicas: la mayor parte de los libros que le parecieron importantes en su momento han perdurado en nuestra vida literaria hasta nuestros días.

De acuerdo con sus notas, en 1967 aparecieron numerosos poemarios notables: además de *Blanco*, de Octavio Paz, al cual ya se ha hecho referencia, *Las fuentes legendarias*, de Marco Antonio Montes de Oca, *Perséfone*, de Homero Aridjis, *Yuria*, de Jaime Sabines, *Relación de los hechos*, de José Carlos Becerra, *Anagnórisis*, de Tomás Segovia, *Elegías y teofanías* del padre Manuel Ponce y *Poesía joven de México*, de Alejandro Aura, Leopoldo Ayala, José Carlos Becerra y Raúl Garduño. Recordemos entonces algunos de los comentarios de Zaid sobre este “buen año para la poesía”:

De Montes de Oca:

Las fuentes legendarias confirman, en una prosa muy libre, las cualidades que han señalado a Montes de Oca como un poeta poderoso e inquietante. Su poesía tiene misterio, seducción, brío. [Sin embargo,] leer un poema entero de Montes de Oca, no digamos un libro, es una experiencia frustrante. No es así como hay que leerlo. Hay que tomarlo como un libro de horas o como una serie de greguerías.

De Aridjis:

[*Perséfone*] es una especie de canto llano que relata con cierto lirismo lo que ve un cliente en un burdel. El relato casi no tiene altibajos, contrapuntos, anticipaciones, vueltas atrás, parrafadas oníricas, disquisiciones, caracteres, etcétera. [...] Se diría que no es posible que esto dure 250 páginas, y que si es posible no tiene caso. Pero Aridjis pensó que era importante, lo intentó y lo logró.

De Sabines:

Tiene una poderosa capacidad para sentir las cosas que nadie había sentido. [...] Lo mejor de Sabines tiene siempre algo de lucha bárbara con Dios. [...] El libro es desigual como todo lo de Sabines. ¿Qué importa? Se pueden tirar las cuatro quintas partes de la obra de Sabines y el resto sería aún (y quizá más) imponente.

De Becerra:

Relación de los hechos es un libro importante de un verdadero poeta. [...] Si el gusto por los grandes espacios metafóricos, por las frases largas, melancólicas y que llenan la boca, es un peligro constante en *Relación de los hechos*, es también la fuente de su fuerza. [...] Hay algo verdadero y naturalmente grande en este libro.

De Segovia:

Anagnórisis es un largo soliloquio romántico en el que domina la nostalgia, en la orfandad y en el exilio, de haber sido un niño que fue rey. [...] Hay una intensidad que se da no con grandes frases, imágenes o parrafadas, sino con una rara precisión para definir experiencias nada tópicas, para adentrarse en la singularidad de una experiencia hasta el punto de mitologarla. [...] Pero la audacia de Segovia para internarse en esas zonas difíciles que espontáneamente rehuimos, acaba por entregarnos un mundo desconocido donde la intimidad familiar con el mundo, con la mujer, con el propio destino, reconcilian la inocencia y la inteligencia.

Del padre Ponce:

Elegías y leofanías muestra por todas partes la mano del poeta maduro y consumado que es el padre Ponce. La vivencia religiosa fundamental del libro sigue siendo la del mundo como jardín increíble, como lugar teofánico y ambiguo que por una parte muestra a Dios y por otra lo oculta.

De *Poesía joven de México*:

[...] el tomo es desigual. No se justifica la inclusión de Becerra (1937) que este mismo año publicó un libro propio. [...] Quizá tampoco la inclusión de Ayala (1939), todavía muy enredado en sus medios de expresión. [...] Aura (1944) tiene un notable sentido de lo que es la totalidad de un poema, sentido del cual parece carecer por completo Garduño (1944). [...] En cambio Garduño tiene un talento admirable para la imagen y para la *escenificación* de un solo golpe visual.

En el recuento anual de *La Cultura en México*, los libros de ensayo fueron revisados por Alfredo Juan Álvarez. Sin duda, de nueva cuenta el nombre de Octavio Paz es el más importante en este rubro. Como dice Álvarez, en 1967 "se le publicaron dos libros nuevos: *Claude Lévi-Strauss o el nuevo festín de Esopo* y *Corriente alterna*. Se le reimprimió uno, *Puertas al campo*, y apareció una edición corregida y aumentada de *El arco y la lira*.

Aparte de la obra de Paz, otros de los libros notables de 1967 en el campo

del ensayo literario son *La máquina de cantar* de Gabriel Zaid, y *Rubén Darío (estudio y antología)* y *Tiempo y memoria en la obra de Marcel Proust*, ambos de Jaime Torres Bodet. Mientras tanto, en el campo del ensayo filosófico destaca la obra de dos españoles trasterados: *De antropología e historiografía* de José Gaos y *Filosofía de la praxis* de Adolfo Sánchez Vázquez.

Por otra parte, Álvarez menciona la obra de tres filósofos que continúan la línea de exploración de “lo mexicano” iniciada la década anterior: *El pensamiento económico, social y político de México, 1810-1964* de Jesús Silva Herzog, *El proceso ideológico de la revolución de independencia* de Luis Villoro y *Del modernismo al liberalismo* de Raúl Cardiel Reyes. Por último, el reseñista llama la atención sobre dos obras en el apartado de cultura nacional: el primer tomo de *Los indios de México* de Fernando Benítez y la divertida y aguda recopilación *La vida en México en el periodo presidencial de Miguel Alemán* de Salvador Novo, quien acababa de recibir el Premio Nacional de Literatura.³⁹

³⁹ Un buen complemento de la visión del ensayo filosófico en México en 1967 lo da el número de enero de la revista *Universidad de México*, que incluye un *dossier* sobre este tema con el título “El sentido de la filosofía en México”, y que cuenta con colaboraciones de Leopoldo Zea, Luis Villoro, Alejandro Rossi, José Luis Balcárcel y Abelardo Villegas, así como una presentación de Roberto Escudero, quien pronto se convertirá en uno de los principales activistas del movimiento estudiantil.

SEGUNDO ACTO

I want to live in America

1º AL 28 DE FEBRERO, 1968

La muerte del Che

1967 fue el año de la muerte de Ernesto Guevara, el Che, ocurrida el 8 de octubre en Quebrada del Yuro, Bolivia. En su reciente biografía del Che, *La vida en rojo*, Jorge G. Castañeda escribe:

Despejaron su rostro, ya sereno y claro, y le descubrieron el pecho diezmado por 40 años de asma y uno de hambre en los páramos del sureste boliviano. Lo tendieron luego en la batea del Hospital de Nuestra Señora de Malta, alzándole la cabeza para que todos pudiesen contemplar la presa caída. Al recostarlo en la lápida de concreto, le desataron las cuerdas con que lo maniataron durante el viaje en helicóptero desde La Higuera, y le pidieron a la enfermera que lo lavara, lo peinara e incluso le afeitara parte de la barba rala que portaba. Para cuando comenzaron a desfilar los periodistas y vecinos curiosos, la metamorfosis ya era completa: el hombre abatido, iracundo y desharrapado aún en vísperas de su muerte se había convertido en el Cristo de Vallegrande, reflejando en sus límpidos ojos abiertos la tranquilidad del sacrificio consentido.¹

Otro de los biógrafos del Che, Paco Ignacio Taibo II, recuerda su propia impresión al enterarse del suceso:

Su muerte en 1967 nos dejó un enorme vacío que ni siquiera el *Diario de Bolivia* había podido llenar. Era el fantasma número uno. El que no estaba y sí estaba, rondando en nuestras vidas, la voz, el personaje, la orden vertebral de arrójalo todo a un lado y ponte a caminar, el diálogo burlón, el proyecto, la foto que te mira desde todas las esquinas, la anécdota que crecía y crecía acumulando informaciones que parecieran no tener final, la única manera en que frases dignas de bolero como “entrega total” no resultaban risibles. Pero, sobre todo, el Che era el tipo que estaba en todos

¹ Castañeda, 1997, p. 10.

lados aun después de muerto. Nuestro muerto.²

O, como diría Daniel Cohn-Bendit, el célebre “Dany el rojo”, quien pronto habrá de convertirse en el líder más popular del mayo francés:

El 9 de octubre de 1967, nos enteramos de la muerte del Che Guevara en la selva boliviana. [...] Su rostro, ligeramente melancólico, decoró innumerables habitaciones de estudiantes. Se convirtió para toda una generación en el símbolo del guerrillero constructor de una sociedad nueva, y su famoso eslogan “Creemos uno, dos, tres Vietnams” fue una especie de credo para nosotros.³

Héroe permanente de los jóvenes desde el triunfo de la revolución cubana en 1959, la figura del Che cobró, a partir de su asesinato en Bolivia, dimensiones cercanas a la santidad. La famosa fotografía que le tomó Korda, con el cabello largo y la barba desigualmente crecida —como señala Jorge G. Castañeda—, se convirtió en el emblema del nuevo revolucionario. Gracias a él y, en una medida distinta, a Fidel Castro, la idea de revolución adquirió nuevo brillo en las mentes de los latinoamericanos.

En sentido inverso, la fotografía difundida por el ejército boliviano para comprobar al mundo su muerte transtornó profundamente a los jóvenes —y no sólo comunistas— que la miraron en todo el mundo. Rodeado de soldados que lo contemplan con desprecio y gozo, el cadáver del Che reposa sobre una plancha blanquecina. Su cabeza, aún con su característica barba crecida, parece un poco erguida; sus ojos entrecerrados, ausentes, le confieren un rostro que se mueve entre la santidad y la locura. Pero, más allá de los detalles, hay algo siniestro en esta imagen: no sólo es el contraste de los trajes militares de sus captores con la desnudez del guerrillero, ni tampoco la distinción ideológica entre el mal triunfante y el bien abatido; acaso sólo sea el deseo de mirar la verdad en aquel cuerpo exangüe, el deseo de acercarse a las convicciones de ese mártir laico.

Probablemente sin saberlo, cegado con su victoria, con el orgullo de *mostrar* al mundo el fin que le espera a todos los guerrilleros, el gobierno boliviano contribuyó así, de modo decisivo, a la canonización del héroe argentino. Mal pertrechado, casi abandonado por sus aliados cubanos, su leyenda se hubiese diluido sin causar demasiadas bajas; ahora, en cambio, su muerte lo revive, lo lanza a ese estrecho pasaje concedido sólo a unos cuantos

² Taibo II, 1991, p. 17.

³ Cohn-Bendit, 1986, p. 139.

hombres: la inmortalidad.

Pronto, estas dos imágenes del Che —el victorioso y el abatido— habrán de convertirse en los emblemas de los estudiantes que tomarán las calles y las plazas del mundo. Ya no desde su escondite en Bolivia, sino desde la ubicuidad de la muerte, el Che sigue siendo su guía.

La idea revolucionaria en los sesenta

En 1960 Fidel Castro, quien el año anterior había consumado una revolución en Cuba contra el dictador Fulgencio Batista, repentinamente hizo un viraje hacia el comunismo, haciendo a un lado a los estadounidenses. Apoyado por guerrilleros como el Che, Castro convirtió a la isla en un modelo —y una fuente de financiamiento— para los revolucionarios de América Latina. Al igual que Moscú en los años treinta, La Habana pasó a ser vista como el centro de las conspiraciones comunistas que surgían en los países subdesarrollados.

En los sesenta, la idea revolucionaria renació con un brío inusitado en estos lugares. Las condiciones sociales eran propicias: explotación, desigualdad, ausencia de democracia, represión política. De pronto, la revolución volvió a ser contemplada con la misma inquietud mística de los treinta. La idea de luchar contra el imperialismo estadounidense alcanzó un nuevo climax. Si el utopismo decayó, el ansia por acabar con las sociedades burguesas recobró una fuerza inusitada. Furet señala que, junto al *revival* revolucionario propiciado por Mao y Castro, se dio la hora de una bohemia intelectual dividida entre el odio y el culto a sí misma que incluía “la inculpación de la sociedad presente más que la invocación de una sociedad modelo”.⁴

De este modo, aunque el prestigio de la Unión Soviética se vino abajo, la propia idea de revolución siguió beneficiándose con la fuerza militar —y los recursos— de esta nación. A pesar de que ya nadie hablase con orgullo de Stalin, Lenin seguía siendo considerado un héroe y un modelo indiscutible, y su imagen apareció, durante las siguientes tres décadas, junto a las fotografías de las nuevas estrellas ascendentes: Fidel Castro y el Che Guevara.

Este *revival* de la idea revolucionaria vivió algunos de sus momentos de mayor esplendor en 1968. La revolución cubana cumplía ocho años de su victoria. Habían sido ocho años difíciles, marcados por la euforia y luego por las complicaciones derivadas de desafiar a Estados Unidos. Aunque la ayuda soviética llegaba en cantidad suficiente, la economía cubana aún no había

⁴ Furet, 1995, p. 557.

logrado estabilizarse. Por otro lado, la llamada crisis de los misiles, en 1962, había demostrado que la tensión con los estadounidenses estaba lejos de aminorar; por el contrario, debido a ella Cuba se había convertido en el centro del mundo en un momento en el que muchos pensaban que se desataría la tercera guerra mundial.

Aunque en esa ocasión los soviéticos terminaron cediendo y desmantelando los misiles que habían instalado en la isla, los cubanos continuaron desafiando constantemente a los estadounidenses. Cuba se convirtió en el bastión de la revolución en América Latina e incluso en África: en una escuela de guerrilleros y en una instancia de financiamiento de los movimientos revolucionarios tercermundistas. En esta posición, era el pequeño templo de la revolución en América Latina. Y, al igual que su modelo, trataba de conseguir el apoyo moral de los intelectuales de todo el mundo, usando la vieja táctica de convertir su razón política en una *causa justa* para todos.

Para complicar aún más el panorama, a lo largo de los años cincuenta y sesenta la revolución conoció algunas nuevas variantes: las revoluciones pacíficas. Iniciadas por Mahatma Gandhi para lograr la independencia de la India, este tipo de movimientos comenzó a propagarse, a lo largo del mundo, con el fin de lograr conquistas sociales. No se trataba de una lucha por medio de las armas, sino de un combate *moral* que superaba, así, el prestigio de sus predecesoras. Era como si a la revolución se le quitase su carácter violento pero se le reforzase, en cambio, su valor y su capacidad de transformar las conciencias.

Numerosos grupos, en especial minorías étnicas o religiosas, utilizaron este modo de protesta no violenta para oponerse a las sociedades burguesas y conseguir que se cumpliesen sus demandas. Los gobiernos difícilmente sabían cómo reaccionar ante ellas: algunos se acostumbraron a tolerar su aparición y sus manifestaciones, otros trataron de desarticularlos y otros más los reprimieron como si se tratase de sediciosos activos.

En Estados Unidos, este modo de protesta, que pronto se articuló como un amplio movimiento de derechos civiles, generó incontables conflictos a los gobiernos estatales y federales durante más de dos décadas. Variantes extremistas de esta actitud, como los Black Panthers o Malcolm X, iniciaron sus respectivas contiendas con la doble guía de la lucha por los derechos civiles y la revolución al modo cubano. En tanto, grupos más ortodoxos, como el dirigido por Martin Luther King, trataban por todos los medios de evitar la confrontación violenta con las autoridades.

Al iniciarse 1968, tanto la *no violencia* derivada de Gandhi y King como la revolución por medio de la guerrilla habían alcanzado una vigencia inusitada.

Los movimientos estudiantiles que comenzaron a sucederse a lo largo del año las tuvieron presentes en todo momento, aunque en muchos casos era imposible saber cuál de las dos vertientes era más importante para ellos. Una vez más, el prestigio ideológico de la revolución animó a miles de jóvenes a sumarse a sus filas.

El Che y la revolución

El 10 de enero de 1968, *La Cultura en México* publicó un número monográfico dedicado, justamente, a la idea de revolución.⁵

El primero de los textos publicado por Benítez y su equipo era el prólogo a la segunda edición de la *Obra revolucionaria* del Che Guevara, firmado por el escritor y poeta cubano Roberto Fernández Retamar. La muerte del Che era el pretexto perfecto para hablar de la vigencia revolucionaria. No obstante, el artículo de Fernández Retamar, escritor castrista ligado a la Casa de las Américas, a pesar de su tono de panegírico, más parecía querer deslindar al régimen cubano de la muerte del líder argentino que comentar sus escritos.

Dedicado a Régis Debray, el filósofo francés que acompañó al Che en su experiencia boliviana, el texto de Fernández Retamar se titula “Héroe de América, del mundo”. El ensayo se inicia con un comentario sobre una de las claves de la táctica guerrillera estudiadas por Guevara en sus libros: el secreto. Citando al propio Che, el autor recuerda que “la primera base sobre la que debe establecerse el movimiento guerrillero es sobre un secreto absoluto, sobre la total ausencia de informaciones para el enemigo”. Semejante cita, que a la luz de los años cobra un matiz inusitado, era invocada para explicar la razón por la cual no fue el propio Che quien redactara, antes de morir, el prólogo de su libro. Resulta significativo que tanto el escritor y guerrillero como su comentarista hagan un señalamiento tan rotundo en torno a este tema. Si bien como táctica es indudable que el silencio y la ausencia de información constituyen el elemento crucial de la victoria guerrillera —o, al menos, le aseguran un poco más de seguridad o permanencia—, también lo es que, al asentarse así, el dictado más parece el sustrato fundamental de una forma de actuar —y de gobernar—, que un simple manual de sobrevivencia. Al entronizarse el secreto como base de la guerrilla, uno no puede sino pensar que ese mismo secreto tiende a prolongarse

⁵ *Universidad de México* también se encargará de realizar un análisis del fenómeno revolucionario en los sesenta en su número de julio, en el cual se incluían algunas páginas inéditas del diario de Víctor Serge —con una presentación de Gastón García Cantú—, un artículo del filósofo checo Karel Kosik, una reseña de la biografía de Trotsky de Isaac Deutscher y un ensayo de Mario Vargas Llosa sobre el papel del artista en la sociedad latinoamericana.

con el triunfo del régimen guerrillero pues, a fin de cuentas, los enemigos continúan al acecho una vez que ha triunfado la revolución.

Así, lo que parecería un dictado miliciano indispensable para la sobrevivencia de una guerrilla, en palabras de Fernández Retamar se convierte, sin querer, en paradigma del gobierno de Castro. El secreto, que halla su origen en la desconfianza, es un antídoto que no sólo está dirigido contra el enemigo externo, sino muy especialmente contra los propios miembros de la guerrilla o del gobierno en turno que pudiesen vender su lealtad. Se calla para que la traición o la delación resulten imposibles, no únicamente para evitar que el enemigo intercepte las comunicaciones. Tal silencio transforma a cada revolucionario en vigilante de los demás: la lealtad es puesta en duda en todo momento. Podrán aducirse cientos de razones de seguridad general, ante las cuales se sacrifica la confianza interna, pero cualquier régimen basado en el secreto adquiere una condición policiaca. La información se dosifica, se altera, se manipula: es una necesidad íntima de la guerrilla, ni siquiera ya un acto de voluntad de sus miembros.

Utilizado tanto por el Che como por los *rangers* que lo capturaron, el secreto transformó el asesinato del comandante en un misterio doble. Los militares bolivianos no sólo ocultaron las condiciones de su captura sino que, al hacerlo, aumentaron el nivel de silencio que rodeaba las actividades subversivas del guerrillero. Con Debray hacían lo mismo: ocultar su paradero, la causa de su arresto y la naturaleza de su encierro. Misterio a fuerzas, el mito del Che no hizo sino acrecentarse día con día. Pero el otro lado de la moneda continuó siendo igualmente misterioso: a pesar de los discursos encendidos de Castro y de la despedida pública del Che de Cuba, las razones de su alejamiento de la isla permanecieron sumergidas en ese mismo secreto. El texto de Fernández Retamar evita ese silencio y, más que llenarlo, lo justifica.

En esta especie de oración fúnebre, el escritor cubano realiza una hagiografía del líder muerto a traición. Luego de dar algunos datos biográficos sobre él, prolonga la leyenda del Che convirtiéndolo en un superhéroe latinoamericano. Fernández Retamar insiste, por ejemplo, en que el acento del Che no era “ni argentino ni mexicano ni cubano ni español”, sino una mezcla de todos en lo que Unamuno, según él, llamaría *sobrecastellano*, lo que basta para demostrar su carácter internacional. “¿No podríamos conjeturar que así debió ser el español de Martí?”, llega a decir más tarde. La imagen del líder que se apropia hasta de los modos de hablar de toda América Latina para forjar su personalidad continental llega a extremos insostenibles. La idea de que el Che, como Martí, “no sólo se pensaba sino además se sentía latinoamericano”, no tiene otra intención que sumarse al espíritu de la política exterior cubana, a su

carácter exportable: en cualquier rincón de América Latina donde haya un oprimido, hasta allá llegará el brazo –y las armas– del hermano isleño.

El largo recuento de los viajes emprendidos por el Che a lo largo de su “patria latinoamericana” después del triunfo de la revolución cubana, realizado por Fernández Retamar, no parece tener otro objetivo que mostrar la naturalidad de su salida definitiva de Cuba. Una necesidad vital, presentada como necesidad histórica marxista, lo lleva, como Robin Hood, a cualquier rincón en que haya una revolución que iniciar.

Fernández Retamar intenta explicar la experiencia revolucionaria con la ayuda del marxismo de Althusser. A partir de la terminología del francés, considera que la tarea de un verdadero intelectual revolucionario debe ser *estructurar* y *generalizar* los hechos dentro del canon de la “práctica teórica”. En términos reales, ello consiste en la necesidad de mostrar los aspectos positivos del régimen cubano en contra de sus particularidades negativas. La justificación no puede ser más riesgosa: los enemigos del régimen insisten en encontrarle defectos a la revolución, pero en realidad éstos son lo de menos: errores particulares, “accidentales, secundarios”. Frente a ellos, existe un arsenal de aciertos que constituyen el auténtico sustrato de la revolución. De nuevo, aparece la *causa justa* –ese leitmotiv de la manipulación comunista– que permite que cualquier crimen sea cometido en su nombre.

Para Fernández Retamar, la principal obra del Che fue extraer estos elementos esenciales de la revolución cubana y, con ellos al hombro, recorrer el mundo para difundirlos. Tal pareciera que su misión fue sacar de Cuba lo mejor de sí misma, mientras Fidel tuvo que quedarse a lavar la ropa sucia en casa. Excusa histórica que en ningún caso le hace un favor a Castro. Pero el momento clave de su historia llega cuando el apologista se refiere a la salida del Che de Cuba, después de haber renunciado a sus puestos como director del Banco Nacional y ministro de Industria:

Cuando el 3 de octubre de 1965 Fidel Castro dio a conocer, en la constitución del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, la carta de despedida del Che, el mundo fue conmovido por la noticia, y se hicieron en torno suyo los más variados comentarios. Los revolucionarios de todas partes, por supuesto, dieron justificado crédito a las palabras de Fidel Castro, antes que a las desvergonzadas agencias estadounidenses.

El secreto aparece nuevamente. Desde luego, Fernández Retamar no menciona cuáles fueron las versiones propagadas por las agencias estadounidenses, cuya desvergüenza nadie pone en duda. En cambio, justifica,

otra vez, la elección del Che: si él prefirió no hablar al respecto, ha sido para mantener el secreto guerrillero, es decir, para no dar información al enemigo.

Según él, varias razones hacen evidente la decisión del comandante para marcharse de la isla: 1. “*De veras* el Che era un latinoamericano”, 2. La revolución cubana fue sólo una “de las dos en las que participó”, 3. En América Latina quedan muchas revoluciones por hacer, y 4. Para el Che la revolución cubana había pasado su prueba de fuego y “otras tierras del mundo lo requerían más”. En opinión de Fernández Retamar, quienes hablan de un rompimiento entre el Che y Fidel no saben que “la historia cuenta con una nueva pareja que de ninguna manera se explica por las anteriores”. Lo que sigue ya es sólo consecuencia de esta premisa: la exaltación de la sólida amistad entre los dos líderes.

Al final de su texto, Fernández Retamar ya no oculta sus intereses: el tono ahora es el de una evocación sentimental por la muerte del Che. Cuando los militares bolivianos lo expusieron ante los periodistas, afirma, se advertía “su rostro sereno, grave y hermoso, enmarcado en la abundante cabellera y barba con que solían representarse profetas y santos”.

Por las mismas fechas en que aparecía el texto de Fernández Retamar, en la prensa se anuncia que el presidente de Bolivia, Rene Bardemos, está dispuesto a canjear al filósofo guerrillero Régis Debray por Huber Matos, el dirigente cubano encarcelado por Fidel Castro poco después del triunfo de la revolución en 1959.⁶

Acompañando al texto de Fernández Retamar, *La Cultura en México* publicó dos poemas dedicados a la memoria del Che: uno del escritor uruguayo Mario Benedetti y otro del argentino Julio Cortázar.

El primero, “Señas al Che”, muy acorde con la poética que entonces defendía Benedetti, es un recuento desolado de la inevitable destrucción que llevan a cabo los hombres. A pesar de su retórica revolucionaria y del sentimentalismo fraternal siempre presente en su obra, Benedetti consigue un resultado que entonces debió parecer no sólo auténtico, sino vital:

[...]
está el amor de siempre
está la llamarada
el corazón del tacto
la hoguera de la piel
la noche de la piel
el cuerpo brasa infame

⁶ EXC, 3, I.

los poros y los poros
y el hombre que no sabe
y la gloria y el beso
por qué lo incendia el hombre
desde un sitio cualquiera
montaña o selva o sótano
hay alguien que hace señas
agitando su vida
todo campo
es el nuestro.

El de Cortázar, en cambio, es una invocación con raíces casi religiosas, propias de la etapa de intelectual *engagé* que el argentino estaba por iniciar. Cortázar anunciará su conversión a la fe revolucionaria tras los sucesos del mayo francés de 1968, pues antes su actitud ha sido básicamente apolítica o, mejor, anarquista. Sin embargo, ya en los primeros meses de este año, cuando tenía cincuenta y cuatro, como atestigua el poema, está convertido en el “escritor comprometido con el socialismo, el defensor de Cuba y Nicaragua, el firmante de manifiestos y el *habitué* de congresos revolucionarios que fue hasta su muerte”, como lo ha retratado su amigo de entonces Mario Vargas Llosa.⁷

El novelista peruano aventura que la conversión al socialismo de Cortázar se llevó a cabo en 1967, en cuanto se separó de Aurora Bernárdez. Su transformación fue una de las más extraordinarias ocurridas entre los intelectuales latinoamericanos –casi en sentido contrario de lo que le ocurría a los otros–, más dictada por una convicción ética que por la ideología. El mismo Vargas Llosa dice que este otro Julio Cortázar “fue menos personal y creador como escritor que el primigenio”, pero tiene la sospecha de que, “compensatoriamente, tuvo una vida más intensa y, acaso, más feliz que aquella de antes en la que, como escribió, la existencia se resumía para él en un libro”. Frente al poema, sobran los comentarios:

AL CHE

Yo tuve un hermano.
No nos vimos nunca
pero no importaba.
Yo tuve un hermano
que iba por los montes

⁷ Vargas Llosa, “La trompeta de Deya”, *Vuelta*, II, 1993, p. 14.

mientras yo dormía.
Lo quise a mi modo,
le tomé su voz
libre como el agua,
cerca de su sombra.
No nos vimos nunca
pero no importaba,
mi hermano despierto
mientras yo dormía,
mi hermano mostrándome
detrás de la noche
su estrella elegida.

En sentido contrario al sentimentalismo de Cortázar, semanas más tarde, el 24 de febrero, *La Cultura en México* publicó un texto con un tono muy diferente, aunque también dedicado a la memoria del guerrillero argentino. Su autor era José Lezama Lima y su título "Ernesto Guevara, comandante nuestro". Por su interés, lo reproduzco *in extenso*:

Ceñido por la última prueba, piedra pelada de los comienzos para oír las inauguraciones del verbo, la muerte lo fue a buscar. Saltaba de chamusquina para árbol, de aquileida caballo hablador para hamaca donde la india, con su cántaro que coagula los sueños, lo trae y lo lleva. Hombre de todos los comienzos, de la última prueba, del quedarse con una sola muerte, de particularizarse con la muerte, piedra sobre piedra, piedra creciendo el fuego. Las citas con Tupac Amaru, las charreteras bolivarianas sobre la plata del Potosí, le despertaron los comienzos, la fiebre, los secretos de ir quedándose para siempre. Quiso hacer de los Andes deshabitados, la casa de los secretos. El huso del transcurso, el aceite amanecido, el carbunco trocándose en la sopa mágica. Lo que se ocultaba y se dejaba ver era nada menos que el sol, rodeado de medialunas incaicas, de sirena del séquito de Viracocha, sirenas con sus grandes guitarras. El medialunero Viracocha transformando las piedras en guerreros y los guerreros en piedras. Levantando por el sueño y las invocaciones la ciudad de murallas y las armaduras. Nuevo Viracocha, de él se esperaban todas las saetas de la posibilidad y ahora se esperan todos los prodigios en la ensoñación.

Como Anfiareo, la muerte no interrumpe sus recuerdos. La *aristía*, la protección en el combate, la tuvo siempre a la hora de los gritos y la

arreciada del cuello, pero también la *areteia*, el sacrificio, el afán de holocausto. El sacrificarse en la pirámide funeral, pero antes dio las pruebas terribles de su tamaño para transfiguración. Dondequiera que hay una piedra, decía Nietzsche, hay una imagen. Y su imagen es uno de los comienzos de los prodigios, del sembradío en la piedra, es decir, el crecimiento tal como aparece en las primeras teogonías, depositando la región de la fuerza en el espacio vacío.

Para culminar con la visión que los intelectuales de izquierda tenían del líder guerrillero –y observar cómo el régimen de La Habana la prohijaba–, hay que decir que el número 46 de la revista *Casa de las Américas*, la más importante de las instituciones culturales cubanas, estuvo dedicado íntegramente al Che. En México se reprodujeron muchas de sus páginas.⁸ En ella, le rindieron homenaje al Che, entre otros, Alejo Carpentier, José Lezama Lima, Italo Calvino, Ángel Rama, Mario Benedetti, Luis Cardoza y Aragón, Margaret Randall, Nicolás Guillen, Laurette Sejourné, Edmundo Desnoes, Jorge Semprún, Roque Dalton, Emmanuel Carballo y Arnaldo Orfila. Cortázar volvió a decir ahí: “Pido que sea su voz la que se asome aquí... Toma, escribe lo que me quede por decir y por hacer y lo haré contigo siempre a mi lado. Sólo así tendrá sentido seguir viviendo”.

La revolución negra

Además del artículo de Fernández Retamar, el número monográfico de *La Cultura en México* dedicado a la revolución incluía, también, el epílogo al libro *Poder negro* de R. Stokely Carmichael y Ch. V. Harrilton, recientemente editado en español por la propia editorial Siglo XXI.

Con el nombre de Poder Negro se conoció, en la década de los sesenta, a los movimientos de derechos civiles emprendidos por esta minoría estadounidense. Aunque el más conocido de éstos era el que dirigía el reverendo Martin Luther King, líder del ala moderada de la lucha, la denominación se aplicaba a los grupos más radicales, como el encabezado por Stokely Carmichael.

En el libro, Carmichael y Hamilton analizan las circunstancias de la explotación que su pueblo ha sufrido en Estados Unidos y realizan un recuento histórico de las reivindicaciones por las que ha luchado. Su conclusión es

⁸ *Casa de las Américas*, n. 47, XII, 1967.

amenazadora: dada la inflexibilidad de los blancos, sólo la revolución será capaz de lograr el éxito de los negros.

El epílogo a *Poder negro* es, más que un resumen, un intento por vincular el movimiento negro con el de todos los “pueblos anteriormente oprimidos que buscan librarse de la opresión”. Dicen Carmichael y Hamilton:

Los pueblos negros y de color están diciendo con voz clara que quisieran determinar por sí mismos los tipos de sistemas políticos, sociales y económicos en que quieren vivir. Esto significa necesariamente, que los sistemas actuales del grupo dominante, opresor, tendrán que ser desafiados y modificados.

Los autores llevan a cabo una apasionada defensa de los métodos radicales. Mientras las víctimas, al estar desposeídas –dicen– están más dispuestas a arriesgarse, la clase dominante tiende a mantener el statu quo o a propiciar cambios demasiado lentos. Por ello, los oprimidos no pueden aceptar consejos de precaución: las invocaciones a la “estabilidad” y el “orden” sólo son argumentos esgrimidos por el viejo grupo dominante en contra del nuevo. La “moderación” y la “acción responsable” son una forma de chantajear a los negros para postergar los cambios necesarios. “El grupo nuevo rechaza esto y se inclina a jugar sobre el futuro”, dicen los autores de *Poder negro* y, con una frase que pronto se volverá famosa, concluyen: “El presente es inadmisibile”:

Hasta ahora una de las quejas tradicionales de las masas negras fue la de la traición de los intelectuales negros... hay una gran diferencia entre los negros que desean volver al sur y todas las generaciones cuya ambición fue poner fuego al sur. Se ha terminado un ciclo. El verdadero trabajo para la liberación de la gente negra de Estados Unidos ha empezado.

El texto termina con esta invocación:

Cualesquiera que sean las consecuencias, hay un cuerpo creciente – rápidamente creciente – de gente negra decidida a “TBC” –a “take care of business”, es decir, a “hacerse cargo de los asuntos” –. No se detendrá en su esfuerzo por adquirir dignidad, por conseguir su parte del poder, en realidad, por llegar a ser sus propios hombres y mujeres –en este tiempo y en esta tierra – *por todos los medios necesarios*. (El subrayado es mío.)

La revolución, el ansia violenta –y justificable– de cambio social, crece

en todas partes, incluso en el corazón mismo del “imperio”. Pronto, una de las manifestaciones más conocidas del Poder Negro será vista —y fotografiada— en la Olimpiada de México, cuando dos atletas negros, representantes de Estados Unidos, al momento de recibir sus respectivas medallas, alcen los puños en alto enfundados en un guante negro.

El regreso de los intelectuales revolucionarios

Mientras se publicaban estos textos, en Cuba concluía en esos mismos días el Congreso Cultural de La Habana, llevado a cabo entre el 4 y el 12 de enero. En él, delegados de decenas de países se habían encargado de discutir las relaciones entre cultura y política a la sombra de la revolución y se habían prestado, una vez más, a servir como avales del gobierno de Fidel Castro.

Semanas más tarde, *La Cultura en México* le dedicó su número del 7 de febrero al Congreso, en el cual se reproducían algunas de las ponencias presentadas allí, así como un resumen de la cuarta declaración del *Llamamiento de La Habana*.

Centrado en los problemas del tercer mundo, el Congreso fue inaugurado, el 4 de enero, con un discurso del presidente cubano Oswaldo Dorticós y clausurado, el día 12, por el comandante Fidel Castro. Cinco comisiones de trabajo funcionaron a lo largo del Congreso: 1. Cultura e independencia nacional, 2. La formación integral del hombre, 3. Las responsabilidades del intelectual ante los problemas del mundo subdesarrollado, 4. Cultura y medios de comunicación, y 5. Problemas de la creación artística y del trabajo científico y técnico.

Por considerarla de mayor interés, y por ser la más concurrida de todas, el suplemento mexicano reprodujo un fragmento de las conclusiones de la tercera comisión, abocada a analizar el compromiso de los intelectuales en los países del tercer mundo. Por tratarse de una pieza que resume los objetivos del Congreso y, de manera especial, el nivel de la discusión en el seno de la izquierda en torno a la posición del intelectual en la sociedad, vale la pena citarla completa:

Llamamiento de La Habana

Existe hoy, a escala intercontinental, una profunda relación entre los problemas de la revolución y los de la cultura. Esto nos obliga a

reconsiderar el concepto mismo de la responsabilidad de los intelectuales y a definir juntos formas militantes y dinámicas de solidaridad entre los hombres de cultura de todo el mundo. Es preciso darle a la solidaridad una significación nueva, universal y concreta. Como ha señalado Régis Debray, “el secreto del valor del intelectual no reside en lo que éste piensa, sino en la relación entre lo que piensa y lo que hace”.

Nuestro tiempo se caracteriza por el esfuerzo tenaz de los tres continentes por librarse de la opresión. Vivimos una etapa de lucha entre el imperialismo y los países sojuzgados del mundo, es decir, en medio de una violenta lucha de clases a escala internacional. A este Congreso asisten todos aquellos que –comprendiendo que el destino del mundo se juega en esta lucha– han tomado partido por las clases explotadas, por la causa de los pueblos. Y como ésta es también la causa de la cultura, el Congreso Cultural de La Habana podría muy bien llamarse Congreso de la dignidad de la cultura.

No nos ha unido aquí un humanitarismo compasivo sino la cólera ante la injusticia y la brutalidad. Cansados de una larga explotación y humillación, los pueblos del tercer mundo toman decididamente el camino de la lucha armada. Es por eso que no están aquí los que preconizan diálogos y entendimientos entre opresores y oprimidos. Sabemos bien que el verdugo descarga su golpe precisamente cuando la víctima inclina la cabeza. No estamos, pues, por las reverencias. Estamos por la revolución.

La tradición de celebrar congresos de intelectuales y escritores de izquierda se remonta, como casi todas las ideas cercanas a la revolución que se reactivan en los sesenta, a la década de los treinta.

En 1935 se celebró en París el primer Congreso de Escritores en Defensa de la Cultura, con la participación de intelectuales de la talla de Gide, Malraux y Benda, y con la participación de decenas de escritores invitados de numerosos países. Este primer evento constituyó un éxito clamoroso. En junio de 1936, en Londres, hubo otra reunión en la cual Malraux pronunció un encendido discurso en favor de la república española, recientemente amenazada por la sublevación del general Franco. Ahí se acordó que un segundo congreso debía celebrarse en Madrid. Entre tanto, en junio de 1937 se llevó a cabo, en Nueva York, el segundo Congreso de Escritores Americanos. Un mes más tarde se acordó que, en vez de Madrid, sitiada entonces por los franquistas, la sede del Congreso se trasladase a Valencia, capital de guerra de la república.

De este modo, los trabajos del segundo Congreso de Intelectuales por la

Defensa de la Cultura se iniciaron el 4 de julio de 1937, bajo la presidencia de Juan Negrín, jefe del gobierno español, con la asistencia de doscientos escritores de veintiocho países. Por México asistieron, entre otros, Carlos Pellicer, Octavio Paz y José Mancisidor.

Durante las primeras sesiones en Valencia tomaron la palabra, además de Negrín, Alexei Tolstoi, Mijail Kolstov y Gustav Regler, ovacionado por haber sido herido en el frente. El filósofo francés Julian Benda declaró ahí que “el intelectual está perfectamente en su papel saliendo de su torre de marfil para defender contra el bárbaro los derechos de la justicia”, mientras que el español Julio Álvarez del Vayo afirmó: “Somos combatientes de la cultura. Los uniformes que aquí vemos lo revelan, así como también las ausencias”.⁹ La clausura del Congreso tuvo lugar en París, el 16 y 17 de julio, en el teatro de la Porte Saint-Martin, bajo la presidencia de Heinrich Mann y Louis Aragon. En su discurso de clausura, Aragon habló de las bondades del realismo socialista y de la necesidad de que los escritores se convirtieran en “ingenieros de almas”.

Este mismo espíritu comprometido parecía dispuesto a renacer, treinta años después, en el Congreso de La Habana. Con él se respondería, además, al Congreso para la Libertad de la Cultura, celebrado por decenas de anticomunistas en Berlín en 1950, con patrocinio de la CIA.¹⁰

La idea común de estos congresos, cuyo objetivo aparente era oponerse al fascismo, primero, y al imperialismo, después, ha sido severamente criticada en fechas recientes. Tras la caída de la Unión Soviética, los archivos de la KGB se han encargado de mostrar que, en el mejor de los casos, la iniciativa de los congresos de intelectuales era formar una tibia oposición a los regímenes fascistas pero, sobre todo, manipular a los intelectuales supuesta o realmente “independientes” a favor de las políticas soviéticas.

Al igual que el llamado Frente Popular de los años treinta —la agrupación de los diversos sectores de la izquierda con el fin de enfrentarse unidos al fascismo—, los congresos de intelectuales se han revelado como una de las partes más turbias de la política de la Unión Soviética. Cientos de intelectuales se vieron sometidos, a veces sin saberlo, otras con plena conciencia, a los dictados de Moscú. Stalin, su principal propulsor, necesitaba contar con el apoyo de la opinión pública internacional, lo cual lo llevó a acercarse a intelectuales con ideologías distintas a la ortodoxia marxista-leninista.

Cuba seguía esta tradición, imitando en lo posible la actitud pasada de la URSS. Al igual que Stalin, Castro siempre estuvo convencido de que un modo de asegurar su supervivencia frente a la constante amenaza estadounidense era

⁹ Cf. Lottman, 1982, pp. 174–176.

¹⁰ Furet, p. 488.

gracias al apoyo de los “intelectuales comprometidos” de todo el mundo. El Congreso Cultural de La Habana de 1968 sólo era uno más de los contactos mantenidos por Castro con el objeto de obtener la ayuda de estos intelectuales.

Desde que en junio de 1961 Fidel Castro dirigió sus célebres “Palabras a los intelectuales”, la revolución cubana había intentado convertirse en guía y paradigma de la conducta que los escritores y artistas revolucionarios debían seguir en toda América Latina.¹¹ En abril de ese año, Castro había vuelto a definir la revolución en términos “socialistas” y el cambio implicaba también un viraje de su dirección intelectual.

El crítico Armando Pereira ha mostrado cómo durante la primera etapa de esta reafirmación revolucionaria, los intelectuales cubanos albergaron una suerte de “sentimiento de culpabilidad”, debido a que, de origen, éstos no habían manifestado una conducta revolucionaria. Para lavar este remordimiento, debían emprender una revisión de sus propias conductas y la reedificación ideológica de la revolución triunfante. Como reconoció el propio Fernández Retamar en su oportunidad: “Así como el partido iba a ser hecho *después* de ser la revolución gobierno —mientras que, habitualmente, una de las metas de un partido revolucionario es la toma del poder político—, de manera similar, los intelectuales de la revolución iban a hacerse tales, en medida considerable, después de esa toma del poder político”.¹²

Sobre la marcha, pronto quedó establecido que el papel del intelectual revolucionario tenía que ser completamente distinto del que tenían en las sociedades burguesas; mientras en éstas su carácter era casi decorativo, ahora tenía una misión redentora: lograr la transformación social inmediata.

Aunque al principio el propio Fidel Castro había reconocido que la libertad formal de los artistas debía mantenerse intocada, pronto el hostigamiento imperialista lo convenció de revertir esta tesis, de modo que ahora era necesario anteponer la “disciplina revolucionaria” a la libertad individual. El verdadero intelectual revolucionario, se dijo, nunca tendrá un problema en cuanto a la libertad de contenidos: su conciencia revolucionaria — si en efecto la tiene— lo librará de cualquier desviación ideológica. En palabras del comandante: “El revolucionario pone algo por encima aun de su espíritu creador: pone la revolución por encima de todo lo demás y el artista más revolucionario será aquel que estuviera dispuesto a sacrificar hasta su propia vocación artística por la revolución”.¹³

Hacia finales de la década, la disputa sobre el papel del intelectual en los

¹¹ Pereira, 1995, p. 11.

¹² Fernández Retamar, “Hacia una nueva intelectualidad revolucionaria”, *Casa de las Américas*, n. 40, enero-febrero, 1967, p. 10, cit. por Pereira, p. 12.

¹³ Castro, 1980, p. 11.

países subdesarrollados, como ampliación de las llevadas a cabo en la isla, se tradujo en la búsqueda de una justificación teórico-práctica de los dictados establecidos por la política cultural oficial de la revolución cubana. El énfasis en la libertad individual debía desaparecer; a cambio, la revolución daría prestigio a los intelectuales comprometidos que estuviesen dispuestos a sacrificar su obra en beneficio de la idea revolucionaria.

Con el consentimiento de todos los participantes, el Congreso rindió un acto de homenaje a Régis Debray, detenido por el ejército boliviano. Esta mención era altamente simbólica: así como en los años treinta André Malraux era el ejemplo de intelectual comprometido —había rentado una flotilla de aviones y con ella se había dirigido a luchar a España contra los franquistas—, Debray representaba su continuación moderna.

La retórica revolucionaria se mantiene casi invariable a pesar de treinta años de distancia, aunque existen profundas diferencias detrás de las palabras. Si antes lo que congregaba a escritores tan diversos era la lucha antifascista, el nuevo enemigo pasó a ser el imperialismo que se precipita “contra los países sojuzgados del mundo”. Transformados los términos, las ideas centrales son las mismas: el llamado a la acción de los intelectuales, la comunidad de pueblos sojuzgados en busca de la libertad, el clamor fervoroso ante la revolución.

La comparación, sin embargo, resulta engañosa: mientras las enérgicas llamadas y las exaltadas argumentaciones de los escritores reunidos en los congresos de 1935 y 1937 eran lanzadas por intelectuales que al menos creían en la independencia y el valor de aquellos actos, ahora todos sabían que era un estado, el propio régimen revolucionario cubano, quien las financiaba. Si bien es necesario recordar el papel fundamental del Partido Comunista en los años treinta —y la relevancia de sus argumentos y sus métodos de trabajo—, también es cierto que la pluralidad *real* de los frentes populares propiciaba una discusión rica y diversa, por más que la inteligencia soviética tratase de manipular las acciones. Además, los efectos de los diversos congresos resultaron muy distintos, a pesar de que su meta fuese idéntica: mantener el prestigio internacional de la revolución. En las nuevas circunstancias, el Congreso Cultural de La Habana no tuvo —ni podía tener— las repercusiones de sus predecesores.

A pesar de su simpatía y adhesión a la causa, los intelectuales invitados a Cuba no se sentían tan amenazados por el imperialismo como los escritores de los treinta por los fascistas. Si la unión de los intelectuales en 1935 y sobre todo en 1937 era la respuesta colectiva a una amenaza real *externa*, ahora ésta se diluía en el dinero con el cual Estados Unidos financiaba a los gobiernos *títeres* de los países subdesarrollados. Para decir la verdad, los participantes en el

Congreso Cultural de La Habana difícilmente podían llamar la atención de los habitantes de sus propios países.

La primera ponencia del Congreso reproducida por *La Cultura en México* pertenece a Alberto Filippi, representante de Italia. Su título es: "Sobre la responsabilidad del intelectual y la lucha de clases".

En ella, Filippi considera que es errado pensar que la responsabilidad del intelectual en los países subdesarrollados y en los países con un "capitalismo avanzado" ha de ser distinta. El capitalismo, según él, incluye tanto al subdesarrollo como al "poscapitalismo", de modo que, en uno y otro caso, la responsabilidad del intelectual debe ser "destruir el orden internacional determinado por el imperialismo". En su opinión, los intelectuales europeos siguen mistificando a los países subdesarrollados. Durante siglos Europa desconoció las injusticias que se cometían en su nombre en Latinoamérica, Asia y África, y sólo ahora trataba de resarcir su culpa histórica, considerando que la opresión sólo se lleva a cabo en estos países miserables, sin que su actitud de simpatía romántica intente transformar las cosas. De acuerdo con esta moralidad equívoca, los intelectuales europeos, por ejemplo, condenan la violencia en Vietnam pero, en aras de una defensa del pacifismo, se niegan a defender activamente su revolución, con lo cual no hacen otra cosa que contribuir a mantener el imperialismo en aquel país.

La misión del intelectual del tercer mundo no sólo es acabar con su pasado colonial o semicolonial, sino descubrir, en su tradición europea, los elementos revolucionarios, antiburgueses y antimperialistas de ésta: sólo así se logrará un equilibrio entre lo nacional y lo occidental con una "perspectiva continental y mundial de la producción cultural revolucionaria". En resumen, Filippi intenta mostrar que la responsabilidad intelectual no admite fronteras, que todos deben estar comprometidos con la misma intención de destruir al régimen imperialista; no obstante, en realidad su enfoque poco favor le hace a los intelectuales del tercer mundo.

Federico Álvarez, un exiliado español que había residido en Cuba y en México, parece responder al malestar planteado por Filippi. En su ponencia — también reproducida por *La Cultura en México*—, Álvarez se pregunta, de nuevo, cuál es la responsabilidad del intelectual en los países subdesarrollados, pero su respuesta es, al contrario de la de su colega italiano, más una justificación moral que la búsqueda de una respuesta coherente a nivel teórico. En primer lugar, resuelve la cuestión moral de la responsabilidad del intelectual con una cita del novelista francés Michel Butor:

Hay momentos en que el que goza del inmenso privilegio de poder

trabajar con relativa tranquilidad en una estancia o en un laboratorio, dedicado a sus esfuerzos a aumentar el saber humano, a mejorar nuestra estancia en la tierra y nuestra vida, es un traidor a todo lo que hace, a sí mismo, a todos los que le siguen y lo comprenden de veras, ya sea matemático, compositor o arquitecto, si no arroja en la balanza la poca autoridad moral o espiritual de que se encuentra investido.

No deja de asombrar la suficiencia de un intelectual como Butor, convencido de su propia bondad. La sola idea de que un intelectual pueda ser inútil o dañino le parece escandalosa. Pero dejemos esto de lado. Para Butor, y para Álvarez, el intelectual no sólo debe trabajar para “aumentar el saber humano”, sino que debe usar su autoridad moral –su prestigio– para opinar sobre las cuestiones de interés público que le atraigan. Quien trabaja cómodamente por el bien del mundo lo menos que puede hacer es utilizar su “poca” autoridad moral para impulsar a la acción a los otros: qué lejos estamos ahora del intelectual comprometido de los años treinta, de aquel que se lanzaba a la acción sin intermediarios, dispuesto a perder no sólo sus comodidades, sino la vida. La idea de compromiso se mantiene, pero su fuerza se va perdiendo sin remedio.

Según Álvarez, la misión del intelectual consistiría en: 1. Expresar la ideología, la visión del mundo, el estilo incluso, de la nueva clase revolucionaria; 2. Poner en tela de juicio la realidad social, ejercer la crítica de una sociedad que acaba por aceptarlo como su propia conciencia autocrítica; y 3. Que el artista cree su arte y el científico, su ciencia.

Hasta aquí, la ponencia podría haber resultado sorpresiva si este escritor no hubiese añadido una pequeña excepción a su imagen del intelectual moderno. “Hay momentos”, dice, “en que la historia y la vocación humana más personal exigen del hombre [...] el sacrificio de toda función y de toda responsabilidad que choque con la responsabilidad elegida de luchar con las armas en la mano oponiendo [...] la violencia justa a la violencia criminal.” A diferencia de sus similares europeos, los países subdesarrollados exigen a sus hijos, y en especial a sus hijos intelectuales, que acepten esta responsabilidad que, jerárquicamente –como lo indicó Fidel Castro–, es superior a cualquier otra. Para concluir, Álvarez repite otra cita de Julio Cortázar –el cual, por cierto, también asistió al Congreso–: “Todo intelectual pertenece al tercer mundo”.

Más importante para nosotros, por tratarse de otro de los representantes de México, es la ponencia del filósofo Adolfo Sánchez Vázquez: “Vanguardia artística y vanguardia política”.

En su intervención, Sánchez Vázquez trata de demostrar que la vanguardia artística está indisolublemente ligada a la revolución y a la lucha contra el orden estético dominante. Frente a algunas directrices teóricas del momento que consideran que el vanguardismo es “decadente”, es decir, que se ha aliado con el antiguo régimen, Sánchez Vázquez opina que la verdadera vanguardia artística estará siempre del lado de la vanguardia política. Si bien la burguesía ha tratado de reorientar su actitud hacia el arte de vanguardia, mercantilizándolo, a esta vanguardia artística correspondería la tarea de reencontrar su origen revolucionario:

Con su obra, el artista contribuye a asegurar y enriquecer la apropiación estética y, en definitiva, al hombre como ser creador. [...] De ahí la doble necesidad de ser revolucionario —es decir, verdaderamente creador— en el arte y disipar la ilusión —alimentada por los ideólogos burgueses— de que termina ahí la revolución para el artista, y de que su compromiso político y social es incompatible para ser revolucionario en el terreno de la creación artística.

Con un punto de vista que, en más de un sentido, recuerda las posturas del joven Lukács, Sánchez Vázquez trata de reconciliar la labor del artista y la del revolucionario como dos caras de una preocupación idéntica. El verdadero arte es necesariamente revolucionario, de otro modo no es más que una falsificación burguesa. Sin embargo, no podía faltar el toque de adhesión a la revolución cubana:

De aquí la necesidad de que una y otra vanguardia (artística y política) abran los ojos a las nuevas experiencias que les brinda la revolución cubana. Abordemos la cuestión en toda su radicalidad: ¿Es posible que dos vanguardias, lejos de excluirse, se busquen y necesiten mutuamente? Lo es a condición de que se vea el arte y la revolución como dos expresiones —indisolublemente ligadas— de la actividad creadora del hombre.

Sin embargo, las intervenciones más fuertemente polémicas de los participantes mexicanos no fueron reseñadas por *La Cultura en México*. La primera se debió a Jesús Silva Herzog, economista de izquierda y fundador de la revista *Cuadernos Americanos*. En su alocución, Silva Herzog se atrevió —siguiendo la tónica general del Congreso— a justificar explícitamente el uso de la violencia para transformar a las sociedades injustas. En el seno del Congreso

esta postura fue aplaudida como una muestra de apoyo al régimen castrista, pero en México desató una reacción en contra. Un editorial del diario *Excélsior*, el 9 de enero, señaló que la actitud de Silva Herzog había sido “deleznable”, mientras el crítico Carlos Alvear Acevedo afirmó, en las páginas de ese mismo diario: “Una prédica tal es grave. Que la haga un fanático analfabeto es serio, pero comprensible. Que la haga, en cambio, un catedrático universitario, con un nombre que pesa y cuenta, es más serio”.

Por su lado, la participación de David Alfaro Siqueiros fue motivo de otra polémica aunque, más que por el contenido de sus palabras, por su propia presencia en el Congreso. Con buena memoria histórica, un grupo de trotskistas franceses lo abucheó durante su presentación, gritándole asesino.

Sea como fuere, de un lado a otro del espectro de participantes, las conclusiones fueron muy semejantes: el intelectual latinoamericano tiene la obligación moral de comprometerse políticamente en la transformación de la sociedad. Si bien se han eliminado —o, más bien, han caído en desuso— los severos cánones artísticos del periodo estalinista y zhdanoviano, y se considera fundamental que el artista desarrolle su trabajo propio como parte necesaria de su función social, el intelectual, por estas mismas razones, debe promover y activar los cambios que su sociedad requiere. Sólo puede considerarse que un intelectual es un verdadero revolucionario si se empeña a fondo en la tarea de impulsar a los demás en la toma de conciencia.

1º AL 31 DE MARZO, 1968

Crear no uno, sino dos, tres, muchos Vietnams...

En los sesenta, ningún acontecimiento tuvo una relevancia semejante a la guerra de Vietnam. En ella parecieron conjuntarse, más que las pugnas y las emociones de la guerra fría, las desavenencias y contradicciones de toda una época. En este sentido, no se trató de una nueva Corea, sino de algo mucho más vasto, cuyas consecuencias mundiales serían más amplias y prolongadas.

La importancia de Estados Unidos, así como el papel de los medios de comunicación, lograron que la lucha se convirtiera en parte de la vida diaria de todo el mundo, aun en las regiones más alejadas del campo de batalla. La oposición a ella se convirtió, de hecho, en el argumento aglutinador de los revolucionarios de todos los países, aun si tenían posiciones políticas divergentes o encontradas. Vietnam era un *topos* necesario hacia el cual se dirigían, en los sesenta, todas las miradas y todos los sentimientos.

Si la denuncia lanzada por Jruschov contra Stalin durante una de las sesiones secretas del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética había debilitado la estructura ideológica del comunismo mundial, y si el maoísmo y el castrismo aún parecían excentricidades derivadas de aquel modelo, la actitud estadounidense hacia Vietnam fue aprovechada por los revolucionarios para volver a unirse en torno a un objetivo común: demostrar la peor cara del mayor enemigo del comunismo, Estados Unidos.

El sentimiento de rechazo hacia el imperialismo estadounidense no sólo tuvo entusiastas partidarios entre los comunistas sino, de manera especial, en la propia clase intelectual de Estados Unidos, sobre todo en sus universidades. Numerosos profesores y estudiantes repudiaron públicamente el intervencionismo de su país. La academia rehabilitó la vigencia del socialismo en movimientos como la llamada Nueva Izquierda, que se opuso constantemente a la guerra. Por otro lado, intelectuales de la talla del lingüista Noam Chomsky también se sumaron a la causa antibélica. Esta posición, idéntica a la de muchos intelectuales europeos –sobre todo los franceses ligados con Sartre o Althusser– ayudó a convertir a Vietnam en un nuevo punto de unión entre los revolucionarios del orbe.

De este modo, convertido en obsesión, Vietnam se volvió el detonador de una guerra secreta dentro de Estados Unidos. Un verdadero conflicto civil, provocado por las reacciones hacia la guerra, enfrentó a la sociedad estadounidense consigo misma. Al contrario de lo que había sucedido con su participación en las guerras mundiales o en la propia guerra de Corea, Vietnam fue un episodio que, por primera vez, no contaba con el apoyo de grandes sectores de la sociedad estadounidense. En especial, miles de jóvenes –justo aquellos que debían engrosar las filas del ejército– se oponían a la intervención en el sudeste asiático. Abbie Hoffman, uno de los dirigentes de la resistencia contra la guerra, señaló:

Hasta entonces, en Occidente las guerras fueron siempre populares, la gente se mostraba encantada de poder agruparse tras una bandera, de cantar himnos sanguinarios y marciales, e ir a masacrar al enemigo fuera del país mientras se silenciaba al enemigo interno. En aquella época, para los estadounidenses el enemigo interno éramos nosotros, los jóvenes.¹⁴

Hacia apenas unos meses, en 1967, el presidente Johnson había hecho públicos los gastos materiales y humanos de la guerra desde su inicio en 1961: 15 058 muertos, 109 527 heridos y 25 mil millones de dólares erogados al año. Como si no bastara, afirmó que para 1968 habría en territorio vietnamita 525 mil efectivos estadounidenses. Estas estadísticas provocaron que en Boston unos cincuenta jóvenes quemasen sus tarjetas de reclutamiento y poco después cientos de jóvenes se dirigieron en una marcha hacia el Pentágono, en Washington.

Mientras tanto, en Vietnam, el general Vo Nguyen Giap estaba a punto de lanzar un espectacular contraataque, más psicológico que efectivo, conocido como “ofensiva del Têt” –por el nombre del mes lunar vietnamita–, durante el cual más de cien objetivos urbanos iban a ser atacados simultáneamente. La idea de Giap era mostrar que el pueblo de Vietnam del Sur apoyaba al Vietcong y que, por tanto, la actividad de éste era legítima. Aunque la ofensiva acaparó la atención mundial, el ataque constituyó un fracaso para Vietnam del Norte y el Vietcong, que perdieron unos 85 mil hombres.

Confiado en esta victoria, con el ánimo en alto, el presidente estadounidense Lyndon B. Johnson anunció, el 31 de marzo, su triunfo militar, así como un cese unilateral de los bombardeos sobre Vietnam del Norte. La comunidad internacional vio este gesto como una primera señal de distensión. Poco después, el Vietcong aceptó iniciar las conversaciones de paz. Sería en el

¹⁴ En Cohn-Bendit, 1986, p. 32.

mes de mayo y en la ciudad de París donde había de celebrarse la reunión entre las delegaciones de las naciones en pugna.

A pesar del aparente triunfo estadounidense, y del aplauso concedido al inicio de las pláticas de paz, la opinión pública de Estados Unidos se escandalizó por las estadísticas anunciadas por Johnson. Los sectores que rechazaban la guerra iniciaron una campaña que resultó más exitosa que nunca.

A mediados de 1967, un grupo de activistas, encabezados por Abbie Hoffman, Tom Hayden y Jerry Rubin, fundaron el *Youth International Party* (YIP) –de ahí el término yippic– con el fin de dar una orientación política a la protesta antibélica. No obstante, como afirma Parménides García Saldaña, en algunos niveles se consideró que estos jóvenes no hacían otra cosa que emprender la “revolución más chistosa propiciada por la burguesía para que sus hijos se diviertan”.¹⁵

El YIP planeó una de las primeras acciones importantes para el segundo semestre de 1968: durante la Convención del Partido Demócrata, que habría de celebrarse en Chicago, cientos de jóvenes se movilizarían contra la guerra; además, celebrarían los “Juegos Olímpicos Yippies” en contraposición a los que habrían de llevarse a cabo en México en esas mismas fechas.¹⁶

Beatniks, hippies y xipitecas

La actitud de desencanto de estos jóvenes hacia su gobierno no era, ni con mucho, novedosa. Por el contrario, en Estados Unidos existía ya una amplia tradición de crítica social o de indiferencia política centrada en lo que se llamó *contracultura*. El antecedente de esta postura ante la guerra –ante la vida– fue la revuelta cultural iniciada a fines de la segunda guerra mundial por los miembros de la llamada generación beat.

El peligro de la “bomba”, nacido al amparo de la guerra fría, había provocado que, durante la década de los cincuenta, surgiese en todas partes una nueva actitud vital: si el mundo podía desaparecer en cualquier momento, ésta merecía ser vivida con mayor intensidad. El movimiento beat nació al término de la segunda guerra mundial, cuando pequeños grupos de jóvenes estadounidenses “locos de vivir, locos de hablar, locos de ser salvados” que acababan de regresar al país se dieron cuenta de que su viejo mundo se había acabado y que poco tenían que hacer en una sociedad de la cual ya no se sentían

¹⁵ García Saldaña, 1973, p. 25.

¹⁶ Cohn-Bendit, pp. 29-30.

parte. Para ellos, el “sueño americano” fue sustituido por un ansia de libertad. Su forma de vivir reflejaba esta desazón. Según resumió un estudioso del movimiento, “hacían el amor libremente con mujeres negras, bailaban y tocaban jazz y vivían en cuartuchos sórdidos, fascinados por las drogas”.¹⁷

Bajo la influencia de William Burroughs, en 1956 Allen Ginsberg publicó el poema *Howl*, una especie de manifiesto beat, en el cual se hablaba por primera vez abiertamente de sexo y drogas. En 1957, Jack Kerouac contribuyó con su novela *On the Road* a resumir el entorno en el que se desenvolvían estos jóvenes: el destino al garete, la falta de oportunidades, la indiferencia y oposición de los jóvenes a un mundo burgués que ya no les pertenecía. Fue el propio Kerouac quien, en 1948, había inventado el término beat para referirse a sus contemporáneos: su nombre (derivado del vocabulario del jazz y del tráfico de drogas) resume la forma como se veían a sí mismos estos muchachos, su condición de víctimas de una sociedad incapaz de comprenderlos. Como en aquellos años se vivían también los mejores momentos de la carrera espacial y los rusos acababan de lanzar su satélite Sputnik, los beats se transforman en beatniks.

Casi en la misma época, un ritmo de los negros, el rhythm and blues, comenzó a ser cantado también por blancos; pronto se transformó en el rocanrol, y, por su éxito inmediato, parecía destinado a cambiar profundamente los hábitos de los jóvenes en todo el mundo. Según el novelista José Agustín, el término “podría traducirse como ‘mécete y gira’, pero, según *The Rolling Stone Rock’n Roll Encyclopedia*, en realidad se trata de un eufemismo usado en el medio del blues que significa ‘intercambio sexual’”.¹⁸ De acuerdo con este mismo escritor, el primer éxito masivo de esta corriente fue “Al compás del reloj”, de Bill Haley y sus Cometas, que fue tema musical de la película *Semilla de maldad* en 1955. A partir de entonces, el rocanrol se popularizó en todo el mundo.

Gracias a Elvis Presley y a los Beatles, un grupo inglés formado en 1960, las viejas tendencias del movimiento beatnik tomaron por asalto los medios de comunicación y comenzaron a extenderse por todo el mundo. La prensa, el radio y el cine, y al poco tiempo también la televisión, se encargaron de provocar un fenómeno inédito de inmediatez noticiosa y de comunicación sin fronteras. Los Beatles resumieron, en más de un sentido, el espíritu de la época: su éxito descomunal provenía de una identificación directa con los jóvenes, capaz de llegar a todos los países. Tras asimilar el rock estadounidense, crearon una nueva variante que logró unir a miles de jóvenes; vestidos como sus

¹⁷ Marroquín, 1975, p. 18.

¹⁸ José Agustín, 1997, p. 32.

coetáneos, se dieron a la tarea de exaltar la libertad y las drogas —los puntos que los ligan con los beats— con discos como *Sgt. Pepper's Lonely Heart Club Band* (1967).

Líderes indiscutibles de los jóvenes, los Beatles ejercieron, a lo largo de los sesenta, una influencia mucho mayor que la de los principales teóricos de la revolución. Acaso por este motivo el rocanrol fue tan atacado por las sociedades conservadoras tanto de Estados Unidos como de México. José Agustín recuerda que “desde los hogares, las escuelas, el gobierno, los púlpitos y los medios de difusión se satanizaba al rocanrol porque era la puerta a la disolución, el desenfreno, el vicio, la drogadicción, la delincuencia, la locura, ¡el infierno!: el rock era cosa del demonio. O comunista, porque en esos tiempos se vivían Los Grandes Furores Anticomunistas”.¹⁹

En México, los jóvenes no tardaron en copiar —y adaptar— la nueva música que provenía del norte. Decenas de grupos comenzaron a traducir las canciones de los ídolos de moda, alcanzando hacia principios de los sesenta gran éxito de ventas. La apertura en esta misma época de los “café cantantes” —pequeñas cafeterías a las cuales asistían quienes deseaban escuchar rock— proporcionó uno de los pocos espacios de entonces que permitía la reunión de los jóvenes, a pesar de las continuas clausuras a las que eran sometidos.

Paralelamente al rock, una nueva moda —de hecho, una nueva forma de contemplar la vida— marcó la actitud de los jóvenes de los sesenta: el movimiento hippie. De algún modo, éste también había tenido su origen en los beats.

En su constante enfrentamiento con el sistema, los beatniks gustaban de huir hacia lugares exóticos, sitios en los cuales la vida salvaje aún estuviese, en su opinión, a flor de piel. Para ellos, México cumplía estas condiciones: ahí, su principal hallazgo fue la marihuana, que pronto transportaron a sus cuartos de San Francisco. Curtidos por las experiencias con las drogas, los beatniks se autodenominaban *hipsters*, puesto que la expresión “to be on the hip” significaba estar bajo el efecto de las drogas. No pasó mucho tiempo para que el ejemplo de estos *outsiders* veteranos despertara el interés de muchos jóvenes; cariñosa y burlescamente, comenzaron a llamar hippies a los muchachitos que comenzaban a seguirlos. Según José Agustín, el término fue empleado por primera vez por el periodista Michael Fallon, del *San Francisco Examiner*, para referirse a la gente que vivía en el barrio de Haight Ashbury.²⁰

Los hippies son a la vez una continuación y una negación de los beatniks. Mientras éstos eran serios y apagados, buscaban la realización personal en

¹⁹ Ibid., p. 35.

²⁰ Ibid., p. 66.

experiencias que se acercaban a la meditación oriental, los hippies transformaron el movimiento, llenándolo de vida y colorido. Pronto Haight Ashbury y Greenwich Village en Nueva York comenzaron a poblarse con estos jóvenes vestidos con colores chillantes que usaban el cabello largo y dejaban que collares con símbolos extraños pendiesen de sus cuellos, al tiempo que se dedicaban todo el día a oír rock y a consumir LSD. El sacerdote Enrique Marroquín –de quien se decía que oficiaba misas habiendo consumido drogas–, en su estudio *La contracultura como protesta*, calcula que en 1967 habría unos doscientos mil hippies en Estados Unidos.²¹ Y, según José Agustín, a mediados de 1966 ya habría unos quince mil sólo en San Francisco.

El movimiento hippie trajo consigo una parafernalia de símbolos que le daba un sello distintivo; combinaba el pacifismo con el culto a la droga, el rock con el colorido de los sueños alucinógenos, la libertad sexual con el desprendimiento material y las religiones orientales. Sin embargo, acaso el elemento más importante y perdurable del movimiento fuese, asimismo, su carácter contracultural, su abierto rechazo a los valores del momento.

Otro de sus rasgos altamente significativos fue su carácter pacifista: sus lemas eran “Flower Power” y, desde luego, “Peace-and-Love”. Su actitud, aun en los casos menos politizados, era de enfrentamiento al espíritu belicoso del gobierno estadounidense. El conocido símbolo de la paz que llevaban colgado al cuello era un auténtico desafío al estado, una objeción de conciencia que resultaba subversiva y que ese mismo estado castigaba y perseguía sin tregua.

Amparado en un rechazo a los valores conservadores de la civilización occidental, el movimiento hippie –con figuras emblemáticas como la del escritor Ken Kesey– se convirtió en una verdadera *contracultura*. A cada uno de los valores determinantes de la sociedad occidental adulta, los jóvenes comenzaron a oponer otros, rescatados de las más diversas tradiciones, con elementos cuyo origen puede remontarse a Rousseau y su *bon sauvage*, los románticos alemanes, las religiones orientales y en general todos los exponentes del irracionalismo. Jerry Rubin, uno de los líderes del movimiento yippie de Berkeley, dice al respecto en su libro *Do it!*:

Los adultos te han llenado de prohibiciones que tú has llegado a ver como naturales. Te dicen “haz dinero, trabaja, estudia, no forníques, no te drogues”. Pero tú haz precisamente lo que los adultos te prohíben, y no hagas lo que ellos te recomiendan. No creas a nadie mayor de treinta

²¹ Marroquín, p. 25. Según José Agustín, el título original del libro era *El mito xipiteca*, pero la editorial Joaquín Mortiz decidió cambiarle el título (Agustín, 1997, p. 97).

años.²²

Stuart Hall, en su importante estudio *Los hippies, una contracultura*, señala que éstos fueron “un islote de significados desviacionistas en el mar de su propia sociedad”, encargados de negar los valores tradicionales de Occidente.

La influencia de este movimiento contracultural fue mucho más amplia de lo que pudiese haberse previsto entonces. A pesar de su carácter marginal y de la oposición directa del gobierno y de la sociedad tradicionalista mexicana, los valores hippies impregnaron las actitudes de los jóvenes mexicanos.

En México, las experiencias del movimiento hippie fueron copiadas, en primera instancia, por los jóvenes de clase alta como una forma de identificarse con los patrones estadounidenses a los que estaban acostumbrados. Sólo después de un tiempo, las clases media y baja se encargaron, a su vez, de imitar esta moda de los ricos y adaptarla a su idiosincrasia particular. Pronto eran miles los jóvenes que se dejaban crecer el cabello, vestían ropas psicodélicas y se lanzaban a peregrinar en busca de droga a lugares como Real de Catorce y Huautla. Enrique Marroquín, uno de los pocos que en esa época se dedicaron a estudiar su comportamiento, ha llamado “xipitecas” a los jipis mexicanos.

Nuevamente, la discusión que entonces se llevaba a cabo en torno a ellos giraba sobre un polo común de la historia cultural mexicana: ¿Eran sólo la copia de un modelo extranjero? ¿O gracias a la apropiación de elementos autóctonos se convirtieron en parte de un movimiento mundial con sólidas características personales? Sin importar que una cosa u otra fuese cierta, el primer argumento fue el escogido a priori por el sistema para descalificarlos. En medio de la particular xenofobia mexicana, la condena que sufrieron fue casi unánime: no son verdaderos mexicanos, imitan lo extranjero sin conciencia, encarnan una subversión que no conviene.

En el conjunto de símbolos que copiaron del modelo estadounidense, acaso el más importante y el que más molestaba a la sociedad tradicional fue el cabello largo. Esta simple muestra de individualidad fue atacada una y otra vez y, por ello mismo, se convirtió en un emblema de la juventud. Marroquín afirma que el pelo largo fue condenado en virtud de una asociación primaria típica de una sociedad represora: el pelo largo es para las mujeres, si lo usa un hombre existe la posibilidad de confundirlo, con lo que aparece el horror a la homosexualidad.

Los jóvenes estaban convencidos de que se trataba de un signo de autonomía individual, una forma de regresar a cierto salvajismo en contra del carácter represivo de la civilización y de sus padres. No es casualidad que tanto

²² En Cohn-Bendit, p. 33.

los beatniks como los combatientes de la Sierra Maestra —con Castro y el Che como principales figuras— tuviesen largos mechones. De este modo, el cabello largo adquirió un tono de franco desafío: un jefe no podía soportar a un subordinado con el pelo largo porque ello significaba un desafío a la autoridad. Éste fue el motivo, también, por el cual las *razzias* llevadas a cabo por la policía mexicana contra los jóvenes tuviesen siempre el extravagante objetivo de raparlos.

Correlativo al cabello largo de los muchachos, las jóvenes comenzaron a vestir minifaldas. Surgidas en Inglaterra en la década de los cincuenta, estas prendas se popularizaron al asociarse al rock y de inmediato encontraron la oposición de los mayores. Desplazando el interés sexual hacia los muslos, las minifaldas se convirtieron, igualmente, en el símbolo de la época. Sin embargo, aun a pesar del carácter restrictivo de la sociedad mexicana, las minifaldas se volvieron lo suficientemente populares como para que su uso se extendiera a todas las clases sociales.

El lenguaje era, asimismo, otro signo distintivo de los jóvenes. En contra del comedimiento y la discreción que siempre habían caracterizado la vida pública mexicana —se trata de que las palabras, pronunciadas a media voz, nunca digan algo concreto, sino que lo eludan, que lo cerquen, que lo susurren al interlocutor—, empezaron a utilizar un vocabulario descarnado, lleno de groserías y términos explícitamente sexuales. De acuerdo con José Agustín, “utilizaban un caló que combinaba neologismos con términos de los estratos bajos, carcelarios, y se mezclaba con coloquialismos del inglés gringo, así es que se producía un auténtico espanglés: jipi, friquiar, fricaut (*freak out*), yoin (*joint*), díler (*dealer*), estón o estoncísimo (*stoned*), jai (*high*)”.²³ Gracias a este nuevo argot, los jóvenes habían vuelto a creer en el poder subversivo de las palabras: ellas le habían servido a la sociedad burguesa para ocultar la realidad y ahora serían las encargadas de propiciar la liberación. Compartían la idea, tan común entre intelectuales como Carlos Fuentes, de que el lenguaje es capaz de liberar a los hombres y de transformar a las sociedades.

Por último, un nuevo factor determinó el desarrollo de la cultura hippie: el consumo de drogas. La exploración de los psicotrópicos se convirtió en una verdadera moda. Su origen, como se sabe, estaba en las experiencias casi religiosas de los beatniks con la marihuana y el peyote, así como en el hecho de que las tropas estadounidenses en Vietnam pudiesen adquirir drogas a precios muy bajos. Desde el lado académico, también resultó notoria la influencia de Timothy Leary, un médico de Harvard que se convirtió en el principal impulsor de la experimentación con LSD.

²³ José Agustín, p. 80.

Aunque su consumo en México era mucho menor que en Estados Unidos, la cultura del “ácido” se extendió en ambos países. Lo “psicodélico”, la mezcla de colores y formas cambiantes tan característica de los años setenta deriva en gran medida de la sensibilidad ocasionada por el ácido lisérgico y diversos psicotrópicos. En México, el peyote, empleado por los indígenas desde tiempos inmemoriales, y que había fascinado a muchos viajeros, era otra de las drogas que se consumían con frecuencia.

Si bien el número de auténticos xipitecas era reducido, sus ideas se expandieron rápidamente en toda la sociedad. Su aura de libertad individual y de rompimiento atraía la mirada de miles de jóvenes que quizás nunca habían leído a Marx, a Marcuse o a los demás teóricos de la revolución. Acaso sin diferenciar las diversas influencias que sufrían, estos muchachos se “contraeducaban” unos a otros con elementos hippies y revolucionarios, con los símbolos de la paz y los carteles del Che Guevara. Así, usos y costumbres innovadores se extendían de un lugar a otro. El carácter a la vez individualista y comunitario de los jipis habrá de marcar de modo indeleble la naturaleza de los movimientos estudiantiles que habrán de producirse a lo largo de 1968.

Vietnam desde México

En 1967, Carlos Monsiváis había publicado una versión irónica del poema *Howl* de Allen Ginsberg, en el cual resumía la actitud general de los intelectuales mexicanos hacia la guerra de Vietnam. Según él,

[...] leyeron un día en el periódico con indignación los acontecimientos de Vietnam o México, y fue tanta su rabia moral que dejaron de leer el periódico, porque yo no puedo hacer nada y qué ganaría con vivir angustiado y de ese modo no se ayuda a nadie.²⁴

A fines de ese año, la joven periodista Elena Poniatowska dedicó su columna semanal de *Siempre!*, titulada “7 días del mundo”, a los intelectuales mexicanos y la guerra de Vietnam. Según ella, aunque se decían miembros de la izquierda y no se olvidaban de recordar su solidaridad con los pueblos sojuzgados por el imperialismo, ninguno había dicho claramente “esta boca es mía” para denunciar los crímenes que se cometían en el país sudasiático.

Posteriormente, el tema de la guerra de Vietnam continuó siendo uno de

²⁴ Reproducido en Monsiváis, 1970, p. 293.

los más recurrentes en las colaboraciones de Poniatowska. En su siguiente columna, la periodista se dedicó a recordar la condena que la iglesia católica, en voz del obispo de Cuernavaca Sergio Méndez Arceo, hizo de la guerra. Posteriormente ofreció dos testimonios de la vida de los niños y jóvenes en Vietnam del Norte.

Semanas más tarde, Poniatowska volvió a referirse al papel de los intelectuales frente a los sucesos de Vietnam. En primer lugar, narraba el caso de la cantante negra Eartha Kitt, la cual, durante una visita a la Casa Blanca, frente a la esposa del presidente Johnson, habló enfáticamente contra la guerra. A continuación, Poniatowska citaba unas palabras que la escritora cubano-italiana Alba de Céspedes pronunció durante su asistencia al Congreso Cultural de La Habana. Cuestionada, como tantos otros, sobre la responsabilidad de los intelectuales en los países subdesarrollados, De Céspedes repuso:

Tenemos que expresar nuestras ideas políticas, cualesquiera que sean, y no sólo en libros, sino también con las armas que tenemos a nuestro alcance, es decir, a través de la cultura. [...] Lo que acabo de decir es muy importante porque es muy cómodo ser de izquierda y pasársela hablando en un café. Esto no resuelve nada. Hay que hablar con la gente, luchar. Es muy difícil encontrar un escritor dispuesto a dar una hora para ocuparse de los obreros o los campesinos...

Casi como si tratara de responder a las acusaciones de Poniatowska, *La Cultura en México* publicó su número del 21 de febrero con el título "Vietnam: libertad o muerte". En él se incluía un artículo de Pablo González Casanova y otro de José Emilio Pacheco, así como un cuadro de conclusiones sin firma y un fragmento del libro *Crímenes de guerra en Vietnam* de Bertrand Russell.

El texto de González Casanova, "¿El principio de no intervención en Vietnam?", es más un llamamiento al gobierno mexicano que un análisis de la situación de la guerra. En primer lugar, el autor habla del estado que guarda ésta, en el cual las fuerzas estadounidenses se hallan en una situación cada vez más desesperada (recordemos que son los meses más intensos de la ofensiva del Têt). Pero ello no debe sorprender, pues, según González Casanova, "Roma nunca creyó ser derrotada por los 'bárbaros' ni Hitler por las 'razas inferiores'".

Según el investigador, tanto la justificación teórica del intervencionismo estadounidense basada en la idea de que ese país tiene la misión de "liberar" y "democratizar" a los demás pueblos, como el despliegue de ciencia y tecnología que no resuelve los problemas sustanciales de la humanidad, muestran la decadencia de Estados Unidos. Los enormes e inútiles gastos de la guerra sólo

confirman esta apreciación. “¿Y cuál ha sido el único resultado de la confrontación?”, se pregunta. A mayor nivel económico, mayor inflación, desequilibrio en la balanza de pagos, aumento del dólar, inestabilidad de la bolsa de valores; en lo referente a la situación social, deserciones, drogadicción, indigencia. “Dentro y fuera”, afirma González Casanova, “nos preguntamos qué hacer.” La protesta es útil, pero insuficiente. Desde los habitantes de los más alejados rincones del planeta hasta escritores de la talla de Bertrand Russell lo hacen sin que haya resultados tangibles. ¿Entonces?

Lo definitivo es sin duda la lucha de todo un pueblo, textualmente heroico, como es el pueblo de Vietnam, y de sus dirigentes, encabezados por Ho Chi Minh, este nuevo Juárez que no se arrendó tampoco ante la potencia más grande de su tiempo, y que como Juárez supo una verdad elemental: que no hay poder que valga contra un pueblo decidido a defender su libertad e independencia.

La comparación con Juárez no está exenta de consecuencias prácticas: González Casanova la realiza buscando despertar la conciencia del gobierno mexicano, asimilando la lucha de los dos pueblos. México “no debe guardar silencio ante el sufrimiento y valentía extraordinarios” de sus hermanos vietnamitas. Y repite: “El gobierno mexicano no debe guardar silencio”. La explicación es, de lleno, una demanda de que se haga una exhortación a Estados Unidos para que abandone “esas tierras devastadas sin más exigencia que la vida de los soldados que regresen”.

Después de recordar una frase que dos siglos atrás aplicó Thomas Paine a Inglaterra, “Nunca una nación invitó tanto a ser destruida”, González Casanova cierra su texto con un nuevo llamamiento al gobierno mexicano para que declare su posición sobre Vietnam: “Dentro de las circunstancias políticas que vive el México de hoy, no es excesivo pretender que México actúe en defensa del principio de no intervención en Vietnam, y de libre autodeterminación para Vietnam”.

Por su parte, José Emilio Pacheco realiza un análisis más severo. En primer lugar, afirma: “Vietnam se ha convertido en parte de nuestras experiencias personales”. Vietnam no se ve como una guerra lejana, sino como una injusticia vivida en carne propia. Y de inmediato Pacheco muestra el origen de semejante fenómeno: “Tan grande es la fuerza de las imágenes que noche a noche vemos en televisión”, dice, que “lo quiera uno o no, cada uno de nosotros es víctima, teatro y proceso de horror a un tiempo”.

Por primera vez en la historia, la televisión lleva la guerra a cada hogar, la

introduce en las cómodas cenas familiares, la convierte en una realidad cotidiana, a diferencia de los conflictos conocidos sólo por los diarios o las referencias indirectas. Tal inmediatez transforma radicalmente la percepción del conflicto: no es lo mismo *mirar* la muerte que saber de ella, *presenciar* el horror diario que escucharlo o leerlo. Frente a la repugnancia que provoca la televisión, sostiene Pacheco, resulta difícil –casi repugnante– analizar la guerra en términos abstractos; sin embargo, opina que es tiempo de hacer una recapitulación de la situación actual de la guerra. A partir de los acontecimientos desarrollados entre el 31 de enero y el 7 de febrero –los ataques masivos del Vietcong a las ciudades más importantes del país–, Pacheco saca las siguientes conclusiones:

1. Ya no hay salida honorable para Estados Unidos: “si no se retiran como perdedores, tendrán que permanecer como genocidas”.
2. El Vietcong ha demostrado la inutilidad de los bombardeos y la escasa presencia de Estados Unidos en la zona. A pesar del aparente triunfo de las fuerzas estadounidenses, “la maquinaria de guerra del Pentágono no podrá nunca doblegar la voluntad de quienes se hallan dispuestos a morir en su lucha contra el invasor”.
3. A pesar de que se habla de la derrota de la ofensiva del Têt, en realidad el Vietcong ha impuesto sus propias leyes al enemigo. Frente a la superioridad de los estadounidenses, el general Giap aplica los principios básicos de la guerrilla: “si el enemigo es fuerte, evítalo; si es débil, golpéalo; si es más numeroso, dispérsalo”.
4. Frente a la afirmación de Johnson de que la ofensiva fracasó al no producirse un alzamiento general, hay que pensar más bien en una recuperación de fuerzas por parte del Vietcong.
5. “Política, psicológica pero sobre todo moralmente, es innegable que la ofensiva ha triunfado.” La baja de confianza es de Johnson y sus generales.
6. La nueva fase de la guerra es más cruel. Los sufrimientos de los civiles crecen día a día. “Para triunfar, los estadounidenses necesitarían que no quedara en pie ninguna construcción y hubiera muerto el último vietnamita.”
7. A pesar de que el combate de Hanoi y el del Vietcong no son idénticos, parece que su estrategia conjunta llevará ciertamente a un alzamiento general o a la toma del poder mediante una coalición.
8. El Vietcong no aceptará ninguna solución de compromiso. Si bien los estadounidenses pueden iniciar conversaciones con Hanoi en el momento en que cesen los bombardeos, el Vietcong requiere, además, el reconocimiento de que es el único representante del pueblo sudvietnamita. Pacheco concluye:

Los acontecimientos de 1968 muestran hasta qué punto el país más poderoso del mundo resulta débil ante las naciones pobres. Aunque pudieran triunfar militarmente y exhibir como prueba el número de

muerter, moral y políticamente han perdido desde hace mucho porque toda la aplastante tecnología puesta al servicio de la contrainsurgencia que el Pentágono llama Lucha con el Comunismo, es incapaz de quebrantar la voluntad y el heroísmo del pueblo vietnamita. Contra esas armas se estrellan todas las demás.

Al término del artículo de Pacheco, en un recuadro sin firma, *La Cultura en México* presentaba sus propias conclusiones:

Al mediar febrero, la gran crisis asiática parece otra continuación "limitada" de la tercera guerra mundial que de hecho se inició en la misma Corea a mediados de 1950 y que gracias al "equilibrio del terror", puede ser otra guerra de los treinta o de los cien años. [...] Consideraciones menos pesimistas ven la primera crisis de 1968 como la más seria amenaza planteada hasta el momento contra Estados Unidos como policía universal. [...] Lo que Washington llama lucha contra el comunismo es en realidad guerra contra los pobres, contra las tres cuartas partes de la población mundial que forman el llamado tercer mundo.

La Cultura en México opina que la guerra de Vietnam se libra con base en los intereses contrarios de Estados Unidos, China y la Unión Soviética, que intentan conservar o ampliar sus respectivas zonas de influencia, mientras "dos países del tercer mundo [Vietnam y Corea] han puesto en jaque a las superpotencias y las han obligado a una nueva definición de sus objetivos". Y termina: "Por sí solo este hecho tendrá consecuencias incalculables".

El número monográfico sobre Vietnam terminaba con el ensayo titulado "Informe sobre Vietnam del Norte" de Ralph Schoenman, un fragmento del libro *Crímenes de guerra en Vietnam*, compilado por Bertrand Russell.

Además de fundador de la moderna lógica matemática, Russell era una leyenda viva por su activismo político, desarrollado desde los años veinte, cuando era un miembro cercano al círculo de Bloomsbury. Después de la segunda guerra mundial había sido una figura destacada en el reciente conflicto de los misiles soviéticos en Cuba. Al actuar como mediador, a través de un intercambio de cartas abiertas con Kennedy y Jruschov, había tratado de aliviar la tensión existente.

Del mismo modo, desde el inicio de la guerra de Vietnam, Russell se había encargado en cuerpo y alma de alimentar una campaña internacional contra la intervención estadounidense. Para lograrlo, creó comisiones de apoyo al pueblo vietnamita y, en 1967, se encargó de organizar un Tribunal de Crímenes de

Guerra.²⁵ No obstante, historiadores como Stephen Koch afirman que la actitud de Russell, aunque bienintencionada en principio, no era sino la última secuela del engaño que sufrieron los intelectuales progresistas a manos de los manipuladores de opinión soviéticos.²⁶

En la sección que le correspondió del libro, Schoenman refiere el caso de David Mitchell, uno de los estadounidenses que, haciendo caso a Russell, protestaba contra la guerra y quien en esos momentos se encontraba en prisión por negarse a formar parte del ejército de Estados Unidos. Lo interesante era que los argumentos que Mitchell esgrimía para no participar en la guerra eran jurídicos y no apelaban a razones pacifistas o de conciencia.

Según él, el ejército estadounidense violaba los convenios sobre guerra firmados por el país, como la Convención de Ginebra, los acuerdos de Ginebra de 1954, los acuerdos de Londres sobre Nuremberg y la Carta de las Naciones Unidas. Al utilizar armas químicas, napalm y los llamados *lazy dogs*, Estados Unidos atentaba contra los principios generales de humanidad asentados en esos tratados. Apoyando esta tesis, Mitchell recuerda que hacía apenas unos años, en el seno del Tribunal de Crímenes de Guerra de Nuremberg, el juez Robert Jackson, de la Suprema Corte de Estados Unidos, asentó que constituía un delito sancionado con la muerte el que ciudadanos alemanes no se hubiesen negado a obedecer las órdenes de su propio gobierno en asuntos relacionados con la violación de los principios antes enunciados. El juez Jackson incluso llegó a afirmar entonces que, “si en algún momento el gobierno de Estados Unidos fuera reo de esos crímenes, sus ciudadanos tendrían la obligación de negarse a cometerlos y de oponerse a quienes les ordenaran cometerlos”. Para Mitchell, ese momento había llegado.

Comisionado por Russell para hallar pruebas en favor de Mitchell, Schoenman fue enviado a Vietnam para observar si en efecto se cometían estos crímenes. Al día siguiente de su llegada a Hanoi, Schoenman fue recibido por el primer ministro Pham Van Dong y por el presidente Ho Chi Mihn. Al conversar largamente con ellos, pudo enterarse de los motivos por los cuales Vietnam del Norte no estaba dispuesto a iniciar pláticas de paz con Estados Unidos en ningún momento. Ellos le recordaron que en 1940, en los peores momentos de la segunda guerra mundial, cuando Hitler bombardeaba una y otra vez las ciudades inglesas, a ningún ciudadano británico se le ocurrió tratar de

²⁵ El Tribunal estaba formado por las siguientes personas: Jean-Paul Sartre, Simone de Beauvoir, Laurent Schwartz (Francia), Lelio Basso (Italia), Lázaro Cárdenas (México), Stokely Carmichael y Dave Dellinger (Estados Unidos), Vladimir Dedijer (Yugoslavia), Isaac Deutscher (Gran Bretaña), Gunther Anders y Peter Weiss (Alemania), Josué de Castro (Brasil), Amado Hernández (Filipinas), Shoichi Sakato (Japón) y Mahmud Alí Kasuri (Pakistán). Las sesiones del “Tribunal Russell” se iniciaron en Estocolmo, después de que el general De Gaulle se negara a que su sede estuviese en Francia, el 2 de mayo de 1967 (Sartre, 1972, p. 23).

²⁶ Koch, 1996, p. 34.

establecer pláticas de paz con el enemigo; al contrario, el sentimiento de orgullo nacional creció como nunca antes. La sola idea de rendirse indignaba a los ingleses entonces tanto como a los vietnamitas hoy. Como dijo Ho Chi Minh: "Seguiremos luchando otros cinco, diez, quince, veinte años si es necesario".

A partir de ahí, Schoenman detalla los crímenes de guerra cometidos por Estados Unidos contra el pueblo de Vietnam. Y su conclusión es que los vietnamitas no cederán y que el fin de la guerra llegará únicamente cuando Estados Unidos acepte retirarse de su territorio sin condiciones.

Semanas más tarde, el 23 de abril, la sección "Calendario" de *La Cultura en México* siguió comentando algunos de los sucesos más recientes de la guerra vietnamita.

Con el título "El Álamo y Khe Sanh", José Emilio Pacheco, autor de la columna, realiza una comparación inversa entre los sucesos ocurridos en El Álamo en 1836 y en Khe Sanh en 1968.

En ambos lugares, un grupo reducido de estadounidenses defendió un cuartel en contra de un número muy superior de atacantes, hasta encontrar la muerte. En 1836 fue en contra de las tropas de Antonio López de Santa Anna y ahora en contra del Vietcong. De hecho, fue el propio presidente estadounidense, Lyndon B. Johnson, quien se encargó de relacionar ambos sucesos; según él, en ambos casos el heroísmo de Estados Unidos quedó comprobado, así como su permanente lucha por la libertad. El grito *Remember El Álamo* encontró así una continuación en Vietnam.

No obstante, como observa Pacheco, en realidad en ambos casos, independientemente del heroísmo individual de los combatientes, el suceso sólo ha sido un pretexto para desatar invasiones injustas contra los países en cuestión: México en 1836 y Vietnam más de un siglo después. "Calendario" considera que Khe Sanh no corresponde a El Álamo, sino a Querétaro en 1867, es decir, a la derrota final de los invasores de Napoleón III.

La nota de Pacheco termina con una exhortación lírica: "Pero ahora la muerte, el sufrimiento y la capacidad de destrucción se encuentran tecnológicamente amplificadas y envuelven y amenazan a todos y lo que sucede en Vietnam ocurre también, y para siempre, en el interior de cada uno de nosotros".

El gobierno invisible de Estados Unidos

En los sesenta, Estados Unidos es para México, más que un vecino o un socio,

más que un invasor o una potencia capaz de someter al país, más que el vencedor de la segunda guerra mundial o una de las dos grandes fuerzas de la guerra fría, un espectro cuya naturaleza se desconoce y cuyos alcances escapan a la imaginación. A pesar de la cercanía y de la innumerable serie de conflictos sostenidos entre los dos países desde sus respectivas independencias, pareciera como si en los sesenta Estados Unidos fuese tan misterioso e impredecible como los países orientales o africanos.

La relación entre Estados Unidos y México está llena de equívocos. En los sesenta, esta ambigüedad adquirió nuevos cauces. Dividido el mundo en dos porciones a través de esa nueva bula que fue la Conferencia de Yalta, a México le tocó el obvio destino de pertenecer al “campo” no socialista, es decir, a la zona de influencia estadounidense. No hubiera podido ser de otro modo por su posición geográfica, pero la reafirmación de formar parte del bando estadounidense afianzó una vez más los ya de por sí acendrados elementos antiyanquis que había en el país.

Al no poseer una salida a semejante posición, al menos México se permitió dejar claras ciertas condiciones de imparcialidad que se expresaron a través de la certera política exterior que desarrolló a lo largo de los sesenta. Aunque económica y políticamente seguía dependiendo de Washington, México se encargó de instrumentar una política internacional que pretendía liberarse de este yugo y que, al mismo tiempo, convertía al país en un líder de las naciones subdesarrolladas. Algunos brillantes secretarios de Relaciones Exteriores —de Genaro Estrada en los treinta a Torres Bodet en los sesenta— construyeron una hábil diplomacia que resultó muy incómoda para Estados Unidos. Por una parte, la política exterior mexicana trataba de afianzar el papel de México como cabeza de América Latina —por su cercanía con Estados Unidos, por su estabilidad—; por otra, coqueteaba con el campo socialista, por medio de su orgullosa amistad con Cuba; y, por último, se acercaba a los movimientos que trataban de romper la bipolaridad mundial, como el de No Alineados. Además, la defensa a ultranza de los principios de “autodeterminación de los pueblos” y de “no intervención” pudo funcionar como una adecuada medida de protección contra el imperialismo estadounidense.

La idea de ser un “satélite” de Estados Unidos causó una reacción violenta en la izquierda mexicana. Sin que los amplios sectores de las clases medias y altas simpatizaran nunca con el comunismo soviético —a fin de cuentas los mexicanos seguían siendo demasiado tradicionales y católicos—, los sentimientos antiyanquis florecían con vigor. No se dudaba de la “amenaza comunista”, pero ello no implicaba una sumisión completa al protector universal de la libertad, sino, por el contrario, el que existiera asimismo una

sensación de inseguridad ante la “amenaza imperialista”. Mientras en Europa del este existía un miedo constante hacia la Unión Soviética y, en especial, hacia la KGB, en México y América Latina existía un horror no menos difuso hacia las actividades de la Agencia Central de Inteligencia.

La sensación de estar permanentemente vigilados por la CIA provocaba una profunda incomodidad entre los habitantes del mundo en los años sesenta. La mayor parte de los intelectuales de izquierda contribuyó, entonces, a denunciar el intervencionismo y los crímenes cometidos por la agencia. No era raro el caso de que a algunos intelectuales mexicanos de izquierda se les negase la visa para entrar a Estados Unidos, lo cual los llevaba a pensar que todo el tiempo eran vigilados por la CIA.

A la ambigua fascinación que Estados Unidos ejercía sobre México se le añadió un nuevo elemento: la idea de que ni siquiera eran los propios estadounidenses quienes decidían el destino del mundo, sino una fuerza oscura insertada en su gobierno, un grupúsculo que, a despecho de sus instituciones democráticas, dirigía todas sus acciones importantes. En los sesenta, a este aparato de espionaje e inteligencia, a esta perversa mezcla de infiltración y de intriga, se le llamó el “gobierno invisible”.

La Cultura en México dedicó la parte principal de su edición del 17 de abril a traducir un largo fragmento de *El gobierno invisible*, de David Wise y Thomas B. Ross, publicado por la editorial Random House de Nueva York.

Antes de este libro, los autores habían publicado *El caso U-2*, un largo reportaje sobre el avión estadounidense derribado por la Unión Soviética cuando realizaba una misión de espionaje en Siberia. Ahora se abocaban a estudiar el fenómeno de la “inteligencia” estadounidense encargada de tomar las decisiones cruciales para el mundo sin la intervención de las instituciones democráticas de Estados Unidos.

Según ellos, además del gobierno *visible*, que es el que estudian los niños en sus libros de texto y sobre el cual se informan los ciudadanos en el periódico, en Estados Unidos existía un gobierno *invisible*, cuya misión era recoger información sobre las decisiones políticas del país en la guerra fría, así como proyectar y organizar operaciones secretas en todo el mundo.

El gobierno invisible no tiene cuerpo formalmente. Es una amorfa agrupación de individuos y agencias dispersas en muchas partes del gobierno visible. No se confina a la Agencia Central de Inteligencia, aunque la CIA es su corazón. Tampoco se limita a los otros nueve organismos que se conocen como los centros encargados del espionaje y la información. [...] Porque el gobierno invisible abarca también muchas

unidades y agencias, así como individuos, que en apariencia son parte del gobierno convencional. Incluye también empresas industriales e institucionales que se dirían privadas.

De acuerdo con estos autores, el gobierno invisible nació cuando el país se vio convertido en una potencia mundial como una forma de hacer frente al desafío soviético; sin embargo, sus redes se han extendido a muchas otras actividades. Hacia 1967, los servicios de inteligencia eran tan importantes que empleaban a doscientos mil hombres y consumían un presupuesto de varios miles de millones de dólares al año. Según los autores, a pesar de que el público poco conoce del gobierno invisible, ha podido saberse que su verdadera cabeza es el director de la CIA, y que el presidente de Estados Unidos muchas veces no se entera o se entera tarde de las decisiones tomadas por un "Grupo Especial" que es el verdadero estado mayor de este gobierno paralelo.

La misión de *El gobierno invisible*, a decir de Wise y Ross, es utilizar el derecho a la información del pueblo estadounidense para ponerlo al tanto de la naturaleza y los métodos de acción del gobierno invisible.

El relato de sus acciones comienza con la fallida invasión estadounidense a Bahía de Cochinos en 1961. El plan de la CIA, aprobado por Kennedy, consistía en que el 15 de abril de 1961 aviones estadounidenses, camuflados como si pertenecieran a la fuerza aérea cubana, bombardeasen la ciudad de La Habana. Estos aviones estaban piloteados por exiliados cubanos previamente adiestrados por la inteligencia estadounidense. Serían los propios cubanos de Miami, auxiliados posteriormente por los habitantes de la isla, quienes vencerían al régimen de Fidel Castro. Pero las previsiones de Kennedy y de la CIA fallaron desde el principio: cuatro de los bombarderos tuvieron que aterrizar de emergencia en distintos lugares antes de haber cumplido su misión.

Informadas por el gobierno estadounidense, varias agencias de prensa mundiales anunciaron que los aviones pertenecían a la fuerza aérea cubana (FAR) y que pilotos rebeldes a Castro habían bombardeado la isla antes de desertar hacia Estados Unidos. Sin embargo, el *New York Times* desmintió la noticia y entró de inmediato en conflicto con el "gobierno invisible".

Ya antes de este ataque, el gobierno de Eisenhower también había preparado una intervención en Cuba por medio de una base de adiestramiento militar para los exiliados cubanos localizada en Guatemala y la organización de una guerrilla subversiva. Cuando Kennedy asumió la presidencia en 1960, no dudó en continuar con el plan de su predecesor e incluso se atrevió a intentar una invasión directa que salvase a las Américas del comunismo. A última hora, Kennedy prefirió declarar que la desastrosa invasión a Bahía de Cochinos era

obra únicamente de los patriotas cubanos, a pesar de que tres ciudadanos estadounidenses – todos ellos pilotos – fallecieron en los enfrentamientos.

Pese a que éstas fueron sus primeras acciones importantes, Wise y Ross sitúan el verdadero origen del gobierno invisible en 1941, tras el bombardeo japonés a Pearl Harbor. No obstante, en realidad fue en la proyectada invasión a Cuba – 1 400 hombres pertrechados, aviones y barcos, todos ellos financiados por la CIA – cuando alcanzó su madurez y demostró los alcances que podría llegar a tener.

Fundada en 1947, y técnicamente creada como un organismo consultor, la CIA creció poco a poco hasta tener la fuerza – los conocimientos y las infiltraciones necesarias – para detentar el auténtico poder en Estados Unidos. Correspondió a los hermanos John y Allen Foster Dulles dar vida a este proyecto político y llevarlo a sus últimas consecuencias. Bajo su comando, la CIA se encargó de realizar acciones secretas – en algunos casos incluso desconocidas para los embajadores estadounidenses en los países en cuestión – en casi toda América Latina, en el Medio Oriente y en especial en Asia, donde tuvieron injerencia en Corea, Vietnam, Birmania, Taiwan, Indonesia, Camboya y Filipinas.

Acaso lo más interesante de las revelaciones sobre el *gobierno invisible* fuese la importancia que los intelectuales le concedían entonces al espionaje estadounidense. El espectro de un poder secreto y antidemocrático enquistado en el gobierno supuestamente legítimo de Estados Unidos parecía entonces una de las mejores razones para temerle a aquel país. No sólo poseía un afán neocolonialista, sino que era un monstruo oscuro y tenebroso capaz de infiltrarse en todas partes. Un gran ojo, un gran espía, una quinta columna permanente. Por ello no era extraño que el gobierno mexicano rivalizase con el propio PCM a la hora de acusar a sus enemigos de ser agentes de la CIA.

Rodeada de esta aura mítica, la inteligencia estadounidense acrecentaba su poder con el solo hecho de que tanta gente estuviese segura de que *todas* las decisiones importantes que se tomaban en el país, o bien que todos los actos de desestabilización que se cometían, tenían a la Agencia como su principal operador. Nada mejor que un enemigo invisible – en este caso, un Estados Unidos invisible – en cada esquina para justificar el miedo, el recelo y la traición. En el imaginario latinoamericano de la época, la CIA era un actor imprescindible contra el cual no había antídoto posible, como si se tratase de una fuerza extraterrestre que fuese capaz de dominar al planeta. (La proliferación en aquellos años de películas y programas de televisión sobre espionaje internacional sólo se veía acotada por el éxito de los seriales sobre invasiones alienígenas.)

Para colmo, el poder de la CIA, como su nombre lo indicaba, estaba en la “inteligencia”, en el conocimiento que era capaz de adquirir en todas partes; omnisciente por naturaleza, pronto devino omnipotente. Poder y saber se reunían, alcanzando su máxima expresión en un solo organismo cuyos brazos se esparcían por doquier. Como nunca antes, el gobierno invisible adquirió en los sesenta proporciones aterradoras: la CIA era el verdadero poder en numerosas naciones, tal como la KGB lo era en los países comunistas.

Un intelectual non grato

Sumándose al rechazo generalizado de los intelectuales de izquierda a la política exterior estadounidense, el 3 de abril apareció en las páginas de *Siempre!* una carta abierta de Carlos Fuentes, en la cual declina una invitación a viajar a Estados Unidos. Dirigida al profesor Robert G. Mead, de la Asociación de lenguas modernas de Estados Unidos, Fuentes narra cómo las autoridades del Departamento de Estado han mostrado su intención de prohibirle la entrada al país. Fuentes aclara:

En las circunstancias actuales el Departamento de Estado estadounidense estaría en lo justo al negarme la visa de entrada. Aunque no pertenezco, ni jamás he pertenecido, al Partido Comunista, como alega el Departamento de Estado al invocar la Ley MacCarran-Walter en mi caso, sí formo parte de una militancia mucho más vasta, independiente y, hoy por hoy, también más eficaz: la oposición casi universal de las clases intelectuales, dentro y fuera de Estados Unidos, a la política imperialista del gobierno de Washington.

[...] Siempre he pensado que los intelectuales de la América Latina debemos mantener una estrecha relación con los intelectuales de Estados Unidos, y que hacer lo contrario es hacerle el juego a la política de aislamiento y esterilización del Departamento de Estado. Hoy, además, pienso que esa relación debe ajustarse, dramáticamente, a un sentimiento de solidaridad con los intelectuales estadounidenses que expresan su oposición a una política de conformismo interno y de agresión externa. Mientras esa política subsista en sus más intolerables manifestaciones —el bloqueo a Cuba y la permanente amenaza contra su revolución, el cotidiano genocidio en Vietnam—, la mejor relación con los escritores y artistas revolucionarios de Estados Unidos no consistirá en visitarlos

silenciosamente bajo caución de la Procuraduría General estadounidense, sino en alentarlos desde fuera negándonos, en primer lugar, a aceptar las condiciones, tan ridículas como ofensivas, que imponen las oficinas de visa estadounidenses.

Este episodio, en apariencia menor, era uno de los que convertían a Fuentes en héroe del momento. Pero, además, permitía comprobar la perfidia del sistema estadounidense. Si podía decirse que la Unión Soviética era un sistema totalitario porque reprimía a sus intelectuales, lo mismo valía para una nación que discriminaba a un escritor por su posición ideológica. Al ser rechazado por el gobierno estadounidense, Fuentes conseguía prestigio no sólo para sí, sino para la causa antiimperialista.

1º AL 30 DE ABRIL, 1968

La disidencia en México

En 1968, el líder ferrocarrilero Demetrio Vellejo y el luchador comunista Valentín Campa, detenidos en 1959 durante el mandato de Adolfo López Mateos, cumplieron nueve años en la cárcel. Sus figuras, cuya popularidad aumentó aún más con la huelga de hambre que Vallejo emprendió a principios de año, fue otra de las referencias centrales de los intelectuales de izquierda en 1968.

Su actividad los emparenta con los héroes del movimiento obrero en todo el mundo, sobre todo por el tesón con el cual el gobierno se esforzó en demostrar su culpabilidad. Al condenarlos, lo que se ponía en juego era la esencia misma del sistema político mexicano, incapaz de tolerar no sólo la oposición directa sino cualquier forma de independencia política.

Quienes juzgaron a los dos líderes tomaron en cuenta el artículo 145 bis del Código Penal —que pronto se volvería célebre en las discusiones de los estudiantes rebeldes con el gobierno— para condenarlos por el delito de *disolución social*. Monsiváis afirmó en un artículo publicado el 10 de abril en *La Cultura en México* que para el gobierno “discrepar es traicionar; disentir, así sea de un modo legítimo, legal y público, es hacerse merecedor de todo el peso de la represión”. Para Monsiváis, el encarcelamiento de estos dos hombres —al igual que el de los líderes estudiantiles Enrique Cabrera y Rafael Aguilar Talamantes— ponía en evidencia la indiferencia moral del mexicano ya que nadie, hasta el momento, había sido capaz de pelear por sus derechos. Desde su encarcelamiento éste había sido el objetivo del gobierno: no sólo castigar a los delincuentes, sino arrancarles cualquier sombra de prestigio, cualquier vestigio de honorabilidad; el castigo ejemplar pretendía anularlos, y anular así el compromiso de un público que se volvía cada vez más indiferente hacia ellos. Añade Monsiváis:

Despolitizar no es sólo convencer a todos los ciudadanos de la inutilidad de preocuparse por los asuntos públicos, de la inexorabilidad de todas las decisiones, al margen de cualquier intervención de la voluntad colectiva.

Despolitizar no es únicamente volver la tarea de administración de un país asunto mágico y sexenal, resuelto a través de una pura deliberación íntima: también despolitizar es privar de signos morales, de posibilidad de indignación, a una sociedad. Es aniquilar la vida moral como asunto de todos y reducirla al nivel de problema de cada quien: es decir, la muerte de la moral social y el estímulo a la moral pequeñoburguesa, hecha de la necesidad de prohibir, nunca, como en el caso de la verdadera moral, de la capacidad de elegir.

El mayor triunfo del gobierno radicaba, en opinión del cronista, en esta despolitización, este supuesto escepticismo de los ciudadanos hacia los asuntos de interés público. Los estudiantes eran los únicos que se habían mantenido inmunes a este desinterés; solos, numerosos jóvenes habían emprendido el 1º de abril una huelga de hambre de cuatro días en la Ciudad Universitaria, en solidaridad con Vallejo. Al contrario del resto de la población, estos muchachos se mostraron convencidos de que la condena de los líderes ferrocarrileros representaba mucho más que una simple injusticia individual; su caso era una derrota para toda la sociedad.

Casi prediciendo el papel que los líderes habrían de jugar en el movimiento estudiantil, Monsiváis concluía: “Demetrio Vallejo es uno de nuestros más válidos emblemas morales. Representa por lo pronto la necesidad de comprometerse ante la durabilidad y la fuerza de la represión, de impedir que continúe esa convenenciera y criminal aplicación de la ley de disolución social. Vallejo es nuestro símbolo”.

El 30 de abril, en su columna “7 días del mundo”, Elena Poniatowska retomó los argumentos de Monsiváis sobre el encarcelamiento de Vallejo. Poniatowska defendía la recia personalidad del líder ferrocarrilero, quien jamás había pedido que se le indultara —a diferencia del pintor David Alfaro Siqueiros—, sino simplemente que se le trasladase a una ciudad del interior de la república.

Al igual que Monsiváis, la periodista señalaba que muy pocas personas habían prestado atención a la huelga de hambre en solidaridad con Vallejo que había sido organizada por algunos de los líderes estudiantiles de la UNAM, entre ellos Luis González de Alba, Romeo González [quizás Romeo Flores Caballero] y Pablo Gómez. De entre los intelectuales, sólo Carlos Monsiváis, Luis Prieto, Eduardo Lizalde, Héctor García e Isabel Pozas manifestaron su apoyo al viejo luchador social.

Un intelectual en el poder: Agustín Yáñez

Para comprobar que la actitud de los intelectuales mexicanos no era unívoca, y que no todos se identificaban con la izquierda, vale la pena hacer el retrato de uno de los personajes importantes del momento, cuyo perfil es el reverso de la mayor parte de los esbozados hasta ahora.

Agustín Yáñez es uno de los casos más extraños de actividad intelectual y política en el México moderno. Con el mismo éxito y el mismo reconocimiento que obtuvo en literatura –al menos hasta 1968–, llevó a cabo una larga carrera política que lo condujo a la gubernatura de su estado natal, Jalisco –hecho sin precedentes para un intelectual contemporáneo–, y luego a la Secretaría de Educación Pública. Al mismo tiempo, con rigor e inteligencia, se había encargado de desarrollar una obra narrativa que alcanzó su cumbre más alta en *Al filo del agua* (1947), pero que no se detuvo en esa novela sino que continuó en narraciones arriesgadas y experimentales que jamás se hubiesen esperado de un miembro del establishment.

El crítico estadounidense John Brushwood dice que, casi sin excepciones, la crítica considera *Al filo del agua* como el inicio de la novela mexicana moderna.²⁷ Si bien otros autores se inclinan por *El luto humano* (1943) de José Revueltas o *Pedro Páramo* (1955) de Juan Rulfo, la selección de Yáñez parece más apropiada porque, sin brusquedad aparente, liga los temas de la novela de la revolución mexicana con la nueva sensibilidad artística de la segunda mitad del siglo XX.

En 1967, Agustín Yáñez era el secretario de Educación del gobierno de Gustavo Díaz Ordaz. Justo entonces se cumplieron veinte años de la aparición de *Al filo del agua*. Con este motivo, *La Cultura en México* dedicó su número del 3 de abril a festejar la “mayoría de edad” de la novela. El número monográfico incluía textos de Lolo de la Torre, Antonio Acevedo Escobedo, Linda M. van Conant y Octavio Paz.

En el ensayo titulado “La provincia es teatro, coso de toros, tribunal”, Paz afirma que el tema de la provincia es uno de los motivos recurrentes de la literatura moderna:

No es extraño que dos de las mejores novelas de la nueva literatura mexicana sucedan en la provincia. Una es *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo, que apareció en francés en 1958; la otra es *Al filo del agua*, de Agustín Yáñez, publicada este año [en Francia, en 1967]. Yáñez es uno de los escritores

²⁷ Brushwood, en Ocampo, 1981, p. 157.

mexicanos que con mayor decisión se han enfrentado al conflicto (falso a mi juicio) que desde hace años preocupa a los hispanoamericanos: La pretendida oposición entre el universalismo (o cosmopolitismo) de la literatura moderna y la realidad local. ¿Se puede ser moderno sin dejar de ser de su tierra?

Al analizar la obra de Yáñez, Paz insiste en uno de sus temas fundamentales: la “falsa oposición” entre lo local y lo universal. Para el poeta, *Al filo del agua* es la recreación del conflicto constante de la literatura mexicana: es el relato de una vida rural que, sin embargo, es realizado desde la ciudad y mediante los procedimientos narrativos más novedosos. En cierto sentido, le parece un resumen de las tensiones artísticas y políticas existentes a lo largo del siglo XX en nuestro país:

La novela de Yáñez es moderna y tradicional. Por una parte, utiliza casi todos los procedimientos contemporáneos, desde el “simultaneísmo” hasta el “collage” y el monólogo interior; por la otra, su lenguaje suntuoso y lento, a veces demasiado rico y pesado como una joya barroca, prolonga una de las corrientes más poderosas de la prosa española, la que va de Quevedo a Miró y Valle-Inclán.²⁸

Vanguardias y retaguardias

En sus ediciones del 17 y del 24 de abril, *La Cultura en México* reunió a un grupo de especialistas de las más variadas corrientes ideológicas para discutir en torno al arte y la crítica literaria en México.

Para el primero de estos números, titulado “¿Arte de vanguardia, arte de retaguardia?”, Eugenia Caso preparó una *Encuesta sobre las posibilidades de expresión artística*, en la cual participaron los críticos Ida Rodríguez y Juan García Ponce, los pintores Manuel Felguérez. David Alfaro Siqueiros, José Luis

²⁸ Casi al terminar este ensayo, Paz incluye una interesante nota a pie de página en la cual refiere, de un plumazo, sus preferencias entre los narradores mexicanos del momento. La reproduzco *in extenso*: “Después de Juan Rulfo, autor de una de nuestras pocas ‘obras maestras’, la mayoría de los novelistas y cuentistas mexicanos prefieren explorar el tema de la ciudad. Al menos los más osados. Pienso en Carlos Fuentes, cuyos grandes dones me harían recordar el genio extenso de Diego Rivera si el autor de *La muerte de Artemio Cruz* no fuese también el de *Aura* y otros admirables retratos y cuentos; en José Revueltas, no menos dramático e intenso que Orozco —y más lúcido—; en Juan García Ponce, al que unos cuantos personajes le bastan para suscitar un mundo; en Sergio Fernández, el más riguroso, el más afilado también; en José de la Colina, pasión e imaginación; en Jorge López Páez, Juan Vicente Meló, Sergio Galindo... Y sin embargo, en los últimos años han aparecido dos novelas notables con tema provinciano. Una de ellas es *La feria*, de Juan José Arreola, creación verbal que no me parece inferior a las invenciones de Quenau. La otra novela es una obra de verdad extraordinaria, una de las creaciones más perfectas de la literatura hispanoamericana contemporánea: *Los recuerdos del porvenir*, de Elena Garro”.

Cuevas y Juan Soriano y el filósofo Adolfo Sánchez Vázquez. Entresaco algunas preguntas y respuestas que podrían reflejar cuál era, aproximadamente, el espectro ideológico del arte mexicano en aquel momento.

Primera pregunta: ¿Qué se entiende por arte de vanguardia?

GARCÍA PONCE: La definición de vanguardia es que no acepta definiciones.

FELGUÉREZ: Arte de vanguardia y arte son la misma cosa.

IDA RODRÍGUEZ: La verdad es que este concepto de plástica está liquidado.

CUEVAS: Vanguardia, tal como su nombre lo indica, es adelantarse a su tiempo.

SIQUEIROS: Es un arte de retaguardia porque se ha producido desde mediados del siglo XIX y ha caído en el individualismo más desaforado.

SORIANO: Vanguardia no es nada, es una etiqueta.

SÁNCHEZ VÁZQUEZ: Se trata de un concepto histórico [...] que se enfrenta a una tradición artística agotada.

Segunda pregunta: ¿Todo arte de vanguardia rompe con lo establecido?

SÁNCHEZ VÁZQUEZ: Lo que caracteriza de un modo peculiar a las vanguardias es la radicalidad de esa ruptura e innovación, su actitud crítica hacia el pasado.

FELGUÉREZ: Romper es la forma más fácil, pero no la única.

SIQUEIROS: El arte es continuidad ascendente; en su afán experimental el pintor contemporáneo ha perdido el sentido del arte.

IDA RODRÍGUEZ: La pintura actual no es gran arte, sólo es una búsqueda experimental de formas, colores, etcétera.

CUEVAS: Romper con lo establecido, exactamente...

Tercera pregunta: ¿Existe una vanguardia artística en México?

CUEVAS: Hablar de vanguardia en México es completamente erróneo [...] El abstraccionismo que se hace en México es una creación completamente caduca.

IDA RODRÍGUEZ: Sí hay vanguardia artística en México: Candela, Pañi en Tlatelolco y en el arte de galerías, Cuevas, al cual yo considero el artista mexicano más grande después de Posada y Orozco.

GARCÍA PONCE: Por fortuna en México no hay vanguardia artística.

SIQUEIROS: El arte de vanguardia es el que hacemos nosotros.

SORIANO: Para crear hay que estar solo. Yo no me considero de vanguardia.

Cuarta pregunta: ¿Cuál es la diferencia entre arte de vanguardia y arte de masas?

SIQUEIROS: El llamado arte de vanguardia le habla a un pequeño círculo de enterados, no le habla a la gente; un arte de masas tiene que ser un arte claro.

IDA RODRÍGUEZ: Todo lo que se ha producido en el llamado arte de vanguardia es estetizante, no logra comunicarse con el pueblo.

FELGUÉREZ: El arte, para serlo, tiene que ser de vanguardia.

Quinta pregunta: ¿La comunicación con el pueblo enriquece la visión plástica de un artista o son más importantes otros medios de aprobación estética?

FELGUÉREZ: Si pinto un mural con sentido político, no soy tan ingenuo para creer que estoy educando al pueblo, lo hago con el criterio de que el pueblo se inquiete.

SIQUEIROS: ¡El único país del mundo en donde el arte es multitudinario es México!

SORIANO: Yo nunca me he considerado fuera del pueblo.

CUEVAS: El arte no es de mayorías, ni es mi preocupación que lo sea.

Sexta pregunta: ¿Tiene vigencia todavía la polémica entre muralistas y pintores no realistas?

SIQUEIROS: Estamos entrando a un periodo de gran polémica entre quienes creemos en un arte público con contenido político y los que son partidarios de un arte subjetivista, sin mensaje.

IDA RODRÍGUEZ: ¡Ay, no, por Dios! Ya no; es café frío.

SORIANO: No.

FELGUÉREZ: No.

CUEVAS: A mí no me molesta el contenido político de estos artistas, ni mucho menos. Me molesta que no lo hagan en formas mucho más novedosas.

Séptima pregunta: ¿Se comunican los artistas mexicanos con el pueblo?

SÁNCHEZ VÁZQUEZ: La paradoja de nuestro tiempo es que entre más poderosos son los medios masivos de comunicación, tanto más terrible es la incomunicación entre el artista verdadero y el público.

FELGUÉREZ: No a base de hacer arte a la altura del pueblo, sino tal vez una artesanía que le llegue; darle al pueblo los derivados del arte y conservar puro el arte.

GARCÍA PONCE: La mejor forma que el artista tiene para comunicarse con el pueblo es entregándole lo mejor de sí mismo; de lo contrario es un insulto.

CUEVAS: Al realizar mi mural efímero, entré en contacto con el pueblo el artista, no la obra... No se puede decir que Siqueiros llegue al pueblo, les llega mucho más lo que yo les digo; después de todo soy un espíritu de mi

tiempo; yo soy avanzado y revolucionario y estoy con Juan XXIII y con De Gaulle.

SIQUEIROS: Una cosa es el cartel y otra cosa es la pintura profesional, sería. No solamente carteles, no, ¡gran pintura a la calle!

Octava pregunta: ¿La vanguardia artística debe estar separada de la vanguardia política?

IDA RODRÍGUEZ: El arte no puede separarse de la vida y por lo tanto tampoco de la política.

GARCÍA PONCE: Considero verdaderamente revolucionario el arte en cuanto tal, en tanto arte.

SÁNCHEZ VÁZQUEZ: Cuando ambas vanguardias pierden el contacto se produce, en lo que se refiere a la vanguardia artística, el escapismo y el conformismo político y social.

FELGUÉREZ: No, no se puede; las dos vanguardias están indisolublemente unidas.

SIQUEIROS: La vanguardia política son los comunistas, ésa es la vanguardia política y son precisamente los pintores comunistas a quienes más conoce, aplaude y sigue el pueblo.

CUEVAS: Son dos actitudes completamente distintas.

Novena pregunta: ¿El arte de vanguardia deja de serlo cuando se incorpora a la cultura oficial?

GARCÍA PONCE: No tiene nada de malo que el gran arte se incorpore a la cultura oficial si se le incorpora como tal, sin pretender cambiar sus valores.

CUEVAS: Me considero el único artista independiente que existe en México.

SIQUEIROS: El muralismo no fue permitido de buena gana por el gobierno mexicano, sólo nuestra militancia revolucionaria, nuestra continua lucha permitió que pudiéramos realizarlo.

Como nota al pie, cabe señalar que, en 1967, a iniciativa de Octavio Paz, embajador mexicano en la India, numerosos artistas plásticos habían participado en la bienal de Nueva Delhi, resultando premiados Cuevas, Felguérez y Vicente Rojo.

Los nombres de los contendientes en este diálogo fingido eran bien conocidos por el público aficionado al arte de aquellos años y su presentación se hace casi innecesaria.

Juan García Ponce es una de las figuras más polifacéticas de la llamada generación de Medio Siglo. A los 36 años había sido ya secretario de redacción

de *Universidad de México* y de la *Revista Mexicana de Literatura*, de la cual asumió posteriormente la codirección al lado de Tomás Segovia, para luego intentar una tercera época encargándose por su cuenta de la dirección. Crítico de arte y de literatura, novelista y cuentista de prestigio, García Ponce parecía resumir a su generación. Profundo conocedor de la cultura alemana, era también un polemista brillante. Su juventud, llena de incontables relaciones amorosas y de experimentos sexuales, nutrió considerablemente los temas de sus obras. Sin embargo, hacia 1968 comenzaba ya a padecer los primeros síntomas de la esclerosis múltiple que lo llevaría a una silla de ruedas por el resto de su vida.

De su misma edad es Manuel Felguérez, uno de los pintores jóvenes más importantes del momento. Al lado de Cuevas, aunque sin la megalomanía de éste, había renovado la plástica mexicana en contra de las bases sentadas por la llamada escuela mexicana de pintura. Por su parte, Cuevas no sólo era el mejor dibujante de su generación, sino un hombre fascinado por la vida pública y sus conmociones. Junto con Siqueiros y Tamayo, Cuevas era, quizás, uno de los artistas más conocidos del país.

Continuador y antagonista de Rivera y Orozco, estalinista durante mucho tiempo, autor de un malogrado atentado contra Trotsky, Siqueiros era un símbolo del artista revolucionario, casi una estatua viviente del intelectual *engagé*. Hacía poco tiempo que, gracias a un indulto presidencial, había salido de la cárcel de Lecumberri, donde fue condenado por su activismo político.

Miembro intermedio de las generaciones de Siqueiros y Cuevas, Juan Soriano parecía encarnar los valores contrarios. Artista solitario, autor de un extraño nacionalismo sin aspavientos, representaba una opción de autonomía individual en el seno de la intelectualidad del momento.

Por último, participaron también la crítica Ida Rodríguez Prampolini y el filósofo español, nacionalizado mexicano, Adolfo Sánchez Vázquez, del cual ya se habló anteriormente.

El primer rasgo que salta a la vista al revisar la encuesta es que las actitudes de los involucrados resultan altamente contrastantes. Mientras los pintores jóvenes siguen obstinados en demostrar a toda costa el valor de su empresa renovadora —Cuevas, Felguérez—, el representante de la vieja guardia muralista —Siqueiros— insiste en defender las tesis que lo hicieran famoso en los años treinta, descalificando a priori cualquier idea contraria; mientras tanto, Soriano se refugia en un escepticismo individualista que parece alejarlo de todos los demás.

Por su parte, los críticos se dividen igualmente: mientras García Ponce resalta los logros de sus contemporáneos, Ida Rodríguez pretende conciliar la ideología y el arte, y Sánchez Vázquez parece más preocupado en ofrecer sus

propias ideas estéticas que en dilucidar los problemas que se le presentan. En cualquier caso, vale la pena observar que los conceptos centrales de la discusión son la posibilidad de la vanguardia en México en 1968 y la conveniencia del compromiso político del artista.

Muy en el tono de la crítica de arte marxista derivada de Lukács, los temas a debatir continúan centrándose en la función social del artista y del arte. Aun los más jóvenes, García Ponce, Cuevas y Felguérez, a pesar de su relativa indiferencia política, no hacen sino traspolar los términos de estos puntos de vista. Que García Ponce afirme que el arte es revolucionario por sí mismo, aunque parezca una negación de la necedad de Siqueiros, no hace sino confirmar el viejo anhelo vanguardista sólo que desprovisto de la arcaica ideologización del muralismo.

Criticando a los críticos

La otra encuesta preparada por Eugenia Caso, publicada en *La Cultura en México* el 17 de abril, se encargó, por su parte, de la crítica literaria en México.

Titulada "Los escritores se ensañan con el cadáver de la crítica", contó con una participación aún más plural que la anterior: Luis Spota, Julieta Campos, Elena Garro, Juan Vicente Melo, José Agustín, José Revueltas, Juan García Ponce, Juan Rulfo, Sergio Fernández y Fernando del Paso. Como en la otra ocasión, se transcriben algunas de las preguntas y respuestas.

Primera pregunta: ¿Cuál es la función de la crítica literaria?

DEL PASO: La crítica debería ser un análisis profundo y formal, y no una simple reseña del argumento del libro que se examina.

GARCÍA PONCE: La función de lo que se llama crítica en términos ideales es tan creadora como la literatura misma: es literatura y su tarea es mostrar, hablar de esa ausencia que expresa la literatura, convirtiéndola en presencia, justamente a través del poder de su lenguaje crítico.

SPOTA: Yo espero de la crítica que *sea*, que haya crítica, que se ejerza; la que existe actualmente en México es un solapeo, una lectura a brincos de los textos, una simple paráfrasis.

RULFO: La función de la crítica debe ser orientar al lector y al mismo escritor... En México no se hace ese tipo de valorización; ni juzgan al libro ni dicen en qué radica su interés.

REVUELTAS: La crítica debe ser una recreación literaria. Apenas ahora

comienza a existir esa crítica en México.

FERNÁNDEZ: La función consiste en establecer un orden de valores y saber con qué ámbito espiritual se cuenta.

CAMPOS: La crítica es una especie de mediación entre el escritor y el público.

JOSÉ AGUSTÍN: La crítica consiste en analizar el libro. Tiene una función más para el autor que para el público.

Segunda pregunta: ¿Cuáles la situación de la crítica literaria en México?

MELO: La mía es una generación especialmente crítica: Juan García Ponce en la pintura, Colina y García Riera en el cine, José Emilio Pacheco en la literatura, Carlos Monsiváis dentro de un terreno socio-político.

DEL PASO: En México la mayor parte de la crítica es superficial, no existe crítica formal.

SPOTA: En México las críticas no son al libro, no son al autor; son a la persona. En cuanto director de un suplemento literario sé que no hay crítica.

JOSÉ AGUSTÍN: La crítica literaria en México se basa en la cuatitud.

GARRO: Es lo que menos hay. En México no hay objetividad, todo se hace por amistades.

CAMPOS: No estoy de acuerdo en declarar que la crítica esté teñida de "compadrismo"; en mi caso particular muchas de las gentes que me han respondido bien, ni siquiera las conozco.

REVUELTAS: La crítica en México es muy débil, está teñida de pasiones y tendencias personales.

FERNÁNDEZ: Me parece un buen momento para la crítica.

GARCÍA PONCE: En México esa crítica no la hacen ni "en sueños" los llamados críticos, en realidad éstos son periodistas, con mucha frecuencia venales, cuya desvergüenza se muestra por igual con su voz y su silencio.

RULFO: La crítica en México siempre ha existido, pero ha bajado de categoría; ya no hay críticos como José Luis Martínez o Alí Chumacero, todo se ha convertido en un pleito de comadres.

Tercera pregunta: ¿Cómo ha respondido la crítica literaria en el extranjero a la literatura mexicana?

DEL PASO: En Argentina, en España, en Uruguay, en Chile y hasta en Suecia he obtenido críticas formales para *José Trigo*.

REVUELTAS: Yo he sido poco traducido y se me ha hecho poca crítica en el extranjero.

JOSÉ AGUSTÍN: Me parece que en el extranjero sí hay crítica digna de tomarse en cuenta.

JUAN RULFO: En el extranjero la crítica ha sido, que yo sepa, mucho más intensa.

FERNÁNDEZ: Yo he tenido muy buenas críticas en Estados Unidos y en Alemania, han sido magníficas, mejores que las de México.

SPOTA: La crítica extranjera es mucho más ecuánime porque está marginada de la relación personal.

GARRO: En el extranjero, en teatro me han hecho análisis muy completos de mi obra.

Cuarta pregunta: ¿Es cierto que en México la literatura está en desarrollo y la crítica es subdesarrollada?

JOSÉ AGUSTÍN: Es cierto. Los críticos, los reseñistas son subdesarrollados. Sólo Carballo – con sus asegujes – puede llamarse crítico literario.

GARRO: No, no estoy de acuerdo. Creo que en un país todo encaja bien: no se puede deslindar el desarrollo político del desarrollo literario, ni del crítico. Y creo que en México – y en toda América Latina – existe un desarrollo cultural en el sentido que antes mencioné.

REVUELTAS: Ni una cosa ni la otra. Todavía no hay un movimiento literario en América Latina que se pueda equiparar a ningún otro país del mundo.

CAMPOS: En México sí hay gente preparada para ejercer la crítica – por supuesto me refiero a crítica seria – como son Octavio Paz, Gabriel Zaid, José Emilio Pacheco.

MELO: No creo. La aparición de libros de ensayos como los de Octavio, Tomás y García Ponce basta para probarnos que en México no sucede así.

GARCÍA PONCE: Yo no estoy de acuerdo con nada de lo que dice Carlos Fuentes. Sólo creo que CF es un mal necesario que se convierte en un bien: su literatura es un fenómeno social que crea la sombra necesaria para que exista la verdadera literatura.

DEL PASO: No, la crítica está en la calle. Ignoro cuál sea la razón.

FERNÁNDEZ: No, no es así. No puede haber crítica si no hay literatura.

RULFO: En realidad, me he fijado poco en ello, no sé en dónde aparece la crítica seria, no sé.

Entre los participantes en la encuesta se encontraban algunos más de los protagonistas esenciales de la cultura mexicana del 68.

Fernando del Paso había publicado, en 1966, una de las novelas más ambiciosas escritas hasta entonces en México: *José Trigo*. Basada en la huelga ferrocarrilera, era una obra poderosa, llena de recursos técnicos y simbolismos, cuya estética desmesurada sólo tenía un competidor – y un guía –: Carlos

Fuentes. Sin embargo, acaso por ser su primer trabajo importante, la crítica no había encontrado suficientes elementos para juzgarlo. Su siguiente libro, *Palinuro de México*, retrataría el movimiento estudiantil con una mezcla de ironía, rabia y juego que habría de convertirse en la más rica elaboración literaria que se ha hecho sobre este suceso.

De la misma generación que Carlos Fuentes, Luis Spota había sido el verdadero precursor de la novela urbana con su primera obra, *Casi el paraíso* (1956). Sin embargo, desde el principio fue un rival acendrado de la mafia. El propio Fuentes, camuflado con un seudónimo, se había encargado de vilipendiar su obra en una reseña que fue muy comentada. Posteriormente, Spota derivó su escritura hacia novelas menos ambiciosas formalmente, centradas en la vida política del país. Entre ellas, destacaría su visión del movimiento estudiantil –una revuelta manipulada, un gobierno corrupto, un sacrificio inútil–, titulada *La plaza*. En 1968 era, además, el director del suplemento cultural del diario *El Herald*o.

Sergio Fernández, por su parte, era otro excéntrico miembro de la generación de Medio Siglo. Erudito y profesor universitario, combinaba estas labores con su trabajo como novelista y narrador. Para 1968 había publicado ya su novela más apreciada, *Los peces*.

Más conocido en aquel momento era Juan Vicente Melo. Reseñista principal de la *Revista Mexicana de Literatura*, director por varios años de la Casa del Lago de la Universidad Nacional –el centro de actividad de los miembros de su generación–, encarnaba todos los excesos de sus coetáneos: exceso de lucidez, de rigor crítico, de libertad artística y vital. Un escándalo relacionado con la muerte de un joven homosexual italiano, con quien se le quiso asociar, fue aprovechado por Gastón García Cantú, el nuevo director de Difusión Cultural de la UNAM, para separarlo de su puesto. Refugiado en el alcohol, en 1968 se aprestaba a concluir, antes de disponerse a abandonar la ciudad de México para siempre, una novela que sería considerada su obra maestra: *La obediencia nocturna*.

Un caso especial lo constituye, desde luego, Elena Garro, novelista y exesposa de Octavio Paz, y quien habrá de jugar un polémico papel en el desarrollo del movimiento estudiantil, como se verá más adelante.

José Agustín, el más joven de todos, era casi un adolescente cuando apareció su primera obra, *De perfil* (1966), que marcó profundamente a los muchachos de su generación.

Juan Rulfo –apenas es necesario decirlo– era el autor mexicano más reconocido en el mundo. Hacía ya más de una década que había publicado sus obras capitales, *El llano en llamas* y *Pedro Páramo*, pero su influencia no hacía sino

acrecentarse entre los jóvenes. Alejado ya de la creación, Rulfo era catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, desde donde se sumaría a los maestros inconformes con la represión gubernamental contra los estudiantes.

Por último, una mención especial merece José Revueltas. Hermano del malogrado músico Silvestre y perteneciente a la misma generación de Octavio Paz, Revueltas se había incorporado a las filas del comunismo desde temprana edad. Sin embargo, a diferencia de Paz, su pertenencia al PCM se convirtió en una especie de segunda casa para él, a pesar de sus constantes conflictos con la línea ortodoxa del partido. Expulsado un par de veces, se había encargado de fundar, primero, la Célula Carlos Marx, y posteriormente la Liga Leninista Espartaco, a la que pertenecieron numerosos intelectuales como Enrique González Rojo, Eduardo Lizalde y Jaime Labastida. En 1968, luego de incontables decepciones ideológicas, Revueltas se disponía a renacer gracias al movimiento estudiantil.

En esta nueva encuesta, los protagonistas se dividen en dos bandos antagónicos. Por un lado, están aquellos que primordialmente se dedican a la creación —la mayoría: Spota, Campos, Rulfo, Revueltas, José Agustín, Garro y Del Paso—; todos coinciden en que la crítica literaria en México es deplorable o está subdesarrollada, en que los críticos mexicanos se limitan a “solapear” o a denigrar la persona de los autores, en que la crítica literaria extranjera es más seria porque los ha tratado mejor que la mexicana y, en fin, en que es muy superior el nivel de creación que existe en México comparado con el de su crítica.

Por el otro están aquellos que, además de su labor creativa, dedican un lugar preponderante entre sus actividades a la crítica —García Ponce, Melo, Fernández—; al contrario de los anteriores, consideran que comienza a existir en México un nivel crítico cada vez más alto —el que realizan ellos mismos o sus amigos y maestros: Octavio Paz y Tomás Segovia— y que poco a poco se está incrementando el desarrollo de éste en nuestro país.

No deja de resultar sorprendente que, a pesar de lo que digan, los escritores estén tan preocupados por las notas periodísticas que se ocupan de su obra y de que se muestren convencidos de que la crítica extranjera es una prueba irrefutable de su talento incomprendido. La vieja consigna malinchista sigue presente; de un plumazo, los autores descalifican cualquier pretensión crítica nacional y, más que eso, la niegan. En cambio, el reconocimiento extranjero, que en esa época estaba aún al alcance de la mano, como lo demostraba cotidianamente Carlos Fuentes, les parecía la piedra de toque para comprobar el valor artístico de sus creaciones. Por si fuera poco, y acaso tomando partido con demasiada obviedad, es necesario recordar que, al

término de la encuesta, *La Cultura en México* se encargaba de reproducir fragmentos de las principales notas críticas publicadas fuera del país —todas ellas elogiosas— sobre *Cambio de piel* de Carlos Fuentes, tal como se señaló en estas mismas páginas.

La muerte de Martin Luther King

La de Martin Luther King fue una de las primeras —y más dolorosas— de las muchas muertes violentas que se sucedieron en el mundo en 1968. Como si se tratara de una epidemia, sin que nadie lo hubiese previsto, en todas partes comenzaron a ocurrir hechos como éste a partir de ese 4 de abril.

De pronto, en medio de la aparente quietud de un año de Olimpiadas — de las Olimpiadas de la Paz —, los brotes de violencia y represión comenzaron a multiplicarse. La pistola que segó la vida del líder negro fue el disparo inaugural de una reacción en cadena, furiosa e indetenible, que llegó a los lugares más remotos en las condiciones menos previsibles. Una extraña lógica destructiva se había instalado en la sociedad mundial. Así lo veía Herbert Marcuse, una de las conciencias críticas de aquellos tiempos, quien consideraba que el aumento de las tendencias destructivas y totalitarias en los individuos era una consecuencia de la enajenación provocada por la sociedad moderna.

Pero el asesinato de King en Memphis también demostró algo más: la capacidad del sistema para tomar medidas extremas en contra de sus enemigos, para deshacerse de cualquiera que intentase socavar las estructuras de dominación existentes. Como afirmó el 1º de abril el periodista Alberto Domingo en *Siempre!*: “Mientras [King] se redujo a discursos poéticos, los blancos le palmearon la espalda. Cuando hizo la primera finta para golpearlos en el estómago, los blancos le metieron una bala en el cuello”.

A lo largo de muchos años, el reverendo King (nacido en 1929) se había dedicado a luchar pacíficamente por los derechos de los negros estadounidenses. Tras una larga carrera de protestas civiles al amparo de la teoría de la no-violencia de Mahatma Gandhi, King consiguió que el 4 de julio de 1964 el presidente Johnson firmara la *Ley de derechos civiles*, que protegía la igualdad de derechos a blancos y negros en Estados Unidos.

Sin embargo, como en muchos de los estados de la Unión Americana continuaban los abusos en contra de las minorías, King prosiguió su labor de activista, convencido de que aún faltaba mucho terreno por recorrer. Decepcionado por las barreras que le seguían imponiendo los sectores más

conservadores de la sociedad blanca, en los últimos meses de su vida al fin había decidido acudir a un acto junto con Stokely Carmichael, el conocido líder radical del Poder Negro. Apenas en marzo, el boletín de la Universidad de Berkeley, una de las más politizadas de Estados Unidos, anunció el encuentro entre los dos más destacados dirigentes de la comunidad negra, a fin de que ambos interviniesen en una huelga estudiantil continental contra la guerra de Vietnam, programada para el 26 de abril.

La idea de que uno de los profetas de la no-violencia se decidiera al fin a encontrarse con el apóstol del cambio violento preocupó a muchos: la posible radicalización de King era un peligro que la sociedad estadounidense no estaba dispuesta a tolerar. Lo mismo había sucedido ya con otro dirigente negro, Malcolm X, a quien los blancos soportaron en tanto líder religioso de una minoría racial —los musulmanes negros—, pero a quien jamás perdonaron el haber participado en la lucha de los trabajadores contra sus patrones.

Para los radicales, la muerte de King no era sino una confirmación de la imposibilidad de resistir sin violencia al régimen establecido; King lo había intentado y, paradójicamente, justo cuando quizá comenzaba a dudar del alcance de su método, fue abatido por esa violencia que tanto odiaba. La misma inercia que llevaba a Estados Unidos a pelear en Vietnam, a encarcelar a los disidentes o a intervenir en otras naciones, ahora era culpable de su muerte. El totalitarismo en verdad parecía estar en todas partes, enquistado en la democracia. El asesinato de King era la prueba irrefutable de que sólo las armas transformarían las estructuras de dominación de la sociedad estadounidense. En su largo debate con el apóstol de la no-violencia, Stokely Carmichael parecía tener la razón.

King no había sido un profeta de la destrucción, más bien todo lo contrario, pero su muerte fue el anuncio de una violencia incontenible en todo el orbe.

Para recordar a King, el 8 de abril *La Cultura en México* decidió construir un diálogo imaginario entre éste y Carmichael, entre la no-violencia y la revolución.

Esta forma poco ortodoxa, a pesar de la advertencia de los editores, no dejaba lugar a dudas sobre quién hubiese sido el vencedor del debate: aunque los argumentos de King resultaban más sólidos y más *humanos*, la realidad lo contradujo mucho más de lo que podía hacerlo el propio Carmichael. Si bien cualquiera podía adivinar que las posiciones correctas eran las del reverendo, era imposible olvidar que esas mismas posiciones lo habían llevado a la muerte.

En contraste, Carmichael sonaba más antipático que nunca, pero ello no impedía que a la postre se le justificase. La ira provocada por el asesinato de

King sólo podía resolverse apoyando a Carmichael; éste era el único capaz de vengarlo, aun a fuerza de contrariar las ideas del maestro. Al morir, King se convirtió, paradójicamente, en el más destacado estandarte de su opositor. La nota introductoria de *La Cultura en México* explicaba:

El texto que se imprime aquí es un collage que emplea arbitrariamente y sin rigor literal fragmentos de crónicas, ensayos y libros aparecidos en los últimos tiempos. Especialmente las opiniones puestas en boca del Dr. King están tomadas de su libro *Chaos or Community* (Hodder & Stoughton, 1968). La forma escogida no se debe al menor prurito literario sino a la conciencia de que estos hechos son inexpresables por medio de un artículo periodístico tradicional y que la única posibilidad de aludirlos —no de fijarlos ni desentrañarlos— es improvisar una adaptación, ciertamente nada novedosa y por fuerza discursiva, de algunas técnicas que no pertenecen en rigor al dominio de la palabra escrita.

El siguiente fresco de opiniones es un sólido documento sobre la posible discusión entre la no-violencia y la revolución, una lucha ideológica que se llevaba a cabo entonces y cuyas consecuencias se hacían ver ya en muchas partes del mundo. Quizás el valor principal de este experimento periodístico radique en haber mostrado directamente la batalla frontal entre dos modos distintos, antagónicos, de oponerse al sistema; entre las visiones opuestas sobre cómo destruir al enemigo común: la intolerancia. He aquí algunos fragmentos de este diálogo imposible:

STOKELY CARMICHAEL: Cuando la Norteamérica blanca mató al Dr. King nos declaró la guerra. Tenemos que vengar la ejecución del Dr. King no en las cortes penales sino en las calles. El camino no son las discusiones intelectuales. Creo que la Norteamérica blanca cometió su mayor error matando a King. Mató al mismo tiempo toda esperanza razonable. Morimos diariamente. En vez de seguirnos destrozando en nuestras comunidades, matemos a nuestros verdaderos enemigos. Lo que necesitamos son armas y más armas.

UN ADOLESCENTE NEGRO A OTRO: Hermano, no nos dejaron más camino que el de Stokely.

UNA VOZ: Pero, ¿y el asesino? ¿Han capturado al asesino?

OTRA: Qué importa. El asesino es Norteamérica, Norteamérica blanca.

LINCOLN O. LYNCH: (DEL UNITED BLACK FORNT): Es necesario abandonar la no-violencia incondicional y adoptar la posición de que por cada Martin

Luther King morirán diez blancos racistas. No hay otro camino. Norteamérica no entiende otro lenguaje.

UNA VOZ: El gobierno de Johnson comenzó con un asesinato. El gobierno de Johnson terminó con un asesinato. El Poder Negro comenzó en 1966 en el St. Joseph's Hospital de Memphis, adonde llevaron a James Meredith al caer herido en la Marcha por la Libertad a través del Mississippi. La no-violencia terminó en 1968 en el St. Joseph's Hospital de Memphis, adonde llevaron muerto al reverendo Martin Luther King asesinado durante una huelga de recolectores de basura.

KING: No puedes aprovecharte de mi muerte para desatar la violencia.

CARMICHAEL: Yo no la desataré: fue el disparo de un blanco, un balazo como el que hirió a James Meredith. Conste que no detenemos a los muchachos que salen a romper aparadores. Pero después no los dejaremos salir a la calle hasta que todos tengan armas de fuego.

KING: Aquí, en el mismo hospital, hace años quedamos de juntar nuestras fuerzas y continuar la marcha.

CARMICHAEL: Eran otros tiempos. Nos dimos cuenta de inmediato y allí en aquella marcha contra los racistas del sur nació el grito de Poder Negro. Tus apóstoles Ralph Abernath y Andrew J. Young no podrán seguir predicando tu credo. La iniciativa ya no está con los moderados que asistieron a la reunión en la Casa Blanca sino con los que gritan en las calles "Burn, Baby, Burn".

KING: Los motines no son la revolución. Los motines son autodestructivos. Son una forma de suicidio.

CARMICHAEL: La no-violencia fracasó. Yo también creí en ella. Yo también te acompañé en tus marchas. Lo que ha pasado conmigo, con todos nosotros, con el Movimiento pro-derechos civiles resulta una acusación contra la Norteamérica blanca. No tenemos otra alternativa que empuñar las armas y luchar por nuestra liberación total y por una revolución total en Estados Unidos.

KING: Compara lo que ha logrado la no-violencia y lo que han conseguido los motines.

CARMICHAEL: Queremos hacernos cargo de nuestros propios asuntos, no simplemente sentarnos junto a los blancos en los restaurantes y autobuses. [...] Ya no es posible tratar de coexistir: el único camino es la revolución negra.

KING: ¿Pero no te das cuenta de que ninguna revolución puede derrocar a un gobierno, a menos que el gobierno haya perdido la lealtad y el control de las fuerzas armadas?

CARMICHAEL: Nos oprimen porque no tenemos poder, y sólo con el poder podremos tomar decisiones.

KING: La no-violencia es el poder, pero es el uso bueno y legítimo del poder. Constructivamente puede salvar al blanco así como al negro.

CARMICHAEL: No me interesa salvar al blanco. Soy un revolucionario: un radical. No soy un mediador. [...] Tú creciste en la relativa abundancia de la clase media sureña. Yo crecí en la miseria. Tú creíste en Thoreau, Gandhi y Nehru, en la resistencia pasiva y la desobediencia civil. Yo creo en Franz Fanon, Che Guevara y Fidel Castro, en la violencia revolucionaria y la guerra de guerrillas, para cambiar a Norteamérica de tal modo que la economía y la política del país estén en manos del pueblo.

KING: La no-violencia nunca ha sido más relevante como táctica efectiva como lo es hoy para las ciudades del norte. La policía, la guardia nacional y otros cuerpos de seguridad se disponen febrilmente a la represión. No podrán ser frenados por los negros que en su desesperación recurren desorganizadamente a la fuerza, sino únicamente por una ola masiva de no-violencia militante que puede ser el instrumento de nuestra salvación nacional.

CARMICHAEL: Durante cuatrocientos años tratamos de vivir pacíficamente en este país. Fue en vano.

KING: Sí, pero, ¿de qué han servido dos veranos consecutivos de violencia?

CARMICHAEL: Ese cambio no puede lograrse sin la revolución.

KING: Al fin, tarde o temprano, tendrá que triunfar mi mensaje de completo repudio al odio racial.

CARMICHAEL: Sí, cuando no haya amos y esclavos, víctimas y verdugos. Sí, pero no antes de que los blancos sientan en carne propia algo – muy poco – de lo que ha significado durante cuatro siglos nacer negro en Norteamérica; no antes de que salgamos nuevamente al sol al que pertenecemos para que podamos ser orgullosos, felices y libres. Es ésta la tarea que tenemos por delante.

Una semana después, con el título de “Lo que realmente dijo Stokely Carmichael sobre la muerte del Dr. King”, *La Cultura en México* publicó una transcripción de las palabras completas de Carmichael con motivo de la muerte de King. Una nueva nota introductoria aclara:

Carmichael hizo unas declaraciones de prensa en las oficinas del SNCC en Washington el 5 de abril. Las declaraciones han sido ampliamente

difundidas en la prensa, pero de tal modo que provoquen un sentimiento de indignación contra su autor, y así reprimir mejor a los dirigentes más militantes del pueblo negro de EUA. Transcribimos a continuación el texto de la conferencia de prensa mencionada, tal y como se difundió en la *Liberation News Service*. (Los periodistas eran blancos.)

A continuación, un fragmento de las palabras pronunciadas por el líder del Poder Negro aquel 5 de abril:

CARMICHAEL: En lo que respecta al asesinato del Dr. King, creo que la América blanca cometió su mayor error cuando mató al Dr. King anoche, porque cuando mató al Dr. King anoche, mató al único hombre de nuestra raza al que las viejas generaciones, los militantes, los revolucionarios y las masas del pueblo negro de este país todavía podían oír.

Cuando la América blanca mató al Dr. King, abrió los ojos de todos los hombres negros de este país. [...] Cuando la América blanca se deshizo del hermano Martin Luther King, no tenía absolutamente ninguna razón para hacerlo. El era el hombre de nuestra raza que trataba de enseñar a nuestro pueblo a tener amor, compasión y piedad de lo que habían hecho los blancos. Cuando la América blanca mató al Dr. King anoche, nos declaró la guerra. No habrá llanto y no habrá funeral.

Las rebeliones que han estado ocurriendo en estas ciudades y en este país sólo son un atisbo de lo que va a suceder.

Debemos ejercer represalias por la muerte de nuestros dirigentes. Las ejecuciones por esas muertes no se harán en los tribunales. Van a ser en las calles de Estados Unidos de América.

El hombre que mató al Dr. King anoche le hizo las cosas mucho más fáciles a una gran cantidad de negros. En la actualidad ya no hay necesidad de discusiones intelectuales. El pueblo negro sabe que debe conseguir fusiles. La América blanca vivirá para llorar de ahora en adelante, desde que mató al Dr. King anoche. Hubiera sido mejor que mataran a Rap Brown y/o a Stokely Carmichael. Pero, cuando mató al Dr. King, perdió.

TERCER ACTO

La imaginación al poder

1º AL 31 DE MAYO, 1968

Breve recorrido por los movimientos estudiantiles

“Estudiantes: ¡ése no es el camino!”

Así iniciaba, el 8 de mayo, el editorial de la revista *Siempre!* al referirse a una de las incipientes manifestaciones estudiantiles que empezaban a surgir en México: en esta ocasión, la de estudiantes tabasqueños que protestaban por la represión lanzada contra universitarios de Morelia y Sonora.

“Bien está que la juventud estudiosa sea rebelde y juzgue con severidad el mundo al que llega en impulso histórico de empujar para adelante en todos los órdenes”, pero, según el editorial de *Siempre!*, en México esas protestas terminan con la destitución de un funcionario menor y la politización del movimiento. Y “ése no es, no puede ser el camino. Con actitudes como ésta de los estudiantes tabasqueños no se realiza ninguna de las aspiraciones de la juventud. Y se hace imposible una solución satisfactoria de los problemas estudiantiles”.

Al otro lado del mundo, hacía apenas unos días que los estudiantes parisinos habían iniciado las protestas que pasarían a la historia con el nombre de *mayo francés*.

La rebelión estudiantil de 1968 no debió haber asombrado a nadie; de hecho, toda la década de los sesenta había estado marcada por movimientos similares en diversas partes del mundo. En opinión del estudioso Anthony Esler,

no fue por coincidencia que en este periodo se viera también una de las más pintorescas retiradas anticulturales de los tiempos modernos. Los lanza-bombas y los bohemios estaban en todas partes, llenando las columnas de los diarios y las pantallas de televisión con sus violentas objeciones al statu quo. En esencia, nada de esto era nuevo, por supuesto. Los detalles pueden variar, pero los modelos tradicionales del retiro generacional y la rebelión ya habían sido marcados perfectamente bien un

siglo atrás.¹

Entre 1960 y 1968, jóvenes de todo el mundo, inspirados en los ejemplos de Fidel Castro y el Che Guevara, iniciaron revueltas en países tan disímolos como Turquía, Argelia, Japón, Indonesia, China y España con el fin de liquidar su dependencia hacia las potencias globales. En todos los casos había agudas confrontaciones generacionales: cansados de soportar el autoritarismo de los gobiernos tradicionales de estos países, los estudiantes tomaban las calles para protestar contra el establishment.

Son variadas las causas que han querido hallarse para explicar la efervescencia de la revolución juvenil en los sesenta: la relativa abundancia económica de la posguerra, el renovado interés por la espiritualidad, la expansión de los sistemas universitarios, la deshumanización tecnológica, la influencia de ídolos pop y de algunos pensadores —de los Beatles a Marcuse—, la brecha entre padres e hijos y, desde luego, la oposición a la guerra de Vietnam. Lo cierto es que un conjunto vasto de factores, presentes en la política internacional desde el fin de la guerra, desató una reacción en cadena; de pronto, causas que en otro momento hubieran pasado inadvertidas, provocaron efectos devastadores en la sociedad posindustrial. La *inconformidad*, representada en sus diversas manifestaciones —contraculturales, políticas, económicas, sociales e ideológicas—, se concentró de pronto para dar paso a una acción directa contra el sistema mundial.

Al iniciarse la década de los sesenta, numerosos países seguían siendo gobernados por los triunfadores de la segunda guerra o por los libertadores de las naciones del tercer mundo: en uno y otro caso, se trataba de viejos héroes —De Gaulle, Adenauer, Mao, Sukarno, Eisenhower— cuyas posturas se volvían cada vez más conservadoras. No obstante, desde sus primeros días, la década parecía anunciar “vientos de cambio”, como lo reconoció el propio general De Gaulle.

Europa occidental

Al iniciarse 1968, todo parecía en calma. Era como si la guerra fría hubiese aletargado la conciencia de los europeos, dormidos en su lenta reconstrucción, a pesar de las tensiones ideológicas del momento. Todo esto cambió abruptamente. A mediados de 1968, el “año de los jóvenes rebeldes”, Europa

¹ Esler, 1971, p. 296.

estaba al borde de la revolución. De Madrid a Varsovia, miles de muchachos, hartos tanto de sus propios gobiernos como de la intervención de Estados Unidos o de la Unión Soviética en sus respectivas naciones, decidieron poner fin a la aparente estabilidad de la zona.

Utilizando como pretexto la ineficacia de las instituciones universitarias, y adoptando la revolución como consigna, se lanzaron a transformar las viejas estructuras de poder. Aunque su ideología varió de nación a nación, la necesidad de un cambio mundial los hermanó donde quiera que estuviesen. No sólo compartían los mismos problemas, sino que habían sido educados –y contraeducados– con las mismas ideas: la rigidez de sus sociedades frente a los deseos de libertad, las obligaciones sociales frente al libre albedrío individual, el nacionalismo egoísta frente a la responsabilidad humanitaria.

Formados a reacción contra sus propios universos cerrados, los jóvenes del mundo se unieron, casi sin darse cuenta, para transformar la sociedad moderna; para lograr, por una vez, que las ideas y la realidad se correspondiesen. Para conseguir, a cualquier costo, un mundo nuevo.

Con base en Esler, vale la pena hacer un resumen de los movimientos estudiantiles en Europa occidental.²

Gran Bretaña: A pesar de que los reportes oficiales insistían en la paz británica, entre 1967 y 1968 hubo “serios incidentes de acción directa estudiantil” en veintitrés escuelas y universidades, incluyendo Cambridge y Oxford, así como manifestaciones contra la guerra de Vietnam y el sistema educativo británico.

Italia: A lo largo de 1968, los estudiantes universitarios se enfrentaron a la policía desde Turín hasta Roma, tomaron y saquearon edificios, desfilaron por las calles. Se manifestaron, también, contra la guerra de Vietnam y el sistema educativo italiano, en solidaridad con los estudiantes alemanes y franceses. Mucho más que sus colegas británicos, los estudiantes italianos llegaron a cometer actos de violencia directa, con decenas de heridos y millones de dólares en pérdidas materiales.

Alemania: El 11 de abril, Rudi Dutschke, líder de la Unión de Estudiantes en pro de una Sociedad Democrática, fue herido en la cabeza al salir de una manifestación en Berlín. A pesar de que el autor del atentado era un fanático seguidor de Hitler, sin vínculos con el gobierno, la reacción estudiantil se volvió contra el sistema.

Creada en 1960, la sociedad había crecido de modo impresionante a lo largo de la década gracias a sus manifestaciones contra la guerra de Vietnam y el imperialismo estadounidense y soviético. Aunque en principio su acción

² Ibid, pp. 318-340.

estuvo reducida a la Universidad Libre de Berlín — donde los estudiantes leían a Hegel, Marx, Marcuse y Freud —, pronto la rebelión se extendió por toda Alemania federal.

Como resultado del atentado, los jóvenes alemanes se lanzaron contra las empresas periodísticas de Axel Springer, un empresario que controlaba gran parte de la circulación de la prensa en Berlín occidental y Alemania federal que se dedicaba a fustigar con sus ataques a quienes llamaba “los chinos de la Universidad Libre”. Los jóvenes quemaron sus periódicos en las calles y se enfrentaron violentamente a la policía frente a sus oficinas.

Francia: En París, las manifestaciones juveniles contra el gobierno de Charles de Gaulle se sucedieron con la misma fuerza que en Alemania.

Los conflictos se habían iniciado meses antes, en la ultramoderna instalación universitaria de Nanterre, en donde los estudiantes, arengados por su líder Daniel Cohn-Bendit, *Dany le Rouge*, habían protestado contra la guerra de Vietnam y habían exigido una reforma educativa integral. Los insurrectos estaban afiliados a numerosas organizaciones estudiantiles, como la Federación de Estudiantes Revolucionarios, la Unión de la Juventud Comunista y la Juventud Comunista Revolucionaria. Por fin, tras varios enfrentamientos, las autoridades de Nanterre decidieron cerrar la escuela; iracundos, los estudiantes se dirigieron a París a pedir el apoyo de sus compañeros de la Sorbona. Justo ahí, en el Barrio Latino, las autoridades parisinas se encargaron de reprimir al naciente movimiento, insuflándole una fuerza que jamás hubiesen imaginado.

Tras los violentos sucesos que culminaron con la ocupación de la Sorbona por parte del ejército y la detención de numerosos líderes estudiantiles, quince mil personas se manifestaron para pedir su excarcelamiento. El gobierno había accedido a las dos peticiones iniciales de los insurrectos — desocupar la universidad y permitir el reinicio de las clases — pero no estaba dispuesto a liberar a nadie.

El 10 de mayo, los estudiantes sufrieron un duro revés que los acorraló en el Barrio Latino. Ahí, los jóvenes decidieron que no retrocederían más y se dieron a la tarea de construir barricadas para detener a la policía y a los cuerpos antimotines, como había sucedido en 1848 durante la Comuna. Esa tarde se construyeron más de sesenta barricadas en unas cuantas horas. Por la noche los combates se sucedieron ininterrumpidamente, con el resultado de cientos de heridos y detenidos. Al final, la policía consiguió sofocar a los insurrectos. Sin embargo, al darse cuenta de la magnitud de la represión, los ciudadanos comunes de París reaccionaron en favor de los estudiantes

El lunes siguiente, una marcha gigantesca, de alrededor de 800 mil personas, se apoderó una vez más de las calles de París, con Daniel Cohn-

Bendit a la cabeza. Muchos obreros se sumaron a la turba; antes de terminar la semana, más de diez millones de trabajadores, las dos terceras partes de la fuerza productiva francesa, estaban en huelga. Como signo evidente de su victoria, los estudiantes llenaron la Sorbona —y París entera— con cientos de lemas y pancartas que hablaban del triunfo de la revolución y del inicio de una nueva era. He aquí una breve cronología de los hechos:

3 DE MAYO

El rector de la Sorbona llama a la policía para que haga evacuar la universidad. Manifestación de masas en el Barrio Latino.

6 DE MAYO

Detención y encarcelamiento de numerosos manifestantes. Nuevos incidentes en el Barrio Latino.

8 DE MAYO

En la Asamblea Nacional se asegura que la reanudación de cursos podrá efectuarse en cuanto se restablezca el orden.

10 DE MAYO

Fracaso de las negociaciones entre el gobierno y los estudiantes. Rebelión en el Barrio Latino, donde se levantan barricadas. Réplica brutal de la policía.

11 DE MAYO

Llamamiento de las centrales sindicales a una huelga de veinticuatro horas, para el día 13, en señal de protesta. Al regresar de Afganistán, el primer ministro Pompidou anuncia concesiones.

13 DE MAYO

Huelga general y manifestación calculada en un millón de personas.

14 DE MAYO

Ocupación de la fábrica Sud-Aviation en Nantes. Pompidou anuncia un proyecto de amnistía. La oposición deposita una moción de censura.

18 DE MAYO

El general De Gaulle vuelve precipitadamente de Rumania.

19 DE MAYO

El presidente de la república declara: "La reforma, sí; carnavaladas, no".

20 DE MAYO

La izquierda parlamentaria pide la renuncia del gobierno y nuevas elecciones.

21 DE MAYO

Debate en la Asamblea de la moción de censura.

22 DE MAYO

La moción es rechazada. Manifestaciones cerca de la Asamblea Nacional y en el Barrio Latino. Las centrales obreras se declaran dispuestas a negociar.

23 DE MAYO

Los comunistas proponen un programa común para la izquierda.

24 DE MAYO

De Gaulle anuncia la realización de un referéndum y añade que abandonará sus funciones si es rechazado. Se levantan barricadas en París y en provincia.

26 DE MAYO

Los sindicatos, patronos y gobierno negocian.

27 DE MAYO

El protocolo de las negociaciones es rechazado por los huelguistas.

28 DE MAYO

Dimite Alain Peyrefitte.

29 DE MAYO

De Gaulle deja el Elíseo para ir a Alemania, donde se entrevista con jefes del ejército. Pierre Mendès-France se declara dispuesto a asumir las responsabilidades que le confiera "toda la izquierda unida".

30 DE MAYO

De vuelta en París, De Gaulle dirige a la nación una alocución radiada, en la cual anuncia que se niega a retirarse, que ha decidido disolver la Asamblea Nacional y hace un llamado a la "acción cívica" contra un "intento totalitario".

1º DE JUNIO

Marcha de estudiantes de Montparnasse a Austerlitz, en París.

7 DE JUNIO

De Gaulle denuncia el carácter “caduco” de la universidad y la tentativa de los comunistas de conquistar el poder. Estudiantes y obreros se unen para tomar la fábrica Renault. Varias docenas son encarcelados.³

Estados Unidos

En Estados Unidos el movimiento estudiantil se había iniciado mucho antes. Tras las elecciones presidenciales de 1960, el “Movimiento por los derechos civiles” comenzó a cobrar fuerza en diversas partes del país. El movimiento luchaba, ante todo, por el respeto a los derechos de las minorías raciales, y su acción se desarrollaba sobre todo en los estados del sur.

La protesta tenía el carácter de una acción dirigida, no violenta, inspirada en el modelo de Mahatma Gandhi en la India. Los diversos movimientos locales se unían en el Congreso para la Igualdad Racial (CORE), presidido, desde fines de la década anterior, por Martin Luther King.

A mediados de la década, una nueva generación de jóvenes inconformes se sumó a los anteriores. Esler afirma que “después de la inocencia primitiva de los primeros días de los derechos civiles, resultó una revolución juvenil más sofisticada, multifacética y de mayores alcances nacionales”. Él mismo la llama “Generación del Movimiento en pro de la Libertad de Expresión”.⁴ Surgido en la Universidad de Berkeley en 1964, este movimiento fue mucho más radical en sus propuestas y métodos que el anterior, y fue dirigido por Mario Savio. Más que una lucha por la libertad de expresión, se buscaba politizar los recintos universitarios.

A lo largo de la década, los jóvenes estadounidenses se hallaban divididos en diversos grupos que poseían sus propias ideas sobre las soluciones posibles a los problemas de autoritarismo, guerra y pobreza. Entre ellos se encontraban tanto los defensores de la no-violencia y los miembros del Movimiento pro Libertad de Expresión como los fieles al Poder Negro, los hippies e incluso los académicos de la Nueva Izquierda.

De todos estos grupos, el más radical fue el formado por la juventud de los

³ Bourges, 1969, pp. 139-142.

⁴ Esler, p. 340.

ghettos negros de las grandes ciudades norteamericanas. A lo largo de la década, ellos se encargaron de causar disturbios en Harlem (1964), Watts (1965), Chicago y Cleveland (1966), Newark, Detroit y varias ciudades más (1967). Entre 1963 y 1968 fueron detenidas más de cincuenta mil personas en los “disturbios negros”, hubo más de ocho mil heridos y unos ciento noventa muertos. Los “agitadores” eran casi todos jóvenes negros, un poco mejor educados que la mayoría aunque sometidos a idénticas condiciones de pobreza, seguidores en muchos casos de Malcolm X o de Stokely Carmichael.

Por fin, hacia 1967, una nueva generación de rebeldes iba a construir la parte más salvaje de la revuelta juvenil de aquellos años. No fue casual que este nuevo grupo actuara de modo mucho más violento que sus predecesores, tomando en cuenta que la represión ejercida por el gobierno había crecido en la misma medida. “Desde 1968 en adelante – dice Esler – la represión fue la cada vez más visible orden del día. Y los jóvenes rebeldes respondieron con un nuevo extremismo.”⁵

1968 había comenzado con noticias alentadoras para los jóvenes estadounidenses: la “victoria moral” del senador McCarthy y su campaña antibélica y el anuncio del retiro político del presidente Johnson. Sin embargo, a partir de abril comenzaron a sucederse las desgracias, inauguradas con el asesinato de King. Luego, McCarthy fue derrotado por Robert Kennedy en la Convención Demócrata, mientras en Chicago ocurrían algunos de los enfrentamientos más violentos registrados entre la policía y hippies, yippies y otros manifestantes. Al mismo tiempo, fracasó la “ocupación” de la Universidad de Columbia y en Berkeley se llegó a un estado de “desastre civil”.

La no-violencia fue olvidada y los partidarios de la revolución tomaron el mando de los movimientos juveniles. La popularidad de líderes radicales como Rudd y Carmichael creció de modo desmesurado. Para colmo, se iniciaron grandes huelgas que paralizarían a las universidades hasta 1971: Columbia, Harvard, Chicago y Berkeley. Los manifestantes ya no esperaban ser atacados por la policía, sino que ellos mismos tomaban la iniciativa armados con garrotes, ladrillos y cascos, en una verdadera guerra civil en el seno mismo de Estados Unidos.

Europa del este

Mientras América se estremecía con sus propios movimientos estudiantiles, y

⁵ Ibid., p. 359.

Europa occidental veía iniciarse la revuelta juvenil, Europa del este sufría una conmoción distinta, aunque también provocada por los estudiantes. Para hablar de lo que ocurría en Europa central, José Emilio Pacheco realizó para *La Cultura en México* un recuento de la situación que prevalecía en Checoslovaquia y Polonia. Su extenso ensayo se titulaba “La Europa socialista: ¿Revolución en la Revolución?”, y había sido publicado el 1º de abril.

1. La primavera de Praga

Como narra Pacheco, en junio de 1967 el XIII Congreso del Partido Comunista Checoslovaco (PCCH), después de años de fricciones entre la nueva y la vieja guardia, y tras sortear los inconvenientes planteados por la Unión Soviética, aprobó un conjunto de reformas económicas impulsadas por Ota Sik con el fin de volver más competitivo el mercado y sortear algunas de las trampas del sistema económico impuesto por la URSS a sus satélites.

Mientras esto sucedía, el escritor checo judío Ladislav Mnacko protagonizó una más de las sonadas deserciones de intelectuales de los regímenes comunistas. Tras la publicación en Viena de su novela *Los nombres del poder*, una velada crítica al gobierno del presidente Antonin Navotny, la consecutiva expulsión de numerosos escritores del partido y la clausura de la revista *Literary Noviny*, Mnacko se refugió “sonoramente” en Israel.

A fines de octubre, mientras se celebraba otra de las reuniones del PCCH, todas las luces de la residencia estudiantil de Stahov se apagaron, como venían haciéndolo cada noche en señal de protesta por la política del gobierno; sin embargo, en esta ocasión los estudiantes también se atrevieron a salir a las calles a manifestarse y fueron duramente reprimidos. Poco a poco, la distancia entre el partido y los estudiantes creció, así como el número de protestas y nuevos actos represivos.

Así las cosas, el ala liberal del presidium checo decidió pedir la renuncia de Novotny. Pero, como dice Pacheco retóricamente, “el gusto por el poder es un veneno que no conoce antídotos”. Al darse cuenta de su debilidad, Novotny invocó la presencia de Leonid Brejnev, el hombre fuerte de la Unión Soviética, quien viajó a Praga para conocer la situación. Aunque Alexander Dubcek, primer ministro del país, trató de tranquilizar al líder soviético de que no se intentaba una separación del área de influencia soviética al estilo Yugoslavia, Brejnev no se tranquilizó. Los dirigentes de Alemania oriental, Polonia y Hungría no estaban dispuestos a tolerar una nueva traición. Sin embargo, en el seno del Politburó soviético también triunfó el ala liberal y se decidió no intervenir en las sesiones del presidium checo. El 5 de enero de 1968, Dubcek pasó a ocupar la secretaría general del PCCH y Novotny quedó reducido a mera

figura decorativa.

Entre el 5 de enero y el 24 de marzo, numerosas movilizaciones estudiantiles se sucedieron a lo largo del país para reclamar democracia. Dubcek, siguiendo la inercia de la liberalización, accedió a realizar numerosos cambios, como la desaparición de la policía secreta y la destitución de los dirigentes de la maquinaria represiva del estado. La Suprema Corte, por su parte, se encargó de rehabilitar a muchos prisioneros políticos. El 28 de marzo, Dubcek presentó un anteproyecto de reforma radical del país, con puntos que incluían la revitalización económica a través de las inversiones extranjeras, la libertad de expresión en todos sus niveles, la posibilidad de ocupar cargos en el gobierno aun sin pertenecer al PC, y la independencia en cuanto a política exterior, aunque sin apartarse de los límites fijados por el Pacto de Varsovia y la alianza con Moscú.

El 22 de marzo, la Asamblea Nacional y el Politburó pidieron la renuncia de Novotny, quien había intentado orquestar una campaña en contra de estas medidas. Por fin, el 24 de marzo, "una fecha central en la historia del movimiento comunista", Dubcek asumió la presidencia del país con el beneplácito de los líderes del Pacto de Varsovia. Pacheco concluye:

Dubcek ha evitado el suicidio al estilo húngaro. Para él las bases permanentes de la política nacional dependen de reforzar la alianza con la URSS y fortalecer la unidad de *todos* los países socialistas. Tampoco quiere hacer purgas estalinistas. En vez de fusilarlos o arrojarlos en campos de concentración, da la oportunidad a los conservadores de adaptarse al nuevo orden. Pero, si no clarea las posiciones de poder eliminándolos (política y no físicamente, por supuesto), ¿no sucederá lo que ocurrió en Polonia? Dirán que sí de labios para afuera, luego trabajarán en la sombra para recuperar posiciones, abolir las reformas y deshacerse de los progresistas. Sin embargo, lo que se ha logrado en dos meses es un poderoso argumento contra el escepticismo acerca de lo que se pueda conseguir mañana. Dubcek ha impedido otra Hungría, ¿por qué no se puede evitar otra Polonia? Los checoslovacos han aprendido de la historia y están obligados a no repetirla.

Por desgracia, las previsiones de Pacheco resultaron falsas: unas semanas más tarde, los tanques del Pacto de Varsovia entraron sorpresivamente en territorio checo y, poco después, en las calles de Praga. La Unión Soviética había decidido eliminar de tajo la posibilidad de que otra nación saliese de su órbita.

2. ¿El invierno en Varsovia?

En Polonia, otro de los estados dominados por los soviéticos, la revuelta contra Moscú era de menores proporciones, pero aun así revelaba el cansancio de la población y sus ansias de libertad. Escribe Pacheco: “Polonia, en un momento el centro de la renovación intelectual y artística dentro del socialismo, vio también a los hijos alzarse contra los padres cuando los hijos se dieron cuenta de que el mundo está hecho de curvas y espirales, no de los planos rectilíneos que les enseñaron”.

La situación en Polonia no es diversa de la de casi todo el este europeo: los jóvenes se rebelan en contra de los mayores, acusándolos de autoritarismo; éstos, por su parte, siguen convencidos de que ellos son los salvadores de la patria, que ellos ganaron la guerra e instauraron el socialismo y fundaron las escuelas a las que asisten esos jóvenes rebeldes. Pero es justamente del medio universitario, sobre todo en Polonia, de donde han surgido las mayores tentativas de democratización, y hacia quienes la represión ha sido más dura.

Pacheco rememora el caso de los profesores Jasek Kuron y Karol Motzelewski, de la Universidad de Varsovia, encarcelados por publicar una “Carta abierta al partido”, que pedía la democratización; y el de Zambrusky, otro profesor universitario que presentó una iniciativa de ley para que todos los miembros del PC —y no sólo sus dirigentes— pudiesen presentar plataformas políticas para ser votadas, lo que a la larga permitiría la conformación de una oposición legal. Zambrusky sólo consiguió ser expulsado del partido.

El siguiente acontecimiento importante de la revuelta polaca tuvo que ver, como incontables veces en estos años, con la censura de una manifestación cultural que se convirtió en una causa política. A fines de 1967 fue cerrado por las autoridades el teatro Narodowni, donde se llevaban a cabo representaciones de una de las máximas glorias de la literatura polaca, *Los antepasados*, de Mickiewicz. Entusiasmados por el fervor patriótico de la obra, los estudiantes del público vitoreaban frases como “hemos vendido nuestras almas por un par de rublos” o “Moscú nos manda sólo idiotas, imbéciles y espías...”

Tres mil estudiantes protestaron por el cierre del teatro, pero, como de costumbre, sólo consiguieron ser reprimidos por la policía. Para colmo, en el interior del gobierno se desató una purga contra los funcionarios cuyos hijos estuviesen involucrados en las manifestaciones, haciéndoles el juego a los “instigadores sionistas que actúan en contubernio con el imperio internacional”.

El 13 de marzo, los estudiantes, reunidos en el Politécnico de Varsovia, presentaron un pliego público aclarando su estado. Según ellos, la Constitución garantizaba las libertades individuales; por ello, exigían la excarcelación de los presos y el cese de la represión, castigo a los responsables de brutalidad contra

los estudiantes, fin del intento de lanzar a los obreros contra los estudiantes e intelectuales, repudio tanto al antisemitismo como al sionismo, difusión de sus propuestas y diálogo con las autoridades.

El 19 de marzo, el presidente Gomulka se presentó en el Palacio de Cultura y afirmó que su gobierno era antisionista, no antisemita; que continuaría el diálogo con los estudiantes y que no movilizaría contra ellos a los obreros. No obstante, a diferencia de lo que ocurría en Checoslovaquia, el ala liberal del PC hubo de ceder por temor a la revolución. Pero Pacheco también es optimista en este caso: “Los estudiantes polacos – afirma – tienen toda la razón para gritar ‘Viva Checoslovaquia’. ¿Quién sabe si mañana los jóvenes rusos no adoptarán el mismo grito de batalla? La primavera checa puede extenderse a través de todos los países de la Europa oriental”.

3. La gran paradoja, el fin de una época y la rebelión estudiantil. Según Pacheco, en los últimos años se ha acabado la época del “socialismo en un solo país”. Al contrario de lo que sucedía en la era de Stalin, el pluricentrismo del bloque comunista se ha acentuado, haciendo que Moscú pierda cada vez más influencia en la política de sus satélites. “La paradoja – advierte Pacheco – es que la URSS pierde el control del movimiento comunista mundial cuando es más fuerte que nunca” y cuando Estados Unidos enfrenta sus peores momentos: la ofensiva victoriosa de los vietnamitas, las luchas raciales y los magnicidios.

Para Pacheco, la gran crisis de 1968 marca el fin del equilibrio binario de la guerra fría. Además, la rebeldía de los jóvenes parece pronta a desbordarse. De hecho, opina que “la simultaneidad de las protestas universitarias ha llevado a algunos a creer en la existencia de una Internacional de estudiantes dispuesta a aniquilar tanto a la burguesía de Occidente como a la nueva clase burocrática de los países socialistas”. Y concluye:

Para oprobio de nuestro conformismo, y ante la apatía y despolitización mayoritarias, los estudiantes piden que se les dé más responsabilidad y comienzan por ejercerla pronunciando en voz alta los diversos nombres del malestar que otros callan. Aunque siempre han sido factores del cambio, ahora radicalizan la tradición de esa revuelta y desacuerdo; asumen la actitud que Vargas Llosa en su discurso de Caracas señalaba propia de los escritores; la de ser “profesionales del descontento, los perturbadores conscientes o inconscientes de la sociedad, los rebeldes sin causa, los insurrectos irredentos del mundo, los insoportables abogados del diablo”.

1º AL 30 DE JUNIO, 1968

La rebelión estudiantil en la prensa mexicana

La reacción de la prensa mexicana hacia los diversos movimientos estudiantiles —y sobre todo hacia lo que ocurría en París— fue de repudio casi unánime a la violencia, salvo el aplauso de contados sectores de la izquierda. Amparados en el temor burgués hacia la revolución y la amenaza comunista, la mayor parte de los comentaristas se limitaba a llamar a los jóvenes a la prudencia.

Salvo excepciones en las cuales alguien se atrevía a decir que era hora de poner las “barbas a remojar” —como hizo en uno de sus artículos el periodista Francisco Martínez de la Vega—, la opinión pública mexicana continuó mostrando, complacida, la tradición pacífica del país, empeñosa en dejar claro que ningún disturbio estudiantil iba a suceder aquí. Más que analizar el fenómeno mundial, la prensa se dedicó a alabar la *pax mexicana*. La impresión era que los sucesos que se desarrollaban en Europa *ya* habían tenido lugar en México, durante el movimiento de 1929 que consiguió la autonomía universitaria.

Mientras tanto, la izquierda mostraba una abierta simpatía hacia la movilización parisina aunque su contagio en tierras mexicanas se veía también como una posibilidad remota. Resulta sumamente interesante comprobar el escaso número de artículos publicados en esa época que siquiera intentase confrontar los acontecimientos de Europa con los de México o que creyese que algo así pudiese ocurrir en el país.

El 15 de mayo, Luis Suárez publicó un artículo desde París con un título altamente significativo: “*Siempre!* vive los días de las barricadas. POR LOS BULEVARES DE PARÍS, EL CHE GUEVARA CABALGA COMO EL CID”. Decía Suárez:

La guerra de Vietnam, que es la lucha de liberación de un pueblo por mucho tiempo bajo el yugo colonial, echa un aire fresco y se hace presente, como aglutinante, frente a la injusticia y junto al heroísmo en las barricadas de Francia. Otra conclusión que puede sacarse de primera intención es el papel que reasumen, aun después de su muerte, hombres que se han hecho gigantes en el tercer mundo, como Ernesto Guevara. [...]

El Che está hoy en la Sorbona y es como un Cid para muchos jóvenes revolucionarios que viven en estos años, por el camino de la universidad o del trabajo, la transformación de sus respectivas conciencias.

También desde París, el 22 de mayo, el periodista Jacobo Zabudovsky escribió en *Siempre!*: “La rebelión juvenil es uno de los acontecimientos más importantes de esta década”, para luego añadir, inflamado con el orgullo mexicano al cual me he referido:

Podría ser comparada la conducta juvenil de hoy con la de los universitarios mexicanos de 1929. También ellos formaban la primera generación posterior a la lucha revolucionaria. Emergían a un nuevo mundo en el que ya estaban bloqueadas las oportunidades. [...] En el mundo actual, toda proporción guardada, ocurre algo similar en algunos aspectos a lo de México en el 29. También es hoy la parte intelectual de la juventud la que expresa el descontento de toda una generación.

Zabudovsky insiste en que los movimientos estudiantiles son consustanciales a la institución universitaria. Lo que le parece nuevo, afirma, es la “simultaneidad, causada por la eficacia técnica de los medios informativos”, de las rebeliones en el mundo.

José Alvarado, uno de los más respetados columnistas políticos del país, insistía también en esta comparación entre el 68 europeo y el 29 mexicano: “Hay una significativa identidad entre las palabras y los lemas empleados por los estudiantes de París y las usadas por los universitarios latinoamericanos desde hace cincuenta años. Ecos de la reforma universitaria de Córdoba, Argentina, en 1918 y de la de México, en 1929, parecen escucharse hoy en la Sorbona”.

El mismo día, el editorial de *Siempre!* señalaba;

Los disturbios estudiantiles que en las últimas semanas han estallado en diversas partes del mundo, lo mismo en un París un poco ingenuamente conmovido con las difíciles y lentas pláticas en busca de un arreglo entre Washington y Hanoi, que en la secular y señorial Praga y en la reconstruida Varsovia; en algunas de las más prestigiadas universidades de Estados Unidos que en el sombrío solar de una España que no ve amanecer desde 1939, los estudiantes se rebelan contra sistemas educativos anacrónicos y, sobre todo y ante todo, contra la intromisión directa o indirecta de las autoridades gubernamentales en la educación a

nivel universitario, a excepción de Estados Unidos, donde las huelgas y protestas estudiantiles coinciden en la renovación de los métodos pero no se basan en interferencias gubernamentales.

Con el mismo rabioso optimismo que caracterizaría en adelante la actitud del gobierno mexicano hacia los problemas estudiantiles, *Siempre!* añadía:

No somos patrioterros ni gustamos de proclamar a todas horas que “como México no hay dos”, pues estamos conscientes de nuestros hondos problemas. [...] Pero nos parece necesario, en el camino del reconocimiento interno de nuestros aciertos y nuestros errores, destacar esa previsión política natural del mexicano, como se comprueba en estos días en que países de tan honda y remota huella en los afanes culturales y de progreso de la humanidad, se enfrentan a problemas que en nuestro país se advirtieron, se planearon y se resolvieron en su aspecto fundamental, desde 1929.

Incluso un semanario crítico como *Siempre!* consideraba no sólo improbable, sino imposible, que los brotes de inconformidad estudiantil que ocurrían en México, como los de Tabasco, Michoacán y Sonora, pudiesen llegar a convertirse en un problema similar al europeo. Tan acostumbrado a la “estabilidad” como el resto de los mexicanos, *Siempre!* reflejaba el espíritu de pureza que era la norma oficial del país desde hacía cuarenta años. Por decreto, *en México no pasaba nada*.

Como era de esperarse, los intelectuales mexicanos no tardaron en afrontar el tema de la revuelta estudiantil europea. El 5 de junio, Carlos Monsiváis publicó un artículo en *Siempre!* titulado “El poder estudiantil y la prohibición de prohibir”.

Según Monsiváis, lo ocurrido en Francia evidenciaba el fin de la *protesta* y el auge de la *resistencia*. Para comprobarlo, señala que, al mismo tiempo que miles de estadounidenses queman sus tarjetas de conscripción y otros tantos — provenientes de la Nueva Izquierda, de los Estudiantes por una Sociedad Democrática y los Black Panthers — se apoderan de la Universidad de Columbia para desafiar la política armamentista de Estados Unidos, en París los estudiantes rechazan el régimen de De Gaulle y atacan directamente a la sociedad burguesa y autoritaria, mientras en Alemania los jóvenes marcusianos se enfrentan con la policía para defender la libertad de expresión y protestar por el ataque a uno de sus líderes.

Según Monsiváis, todos los movimientos estudiantiles en el mundo tienen

en común la lucha contra la frustración provocada por la falta de éxito en la oposición contra la guerra de Vietnam. Siguiendo a Marcuse, piensa que la protesta institucionalizada es parte integrante del sistema, y que no tiene otro objetivo que sacar por la vía menos peligrosa la presión que la propia sociedad ejerce sobre su gobierno. En cambio, la resistencia es un paso más allá. "Lo natural entonces es la quiebra del concepto burgués de autoridad." Los jóvenes, pues, no hacen sino trastocar esta idea de orden en una sociedad tecnológica que en el fondo es totalitaria. Nada extraño que su lema más radical sea: "Prohibido prohibir".

Pero Monsiváis olvida que en el interior mismo de ese apotegma contradictorio y aparentemente liberador hay algo de totalitario; el lema anárquico tiene un sustrato de ley que rompe con la esencia misma de la liberación que se persigue. A pesar de la mesura de su análisis, es imposible no advertir la emoción que Monsiváis siente al describir el mayo francés. Para un intelectual de izquierda, y para alguien tan comprometido con el estudio de los comportamientos sociales, observar el desarrollo de la revuelta juvenil parisina es como vivirla de cerca. Lejos de las teorías y de las categorizaciones, su carácter liberador parece anunciar una nueva época, el triunfo de la razón por encima de la intolerancia, el fin de la hipocresía burguesa.

Irónico, Monsiváis no deja de lamentar que una renovación social no puede siquiera avistarse en nuestro país:

En México, donde no hay poder obrero (sindicalismo blanco), ni poder campesino (fracaso de la reforma agraria), ni poder periodístico (prensa mediatizada y ramplona), ni poder indio (cuatro millones de indígenas en manos de Dios y la filantropía), donde no hay siquiera poder legislativo (unipartidismo y dedocracia), el poder estudiantil [...] es todavía una meta distante y lejana y necesaria como la existencia misma de esa nuestra vida política y esa nuestra dignidad social.

Con la misma seguridad que el presidente, aunque por motivos contrarios, Monsiváis no concibe que en México se lleve a cabo una protesta similar.

Una de las primeras historias completas sobre la génesis del movimiento estudiantil europeo fue dada a conocer en otro número monográfico de *La Cultura en México*, publicado el 5 de junio, con el título de: "El poder estudiantil: los viejos tigres son de papel".

El primer texto incluido en el suplemento era de José Emilio Pacheco, comentarista habitual del tema. Con un encabezado que dice *Interpretaciones* y con el nombre "Revolución contra sociedad industrial", presenta numerosos

puntos de vista sobre lo ocurrido.

Como en otras ocasiones, Pacheco recurre a la prensa europea. En este caso cita un artículo aparecido en *The Observer* el 19 de mayo, "Soviets on the Campus". Según su autor, Neal Ascherson, lo que ocurre en Europa occidental no es un simple conflicto generacional ni una pugna por la reforma universitaria. Es, para acabar pronto, "un ataque en términos globales contra la moderna sociedad industrial".

Para el autor del artículo, la revuelta juvenil se dirige contra el estado, pero éste todavía es demasiado poderoso como para ser destruido. Ascherson piensa que el enemigo es el estado burocrático, occidental y oriental, que se dedica a administrar la sociedad como si se tratase de una empresa destinada a ser eficiente, provocando que los individuos estén destinados a desaparecer, convertidos en meros engranajes de la maquinaria. Si los jóvenes combaten esta manipulación es porque se dan cuenta de que el establishment se limita a ofrecer bienes de consumo a cambio de la libertad individual. La causa de esta enajenación "es el sistema que parece adaptar la enseñanza a la producción masiva de dóciles tecnócratas. Es el sistema de partidos que se hace pasar por auténtica democracia, la represión enmascarada de tolerancia".

Posteriormente, Ascherson trata de responder a la pregunta: ¿Hay una "conspiración internacional" que orquesta la revuelta en las universidades de Stuttgart a Brighton, de Bari a Colchester? "Lo que es realmente internacional es la situación de los estudiantes", contesta. Existen algunos antecedentes del movimiento estudiantil europeo que deben ser considerados como causas inmediatas de la agitación. Entre ellos destacan los encuentros de estudiantes europeos celebrados en los meses previos, específicamente la conferencia de estudiantes de izquierda de Bruselas (1967), en la cual delegados de todos los países europeos acordaron no sólo una intensificación de las protestas contra la guerra de Vietnam sino, de hecho, el inicio de acciones revolucionarias. Por otra parte, la actuación de la Liga de Estudiantes Socialistas (SDS) en Alemania ha sido el verdadero motor de la internacionalización del radicalismo. Sus militantes son los que han activado la protesta de Berlín a Bonn, y uno de sus grupos fue el encargado de dar instrucción a Daniel Cohn-Bendit, el líder del movimiento en Francia.

Como Ascherson, Pacheco piensa que nadie debería haberse sorprendido por el desarrollo de la protesta juvenil en el mundo. Su origen se encuentra también en las manifestaciones surgidas en Estados Unidos desde principios de los sesenta; la gran revuelta de la Universidad de Berkeley ocurrió en 1964. En Berlín, la mecha del movimiento se encendió poco después, hacia 1965. Ya para inicios de 1966 se habían producido fuertes enfrentamientos entre los

estudiantes y la policía. En todo el orbe, las condiciones de educación y de vida habían predispuesto a los estudiantes en situaciones similares: la represión llevaba extendiéndose sobre ellos a lo largo de dos décadas. En casi todos los países la protesta se ha encendido gracias a la cerrazón de los burócratas, a la intolerancia gubernamental y, sobre todo, a la represión. Acaso si los gobiernos de los distintos países hubiesen sido menos agresivos contra los estudiantes éstos habrían terminado dispersándose. Por el contrario, la guerra desatada contra ellos por el poder institucional los ha unido y les ha otorgado una legitimidad que no hubiesen poseído de otro modo.

Escrito el 17 de mayo, este artículo de Pacheco es uno de los más interesantes de cuantos aparecieron en la prensa mexicana de aquellos días. El joven escritor no se limita a transcribir el artículo de Ascherson, sino que a partir de él lanza una primera advertencia sobre el posible contagio del movimiento estudiantil en territorio mexicano. Al comparar las condiciones que rodean a los estudiantes en los diversos países, Pacheco cree que en México la situación no es muy distinta, como han querido ver los apologistas del gobierno. Al valorar los argumentos presentados por Pacheco, hubiese sido imposible no llegar a una conclusión semejante: la represión oculta y las diversas variantes de la intolerancia política se cernían sobre los estudiantes mexicanos con igual o mayor intensidad que en otras partes del mundo. Pero, como ha ocurrido tantas veces en México, el gobierno y los sectores tradicionales de la sociedad continuaban creyéndose demasiado fuertes o demasiado impunes —o quizás simplemente estaban demasiado ocupados en preparar las Olimpiadas— como para leer entre líneas el artículo de Pacheco y prevenir los hechos que, en sólo unas semanas, estaban a punto de convertir a México en uno más de los centros de la agitación juvenil en el orbe.

El siguiente artículo del número especial de *La Cultura en México*, “Poder estudiantil: de la protesta a la resistencia”, firmado por Manuel Aguilar [Mora], insistía en hallar las causas de la rebelión y adelantarse a su desarrollo.

Según Aguilar, tanto la ofensiva del Têt del FLN de Vietnam del Sur como su ataque a la embajada estadounidense en Saigón deben ser vistos como símbolos de los acontecimientos que se precipitaron en todo el mundo. La victoria ideológica, más que militar, de la ofensiva norvietnamita motivó la victoria de McCarthy en las elecciones primarias en el este de Estados Unidos, así como la decisión de participar en la contienda por parte de Robert Kennedy, el anuncio de las pláticas de paz entre Vietnam del Norte y Estados Unidos, por no hablar de la falta de apoyo de Wall Street a Johnson. Para Aguilar, el inicio del movimiento estudiantil en Francia debe ser visto como consecuencia de estos hechos.

Por otra parte, el origen de la revuelta estudiantil debe rastrearse en las diversas manifestaciones de protesta contra la guerra ocurridas en Estados Unidos. De hecho, se podría afirmar que el inicio formal del movimiento estudiantil se llevó a cabo en la Universidad de Berkeley. Paul Potter, líder de la SDS, expresó desde entonces, en su posición de representante de la “nueva izquierda” estudiantil, su rechazo total a la guerra. Sin lugar a dudas, el primer motor de la agitación juvenil ha sido la serie de manifestaciones celebradas desde entonces contra la política exterior de Estados Unidos.

En el transcurso de unos pocos meses la protesta se extendió al resto de las universidades estadounidenses y, más tarde, a las de todo el mundo. Una vez ocurrido esto, no era difícil que las manifestaciones comenzaran a incorporar nuevos ataques contra el sistema mundial que permitía acciones como la guerra de Vietnam. Abandonando el pacifismo, los estudiantes comenzaron a apoyar el radicalismo revolucionario de los países del tercer mundo. Ya en 1966 sus consignas eran: “¡Retiro incondicional y ahora mismo de las tropas!” La bandera de Vietnam del Norte comenzó a ondear en los actos de protesta celebrados por los estudiantes el 25 y 26 de marzo de ese año en Estados Unidos. Entre 1965 y 1968, decenas de protestas contra la guerra se habían llevado a cabo en ciudades tan apartadas como Sydney, París, Zurich, Bruselas, Lieja, Toronto, Quebec, México, Santiago, Buenos Aires y Tel Aviv. Gracias a estas movilizaciones, los estudiantes aprendieron no sólo a ser antimperialistas sino también “antiburocráticos”.

De este modo, la guerra de Vietnam se convirtió en “un problema de cada país”, que simbolizaba, en cada lugar, la lucha contra las estructuras burocráticas, estatales y universitarias. Aguilar indica que en 1967 el movimiento cobró un auge importante. En Estados Unidos se formó un comité estudiantil nacional que llegó a movilizar medio millón de estudiantes en San Francisco y Nueva York y ochenta mil en la llamada “Marcha al Pentágono”. Unidos contra la guerra, estudiantes de las más diversas corrientes políticas – de liberales a trotskistas – abrieron un frente común de gran éxito.

La Universidad de Columbia pasó entonces a ser el escenario de los más violentos enfrentamientos entre los estudiantes y la policía. Pronto un “poder dual” compartía la organización del campus: por un lado el rector Kirk, obsesionado con el regreso a clases, y por el otro un comité de huelga que boicoteaba todos los actos oficiales.

Mientras tanto, en Europa la situación comenzaba a ser la misma, como en Alemania, donde Rudi Dutschke y la SDS estaban al frente de las movilizaciones. Afiliada en un principio al Partido Socialdemócrata, la Federación Estudiantil Socialista Alemana había sido expulsada de éste en 1961.

A partir de entonces, amparada en un marxismo *a la* Marcuse, la Federación asumió el compromiso de luchar con todas sus fuerzas contra la guerra de Vietnam. Como era de esperarse, todas sus manifestaciones fueron sofocadas por la policía. En abril, estudiantes y obreros unidos paralizaban la República Federal de Alemania.

En todos los casos, según Aguilar, Vietnam había sido el elemento aglutinador de las diversas variantes de la protesta. Mientras el sistema mundial no se modificase lo suficiente como para evitar esta guerra desgastante, los estudiantes no estarían dispuestos a regresar a clases. Con un optimismo a toda prueba, los jóvenes estaban convencidos de que tenían el poder no sólo para acabar con esta lucha inútil, sino para transformar desde sus cimientos la decadente sociedad mundial.

Mientras los analistas mexicanos comenzaban a desentrañar el significado del movimiento estudiantil francés, en París la situación se volvía cada vez más difícil de resolver. El 12 de junio, en un artículo titulado “La resurrección de las ideologías”, incluido en su columna “Calendario”, José Emilio Pacheco continuaba el relato pormenorizado del movimiento en Francia, al tiempo que trataba de extraer algunas conclusiones teóricas sobre su desarrollo.

Pacheco afirmaba que, hacía apenas unos meses, el mundo era completamente distinto: se pensaba que la revolución había muerto, que las ideologías lentamente se irían borrando, que los países industriales dominarían el mundo sin contemplaciones. Y, de pronto, se cayó en la cuenta de que el periodismo se había convertido en un género caduco: las noticias de hoy pierden actualidad mañana ante los vertiginosos cambios de la historia.

Al contrario de lo que se había observado en años previos —el desprestigio creciente tanto del capitalismo como del socialismo soviético—, los movimientos estudiantiles anunciaban la reaparición de una nueva ideología de izquierda, amparada en el marxismo pero que no se reducía en absoluto a él. Cuando se pensaba en la bancarrota definitiva de los sistemas omnicomprendidos de acción política, las barricadas de París mostraban la revitalización de la idea revolucionaria. Según narra Pacheco, esta transformación repentina de la ideología revolucionaria se inició en la Universidad de Nanterre gracias a la aparición de uno de los grandes líderes políticos de la época: Daniel Cohn-Bendit.

Hijo de judíos alemanes emigrados a Francia, al término de la segunda guerra mundial sus padres lo llevaron de vuelta a Alemania. Cuando ellos murieron, Cohn-Bendit decidió regresar a Francia lleno de nuevas ideas, dispuesto a matricularse en Nanterre. Como dice Pacheco, “para sus compañeros fue algo así como un beatnik anarquista, luego un fanático (*Dany*

Le Rouge). Nadie imaginaba que en él había un gran líder político". A continuación, Pacheco trazaba su propio itinerario del movimiento estudiantil francés:

En noviembre de 1967 hubo una huelga en Nanterre para protestar por los problemas derivados de la sobrepoblación y la carencia de maestros. En enero de 1968, cuando el ministro de la juventud, François Missoffe, fue a Nanterre a inaugurar una alberca en una escuela que ni siquiera tenía biblioteca, fue interpelado por Cohn-Bendit, un joven desconocido e impetuoso, quien de paso lo acusó de olvidar intencionalmente el tema del sexo en el famoso tratado sobre la juventud francesa que el ministro había escrito.

El 26 de enero se llevó a cabo un nuevo mitin de anarquistas para protestar por los espías que había en Nanterre. Mil estudiantes se unieron a los anarquistas. La policía perdió la batalla. Para Pacheco, ese día comenzó la revuelta estudiantil.

En marzo, en tanto grupos terroristas bombardeaban empresas estadounidenses en París con la subsecuente detención de muchos sospechosos, en Nanterre se estudiaba la posibilidad de expulsar a Cohn-Bendit. Esta medida provocó que los distintos grupúsculos de izquierda que existían en la universidad comenzaran a unirse en torno suyo. En un inflamado discurso, Cohn-Bendit les propuso pasar a la acción directa contra la policía y contra toda muestra de autoritarismo. El movimiento surgido entonces adquirió el nombre de "22 de marzo" y estuvo integrado en su origen por ciento cuarenta y dos participantes.

De inmediato, estos ciento cuarenta y dos fueron acusados de radicales y hasta de enfermos mentales por las autoridades universitarias, pero ellos decidieron mostrar la seriedad de sus intenciones y se dieron a la tarea de organizar debates y conferencias sobre el capitalismo, la situación de las universidades y el socialismo. Su acción no se limitaría a la confrontación con las autoridades, sino que tratarían de convertirse en la conciencia de la época, en la vanguardia intelectual de los estudiantes.

A los pocos días, el director de Nanterre renunció, y en su lugar el decano Pierre Grappin, héroe de la resistencia, no tuvo más remedio que cerrar la escuela y conceder todas sus peticiones a los estudiantes. Cuando esto se supo en París, la policía se dirigió a Nanterre para tratar de contener a los estudiantes. En tanto, la revuelta se propagaba a Alemania y poco después a casi todos los países europeos.

El 2 de mayo estaba previsto que comenzara en Nanterre la Primera Jornada Antiimperialista, pero el rector de la Sorbona mandó cerrar las instalaciones y citó a Cohn-Bendit ante una junta disciplinaria. Al día siguiente,

cuatrocientos estudiantes de Nanterre se presentaron en la Sorbona para protestar por el cierre de la escuela. Cuando las pláticas iban a comenzar, el rector Roche pidió a la policía que actuase contra los manifestantes. “Entonces comenzó la primera batalla, prolongada por siete horas”, como dice Pacheco. La represión fue más dura que nunca, pero alentó la unión de los estudiantes y la solidaridad de los obreros y aun de los burgueses.

El lunes siguiente, los enfrentamientos involucraban ya a unos diez mil estudiantes contra cuatro mil policías; el balance final incluía seiscientos heridos y más de cuatrocientos arrestados. Entonces, aun cuando los radicales de Cohn-Bendit hablaban ya de iniciar la revolución, la mayor parte de los estudiantes acordó que por lo pronto la lucha sería por la universidad. Las demandas de los estudiantes incluían la liberación de los presos, la reapertura de la Sorbona y Nanterre y la desocupación policial de sus instalaciones.

El rector Roche anunció que estaba dispuesto a pactar con los estudiantes, pero no así Louis Joxe, primer ministro en funciones por la ausencia de Pompidou. El 10 de mayo, justo cuando se iniciaban los contactos entre las delegaciones estadounidense y vietnamita, tuvo lugar uno de los hechos más insólitos ocurridos en París en los últimos años. Pasaría a la historia con el nombre de Noche de las Barricadas.

A la brutal represión le siguió una huelga general en la que participó prácticamente todo el país. El primer ministro Pompidou, de viaje oficial en Irán, no tuvo otro remedio que regresar a París y cumplir las demandas de los estudiantes. Prometió reabrir las universidades, liberar a los presos y desocupar la Sorbona. Pero los estudiantes ahora querían más: la destitución de los encargados de la represión.

Días después, cuando el movimiento parecía desarticulado, obreros de Nantes organizaron una huelga, a la cual poco después terminarían sumándose unos ocho millones de trabajadores. El 17 de mayo la huelga obrera, iniciada el 13, resultaba incontenible; la CGT, la máxima central obrera del país, y el Partido Comunista no tuvieron más remedio que integrarse a ella, aunque trataron de dejar fuera a los estudiantes. Conmocionada, la Asamblea Nacional dirigió un voto de censura al gobierno. El general De Gaulle tuvo que cancelar su visita a Rumania para enfrentar la situación de emergencia.

El viernes 24, De Gaulle dirigió un mensaje a la nación, mientras cerca de veinte mil estudiantes, obreros y profesores luchaban contra la policía en la Gare de Lyon y el Barrio Latino. De Gaulle anunció que organizaría un referéndum para saber si debía retirarse del gobierno. Otros líderes se aprestaban a sucederlo: Pierre Mendès-France y François Mitterrand.

En opinión de Pacheco, el movimiento se encontraba en un punto de no

retorno. Su futuro dependía ahora de la reacción de los franceses al referéndum propuesto por el general De Gaulle. Aunque parecía que el viejo héroe ya no era el mismo de antes, no había que subestimar el aprecio que el pueblo francés le había dispensado siempre. No obstante, Pacheco se pronunciaba a favor de su remoción. Sin decirlo, su lucha era la de los jóvenes franceses, no la del anciano presidente.

Para completar la visión de los líderes de la revuelta estudiantil en Europa, *La Cultura en México* dedicó un extenso ensayo de su número del 17 de junio a las figuras de Rudi Dutschke y Daniel Cohn-Bendit. El texto incluía fragmentos de entrevistas y declaraciones de los dos líderes estudiantiles, traducidos por Francisca Perujo.

El ensayo iniciaba con un perfil de Dutschke. Nacido en Berlín oriental, había sido un atleta notable pero, al rehusarse a cumplir el servicio militar, antes de la construcción del Muro, emigró a Alemania federal. Desde los dieciocho años era miembro de las Juventudes Comunistas Revolucionarias y, desde hacía apenas unas semanas, uno de los hombres más conocidos del mundo.

En una entrevista reciente, Dutschke afirmaba: “Para nosotros se trata de no seguir aceptando un mundo que habla de paz, pero tolera la guerra; un mundo que habla de libertad, pero que acepta las hipocresías del capitalismo; que habla de progreso, pero que sufre el sofocamiento de la burocracia comunista...”

Para concluir, *La Cultura en México* se refería al enfrentamiento entre este joven de 27 años y Axel Springer, el magnate de la prensa alemana. De algún modo, ambos personificaban las dos caras de Alemania: por un lado, el muchacho impulsivo, tenaz, revolucionario; por el otro, el viejo conservador, nacionalista, exitoso. Sus ideas y sus perspectivas sobre la sociedad alemana eran radicalmente distintas, por lo cual no resulta extraño que la pugna entre estos dos hombres resumiera la batalla generacional que se llevaba a cabo en las calles de Berlín.

Entre tanto, Cohn-Bendit afirmaba en una entrevista para la revista italiana *La Fiera Letteraria* reproducida en *La Cultura en México*:

– Desde el punto de vista ideológico, ¿cómo se define?

– Soy un militante revolucionario, es decir, quiero cambiar radicalmente a la sociedad. Para mí, la única cosa por hacer es conducir una crítica y una acción de impugnación total contra el funcionamiento de las instituciones represivas...

– ¿Sus motivaciones?

–La principal está basada en un análisis de la sociedad actual, que rechazo en bloque.

–¿Su objetivo, como jefe revolucionario estudiantil?

–Derribar al régimen golista...

–¿Es posible llegar a una unión entre estudiantes y trabajadores para llevar a la práctica sus propósitos?

–Sirviéndonos de los medios de acción tradicionales de los movimientos obreros, la ocupación de los lugares de trabajo, los estudiantes hemos demostrado la falsedad del mito de la intangibilidad del régimen. Hemos abierto una brecha por la que se han metido los obreros. Si son éstos capaces de llegar hasta el final, ésa es otra cuestión...

En contraste con la mayor parte de la prensa mexicana del momento, que consideraba los hechos de París del todo ajenos a lo que ocurría en México, Francisco Martínez de la Vega, uno de los analistas más lúcidos de la revista *Siempre!*, lanzó el mismo día una nueva advertencia sobre la posibilidad real de que el país se contagiara con el entusiasmo revolucionario de los jóvenes de todo el mundo. Su artículo se titulaba “A todos les arde la casa. Cuidemos la nuestra”.

Sus razonamientos, a la luz de los años, suenan como una premonición, pero en realidad revelaban que, si se sabía leer la historia, era posible prever lo que podía ocurrir. Por desgracia, los argumentos de Martínez de la Vega fueron ignorados por el gobierno:

No será posible que nuestro país, a pesar de la solidez de su actual estabilidad, quede al margen de las tempestades renovadoras. En la medida en que esa renovación, ese viraje mundial a la izquierda sea advertido por nuestros gobernantes, México habrá obtenido la mayor victoria de su historia como país independiente. Si muchos altos funcionarios, los directores de las centrales obrera y campesina creen más a los banqueros que a los signos que nos llegan de todos los rumbos, esa estabilidad puede saltar hecha añicos, más pronto o más tarde, y mientras más tarde el estallido será más violento, más radical, con mayores consecuencias.

La muerte de Robert Kennedy

Justo cuando comenzaban a diluirse los disturbios parisinos, un nuevo crimen político sacudió al mundo: Robert Kennedy, recientemente elegido candidato a la presidencia de Estados Unidos por el Partido Demócrata, fue asesinado tal como lo había sido su hermano unos años antes. El editorial de *Siempre!* del 12 de junio resumía la noticia:

Esta reiteración del crimen como supremo y definitivo argumento político hace que, reforzando antecedentes y características de la política del gran imperio en los años posteriores a la segunda guerra mundial, la imagen de Estados Unidos sea, para el mundo entero, la imagen que con mayor fidelidad refleja la violencia, el instinto más primitivo de agresión.

Y concluía:

Contrastemos, frente a esta crisis de sangre, de crimen, de degeneración, el espectáculo que ha dado Francia. Diez millones de hombres sostuvieron durante veinte días una huelga que paralizó a la nación y amenazó derribar al gobierno. No hubo un solo muerto. Esto es más, mucho más digno de admiración, que ese orgullo imperial de Estados Unidos que parece expresarse más fielmente en la invasión de los países débiles, en el crimen elevado a la jerarquía de solución política, en la bomba criminal que se dejó caer, en negros días de vergüenza del hombre, sobre Hiroshima y Nagasaki. Pero todos, no sólo los admirados y envidiados estadounidenses, somos, en realidad, culpables.

Como puede observarse, se continuaba viendo la paja en el ojo ajeno sin la distancia necesaria para advertir la viga que estaba a punto de entrar en el propio. La crítica a Estados Unidos por un par de asesinatos políticos, jamás imaginaría que exactamente lo contrario de lo ocurrido en París estaba por acontecer en México.

1º AL 21 DE JULIO, 1968

El primer culpable

“Filósofo de la destrucción.” Así lo llamará Gustavo Díaz Ordaz en su IV Informe de Gobierno.

Quizás Herbert Marcuse no se enteró del epíteto que se le imponía, aunque desde luego siguió de cerca el desarrollo de los movimientos estudiantiles que se sucedieron en el mundo a lo largo de 1968, muchos de ellos supuestamente inspirados en sus ideas.

El pensamiento de Marcuse tiene su origen en la Escuela de Francfort, un núcleo del marxismo occidental que floreció en Alemania en los años veinte y treinta con personajes de la talla de Max Horkheimer, Theodor Adorno, Leo Löwenthal, Hans Mayer y Erich Fromm, entre otros. La cuna de lo que ellos denominaron “teoría crítica” fue el Institut für Sozialforschung (Instituto de Investigaciones Sociales) de Francfort, creado por Felix Weil en junio de 1924. Desde su creación, el instituto estuvo integrado por destacados filósofos marxistas, como Friedrich Pollock, Karl August Wittfogel y Cari Grünberg, su primer director. Sin embargo, fue bajo la dirección de Horkheimer que el instituto desechó sus orígenes austromarxistas e inició una ascendente carrera hacia la teoría crítica en campos tan disímbolos como la teoría literaria, la musicología, la filosofía heideggeriana e incluso el psicoanálisis.

A diferencia de los marxistas clásicos y de los marxistas-leninistas, los investigadores de la Escuela de Francfort propusieron una visión cuyo objetivo era interpretar la realidad más que transformarla. Aunque la idea de praxis había sido el principal motor del marxismo hasta entonces —la conciencia de que la filosofía iba a servir por primera vez para transformar al mundo—, los francfortianos se inclinaban hacia una crítica ajena a la intervención de la filosofía en la realidad. Pero entiéndase bien: no se trataba de que olvidasen el carácter utópico y revolucionario del marxismo, acaso uno de sus componentes fundamentales; simplemente lo cargaban, en la mayor parte de los casos, con un pesimismo inédito. Como señaló el filósofo brasileño José Guilherme Merquior, no extraña que se hayan sentido compelidos a descartar la decimoprimer tesis de Marx sobre Feuerbach, la cual indicaba que la filosofía debía cambiar al

mundo, no interpretarlo. En contraposición, ellos adoptaron una visión contemplativa con su teoría crítica.⁶

El punto más característico de los francfortianos era la lucha que sostenían contra lo que llamaron, de acuerdo con Marx y Lukács, “reificación” o alienación del hombre. Theodor Adorno redefinió críticamente la dialéctica al afirmar que es la “intransigencia contra cualquier reificación”. Pero, a diferencia de Lukács, quien consideraba que la misión de los intelectuales era proporcionar a los trabajadores la conciencia de clase que les hacía falta, los francfortianos –educados, en su mayoría, en el ambiente de la alta burguesía judía y académica– preferían esforzarse en proporcionar una teoría del mundo alejada de las masas populares.

De entre los diversos miembros de la Escuela de Francfort, Herbert Marcuse (1899-1979) disfrutó de una fama más inmediata. Judío berlinés, Marcuse comenzó como socialista de izquierda desde la primera guerra mundial; posteriormente estudió a Heidegger, a quien trató de armonizar con Hegel, y por fin se sumó al Instituto de Investigaciones Sociales en 1932. Nunca estuvo cerca del estilismo. Al final de la segunda guerra, sus escritos lo habían vuelto ya una presencia importante en el ámbito filosófico mundial, apreciado tanto en la Freie Universität de Berlín como en la izquierda californiana.

Gracias a la publicación de *Eros y civilización* –que apareció en alemán en 1955 y en español, en traducción de Juan García Ponce, en 1965– Marcuse se convirtió en un filósofo apreciado incluso por el gran público. ¿La razón? Mientras los demás miembros de la Escuela de Francfort tendían a una *Kulturkritik* demasiado pesimista, con esta obra Marcuse lanzaba un nuevo reto de optimismo revolucionario que lograría seducir a los jóvenes. Al usar algunas de las ideas liberadoras del psiquiatra Wilhelm Reich que habían conseguido escapar del olvido, Marcuse aportó el bagaje filosófico necesario para el ansia de liberación que predominó en los sesenta. Al contrario de sus compañeros del instituto, quienes seguían encontrando en Marx una fuente de alivio a la enajenación y la miseria humanas, Marcuse –como, en otro sentido, Fromm– puso mayor énfasis en la obra de Freud. La forma de rescatar al ser humano de la enajenación capitalista era rescatar algunos de los impulsos que se encargaba de reprimir por la presión de la sociedad capitalista. Al seguir la clásica teoría freudiana de instintos de vida y muerte, Marcuse identificó los primeros con las tendencias libidinales del individuo en perpetua lucha con los segundos, las fuerzas opresoras de la sociedad.

En medio de este sombrío panorama, *Eros y civilización* clamaba por un cambio radical, por la liberación de las pulsiones reprimidas. Dividido en dos

⁶ Merquior, 1986, p. 150.

largas partes, tituladas respectivamente “Bajo el dominio del principio de realidad” y “Más allá del principio de realidad”, el libro de Marcuse consideraba que, si bien existía una represión de los instintos necesaria para el mantenimiento de la civilización, tal como había señalado Freud, no había ninguna razón para soportar el dolor o la presión extremas provocados por la nueva sociedad industrial. El hombre debía permitir que sus impulsos hedonistas saliesen a la superficie, pues éste era el único modo de liberarlo verdaderamente.

Los individuos libres debían construir una nueva sociedad que permitiese la expresión de la libertad artística y de los impulsos narcisistas y que tuviese sus propias leyes, prioridades y sistemas. Porque era necesario mantener el principio de realidad freudiano para permitir la convivencia social, la fantasía creadora, la utopía y la dimensión estética, es decir, las potencias dominadas por Eros permitirían hallar las fuerzas necesarias para edificar una sociedad más humana. Por el contrario, una sociedad basada en la represión, como la actual, era una sociedad obsesionada por el culto a Thánatos, el impulso de muerte según Freud. Hacia un sistema como éste no quedaba más remedio que ejercer lo que Marcuse llamó “el Gran Rechazo”:

En una sociedad represiva la muerte misma llega a ser instrumento de la represión. [...] Los poderes que existen tienen una profunda afinidad con la muerte: la muerte es un signo de la falta de libertad, de la derrota. [...] En contraste, una filosofía que no trabaja como la servidora de la represión responde al hecho de la muerte con el Gran Rechazo —la negativa de Orfeo, el libertador. La muerte puede llegar a ser un signo de libertad. La necesidad de la muerte no niega la posibilidad de una liberación final. [...] Pero ni siquiera el advenimiento último de la libertad puede redimir a aquellos que mueren en el dolor. Es el recuerdo de ello y la culpa acumulada de la humanidad contra sus víctimas, el que oscurece la posibilidad de una civilización sin represión.⁷

Como era de esperarse, semejantes teorías eran la motivación que necesitaban muchos de los jóvenes de la época para comprender su lucha contra el establishment. Llevada a sus últimas consecuencias, simplificada y trivializada, la teoría liberadora de Marcuse sirvió para amparar ideológicamente a grupos tan diversos como los hippies y las minorías raciales. Cierta gusto neorromántico por la revolución, ya presente en Marcuse, encontró su mejor caldo de cultivo en los jóvenes.

⁷ Marcuse, 1965, pp. 250-251.

En 1964, casi diez años después de *Eros y civilización*, Marcuse publicó una nueva obra: *El hombre unidimensional*. Traducida, como la anterior, por García Ponce, apareció en México a principios de 1968. Si *Eros y civilización* fincaba su éxito en la lucha optimista contra la enajenación en la psique individual, *El hombre unidimensional* volvió al pesimismo característico de la Escuela de Frankfurt al considerar las escasas perspectivas de éxito en la lucha contra la enajenación provocada por la sociedad tecnológica.

En vez de entusiasmarse con el ansia liberadora, ahora Marcuse se limitaba a criticar el sistema mundial, enjaulado en la técnica, que hacía imposible el desarrollo de los individuos. Según el filósofo, el mundo entero se había contagiado, sin darse cuenta, del totalitarismo fascista, así fuera la Unión Soviética y sus satélites o Estados Unidos y el supuesto “mundo libre”. En uno y otro caso existía una “coordinación economicotécnica” encargada de manipular las necesidades de los individuos a través de intereses establecidos. Si en un ámbito el totalitarismo era fundamentalmente burocrático, en el otro los individuos eran reducidos a la condición de zombies manipulados por el consumismo y los medios masivos de comunicación.

En el nuevo esquema de Marcuse ni siquiera la historia era capaz de redimir al individuo, como pensaban los marxistas ortodoxos. Al contrario, la ciencia y la técnica habían hecho que las tesis clásicas de Marx sobre la lucha de clases perdieran toda vigencia. Ahora, las máquinas eran las encargadas de llevar a cabo la producción, por lo cual dejaba de importar la acción de los trabajadores y su oposición a los dueños de las industrias. Como resume Merquior, para Marcuse “en una ‘sociedad sin oposición’ la tecnología reifica todo y a todos irremediamente”.⁸

Marcuse pensaba, sin embargo, que en las sociedades tecnológicas modernas siempre existe un grupo considerable de “marginados y desposeídos”, capaces de articular un Gran Rechazo al establishment. Aunque en un principio Marcuse pensaba que esta labor estaba reservada para esta suerte de lumpenproletariado, la explosión vital de los estudiantes en 1968 lo obligó a reconocer en ellos la única fuerza capaz de oponerse a la sociedad tecnológica. Merquior afirma que “el aplauso extático de la contracultura en el conjunto de los tumultos estudiantiles deleitó a Marcuse. Él correspondió abandonando sin tardanza sus sombrías perspectivas sobre el curso de la historia”.

En el agitado escenario de 1968, Marcuse era una de las referencias imprescindibles para comprender las tensiones que comenzaban a vivirse. Su feroz crítica a los sistemas represivos —y, por extensión, a la falsedad totalitaria

⁸ Merquior, p. 205.

de las democracias occidentales—, así como su exaltación revolucionaria del individuo, fue la piedra de toque para muchas de las acciones que se llevaron a cabo entonces. Así como numerosos líderes estudiantiles —como Rudi Dutschke o Daniel Cohn-Bendit— se declaraban abiertamente marcusianos a pesar de las contradicciones que podían descubrir en la filosofía del maestro, tampoco era extraño que los poderosos considerasen a Marcuse, igual que a muchos otros intelectuales, como los responsables directos de la agitación. A pesar de su ingenuidad, la mención de Díaz Ordaz en su Informe es una buena muestra de la importancia que, al menos en las mentes de los gobernantes, poseían las palabras de los intelectuales.

Marcuse en México

En 1966, Marcuse había visitado México, invitado por Enrique González Pedrero para impartir una serie de conferencias durante los cursos de invierno de la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Éstas fueron publicadas en 1968 con el título *La sociedad industrial contemporánea*.

Según el filósofo Francisco López Cámara, uno de los pocos conocedores mexicanos de su obra en ese momento, en cuanto Marcuse llegó al aeropuerto de la ciudad de México pidió que se le llevara a la Universidad Nacional, donde Erich Fromm daba una charla, porque quería encontrarlo y discutir con él algunos puntos de la larga y añeja polémica que ambos mantenían.⁹ Aunque el encuentro entre los dos filósofos no tuvo lugar, la presencia de Marcuse en México fue un verdadero éxito y contribuyó mucho a la difusión de sus libros entre maestros y estudiantes. Como dice López Cámara, “no sorprende mucho esta popularidad de Marcuse entre los jóvenes de aquella época, no sólo por sus peculiares teorías ‘revolucionarias’, sino porque sus proyecciones se ajustaban como anillo al dedo en sectores sociales cuya ‘constitución’ o ‘textura’ estaba pidiendo a gritos una válvula de escape mitad marxista y mitad freudiana”. O, como diría González Pedrero poco después, refiriéndose al movimiento estudiantil mexicano: los jóvenes amotinados daban una lección de cómo vivir *racionalmente*. “Marx de día y Freud de noche”, la perfecta síntesis de la obra marcusiana.

En las tres conferencias que dictó en la UNAM, Marcuse se centró en el tema asignado para aquel curso de invierno: la moderna sociedad industrial. Según recuerda López Cámara, en ellas el filósofo regresaba a los postulados

⁹ López Cámara, 1989, p. 11.

fundamentales de lo que se ha llamado “freudo-marxismo” y a las tesis de Wilhelm Reich, el famoso psicoanalista heterodoxo que había sufrido el mayor descrédito académico por sus tesis sobre la liberación de los instintos libidinales. Acaso por ello, supone el investigador mexicano, Marcuse nunca se refirió explícitamente a la influencia de Reich en su filosofía e incluso lo desdeñó en dos plumazos en el epílogo de *Eros y civilización*. A partir de la teoría de la enajenación del individuo proveniente de las ideas del joven Marx, Marcuse elaboró sus ideas sobre la represión, la cual es “tanto más imponente y destructiva cuanto más moderna y civilizada se vuelve la sociedad”.

Aunque Freud había realizado ya un profundo análisis de los mecanismos represivos de la sociedad y del individuo, Marcuse iba más allá, al grado de volverse optimista; es necesario recordar que, en esta época, la idea central del filósofo era la búsqueda de una nueva utopía: la posibilidad de liberar al individuo a través de la construcción de una sociedad no represiva. Pero, se pregunta López Cámara, ¿era posible una civilización así? Para responder a esta pregunta, explica que Marcuse halló dos caminos, uno por vía de Marx y otro por vía de Freud.

Según Marx, el trabajo es un “mecanismo históricamente necesario para la supervivencia del hombre”. Pero, asimismo, mediante el trabajo el hombre se enajena y cosifica. A fin de lograr la liberación, no hay más remedio que construir una sociedad muy industrializada que les permita a los individuos regresar al trabajo verdaderamente *humano*: el arte, la ciencia, los juegos, el amor, la sexualidad. En esa etapa, de acuerdo con Marx, el hombre sería tan libre que “hoy haría una cosa, mañana otra”.

Sin embargo, desde la década de los cincuenta se hizo evidente que la industrialización no sólo no liberaba al hombre, sino que se encargaba de oprimirlo más. A pesar de que en un principio la tercera revolución industrial hubiese hecho albergar esperanzas sobre una futura etapa de liberación y paz, Freud tuvo más razón y los hombres se vieron más duramente reprimidos que nunca. Según Marcuse, “la más efectiva subyugación y destrucción del hombre por el hombre se desarrolla en la cumbre de la civilización, cuando los logros materiales e intelectuales de la humanidad parecen permitir la creación de un mundo verdaderamente libre”.¹⁰

En sus conferencias de los cursos de invierno de 1966, Marcuse afirmó que la diversidad de las satisfacciones típicas de la sociedad industrial esconde en realidad un conflicto subyacente que impide la realización de la verdadera libertad. El hombre no debe ser obligado a fungir como el medio para un fin, sino que es un fin en sí mismo. Por ello, tanto las nuevas necesidades como las

¹⁰ Marcuse, 1965, pp. 19-20.

satisfacciones que ocasiona la nueva sociedad industrial “operan contra la auténtica liberación del hombre”. El resultado es sólo un crecimiento de las tendencias destructivas de los individuos, de modo que una “notable activación de la agresividad” impregna a la sociedad tecnológica.¹¹

Marcuse y el movimiento estudiantil

El 26 de junio de 1968, dos años después de que Marcuse impartiese sus charlas en los cursos de invierno de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, justo cuando sus ideas parecían haberse vuelto reales con los movimientos estudiantiles, *La Cultura en México* decidió reproducir, con el título “Sociedad industrial y revolución”, una de las mesas redondas en las cuales participó Marcuse entonces, al lado de los filósofos André Gorz y Serge Mallet, y con la participación de Víctor Flores Olea como moderador. Reproduzco algunos de los puntos del debate entre ellos.

MARCUSE: Voy a tratar de formular algunas tesis sobre la sociedad industrial avanzada. Primera: La sociedad industrial, como tal, no existe. Existe, sí, pero con formas diferentes, en términos de instituciones sociales y políticas; la diferencia esencial se da entre la sociedad industrial socialista y la capitalista. Segunda: La sociedad de Estados Unidos representa un caso especial dentro del segundo grupo, por ser la más avanzada en cuanto al progreso técnico y la productividad y también, quizás, en cuanto a la organización social. ¿Es sólo una diferencia histórica o además estructural? Tercera: La presión de las contradicciones clásicas del capitalismo se sigue dando en la evolución del capitalismo avanzado: son los conflictos entre las formas de producción y su utilización restrictiva, represiva y aun destructiva. Cuarta: Como el capitalismo avanzado tiene que extender su poder global frente al crecimiento del comunismo, la contradicción se hace más grave. [...] Quinta: El aumento de la productividad y el progreso técnico permite concesiones bastante amplias a las clases explotadas. [...] El resultado es la integración de la oposición dentro del sistema del capitalismo avanzado. Y esa integración se hace bajo la forma de una democracia totalitaria. Sexta: Sin embargo, la integración sólo ha sido eficaz en Estados Unidos. [...] Séptima: El capitalismo avanzado sintetiza dos tendencias: el estado del bienestar y el

¹¹ Marcuse, en varios, 1967, p. 55.

estado militarista; el capitalismo de estado y el capitalismo privado; la democracia de masas y una política autoritaria; las libertades y la explotación; el progreso técnico y la destrucción; la concentración de la riqueza y la pobreza perpetuada. Octava: Estas tendencias se reproducen a una escala cada vez más amplia. [...] Novena: Las fuerzas de oposición pueden integrarse en las siguientes categorías: estratos subprivilegiados en países capitalistas (minorías de raza, desempleados, regiones de miseria), proletariado rural y urbano en países atrasados, estratos opositores [sic] de la clase media en Europa, *intelligentsia* opositora. Décima: [...] Para movilizar a las diversas capas, hay que organizarlas y activarlas en diversas escalas: el desarrollo de la conciencia y la dirección teórica, las reivindicaciones económicas llevadas a la acción política, la coordinación de los distintos movimientos de oposición en la escala nacional, la consolidación de los movimientos de liberación de los países atrasados. Undécima: La oportunidad histórica de estas fuerzas crece en la medida que los cambios profundos del proceso de producción capitalista, sobre todo la automatización, tienden a militar contra la base misma del sistema: la economía de cambio y la propiedad privada de la plusvalía.

GORZ: [...] Me referiré al problema de si el desarrollo técnico es en sí represivo. Creo que una condición de la emancipación del trabajador es un nivel técnico que permita la polivalencia en el trabajo y el carácter creador del trabajo. [...] En cuanto a la sociedad obrera, es evidente que no puede tener un carácter liberador ni de ruptura dentro de la sociedad capitalista si no cambia la estructura política de esa misma sociedad. La lucha por la autogestión no puede tener otro fin que el cambio radical de todas las relaciones de producción y, en última instancia, la supresión de la sociedad capitalista.

MALLET: [...] Creo que sería peligroso estudiar al sistema neocapitalista como un modelo que se desarrolla de una manera lineal, de un país sobre otro país, sin tener en cuenta la agravación de las contradicciones inter-imperialistas en los últimos años. [...] No creo que estas contradicciones sean suficientes para desarrollar por sí solas una situación revolucionaria en los países de Europa occidental. Sólo afirmo que crean posibilidades importantes para los movimientos socialistas y obreros de Europa occidental, a condición naturalmente de que sepan aprovecharlos.

MARCUSE: Antes que nada, quiero defenderme radical y violentamente contra un hecho bastante grave: no he dicho jamás que el desarrollo técnico, como tal, sea una fuerza represiva o regresiva. He dicho que es sólo el empleo dado a la tecnología el que engendra las tendencias

represivas y destructivas de la sociedad industrial. [...] En cuanto al papel de los intelectuales, encuentro grandes semejanzas con la primera mitad del siglo XIX, en los tiempos de Marx es una tarea de educación, de desarrollo de la conciencia. [...] El último punto es sobre las contradicciones del capitalismo. Mallet dice que se han agravado. Yo no lo creo. Yo creo que esas contradicciones pueden resolverse dentro del marco global del sistema.

FLORES OLEA: Me gustaría subrayar algunos puntos que podrían discutirse: el problema de las oportunidades revolucionarias en Europa y el tercer mundo y el de las relaciones posibles entre los movimientos revolucionarios de los países avanzados y los de los países subdesarrollados.

GORZ: [...] Yo creo que a los movimientos socialistas y obreros de Europa les faltan filósofos, en un sentido amplio, es decir, hombres capaces de hacer la síntesis de las necesidades histórico-vitales en una perspectiva totalizante. [...] Por último, creo que las necesidades vitales están históricamente condicionadas, es decir, que en un momento dado pueden ser percibidas como necesidades vitales algunas que no lo habían sido anteriormente. Y no hay ninguna razón para pensar que esas necesidades, que no tienen que ser precisa y únicamente la miseria, la pobreza extrema, no puedan llegar a fundamentar reivindicaciones explosivas y una voluntad revolucionaria, siempre que un partido de masas las haga conscientes.

MALLET: En cuanto a las necesidades vitales, nunca están satisfechas cuando los hombres ven que frente a ellos existen modelos de vida superiores. No se trata de saber que uno vive menos bien que los otros: eso que vivieron los padres; el problema está en saber que uno vive menos bien que otros: eso es lo que se resiente.

MARCUSE: ¿Qué puede ofrecer el socialismo a la población de los países avanzados? Sé muy bien que hay miseria y pobreza, pero supongo que el capitalismo organizado puede resolver o al menos enfrentarse al problema y extender gradualmente los beneficios de un nivel de vida más elevado a los estratos subprivilegiados de la población. ¿Cuáles son los beneficios que puede aportar el socialismo en esa situación? La satisfacción de las necesidades vitales y aun de las culturales puede ser una tarea que puede resolverse dentro del marco del capitalismo avanzado. ¿Cuál es la diferencia esencial entre el socialismo y el capitalismo avanzado? Naturalmente, la libertad.

MALLET: [...] Pienso que la toma de conciencia del socialismo consiste

precisamente en plantear ahora, en la sociedad capitalista tal como existe, el conjunto de esos impulsos autónomos que son impugnaciones del régimen capitalista.

MARCUSE: ¿Cuáles?

MALLET: Pues... pues... Me refiero a las que conciernen a la organización de la vida social, a la organización de la vida urbana...

MARCUSE: ¿Qué necesidades autónomas?

MALLET: Todas las necesidades relativas al papel del hombre en la producción. [...] Se está dando un caso muy peculiar por lo que se refiere a los "ídolos" de los jóvenes: entre la juventud estadounidense, lo mismo que en Francia, son gente como Bob Dylan, que precisamente impugnan las estructuras de la sociedad en lo que tienen de fundamental, los que se han convertido en ídolos de los jóvenes. Usted dice que, al pasar al socialismo, hay que atravesar por una fase coercitiva-educativa durante la cual habrá que decidir soberanamente cuáles son las necesidades y cuáles las aspiraciones "autónomas" de la gente. ¿Quién va a decidirlo? ¿Los patronos? ¿La clase dirigente? ¿Los jefes políticos? ¿El grupo dirigente del partido? ¡Ya conocemos eso!

MARCUSE: No necesariamente.

MALLET: Ah, ¿entonces quién va a decidirlo?

MARCUSE: Los individuos democráticamente controlados.

MALLET: ¿Controlados por quién? ¿Qué es una fuerza coercitiva? Le aseguro que me da mucho miedo...

MARCUSE: Controlados por ellos mismos.

MALLET: Por una parte, usted pone en duda la posibilidad de tener, dentro del sistema capitalista, tendencias autónomas que impugnan al modelo y, por otra, nos construye usted, para después de instalado el socialismo, una especie de Kulturkampf de los que hasta ahora hemos tenido ejemplos bastante funestos. Precisamente en la Unión Soviética se produjo una desviación porque se decidió que había que reeducar a la gente y pasarla por un tamiz. ¡Los resultados no redundaron en la autonomía de la decisión de los productores!

MARCUSE: Por la dictadura sobre la población. [...] Yo sostengo que hay una sola necesidad que el capitalismo no puede satisfacer jamás, ni el capitalismo organizado ni el capitalismo de estado, y es la necesidad de libertad individual, de autonomía individual. Esa es la necesidad fundamental y es una necesidad social. Sólo una sociedad basada en la libertad, en la autonomía individual, es una sociedad socialista. Pero, ¿qué puede hacerse si los hombres han sido educados y controlados de tal

manera que prefieren el bienestar material a la libertad? En ese caso, hay que destruir primero la represión misma y ése no es un proceso muy democrático. No he pensado en la dictadura de una burocracia, ni siquiera en la dictadura de los filósofos. Pero creo realmente que puede educarse a cada individuo para que se convierta en filósofo. La filosofía no es en ese caso un privilegio sino una necesidad vital. Pienso en la dictadura de los individuos libremente asociados contra las fuerzas represivas, aun en el seno del propio socialismo.

Como lo demostraban los hechos en el momento en que fue publicado este debate, parecía que a fin de cuentas Marcuse tenía razón. Sus ideas se llevaban a cabo en la práctica a través de esos jóvenes rebeldes a los que en 1966 el filósofo aún no prestaba demasiada atención. Inconformes, los estudiantes no buscaban saciar sus necesidades materiales, ni siquiera pretendían mejores niveles de vida; al contrario, su lucha se dirigía —como quería Marcuse— contra los sectores más represivos del capitalismo: la burocracia y la policía.

Convencidos de la autonomía individual, renegaban de los cauces democráticos y, “controlados por sí mismos”, “libremente asociados”, luchaban con todo su entusiasmo contra las “fuerzas represivas” del capitalismo organizado y del capitalismo de estado, de las democracias occidentales y de las burocracias del este.¹²

Para completar las opiniones de este debate, el moderador de aquella mesa, Víctor Flores Olea, escribió en el mismo número de *La Cultura en México* sobre una de las más perturbadoras teorías de Marcuse, la idea de una *democracia totalitaria*.

Según Flores Olea, hasta hacía relativamente poco tiempo se pensaba que la represión era una tendencia exclusiva de los países subdesarrollados o de los regímenes totalitarios. De hecho, parecía que la idea misma de revolución, en poder de un proletariado aburguesado en los países desarrollados, era una idea “preindustrial y pretecnológica” que sólo conservaba su atractivo en la marginalidad o el atraso del tercer mundo.

En opinión del politólogo, esta imagen esquemática refleja con elocuencia las más distintas posiciones frente al cambio económico-político en el mundo moderno. Para Sartre, por ejemplo, la “salud” sólo podía venir del tercer

¹² Años después, Brian Magee entrevistó a Marcuse y le preguntó directamente: “¿Cómo se explicaría que los movimientos estudiantiles de los sesenta y principios de los setenta se hayan dirigido hacia los libros de usted?” Marcuse respondió: “Yo no fui el mentor de las actividades estudiantiles de los sesenta y principios de los setenta. Lo que hice fue formular y articular ciertas ideas y propósitos que estaban en el aire. Eso fue todo. La generación estudiantil que entró en actividad durante aquellos años no necesitaba ninguna figura de padre o de abuelo que los encabezara en su protesta contra una sociedad que día con día revelaba su iniquidad, injusticia, crueldad y capacidad general de destrucción” (*Vuelta*, n. 35, x, 1979).

mundo: de China, de Cuba, de Vietnam, de las montañas venezolanas o bolivianas. También para él la revolución está clausurada en los países avanzados.

De este modo, siguiendo las tesis de Marcuse, Flores Olea opina que las condiciones políticas y económicas de la sociedad industrial avanzada se unen en un solo centro de poder que “integra el interés general al interés privado”. Así, el poder represivo puede ocultarse mucho tiempo detrás de una malla de fenómenos democráticos capaces de engañar sobre su verdadera naturaleza, pero cuando esos factores se desbalancean, las supuestas sociedades democráticas no tardan en mostrar su verdadero rostro.

Por estas razones ha sostenido Marcuse, en un contexto que trasciende la aparente contradicción de los términos, que hay aquí una *democracia totalitaria*, significando con ello que al mismo tiempo que se conservan formalmente los organismos políticos de la tradición liberal (vaciados de contenido) se decide autoritariamente y al margen de cualquier control popular, o a partir de la adhesión manipulada y condicionada de la sociedad.

Esta idea es central en el pensamiento de Marcuse, y acaso también sea el fundamento de su escepticismo ante las posibilidades de un cambio. Las propias tendencias burguesas y controladoras de la sociedad se encargan de educar a los individuos con aprecio de los valores materiales por encima de su propia libertad, lo cual inhibe su capacidad de rebelión. El capitalismo avanzado utiliza la tecnología y los avances de la ciencia para negar cualquier fin propiamente “humano”. La gran contradicción es que, a pesar de su apariencia democrática, este sistema es incapaz de asegurar la libertad individual.

Al subrayar estas contradicciones, Flores Olea piensa, como Mallet, que *El hombre unidimensional* de Marcuse es uno de los libros más subversivos que se han publicado a lo largo del siglo.

En su columna “Calendario” de *La Cultura en México* del 8 de mayo, José Emilio Pacheco ya había advertido a la opinión pública mexicana sobre el papel determinante que desempeñaba Marcuse en la ideología del movimiento estudiantil alemán.

“Así como *Los condenados de la tierra* es la Biblia del Poder Negro”, afirmaba Pacheco, “los rebeldes de las sociedades opulentas afirman que el ideólogo de la rebelión moral, política e intelectual de los jóvenes es Herbert

Marcuse.” Y añadía que, de acuerdo con los profesores de la Universidad Libre de Berlín, quienes han estudiado concienzudamente al filósofo, el capitalismo se encuentra en una “situación prefascista que sólo puede conjurarse por medio de la revolución”.

Según Pacheco, Marcuse se destaca, sobre todo, por haber sintetizado hábilmente a Marx y a Freud. Y recuerda que otro destacado intelectual alemán de Estados Unidos, Erich Fromm, ha conseguido hacer algo semejante; sin embargo, mientras éste continúa con una vertiente optimista, muy propia de la sociedad estadounidense, en la actual época de crisis y locura sólo las desesperadas tesis de Marcuse ofrecen una explicación a lo que ocurre al reunir la “visión pesimista de Freud con la visión apocalíptica de Marx”.

Asimismo, el poeta hace mención de que Juan García Ponce fue el primero en traducir a Marcuse a nuestro idioma, inicialmente en la revista de la *Universidad de México* (1963) y luego con las traducciones de *Evos y civilización* y *El hombre unidimensional*. No obstante, para estas reflexiones, Pacheco cita otro texto del filósofo, “Agresividad y sociedad industrial contemporánea”, publicado en la revista peruana *Amaru* en ese año.

En este artículo, Marcuse afirma que la tensión que sufre el individuo depende de su funcionamiento en relación con el de la sociedad; de hecho, “la sociedad es el factor de la normalidad”. Una sociedad está enferma cuando “sus instituciones y relaciones básicas no permiten el aprovechamiento de los medios existentes para el desenvolvimiento pleno del ser humano”.

En la moderna sociedad de la abundancia, el desequilibrio entre el individuo y la sociedad no deja lugar más que a la represión. Esta puede tomar la forma de una manipulación de la psique individual, otorgándole un sentido libidinal a la compra de mercancías, sean éstas cosas, servicios o incluso candidatos. En un sistema así, el individuo en realidad sólo coopera para su propia desgracia, lo cual se traduce en una creciente insatisfacción. Siguiendo a Freud, Marcuse considera que esta insatisfacción es la causante de la exacerbación de las tendencias tanáticas del individuo, en contra de sus tendencias positivas hacia el Eros. Y sólo Eros es capaz de conservar y proteger la vida humana:

De ser exacta la teoría de Freud según la cual los impulsos destructivos tienden a aniquilar la propia vida del individuo, sin temor a pasar por encima de otras vidas y metas, entonces –concluye Marcuse– podríamos hablar de una tendencia suicida de esta sociedad, y el juego universal con la destrucción total habría encontrado una base sólida en la estructura instintiva de los individuos.

Si esto es verdadero, la revolución no es la puesta en práctica de una tendencia destructiva de los individuos, sino un mecanismo liberador del Eros. La revolución se justifica porque es productora de vida, no de muerte; su papel en la historia es el de eliminar los yugos de las sociedades represivas para instaurar una nueva era en la cual no es tan importante el factor económico, como pensaba Marx, sino la liberación completa de los individuos.

El final del movimiento

El 28 de mayo, al revisar de nuevo los acontecimientos de París en un texto sin firma titulado “Poder estudiantil: desconfía de todo aquel mayor de 30 años”, *La Cultura en México* volvió a referirse a la vinculación entre el pensamiento de Marcuse y el movimiento estudiantil.

El artículo de *La Cultura en México* comenzaba con una cita de *Le Nouvel Observateur*. “El movimiento del Poder Estudiantil es aún más importante que el movimiento del Poder Negro”. Al respecto, *La Cultura en México* indica que la prestigiosa revista francesa dedica un artículo especial de Serge Mallet a revisar el papel de Herbert Marcuse, “el principal ideólogo del movimiento que lleva a los adolescentes de todas las universidades del mundo a impugnar los fundamentos mismos de la sociedad que los rodea”.

En su artículo, Mallet vuelve a afirmar que *El hombre unidimensional* es el libro “más subversivo que ha aparecido en Estados Unidos en lo que va del siglo”. Según él, cada una de las acciones de los jóvenes, así como sus planteamientos teóricos, parecen derivar de la obra marcusiana. Tanto Daniel Cohn-Bendit, el guía del mayo francés, como Rudi Dutschke, el dirigente de los estudiantes alemanes, confesaron haber leído al filósofo y haberlo convertido en un punto de referencia de su acción política.

Además del artículo de Mallet, *La Cultura en México* reproducía fragmentos de sendas entrevistas concedidas por Daniel Cohn-Bendit a *Le Nouvel Observateur* y por Rudi Dutschke a *The Guardian*, en las cuales los dos líderes se refirieron a su vinculación marcusiana y trataron de dejar claro que su revuelta poseía sólidas bases teóricas.

En la primera de éstas, el líder del mayo francés afirmó que “su objetivo inmediato es politizar la universidad”. Y más adelante: “De ahí ha partido la politización: poner en tela de juicio el sistema capitalista y la función social que se atribuye a la universidad; rechazo por parte de los estudiantes de ser futuros

cuadros formados para explotar a la clase obrera”.

Por su parte, Dutschke sentenciaba: “No se pueden cambiar las universidades sin primero cambiar la sociedad”. Y más adelante:

Debemos odiar a algunos elementos de la sociedad, pero también sentirnos culpables por ello. He recomendado el empleo de la violencia en algunos casos, sí, pero únicamente contra objetos y propiedades, no contra personas. No debemos combatir a la policía, pobres tipos, sino a los objetos. Sólo debemos recurrir a la violencia para oponernos a la violencia de la sociedad.

Por otra parte, el suplemento también trataba de responder a las preguntas clave de entonces:

–¿Qué tienen en común todos estos estudiantes que se rebelan en las principales capitales del planeta?

–Cuando menos dos cosas: son jóvenes y rechazan el mundo de sus mayores.

–¿Qué quieren?

–Hacer que la universidad deje de ser un bastión del conservadurismo para convertirse en la punta de lanza del radicalismo revolucionario.

En el mismo número, José Emilio Pacheco publicó un nuevo artículo que intentaba rastrear los orígenes de las revueltas de los últimos meses: “Raíz y razón del movimiento estudiantil”.

Como de costumbre, Pacheco se basaba en la información de un medio extranjero, en esta ocasión el diario inglés *The Times*, para realizar un balance de los movimientos estudiantiles en el mundo. Entre el 27 de mayo y el 1° de junio, Richard Davy, editor del periódico inglés, había publicado una serie de reportajes titulados “Students in Revolt”, los cuales fueron utilizados por Pacheco como fuente principal de sus juicios.

En opinión de Davy y su equipo de reporteros, el gran logro del movimiento juvenil ha sido que gracias a él las autoridades políticas y académicas de Europa al fin se habían decidido a emprender las transformaciones que durante mucho tiempo pidieron “en vano, y respetuosamente” los estudiantes.

Según Davy, en Inglaterra el activismo se había iniciado gracias a la llamada *Campaign for Nuclear Disarmament*, y creció debido a la guerra de Vietnam, el fracaso de los laboristas y la actividad de la Radical Students Alliance.

Del enfrentamiento en la London School of Economics (marzo, 1967) se pasó al choque con la policía frente a la embajada estadounidense en Grosvenor Square (marzo, 1968) y a la manifestación en la Universidad de Essex contra el doctor Inch –investigador del Chemical Defense Experimental Establishment en Porton Down, institución que proporciona fórmulas para “armas” empleadas en Vietnam–, acto que fue el punto de partida para una campaña en gran escala contra la guerra química bacteriológica.”

Pronto esta protesta eminentemente política se transformó en una protesta académica. Ya no sólo se trataba de repudiar el imperialismo, sino las diversas manifestaciones de la sociedad represiva en el seno de las universidades. Con variaciones, este fenómeno se repitió en todas partes. La pregunta importante, entonces, continuaba siendo si había existido un hilo conductor que uniese los movimientos de Europa, América y Asia. La respuesta de los editores de *The Times* es múltiple:

Depende de cómo se le mire. Subráyense los problemas locales, el contexto político, histórico y cultural, y cada ejemplo de activismo estudiantil es único. Subráyese la actitud mental de los jóvenes, y las autoridades, la frecuencia de las protestas contra Vietnam, la representación estudiantil en las posiciones de poder, la discriminación racial; reconózcase la importancia de las comunicaciones modernas, la diseminación de la información cultural, el deseo universal de libertad, la tendencia de los jóvenes a atacar lo establecido, y entonces puede alinearse a Dutschke con los guardias rojos, David Adelstein, los brasileños, los indostanos, los partidarios del Poder Negro, etcétera.

Aunque existían diferencias entre la agitación surgida en los países subdesarrollados –donde los estudiantes están más cerca de los grandes problemas nacionales– y la aparecida en los desarrollados –donde la protesta se centraba en cuestiones relativas al autoritarismo, la educación y la guerra–, en realidad parecía haber una asombrosa comunidad de intereses entre unos y otros. Este simple hecho demostraba la urgencia de una transformación social en todo el mundo.

Además, al contrario de lo que se afirmaba de quienes dirigían estos movimientos –que se trataba de simples revoltosos o agentes infiltrados para desestabilizar los distintos países–, Davy tenía una buena opinión de estos jóvenes:

Contra la demonología que pinta al estudiante rebelde como “fósil”, “destripado” o ausentista, y fiera ávida de sangre –afirmaba el editor de *The Times*–, la mayor parte de ellos son brillantes intelectualmente y amables en el trato personal. Podrían hacer carreras bien remuneradas en el mundo que aspiran a destruir. Naturalmente, muchos estudiantes fracasados se aprovechan del movimiento, pero la politización corre pareja con la capacidad de estudio y reflexión.

Uno de los rasgos comunes de estos jóvenes radicales, por lo menos en Europa y Estados Unidos, era que estaban matriculados en carreras como sociología, psicología o artes liberales, justamente aquellas áreas más saturadas, con pocos maestros y escasas perspectivas de crecimiento social, que necesitaban una reforma académica más urgente. Respecto a su ideología, Davy cree que existen menos coincidencias.

Es casi imposible definir la línea “ortodoxa” de los radicales. En general coinciden en abogar por la libertad de expresión para la izquierda, mas no para las opiniones de fascistas o proestadounidenses; la condena absoluta del liberalismo; el dejar que el pueblo decida, desacralizando las resoluciones del poder, rehusando alianzas con los líderes poderosos, a fin de crear una identidad personal y de grupo que pueda resistir a las tentaciones y a los efectos paralizantes del sistema. Dentro del sistema nada puede lograrse, y aunque muchos deploran la violencia, sienten que todos los demás caminos están bloqueados.

Para Davy y Pacheco, otra de las características de los diversos movimientos estudiantiles es que las organizaciones de jóvenes que los han provocado no poseen una ideología monolítica o un perfil de acción específico. Al contrario, casi cualquier miembro de la izquierda podía ser parte de ellas. Así ocurrió con la SDS estadounidense (Students for a Democratic Society), la SDS alemana (Liga de Estudiantes Socialistas), el Movimiento Studentesco italiano o el Zengakuren japonés. En todos los casos se trataba de grupos amplios, algunos de gran antigüedad.

En resumen, tanto Davy como Pacheco afirman que “no hay evidencia de una conspiración organizada pero no es casual que estudiantes de distintos países protesten por las mismas cosas y de la misma manera”. No obstante,

lo más parecido a una organización internacional de protesta es el

movimiento sindicalista, iniciado en Europa mucho antes de la Nueva Izquierda estadounidense y ahora asociado a ella. En un mitin de la Unión Nacional de Estudiantes Franceses, en Grenoble, se definió al estudiante como “el joven trabajador intelectual que estudia para el bien de la sociedad y es digno de ser pagado por su trabajo”. Por tanto, tiene derecho a la huelga y debe apoyar a los demás trabajadores.

Para concluir, Davy considera que, a pesar de todos estos factores que vuelven a los movimientos estudiantiles una consecuencia obvia de la situación social que comparten los jóvenes en todo el orbe, acaso lo que más haya unido a los diversos movimientos –así como a los estudiantes de cada país entre sí– sean las idénticas y erradas medidas de represión que han tomado los gobiernos contra ellos. En todas partes, las manifestaciones pacíficas han sido respondidas con violencia gubernamental y brutalidad policiaca. Este ha sido el verdadero elemento aglutinador de los jóvenes en el mundo. En cada lugar el esquema ha sido más o menos el mismo: frente a la protesta de los muchachos, las autoridades académicas de las universidades comienzan mostrándose inflexibles; luego, solicitan el apoyo de la fuerza pública; ésta reprime a los estudiantes, lo cual retroalimenta sus aspiraciones y su fuerza moral; en última instancia, las autoridades universitarias tienen que ceder. El resultado, en todas partes, es que por fin “los estudiantes han tomado conciencia de su poder”.

Para concluir con su análisis de los movimientos estudiantiles, *La Cultura en México* publicó el 17 de julio uno de los mejores números de su historia. Incluía una entrevista con Marcuse y otra con Sartre, un recuento detallado del movimiento estudiantil, a cargo de José Emilio Pacheco, un fragmento del nuevo libro de Carlos Fuentes dedicado al tema y una reseña de Carlos Monsiváis del libro de Fuentes.

La entrevista con Herbert Marcuse fue realizada por *The New Left Review*. Transcribo algunas preguntas y respuestas:

PREGUNTA: Cuando se habla de revolución en el presente, ¿se contribuye a una mistificación?

MARCUSE: La idea de revolución nunca es, en realidad, una mistificación. El hecho de que la revolución carezca de un agente identificable y de un movimiento organizado en el cual basarse no elimina su necesidad.

PREGUNTA: El concepto de libertad, ¿ha perdido al fin su fuerza revolucionaria en la “sociedad de masas administrada”?

MARCUSE: Si es el caso que el “concepto de libertad por el cual las

revoluciones y los revolucionarios fueron inspirados” está suprimido en los países industriales desarrollados con su creciente nivel de vida, este concepto es más exacto y abierto donde los oprimidos se están rebelando en contra del sistema. Es aquí que el concepto revolucionario de libertad coincide con la necesidad de defender la existencia desnuda: en Vietnam así como en las barriadas y en los ghettos de los países ricos.

PREGUNTA: ¿Puede el desarrollo contemporáneo de la sociedad aún interpretarse con conceptos de “enajenación”, “explotación”, “mínimo nivel de subsistencia” y “pauperización”?

MARCUSE: La economía política del capitalismo avanzado también es una “economía psicológica”; produce y administra las necesidades que el sistema demanda, incluso las demandas instintivas. Es este manipuleo de la dominación, combinado con la creciente satisfacción de necesidades, lo que pone en duda conceptos tales como enajenación, cosificación y explotación. El beneficiario de la “sociedad opulenta”, ¿no está de hecho realizándose él mismo en su ser alienado?, ¿no se encuentra a sí mismo de nuevo en sus *gadgets*, sus carros y su aparato de televisión?

PREGUNTA: ¿Qué significa el término “revolucionario” en una sociedad que, sin violencia, ha suprimido la idea de revolución y de su necesidad?

MARCUSE: Únicamente en alianza de las fuerzas que están resistiendo al sistema “desde afuera” podrá esta oposición [la de los estudiantes estadounidenses que luchan contra la guerra de Vietnam] convertirse en una nueva vanguardia; si permanece aislada corre el riesgo de caer víctima de la inoculación y así del sistema mismo.¹³

Uno de los actores e intérpretes más brillantes del movimiento estudiantil francés era, sin duda, Jean-Paul Sartre. Iniciador del existencialismo bajo la influencia de Heidegger, luego de la segunda guerra mundial trató de conciliar sus ideas con el marxismo. En 1968 participó activamente en las manifestaciones contra la guerra de Vietnam, e incluso formó parte del célebre Tribunal Russell. En aquellos días, su figura no tenía sombra alguna.

Al iniciarse la revuelta estudiantil, Sartre decidió estar al lado de los jóvenes, oponiéndose al autoritarismo y a la represión. Su condición de *mandarín* de las letras francesas volvió a manifestarse, convirtiéndolo en un símbolo de la revuelta. Al contrario de Marcuse, que sólo era el ideólogo de la revolución, alejado por completo de ella e incluso un poco sorprendido por su

¹³ EXC, 13, VII. Como detalle curioso, la prensa mexicana publicó el 13 de julio una nota de la agencia France Presse, en la cual se revelaba que Marcuse había tenido que huir de su casa, en la ciudad californiana de San Diego, porque el Ku-Klux-Klan lo había amenazado de muerte por comunista.

crecimiento, Sartre era un hombre de acción que estaba dispuesto a combatir en las calles.

En cuanto la agitación estudiantil francesa comenzó a salirse de cauce, Sartre redobló su apoyo a los jóvenes. El 3 de mayo publicó, junto con Blanchot, Gorz, Klossowski, Lacan, Lefevre y Nadeau, un manifiesto en favor de su causa, aparecido en *Le Monde*. Más tarde empezó a impartir conferencias en la Sorbona, y así entró en contacto con los líderes del movimiento, en especial con Daniel Cohn-Bendit. El encuentro fue lo suficientemente importante para que *Le Nouvel Observateur* se encargase de publicarlo.¹⁴

Por su parte, *La Cultura en México* también reprodujo una entrevista que el semanario alemán *Der Spiegel* realizó al filósofo. Reproduzco algunos fragmentos esenciales de este diálogo.

PREGUNTA: A fines de mayo, el estado degolista parecía encaminarse a su desintegración. A principios de julio, su poder parece más fuerte que nunca. Los degolistas recibieron 116 cumies más en las elecciones parlamentarias. ¿Cómo explica usted este cambio sorprendente? ¿Hay que achacárselo a la izquierda por no haber estado a la altura de su responsabilidad?

SARTRE: Ello depende de la izquierda de que se hable. Si se trata de los partidos, grupos y hombres que representan a la izquierda "política", la respuesta es sí, no pudieron cumplir con su tarea. Pero hay además otra izquierda, a la que yo llamaría "izquierda social", y que se le pudo observar, en mayo, en las fábricas en huelga, en las facultades ocupadas y en las demostraciones callejeras. Esta izquierda cumplió su tarea cabalmente: fue tan lejos como pudo y sólo fue vencida al final porque sus "representantes" la engañaron.

PREGUNTA: ¿Fue esto una sorpresa para usted?

SARTRE: No, porque no es nada nuevo. Desde mediados del siglo pasado se mantiene en Francia una diferencia esencial entre la realidad social y su forma política de expresión.

PREGUNTA: En muchas ocasiones pasadas, usted expresó sus reservas frente a la política del Partido Comunista; sin embargo, siempre lo consideró como el partido revolucionario de la clase obrera. ¿Los acontecimientos de mayo han hecho que usted cambie su punto de vista?

SARTRE: Soy de la opinión que en esta crisis el Partido Comunista tomó una posición que no tuvo nada de revolucionaria y que no llegó siquiera a reformista.

¹⁴ Winock, 1997, p. 566.

PREGUNTA: ¿Está usted de acuerdo con la opinión que acusa al Partido Comunista Francés de haberse conducido en esta situación como un movimiento socialdemócrata?

SARTRE: Considero que es necesario abandonar las etiquetas y los juicios simplistas. [...] Es mejor intentar buscar una explicación para el hecho de que los comunistas hayan estado de acuerdo con las elecciones a sabiendas que con ellas se encaminaban a una derrota.

PREGUNTA: Tal vez el Partido Comunista no pudo conducirse de otra manera durante la crisis de mayo debido a que los trabajadores han dejado de ser revolucionarios. Los trabajadores estaban dispuestos a ir a la huelga por cuestiones de orden laboral; no estaban dispuestos a seguir a los estudiantes en su ataque contra el orden social.

En esto pueden reconocerse ideas de Herbert Marcuse acerca de la creciente integración de la clase obrera a la sociedad de consumo. Marcuse habla de una “confortable falta de libertad”. Opina que el impulso revolucionario sólo puede partir de los estratos marginales de la sociedad: de los estudiantes, de los desocupados, de las minorías sociales como los negros de Estados Unidos. ¿Comparte usted esta opinión?

SARTRE: Sobre ese aspecto no estoy completamente de acuerdo con Marcuse. En primer lugar, hay que definir lo que debe entenderse por “movimiento revolucionario”. Antes que nada, se trata, por supuesto, de un movimiento en el cual ciertos hombres tienen en común, si no una ideología, por lo menos la voluntad de romper con el sistema en que viven. [...] En Francia hay setecientos mil estudiantes. No veo qué posibilidad pueden tener de arrancar el poder de manos de la burguesía, sus padres, si los trabajadores no se unen a ellos.

PREGUNTA: Mas los estudiantes pueden ser el detonador.

SARTRE: Y lo acaban de ser. Pero eso es todo y ellos son los primeros conscientes de esto. [...] El arma de los trabajadores —arma única pero absoluta— consiste en negarse a proporcionarles a la sociedad los productos necesarios. Sirviéndose de ella pueden paralizar todo el sistema.

PREGUNTA: Arma absoluta, pero sólo en el caso de que estén decididos a hacer uso de ella.

SARTRE: Así es, la ruptura sólo puede tener lugar cuando los productores entran en la lucha. [...] Todo estaba claro durante la acción, pero cuando se les pidió a los trabajadores que expresasen sus deseos en un solo nombre, su respuesta fue: “De Gaulle”.

Es un fenómeno conocido. Lo importante es que tuvo lugar una acción

que todos habían creído imposible; y que si tuvo lugar en esta ocasión, bien puede repetirse en el futuro. Esto resta fuerza al pesimismo revolucionario de Marcuse.

PREGUNTA: Lo que llama especialmente la atención en el movimiento francés de mayo es su carácter "libertario anarquista". ¿Cree usted que esta característica puede reconocerse también en los movimientos de otros países? ¿Y que es posible hablar de una rebelión en contra de toda la civilización moderna, tanto en los países capitalistas como socialistas?

SARTRE: No creo que haya cómo generalizar este concepto de "movimiento libertario anarquista". Me parece que corresponde a Occidente, y en especial a Francia, donde se basa en una fuerte tradición anarquista.

PREGUNTA: Después del movimiento de mayo en Francia, todos dicen, y en cierta medida el gobierno lo ha reconocido, que ya nada podrá ser como ha sido hasta aquí. El general De Gaulle llegó a hablar en la televisión de un orden social que no debe ser "capitalista ni socialista" y que debe estar basado en la "participación". ¿Cree usted que realmente va a crearse en Francia un nuevo sistema?

SARTRE: Como siempre, el gobierno hablará de reformas pero no llevará a cabo ninguna que transforme verdaderamente algo. Pronunciada por De Gaulle y Pompidou, la palabra "participación" no significa nada.

Los jóvenes comprenden esto muy rápidamente; por eso puede decirse que hoy hace su aparición una inesperada generación de revolucionarios de diez años.¹⁵

Este excepcional número de *La Cultura en México* incluía, asimismo, un análisis del final del movimiento estudiantil en Francia, a cargo de José Emilio Pacheco. En su columna "Calendario", Pacheco escribió una especie de cronología comentada de los últimos días del *mayo francés*: "París 1968: 27 al 31 de mayo", que en realidad era una continuación del aparecido el 12 de junio. Trataré de resumirla:

Tras veinticinco horas de negociaciones con el primer ministro Pompidou, los líderes del movimiento obrero francés salieron satisfechos: todas sus exigencias se verían cumplidas. La huelga general que azotaba a Francia terminaría al fin. Sin embargo, cuando Georges Séguy, dirigente de la CGT,

¹⁵ El 26 de junio *Le Nouvel Observateur* publicó otra entrevista con Sartre a propósito del final del movimiento estudiantil en Francia, luego recogida en *Situations VIII*. En ella Sartre concluía: "Hay que impedir el aplastamiento, previsto por el poder, de todo lo que ha comenzado el mes de mayo. La represión será a la vez astuta y dura: buscará aislar, romper, eliminar a los que estuvieron en el origen de la revuelta, en particular los estudiantes. Es esencial que ellos no se sientan solos, y que estemos decididos a apoyarlos, a defenderlos" (Sartre, 1972, p. 158).

anunció el levantamiento de la huelga, los trabajadores de Renault en Billancourt lo recibieron con un rechifla y el lema *Ne signez pas*. La revuelta estudiantil había sido contagiada a los jóvenes trabajadores franceses, los cuales no estaban dispuestos a dialogar con el gobierno.

El 27 de mayo se convocó una gran manifestación en el estadio de Charlety; ahí, miles de trabajadores vitorearon a una vieja figura política francesa que representaba el cambio: Pierre Mendès-France. Pensaban que el antiguo premier era el único hombre capaz de unir a la izquierda y al centro, a los revolucionarios y a los empresarios. Pero, por desgracia, Mendès-France no contaba con el apoyo del PCF. Firme anticomunista durante la guerra fría, no parecía probable que el partido fuese a colaborar con él una vez que instaurase su gobierno.

Por su parte, el Partido Socialista Unificado (PSU) intentaba presentar su propia candidatura aun cuando varios hechos se movían en su contra. En primer lugar, la CGT volvió a lanzarse a las calles para pedir la renuncia de De Gaulle y la instauración de un gobierno obrero; en segundo, François Mitterrand, líder de la Federación de la Izquierda, grupo intermedio entre comunistas y socialistas, descalificaba a Mendès-France, proponiéndolo para un interinato que organizara las elecciones, y lanzándose él mismo como candidato a la presidencia.

Mientras tanto, los estudiantes refugiados en la Sorbona se encargaban de convertirla en una especie de territorio fuera de la jurisdicción de la república francesa; celebraban decenas de conferencias, foros, conciertos en ausencia de su líder, Daniel Cohn-Bendit, quien había salido de Francia para dar su solidaridad a los estudiantes alemanes, y había sido vetado para regresar al país. Cuando por fin logró introducirse en territorio nacional, las circunstancias habían cambiado. Ya no había violencia y la república estaba más atenta a las movilizaciones de los trabajadores que a la de los estudiantes. Para colmo, sus propios compañeros lo acusaban de fomentar su "culto a la personalidad". A partir de ese momento, el liderazgo pasó a Krivine, de la *Jéunesse Communiste Révolutionnaire*, un grupo trotskista que consideraba elitista la ideología "marcusiana-debrayana-dutschkiana".

La división de los estudiantes, aunada a la inteligencia del gobierno, aceleró su derrota y el resurgimiento de De Gaulle. Arrinconado en una verdadera crisis que abarcaba todos los sectores, el general había presentado su renuncia a la presidencia y se había refugiado en su residencia de verano.

Este golpe fue magistral. Por primera vez en décadas, los franceses se sintieron desprotegidos y amenazados. La prensa vociferaba: *On a perdu le général De Gaulle*. El miércoles 29, la mayor parte de los miembros del ejército le

juró fidelidad y se comprometió a respetar el resultado de unas elecciones libres.

Después de innumerables llamados, el jueves 30 De Gaulle regresó, victorioso, a París. En un mensaje radiofónico, con la misma fuerza que le caracterizó siempre, el general se dirigió, solo, al pueblo de Francia. Según Pacheco, “se comprometió a fondo, como no lo hizo ninguno de sus posibles sucesores, y al mismo tiempo se lavó las manos dejando la verdadera elección para los insurrectos: aquí están mis términos. O los aceptan y dirimimos el conflicto mediante las papeletas electorales; o los rechazan y entonces peleamos por el poder con las armas”. Sin dudar, el pueblo se lanzó a las calles para apoyar a su viejo héroe.

“Calendario” relata el acontecimiento sin ocultar sus simpatías: “La bandera tricolor vencía a las banderas rojinegras, el chovinismo reaccionario al internacionalismo proletario, el miedo, la timidez, el temor a la inseguridad y aun a la pérdida de las comodidades – todo lo que aplana y embota nuestras vidas– triunfaban una vez más sobre la imaginación, la valentía, la generosidad, el optimismo anárquico”.

Tras la apoteosis de De Gaulle, los sindicatos y los obreros cedieron irremediamente; lo mismo el PCF. Ninguno estuvo dispuesto a intentar una revolución armada. “Ninguno tuvo la valentía”, se atreve a decir Pacheco con un ansia revolucionaria más firme que nunca. El viernes 31, muchos obreros regresaron a sus trabajos. Con un tono de decepción, casi una declaración lírica, a punto de ser apocalíptica, concluye el texto:

Lo que ha ocurrido en París y lo que está ocurriendo con los jóvenes de todo el mundo es nuestra única garantía para decir que no sucumbiremos a mil novecientos ochenta y cuatro [la pesadilla totalitaria de la novela de Orwell], que en la sociedad inevitablemente comercializada, industrializada, automatizada, computarizada del siglo XXI habrá un lugar –que hemos perdido ahora– para los valores humanos, sociales, personales, políticos, estéticos; que el hombre, en fin, no va a ser un robot, que no está –gracias a estos jóvenes– inevitablemente condenado a volverse un autómatas.

Un mexicano en París

Testigo privilegiado de lo que había sucedido en las calles de París, Carlos

Fuentes se aprestó en dar a conocer su punto de vista sobre el movimiento estudiantil francés.

Según la leyenda que él mismo construyó entonces, en medio del campo de batalla, entre las barricadas, el novelista sacaba su libreta de notas y escribía sus ideas sobre lo que veía. Mientras los jóvenes lanzaban bombas o frases célebres, Fuentes analizaba el comportamiento de los jóvenes y lo discutía allí mismo.

A partir de esta experiencia, Fuentes escribió un largo reportaje en *La Cultura en México* con el título “Mientras más hago la revolución más ganas tengo de hacer el amor. Mientras más hago el amor más ganas tengo de hacer la revolución”. Ampliado y corregido, este texto fue publicado en forma de libro por la editorial Era con el nombre de *París: La revolución de mayo*.

Para presentarlo, los redactores del suplemento apuntaban: “Carlos Fuentes, testigo y actor de la rebelión de los jóvenes en París, ha escrito un reportaje de lo visto y vivido por él que no tiene antecedentes en nuestra literatura. Reportaje-crónica, reportaje-cuento, su maestría sólo puede compararse a la forma en que trataron los acontecimientos de su tiempo José Martí, Hemingway y Mailer”.

Como podía suponerse, Fuentes era demasiado novelista para describir una mera crónica de los hechos. Por el contrario, su “reportaje” utiliza los mismos recursos narrativos de su obra con la intención de proporcionar relieves y contraluces a los dramas que narra. Así, Fuentes se convierte en un personaje más en el escenario de los jóvenes rebeldes. Se trata, de hecho, de uno de sus textos más comprometidos con la revolución (y acaso por ello se trate del único libro de Fuentes que no se ha reeditado). He aquí algunos fragmentos:

“¿De dónde vienes, camarada?”, es el primer saludo de los jóvenes que han salido a hacer poesía y política en las calles de una ciudad que no me atrevo a reconocer y que, sin embargo, sólo ahora es idéntica a sí misma. Un París de manos abiertas, donde llegar *de* significa unirse *a*.

– D’où viens-tu, camarade?

– Mexico.

– C’est loin, ça.

– Pas tellement.

Unirse al diálogo, a la fraternidad y al amor de una revolución que, en primer lugar, ha tenido lugar en las conciencias y en los corazones.

Tú, André, eres comunista y manifiestas con tu bandera roja; tú, Anne-Marie, perteneces a las Juventudes Revolucionarias Marxistas y

manifiestas vestida de negro con tu banderita negra. Cada uno lee el periódico y no cree lo que lee. Tú, André, no puedes creer que *L'Humanité*, tu periódico, llame a Daniel Cohn-Bendit "anarquista alemán" y se asocie a la decisión policiaca de expulsar al dirigente estudiantil de Francia. Tú, Anne-Marie, que también eres hija de judíos alemanes emigrantes a Francia para escapar de las prisiones y muerte hitlerianas, no crees que veintiocho años después de la guerra (y tú sólo tienes diecinueve) los periódicos nacidos de la Francia Libre puedan llamar a Cohn-Bendit "canalla judío extranjero". André y Anne-Marie no se conocen. Se miran. Miran lo que están leyendo. Se toman de la mano. Se unen a una enorme manifestación que avanza hacia Plaza Denfert-Rochereau y gritan grave, orgullosamente, con el medio millón de estudiantes en marcha:

¡TODOS SOMOS JUDÍOS ALEMANES!

Los desconocidos dejaron de serlo. La revolución una vez más fue un encuentro y un abrazo: para la revolución no hay *desconocidos*.

... Hubo lo irrepetible y hay lo irreversible.

Irrepetible, y no podía ser de otra manera (poesía, revolución, consagración del instante, Octavio Paz, alta incandescencia de la marea temporal) la explosión libertaria, el júbilo, la imaginación, el humor, el exceso, la locura, en el *patio* de la Sorbona, los debates del Odéon, en las manifestaciones gigantescas, en las marchas exaltadas hacia las puertas de las fábricas (impedida por la Confederación General de Trabajadores y por el Partido Comunista) de los estudiantes con los obreros, en el incendio de la Bolsa de París con el grito de "¡Templo de becerro, arde!" ...

Irrepetible, quizás, esa imagen de Einsenstein: los CRS [cuerpos de seguridad] avanzan aullando para darse coraje, escondidos detrás de enormes escudos de metal, como los caballeros teutones de *Alexander Nevsky*, mientras los estudiantes contraatacan protegidos con lo que han encontrado en los camarines del Odéon: las corazas de *Numancia*, los cascos de *Británico* y la improvisada defensa contra los gases: un pañuelo empapado en jugo de limón y bicarbonato untado entre los párpados. Una kermesse de la libertad, sí, pero una kermesse heroica, arriesgada. La bestia ha mostrado el pelo: son las cerdas del fascismo. Y un joven estudiante, nuevo Gavroche del año 68, canta mientras prepara un coctel Molotov:

A Paris après Lamartine

*Et Hugo même Eugène
N'y avait pas pensé
Pour pleurer
Il n'y a que les lacrymogènes.*

La imaginación toma el poder con adoquines y con palabras, primero. El *pavé*, el bello y humilde adoquín de las calles de París, ha adquirido hoy un rango casi fetichista: fue la primera arma de contraataque de los estudiantes brutalizados por la policía; el arma, como ha dicho Sartre, no de la violencia, sino de la *contraviolencia* de centenares de miles de estudiantes que jamás hicieron otra cosa que defenderse. Hubo violencia sólo cuando la policía la inició. Manifestación sin policía: manifestación pacífica.

Y las palabras, los muros de París hablan: sueños, consignas, cóleras, deseos, programas, bromas, desafíos y la resurrección de una heterogénea progenie en una especie de editorial permanente de piedra y pintura.

Enajenación: En el mismo lugar donde comienza *Rayuela*, en el pasaje que conduce de la Rue du Seine al Quai de Conti, donde Oliveira buscaba a La Maga, hay ahora un cartel azul y negro con un dibujo en blancos punzantes de Julio Silva y un texto de Julio Cortázar:

Ustedes son las guerrillas
contra la muerte climatizada
que quieren vendernos
con el nombre de porvenir.

Pero el mundo industrial moderno no sólo se levanta sobre la “desgraciada euforia” (Marcuse) de sus propios ciudadanos, sino sobre la muerte y la explotación de los hombres marginales del mundo Infra-industrial. La muerte, cuando una sociedad de excedente industrial como la estadounidense debe asegurar su salud convirtiendo la “pérdida suntuaria”, en una lluvia de bombas de napalm y fósforo (*ad majorem gloria* Dow Chemical Co.) sobre la población indefensa de una pequeña villa rural. No es gratuito que la guerra de Vietnam haya sido el gran catalizador de la revolución de la juventud occidental.

Recuerdo estas palabras de un estudiante de Bari, esa comunidad universitaria italiana particularmente lúcida:

—¿En qué se distingue del fascismo una sociedad que es incapaz de distribuir su enorme riqueza acumulada entre los países hambrientos de Asia, África y América Latina? ¿No practica cada capitalista europeo y estadounidense una extinción en masa comparable a la de los nazis? Dígale a sus lectores y a sus amigos de Hispanoamérica que no se dejen desorientar, que esta lucha de los jóvenes europeos es a favor de ustedes, conscientemente. Estamos continuando, por otros medios, la lucha de Zapata y Guevara, de Camilo Torres y Franz Fanon. Luchamos contra el mismo mundo de la opresión.

El texto de Fuentes es uno de los trabajos más interesantes que aparecieron en esta época. En efecto, se trata de un valioso resumen de las posiciones, triunfos y errores de un miembro de la inteligencia latinoamericana que presenciaba con estupor la revolución justo donde menos se suponía que debería haber surgido. Cuando ésta era esperada en los países del tercer mundo, resultaba que se adelantaba en la vieja Europa. Sin embargo, no por ello Fuentes se siente ajeno a lo que sucede; por el contrario, las revueltas estudiantiles reaniman sus convicciones revolucionarias, lo llevan a pensar que el cambio es posible. Si Europa ha despertado es porque los demás países no tardarán en seguir su ejemplo.

Al imaginar a Fuentes mientras deambula por las calles de París, entrevistando a jóvenes y policías, asimilando cada referencia literaria que viene a su memoria, uno puede creer que no hay otro momento que defina mejor las expectativas de un intelectual de izquierda en los años sesenta. La revolución le pertenece tanto como a los muchachos que batallan, pero posee además la distancia necesaria para darse cuenta de la dimensión universal del levantamiento. Bajo el lema de la libertad, Fuentes se mueve a sus anchas en los campos de batalla.

Como puede advertirse en los párrafos citados más arriba, las páginas de *París: La revolución de mayo* terminan siendo más emocionales que analíticas: su intención parece más la de convencer a los lectores del valor de la revuelta, de implicar a sus lectores latinoamericanos en los acontecimientos franceses, que presentar una imagen objetiva del movimiento. Le importan menos las causas que las similitudes posibles, menos las diferencias que el espíritu comunitario.

El último párrafo que he citado me parece revelador: si Fuentes cuenta que un estudiante italiano le dice que ellos luchan por las condiciones de vida de los latinoamericanos, la implicación obvia es que los latinoamericanos también

tendrían que estar haciendo algo al respecto en vez de cruzarse de brazos. Inserto en la tradición del panfleto político francés, el “reportaje” de Fuentes es un auténtico llamado a la acción. La consecuencia moral de su texto es, necesariamente, práctica; con ello no quiero decir que conscientemente incite a los estudiantes latinoamericanos, pero al menos sienta las pautas de una justificación eventual de su rebeldía.

Tal como se retrata a sí mismo en su pequeño libro, parece que Fuentes anhelara ser uno más de los muchachos que combaten a la policía en el Barrio Latino. O quizá sea simplemente que, a su modo, piensa que la lucha de los intelectuales es idéntica a la de los jóvenes. Con las armas de la inteligencia y la palabra —como Marcuse, como Sartre—, Fuentes se siente como un protagonista de la rebelión.

Junto con el reportaje de Fuentes, *La Cultura en México* contenía una reseña de Carlos Monsiváis del libro completo, titulada “París: La revolución de mayo. Los 60 días que conmovieron a la momiza”. Dice Monsiváis:

La primera revolución que se sabe y decide ser clásica y pop al mismo tiempo. Árbol genealógico: Marx y Rimbaud y Groucho Marx y los surrealistas y Heráclito y Che Guevara y Marcuse y Rousseau (ambos: el aduanero y el pedagogo). La técnica al servicio del hombre no como primera frase de todo libro de sociología sino como exigencia de una comunidad nueva, que ha superado el fetichismo de los organizadores y ha entendido que su meta es posible porque es increíble. Los hijos de la abundancia que se desafilian constantemente del sistema, el proletariado intelectual, el nuevo gran espíritu solidario de los sesenta, la incitación para América Latina.

Éstos son los tópicos del libro de Fuentes, cuyos antecedentes, vuelve a remarcar Monsiváis, son Mailer y Baldwin. Según el crítico, se trata, además, de la primera visión de un latinoamericano de los hechos que han querido verse como una mera “rebelión juvenil”, para otorgarle un carácter inofensivo, cuando en realidad han constituido una “revolución de los no-automatizados”.

A continuación, Monsiváis agradece que Fuentes haya escrito un reportaje en vez de una mera opinión de lo que le tocó ver:

En nuestro medio, donde la muerte del periodismo —que solía ser aquella cualidad indagadora, creativa y crítica de la información cotidiana— se ha visto celebrada y reemplazada por el imperio de la columna (la creencia en la importancia sublime de los nombres propios) y de la gacetilla (la

creencia en la autoridad omnímoda del patrón, llámese estado, iniciativa privada o ley del menor esfuerzo), la existencia del reportaje, género que implica necesariamente la voluntad de narrar y novelar, es visto ya de modo obligado como tarea innecesaria.

Argumentando la enorme riqueza del texto del novelista, Monsiváis extrae algunas conclusiones: a) La revolución de mayo no es un fenómeno aislado, sino el gran paso de una nueva forma de enfrentarse al mundo. El triunfo final de De Gaulle es un precio mínimo por esta toma de conciencia, b) La ética del movimiento está marcada por la alianza del socialismo y la libertad; su estética, por el rechazo de las soluciones previas. c) La base del movimiento es esencialmente *moral*. Los revolucionarios saben que cualquier concesión es una entrega. “Una generación obsesionada por la moral es un fenómeno histórico nuevo.” d) “Para América Latina en general, y para México en particular, la experiencia francesa es fundamental: le enseña entre otras cosas a sustituir la importación de esquemas con la creación de actitudes (pensantes, morales, actuantes). [...] La revolución de mayo ha extinguido las falsas y deletéreas esperanzas del reformismo, del espíritu que sueña en lograr la perfección de la sociedad a través de la suma esporádica de mejoras. Para América Latina, para México, la revolución de mayo no es una lección: es un principio.”

Por último, como una forma de *mostrar* lo que ocurrió en París, *La Cultura en México* reproducía una selección de graffitis, esos textos pintados en los muros que, a decir de Fuentes, son la verdadera poesía de la liberación. Transcribo algunos:

Yo decreto el estado de felicidad permanente (Escuela de Ciencias Políticas).

Ser libre en 1968 es participar (Escalera Ciencias Políticas).

El infinito no tiene acento (Facultad de Medicina).

El hombre no es estúpido o inteligente; es libre o no lo es (Medicina).

Debajo de los adoquines está la playa (Sorbona).

Todo poder abusa. El poder absoluto abusa absolutamente (Escalera Nanterre).

El sueño es realidad (Censier).

Los muros tienen orejas, sus orejas tienen muros (Ciencias Políticas).

Nuestra esperanza sólo puede venir de los que no tienen esperanzas (*Hall* de Ciencias Políticas).

Rechacemos el diálogo con que nos golpean (Nanterre).

Matad a los burócratas. Basta de actos, de palabras (Sorbona).

En la revolución hay dos clases de gente: las que las hacen y los que se aprovechan de ella –Napoleón (Conservatorio de Música).
La revolución debe hacerse en los hombres antes de realizarse en las cosas (Patio de la Sorbona).
No tome el elevador, tome el poder (107, Avenida de Choisy).
Corre, camarada, el viejo está tras de ti (Sorbona).
La emancipación del hombre será total o no será (Nanterre).
Los sindicatos son burdeles (*Hall* Gran Anfiteatro).
Viva De Gaulle. Un francés masoquista (Condorcet).
Sed realistas, exigid lo imposible (Censier).
No hay pensamiento revolucionario. Sólo hay actos revolucionarios (Nanterre).
Desabotona tu cerebro tan a menudo como tu bragueta (Odéon).
El estado es cada uno de nosotros (Quai Malaquais).
Ceder un poco es capitular mucho (Bellas Artes).
Besa tu amor sin soltar tu fusil (Odéon).
Jóvenes rojas siempre más bellas (Gran *Hall*, Nueva Facultad de Medicina).
Si quieres ser feliz cuelga a tu propietario (Calle Rotrou).
Violad vuestra Alma Mater (Nanterre).
Revolución, yo te amo (Anfiteatro de música, Nanterre).
Ni amo, ni Dios. Dios soy yo (Censier).
Todos mis deseos en la realidad, porque creo en la realidad (Sorbona).
La vida está en otra parte (Sorbona).

Entre la utopía revolucionaria y el humor negro, entre la exaltación de la libertad individual y la lucha contra todo lo establecido, las *pintas* de París marcaron la pauta de un tipo especial de revuelta juvenil. No se trataba sólo de un estallido revolucionario, y mucho menos de un resurgimiento de las ideologías; al contrario, cada frase, imbricada en un amplio contexto sociocultural, implicaba una nueva forma de ver la vida.

Estos graffitis eran, como cree Fuentes, el verdadero arte revolucionario de esos momentos; la única poesía que era capaz de producir una masa en acción. Pero también era, sin duda, la expresión reducida a sus mínimas consecuencias de una variable oculta, pero no menos cierta, del pensamiento occidental en los dos últimos siglos: aquel que apela a la propia negación de sus principios. Con sus aforismos y sus paradojas, los jóvenes parisinos apostaban por el resurgimiento de un irracionalismo romántico y revolucionario semejante al que se desarrolló a lo largo del siglo XIX.

La insurrección en América Latina

En fechas tan próximas al inicio del movimiento estudiantil mexicano como el 26 de junio, un editorial de *Siempre!*, con el significativo encabezado “El estudiante habla; el gobierno escucha”, insistía en celebrar la *pax mexicana*. Al comentar la reciente visita de algunos estudiantes del Instituto Politécnico Nacional a Los Pinos, *Siempre!* comentaba:

La semana pasada, con motivo de la entrevista que con el presidente de la república tuvieron los representantes de un núcleo estudiantil agrupado en el Instituto Politécnico, México ofreció una de las razones de esa imagen internacional que contrasta frontalmente con las que cada día se multiplican más en el mundo de nuestros días. Cuando en todos los rumbos del planeta la juventud —especialmente la juventud estudiosa— proclama rebeldías porque sí y porque no; cuando los estudiantes de nivel superior rompen más abierta y enconadamente con el ambiente del mundo al que llegan, en México los estudiantes hablan en paz —sin por ello abandonar sus inquietudes y proclamar sus propósitos renovadores— con el jefe del estado. Es posible que si a las primeras manifestaciones de descontento, los estudiantes de la Sorbona hubieran podido exponer sus quejas y rebeldías ante el presidente de Francia, la “revolución de mayo” y la causa de ominosas incertidumbres que de ella se desprenden en la situación francesa, se hubieran evitado o reducido a muy menores consecuencias.

En contraste, el mismo número de la revista incluía una colaboración de Antonio Rodríguez, titulada “¿De una juventud podrida, a quién culpar?”. En él, Rodríguez afirmaba:

Lo que ahora queremos abordar es el problema difícil, complicado y verdaderamente terrible, de los jóvenes desquiciados a quienes ayer se llamaron “rebeldes sin causa” y que hoy ocupan un vasto espectro de la nomenclatura que va de los “beatniks”, “provos”, “hippies”, “libres”, “juliganes” o de simples “pandilleros”.

La larga argumentación de Rodríguez, que asimila los más diversos tipos de protesta juvenil en una sola, no tenía otro fin que concluir que la inconformidad juvenil es un problema “social”, derivado del exceso de comprensión hacia esos “destructores”. Con estos juicios, Rodríguez mostraba

cuál era el otro punto de vista, acaso el más generalizado, de la prensa nacional sobre las conmociones del momento.

Luego, apenas una semana antes de que se iniciasen las revueltas en la ciudad de México, el 10 de julio, Mario Monteforte Toledo escribió un artículo en *Siempre!* titulado “Revolución estudiantil en América Latina”.

En términos generales, Monteforte trataba de hacer una caracterización de las similitudes y diferencias de los estudiantes latinoamericanos con los europeos y estadounidenses: 1. Según él, la mayor parte de los estudiantes en América Latina pertenecen a la clase media y, por tanto, tienen todas las actitudes que se reservan a esa clase: individualismo, nacionalismo, aspiración al ascenso social, aversión a la autoridad, escasa disposición a las actividades gregarias y gusto por el orden. 2. Su vida social está bastante incorporada a la comunidad, a pesar de la proliferación de las ciudades universitarias, ya que en general no habitan cerca de ellas. 3. La mayor parte de los estudiantes trabaja desde el inicio de su carrera, lo cual los hace independientes de los padres. 4. La mayor parte de los empleos se ubican en el estado, lo cual es un factor de enajenación. 5. La vida sexual es poco satisfactoria, porque subsisten los prejuicios religiosos y las normas morales, a pesar de la influencia estadounidense. 6. La formación académica tiene muchas deficiencias. 7. La mayoría de las universidades son autónomas y laicas, pero en realidad dependen del estado. 8. La enseñanza, sin embargo, es heterodoxa; es decir, no coincide con los puntos de vista del gobierno. 9. Casi todas las universidades latinoamericanas enfrentan una crisis basada en el difícil equilibrio entre la enseñanza humanística y las ciencias y técnicas. 10. Salvo muy contadas excepciones (y Monteforte cita a la UNAM), la mayoría de los estudiantes está politizada y participa activamente en partidos y grupos de presión. 11. Los núcleos intelectuales, y en especial los estudiantes, ejercen una influencia notable en los grupos políticos en los cuales participan. 12. La izquierda está mucho más dividida que la derecha, pero tiende a unificarse ante los grandes conflictos.

Como podrá advertirse más adelante, este detallado análisis de Monteforte coincide exactamente con lo que ocurría. En medio de un escenario semejante, ¿cómo no esperar la revuelta?

Pero Monteforte no se detiene aquí, sino que hace un recuento de la participación de los jóvenes universitarios en los diversos conflictos políticos que ha vivido América Latina. Y concluye: “Por ello, reclamar a nuestra juventud universitaria despolitización y entrega total a sus estudios profesionales es ponerse contra su tradición fecunda de responsabilidad social y contra características vivas de esta etapa de nuestra historia”.

Acaso sabiendo perfectamente que ésta era la disposición natural de los estudiantes mexicanos, y creyendo que su acción frenaría cualquier descontento posterior, unos días antes el presidente Gustavo Díaz Ordaz había enviado al Congreso una reforma constitucional para otorgar el voto a los mayores de 18 años.¹⁶

Pero sería demasiado poco o demasiado tarde.

¹⁶ *Siempre!*, 10, VII.

CUARTO ACTO

Los filósofos de la destrucción

22 DE JULIO AL 2 DE OCTUBRE, 1968

El movimiento estudiantil mexicano y los intelectuales

Al iniciarse el 22 de julio de 1968, el país parecía en calma. No había presagios de desastres y población y gobierno se dedicaban, con el ímpetu acostumbrado, a preparar las Olimpiadas.

Aunque el movimiento estudiantil europeo había aparecido en la prensa nacional como una de las noticias más espectaculares del año, pronto los rumores provenientes de la capital francesa se habían vuelto rutinarios e inofensivos. La capacidad de olvido es enorme, sobre todo cuando se tienen ocupaciones pendientes. Además, el general De Gaulle, tan querido por el pueblo mexicano como se demostró durante su viaje al país, parecía haber retomado el control. Francia era una nación civilizada, de modo que el caos no podía prolongarse durante demasiado tiempo. La paz, la anhelada y famosa paz olímpica, no tardaría en imponerse por doquier.

En México parecía imposible que ocurriese algo semejante (a pesar de las manifestaciones de descontento protagonizadas en los años previos por maestros, ferrocarrileros y médicos, y de la guerrilla que actuaba en la sierra de Guerrero). Las pocas muestras de desconfianza habían sido desestimadas sin prisas con el acendrado orgullo por décadas de tranquilidad. Los esporádicos conflictos de los estudiantes en Morelia y Tabasco no habían tenido mayores consecuencias y se habían desvanecido, también, en las últimas páginas de los diarios. La Universidad Nacional, el Politécnico, todas las escuelas del país trabajaban como siempre. El presidente Díaz Ordaz y su gabinete hacían lo propio.

La noche del 22 de julio el noticiario televisivo *Excelsior* no prestó atención alguna a las reyertas pandilleriles ocurridas en la Ciudadela. Nadie sospechaba que ese pleito callejero sería el inicio de un movimiento estudiantil tan importante como el francés.

Para seguir de cerca las opiniones que los intelectuales emitían sobre el movimiento estudiantil mexicano, la bitácora crítica se vuelve aquí más rigurosa. De este modo, la sucesión cronológica se llevará a cabo día por día, desde el 22 de julio hasta el 2 de octubre, a fin de reflejar la tensión entre los

hechos y el análisis.

La síntesis de los hechos relacionados con el movimiento estudiantil proviene de los diarios de la época, del recuento que Gastón García Cantú publicó en el número de septiembre de 1968 de la revista *Universidad de México* y de la valiosa *Crónica 1968* de Daniel Cazés.¹

22 DE JULIO

Alumnos de las vocacionales 2 y 5 del IPN y de la preparatoria privada Isaac Ochoterena se enfrentan en un pleito callejero con motivo de un partido de fútbol, azuzados por pandillas de la zona. Como los pandilleros han anunciado que volverán al día siguiente, las autoridades del IPN solicitan la intervención de la policía.

23 DE JULIO

Durante tres horas hay enfrentamientos entre granaderos, estudiantes de la preparatoria Isaac Ochoterena y de las vocacionales del IPN. Varios profesores resultan heridos y un estudiante es seriamente lesionado.

Ermilo Abreu Gómez, escritor y viejo luchador social, antiguo militante del PCM, es uno de los primeros intelectuales en comentar los brotes de violencia entre estudiantes y granaderos en la ciudad de México. En su columna semanal de *El Herald de México*, del 23 de julio, al día siguiente del pleito en la Ciudadela, comenta:

Hay que estar ciego para no ver esta realidad. Hay que estar ciego o vivir en el limbo. [...] Los estudiantes no pertenecen a ninguna clase social, no son ni propietarios ni burgueses. Son lo que son: estudiantes. [...] Y protestan. Y la protesta no tiene una lejana causa, elaborada por este o aquel sector de adultos. Protestan porque protestan. [...] En estas protestas, en ocasiones, se desbocan. Y las protestas, en las manifestaciones, bien dirigidas o mal dirigidas, son un eco de algo que interesa a la sociedad en general. Por eso parece que los estudiantes no tienen una meta definida, un blanco fijo, un propósito determinado. [...] los jóvenes sienten algo que no marcha bien en la organización social de los pueblos. [...] Así, es preciso oír y atender la voz de los estudiantes, porque el instinto de la juventud nunca se equivoca. Tras ella está la razón de la justicia, la razón misma de la vida actual y futura.

¹ *Universidad de México*, vol. XXIII, n. 1, VIII y IX, 1968; Cazés, 1993.

24 DE JULIO

Los estudiantes del IPN acusan a los granaderos de violar derechos humanos. Las escuelas, cerradas el día 22, anuncian que volverán a clases el 26. La Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM se declara en huelga.

25 DE JULIO

El Departamento del Distrito Federal autoriza una marcha contra la represión policial organizada por la Federación Nacional de Estudiantes Técnicos (FNET), de tendencia oficialista, que irá de la Ciudadela al Casco de Santo Tomás.² Por su parte, la Central de Estudiantes Democráticos (CNED), la Juventud Comunista y otras organizaciones de izquierda convocan a una marcha por el 15 aniversario del asalto al Cuartel Moncada, en Cuba, que irá del Salto del Agua al Hemiciclo a Juárez.

26 DE JULIO

Las marchas se celebran sin incidentes. Al terminar la de la FNET, se decide continuarla hasta el Zócalo. Ahí, los estudiantes son recibidos violentamente por la policía. Al huir, se encuentran con los últimos manifestantes de la CNED. La batalla entre estudiantes y granaderos se generaliza en el centro de la ciudad. Decenas de heridos. Las instalaciones de Partido Comunista Mexicano son tomadas por la policía.

27 DE JULIO

Los estudiantes ocupan las preparatorias 1, 2 y 3 de la UNAM. La Escuela Superior de Economía del IPN se declara en paro; más tarde lo hacen también la mayor parte de las vocacionales y escuelas de la institución. Se aprueba un pliego petitorio con las siguientes demandas: 1. Renuncia del jefe y subjefe de la Policía Preventiva del DF; y 2. Desaparición del cuerpo de granaderos. En ese mismo acto, los estudiantes del IPN desconocen a la FNET.

28 DE JULIO

El Comité Coordinador de Huelga del IPN se reúne con representantes de escuelas de la UNAM, de la Escuela Nacional de Agricultura de Chapingo y de la Escuela Normal Superior. El nuevo pliego petitorio incluye: 1. Desaparición de la FNET, la Porra Universitaria y el Movimiento Universitario de Renovadora Orientación (MURO); 2. Expulsión de los estudiantes miembros de estas agrupaciones y del PRI; 3. Indemnización a los estudiantes heridos y familiares de los estudiantes muertos; 4. Excarcelación de los estudiantes detenidos; 5. Desaparición del cuerpo de granaderos; y

² Escribe Gilberto Guevara Niebla: "En el Politécnico la tradición, que venía de Cárdenas, consistía en un sindicalismo estudiantil. [...] La verdad es que las corrientes priistas, ramiristas que dirigieron la FNET desde 1956 hasta 1968 mantuvieron esa tradición corporativa" (Álvarez Garín/Guevara Niebla, 1988, p. 52).

6. Derogación del artículo 145 del Código Penal, que sanciona la "disolución social".

El Partido Comunista Mexicano demanda:

1. El inicio de una investigación a fondo para definir quiénes son los promotores y verdaderos responsables de los sucesos del 26 de julio. 2. La destitución inmediata de los generales Luis Cueto Ramírez y Raúl Mendiola Cerecero, jefe y subjefe respectivamente de la Policía Preventiva del Distrito Federal. 3. La desaparición del cuerpo de granaderos. 4. La libertad inmediata de todos los detenidos. 5. La devolución incondicional de las oficinas del Comité Central del PCM, de los talleres de *La Voz de México* y de todos los objetos que fueron sustraídos de estos lugares por agentes policiacos.

En una nota aparecida en *El Universal*, el MURO fija su posición sobre los hechos: "Nosotros, los verdaderos estudiantes, deseamos que caiga todo el peso de la ley sobre los autores intelectuales y materiales de estos actos de barbarie".

29 DE JULIO

El centro de la ciudad se queda sin transporte público. Enfrentamientos por la noche en la zona de San Ildefonso.

En *El Universal*, Carrillo publica una caricatura titulada "Estudiante". En ella aparece la figura de un joven estudiante modelo, detrás del cual se esconden las figuras de un "agitador profesional" y de un "vendepatrias". Al pie aparece la leyenda: "Cuántos crímenes se cometen en tu nombre..."

30 DE JULIO

El ejército interviene en el IPN y la UNAM. Un bazucazo destruye la puerta de la Preparatoria 1. Más de cuatrocientos lesionados y mil detenidos. El rector, Javier Barros Sierra, protesta por la intervención del ejército. Huelga en todas las escuelas del IPN y la UNAM.

En una declaración conjunta, Alfonso Corona del Rosal, jefe del Departamento del Distrito Federal, y Luis Echeverría, secretario de Gobernación, afirmaron: "El ejército es para resguardar y restablecer el orden nacional". Al lado de ellos comparecieron también, en calidad de asesores jurídicos, Julio Sánchez Vargas, procurador General de la República, y Gilberto Suárez Torres, procurador General de Justicia del Distrito y Territorios

Federales.

31 DE JULIO

El rector Barros Sierra asiste a un mitin de más de veinte mil universitarios y representantes de otras instituciones educativas para protestar por la ocupación de las escuelas. Exigen la retirada inmediata del ejército. Barros Sierra promete defender la autonomía universitaria hasta sus últimas consecuencias. Los maestros y los directores de facultades y escuelas se suman a su intervención.

Alberto Domingo, jefe de redacción de *Siempre!*, escribe:

No se le puede negar al estudiante el derecho a, sin dejar necesariamente el aula o repudiar los libros, salir al mundo para participar activamente en los problemas y las corrientes de su tiempo. No es que al joven deban aplaudírsele los desmanes, ni al estudiante darle papeles de impunidad, pero tampoco encadenarlo a los libros negándole el derecho a pensar y a actuar según le dicte su conciencia. [...] Contener los desbordamientos de las fuerzas públicas, modelar sus acciones, exigirles limpieza de procedimientos, no es deprimir el principio de autoridad sino elevarlo. De otro modo, combatiendo al escándalo con la brutalidad sólo se da la razón a las fuerzas regresivas internas que buscan la toma del poder para la reacción más oscurantista y más negra. [...] O, de otro modo, si las autoridades gubernamentales se alejan del diálogo, ¿no están arriesgando el precedente peligroso de hacer creer a los jóvenes que, por incompatibilidad irreductible de intereses, ya nada tienen que dialogar con ellos?

José Alvarado, otro de los columnistas importantes de la revista, opina algo parecido, con el tono de mesura que lo caracteriza:

No era necesaria una operación militar cuando lo único necesario y prudente era una operación policiaca, ni había por qué violar bárbaramente los recintos escolares con una táctica, no de estado democrático, sino muy parecida a los regímenes de gorilas. Se faltó el respeto a la Universidad y al Politécnico y se faltó también el respeto al ejército, al darle una ocupación policial de tercera importancia.

Ermilo Abreu Gómez escribe:

La conciencia de los estudiantes es inalienable. [...] Los estudiantes, los verdaderos estudiantes, no los grupos disfrazados de estudiantes agresivos, han esquematizado sus posiciones; ahí están claramente expuestas. [...] Ante estos hechos, reales e incontrovertibles, de manera sorpresiva, pero con claridad meridiana, el secretario de Gobernación ha declarado con palabras inequívocas –hasta muy bien escritas, cosa nada común en los comunicados oficiales– que el gobierno está dispuesto a entablar un diálogo necesario con los legítimos estudiantes para buscar la solución del conflicto planteado. Esos estudiantes, dando una prueba de hombría, de civismo y de realidad, se han apresurado a contestar que aceptan la puerta que abre el gobierno para emprender las pláticas que conduzcan a la justa y necesaria liquidación del conflicto. [...] Estamos en vísperas de ver nacer en México la exaltación de una nueva conciencia cívica y responsable de sus deberes históricos.

Froylán López Narváez, columnista de *Excélsior*, afirma:

No hay ningún problema político o social grave como promotor de los sucesos. La UNAM y el IPN tienen condiciones reales de trabajo y de paz. A pesar de la ruda acción represiva, no hay violación de los derechos universitarios ni conflicto insoluble. La autonomía universitaria –derecho a autogobernarse administrativa y académicamente– no ha sufrido ningún quebranto, aunque esté amenazada. La política inmediata, estudiantil y civil, es la restauración del orden, sin operar agresivamente, tratando de que se responsabilice a los varios inmiscuidos en las provocaciones.

En un sentido muy distinto iba la opinión de Vicente Lombardo Toledano, el agonizante líder del PPS:

Una burda imitación de París. La verdadera izquierda nada tuvo que ver en los disturbios y borlotes estudiantiles que carecieron de sentido ideológico; la reacción y el imperialismo fueron los únicos favorecidos con el espectáculo que se ofreció.

Francisco Martínez de la Vega anota:

No parece razonable, ni siquiera posible dentro de ámbitos de congruencia y de objetividad políticas, concebir que un pleito entre los alumnos de dos

escuelas haya derivado en un problema que, por lo visto, a los ojos de nuestros asustadizos gobernantes, requiere una insólita declaración conjunta, a las 2:30 de una madrugada, hecha por cuatro miembros del gabinete gubernamental. [...] No hay pues muchos motivos para sentirnos orgullosos de los sucesos estudiantiles, lo mismo para quienes son más papistas que el papa en la defensa o en el ataque a las posiciones gubernamentales o a las actitudes estudiantiles. México tiene derecho a reclamar cordura de sus jóvenes inconformes; pero debe exigir esa condición en mayor grado a los funcionarios responsables de la dirección de nuestra vida pública.

Más combativo es Roberto Blanco Moheno quien, oscilando entre las versiones oficiales y cierto radicalismo nacionalista, se convertirá en uno de los mayores detractores del movimiento estudiantil:

De acuerdo, jóvenes, el ejército debe cumplir sus tareas, si las tiene, o encargarse de cuidar los bosques, para dar un ejemplo, en lugar de cargar contra estudiantes; la policía – especialmente la policía – debe cumplir su deber, que consiste, fundamentalmente, en perseguir a los delincuentes y no en golpear estudiantes. En eso estamos de acuerdo siempre y cuando ustedes estén conformes en que los estudiantes tienen un deber y sólo un deber: estudiar. [...] Los agitadores profesionales han organizado esta última algarada porque han comprendido –no lo comprendí yo– una de las consecuencias de la “ciudadanía a los 18 años”, la más en realidad política: ya no va a haber impunidad para los casi niños delincuentes en el sentido político-social. El autor de la ley, con una agudeza larga, ha comprendido que los comunistas, los pocos comunistas que hay en México, no han tenido otro material para agitar que las masas estudiantiles. Recuérdense todos estos escándalos: entre los detenidos, entre los acusados, jamás un obrero, jamás un campesino. Solamente “intelectuales”... y estudiantes adolescentes. [...] De los detenidos por dirigir los alborotos, aunque casi ninguno me es conocido en lo personal, he visto las fotografías. Tienen cara de delincuentes o de fanáticos, y de fanáticos o delincuentes maduros, cuando no ya viejos. ¡Si éstos son estudiantes yo soy cura! [...] ¿Recordar aquí que hace dos años advertí la existencia de planes para sabotear la Olimpiada? Es una pena que siempre se reconozca que tengo razón... dos años después de que se me ha insultado.

1° DE AGOSTO

El rector Barros Sierra encabeza una manifestación en la que intervienen unas ochenta mil personas. En ella, dice:

Afirmaremos no sólo la autonomía y las libertades de nuestras casas de estudios superiores, sino que contribuiremos fundamentalmente a las causas libertarias de México. Se juegan en esta jornada no sólo los destinos de la Universidad y el Politécnico, sino las causas más importantes, más entrañables para el pueblo de México.

El presidente Díaz Ordaz, en un banquete oficial en Guadalajara, parece responder a las palabras de Barros Sierra con una declaración que se difunde por las radiodifusoras:

Una mano está tendida: es la mano de un hombre que a través de la pequeña historia de su vida ha demostrado que sabe ser leal. Los mexicanos dirán si esa mano se queda tendida en el aire o bien esa mano, de acuerdo con la tradición del mexicano, con la verdadera tradición del verdadero, del genuino, del auténtico mexicano, se ve acompañada por millones de manos que, entre todos, quieren restablecer la paz y la libertad de las conciencias.

Aunque un poco tardío, el editorial del semanario *Siempre!* del 14 de agosto ofreció uno de los mejores comentarios al gesto de Díaz Ordaz. De hecho, era una de las muestras más elocuentes del temor que se tenía entonces al poder presidencial. Aun tratándose de la publicación más crítica del momento, los editoriales de esta época de Pagés Llergo se caracterizan por su ambigüedad y por su afán conciliador.

Dice el editorial, convenientemente titulado “La mano invita; ¡acudamos todos!”:

Hay una mano abierta para todos los mexicanos; una mano que no ha sido en verdad advertida en la actitud que muestra, en el espíritu de mexicanidad, de conciliación, de invitación sincera a posponer lo que nos divide, en acatamiento de todo lo que fundamental, histórica, medularmente nos une como miembros de una comunidad mexicana; el gobernante y el gobernado; el funcionario y el más humilde hombre de la calle; el estudiante y hasta el granadero. En la medida en que no meditemos todos –absolutamente todos los mexicanos– en el aliento de esa mano abierta, en lo que debe comprenderse como su espíritu, como

impulso, como única verdadera solución, no habremos encontrado la salida a esta crisis de la unidad mexicana, a este negativo cultivo de resentimientos, de afirmaciones de amor propio y de vanidades minúsculas y egoístas, o de pasiones dogmáticas en que se hundió la nación hace dos semanas.

Y más adelante:

Si en el punto álgido de la crisis todos parecíamos, en mayor o menor grado, contra México, esa mano de Gustavo Díaz Ordaz es la que nos señala las vías para que, al reconsiderar nuestras actitudes, todos, gobernantes y gobernados, encontremos el sitio al que debemos volver: al de unirnos como mexicanos, sin por ello olvidar nuestras posiciones políticas, nuestras diferencias, nuestros particulares anhelos y propósitos.

Como lo muestran estas páginas, la mano extendida de Díaz Ordaz se convirtió en uno de los símbolos, de los gestos congelados que caracterizaron aquellos momentos de confrontación. La autoridad paternal de un mandatario omnipotente quedaba clara con singular evidencia en esta seña: era la mano que siempre manifiesta el poder, la mano que golpea y que es capaz de destrozar, la que ahora, como un gesto de magnanimidad señorial, se extendía en señal de paz.

Curiosa conciliación la que invocaba: no era una mano que se abría fraternalmente para ser estrechada por la de un igual, sino una mano que se esforzaba en mostrar su doble carácter: una mano que se extendía, que se mostraba, que se abría. Pero la amenaza era la cara escondida de esa mano, como lo revelaban las palabras de su dueño: "los mexicanos dirán si se queda tendida al aire..." La expresión del presidente era también un chantaje; si los mexicanos se decidían a dejarla en el aire, ellos serían entonces los únicos culpables de que esa mano se sintiese ofendida y, por lo tanto, se cerrase otra vez, dispuesta a castigar.

La necesidad de mostrar este rasgo libérrimo de apertura, como si se tratase de una generosidad sin igual, probaba suficientemente las intenciones de Díaz Ordaz. La apertura era instantánea, tómela o déjela; no representaba una voluntad permanente de dialogar, sino un regalo, una liberalidad del monarca; la mano cerrada era la regla, no había que olvidarlo. El protocolo del palacio exigía el silencio y la represión. Sólo cabía esperar que los mexicanos se diesen cuenta del *peligro* de dejar esa mano ahí, entumida. Un monstruo jamás tolera que se desprecie su buen humor.

2 DE AGOSTO

La prensa refiere que la manifestación del rector fue una muestra de cordura y, por otra parte, alaba el gesto conciliador del presidente. Mientras tanto, el PCM rechaza las acusaciones que se le han hecho y acusa a la CIA de difundir documentos apócrifos contra los comunistas.³

Hugo Hiriart escribe en su columna de *Excélsior*:

Si un movimiento de protesta puede brotar sin finalidad, es fácil que rápidamente adquiera alguna. Cualquier error, cualquier precipitación, puede procurar finalidades. Así, la represión calificada, como se acostumbra, de “brutal”, dio “razón” a las acciones. [...] Lo menos que puede decirse es que casi de la nada surgió el drama, el lamento, la violencia: de ello no sólo son culpables los estudiantes.

También en *Excélsior*, Froylán López Narváez anotó:

El licenciado Díaz Ordaz [...] fue enfático en su manifestación. Modesto, no quiso hacerse el principal apenado. Aseguró que los problemas no tenían fondo y ofreció la concordia, la “mano abierta”. [...] Hay que aceptar la oferta. Sobre todo porque este ofrecimiento no implica el olvido. Entraña, en forma decisiva, la necesidad de reparar los daños y de prevenir situaciones análogas.

3 DE AGOSTO

La CNED, la organización juvenil comunista, declara: “Las organizaciones juveniles revolucionarias sufren la furia irracional de los cuerpos represivos, pero el movimiento estudiantil ha dado muestras de sus grandes posibilidades y se proyecta para derrotar la violencia y abrir nuevos cauces a la democracia”.

Por su parte, la oficialista FNET afirma que “provocadores maoístas y trotskistas conspiran contra el gobierno y preparan la violencia para cuando México ofrecerá su corazón a la juventud del mundo en la Olimpiada”.

Jorge Prieto Laurens, uno de los representantes de la ultraderecha mexicana y furioso anticomunista, opinaba el 3 de agosto en *El Universal*:

³ Según Guevara Niebla, este día se constituyó el Consejo Nacional de Huelga (CNH): “El Consejo Nacional de Huelga se formó el 2 de agosto, en el Politécnico, donde ya existía una tradición previa. En los siguientes días fueron llegando poco a poco organizaciones universitarias. El CNH fue convocado sobre tres puntos muy claros: primero, sólo estarían representadas las escuelas en huelga, no en paro activo, y eso era muy importante en aquella época; segundo, debían elegirse en asamblea tres representantes por escuela; tercero, no se admitía la representación de federaciones, confederaciones, partidos o ligas, sólo escuelas” (1988, p. 54).

Hace tiempo que venimos señalando el peligro de la agitación provocada por agentes oficiales y extraoficiales del gobierno de Cuba en México. En la Universidad Nacional Autónoma, en el Instituto Politécnico Nacional y en las escuelas normales han desplegado una gran propaganda subversiva, cuyos frutos o resultados lógicos han sido los atentados cometidos en esta capital, arrastrando a muchos inocentes estudiantes, so pretexto de protestar contra abusos de la policía y para celebrar el aniversario del asalto al Cuartel Moncada, en Santiago de Cuba, el 26 de julio pasado. [...] Estamos seguros de que ambas procuradurías de justicia, la General de la República y la del Distrito Federal, habrán de encontrar la forma legal de sancionar a los instrumentos materiales o físicos de la subversión roja; pero también a los autores intelectuales y que recomiendan las medidas urgentes para impedir que sigan agitando los agentes diplomáticos del bloque soviéticocastrista.

En su columna “La O por lo redondo” del diario *El Día*, la periodista María Luisa, *La China*, Mendoza siguió muy de cerca el movimiento estudiantil. Esta vez escribió:

Cuando un joven estudiante mexicano es capaz de dar la más idónea muestra de ejemplar ciudadanía. Cuando puede a pie, y con el brazo en el luto, caminar muchos kilómetros en silencio, cuando es el mexicano que todos esperamos que sea el mexicano y demuestra así, en un acto de grandeza autónoma, que va a ser algún día ¡ya! La verdadera esperanza de la patria, volvemos a ponernos a esperar de ellos la salvación, como de ellos ha venido en todos los países del mundo, después del humo de las granadas, de la sangre de sus corazones que baja en hilo por las escaleras de todas las universidades verdaderas. Javier Barros Sierra es la dignidad del nieto de Justo Sierra. Los estudiantes de México hablando al espíritu.

En su columna de *El Herald de México*, Rubén Salazar Mallén opinaba:

La falta de bandera, más que la intensidad de la represión, hizo que los estudiantes depusieran la actitud que adoptaron durante los disturbios registrados, hace unos días, en la ciudad de México. Los muchachos no supieron justificar su violencia ni definieron deseos ni aspiraciones de magnitud suficiente para que su conducta fuera y pareciera adecuada a las circunstancias.

4 DE AGOSTO

*Se publica el primer pliego petitorio conjunto de la UNAM, IPN, Chapingo y otras escuelas. Piden: 1. Libertad de los presos políticos. 2. Destitución de los jefes de la policía y de los granaderos. 3. Extinción del cuerpo de granaderos. 4. Derogación de los artículos del Código Penal relativos a la disolución social. 5. Indemnización a las familias de los muertos y los heridos. 6. Deslinde de responsabilidades de los actos de represión por parte de las autoridades.*⁴

Aunque han sido extensamente analizados en numerosos libros, vale la pena detenerse en algunos de los puntos del pliego petitorio que resultan más importantes para esta exposición.

Como se ha afirmado repetidas veces, el pliego petitorio se volvió, acaso por obra de la casualidad, el centro neurálgico del movimiento estudiantil, el elemento que permitió aglutinar, sin fisuras, a todos los estudiantes sin importar sus ideas.

Desde que apareció, llamó poderosamente la atención su carácter no ideológico, su condición de alianza y el sentido práctico de sus metas. En efecto, en los seis puntos enarbolados por los estudiantes poco podía advertirse de la pretendida “resurrección de las ideologías” o de la furia revolucionaria de los jóvenes. Ningún término explícitamente marxista aparecía en su redacción, como si se hubiese querido evitar que se pensase que el movimiento era una conjura comunista.

La intención de sus redactores parece obvia: integrar en vez de excluir y, de paso, curarse en salud frente a los eventuales —y esperados— ataques tanto del gobierno como de la izquierda mexicana. Como ha contado Gilberto Guevara Niebla, uno de los líderes del Consejo Nacional de Huelga, los principales puntos del pliego venían del ambiente politécnico. Existían en los manifiestos anteriores signados sólo por esa institución.

Como táctica, el pliego tuvo efectos variados. Por un lado, su carácter práctico permitió la unión de los estudiantes; cada causa parecía justa y no había motivo de divisiones internas. Tanto el gobierno como la derecha vieron el pliego como un mero conjunto de peticiones concretas que hacían parecer al movimiento no sólo desarticulado sino desprovisto de coherencia.

Algunos de los puntos venían desde el origen del movimiento: la indemnización a las familias de los estudiantes heridos o muertos se remontaba a fines de julio, al igual que la destitución de los jefes de la policía y la

⁴ Como un detalle irónico, recogido por Aurora Cano Andaluz en su antología periodística de 1968, *El Heraldo* publicó un gran anuncio de viviendas en el conjunto Tlatelolco, que se anunciaba con estas palabras: “Para familias pequeñas... como la de usted. El nivel de vida superior de Ciudad Tlatelolco” (Cano, 1993, p. 43).

desaparición del cuerpo de granaderos, como había sido expresado en el pliego petitorio del IPN. El deslinde de responsabilidades por parte del gobierno vino poco después. En los tres casos, a pesar de su aparente practicidad, se trataba de demandas verdaderamente antiautoritarias que pretendían transformar la estructura represiva del estado, por más que sus metas inmediatas pareciesen poco ambiciosas.

Más llamativa es la adopción de los dos puntos que restan. Como cuenta el propio Guevara Niebla, la liberación de los presos políticos no estaba considerada originalmente en el pliego. En su redacción original sólo se exigía la libertad de los estudiantes presos. Entonces, un representante de la Escuela Superior de Economía del IPN logró que la demanda se extendiese a todos los presos políticos. Además, hizo que se introdujera la petición de derogar el artículo 145 y 145 bis del Código Penal, que tipificaba el delito de disolución social.⁵

Sólo en estos dos casos el movimiento estudiantil se atrevió a extender sus peticiones para beneficio de la sociedad en su conjunto. Entre los presos políticos, destacaban los casos de Demetrio Vallejo y Valentín Campa, y su libertad había sido promovida infinidad de veces por los comunistas. Hacía poco, numerosos estudiantes universitarios –entre los que se contaba, por ejemplo, Luis González de Alba, uno de los miembros del futuro CNH– habían apoyado a Vallejo cuando emprendió una huelga de hambre.

Por su parte, la idea de derogar el delito de disolución social sería la petición que más eco alcanzaría en el resto de la sociedad. A pesar de sus limitaciones, el debate que se abrió a partir de entonces resultó beneficioso para que la opinión pública conociese los mecanismos represivos que aplicaba el gobierno. Por desgracia, este debate se interrumpiría muy pronto. Paradójicamente, el gobierno se las ingeniaba para consignar a los nuevos presos políticos –los propios estudiantes que habían defendido estas iniciativas– por delitos del orden común y no por disolución social, lo que bastó para demostrar la inutilidad del ordenamiento y las dimensiones de la capacidad represiva del estado.

Mientras tanto, la mayor parte de la población seguía atendiendo sus propios asuntos, aguardaba con impaciencia las Olimpiadas y llenaba las salas cinematográficas para asistir a la reposición de una película que se convertiría en el gran éxito de la temporada: *Lo que el viento se llevó*.

⁵ En su exposición de 1988, Guevara corrige para decir que en realidad se refería a los artículos 141 y 144 bis, pero esta es una nueva confusión. El artículo 145 era el que reglamentaba, desde la segunda guerra mundial, el delito de “disolución social”, mientras el 145 bis estaba ya en la redacción original del Código tipificando otros “delitos políticos”, como el terrorismo.

5 DE AGOSTO

Se realizan dos manifestaciones pacíficas, una de la FNET y otra del Comité General de Huelga del IPN. El director del IPN, Guillermo Massieu, se niega a asistir al acto. El PPS acusa a la CIA y al MURO – un grupo de extrema derecha – de ser causantes de los disturbios.

6 DE AGOSTO

La FNET declara que el Comité de Huelga del Politécnico está infiltrado por la CIA y el comunismo internacional.

En *Novedades*, Leopoldo Zea, director de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional, publicó un artículo con el título “Reafirmación de la autonomía universitaria”. Ahí decía: “La unidad universitaria que se ha hecho patente en esta protesta puede ser inicio de la posibilidad de la única forma de pleno orden universitario, el moral, que descansa en la capacidad de todos y cada uno de sus miembros para respetarlo y hacerlo respetar.”

7 DE AGOSTO

El director del Politécnico afirma que pronto se normalizará la institución.

8 DE AGOSTO

Se constituye el Consejo Nacional de Huelga (CNH) con representantes de la UNAM, IPN, normales, Chapingo, El Colegio de México, Universidad Iberoamericana, Universidad La Salle y universidades de los estados. Su primera declaración a la prensa precisa que ya pasaron las 72 horas para que el regente contestase el pliego petitorio. Asimismo, convocan una manifestación el 13 de agosto. Al mismo tiempo, surge la Coalición de Maestros del País pro Libertades Democráticas, con representantes de la UNAM y el IPN.

En este punto, es necesario hacer explícito que muchos de los maestros que integraron la Coalición proLibertades Democráticas eran, en toda la extensión de la palabra, *intelectuales*. Heberto Castillo no sólo era un prestigioso ingeniero y empresario, sino un conocido militante de izquierda permanentemente interesado en los asuntos públicos; Eli de Gortari era un destacado filósofo y periodista y Manuel Marcué había publicado en *Política* los trabajos de numerosos intelectuales, en especial de Carlos Fuentes y otros miembros de la generación de Medio Siglo.

Muchos otros intelectuales del país, aunque no militasen en la Coalición, eran catedráticos universitarios y en esta medida participaron al dar su apoyo

tanto al rector Barros Sierra como a los estudiantes. Para poner los ejemplos más sonados, el propio Juan Rulfo encabezó muchas de las manifestaciones de aquel año al lado de José Revueltas.

Por primera vez una autoridad importante, Alfonso Corona del Rosal, regente de la ciudad de México, declaró a los medios que los disturbios estudiantiles eran parte de “una conjura planeada, que afortunadamente estalló antes de lo previsto, por gente que pretendía lesionar los intereses de México en las clases más humildes del país”, y luego añadió que, “gracias a la oportuna intervención militar, no se tuvieron que lamentar muertes y mayores pérdidas y daños en la ciudad”.

9 DE AGOSTO

En las instalaciones de Zacatenco del Politécnico se reúnen representantes de treinta y ocho comités de lucha provenientes de todas las escuelas en huelga.

Este día apareció publicado en varios periódicos el primero de muchos manifiestos de diversos grupos de intelectuales que comenzaban a expresar sus puntos de vista sobre el movimiento estudiantil.⁶

Los estudiantes defienden los derechos de todo el pueblo [...] Combinando la fuerza y la atracción de los descontentos, la represión y las concesiones, y contando con el crecimiento de las fuerzas productivas y los limitados pero no despreciables avances sociales y educativos, el grupo en el poder ha logrado gobernar sin mayores problemas. Las que en otras naciones son fuerzas independientes, en México se han convertido en comparsas silenciosas y abyectas de la clase patronal y el imperialismo.

En este ambiente burocrático y cortesano, de dóciles funcionarios y de diputados agradecidos al presidente por sus designaciones, y que nunca rompen la unidad alrededor del gobierno en turno, en un clima de adulación y entreguismo, surge la presencia de una juventud inconforme, sana, nacionalista, que toma conciencia política, que rompe con esquemas caducos, que estudia y observa, que exige la libertad de todos los presos políticos, que lucha por la derogación del delito de “disolución social” y por desplazar a las clases privilegiadas que mantienen el atraso y la miseria; es explicable que se proceda contra ese islote de libertad crítica, de reflexión y rebeldía sin compromisos que son los centros de cultura superior, con violencia como la que se desata en toda América Latina en respuesta a una consigna del Departamento de Estado y la OEA.

⁶ Ramírez, 1969; y Cazés, 1988. Siempre que aparezcan “Manifiestos”, las fuentes documentales son las mismas, además de los periódicos que las publicaron originalmente.

[...] Lo que ocurra en el futuro dependerá de lo que se haga ahora. Si la gente se deja llevar por la inercia, la impotencia, la desconfianza y el temor; si hacemos del silencio virtud y dejamos que sólo los estudiantes protesten; si en vez de rodear al movimiento de solidaridad lo abandonamos, las fuerzas represivas se sentirán triunfales y volverán a desatar la violencia y a pisotear la Constitución.

Si la lucha estudiantil, en cambio, se encauza por caminos justos; si se combina la pasión con la reflexión y la calibración de posibilidades de acción; si se aísla a oportunistas o ultrarradicales que sólo sirven a la reacción; si el movimiento persiste en sus legítimas demandas y tiene eco; si la euforia abona el terreno para mayor conciencia y entrega permanente a la lucha, el proceso revolucionario logrará, en unas semanas, un avance que nadie deberá menospreciar.⁷

10 DE AGOSTO

El CNH considera inaceptables las condiciones del regente, que el día anterior declaró que el cese de los jefes policiacos tendría que derivarse de la comprobación de su responsabilidad. Asimismo, critican que Corona del Rosal haya enviado su respuesta a Guillermo Massieu, director del IPN, porque el problema es de todos los estudiantes.

11 DE AGOSTO

El CNH continúa sus preparativos para el mitin del 13 de agosto.

12 DE AGOSTO

En un desplegado, la Coalición de Maestros apoya las actividades de los estudiantes.

13 DE AGOSTO

Manifestación del Casco de Santo Tomás al Zócalo. Unos 200 mil manifestantes se reúnen en el centro de la ciudad. Se demanda la solución del pliego petitorio y se repudia a la FNET. Se lee una carta de Víctor Rico Galán, preso político del gobierno, dirigida a los estudiantes. Luego, se aprueba extender el movimiento a través de brigadas.⁸

El novelista y editorialista Ricardo Garibay, quien, a pesar de su talante crítico, se hallaba cercano a los círculos del poder, escribió en su columna de *Excélsior* una “Carta al regente”, en la cual decía:

⁷ Algunos de los firmantes: David A. Siqueiros, Gustavo Sáinz, Jesús Silva Herzog, Raquel Tibol, Arturo Warman, Carlos Monsiváis, Víctor Flores Olea y Daniel Cazés.

⁸ Escribe Gilberto Guevara Niebla: “La manifestación del 13 de agosto fue muy festiva, alegre. Allí se hicieron correcciones, por ejemplo, la exclusión de fotos del Che y banderas rojas, lo que la hizo una marcha muy nacionalista” (1988, p. 59).

Se habla, desde el 26 de julio, en calles, casas, restoranes, tribunas, de cientos de heridos, decenas de muertos. La prensa extranjera, con ligereza y mala fe, escribe de nosotros como de cualquier gorilato del tercer mundo; nuestro arduo y recién nacido prestigio internacional amenaza venirse abajo estrepitosamente. [...] Se desata una serie de murmuraciones tragicómicas; todo ha sido un golpe de la izquierda para hacerse del gobierno; no, se trata de un golpe de la derecha para afianzar sus posiciones; basta, el propio gobierno ha desencadenado los conflictos, para que suban a la superficie los posibles dirigentes izquierdizantes que podrían causar problemas durante la Olimpiada; nada de eso, el movimiento lo ordenaron “de arriba” para quemar como posibles candidatos a Echeverría y a Corona del Rosal; no, no, detrás de esto está la CIA y el FBI; qué va, detrás de esto está Fidel Castro, está el maoísmo; no, silencio, “los desórdenes estaban planeados con anticipación y estallaron antes de lo que habían previsto las personas que los organizaron, que los habían planeado para atacar a México en su tranquilidad, en su orden, en su estabilidad, y lo que es peor, en el porvenir de todos los jóvenes pobres de México”. Usted, licenciado Alfonso Corona del Rosal, dijo eso último entrecomado: y usted no es un ciudadano cualquiera, no murmura para divertirse ni para espantar a los demás, usted habla, como político de partido, colaborador muy cercano del presidente Díaz Ordaz y gobernador de seis millones de habitantes, con absoluta seriedad y con conocimiento de causa. [...] Bien, comencemos ahora, comience usted por llamar a las cosas por su nombre. No más vaguedades. [...] Mientras entre nosotros las “fuerzas negativas” sean eso solamente, dos palabras, algo sin nombre, sin cara, un día cualquier persona, usted mismo –permítame la fantasía–, puede venir a dar en “fuerza negativa”. Todo dependerá de quien tenga el poder exclusivo de señalarlo.

14 DE AGOSTO

Se realizan asambleas estudiantiles en la UNAM y el IPN para hacer un balance de la situación. Se pide que el CNH hable directamente con el presidente.

Con el título “¿Represión o democracia?”, *La Cultura en México* publicó un número en el cual trataba de ofrecer una explicación de conjunto sobre el incipiente movimiento estudiantil mexicano.

La intención de los editores, como se señala en una especie de prólogo, era contrarrestar la desinformación que la mayor parte de la prensa mexicana había

difundido desde el inicio de la revuelta. El propio Fernando Benítez firmaba el texto introductorio, en una de sus inusuales apariciones explícitas en el suplemento, y su tono era realmente discordante con el espíritu de los diarios de la época:

La unanimidad con que la llamada “prensa nacional” practicó la anti-información o la noticia-ficción acerca de los sucesos de julio, es una de las razones por las cuales hemos creído conveniente dedicarles nuestro suplemento. Publicamos algunos documentos universitarios clave para entender la complejidad de la situación y los escritos de sociólogos, filósofos, escritores, poetas y maestros. Creemos que es un buen testimonio. Si nos valiéramos de una imagen para describir lo que ha pasado, diríamos que la bazuka disparada contra la preparatoria no hirió precisamente una venerable puerta del siglo XVIII, sino sentimientos y derechos conquistados después de una larga y valiente lucha.

La vasta recopilación de artículos incluidos en este número cuenta con varios ensayos extensos, la reproducción de dos importantes discursos de Javier Barros Sierra, el rector de la UNAM, una crónica de Carlos Monsiváis, un recuento de la represión en México y una amplia muestra de opiniones de diversos intelectuales, muchos de ellos pertenecientes a grupos distintos al de Benítez.

El número se iniciaba con un largo ensayo de Pablo González Casanova, titulado “Aritmética contrarrevolucionaria”.

La intención del autor es mostrar la “lógica contrarrevolucionaria” que opera en el mundo y a la cual se ha debido el triunfo de los grupos reaccionarios en las sociedades modernas. En estas páginas, González Casanova trata de demostrar cuáles son los mecanismos que llevan a cabo los diversos sectores “reaccionarios” de la sociedad para condenar al fracaso a cualquier movimiento revolucionario. Se trata, en su opinión, de una estrategia probada, cuyas primeras etapas se han manifestado ya en el caso mexicano. De alguna manera, este ensayo es una especie de advertencia sobre los peligros que enfrenta el movimiento estudiantil. Por desgracia, la mayor parte de las expectativas pesimistas de su autor se verán confirmadas en los próximos meses.

Entre las técnicas contrarrevolucionarias, a González Casanova le interesa especialmente el estudio del golpe de estado. Según el sociólogo, sus principales técnicas consisten en:

1. Desprestigiar a las organizaciones revolucionarias existentes acusándolas, ante sus simpatizantes, de no ser revolucionarias porque no hacen *aquí y ahora* la revolución.
2. Preparar el *aquí y ahora* de la contrarrevolución en los lugares y momentos más propicios mediante: a) agentes informadores; b) agentes de difusión; y c) agentes provocadores.

La tarea de los primeros es conocer las redes de organización de las fuerzas revolucionarias; luego, los “agentes de difusión”, como la prensa, la radio o la televisión, realizan las siguientes acciones: a) destacan en una primera etapa el descontento, la crisis social y la bondad de las protestas; b) en cuanto se inicia un movimiento obrero o estudiantil, ratifican sus críticas a la moral de la sociedad, azuzando a los rebeldes para que se lancen de lleno contra el gobierno; c) en cosa de días, una vez que se ha desatado el movimiento, cambian radicalmente el punto de vista, denuncian la agitación, la violencia y todos los actos de masas como si éstos hubiesen sido originados por “agentes provocadores”. Dentro de esta misma lógica, por un lado exigen el uso de la fuerza pública y por el otro la critican; piden un régimen político más enérgico y al mismo tiempo exigen la desaparición de las instituciones represivas.

Por su parte, la función de los “agentes provocadores” es: a) canalizar el descontento y dirigirlo hacia versiones más radicales y heroicas; además, incrustarse en los grupos maoístas o trotskistas, provocando descontrol interno; b) acusar de debilidad, legalismo o simulación a las organizaciones revolucionarias, para tratar de lanzarlas hacia la *ilegalidad*; c) acusar al sector público de ser el único responsable de la violencia y así disimular aún más su verdadera posición; d) lanzar a las masas descontroladas y desorganizadas contra el gobierno, a fin de que no tengan ninguna posibilidad real de alcanzar el poder, provocando que los verdaderos líderes, idealistas e ingenuos, sean identificados y encarcelados por la policía.

Como puede apreciarse, la visión de González Casanova es pesimista, e insta una vez más a rastrear la desconfianza en el interior de los propios movimientos revolucionarios. Los “agentes provocadores” descritos por el sociólogo en realidad existían y mucha de su fuerza radicaba en que se supiese que existían.

Pero el autor todavía va más allá: afirma que este tipo de tácticas represivas es propia de los países pobres. Han sido utilizadas recientemente en Brasil, Argentina y República Dominicana. En esta situación tan peligrosa se encuentran actualmente las sociedades de Uruguay, Chile y, desde luego, México. En todos estos regímenes, se repiten ciertas pautas:

1. Los grupos de presión formados por empresarios nacionales y extranjeros consiguen que el gobierno tome medidas político-económicas que protegen aún más sus intereses.

2. El excedente de capital que se queda en estos sectores provoca que éstos lleven a cabo actos de beneficencia o de ayuda a los obreros que, sin resolver los problemas reales, afianzan el capitalismo. Siguiendo a Marcuse, González Casanova opina que se “compra” la libertad a los trabajadores con comodidades, y que en vez de socializarse, cada vez la sociedad se “privatiza” más.

3. En lo sustancial, la situación social no se modifica; al contrario, los problemas de las grandes masas se acentúan.

La opinión de González Casanova refleja el ambiente de pesimismo suscitado por el triunfo de De Gaulle en Francia: la revolución juvenil parecía ya un mero interludio en el escenario de la sociedad industrial. En vez de provocar el verdadero cambio, el movimiento francés sólo sirvió para que las fuerzas de la “contrarrevolución” consiguieran afianzar sus posiciones y controlaran aún más férreamente a la sociedad.

Este importante texto, que en muchos sentidos resultará profético, termina con estas palabras confusas y alarmadas:

Abrir los ojos en algunos países como el nuestro consiste en darse cuenta que en los próximos años la alternativa para México no es revolución o dictadura, sino reformas revolucionarias o terror generalizado. Y en ellos está la responsabilidad política —no sólo de los jóvenes revolucionarios sino de los adultos revolucionarios y progresistas, hállese dentro o fuera del gobierno. Cerrar los ojos, no arriesgarse, en el uso responsable del poder y en el ejercicio de la acción política para acabar con las raíces del golpismo es posponer un peligro menor —personalizado— por uno más general y realmente grave. Equivale a renunciar al ejercicio de fuerzas legales que existen en el estado mexicano, a ignorar la existencia de fuerzas anti-golpistas considerables y decididas a luchar en cualquier forma antes que dejar tranquilamente a los golpistas que instauren en México un gobierno dictatorial en el que el terror se siembre en todas las clases y familias, mientras los grandes monopolios extranjeros aumentan sus negocios de saqueo, como lo están haciendo en Brasil o Argentina.

En contraste con el punto de vista de González Casanova, Víctor Flores Olea publicó un artículo titulado “La respuesta democrática”, en el cual pretendía hallar una solución al problema social que se cernía sobre México.

Según Flores Olea, hay quienes afirman que la vida institucional del país se ha derrumbado y que se está llevando a cabo un proceso “golpista” más o menos oculto (una referencia a ideas como las de González Casanova). Luego de enumerar a los posibles instigadores de este golpe secreto –los intereses estatales, las empresas trasnacionales, Estados Unidos, los sectores reaccionarios del país–, el politólogo considera, a pesar del peligro que entraña la unión de los sectores más conservadores del país, que difícilmente puede hablarse de una situación de emergencia. Por el contrario, piensa que hablar de un golpe de estado es sólo otra de las maniobras para desacreditar al movimiento estudiantil. Por ello, es necesario buscar los caminos democráticos que puedan salvar a México de una escalada terrorista.

Una de las primeras contribuciones de la rebelión juvenil a la sociedad mexicana ha sido la de volver a politizar a las masas. Flores Olea piensa que, si puede afirmarse que el movimiento es un “ensayo general” por parte de la reacción mexicana para defender sus intereses, entonces también es cierto que la respuesta de los sectores democráticos ha sido igualmente enérgica:

La lógica “golpista” es, por definición, una lógica antihistórica, que maneja “variables” y fuerzas cristalizadas en un momento, y que pueden conferirle la ilusión de una superioridad mecánica cuantitativa, en un instante de tiempo. En cambio, la lógica de los procesos democráticos y revolucionarios es, por esencia, histórica, en el doble sentido de que es capaz de movilizar a sectores y clases que parecen marginados, y de dar expresión política a tradiciones adormecidas pero no muertas, y de modificar por eso mismo la situación, en el aspecto cualitativo. Para decirlo con una imagen: es la superioridad del profesor de historia Giap [el general vietnamita] sobre las computadoras del Pentágono.

Para lograr que las fuerzas democráticas predominen sobre las “golpistas”, es necesario que la izquierda construya un frente común. Sin él, no hay posibilidad alguna de lograr auténticas transformaciones en la sociedad:

Hemos hablado de las reservas democráticas del pueblo de México. Su organización militante y responsable parece ser hoy más urgente que nunca. De ello depende en buena medida que la ofensiva contrarrevolucionaria no alcance sus objetivos. Esta es en la actualidad la tarea de más alta significación en que podemos empeñarnos. Muchos otros motivos de división deberían quedar subordinados a esta necesidad insoslayable de la unidad democrática de muchos mexicanos para

oponerla a los intentos de contrarrevolución.

Como conclusión de las ideas de Flores Olea, puede decirse que el peligro de un “endurecimiento” en el gobierno debido al movimiento estudiantil era un escenario previsto desde su inicio. El ambiente intelectual de la época – como lo demuestran los ensayos anteriores – indicaba que la posibilidad de una contrarrevolución o de un golpe de estado estaba latente. Las fuerzas de la reacción habían empezado a combinarse con la intransigencia gubernamental a niveles peligrosos. Al referirse a este desenlace del movimiento, Flores Olea y González Casanova trataban de advertir a la sociedad, una vez más, sobre un probable incremento de la represión. Por desgracia, no se equivocaron.

Por su parte, el crítico y narrador Juan García Ponce – quien años después escribirá una de las más ambiciosas novelas sobre el movimiento estudiantil, *Crónica de la intervención* – elabora un detallado estudio sobre uno de los artificios más recurrentes en la vida pública mexicana: la acusación de que el movimiento estudiantil es una imitación traicionera de un modelo importado. Refiriéndose al movimiento estudiantil mexicano, García Ponce trata de demostrar que esta acusación es falsa:

Con motivo del reciente disturbio provocado por las autoridades, las declaraciones de éstas en que se habla de “ideas extranjeras” anteponen como es natural la existencia de unas “ideas nacionales” contrarias a las otras. Como base de estas ideas nacionales, se coloca inevitablemente a la revolución. México, se nos dice, tiene ya su revolución. Y esto es indudable y maravilloso y benéfico. [...] Con esta actitud no se hace más que traicionar a la revolución, e incluso despojarla de su verdadero valor y sentido como hecho histórico. La revolución mexicana no es un hecho positivo en nuestra historia porque fuera mexicana, sino porque fue revolución. Lo que hay que mantener vivo si se le quiere conservar como valor activo y no como un hecho histórico muerto y enterrado no es el carácter mexicano de la revolución mexicana, que no la define en ningún sentido ideológico, sino su carácter revolucionario, que es el que la justifica.

Con una claridad de ideas que mucho debe a las discusiones similares que se llevaron a cabo en los años treinta, y que Jorge Cuesta dirimió de modo brillante, García Ponce trató de zanjar una vez más esta espinosa cuestión. Renacida, la vieja querrela por la cultura nacional volvía al campo de batalla con los mismos argumentos desgastados de antes. El crítico no podía sino denunciar

esta amnesia acomodaticia. Su última exposición al respecto es, en realidad, un anticipo del análisis que hará en *Crónica de la intervención*:

Lo que sí resulta inexplicable es que se provoque el desorden con el pretexto de impedir el desarrollo de las ideas y sin ninguna idea detrás más que la de que hay que combatir las ideas. Esto no equivale más que a la renuncia a nuestro carácter de hombres y por tanto de mexicanos. Y sin embargo, éste es el principio que nuestras autoridades aducen para justificarse.

Dos breves textos de importantes intelectuales, la escritora Rosario Castellanos y el filósofo Ricardo Guerra, se insertan asimismo en este número de *La Cultura en México* dedicado al movimiento estudiantil.

En "Grandeza de la democracia", Rosario Castellanos lanza un desafío a quienes atacan a los manifestantes:

Que no se tranquilicen tan fácilmente los que reprimen a los intelectuales aduciendo que su autonomía no se ubica en ningún sitio ni se encarna en ninguna persona y por lo tanto la ocupación de un edificio y la agresión a los individuos no constituyen violaciones a un término abstracto. Pensar libremente es mucho más peligroso que participar en desórdenes callejeros. Que asuman si escogen ese peligro o lo cortan de raíz.

Por su parte, Ricardo Guerra, en "Autonomía universitaria y libertad" afirma:

No estamos en contra de la autoridad, pero condenamos el abuso, el exceso, el autoritarismo. El autoritarismo, la represión, la violencia, de los padres, de los profesores, de las autoridades universitarias y gubernamentales, sólo pueden engendrar violencia o evasión, rebeldía o irresponsabilidad. Si queremos que los jóvenes, que nuestros hijos, ingresen a la vida nacional en forma responsable y digna, hay que educarlos en la libertad que es respeto a la autoridad pero sobre todo el respeto a uno mismo. Sólo partiendo del respeto a la libertad y de la educación libre podremos formar a los jóvenes en la responsabilidad. La autonomía universitaria es libertad y responsabilidad.

Monsiváis contribuye al número especial de *La Cultura en México* con un texto titulado "La represión como ideología", que es un resumen y una primera

interpretación completa de los hechos sucedidos a partir de fines de julio. Se trata, además, de uno de los artículos más enérgicos aparecidos en la prensa mexicana contra la violencia oficial.

Tras describir el espíritu de las manifestaciones de la FNET y la CNED del 26 de julio, Monsiváis se refiere al grupo de politécnicos que decidió ir hacia el Zócalo. Con el humor ácido que lo caracteriza, afirma:

Si hubo o no provocadores en ese momento, se sabrá tal vez cuando se defina si el Zócalo es propiedad exclusiva de nostalgias históricas y manifestaciones en apoyo del gobierno, sus glorias y actitudes nómadas, o si también puede, ocasionalmente, servir para expresiones de oposición política y protesta civil y legal.

A contracorriente de quienes afirman que los estudiantes han provocado el endurecimiento del gobierno, Monsiváis cree que la protesta es legal y, por tanto, lo ilegal y condenable fue su represión a los pocos minutos. Como los estudiantes no iban para “agradecer al régimen” la ciudadanía a los 18 años, “cínica forma de manifestación aceptada por el régimen”, fueron agredidos. Luego, al referirse a los ejecutores, dice:

Para ser granadero o para pertenecer a una de las nutridísimas fuerzas represivas del país, se necesita básicamente un grave resentimiento social no formulado de modo coherente o racional, una capacidad subfreudiana de vengarse despiadadamente de todo ser concreto, de la injusticia del mundo, y un código moral reducido al voraz acatamiento de las órdenes. Decir que los granaderos o que la policía se comportaron con barbarie es un pleonasma.

Según el cronista, luego de los primeros actos de represión, correspondió a jóvenes armados con palos y piedras (la prensa era la única encargada de adjudicarles arsenales “dignos del Pentágono”) encarnar una de las “más hermosas y estimulantes imágenes de México en los sesenta”: la batalla contra la represión. Mientras tanto,

los periódicos, a través de sus dicterios o sus inútiles llamados a la cordura, han insistido en la falta de banderas, en la ausencia de consignas, en lo fenoménico del movimiento: como siempre, sólo reiteran que en su caso la carencia de sintaxis se relaciona con la carencia de todo lo demás. El movimiento estudiantil ha tenido la más noble bandera posible: el

derecho legal de los mexicanos a no padecer oprobiosamente la violación, por parte de las autoridades, de la legalidad de la república.

Al igual que García Ponce, Monsiváis desestima las acusaciones vertidas contra el movimiento en el sentido de que no es “nacional”. Por fortuna, los estudiantes mexicanos “no son originales, lo que es ya un pecado en el país que posee la revolución más original del mundo”.

Como siempre, el sentido de la argumentación es inequívoco: a la patria sólo se le defiende desde arriba, ya que la revolución mexicana tiene una garantía inmortal de permanencia. Sin embargo, la lógica falla y las tesis antifenómicas exhiben su aparatosa desfachatez. Porque no hubo ni ha habido en ningún momento (entre otras cosas por la domesticación de la clase obrera) el deseo estudiantil de realizar una revolución de mayo. Se ha dado y se ha fortalecido —no sólo entre los estudiantes, como se demostró en la vasta manifestación democrática encabezada por el rector de la UNAM— el espíritu de resistencia contra esa represión de julio, entre cuyos otros instantes excelsos deben contarse la entrada de la tropa a la Preparatoria de San Ildefonso, con los ya legendarios bazukazos y la brutalidad desplegada contra los cien estudiantes ahí confinados, la entrada de la tropa a la Preparatoria de Coapa y a los planteles del Politécnico, la detención de los estudiantes de la Escuela de Arte Dramático del INBA, con ejército y perros policías, y finalmente, no en orden jerárquico pero sí en función de las sorpresas dramáticas, la revelación de la Conjura Comunista para Subvertir el Orden de las Instituciones de un Gran País en Vísperas de los Juegos Olímpicos (aquí el uso de mayúsculas va en razón directa de la importancia del descubrimiento).

Monsiváis se mofa de los argumentos utilizados para descalificar al movimiento: las consignas supuestamente nacionalistas de organizaciones oficiales y de funcionarios públicos; la supuesta infiltración de agitadores, denunciados por Luis M. Farías, el líder de la Cámara de Diputados; la idea conservadora de que los verdaderos estudiantes se dedican a estudiar mientras los alborotadores son quienes se manifiestan en las calles, como dijo un senador por Nayarit. Todos los organismos oficialistas que han brindado su apoyo al gobierno y su repudio a los estudiantes —FSTSE, CTM, Congreso del Trabajo— encuentran una ácida burla en los comentarios de Monsiváis, para quien México está lleno de servilismo. Para el cronista, todas estas declaraciones no

son sino los símbolos de la lógica de la represión que actúa en todos los niveles del sistema político mexicano. Para colmo,

la prensa nacional también tuvo sus derechos hagiográficos. Pocas veces se había visto en México inutilización tan multánime y unánime de la calumnia, la invención, la deformación de los hechos. Los estudiantes eran los villanos, los malditos de esa serie de episodios. Su acción era perversa, antinacional, nefanda y pecaminosa. Los editoriales abundaron en el estilo peyorativo de quien sabe que si no tiene la razón, por lo menos posee, y portentosamente, la fuerza. No hubo, del viernes 26 al martes 30, ninguna actitud digna o sensata. Nadie apeló a la legalidad, ningún periodista quiso enterarse de la existencia de una Constitución Política que desautorizaba los desmanes, motines y provocaciones de los granaderos y del ejército. Ningún reportero decidió como su deber mostrar las pruebas, por otra parte múltiples, de que no existía conjura alguna, de que los estudiantes no estaban armados, de que contra ellos se había ejercido la ilegalidad, la provocación y la virulencia física. Incapaces de informar críticamente, incapaces siquiera de informar, los periódicos de México —y durante cinco días, de viernes a martes, no hubo excepciones— contribuyeron al lujo y a la magnificencia de la represión de julio, al mostrarse las variedades del silencio, la serie infinita de gamas en que puede distribuirse tipográficamente la corrupción.

Con estas palabras violentas y animosas, Monsiváis demuestra, por el contrario, que al menos parecía quedar un último espacio para la mirada crítica y para la descalificación de la brutalidad gubernamental. Las posibilidades de expresión en *La Cultura en México* experimentarán, a partir de entonces, diversos grados de presión oficial, parecida a la que se imponía en los demás medios, pero su culminación no llegaría hasta después del 2 de octubre, cuando nadie pudo hablar claramente de lo ocurrido. Por fortuna, todavía quedaba un mes en el cual fue posible discutir, con cierto grado de apertura, el desarrollo de los acontecimientos. En esta exposición crítica, Monsiváis seguirá ocupando un lugar fundamental.

Una de las partes más importantes de este número de *La Cultura en México* fueron las páginas donde se recopilaban los puntos de vista de numerosos intelectuales y artistas sobre el movimiento estudiantil:

Una cronista, María Luisa Mendoza: *Sobre una fotografía tomada en las calles de mi ciudad, el 31 de julio de 1968.* (Arriba del artículo aparece la fotografía en cuestión, que muestra a unos estudiantes huyendo de un soldado y dos civiles

que les apuntan con ametralladoras.)

¡Corre, hijo mío! Porque si ya pediste en silencio, si ya hablaste lo pedido punteando tus bases y tus compuertas a la hombría, no te queda otra cosa que correr. Esos hombres siempre están. Sirven a las causas en que tú no crees, y por las que estás dispuesto a morir si para ser derrotadas tu vida vale de algo. Estos tres, cuatro hombres, cinco mil, todas las mañanas aprenden a realizar tu muerte aunque sea la del cuerpo sólo. Están siendo enseñados a subir y bajar la mano con el garrote, en tu cabeza, en tus hombros, en tu espalda, en tus costillas. No saben leer, no saben reír, no saben pensar, no saben ni un poquito de lo que tú has sabido siempre. [...] Mira, todo esto va a terminar alguna vez cuando alguien se los diga, cuando se los enseñe quien lo haya aprendido. Entonces, hijo mío, nadie como tú, de la edad bella de ti, correrá en nuestra ciudad, en nuestras ciudades; entonces sabremos que México ha llegado a la mayoría de edad, cuando yo haya muerto y tú le digas a tu hijo esto que ha sucedido, y él no lo crea.

Un poeta, José Carlos Becerra: *La hermosa lección*.

¿Qué le ocurre al país? ¿Qué sucede en esta ciudad de México?

¿Acaso no vio la gente de la calle cómo fueron tratados los jovencitos de secundaria, preparatoria o vocacional por el ejército mexicano? ¿No se asomó nadie por el boquete que abriera un disparo de bazooka en las puertas de la Preparatoria No. 1?

No, toda la burguesía, toda la llamada “opinión pública”, todos los intelectuales, sabían y saben la verdad: Que menores de veinte años, muchachas y muchachos –algunos de ellos armados de varillas y piedras– fueron heridos o asesinados por las hordas de la policía y el ejército –armadas desde fusiles y metralletas hasta bazookas, apoyadas por la presencia de tanques de guerra–. Y nadie, ABSOLUTAMENTE NADIE, hizo nada por impedirlo.

[...] Un régimen de gobierno que no pudo ser capaz de resistir liberalmente la primera manifestación de menores de veinte años, es absolutamente vulnerable. Es un régimen que tiene conciencia de que fatalmente sus cimientos y mecanismos de poder son cada vez más fallidos e inoperantes. Y por eso es inseguro y ataca bárbaramente a cualquier adversario, por escaso que sea. Y por eso es un régimen que tiene miedo. Y los jóvenes lo saben ya, lo acaban de aprender

sangrientamente en las calles. Y las grandes mayorías explotadas lo están sintiendo y sabiendo poco a poco...

Un músico, Raúl Cosío: *¿Quién detrás de la puerta?*

En un acto digno de los nazis, ha sido bombardeada la puerta del sagrado recinto preparatorio. [...] “Fueron los comunistas” o “fueron los de la CIA”, me han dicho algunos amigos empleados en ciertas dependencias. Pero no son tan ilusos los comunistas de emprender acciones en lugares donde no hay circunstancias favorables. Y los agentes de la CIA no pueden ser tan tontos para crear dificultades donde no las hay; bastante ocupados están en el resto del mundo. Estos brutales atentados contra la cultura no solamente revelan bárbaros abusos de poder; marcan, con exactitud, el fin de la tranquilidad. [...] Ya se ciernen sobre México los fantasmas del fascismo y del comunismo. La democracia ha muerto, y la disyuntiva no permitirá otra solución.

Un narrador, José de la Colina: *Los malos son los otros.*

La gente del orden, la que nunca se mete en nada, nunca se mete con nadie, la que prefiere siempre que las cosas sigan así y que estén como están, puede de cuando en cuando desconfiar de lo que dicen los periódicos [...] pero está dispuesta en cualquier momento a dejarse convencer, por ejemplo, del vandalismo de los jóvenes, de los estudiantes. [...] Al pasear por la ciudad, se podía oír a la gente de orden en su catarsis verbal: *los violentos son los otros*, los estudiantes revoltosos, los que aún no aprenden a controlarse, a sujetarse al orden. Así pues, los reportajes y las noticias sobre estos jóvenes, a priori identificados como violentos y bárbaros (aunque a leguas se olera la fabulación de todo esto), les permitirá descansar, hallarse justificados en su bueno, sacrosanto, modesto y juicioso orden de todos los días.

Un novelista, Gustavo Sáinz: *Memorándum desde la ira.*

Se quiere ignorar que se violaron bárbaramente la autonomía universitaria y los más elementales derechos civiles y que la juventud de México, por fin, ha salido a las calles a protestar, a gritar y pedir que las pétreas máscaras mexicanas hechas de patriotería y convencionalismos pierdan la estupidez, a pedir franco acceso a la verdad, por antigobiernista que ésta

sea.

Una escritora, Julieta Campos: *Dueños de la conciencia*.

Sólo cuando surge un momento crítico, cuando la manipulación de la opinión pública y sus graves consecuencias saltan a la vista, nos preocupamos y señalamos a la prensa que dice una cosa en los titulares y otra en los reportajes de periodistas todavía no corrompidos que se limitan a reseñar lo que ven. [...] Pero la manipulación de las conciencias es demasiado peligrosa, demasiado inmoral como para preocuparse de ella solamente en las situaciones críticas: cada periodista y todos los que intervienen en alguna de las etapas por las que pasa la noticia antes de llegar al público, deben tenerla presente siempre para no ser cómplices de una inercia cultural que compromete, y muy gravemente, a la conciencia, a la ética de cada uno como ser humano.

Un cuentista, Gerardo de la Torre: *El derrumbe del mito*.

Días finales de julio del olímpico 1968. Las fuerzas policiacas penetran en los recintos estudiantiles y los estudiantes responden lanzándose a las calles para luchar contra la policía.

El ejército interviene para “garantizar la tranquilidad del país”. [...] ¿Qué ha sucedido? Nada, simplemente que se ha evidenciado la ruptura entre el gobierno y los gobernados, simplemente que se ha roto el cerco de docilidad y rastrerismo. Muchos ojos se han abierto, muchas conciencias se han alertado. El mito de la estabilidad del régimen ha sido derribado por las piedras de los estudiantes.

Un sociólogo, Gabriel Careaga: *Bayonetas o cultura*.

Muchos han advertido que el país cuenta con una juventud responsable y consciente que no tolerará jamás, bajo ningún pretexto, que el ejército pisotee la Universidad. Porque hoy más que nunca la autonomía permite el diálogo y la comunicación. Permite el ejercicio de la razón y de la inteligencia, sin la cual no hay vida cultural, ni política, ni libertad de ninguna especie. Y sin libertad no puede haber una auténtica democracia.

Un novelista, Parménides García Saldaña: *Los fantasmas llegaron ya*.

[...] ¿Era necesaria la intervención de las fuerzas armadas? ¿Era necesario violar la autonomía universitaria y tomar por asalto las escuelas del Politécnico? ¿Era necesario derribar a bazukazos la puerta de la Preparatoria No. 1? ¿Era necesario corretearlos con rifles y amedrentarlos disparando balas de salva? ¿Era necesario aterrorizarlos con tanques? ¿Vamos a creer que un partido como el comunismo fue el causante de los disturbios? ¿De veras todo fue una conspiración de delirantes? Realmente no estamos en París y los fantasmas empiezan a llegar.

15 DE AGOSTO

El Consejo Universitario hace suyos los puntos del pliego petitorio del CNH y emite una declaración pública en la que pide respeto irrestricto a la autonomía universitaria. Miembros del MURO acusan a Heberto Castillo y Manuel Marcué Pardiñas, de la Coalición de Maestros, de ser "agentes del castrismo".

Este día se constituyó formalmente la Asamblea de Intelectuales y Artistas. En un desplegado, esta nueva agrupación apoyaba las demandas del CNH y convocaba a un festival artístico que se realizaría en Ciudad Universitaria el domingo 18 de agosto. Asimismo, llamaba a todos los intelectuales y artistas del país a unirse al movimiento.⁹

16 DE AGOSTO

Continúa la labor de "brigadas" del CNH. El director del IPN trata de solucionar el conflicto estudiantil hablando con el regente de la ciudad de México, Alfonso Corona del Rosal, sin éxito. Éste propone que los estudiantes y maestros en huelga nombren una comisión de cinco personas para establecer el diálogo.

Daniel Cosío Villegas, brillante historiador y politólogo, fundador de El Colegio de México y del Fondo de Cultura Económica, se había integrado hacía pocas semanas al periodismo, aceptando la invitación de Julio Scherer, recientemente nombrado director del diario *Excélsior*.¹⁰

Su primera tarea como columnista político fue, justamente, la de comentar el movimiento estudiantil. Su opinión constituyó uno de los más importantes puntos de referencia sobre cuestiones políticas en los últimos años del sexenio de Díaz Ordaz y los primeros de Echeverría.

⁹ Entre los ochenta firmantes se encontraban: Juan Rulfo, Juan Bañuelos, Carlos Monsiváis, José Carlos Becerra, Vicente Leñero, José Revueltas, Thelma Nava, José Augusto Shelley, Sergio Mondragón, Jaime Labastida, Óscar Oliva, Margo Glantz, Margaret Randall, Beatriz Espejo, Enrique González Rojo, Felipe Ehrenberg, Emmanuel Carballo, Antonio Alatorre, Juan Vicente Meló, Jaime Sabines, Juan José Gurrola, Alberto Dallal, Hugo Arguelles, Alejandro Aura, Ulises Carrión, Fernando del Paso, Federico Campbell y Tomás Mojarro.

¹⁰ Cosío Villegas, 1976, p. 261; y Krauze, 1980, p. 243.

En su primer artículo, el 16 de agosto de 1968, escribió (cito el artículo completo):

Escojo los desórdenes estudiantiles como tema de mi tardía reaparición en *Excélsior* porque están destinados a recrudecerse, como lo indican varias circunstancias. Desde luego, ni el gobierno ni los estudiantes han explicado claramente sus respectivas posiciones. En seguida, tampoco se han esforzado por entenderse entre sí. Debe inferirse que el gobierno supone que la sociedad está obligada a aplaudir con delirio todas sus disposiciones, así sean arbitrarias e injustas. Asimismo, que los estudiantes creen que todos sus actos, sin importar su carácter del más puro vandalismo, escapan al juicio legal y moral de la nación. Esta desconsideración total de los sentimientos del país es quizá el fenómeno saliente, rico en consecuencias, del enredo. Una entre mil es ésta: México ha tenido muchísimos gobiernos malos y mediocres; pero rara vez tan torpes que no transformen mágicamente sus errores en deslumbrantes aciertos. En este caso puede decirse que el gobierno no ha acertado en nada y que ha errado en todo. No cabe atribuirlo a incapacidad política, sino a que echa a un lado la opinión pública, parece igual una cosa que otra. Si esto es así, ¿acabará la rebeldía estudiantil? Cuando estalle de nuevo, ¿se entonará de nuevo la copla de la conjura? La verdad es que en lo que va del año se ha trabajado poquísimos en la Universidad porque el estudiante vive en una agitación perpetua. No va a clases ni estudia; gasta su vida en mítines, conferencias, asambleas, comités, marchas, protestas y manifiestos. El gobierno, vigilante del bienestar nacional, no puede ignorar estos hechos y, en consecuencia, su explicación de la conjura resulta insostenible. En cuanto a malograr la Olimpiada, está bien: supongamos que México (es decir, el país y no simplemente sus gobernantes) tiene el compromiso de honor de celebrarla, pero estableceríamos una marca olímpica en el salto de longitud si de ese supuesto brincáramos a concluir que, para no perturbar el sueño de nuestros visitantes, los mexicanos debamos contener la respiración hasta el próximo día de muertos.

Tras la publicación de este artículo, el hermano de Cosío comenzó a recibir telefonemas de parte del secretario particular de Díaz Ordaz. Por fin, el estado mayor presidencial logró hacerle llegar, en propia mano, una carta del presidente. En ella, éste le confesaba al intelectual sus temores de que el movimiento pudiese radicalizarse y llegara a tomar el rumbo que había tenido

en Francia. En sus *Memorias*, Cosío confiesa haber captado entonces el verdadero dolor de Díaz Ordaz.

Una semana más tarde, Cosío recibió una nueva misiva del presidente, en la cual éste le agradecía la “cálida comprensión humana” que le había dispensado en su segundo artículo. Según el propio articulista, esa “comprensión” se hallaba en la visión que ofreció Cosío de la masa estudiantil como una “grey” informe, pasiva y descontenta. Después de esta carta, Díaz Ordaz no volvió a dirigirse de nuevo de este modo a quien podría haber sido uno de sus principales interlocutores.¹¹

Luego de la ocupación de Ciudad Universitaria por el ejército, Cosío dejaría a un lado la “cálida comprensión humana” y se dedicaría a reprobar, una y otra vez, los métodos represivos del gobierno.¹²

17 DE AGOSTO

El CNH rechaza la petición del regente de nombrar una comisión que dialogue con él.

18 DE AGOSTO

El CNH reitera su invitación a los diputados a un debate público que se llevaría a cabo el 20 de agosto en Ciudad Universitaria. Los diputados rechazan la propuesta. Se llevan a cabo festivales artísticos en Ciudad Universitaria y Zacatenco.

19 DE AGOSTO

Los partidos de oposición – PAN y PPS– también se niegan a asistir al debate en Ciudad Universitaria. El número de inculpados por delitos políticos en el Distrito Federal aumenta a 122.

El joven jurista Diego Valadés escribió en *Excélsior*.

¿Está enferma nuestra sociedad? [...] No, no lo está. Nuestra sociedad está sana; tan perfectamente sana que posee una juventud insurgente y brillante ansiosa de tomar el timón para conducirla a la superación. Pero nuestra sociedad se enfermará si impide a esa juventud cumplir con su designio: la participación efectiva.

20 DE AGOSTO

Unas 20 mil personas asisten al debate público convocado por la Coalición de Maestros en Ciudad Universitaria. El debate se lleva a cabo con representantes del CNH, la

¹¹ Cosío Villegas, p. 262.

¹² Krauze, 1980, pp. 245 y ss.

Asociación de Padres de Estudiantes del IPN, la Unión Cívica de Padres de Familia de la UNAM y miembros de las Juventudes Panistas. Conduce el debate el filósofo Eli de Gortari.

21 DE AGOSTO

En una mesa redonda televisada expresan su opinión sobre el movimiento estudiantil Íñigo Laviada, Ifigenia Martínez, Heberto Castillo, Víctor Flores Olea y Francisco López Cámara.

Flores Olea afirma que “un movimiento como éste no puede estar inspirado por delinquentes juveniles, y menos aún tratarse de una conspiración”. Los demás miembros de la mesa expresan opiniones similares. La solución, concuerdan, es el diálogo entre estudiantes y gobierno.

Un nuevo manifiesto de intelectuales mexicanos aparece en las páginas de los principales periódicos:

Está amenazado el porvenir democrático de la nación

[...] Protestamos enérgicamente por la intervención de cuerpos armados al margen de las leyes, en la provocación y en la agresión. Es hora de preguntarnos si la UNAM y el IPN deben ser el reflejo de un régimen o el de un pueblo que desea ejercer libremente los derechos de asociación, manifestación pública y expresión de ideas y la crítica a quienquiera que ésta se enderece.

[...] Con nuestra enérgica protesta esperamos que las autoridades restauren el orden de leyes constitucionales y no de reglamentos secundarios; castiguen a todos los culpables de agredir a estudiantes y ciudadanos; hagan a un lado su amor propio y el mal interpretado principio de autoridad devenido en principio de arbitrariedad, y que se restauren el derecho y la vigencia cabal e irrestricta de la Constitución, ya que no ha sido abolida por el pueblo ni suspendida por ninguna medida de emergencia o estado de sitio.¹³

Luis Suárez, jefe de redacción de *Siempre!*, organizó el día 16 de agosto una conferencia de prensa colectiva con algunos dirigentes del movimiento estudiantil.

¹³ Algunos de los firmantes: Ermilo Abreu Gómez, David A. Siqueiros, Juan José Arreola, Rosario Castellanos, José Chávez Morado, Juan de la Cabaña, Enrique Florescano, Beatriz Galindo, Alberto Híjar, Renato Leduc, Carlos Monsiváis, Raquel Tibol y Eraclio Zepeda.

Según narra el propio Suárez, los asistentes a aquella reunión “en un salón de Ciudad Universitaria, cuya entrada era rigurosamente controlada”, eran un miembro del CNH, los representantes de las escuelas o facultades de la UNAM de Comercio y Administración, de Ingeniería, de Arquitectura, de Ciencias Químicas, de Ciencias y de Veterinaria y Zootecnia, un miembro de la Coalición de Maestros y algunos catedráticos universitarios.

SUÁREZ: ¿Son ustedes esos agitadores y perturbadores que nos han sido presentados durante estos días?

DIRIGENTE DEL CNH: Somos agitadores en el sentido de que hacemos una labor que tiende a despertar la conciencia de los estudiantes y del pueblo. [...] No queremos provocar el caos, sino que se oiga al pueblo, cuyas posiciones han sido socavadas por los líderes “charros”, razón por la cual el pueblo parece enmudecido en sus demandas. No queremos que estas demandas queden en el sector estudiantil, sino que se extiendan a los obreros y los campesinos. Tienen una finalidad política: la libertad de todos los presos políticos y la desaparición del artículo 145 del Código Penal.

SUÁREZ: ¿Esa extensión del movimiento no puede dar base a quienes dicen que hay factores o gente extraña al movimiento específicamente estudiantil?

DIRIGENTE DEL CNH: Si se adhiere a este movimiento de lucha por los derechos populares gente que tiene razones en sus demandas económicas, bienvenidos. Pero eso no quiere decir que sean ajenos a un movimiento de esa naturaleza.

SUÁREZ: ¿Ustedes quieren o no quieren dirigir un movimiento de esa naturaleza?

JUAN JOSÉ SERRANO MORELOS (miembro del Comité de Lucha de Arquitectura): Los estudiantes somos una caja de resonancia. No queremos llevar la cabeza de un movimiento de cambio de estructuras. Nosotros somos sensibles al reflejo de una situación que existe. [...] Nosotros queremos que el movimiento sea de todos.

SUÁREZ: Podrían precisarme, ¿ustedes, los estudiantes, mantienen esta lucha para derribar al gobierno, al régimen?

DIRIGENTE DEL CNH: Nosotros no nos hemos propuesto derribar al gobierno. Queremos que se cumpla la Constitución; el respeto a la Constitución hay que exigírselo al gobierno. Queremos que cambie la estructura del monopolio político y que se acabe la corrupción.

PROFESOR DE BIOLOGÍA: Queremos que cambie la idea de la política.

SUÁREZ: ¿Creen ustedes que si cambia la concepción del monopolio político cambia la distribución estructural de la riqueza?

PROFESOR DE BIOLOGÍA: Nuestra Constitución previene la mejor distribución de la riqueza.

DIRIGENTE DEL CNH: Pugnamos por que cambie el partido oficial.

DELEGADO DE INGENIERÍA: Yo quiero formular unas preguntas.

SUÁREZ: ¿Para que yo las conteste?

DELEGADO DE INGENIERÍA: No, para que queden formuladas. ¿Se ha respetado la Constitución durante nuestro movimiento? Si no se ha respetado, ¿por qué? ¿Y qué intereses hay en que no se respete la Constitución?

DIRIGENTE DEL CNH: La prensa nos ha señalado como vándalos. Nunca se ha hecho mención de la conducta anticonstitucional de la policía y del ejército.

SUÁREZ: ¿Cuál es la verdadera acción de los provocadores de derecha, del MURO concretamente, en este movimiento? ¿Los tienen aislados o influyen en los acontecimientos?

MAESTRO DE CIENCIAS QUÍMICAS: En Ciencias Químicas trataron de desviar el movimiento atribuyéndolo al comunismo, a fin de practicar su anticomunismo. Fueron derrotados. No se les ve a los fascistas...

CHÁVEZ: Tienen subsidios muy fuertes de origen derechista. Y nunca quedarán anulados, pero el repudio es general entre los estudiantes.

SUÁREZ: Se habla de agentes y provocadores de la CIA en el seno del movimiento estudiantil. ¿Ustedes qué opinan de la intervención de la CIA?

MAESTRO DE ARQUITECTURA: Conozco personas de la procuraduría que han dicho haber comprobado que se han metido muchos agentes de la CIA, mientras que saben que no se metió el Partido Comunista. ¿Por qué no lo dicen así?, no me lo explico.

MAESTRO DE QUÍMICA: En nuestra escuela hay maestros que son agentes de la CIA. Ellos han tratado de alejarnos del movimiento.

JUANJO: La participación de la CIA es un hecho comprobado, buscando desorientar a la gente para presentar a los comunistas como los que crean el ambiente.

SUÁREZ: Se habla del peligro de un golpe de estado, que podría originarse ante una tirantez de la situación. Un cambio de gobierno no sería a la izquierda, sino a la derecha, al gorilismo. ¿Qué opinan de eso?

DIRIGENTE DEL CNH: Hemos hecho un análisis de las probabilidades de un golpe de estado. En los países donde ha habido golpes de estado éstos han comenzado por los militares aviadores, debido a su mayor contacto

con Estados Unidos. La Preparatoria de San Ildefonso fue ocupada por paracaidistas. En ese sentido hay alguna relación con los golpes en América Latina, pero quizás aquí no sea posible porque hace tiempo que no se da preponderancia política a ciertos militares. Creemos al menos que eso no se producirá inmediatamente.

SUÁREZ: Se acusa a los estudiantes y maestros de proponerse impedir la celebración de los Juegos Olímpicos.

MAESTRO DE ARQUITECTURA: Eso se ha manejado insidiosamente. Los estudiantes no quieren acabar con la Olimpiada. Esta coincidencia de la lucha estudiantil y de los maestros con las Olimpiadas es un accidente.

CHÁVEZ: Quienes ponen en peligro las Olimpiadas son los que han realizado esta provocación contra los estudiantes.

SUÁREZ: Se habla de la necesidad de diálogo para resolver el conflicto, porque todo conflicto tiene una perspectiva de solución... ¿Cómo ven ustedes la practicabilidad de ese diálogo?

DELEGADO DE CIENCIAS: Un diálogo no a nivel de dirigente, encerrado, sino público.

DIRIGENTE DEL CNH: El gobierno no quiere diálogo, sino la mediatización. Y así arrasaría nuestras demandas.

SUÁREZ: ¿Qué significa discusión pública? ¿Cómo sería ese mecanismo?

DIRIGENTE DEL CNH: Corresponde fijarlo a nuestro Consejo Nacional de Huelga. Lo anunciará.

SUÁREZ: ¿Perspectivas?

CHÁVEZ: Hasta la victoria, siempre.

SUÁREZ: Ustedes hablan de muertos, de muchos muertos...

VARIOS DELEGADOS: Aquí está la lista, vea usted...

En su sección "Puntos de vista sobre el movimiento estudiantil", *La Cultura en México* incluye el texto "Una visión necesariamente pesimista", de Fernando Carmona. En su parte medular, Carmona escribe:

El que el estudiantado de la capital, tan despolitizado como el resto de nuestra sociedad, en especial en las "alas" y escuelas técnicas, y tan dividido en sus acciones progresistas como toda la izquierda, al producirse la enésima represión policiaca y la violación brutal de la autonomía universitaria por el ejército, haya advertido desde el primer momento la dimensión de la verdadera disyuntiva para la nación; identificándose de inmediato con demandas defendidas, sin gran éxito, durante años y años por los grupos más consecuentes de la izquierda; y

decididos a librar una lucha dura contra adversarios poderosos, no puede sino mover al optimismo, a la confianza de que la potencialidad democrática nacional es mayor de lo que durante décadas han supuesto las minorías detentadoras de la riqueza económica, usufructuarias de la “estabilidad” social y beneficiarias del monopolio político.

22 DE AGOSTO

El secretario de Gobernación, Luis Echeverría, convoca a los estudiantes a un diálogo “franco y sereno”. El CNH se muestra de acuerdo, siempre y cuando el diálogo sea público.

En un breve comunicado, se convoca a los intelectuales y artistas a asistir a una asamblea el sábado 24 en la Facultad de Filosofía y Letras para elegir la mesa directiva de la asamblea.

Asimismo, aparece otro manifiesto de profesores, intelectuales y artistas en el cual se revisa la importancia y las enseñanzas del movimiento estudiantil.¹⁴

23 DE AGOSTO

En una asamblea conjunta del CNH y la Coalición de Maestros, se informa que el gobierno ha accedido a la celebración de diálogos públicos, y que ha nombrado a los secretarios de Gobernación, Luis Echeverría, y de Educación Pública, Agustín Yáñez, al jefe del Departamento del Distrito Federal, Alfonso Corona del Rosal, al procurador General de la República, Julio Sánchez Vargas, y al del Distrito y Territorios Federales, Gilberto Suárez Torres, como representantes del gobierno. Estudiantes y maestros aceptan iniciar el diálogo público, y convocan a un mitin para el 27 de agosto.

Entre tanto, en un lugar denominado “La arboleda sagrada”, en Grecia, se enciende la Llama Olímpica que será transportada, a lo largo de cincuenta y dos días, por 1979 jóvenes de cinco países, hasta traerla a México.¹⁵

24 DE AGOSTO

La Coalición de Maestros acepta que sólo haya delegados del CNH en el diálogo con el gobierno.

25 DE AGOSTO

El CNH se reúne para discutir las fechas y la estrategia del diálogo con el gobierno.

¹⁴ Entre los firmantes figuran Ángel Bassols Batalla, Emmanuel Carballo, Edmundo Flores, Parménides García Saldaña, Eduardo Matos, Carlos Monsiváis y Héctor Valdés.

¹⁵ Brocea, 1993, p. 149.

26 DE AGOSTO

El CNH informa que ha establecido nuevos contactos con la Secretaría de Gobernación y que se planea el inicio del diálogo para el 28 de agosto.

27 DE AGOSTO

Unas 200 mil personas asisten a un mitin en el Zócalo en demanda del cumplimiento del pliego petitorio. Otras fuentes dicen que fueron 400 mil. En el asta del Zócalo es izada una bandera rojinegra de huelga. Se acuerda que el diálogo inicie el 1º de septiembre. A instancias de un grupo aislado, se decide que el diálogo se lleve a cabo en el Zócalo y que se dejen ahí brigadas nocturnas.

El Comité de Intelectuales, Artistas y Escritores publicó un nuevo manifiesto. Algunos de sus puntos son los siguientes:

Declaración de principios

El movimiento estudiantil representa una revolución en la actitud de la cultura hacia la sociedad.

[...] Nos manifestamos contra todas las supercherías democrático-burguesas de una clase en el poder que ha mediatizado la revolución mexicana, mitificando lo que hipócritamente llama sus conquistas: Pérdida de independencia de la clase obrera. Supresión de huelgas. Monopolio político disfrazado con serviles y falsos partidos de oposición. Libertad de prensa consistente en libertad de mentir con subsidio [aquí el tono de Monsiváis es inconfundible]. La reforma agraria convertida en el empobrecimiento de los campesinos más pobres y el enriquecimiento de los más ricos.

[...] Por éstas y otras razones de principios, nos sumamos con toda conciencia a la actitud militante de la juventud estudiantil.¹⁶

28 DE AGOSTO

Durante la madrugada, granaderos y miembros del ejército desalojan violentamente a los estudiantes que se quedaron montando guardias en el Zócalo.

Se organiza en el Zócalo una manifestación oficial "en desagravio a la bandera", a la cual son obligados a asistir miles de burócratas. En ella aparecen estudiantes, que piden poner la bandera mexicana a media asta, y la policía y el ejército vuelven a intervenir con extrema violencia, llegando a agredir a los burócratas que asistían al acto.

¹⁶ Firman: Juan Rulfo, José Revueltas, Carlos Monsiváis, Jaime Augusto Shelley, Sergio Mondragón y Manuel Felguérez, de la comisión directiva, a nombre del Comité.

A lo largo de todo el día se suceden arrestos a estudiantes. Por la noche, Heberto Castillo, dirigente de la Coalición de Maestros, es atacado frente a su casa.

Fidel Velázquez, líder de la Confederación de Trabajadores de México, declara que la represión es necesaria y urgente.

El ejemplar de *La Cultura en México* de este día presenta, en su sección "Puntos de vista sobre el movimiento estudiantil", un texto de Guillermo Ramírez y otro de Fernando Carmona. Asimismo, un ensayo de Gabriel Zaid titulado "¿Cuánto dice usted que se gasta en educación?"

El ensayo de Ramírez, titulado "La corrupción en México a la luz del movimiento", es una exploración de este fenómeno en la vida pública del país, relacionada con la forma como el gobierno ha pretendido solucionar la revuelta estudiantil. Dice Ramírez:

Los jóvenes mexicanos han luchado dentro de un régimen constitucional por la conquista de la calle, y la obtuvieron. Protestaron contra los diversos mitos de nuestra sociedad y los están destruyendo. Sin embargo, sus fuerzas no han sido suficientes contra la corrupción y su lucha puede ser absorbida por el conflicto de fuerzas corruptas (y represivas) del sistema.

Según Ramírez, la corrupción en México "es institucional". Pertenece a la esencia del sistema político mexicano, por eso es tan difícil de combatir. "Los instrumentos de la corrupción van desde el fomento de la ignorancia hasta la demagogia; de la adulación al vituperio; del soborno a los halagos; del otorgamiento de posiciones al ostracismo; de la cárcel al asesinato; del premio a la calumnia."

Una vez dejado claro su punto de vista, Ramírez se dedica a caracterizar los diversos tipos de corrupción que existen en el país, comienza con los sindicatos y continúa con la corrupción política, la corrupción en la administración pública y la corrupción juvenil:

En los inicios del presente problema estudiantil se utilizó el instrumento más conocido de la corrupción estudiantil: la Federación Nacional de Estudiantes Técnicos, la cual recibe un cuantioso subsidio del gobierno federal. La FNET trató, sin lograrlo, de encauzar la protesta juvenil por la agresión policiaca hacia una inocua manifestación; ante eso los estudiantes espontáneamente responden con un intento de manifestar en el Zócalo.

El estado tiene necesidad de usar de nuevo la represión y lo hace en

forma salvaje, pero los estudiantes, después de muchos años de correr, se detienen y hacen frente. El estado responde con mayor represión e introduce su elemento máximo: el ejército. Los estudiantes responden con la movilización general de las masas estudiantiles.

Para Ramírez, el curso posterior de los acontecimientos es una consecuencia de la corrupción gubernamental y de su incapacidad para permitir la libre expresión de los estudiantes. En conclusión,

el movimiento ha obligado al estado a utilizar todos los medios de corrupción a su alcance y al hacerlo el estado demostró que si la corrupción se la maneja de acuerdo con los diversos elementos que la integran [...] es capaz de dominar cualquier movimiento social espontáneo sin una dirección adecuada. Sin embargo, también ha demostrado que la corrupción puede ser vencida con la vigilancia de cada uno de los dirigentes y la clarificación de cada una de las posiciones para evitar todo intento de mediatización en los objetivos finales.

Por su parte, el ensayo de Carmona, "Hacia el co-gobierno universitario", apareció con el título equivocado de "¿Hacia el co-gobierno universitario?", como se señalaba la semana siguiente.

Tras revisar el desarrollo del movimiento, Carmona considera que una de las medidas que pueden tomarse rápidamente para resolver el problema estudiantil es la reforma de la educación universitaria. Tal como fue planteado originalmente por los estudiantes franceses de Nanterre, la mejor manera de lograr esto es a través del llamado "cogobierno", es decir, la creación de mecanismos que permitan el control mixto de la administración escolar. Al respecto, Carmona cita el caso de la Escuela Nacional de Economía de la UNAM, que cuenta ya con una comisión mixta formada por profesores y estudiantes que ha funcionado muy bien para llevar a cabo la tan anhelada reforma educativa. Un hecho simple como éste, en opinión de Carmona, bastaría para ir allanando el camino para terminar con el conflicto estudiantil.

Por último, en uno de sus rigurosos ensayos sobre temas económicos, Gabriel Zaid se dedica a analizar el presupuesto de egresos de la Federación en lo tocante a la partida destinada a la educación.¹⁷

Zaid desmiente el punto de vista gubernamental que presumía dedicar el 25% del presupuesto a la educación:

¹⁷ Posteriormente en Zaid, 1975, pp. 100-102.

Ahora que todo lo hermoseamos para las visitas, y hemos incorporado al equipo de barredoras una hermosa flotilla de tanques para limpiar la ciudad, sin contar con las bombas de insecticida y las bazookas, ¿no es precisamente el momento de sacar a relucir, modestamente, que nosotros, por encima de tantos otros países, gastamos el 25% del presupuesto federal en educación?

Orondos de satisfacción, con esa vanidad nacional de rico nuevo que repasa sus cuentas, dividimos mentalmente \$4,074,699.00 entre \$64,282,701,000... y las cuentas no salían. Cogimos una regla de cálculo, y el 25% seguía, aparentemente, escamoteado. Desesperados, hicimos la división a mano; ¡nuevamente obtuvimos poco más del 6%! ¿Dónde estaba la diferencia? Que para el caso era decir: ¿Do el patrio pundonor? ¿No es un punto de honor patrio lo del 25%? ¿No lo celebra el mundo entero?

Después de analizar los cálculos oficiales, Zaid llega a la conclusión de que el pretendido 25% es sólo una manipulación de las cifras y que en realidad eso no es lo que se gasta en educación en el país. La explicación resulta doblemente irónica: el 25% se obtiene sólo si se toma en cuenta el presupuesto ejercido y no el presupuesto asignado, lo que significa que cada año hay millones de pesos destinados a la educación que –según los datos oficiales– no se ocupan:

[...] La federación no tiene la culpa de que habiendo los millones y la buena intención, no se haya logrado hasta ahora que los escritores poderosos [Jaime Torres Bodet y Agustín Yáñez, secretarios de Educación recientes] tengan más imaginación..

29 DE AGOSTO

El ejército y los granaderos impiden que se lleve a cabo un mitin en la Plaza de las Tres Culturas, en Tlatelolco. El Zócalo permanece ocupado por el ejército y la policía.

30 DE AGOSTO

El CNH acuerda los siguientes puntos: 1. El 1º de septiembre, día del Informe presidencial, no habrá actos estudiantiles en el Zócalo. 2. El CNH está dispuesto a iniciar el diálogo a la brevedad posible. 3. Las comisiones para el diálogo sólo esperan las respuestas del gobierno. 4. Las brigadas políticas del CNH no provocarán a la policía ni al ejército. 5. El CNH "no tiene relación con la Olimpiada ni desea, entorpecer su celebración".

31 DE AGOSTO

El CNH protesta por la represión. Por el contrario, la policía sigue realizando actos represivos contra los estudiantes. Una acción militar directa provoca la invasión de la Vocacional 4 del Politécnico.

La Asamblea de Intelectuales, Artistas y Escritores publica un nuevo manifiesto. Entre otras cosas, afirma:

- a) Su enérgica protesta por la continuidad de las represiones gubernamentales, cuya secuela de brutalidad evidencia una vez más la negativa a reconocer las más simples libertades que otorga la Constitución.
- b) La urgencia del diálogo público, sobre las bases propuestas por el CNH.
- c) La denuncia y el rechazo de calumnias y falsedades propaladas por la prensa y órganos informativos a fin de desvirtuar los sanos propósitos del movimiento estudiantil, en una campaña insidiosa para confundir a la opinión pública.¹⁸

1º DE SEPTIEMBRE

IV Informe de Gobierno *del presidente Gustavo Díaz Ordaz.*

Habla Gustavo Díaz Ordaz.

(Comentarios a la manera de Monsiváis.)

Los argumentos esgrimidos por el presidente Díaz Ordaz en su IV Informe de Gobierno parecen un resumen de las peores tendencias del sistema político mexicano. La forma como descalifica al movimiento y se asume como único portavoz de la conciencia nacional es un producto decantado de malabarismo ideológico y autoritarismo pragmático.¹⁹ Debido a que las palabras del presidente no sólo expresan el punto de vista oficial sobre el movimiento, sino sobre la mayor parte de los aspectos relativos a la cultura nacional tratados en

¹⁸ Los firmantes son los mismos que en el manifiesto anterior.

¹⁹ Dice Guevara Niebla: "El Informe fue una reprimenda verbal contra los estudiantes. Reflejaba una gran indignación, un coraje del presidente contra nosotros; el tono del Informe mostró la fuerza del movimiento, ya que la cuestión estudiantil ocupó un gran espacio. Una hora diez minutos se dedicó a hablar del movimiento, esto era una cosa excepcional; un esfuerzo por justificar la actitud tomada hasta entonces. Díaz Ordaz, con su oratoria muy inteligente – su voz era desagradable, metálica, traslucía y reflejaba el autoritarismo de su personalidad –, construyó un discurso muy sencillo para que la gente lo sintiera (y creo que lo logró). Hablaba de cosas que toda la gente podía comprender. Mientras escuchábamos el Informe, advertí claramente entre los estudiantes cómo se iba modificando su actitud frente al aparato de televisión; ya para el final había un gran silencio, el grupo de treinta muchachos a mi alrededor tenía una gran preocupación, muchos esperaban que el presidente diera la salida al conflicto. Era la única autoridad del país que no había tomado una posición clara frente al movimiento, y al mismo tiempo era la máxima autoridad; se esperaba que, como siempre sucedía, la máxima autoridad apareciera resolviendo los problemas y llenando las expectativas" (1988, pp. 63-64).

estas páginas, analizo sus opiniones –imaginando que quien lo hace es Carlos Monsiváis– en detalle:

1. La necesidad ontológica de las Olimpiadas.

Al asumir la presidencia tuve que enfrentarme a este compromiso [las Olimpiadas]; podía resultar superior a nuestras fuerzas, capaz de desquiciar nuestra economía. Agréguese que tenemos muchas necesidades insatisfechas, y las muy difíciles condiciones económicas con que se iniciaba 1965. Consulté con partidos políticos, dirigentes obreros, campesinos y patronales, representativos de la banca, la industria, el comercio, la agricultura, la minería y la ganadería, de la capital y la provincia.

Se pesaron consideraciones de toda índole para concluir que no debería correrse el riesgo de cancelar el compromiso: podía perjudicarse gravemente nuestro crédito internacional y deteriorarse nuestra economía interna, porque el pueblo en general, hasta los más apartados rincones del país, se había hecho ya a la idea de que la capital de la república fuera la sede de los Juegos Olímpicos. El impacto psicológico de desencanto podía provocar imprevisibles y peligrosas consecuencias.

Varios sofismas evidentes aparecen en esta exposición inicial de Díaz Ordaz. En primer lugar, parece justificar que los Juegos Olímpicos estén por encima de cualquier otra prioridad. Acaso en su origen él prefería cancelarlos, pero la presión de *todos* los mexicanos (o de todos sus dudosos representantes) lo convencieron de la magnitud de su misión. La culpa de la prioridad de los Juegos es de todo el país, no de él.

En segundo lugar, cabría preguntarse si en verdad el impacto psicológico de la cancelación de las Olimpiadas sería tan grande como el que pudiese traer como consecuencia la represión, pero semejante asunto parece muy lejos de las ideas del presidente.

2. El pueblo resultaría dañado psicológicamente si se cancelase la Olimpiada.

Cuando hace años se solicitó y se obtuvo la sede, no hubo manifestaciones de repudio ni tampoco durante los años siguientes y no fue sino hasta hace unos meses cuando obtuvimos informaciones de que se pretendía estorbar los Juegos. Durante los recientes conflictos se observaron varias tendencias principales: la de quienes deseaban presionar al gobierno para

que se atendieran peticiones; la de quienes intentaron aprovecharlo con fines ideológicos y políticos, y la de quienes se propusieron sembrar el desorden, la confusión y el encono para impedir la atención y la solución de los problemas, con el fin de desprestigiar a México aprovechando la enorme difusión de los encuentros, e impedir acaso la celebración de los Juegos Olímpicos.

De nuevo: si nadie se quejó de los Juegos en su oportunidad, ya no se tiene derecho de hacerlo ahora. Y lo de siempre: la culpa de todo es de esas *fuerzas oscuras* que nunca se identifican, cuyo único fin es sembrar la confusión y el descrédito del país (y sin que se vea por ningún lado el beneficio que podrían obtener por ello).

3. El movimiento estudiantil es ilegítimo porque sólo busca darle publicidad al desorden.

Los desórdenes juveniles que ha habido en el mundo han coincidido con frecuencia con la celebración de un acto de importancia en la ciudad donde ocurren. En Punta del Este, Uruguay, ante el anuncio de la reunión de los presidentes de América, se aprovechó a la juventud estudiantil para provocar graves conflictos; la Bienal de Pintura de Venecia, de la que estaba pendiente el mundo de la cultura, fue interrumpida con actos violentos; las pláticas de París para tratar de lograr la paz en Vietnam, que habían concentrado las miradas del mundo entero, fueron oscurecidas por la llamada *revolución de mayo*.

Otra vez la palabra clave: las fuerzas oscuras se *aprovecharon* de la juventud estudiantil. La serie de comparaciones revela, más que un conocimiento de la situación internacional, una burda simplificación: las revueltas tienen el único fin de perturbar los actos grandiosos de los gobernantes.

4. El movimiento estudiantil es ilegítimo porque no es auténtico.

De algún tiempo a esta fecha, en nuestros principales centros de estudio se empezó a reiterar insistentemente la calca de los lemas usados en otros países, las mismas pancartas, idénticas leyendas, unas veces en simple traducción literal, otras en burda parodia. El ansia de imitación se apoderaba de centenares de jóvenes de manera servil y arrastraba a

algunos adultos.

La idea es que lo que sucede en otra parte del mundo nos es completamente ajeno, motivo de una imitación que no busca responder a problemas similares, sino a la mera repetición de consignas importadas. Los estudiantes no entienden que México es un oasis en el mundo. Que la ropa sucia se lava en casa. Y que en esta casa *no* hay ropa sucia.

5. Las Olimpiadas son la aspiración suprema del pueblo mexicano.

Tenemos confianza en que no se logrará impedir la realización de los eventos deportivos en puerta. No sólo se funda en la decisión de hacer uso de todos los medios legales a nuestro alcance para mantener el orden y la tranquilidad internos, sino en que habrá una repulsa tan generalizada, tan llena de indignación por parte de millones de mexicanos, que hará que recapaciten quienes lo hubieran pensado y nos parece muy difícil que un reducido grupo pueda alcanzar sus propósitos.

En una curiosa inversión de los hechos, Díaz Ordaz sugiere que los mexicanos (al menos los auténticos, los patrióticos) saldrán a las calles a defender su Olimpiada (lo que no sólo es bueno, sino encomiable), mas no las libertades violadas por el gobierno (lo cual es reprobable y siniestro).

6. La única paz posible es la de las Olimpiadas.

Este acontecimiento mundial será una satisfacción del pueblo mexicano capaz de realizar empresas aparentemente desproporcionadas a sus fuerzas. Nos vamos a presentar ante el mundo tal como somos: una nación capaz de superar los escollos para llevar a término una obra.

Muy pronto casi todas las naciones harán ondear sus banderas al lado de la nuestra, en lo que México ha querido que sea no sólo una noble y sana emulación física, sino también cultural, un afán de solidaridad humana y un deseo de paz.

Otra de las confirmaciones de siempre: México está abierto al mundo, dispuesto a mostrarse por una única y especial ocasión. ¿Cómo arruinar una exhibición semejante? ¿En qué lugar quedan la solidaridad humana y los deseos de paz en el interior del país si se permite que unos alborotadores enturbien tan importante evento?

7. La única forma de conseguir la paz es por la fuerza.

Habíamos estado provincianamente orgullosos y candorosamente satisfechos de que en un mundo de disturbios juveniles, México fuera un islote intocado. Los brotes violentos, aparentemente aislados entre sí, se reproducían, sin embargo, en distintos rumbos de la capital y en muchas entidades federativas, cada vez con mayor frecuencia. De pronto se agravan y multiplican en afrenta soez a una ciudad que clamó en demanda de las más elementales garantías. Mis previas advertencias y expresiones de preocupación habían caído en el vacío.

Díaz Ordaz es el profeta al que nadie escucha, el líder que vela por el bien de su pueblo aun cuando éste no lo comprenda. La “soez afrenta” convierte la violencia institucional en la violencia de *otros*, ante los cuales se reacciona con singular energía. Pero ha de ser “su” culpa.

8. El presidente es el redentor de la nación.

Desde la provincia invité a ver con objetividad los hechos y a afrontarlos con ecuanimidad, convocando al diálogo verdadero que significa exponer los propios argumentos, y disposición de escuchar los ajenos; deseos de convencer, pero también ánimo de comprender; el diálogo es imposible cuando una parte se obstina en permanecer sorda y se encierra en la sinrazón de aceptarlo sólo para cuando ya no haya nada qué dialogar.

¿De qué habla el presidente, de la actitud de los estudiantes o de la suya propia? La inversión de las visiones es absolutamente sorprendente; un párrafo como el anterior también podría haber sido firmado por los miembros del CNH si no se hiciera referencia explícita a ese supremo gesto de liberalidad gubernamental que fue la “mano extendida”.

9. La autonomía es una entelequia inviolable.

Doy yo los primeros pasos: Reafirmo mi respeto invariable a la autonomía universitaria. [...] Debo aceptar, y acepto sin reservas, como esencia del autogobierno, el segundo punto de la declaración del Consejo Universitario, del 17 de agosto, que dice: “La no intervención del ejército y de otras fuerzas del orden público para la resolución de problemas que

son de la exclusiva competencia de la UNAM y demás centros de educación superior”.

Debo agregar que, si se examinan los hechos recientes con serena objetividad y rigor, jurídicamente no hubo violación a la autonomía universitaria. No obstante, no deseo discutir el pasado y me anticipo a aceptar que este criterio no sea la última palabra y a escuchar y ponderar los argumentos que, con seriedad, se formulen en contra.

Con estos párrafos, Díaz Ordaz respondía directamente a quienes acusaban al gobierno de la violación de la autonomía universitaria. Según él, la autonomía reside únicamente en lo académico (él nunca usaría al ejército para decidir si un alumno pasó o no un examen), y el autogobierno en la administración escolar (tampoco lo haría para exigir la contratación de un maestro). Pero si se trata de detener a delincuentes, incluso pueden abrirse las puertas de la Universidad a bazukazos, porque las balas no pueden vulnerar una idea, por más hermosa que sea ésta.

10. En un sólo párrafo cabe la solución de todos los problemas.

Con lo anterior creo dar plena satisfacción a las demandas genuinamente universitarias. Las otras deben debatirse o atenderse, no en el ámbito universitario, sino en el que, según su naturaleza, les corresponda, para ser resueltas en justicia, con apego al derecho y para servir del mejor modo al país.

Para el presidente, el diálogo y la respuesta a la inquietud de los estudiantes cabe en estas solas palabras: no se violó la autonomía, y punto. Que el máximo dirigente del país se atreva a mencionar así, en abstracto, el problema directo con los jóvenes, debería bastar para dar cuenta de su buena voluntad y de su capacidad de escuchar las opiniones ajenas.

11. El gobierno no ha escuchado ninguna petición concreta.

Es evidente que en los recientes disturbios intervinieron manos no estudiantiles; pero también, por iniciativa propia o dejándose arrastrar, tomó parte buen número de estudiantes. Sería muy conveniente, pues, no involucrar el prestigio de nuestras universidades con actos que a nadie enorgullecen y muchos de los cuales constituyen infracciones legales y aun delitos gravemente sancionados por el Código Penal.

Debo adelantar la posición del gobierno en relación con algunas

demandas de fondo principalmente político. No hemos recibido hasta la fecha un solo escrito de autoridades educativas o de organizaciones o grupos de maestros, de estudiantes o de otras personas, con peticiones concretas. Me tengo que conformar con entresacar, de las que se han publicado en la prensa, aquéllas en que estimo coincide la más generalizada preocupación de quienes, en forma más directa, están involucrados en el problema.

El problema queda resumido en estas breves líneas; el movimiento estudiantil en su conjunto cabe en la abstracta mención de Díaz Ordaz. El presidente no ha recibido una carta directa (por lo que se deduce que ésta no existe; ¿qué será el pliego petitorio, entonces?), así que tiene que limitarse a “entresacar” de la prensa las peticiones concretas y resolverlas mediante esta respuesta pública.

12. Los presos políticos son especies en extinción.

No admito que existan *presos políticos*. *Preso político* es quien está privado de su libertad EXCLUSIVAMENTE por sus ideas políticas, sin haber cometido delito alguno. No obstante, si se me hace saber el nombre de alguien que esté preso sin proceso judicial en el que se hayan cumplido o se estén cumpliendo las formalidades esenciales del procedimiento *acusado de ideas, no de actos ejecutados*, se girarán órdenes de inmediata e incondicional libertad.

Si la demanda se circunscribe a quienes, aunque no lo sean, han sido llamados *presos políticos*, debo aclarar que son personas contra quienes el Ministerio Público ha formulado acusación no por subjetivos motivos políticos o por las ideas que profesen, sino por los actos ejecutados que configuran delitos previstos en el Código Penal, y a quienes se sigue proceso en el que se cumplen las exigencias constitucionales. Otras, concluidos los procedimientos, han sido sentenciadas por la autoridad judicial.

Estoy encargando a la Procuraduría General de la República y a la del Distrito y Territorios Federales que revisen concienzudamente, a petición de parte, los casos pendientes en que pudiera dudarse sobre la índole política de los cargos para decidir si el Ministerio Público se desiste o debe continuar la acción.

En cuanto a los que ya están sentenciados y a disposición del ejecutivo, informo que ofrecí hacer uso de las facultades que la ley otorga al

ejecutivo para liberarlos, dado el tiempo que ya llevan compurgando su condena, siempre y cuando cesara la serie de actos de pretendida presión que se han venido realizando para obtener su libertad. Condición indispensable porque si, cediendo a presiones ilegítimas, pongo en libertad a uno, tendría que poner en libertad a todos los delincuentes, rompiendo así nuestra estructura jurídica.

Éste es uno de los puntos más importantes del Informe por sus repercusiones sobre la libertad de acción y de expresión. Aquí, el presidente define su propia concepción de los *presos políticos*: se trata de aquellos que son detenidos *únicamente* (el énfasis es primordial) por sus ideas. Desde luego, quienes alberguen oscuros pensamientos en contra del gobierno (pero no los expresen o escriban), y sean encarcelados por esta actitud, serían auténticos presos políticos. Pero de éstos no hay en México, ni pensarlo. Por el contrario, las leyes secundarias de la época claramente establecen restricciones a la libertad de expresión y asociación, en el famoso artículo 145 bis del Código Penal, que el presidente no menciona todavía. De modo que si alguien manifiesta estos oscuros pensamientos, se convierte ya en un sujeto peligroso que debe ser castigado. Peor aún, a quien enfrenta la legislación vigente, aun por motivos políticos, se le sitúa como *delincuente común*, sin posibilidad alguna de escapar a esta condición.

La bravata de Díaz Ordaz termina, sin embargo, con una aparente muestra de magnanimidad, al prometer excarcelar “legalmente” a quienes sean verdaderos presos políticos, previa condición de que cesen las “pretendidas presiones” que exigen su liberación.

Con rapidez, algunos reaccionarán ante las palabras del presidente y solicitarán la liberación de Valentín Campa, a quien se negó recientemente su libertad preparatoria por motivos relacionados con sus ideas, pero la trampa del poder se revelará de inmediato al desoír esta propuesta con base en nuevos y extravagantes argumentos legalistas.

13. El delito de disolución social protege a la nación.

Respecto a los artículos 145 y 145 bis del Código Penal, el primero de los cuales configura los delitos llamados de disolución social, creo conveniente precisar: La derogación de una ley no corresponde al ejecutivo, aunque sí tiene facultad para iniciarla.

Me permito presentar a la consideración del H. Congreso de la Unión la posibilidad de que abra una serie de audiencias públicas en las que las

agrupaciones de abogados de la república, los juristas y quienes deseen hacerlo expongan sus argumentos.

¿Debe o no ser delito afectar la soberanía nacional, poniendo en peligro la integridad de la república, en cumplimiento de normas de acción de un gobierno extranjero? ¿Debe ser delito o no preparar la invasión del territorio nacional o la sumisión del país a un gobierno extranjero? Éstos son parte del artículo 145 del Código Penal. El artículo 145 bis señala cuáles son los delitos de carácter político. Si se deroga, ningún delito tendrá carácter político. ¿Es eso lo que se demanda?

Díaz Ordaz retoma uno de los puntos presentados como prioritarios en el pliego petitorio del CNH, desde luego evitando mencionarlo: la derogación de los delitos de disolución social contenidos en el Código Penal.

Con aparente buena voluntad, el presidente hace un llamado a que abogados y personas en general discutan la conveniencia de esta derogación. Sin embargo, la propia formulación de la propuesta anula de antemano su discusión. Si se trata de conductas que ponen en evidente peligro la integridad nacional, ¿quién habría de proponerle al presidente su derogación sin incurrir en una *evidente* falta de patriotismo?

14. El movimiento estudiantil es producto de una conjura internacional.

Hechos que conviene tener presentes: La sistemática provocación, las reiteradas incitaciones a la violencia, la violencia en distintas formas, el tratar de involucrar a grupos estudiantiles —en ocasiones hasta a niños de escuela primaria—, en resumen, los reiterados propósitos de crear un clima de intranquilidad social propicio para los disturbios o acciones de mayor envergadura, de las más encontradas tendencias políticas y de los más variados intereses, en curiosa coincidencia o despreocupado contubernio.

Las mismas disímiles fuerzas del interior y externas que han seguido confluyendo para agravar el conflicto, extenderlo, complicando a otros grupos y estorbar su solución.

El incidente, en apariencia minúsculo, que se señala como origen del problema, no fue el primero, sino culminación de una muy larga serie de hechos violentos y atentados a la libertad y a los derechos de muchas personas. Se cuentan por centenares los casos en que estudiantes o seudoeestudiantes se posesionan de sus escuelas, presionan a sus rectores, directores o maestros, llegan al secuestro, bloquean calles, se apoderan de

camiones, atacan a otros estudiantes o personas totalmente ajenas, etcétera.

Situemos estos hechos en el marco de las informaciones internacionales sobre amargas experiencias similares de gran número de países en los que, desde un principio o tras haberse intentado varios medios de solución, se tuvo que usar la fuerza y sólo ante ella cesaron o disminuyeron los disturbios. No obstante contar algunos de esos países con experimentados, verdaderos estadistas, no pudieron encontrarse fórmulas eficaces de persuasión.

Otra vez, el presidente trata de fundar su reacción con base en una reflexión objetiva sobre los movimientos estudiantiles a lo largo del mundo. Para él, en ningún momento los estudiantes son las víctimas, sino siempre las feroces comparsas de una violencia irracional y siniestra. “Provocadores” (cuya propia naturaleza los vuelve imposibles de identificar) son los verdaderos autores de una conjura que, por su magnitud, ha adquirido proporciones mundiales.

Como ha señalado Sergio Zermeño,

Díaz Ordaz se lo debe todo a la ilusión del poder absoluto, el otro nombre de la Teoría de la Conjura. Alguien acecha en la oscuridad (ergo, yo soy la luz) y me ataca por envidia (ergo, soy envidiable). Por si fuera poco, a punto de alcanzar Díaz Ordaz otro estatus, el Premio Nobel de la Paz, digamos, el movimiento estudiantil se empecina y grita que este país, hospederero del mundo en los Juegos Olímpicos, no es perfecto. Para la ilusión del poder absoluto toda oposición personaliza amarguras y frustraciones (si no están a gusto con mi gobierno se odian a sí mismos). Desde otra perspectiva, más real pero no más entrañable, el presidente — en esa etapa rígida y autocomplaciente — no puede conceder demanda alguna.²⁰

Si en países como Francia, a la que Díaz Ordaz alude tácitamente, un verdadero estadista como De Gaulle fue incapaz de encontrar una solución al problema, no puede pedirse que el presidente de México salga victorioso de esta batalla. Sus errores deben justificarse en aras de su buena voluntad para con la nación.

15. La libertad de expresión es libertina.

²⁰ Zermeño, 1978, p. 14.

Se ha llegado al libertinaje en todos los medios de expresión y difusión; se ha disfrutado de amplísimas libertades y garantías para hacer manifestaciones, ordenadas pero contrarias al texto expreso del artículo 9 constitucional; hemos sido tolerantes hasta excesos criticados; pero todo tiene un límite y no podemos permitir que se siga quebrantando el orden jurídico, como ha venido sucediendo; tenemos la ineludible obligación de impedir la destrucción de las fórmulas esenciales a cuyo amparo convivimos y progresamos. El orden jurídico no es una simple teoría ni un capricho; es una necesidad colectiva vital; sin él no puede existir una sociedad organizada.

El orden jurídico general –del que la autonomía universitaria no es más que una parte– es el que propicia el trabajo, la creación de riqueza para poder sostener universidades, politécnicos, escuelas normales y de agricultura, el que ampara las libertades, porque en la anarquía nadie es libre y nadie produce.

La policía, pues, debe intervenir en los casos necesarios; proceder con prudencia, sí, pero con la debida energía. Las autoridades, siempre que sea preciso, la harán intervenir.

Éste es otro de los puntos cruciales del mensaje de Díaz Ordaz. En su particular concepción, existe un “libertinaje” en todos los medios de expresión y difusión del país. Desde luego, este libertinaje nunca es explicado y constitucionalmente no puede decirse cuándo existe. Incluso el presidente llega al extremo de decir que se han celebrado manifestaciones “ordenadas pero contrarias al artículo 9 constitucional”; obviamente, ésta es una contradicción, puesto que ese artículo ampara la libertad de expresión y asociación, mientras los artículos 14 y 16 constitucionales consagran las garantías de legalidad que han sido violadas recurrentemente por los miembros de la policía. El mensaje del presidente es doblemente ambiguo, puesto que se centra en una supuesta legalidad para arremeter contra los estudiantes, cuando el gobierno es quien se encarga de violar recurrentemente las garantías constitucionales. En el siguiente párrafo, esta misma violación constitucional pretende justificar el uso de las fuerzas armadas.

16. El ejército se convierte en policía.

En el mismo concepto, agotados los medios que aconsejen el buen juicio, ejerceré siempre que sea estrictamente necesario, la facultad contenida en

el artículo 89, fracción VI de la Constitución, que dice: “Las facultades y obligaciones del presidente son: Disponer de la totalidad de la fuerza armada permanente o sea del ejército terrestre, de la marina de guerra y de la fuerza aérea, para la *seguridad interior* y defensa exterior de la Federación”.

Como hemos visto, el presidente recurre a la Constitución para fraguar una amenaza permanente en contra de los estudiantes; siempre que él lo decida, puede usar la fuerza armada. Sin embargo, Díaz Ordaz olvida otro dispositivo constitucional que impide al ejército actuar en territorio nacional en tiempos de paz, a menos que haya una suspensión de garantías individuales. No siendo éste el caso, la actuación del ejército y del presidente resultan ilegales, a pesar de la argumentación en contrario que se presenta aquí.

17. El horror a los estudiantes.

A nombre de la nación expreso público reconocimiento a nuestros modestos, heroicos *juanes*, que sin las ventajas económicas ni los privilegios de la educación que otros disfrutaban, cumplen callada, oscuramente, la ingrata tarea de arriesgar su vida para que todos podamos vivir tranquilos.

Este párrafo, en apariencia dedicado a exaltar la misión del ejército, esconde en su redacción un odio y un desprecio nada disimulados contra los estudiantes, aquellos que *sí* poseen las ventajas económicas y los privilegios de la educación de los cuales éstos carecen. Sin duda, Díaz Ordaz quisiera que todos los estudiantes fueran como los heroicos *juanes*: obedientes ante sus superiores, patrióticos y abnegados.

18. Bajo advertencia no hay engaño.

Entre la alternativa de escoger entre el respeto a los principios esenciales en que se sustenta toda nuestra organización política, económica y social, es decir, la estructura permanente, la vida misma de México, por un lado, y, por otro, las conveniencias transitorias de parecer personalmente accesible y generoso, la decisión no admite duda alguna y está tomada; defenderé los principios y arrostraré las consecuencias.

Para cuidar los bienes que me han sido confiados sé que tendré que enfrentarme a quienes tienen gran capacidad de propaganda, de difusión,

de falsía, de injuria, de perversidad. Sé que, en cambio, millones de compatriotas están decididamente en favor del orden y en contra de la anarquía.

Más claro ni el agua. La amenaza velada, la institucionalización de la mano dura, adquiere en estas palabras su carta de legitimación. Quizás los estudiantes no se dieron cabal cuenta, pero la idea de llevar la represión —la pacificación, diría el presidente— hasta sus últimas consecuencias, estaba nítidamente expresada desde entonces. Los siguientes actos de autoridad, incluido el del 2 de octubre, tienen su origen en estas palabras de Díaz Ordaz, en esta declaración pública que definió, de una vez por todas, su punto de vista sobre el movimiento estudiantil.

19. Hasta las últimas consecuencias.

No quisiéramos tomar medidas que no deseamos, pero que tomaremos si es necesario; lo que sea nuestro deber, lo haremos; hasta donde estemos obligados a llegar, llegaremos.

Curioso que, frente a la primera persona del singular, tan cara al presidente, al momento de enunciar su decisión más comprometedora lo haga en un *nosotros* mayestático. Vuelve a parecer que los estudiantes son quienes lo obligan a actuar; que, en el fondo, él no es dueño de sus actos, sino mero responsable, a su pesar, de la seguridad de la nación.

20. La conjura de los intelectuales.

¡Qué grave daño hacen los modernos filósofos de la destrucción que están en contra de todo y a favor de nada!

Como se ha visto, esta sutil alusión a Marcuse —y a sus seguidores mexicanos— revela también el profundo temor y desconfianza que los intelectuales le inspiran al presidente.

21. El gobierno es un monolito ideológico, por eso no le teme a nadie.

Teme a otras ideas sólo quien desconfía de las propias.

Con esta frase, Díaz Ordaz pretende mostrar su deseo de parecer

comprensivo, de instar al diálogo y a la discusión públicas. No deja de llamar la atención, una y otra vez, que los poderosos expresen por escrito justamente el reverso de sus pensamientos y de sus acciones. Este caso es ilustrativo. El movimiento estudiantil, y su enfrentamiento al sistema, es una guerra ideológica, en la cual ninguna de las partes está dispuesta a tolerar la existencia de la otra. El gobierno teme a las ideas de los estudiantes no tanto porque desconfíe de sus propias ideas, sino justamente porque está absolutamente convencido de ellas. Su lucha, la personal batalla que libraré contra ellos, es una guerra de supervivencia.

2 DE SEPTIEMBRE

El CNH afirma que el Informe de Gobierno demuestra que no existe una verdadera voluntad de diálogo de parte de las autoridades. La CTM y su líder, Fidel Velázquez, otorgan su apoyo al gobierno y piden continuar con las acciones que eviten la anarquía en el país.

Prácticamente toda la prensa se vuelca en elogios hacia la fortaleza y serenidad expresadas por el presidente en su Informe de Gobierno. Incluso un periódico de “izquierda” como *El Día* publica en su editorial: “A pesar de las injurias, Díaz Ordaz ha dado a su mensaje el tono elevado de quien prefiere razonar a intercambiar estériles insultos”.

Froylán López Narváez escribe:

Sin duda alguna la parte trascendental del Informe presidencial fue dedicada a los jóvenes y a quienes los aconsejan y acompañan. [...] El licenciado Díaz Ordaz hizo hincapié en las acciones negativas – lamentadas por los propios estudiantes responsables, que son la mayoría – que afectaron a terceros. No abordó las manifestaciones cuerdas, benevolentes, que son la entraña del movimiento. El error en los métodos no invalida la pretensión noble en el fondo de tratar de hacer ver inconformidades y lagunas en la vida democrática del país. [...] Dijo verdad el jefe del ejecutivo al sostener que son pocas las acciones de retroceso, las fallas de la vida cívica nacional. Sólo que varias de ellas han sido graves y una pésima enseñanza democrática para los nuevos mexicanos. Todo mundo esperaba que los funcionarios públicos arrostraran las consecuencias de sus acciones. No constituye sorpresa la declaración de que las seguirán arrostrando, “hasta donde sea necesario llegar”. Hay leyes y poder suficientes para hacerlo.

3 DE SEPTIEMBRE

El CNH publica una Respuesta al IV Informe de Díaz Ordaz. En tanto, se niegan los amparos solicitados por Heberto Castillo y ochenta y nueve estudiantes perseguidos.

El obispo Orozco Lomelín declara que la Catedral no fue profanada por los estudiantes y que no hay razón para desagravios.

Rubén Salazar Mallén anota:

Ya comienza a entreverse cuál será el resultado final del conflicto estudiantil que todavía sacude al país: los jóvenes tendrán que sobrellevar el trauma de un fracaso más. Ha sido tan caótico, tan desorganizado, tan falta de articulación el movimiento, que no puede conducir hacia un éxito feliz. Desde un principio se advirtió que las demandas de los estudiantes eran harto exiguas para corresponder a la magnitud del movimiento. Se pensó, es decir, pensaron los que piensan, que esas demandas eran sólo una apariencia bajo la cual se ocultaban anhelos inéditos que los jóvenes, por sí mismos, no eran capaces de descubrir. [...] Muy probablemente el movimiento estudiantil, sean cuales fueren las soluciones formales que para él se encuentren, rematará en el fracaso y no dejará más frutos que la desconfianza hacia los profesores y la idea de impotencia.

Manuel Marcué Pardiñas escribe en un manifiesto publicado en numerosos diarios:

Estoy seguro de que los estudiantes sabrán utilizar la razón y la pasión y que su movimiento saldrá triunfante en beneficio no sólo del estudiantado nacional, sino fundamentalmente de todo el pueblo de México. El presidente licenciado Gustavo Díaz Ordaz, al pedir al Congreso de la Unión abra una serie de audiencias públicas en las que las agrupaciones de abogados de la república, los juristas, y en general quienes deseen hacerlo, expongan sus argumentos en relación al artículo 145 y 145 bis, deja abierta una puerta que debe conducir al triunfo de los derechos mismos del pueblo, muchas veces atropellados y conculcados.

4 DE SEPTIEMBRE

La Coalición de Maestros publica La lucha por las libertades democráticas y el quinto capítulo del Informe presidencial de 1968. El CNH vuelve a pedir formalmente el diálogo.

En *Excélsior*, José Alvarado escribió:

A partir del Informe el conflicto estudiantil ha entrado en una nueva etapa. [...] El gobierno, a juzgar por el mensaje presidencial, no desea esta derrota completa del movimiento juvenil. [...] Lo verdaderamente importante es hallar una salida decorosa y fecunda para que los estudiantes, con la seguridad de haber hecho un servicio a la nación, vuelvan a sus escuelas y a la lectura de sus libros.

La página editorial de *Siempre!*, titulada “El horizonte quedó despejado”, se afiliaba al reconocimiento unánime de la prensa al Informe presidencial:

Como la nación esperaba, Gustavo Díaz Ordaz fue, esta vez, la voz del patriotismo y la serenidad. [...] Díaz Ordaz reafirmó su concepto de responsabilidad gubernamental, pero tendió la mano para dar la bienvenida a los razonamientos. Si enérgico se mostró en su decisión de cuidar del orden público, como corresponde a la autoridad, fue generoso, comprensivo, estadista lúcido, al ratificar su respeto a la autonomía universitaria y al convocar a maestros y alumnos del Instituto Politécnico Nacional para que deliberen si una autonomía similar puede ayudar efectivamente a la función creadora que es meta y aliento permanente de la cultura superior. Con su actitud, con su equilibrio de gobernante y de mexicano que vibra al ritmo de las tradiciones y las aspiraciones nacionales, tocó también, en frases directas y prometedoras, el apasionante y debatido tema de la redacción actual de los artículos 145 y 145 bis del Código Penal en vigor y que configuran lo que ha dado en llamarse “delito de disolución social”, cuyos textos, además, el régimen del actual presidente no ha invocado ni aplicado a ciudadano alguno. Se abrirá un debate exhaustivo para que se respete el mandato de la opinión pública. [...] Gustavo Díaz Ordaz ha engrandecido, con este último Informe, la jerarquía del poder público; ha ensanchado sus posibilidades democráticas y reforzado las garantías de todo ciudadano para el libre disfrute de sus libertades sin más límite que el respeto a los derechos de los demás y a la sumisión a las leyes que norman la convivencia de los mexicanos.

La Cultura en México presentaba en esta ocasión el relato de uno de los líderes de la revuelta estudiantil. Como se dice en la nota introductoria:

Con la publicación de este breve texto de un líder estudiantil universitario, iniciamos también en este número la compilación de testimonios personales, de recuentos —obligadamente impresionistas— sobre el

movimiento (el más espléndido de estos últimos años en México). En el instante de cerrar esta edición (29 de agosto) el cerco ominoso de la represión —potencializado con delirios chauvinistas, propios de la idea que de lo sagrado se tenía en la Edad Media— se ha agravado, con su correspondiente secuela de saña y brutalidad. La legalidad republicana —único elemento en verdad cohesionador del país— se ve amenazada por la crisis profunda de las estructuras del poder, y el movimiento estudiantil continúa siendo —pese a la prensa y pese al abyecto coro de adulación— la necesaria, vigorosa defensa del orden constitucional, la demanda auténtica de renovación nacional y la posibilidad de una cultura nueva y revolucionaria.

A continuación, el anónimo líder estudiantil pasa a hacer un recuento de algunos episodios de los inicios del movimiento en un artículo titulado “El final de julio”. La escena más importante es la relacionada con la entrada del ejército a la Preparatoria de San Ildefonso, el 29 de julio:

Cerca de las doce fue evidente que entrarían [los granaderos]. Se sentía en el estómago y en una especie de parálisis que hacía todos los movimientos más lentos.

—¿Recuerdas el ruido de las botas claveteadas, a paso veloz sobre los adoquines cuando tomaron la Universidad de Morelia? ¡Cómo se oían bajo la bóveda del zaguán!

—Aquí no lo harán. No lo creo. —Estaba a punto de aceptarlo.

Desde ese momento permanecemos en comunicación por teléfono con los muchachos de la preparatoria.

—Estamos completamente rodeados. Han empleado ametralladoras. ¿Qué están haciendo ustedes? ¡Ayúdenos!

Poco después empezó a llorar. Tenía 17 ó 18 años.

¿Qué podíamos hacer en ese momento? ¿No éramos más de 150 o 200 máximo, desarmados, sin medio alguno de transporte, todo el centro de la ciudad estaba cerrado al tráfico. Grupos de dos o tres podían acercarse y aun entrar antes de que llegara el ejército, cuando sólo eran granaderos. Ahora era imposible. Además aquellos 150 eran dirigentes de sus escuelas que en ese momento no podían hacer nada contra el ejército; pero después tendrían que organizar una respuesta conjunta.

[...] Uno de los dirigentes de Filosofía acababa de regresar del teléfono y pedía a gritos silencio sin que nadie lo oyera. Se subió al escritorio y anunció:

—Por favor, un momento... tengo algo grave que decirles pero necesitan tener calma —todos nos paramos—. Les repito que oigan esto sin exclamaciones... el ejército ha entrado en San Ildefonso.

Hubo un silencio absoluto.

[...] Todos seguían en silencio.

—Parece que tiraron la puerta con algo así como un mortero, no sabemos con qué.

—¿Con un mortero? ¿Y los muchachos? —Fue una exclamación unánime.

El estupor y la indignación o algo parecido mezcla de todo se percibía como un ligero cosquilleo. No era posible que hubiera sido en esa forma, en estos casos siempre exageran. ¡Tirar la puerta! ¡Como los nazis!

Más que indignación aquello era impotencia. Varios que habían estado sentados sobre los pupitres se dejaron caer en el asiento.

5 DE SEPTIEMBRE

La Coalición de Maestros solicita al presidente la liberación de Valentín Campa, preso por sus ideas políticas.

6 DE SEPTIEMBRE

Diversos grupos sociales, desde los habitantes de Topilejo hasta asociaciones de taxistas, expresan su apoyo al movimiento.

En su columna de *Excelsior*, Daniel Cosío Villegas opinaba:

Escudriñar las causas posibles de la insatisfacción estudiantil es, por su puesto, la gran tarea. [...] Conviene retener, para nuestro caso específico, otra idea general, que encierra esta trágica consecuencia: la prematura madurez de los jóvenes actuales. Si recordamos que prematuro es lo que sucede antes de tiempo, lo que todavía no logra su sazón, debe hablarse de una madurez inmadura y de una sazón desabrida. [...] ¿Podríamos los mexicanos intentar algo para corregir tan aterradora situación? Podríamos... pero quizás no podamos. Se nos ha prometido —y en “momentos solemnes” — una reforma a fondo de la educación primaria y secundaria. ¡Ya era tiempo! A llamar a los entendidos para que la programen y la ejecuten; pero no olvida su fin principal; enseñar en el mismo tiempo el doble de lo que hoy se enseña. Esto significa tirar por la borda lo secundario o accesorio y atenerse a un cauce central. Sólo así se logrará un equilibrio mejor entre una madurez biológica acelerada y una madurez intelectual y moral también acelerada.

En el mismo diario, Hugo Hiriart anotó:

Propongamos así lo que aquí examinaremos; entre el presidente de la república y las masas estudiantiles se alzan algunas instituciones político-juveniles; en los días tumultuosos, tales instituciones no aparecieron por ninguna parte, aunque una de sus funciones es organizar políticamente a los jóvenes; así se vio, entre otras cosas, el enfrentamiento directo del presidente de la república y las indignadas masas estudiantiles. [...] El movimiento se levantó y organizó al margen del gobierno de la república; y aun, opuesto a él. Toda organización extragubernamental tiene apariencia extraña, singular: no estamos acostumbrados a contemplar públicas y gritonas oposiciones al gobierno de la nación. Sin embargo, los estudiantes se organizaron rápidamente; prueba de su poder de asociación y unidad fueron las multitudinarias demostraciones callejeras. Se dijo mucho que no todas las manos ni todas las cabezas eran estudiantiles. Ello presumiblemente es verdad; pero no es por necesidad condenable. Veamos: si, por ejemplo, el PRI tuviere una sección compuesta de estudiantes, a nadie inquietaría que los afiliados a esa sección hiciesen política estudiantil. Lo que espantó a algunas personas fue que tales manos y cabezas fueron "extrañas", es decir, desconocidas, casi clandestinas. [...] El Instituto Nacional de la juventud Mexicana tiene un buen edificio y un buen presupuesto. Sin embargo, su misión no es, aunque en ocasiones se piense lo contrario, solamente organizar vueltas ciclistas. Se supone o supondría que pretende además enterarse de los problemas y actitudes de los jóvenes; se supone o supondría que puede orientar políticamente a las juventudes. Sin embargo, cuando los estudiantes salen a las calles y ocupan un puesto en las cuestiones nacionales; cuando todos los mexicanos vuelven los ojos hacia los jóvenes, el INJM no está ahí. [...] Entre la juventud y el presidente de la república no hubo, pues, nadie o casi nadie. Y tuvo que verse el enfrentamiento de su suma autoridad, en el más solemne de los momentos, y los estudiantes.

7 DE SEPTIEMBRE

Veinticinco mil personas se reúnen en Tlatelolco, convocadas por el CNH.

8 DE SEPTIEMBRE

El MURO y otras organizaciones de extrema derecha realizan manifestaciones en la Plaza México y en la Basílica de Guadalupe.

9 DE SEPTIEMBRE

El rector de la UNAM se dirige a los estudiantes con un documento titulado Llamado a los universitarios, en el cual afirma que la mayor parte de las exigencias del movimiento fueron cumplidas por Díaz Ordaz en su Informe presidencial y pide que se restablezca la normalidad.

10 DE SEPTIEMBRE

El CNH afirma que seguirá en huelga hasta que no se satisfagan los puntos del pliego petitorio y que el rector habló cediendo a las presiones del gobierno. El Senado apoya el uso de las fuerzas armadas por parte del presidente, en caso de necesidad.

David Alfaro Siqueiros, presidente en turno de la Academia de Artes, se manifiesta en contra del delito de disolución social.

En su colaboración de *Excélsior* del 10 de septiembre, Ricardo Garibay escribió:

Haya o no haya detrás de las manifestaciones colectivas un juego de intereses ajenos y enemigos del estado y del orden jurídico vigente, el movimiento estudiantil existe como tal, es legítimo y ha dado ya frutos excelentes: el más principal, una rápida y creciente politización de vastas masas populares y de clase media que hasta hace dos meses dormitaban frente a los negocios de la cosa pública. [...] ¿Hay errores y tropiezos en el movimiento estudiantil? ¿Tiene aspectos censurables? ¿Va corriendo el riesgo de diluirse entre las embestidas demagógicas y la fatiga ciudadana? Sí, pero esa conciencia política que a vuelapluma he descrito es sólo una de las ganancias, todas grandes, que ya nos ha procurado.

En *Novedades*, Leopoldo Zea comentaba:

Los jóvenes, y no me refiero por supuesto a quienes hayan sido instrumentos conscientes de esta maniobra, sino a los que han sentido la necesidad de realizar cambios estructurales en una sociedad que ya no les satisface, se han sentido heridos en su hombría por el Informe, hasta reaccionar frente a él con el clásico "si me han de matar mañana que me maten de una vez". Muchos de estos jóvenes no han encontrado en las palabras del presidente sino regaños y amenazas. Un sentimiento estimulado por quienes maniobran para evitar el fin del conflicto.

11 DE SEPTIEMBRE

El CNH acuerda organizar seminarios políticos en cada escuela en huelga para aumentar la politización de los estudiantes. En la prensa, la UNAM publica el Llamado a los universitarios del rector Barros Sierra.

El editorial de *Siempre!* indicaba:

Hasta la hora de escribir estas líneas, el curso del conflicto estudiantil, que en su parte álgida conmocionó la capital de la república, parecía encerrado en un callejón sin salida debido, es preciso reconocerlo así, a las intransigencias de la inmadurez de los líderes, el mal manejo político y el empeñamiento en posiciones que no facilitan un fluido, sereno y flexible intercambio de argumentos entre la autoridad y los inconformes. [Los líderes estudiantiles] insisten en hacer de esos diálogos verdaderos mítines de masas y encuentran inaceptable lo que se aparte un ápice de sus requerimientos, algunos tan plenos de razón como el cese de represiones y encarcelamientos, pero otros tan débiles como la desaparición de cuerpos de seguridad pública o tan pequeños, intrascendentes e inocuos como la renuncia de varios de sus jefes. [...] De esta manera, la juventud que impulsó un movimiento que, con todos sus errores y excesos, constituye uno de los hechos más trascendentes de la vida del México posrevolucionario, será víctima de una frustración que ahondará resentimientos.

El 6 de septiembre, el semanario *Siempre!* organizó una nueva rueda de prensa con los miembros del Consejo Nacional de Huelga, cuya transcripción se publicó este día. En esta ocasión asistieron muchos de sus dirigentes principales: Javier González Ruiz, del Centro de Investigaciones y Estudios Avanzados del Politécnico, Luis Tomás Cervantes Cabeza de Vaca, de la Escuela Nacional de Agricultura de Chapingo, Benito [Marcelino] Perelló, de la Facultad de Ciencias de la UNAM, Eduardo del [sic] Valle, de la Escuela Nacional de Economía, y Enrique Díaz Michel, de la Facultad de Medicina. Por parte de la revista acudió nuevamente Luis Suárez, jefe de redacción del semanario.

SUÁREZ: Después del Informe del señor presidente de la república y de su posición sobre el diálogo, ¿cuál es la posición del Consejo sobre la practicabilidad del diálogo?

BENITO PERELLÓ: Mantenemos el principio de que todo intercambio de opiniones debe ser público. Todos los sectores interesados en el diálogo

deben estar al tanto de las argumentaciones. [...] No vamos a permitir que el gobierno nos lleve a su terreno para mediatizar el movimiento con pequeñas concesiones.

SUÁREZ: Hay quienes toman esa actitud por intransigencia.

BP: Ante la campaña que nos presenta como intransigentes debemos decir que habíamos dejado que el gobierno fijara sus posiciones para el diálogo.

SUÁREZ: ¿Basta con que el diálogo sea público, de cualquier manera público?

BP: No podemos dialogar sobre la represión con quien en ese momento la haría. El cese completo y definitivo de la represión no debe ser sólo dos horas antes del diálogo.

SUÁREZ: ¿Qué tiempo consideran ustedes necesario para haber comprobado el cese de la represión?

LUIS CERVANTES CABEZA DE VACA: En estos días existe la represión. Son hostigadas y detenidas nuestras brigadas de explicación al pueblo.

BP: Nos referimos a la existencia de un estado de represión permanente, aunque en estos momentos no se esté golpeando a nadie. Queremos que sea evidente que no hay represión.

SUÁREZ: ¿Podrían precisar más cómo entienden el mecanismo de diálogo público?

BP: Que participen de nuestra parte todos los miembros del Consejo Nacional de Huelga, los periodistas, la radio y la televisión.

SUÁREZ: ¿Y si no hubiera diálogo por no aceptarse las condiciones?

BP: Si el gobierno no acepta el diálogo, el movimiento y su huelga deberá resolverse por otros métodos. El gobierno puede dar respuesta por escrito. Entonces veríamos si nos satisface y levantábamos la huelga o si, por el contrario, por acuerdos de las asambleas, la continuamos.

SUÁREZ: Hay quienes se preguntan dónde están los grupos de derecha de la Universidad, y se entiende que éste es un movimiento de izquierda. ¿Cómo definirían ustedes esos términos?

JAVIER GONZÁLEZ RUIZ: Tenemos los seis puntos. No es necesario preguntar quién es de izquierda o de derecha, sino quién está a favor o en contra. Esta es una posición justa, no ideológica. Tenemos una bandera de principios.

SUÁREZ: ¿No son atribuibles a grupos de derecha los actos de terrorismo contra algunas escuelas y contra algunas personas como el ingeniero Heberto Castillo?

EDUARDO DEL VALLE: Son agentes policiacos disfrazados, que no

pueden aparecer siempre. Se usa a muchachos de 20 o 21 años para golpear a nuestras brigadas. Los grupos de derecha, fascistas y fascistoides, han atacado, pero el peso principal es de los agentes.

SUÁREZ: ¿En qué medida repercuten en ustedes las acusaciones de violación de la bandera nacional y profanación de la Catedral?

LC: No se faltó al respeto a la bandera. En todo caso, al poste. La bandera rojinegra la izamos como símbolo de la unión de los estudiantes y el pueblo, de la huelga. Íbamos a izar la bandera nacional, pero no lo hicimos por no poder hacerle los honores. [...] Ya las autoridades eclesiásticas han dicho que no hubo profanación a la Catedral.

SUÁREZ: ¿Cuál es la perspectiva del movimiento, si no se resuelve la huelga estudiantil?

BP: Este movimiento tiene una perspectiva amplia. No puede parar aquí, no debe hacerlo, sino avanzar en la democratización del país. El movimiento inicia una nueva etapa en la vida nacional. La lucha por la democracia no depende de pequeños grupos, sino de grandes masas. Si tarda en resolverse, los muchachos no se desanimarán. Las brigadas salen a la calle a explicar al pueblo, aunque las persigan. Si ocuparan las escuelas, continuaría el movimiento. Si metieran preso al Consejo Nacional de Huelga, surgirá otro clandestino. Si no hay diálogo, no es indispensable. Si puede haberlo en la forma pública y sin represión, iremos a él...

La Cultura en México incluía en su sección "Puntos de vista sobre el movimiento estudiantil" ensayos de Jorge Aguilar Mora y Carlos Alberto Pereyra.

En el primero de ellos, titulado "La transformación del movimiento", firmado el 1º de septiembre, Aguilar Mora analiza la actuación del Consejo Nacional de Huelga.

En su opinión, es inevitable que en un movimiento de las dimensiones del que vive México haya grupos oportunistas y mediatizadores que se aprovechen de las circunstancias; sin embargo, a pesar de ello la unidad en torno al CNH ha sido incuestionable aun cuando su actividad tenga que reducirse sólo a la primera etapa de la lucha.

Según Aguilar Mora, entre el 13 de agosto, fecha de la primera manifestación en el Zócalo, y el 27 del mismo mes, día de la segunda, hubo una primera etapa, netamente estudiantil, del movimiento. En cambio, a partir de entonces éste se ha convertido en un movimiento popular debido al apoyo que ha recibido de distintos sectores de la sociedad mexicana. "Este apoyo y esta

inquietud se explican porque las demandas (los seis puntos) que tan *legítimamente* sostienen los estudiantes son en muchos sentidos verdades populares”, afirma el escritor. “Si no hubiera otro fruto, éste bastaría para que el movimiento estudiantil se considerara muy importante: la toma de conciencia colectiva de una lucha política real y sin claudicaciones, esto es lo que se ha logrado en casi todos los integrantes de las brigadas.”

Para Aguilar Mora, el mayor peligro que enfrenta el movimiento es la dirección que han de tomar sus líderes, los miembros del CNH, en el futuro. A partir del día 28 es visible que las actitudes de las masas están a punto de rebasar a sus dirigentes, y parece que no tendrán otro remedio que seguir el rumbo que éstas les marquen. Mientras tanto, el gobierno parece decidido a no ceder a las presiones y a conservar, a toda costa, el principio de autoridad.

Por su parte, en “La crisis, la servidumbre de la ‘vieja izquierda’”, Carlos Alberto Pereyra realiza una comparación entre la *New Left* estadounidense y la revuelta estudiantil mexicana.

En ambos casos, afirma, se ha dicho que los desórdenes han sido realizados por agentes provocadores, reaccionarios o pagados por la CIA, sin que jamás se haya demostrado esta afirmación. Sin embargo, los sectores de la vieja izquierda utilizan este argumento una y otra vez para atacar a los estudiantes y poder dejarlos solos en su lucha contra el gobierno; así ocurrió en Francia y así ocurre ahora en México. Pero el carácter evidentemente espontáneo de la revuelta callejera es una confirmación de la falsedad de este punto de vista.

12 DE SEPTIEMBRE

Numerosos grupos sindicales independientes manifiestan su solidaridad con los estudiantes. Durante todo el día, helicópteros dejan caer sobre la ciudad volantes firmados por desconocidas Uniones y Sociedades de Padres de Familia de la UNAM y el IPN en los cuales se dice que la marcha convocada por los estudiantes para el día siguiente será atacada por el ejército.

13 DE SEPTIEMBRE

La “Marcha del silencio”. Asisten unas doscientas cincuenta mil personas, según los diarios; medio millón, según el CNH.

La importancia de este acto ha sido señalada repetidas veces.²¹ En algún sentido, se trató de la primera manifestación estudiantil que trastocó el nivel

²¹ Ver, especialmente, el relato de Guevara Niebla, 1988, p. 65.

discursivo del movimiento. Para contrarrestar las acusaciones vertidas contra ellos por haber deshonrado a la patria al izar la bandera rojinegra en el Zócalo o por utilizar únicamente símbolos extranjeros –insignias comunistas, carteles del Che–, los estudiantes modificaron completamente su táctica en esta ocasión. Se suprimieron los elementos “extranjerizantes” y se acordó abrir el movimiento al resto de la sociedad. Además, surgió la extravagante idea de realizar la protesta en silencio.

Esta idea resultó genial. El público y los asistentes, aunque conversaban de vez en cuando, lograron que el movimiento adquiriese un espíritu particular. El silencio es lo contrario del ruido y del desorden, pero además significaba también el empleo de un recurso para recriminar el silencio forzoso que el gobierno trataba de imponer en el país. Por una vez, el silencio de los manifestantes *hablaba*: le indicó claramente a la sociedad mexicana de qué lado estaba la violencia.

Por desgracia, el prestigio ganado por el movimiento en este día sería determinante para que el gobierno decidiera responder a él, a partir de entonces, con mayor represión. El miedo se había apoderado del poder.

David Alfaro Siqueiros, en una carta abierta a los periódicos, solicita se le conceda una hora para hablar sobre el delito de disolución social en la comisión encargada del Congreso.

14 DE SEPTIEMBRE

La Secretaría de Gobernación responde a la petición de diálogo solicitada por los estudiantes.

En su texto de *Excélsior* del 14 de septiembre, Ricardo Garibay ofreció una caracterización caricaturesca de los involucrados en el movimiento estudiantil en un diálogo en el que hacía uso de su conocida habilidad para retratar el lenguaje de la gente:

ESTUDIANTE HUELGUISTA: Pedimos que se resuelvan los seis puntos de nuestro pliego petitorio y punto; no vamos a la transa, la huelga sigue.

ESTUDIANTE MURO: Óyeme, compañero, y además porque tú no puedes hablar en nombre de todos los estudiantes, nosotros también, nosotros representamos cuando menos a 32 mil que...

ESTUDIANTE HUELGUISTA: Tú cállate, chavo fresa, tú estás con la momiza más chueca, ni quién te pele; derecho, ¿sabes qué? no quiero nada contigo, tú habla con tus cuates en la Plaza México y allí haz tus sucias payasadas, no me busques...

HOMBRE DE EMPRESA: Un momento, joven, si quiere no haga caso de su compañero; pero a mí sí tiene que hacerme caso, porque yo sí cuento en la sociedad, ¿o no?

ESTUDIANTE HUELGUISTA: Sí, por desgracia.

PROVINCIANO: Tenga usted más respeto, yo estoy con el señor.

PROFESOR: Procuremos no reducir la discusión a casos particulares, donde sólo se exhibe un ratonero amor a la propiedad privada más deleznable. Tratemos de ver el movimiento en su significación nacional: la crisis de participación que apunta, la necesidad de oreo [sic] en nuestras tradicionales formas de demagogia...

ESTUDIANTE MURO: ¡El señor da trabajo a millares de obreros, y tú no puedes mantener a tu persona siquiera!

AMA DE CASA: Caray, pues yo no sé, pero yo digo que no porque dé trabajo a muchos, ¡porque también lo que gana con esos muchos! Yo, a mí pues no, porque mi hijo, que está en huelga me decía...

RULETERO: Eso l'oye uno todos los días, cuando la gente se sube al carro, ¿no? y habla, ¿no?

POLÍTICO BRIBÓN: Yo estoy de acuerdo con usted, compita, pero sí me permito, puesto que usted es un trabajador, de las fuerzas vivas del país, sugerirle que cualifique usted, porque de la clarificación de los conceptos desemboca usted en la alimentación revolucionaria que es preciso abonar a las conquistas de nuevos códigos emanados con perfiles de humanismo; ¡ahí tiene usted la solución del conflicto!, sin necesidad de recurrir a fuerzas extrañas de...

El dramaturgo Rodolfo Usigli, a la sazón fuera del país como embajador, también dio su punto de vista a *Excélsior*.

Por una suerte de carambola trágica veo castigada al mismo tiempo mi vanidad de mexicano que, después de atestiguar en mayo y junio pasados los desórdenes y los disturbios estudiantiles en París, en Milán, en Roma, en Florencia y en Munich, se jactó de que México no pasaría ya por esas horcas caudinas por cuanto se había adelantado a ellas.

Rubén Salazar Mallén escribió en *El Universal*:

¿Está el conflicto estudiantil a punto de terminar en una tempestad en un vaso de agua? Esta posibilidad se perfila ahora que han surgido ciertos signos en la situación. Ya se advierte el cansancio de muchos estudiantes,

mientras en otros ha hecho presa el desaliento, de tal suerte que en un momento dado los que mantienen vivo el movimiento pueden quedar reducidos a unos pocos, que serán reprimidos fácilmente o, lo que sería peor, serán desautorizados por sus propios compañeros. Por otro lado, las señales de apoyo son cada vez menos frecuentes, debido a lo prolongado del conflicto y a la aparente incapacidad de los estudiantes para encontrar la fórmula de establecer un “diálogo” de que ellos mismos están ansiosos.

15 DE SEPTIEMBRE

Maestros y estudiantes celebran el “grito de independencia” en la UNAM y el IPN.

16 DE SEPTIEMBRE

Ceremonia oficial del día de la independencia.

17 DE SEPTIEMBRE

Porros y grupos de choque atacan las preparatorias 2 y 7 y varias facultades de la Universidad Nacional.

Aparece uno de los más extensos e importantes manifiestos de intelectuales:

Ahora es el momento del gran debate nacional

Con sus claras y firmes declaraciones, sus actos serenos y valerosos, sus cinco manifestaciones, los estudiantes demuestran lo que el gobierno y los críticos de la juventud no debieron olvidar: que los estudiantes no son irresponsables, agitadores profesionales ni comparsas de una conjura antipatriótica. Al contrario: exhiben la conjura de funcionarios corruptos, líderes venales y negociantes enriquecidos, y la conjura de prestanombres, abogados de monopolios y agentes extranjeros que enajenan a la patria.

[...] El peligro reside en la intransigencia del estado ante las necesidades de diálogo; en su terca defensa de las minorías con poder económico y político; en su resistencia ante nuevas realidades, que sólo la presión organizada del pueblo podrá romper.

[...] La nación espera este debate trascendental. Lo que importa es que sea público, que garantice la libertad y respeto y permita que los graves problemas, puestos en primer plano por el movimiento, sean cabalmente comprendidos. Puede abrirse esta discusión indispensable. Si el gobierno no acepta, el movimiento encontrará otros canales para debatir y mostrar

su legitimidad.

[...] Cumplir esta misión ayudará a deslindar campos, incorporar fuerzas, crear conciencia, exhibir a los enemigos del pueblo, preparar la siguiente etapa y demostrar que aun para alcanzar objetivos que no amenazan al poder, hay que alterar la relación de fuerzas y transformar la estructura socioeconómica.²²

18 DE SEPTIEMBRE

El ejército ocupa Ciudad Universitaria. Mil quinientos detenidos, entre ellos Ifigenia Martínez, directora de la Facultad de Economía. La Secretaría de Gobernación justifica el acto diciendo que las instalaciones habían sido utilizadas ilegalmente.

En tanto, el número especial de *La Cultura en México* estaba dedicado por completo a reseñar la revuelta juvenil en México. Su primera página decía:

LO QUE SE HA VISTO Y LO QUE SE HA DICHO
UNA VERSIÓN DEL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL
FOTOS Y TEXTOS DE ANTOLOGÍA
23 DE JULIO 17 DE SEPTIEMBRE

Luego de una “Cronología mínima” que resumía los acontecimientos relacionados con el movimiento entre el 22 de julio y el 9 de septiembre, el suplemento incluía una serie de breves secciones en las cuales refería diversos aspectos de la revuelta, acompañadas por fotografías de Héctor García. Muy en el estilo de Carlos Monsiváis, los textos eran una recuperación de citas de la “historia oficial” del movimiento estudiantil, es decir, de las declaraciones de dirigentes gubernamentales o sociales que trataban de desacreditarlo.

La represión

Se ordenó la movilización de la policía uniformada una vez que el líder de la FNET (José Cebreros) se comunicó telefónicamente a la jefatura para informar que la manifestación para la cual habían pedido permiso había terminado [...] pero grupos de alborotadores comenzaron a detener autobuses y vehículos particulares para dirigirse al centro de la ciudad y que procedieran en contra de ellos AUN CUANDO FUERAN AUTÉNTICOS ESTUDIANTES. General Luis Cueto Ramírez. *Excélsior*, sábado 27 de julio.

²² Algunos de los firmantes: Ermilo Abreu Gómez, Arturo Azuela, Víctor Flores Olea, Carlos Monsiváis, José Revueltas, Fausto Trejo, Arturo Warman y Alfredo Zalee (setenta firmas).

El estudiante de comercio de la UNAM, Federico de la O García, de 23 años, falleció ayer a consecuencia de una intoxicación por tortas que comió en la lonchería "Kolm" del Anillo de Circunvalación y no por lesiones sufridas en los recientes disturbios. Procuraduría del Distrito. *El Sol de México*, lunes 29 de julio.

La policía está lista [...] para evitar que se altere el orden público, que se atente contra la propiedad privada [...] y a la vez hace una excitativa para que eviten que sus hijos participen en hechos punibles. General Cueto Ramírez. *Últimas Noticias*, 27 de julio.

En esto, el general Cueto coincidió con el licenciado Vicente Méndez Rostro; director general de Preparatorias, quien dijo que los grupos que participaron anoche no eran estudiantes. Son alborotadores profesionales. *Ultimas Noticias*, 27 de julio.

La gloriosa victoria

LA INTEMPERANCIA DE UN GRUPO SECTARIO PROVOCA LA ACCIÓN ENÉRGICA DEL GOBIERNO. Cabeza de *El Día*, 30 de julio.

Ante tal situación la Federación de Sindicatos al Servicio del Estado envía fraternal llamado a los estudiantes para que regresen a sus centros de estudios consagrándose íntegramente a su preparación cultural, pues en esa forma no sólo estarán laborando su porvenir personal, sino que estarán contribuyendo a un mejor futuro para la patria. *Manifiesto*, 31 de julio.

El general Juan Barragán, presidente del PARM, calificó de "medida acertada" la intervención del ejército. "Primero están las necesidades del DF que la petición de los estudiantes..." "Es lo mismo que pasó en Washington cuando los negros quisieron llegar a la Casa Blanca." *Ultimas Noticias*, 31 de julio.

Acto seguido, hablando en su calidad de padre de familia, dijo: "Los padres tenemos obligación para la sociedad en que vivimos, para la patria y nuestros propios hijos, y lo más cuerdo es encauzarlos en el estudio y que no pierdan ni un minuto, ni un segundo, en el aprovechamiento de sus clases, y mucho nos ayudarían con su autoridad paternal a observar el orden, lo que aprovecharía mucho al país". General Marcelino García Barragán. *El Universal*, 31 de julio.

La respuesta, 1º y 13 de agosto

Ayer [la manifestación del 13] fue una prueba de madurez, de solidez, de hombría, de integridad, de confianza en el gobierno y en nuestras instituciones. El salir a protestar es una muestra de que confiamos y sabemos que no vivimos en un régimen totalitario, que si se cometió un error no se repetirá, que hay respeto para los ciudadanos y de los ciudadanos para su gobierno. Mauricio González de la Garza. *Ovaciones*, 15 de agosto.

Los seis puntos

Por lo que se refiere a la petición de destitución del jefe y subjefe de la policía, creemos, en justicia, que es arbitrario solicitar la destitución de ellos sin darles oportunidad de defenderse y sin aportar pruebas de su responsabilidad, por tal motivo consideramos resuelta esta petición con el resultado que se logre de las investigaciones que la comisión mixta realice. Alianza Magisterial Universitaria. *Manifiesto*. Por el Comité Directivo, licenciado Raymundo López Ortiz, 6 de septiembre.

La juventud debe enarbolar un ideario que le dé prestigio y evitar a tiempo el peligro en que se encuentra de ir perdiendo paulatinamente la confianza del pueblo. Manuel Rivera, presidente del Congreso del Trabajo. *El Nacional*, 31 de julio.

El Consejo Nacional de Huelga

Ellos [los del CNH] se autoeligieron. Eso indica su falta de personalidad y de solvencia para llamar a cuentas al gobierno, tanto así que no sólo por cobardía sino también por táctica se cubren la cara con capuchas y ocultan su nombre al conglomerado nacional. Grupo Ariel de la Generación 1929 (sin firmas). *¿Circo o diálogo?*, 10 de septiembre.

En todo caso hay ausencia de valor civil en estos dirigentes invisibles [los del Consejo y la Coalición de Maestros] que a su cadena de errores y delitos suman el de no dar la cara. Comité Mexicano de Orientación Cívica (sin firmas). *Manifiesto*, 5 de septiembre.

Y la gente que en esa forma traidora y falaz hunde a México un puñal en la espalda, se protege para consumar su traición en el sistema jurídico y democrático que custodia nuestras libertades. *Esto se llama traición a la patria*. (Reproducido por cortesía del Sindicato Único de Guías Choferes Intérpretes de Turistas del DF.) *El Universal*, 30 de agosto.

Lo ocurrido no tiene nada que ver con una lucha ideológica. No se

dirimen cuestiones filosóficas o políticas. Pero los agentes de la CIA y de la reacción tradicional, que tienen nuevos organismos para combatir a la revolución mexicana, con careta de izquierdistas, tratan de crear una confusión que elementos ambiciosos pretenden capitalizar para sus fines personales o de clase social. Vicente Lombardo Toledano, máximo dirigente del Partido Popular Socialista. *Siempre!*, n. 790.

La manifestación popular, 27 de agosto

En marcado contraste con la actitud de los dóciles instrumentos enemigos de México [...] en la gran metrópoli, en el campo, unidos y en completa armonía los pequeños propietarios, comuneros y trabajadores agrícolas, están dedicados al trabajo. *El Nacional*, 31 de julio.

ÚNETE [al estudiante] SÍ, PERO NO COMO REBAÑO EN LA TORMENTA NI COMO AVE QUE HUYE EN BANDADA, SINO COMO SE UNEN LOS HOMBRES CUANDO SON HOMBRES Y CUANDO TIENEN CONCIENCIA DE LO QUE QUIEREN... ÚNETE PARA CREAR NO PARA DESTRUIR; ÚNETE EN EL PROGRESO, NO EN LA RENUNCIA NI EN LA ANARQUÍA. Agustín Barrios Gómez. *El Herald de México*, 30 de agosto.

¿Qué tiene que ver con la Universidad o con el Politécnico el Che Guevara? ¿Qué tiene que ver con el desarrollo de la cultura un sujeto como Demetrio Vallejo, que pretendió desquiciar al país al servicio de una potencia extranjera? Editorial. *El Sol de México*, 29 de agosto.

La conquista del Zócalo

Si la insidia de verbos envenenados llevó a los jóvenes a claudicar temporalmente de sus ideales; si su voluntad fue enajenada por la trama siniestra de profesionales del desorden, es tiempo ya de reflexión y de que no justifiquen el desbordamiento de las inquietudes juveniles en procedimientos que no corresponden a la esperanza que en ellos cifra la nación. Arturo Romo Gutiérrez, joven obrero, en el auditorio "Carrillo Puerto", 30 de agosto.

La pérdida del Zócalo

Tienen ustedes cinco minutos para abandonar la Plaza de la Constitución. Se les dejó hacer su mitin y realizar su manifestación. Han estado demasiado tiempo y no se puede permitir que la Plaza, para usos

comunes, sea dedicada a otros menesteres. (Dicho por magnavoces a las 0:55 horas del 28 de agosto.)

Muy lejos está México de tener un régimen policiaco, represivo o goriloide, sino por el contrario, vivimos en un ambiente de plenas libertades. Plataforma de Profesionales Mexicanos, A.C. *Manifiesto*, 2 de agosto.

La definición del poder

Nos interesa profundamente que la juventud, desde temprana edad, abrace la doctrina de la revolución mexicana que es el único camino para el desarrollo económico y la justicia social en nuestro país. Alfonso Martínez Domínguez, dirigente del PRI, declaraciones en Nuevo Laredo, 6 de septiembre.

El principio de autoridad

Venimos a realizar un acto de reafirmación de nuestra calidad de mexicanos, al izar la bandera de México que es la única enseña y el máspreciado emblema de nuestra historia. Gonzalo Cruz Paredes, joven humilde, Zócalo, 28 de agosto.

El ejército sólo cumple con la misión de vigilar la ciudad. General Marcelino García Barragán. *Novedades*, 29 de agosto.

El mitin de Tlatelolco, 7 de septiembre

Si quienes deseamos prevalezca la paz social en México no damos la batalla frente al virus rojillo incrustado en nuestra sociedad, después habremos de lamentar las consecuencias... Las asociaciones civiles, los grupos de derecha, los sectores militantes del campo patronal deben integrar sus filas para desbaratar la gran conjura de la izquierda recalcitrante. Expresidente Miguel Alemán en entrevista con Barrios Gómez. *El Heraldo de México*, 6 de septiembre.

Unas semanas después, en el número que significativamente aparecería el 2 de octubre, *La Cultura en México* reprodujo el testimonio de uno de los miembros del movimiento que se encontraban en Ciudad Universitaria cuando ésta fue ocupada por el ejército. Por su pertinencia, lo comento ahora.

El texto pertenece a Héctor Castro y se titula "Diez mil soldados y unas

cuantas escuelas". Dice Castro:

Poco antes de las diez de la noche comenzó a circular la versión de que el ejército tomaría la Ciudad Universitaria, pero era como el cuento de "Ahí viene el lobo"; tantas veces se había dicho que el ejército tomaría la Ciudad Universitaria, se habían visto tantos soldados, tanques, carros de asalto en las proximidades... Sin embargo, esta vez la versión era cierta y todos pensamos en salvar al Consejo Nacional de Huelga. Un estudiante entró en el auditorio de la Escuela Nacional de Medicina: "¡Señores, viene el ejército a tomar Ciudad Universitaria!" La sonrisa en las caras estudiantiles podía ser burla, pero era la de quien se sabe invencible por la razón y decidido a todo frente a la fuerza.

Posteriormente, Castro narra cómo se sucedieron los hechos. La mesa de debates trató de organizar brigadas, los padres de familia presentes en Ciudad Universitaria se negaron a abandonarla, pues afirmaron que no cometían ningún delito al estar ahí. Incluso se propuso que todos los estudiantes acudiesen a la explanada de la Rectoría, donde la bandera ondeaba a media asta desde el anterior ataque a la Universidad.

Por el rumbo de Ciencias Políticas empezaron a entrar los soldados, en el corredor de Humanidades, tras, tras, tras, tras... El sonido de las botas sobre el pavimento parecía más amenazador que los motores y las sirenas de los vehículos militares. Tras, tras, tras, tras... En la Facultad de Comercio y en la de Economía empezó el estruendo de los cristales rotos, se distinguían claramente las figuras de los soldados al esgrimir sus armas contra las paredes y las puertas de cristal. [...] Los muchachos que me precedían estaban ascendiendo por la escalinata que une el campus donde estábamos con la explanada propiamente dicha, cuando fueron cercados por soldados que hacían gala de su entrenamiento gimnástico —yudo, karate, ataque a bayoneta calada—, brincaban desde los terrados, saltaban sobre los estudiantes —hombres y mujeres— al grito de "¡Manos arriba! ¡Atrás de la nuca!"

A continuación los estudiantes fueron llevados, por la fuerza, al pie del asta bandera, al lado de Rectoría.

[...] Después de ser cacheados uno por uno, nos obligaron a tendernos en el piso, aún mojado y bajo un viento húmedo y frío que acentuaba los

efectos de la tensión nerviosa que cada uno de nosotros sufría; separaron a los hombres de las mujeres por una valla de soldados, a quienes deseaban ir al baño sólo se les permitió hacerlo al aire libre, a un costado del grupo tendido en el suelo y bajo vigilancia de las armas de fuego. Entre tanto, se nos habían decomisado todos los cerillos.

A un compañero que estaba cerca de mí lo golpearon en el hombro con una bayoneta, ya que protestaba verbalmente porque a un maestro inválido, como yo, se le obligara a permanecer en esa postura. A mí me dijeron que podía sentarme en el suelo.

Unos gritos interrumpieron la tranquilidad castrense:

— ¿Quién manda aquí?... Mis derechos constitucionales... ¡Las garantías individuales!

Vaya, pensé, por fin detuvieron a “un agitador”. Resultó un hombre joven, bien vestido y acompañado de su esposa; lo traían un grupo de soldados que, a jalones, lo obligaron a separarse de su mujer; ante la violencia masiva que se ejercía contra su persona, se desplomó, llorando virilmente de rabia e impotencia. Era un funcionario bancario que transitaba por Insurgentes, con rumbo a su domicilio, y a quien se pidió “bajo mi palabra de honor militar de que luego se va”, que se identificara. Se identificó plenamente en Lecumberri, uno o dos días después.

Luego, los soldados les impidieron tocar la bandera mientras las notas del himno nacional comenzaban a sonar. Los soldados arriaron la bandera con total descuido. Las mujeres empezaron a cantar para aminorar la tensión.

Después, llegaron los granaderos con sus “julias”, transportes urbanos y militares y, previo un nuevo registro en busca de armas inexistentes, fuimos obligados a abordar los distintos vehículos, que nos conducían a diferentes sitios de “confinamiento y averiguación”. Unos a Lecumberri, otros, ¿a dónde?

Mientras me formaba en la fila, alcancé a ver que algunos soldados traían, del rumbo del estadio, cajas de refrescos y de rejillas metálicas que contenían los “cocteles molotov” que algún diputado diligente descubriría en los seminarios de una escuela.

Se había consumado la heroica “ocupación de la Universidad”.

19 DE SEPTIEMBRE

El líder priísta en el Congreso, Luis M. Farías, pide a la UNAM que agradezca al ejército el restablecimiento del orden en sus instalaciones. Arrestos de Manuel Marcué y de Eli de Gortari. El rector protesta por la intervención del ejército. Exrectores de la

Universidad, con diversos tonos, protestan también por la toma de Ciudad Universitaria.

Un grupo de intelectuales publica un extenso manifiesto sobre el movimiento, titulado “Perspectivas del movimiento estudiantil: ahora es el momento del gran debate nacional”.²³

En otro manifiesto, otro extenso grupo de intelectuales, que en este caso hace mención de sus puestos de trabajo y de los premios que ha recibido, solicita al presidente que conceda la amnistía a todos los presos políticos relacionados con el movimiento.²⁴

Durante un desayuno, el poeta Salvador Novo, recientemente condecorado con el Premio Nacional de Literatura, declaró que la mejor noticia que había recibido en mucho tiempo era la ocupación militar de la Ciudad Universitaria.²⁵

20 DE SEPTIEMBRE

En tanto el diputado priísta Octavio A. Hernández habla de la conducta criminal del rector, su compañero de bancada, Guillermo Morfín, pide la salida del ejército de la Universidad y expresa su apoyo a Barros Sierra. Es ovacionado por los diputados del PAN. Continúan enfrentamientos entre los estudiantes y la policía.

El Día publica una larga serie de opiniones sobre la ocupación por parte del ejército de las instalaciones de Ciudad Universitaria. La mayor parte de ellos –senadores, diputados y funcionarios afines al gobierno– apoyan la medida. Sólo el PAN, en voz de su presidente, Ignacio Limón Maurer, el Partido Comunista, algunos intelectuales independientes y el Sindicato de Profesores de la UNAM condenan la medida.

Los intelectuales miembros del equipo administrativo del rector Javier Barros Sierra hacen declaraciones públicas sobre los sucesos. Miguel González Avelar afirmó que el conflicto no fue causado por la Universidad, mientras Gastón García Cantú, director de Difusión Cultural, dijo: “No podríamos haber descendido más; los legisladores no examinan problemas, sino injurian al rector”.

21 DE SEPTIEMBRE

²³ EXC, 19, IX. Entre los firmantes aparecen Ermilo Abreu Gómez, Sol Arguedas, Arturo Azuela, Daniel Cazés, Víctor Flores Olea, Julio Labastida, Carlos Monsiváis y José Revueltas.

²⁴ Entre los firmantes: Juan Rulfo, Víctor Flores Olea, Enrique González Pedrero, Pablo González Casanova, Leopoldo Zea, Rosario Castellanos, Ruy Pérez Tamayo, Guillermo Soberón, Fernando Salmerón, Luis Villoro y Antonio Alatorre.

²⁵ En Cazés, 1993, p. 180.

Batalla en Tlatelolco. Durante siete horas vecinos y estudiantes se enfrentan a los granaderos. Tras un encuentro con el presidente del PRI, el diputado Guillermo Morfín se desdice de su defensa al rector. El rector Barros Sierra, instala sus oficinas en la Casa del Lago, en Chapultepec.

Tras la ocupación por parte del ejército de Ciudad Universitaria, doscientos intelectuales y artistas protestan contra este hecho. Afirman categóricos:

Al C. presidente de la república:

Ante el hecho vergonzoso, anticonstitucional de la invasión y ocupación militares de la Ciudad Universitaria, denunciamos:

El uso anticonstitucional del ejército apoyando actos también anticonstitucionales (artículos 29 y 129).

La suspensión de hecho de las garantías individuales (artículos 1º, 9 y 29).

La cesación de la autonomía universitaria.

El ejercicio de medidas represivas en sustitución del diálogo democrático (artículo 8).

La clausura oficial de todo proceso democrático en el país.

La detención ilegal, arbitraria y totalmente anticonstitucional de funcionarios, investigadores, profesores, intelectuales, empleados, estudiantes y padres de familia, cuyo único delito era encontrarse en el centro de estudios en el momento en que fue ocupado por el ejército (artículos 1º, 29).

Demandamos, por lo tanto, de usted, como presidente de México y jefe nato del ejército, el acatamiento irrestricto de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos.

México, D.F, 19 de septiembre, 1968.²⁶

22 DE SEPTIEMBRE

Los estudiantes realizan un mitin en la Plaza de las Tres Culturas, en Tlatelolco. Continúa la represión. Actos de apoyo a la Universidad en decenas de centros

²⁶ La lista de doscientos firmantes, publicada en numerosos diarios, es un verdadero inventario de la inteligencia mexicana que, a lo largo de todo el movimiento, apoyó a los estudiantes y atacó la represión gubernamental. Además de investigadores, periodistas, directores de teatro, actores, músicos y pintores, ésta es la lista de escritores y poetas: Inés Arredondo, Emmanuel Carballo, Jorge Carrión, Carlos Monsiváis, Juan Vicente Meló, José Revueltas, Ermilo Abreu Gómez, Margarita Paz Paredes, Sergio Fernández, TELAM Nava, Efraín Huerta, Sol Arguedas, Carlos Eduardo Turón, Isabel Fraire, Vilma Fuentes, David Huerta, Arturo Cantú, Jaime Shelley, Jaime Labastida, Óscar Oliva, Jorge Aguilar Mora, Joaquín Sánchez MacGregor, Carlos Prieto, Tomás Segovia, Alejandro Aura, Gabriel Zaid, Juan Bañuelos, Eduardo Lizalde, Huberto Batis, Ramón Xirau, Juan Rulfo, Juan de la Cabada, Rosario Castellanos y Gerardo de la Torre.

universitarios en los estados.

Luis Suárez opinaba en *El Herald de México*:

Ahora el conflicto estudiantil es menos específicamente estudiantil, ya que todas las actividades tendrán que hacerse afuera de la Ciudad Universitaria. Los estudiantes tendrán forzosamente la calle como recinto. ¿No será esta situación presagio de mayor violencia? Tal vez los estudiantes no podrán organizar ya, y menos en paz, manifestaciones como las que han marcado las fases de su movimiento. Seguramente tampoco acudirán, con los riesgos de la situación, tantos miles a sus llamados a demostraciones, pero un sombrío panorama de reacciones violentas está en el ambiente. Ojalá la sensatez funcione antes y la Universidad, sin tropas, vuelva a ser la Universidad.

23 DE SEPTIEMBRE

Barros Sierra entrega su renuncia a la Junta de Gobierno de la UNAM. Ahí dice: "Es obvio que la autonomía ha sido violada".

Violento enfrentamiento en el Casco de Santo Tomás, del Politécnico. El ejército ocupa las instalaciones politécnicas de Zacatenco y el Casco de Santo Tomás.

Un grupo de trescientos intelectuales se suma a la Junta de Directores de Escuelas, Facultades e Institutos de la UNAM y a sus sindicatos de maestros para solicitar a la Junta de Gobierno de esta institución que no sea aceptada la renuncia del rector Javier Barros Sierra.

24 DE SEPTIEMBRE

Se realiza un mitin en la Plaza de las Tres Culturas con asistencia de unas dos mil personas. Protestas y adhesiones de decenas de universidades estatales.

Un vasto grupo de intelectuales protesta, en un nuevo manifiesto, contra la represión de que ha sido objeto El Colegio de México y sus estudiantes.

25 DE SEPTIEMBRE

Casi mil profesores universitarios piden que Barros Sierra continúe siendo rector. Por la noche, la Junta de Gobierno de la UNAM resuelve por unanimidad no aceptar su renuncia.

En su columna de *Excélsior*, José Alvarado escribió:

El problema sigue y se ha agravado primero por la intervención de los soldados y luego por las arengas de los diputados. Ahora la Universidad está sin rector y los tumultos se suceden en distintos sitios de la ciudad. [...] ¿Pueden los diputados ofrecer una solución verdadera en vez de una vetusta, manida retórica? Es muy posible que si hoy mismo pidieran los votos que los llevaron a las curules, les serían negados por la mayoría de los ciudadanos.

Como había venido haciéndolo, el número de *La Cultura en México* de esta fecha incluye nuevos puntos de vista de diversos intelectuales sobre el movimiento estudiantil; en este caso, el testimonio de Héctor Castro sobre la ocupación militar de la Universidad que ya ha sido comentado, un poema (desde la cárcel) de Jaime Goded, un artículo de la directora teatral Nancy Cárdenas, un texto del crítico musical Raúl Cosío y sendas condenas a la ocupación por parte de Juan García Ponce y Carlos Monsiváis.

Con su poema, Jaime Goded inicia esta peculiar forma de oposición al gobierno que pronto será utilizada por Octavio Paz y posteriormente por otros muchos escritores. De un modo singular, la poesía pasó a ocupar el lugar del análisis, acaso por su fuerza emotiva, acaso porque los censores del gobierno ni siquiera se tomaban la molestia de leer poemas para eliminarlos de las ediciones de los periódicos.

UN POEMA DESDE LA CÁRCEL

Ya no pienso en la mirada o el embuste
ni recuerdo para siempre al enemigo;
no me hablo encerrado ante penumbras,
venganzas muertas retiradas.

Porque siento respirar la vejez de las paredes
y sueño mezclas imposibles
en el último apacible rincón silencioso
de la suerte.

Despierta con tambores mi amenaza
y uniformes de tristeza;
vergüenza y silbatos alimentan,
con la lluvia sobre el "nailon"

el vómito de una ilusoria trampa
en la banquetta.

No me besa una conquista:
suelo sospechar ojos abiertos por los muros
y canto de mi entierro bajo nubes.

Es muy poco lo que pueden decirles
cuando rompe como acero el descalabro
cuando la memoria militar suspira.

JAIME GODED
29 de septiembre de 1968

“Los pequeños y los grandes canallas.” Utilizando este verso de Efraín Huerta, Nancy Cárdenas escribe una minuciosa lista de las actividades que estos hombres (periodistas, funcionarios, diputados, militares, empresarios) han tenido en los meses de agosto y septiembre:

Han visto cinco mil estudiantes donde había cincuenta mil.

Han puesto “En contra de Barros Sierra” a la cabeza de una nota en la que el rector de la Universidad de Nuevo León expresa su satisfacción por el rechazo de la renuncia del rector de la UNAM.

Han identificado como estudiantes a grupos de delincuentes cuarentones.

Han consignado a distinguidos intelectuales (porque luchaban en asociaciones pro libertades democráticas) y a periodistas no adictos al régimen.

Han aprovechado la tribuna supuestamente más alta del país para interpretar torpemente consignas torpes.

Han detenido estudiantes – hombres y mujeres – en el preciso y noble momento en que se iniciaban en el uso correcto de la “moción de orden”, el “voto de censura”, la “moción de procedimiento” y emprendían la caracterización y la denuncia de provocadores no por su atuendo o su credencial, sino por sus proposiciones.

Han utilizado al ejército en tiempos de paz sin las aprobaciones previstas en la Carta Magna.

Han distorsionado las informaciones de los testigos presenciales o las han sustituido con boletines de prensa oficiales mientras arrojaban al cesto

de papeles los de grupos independientes.

Han corrompido o amordazado a los medios masivos de comunicación.

Han comprado con dinero del presupuesto a líderes estudiantiles ya corruptos que no valían los cientos de miles que aceptaron con voracidad sabiendo que no podrían devolver a cambio la solidaridad de ningún estudiante verdadero.

Han promovido el nacimiento y la acción de grupos terroristas.

Han asesinado.

Han abierto, en fin, todas las cloacas del sistema.

Pese (y gracias) a ello apunta ya el nacimiento de una nueva, moderna y dinámica conciencia cívica nacional.

Por último, el musicólogo Raúl Cosío hace un inventario del número de artículos que han aparecido en la prensa mexicana sobre el movimiento para llegar a la conclusión de que casi todos sus autores pasan de los cuarenta años, sin que haya habido ningún espacio de expresión para los propios jóvenes que viven el movimiento. “¿No es esto un poco sorprendente?” dice Cosío. “¿Qué no tendrán razón los jóvenes cuando precisamente de los problemas que los atañen sólo se publican las opiniones de los viejos que –naturalmente– no los conocen?”

En un texto titulado “El subreino de la ilegalidad”, firmado el 18 de septiembre, día de la ocupación militar de la Ciudad Universitaria, Juan García Ponce realiza una encendida defensa de los estudiantes. Se trata de una de las más valientes condenas contra el gobierno publicadas en la prensa mexicana:

“La razón no es compatible con la macana ni con la bayoneta”, decía uno de los carteles que llevaban los estudiantes en las distintas manifestaciones de protesta contra los actos delictuosos del gobierno. Ahora el gobierno se ha encargado de demostrar que la razón en México tampoco es compatible con el acto de gobernar. Ilegal, salvaje, cobarde, la ocupación de la Ciudad Universitaria y la detención de un número indeterminado pero escandalosamente alto de ciudadanos –estudiantes, padres de familia, intelectuales, etcétera– con una suspensión total de las garantías individuales es tan incalificable, desenmascara hasta tal extremo la condición de autoridad, que no necesita comentarios.

Para García Ponce, la represión orquestada por el gobierno revela la cara no sólo autoritaria sino decididamente totalitaria del gobierno mexicano. La ocupación militar de la Ciudad Universitaria refleja la voluntad del gobierno de

acabar con el movimiento a como dé lugar, sin recurrir al diálogo o a la negociación

Y sin embargo, por encima de la legítima indignación, de la sensación de haber sido humillado y vejado junto con todo lo que la Universidad representa, junto con cada una de las víctimas de la bárbara represión y el acto violatorio de la Constitución, de la autonomía universitaria, de todo lo que puede representar la legalidad, la humanidad, la cultura, el orden, es necesario seguir hablando el lenguaje de la razón frente a las bayonetas y las macanas, para llegar a lo que todo este vergonzoso suceso significa.

La supuesta justificación con la cual el gobierno ha pretendido salvar su imagen al ocupar la Universidad no es sino un fallido intento de tapan el sol con un dedo. Los hilos de la dictadura han comenzado a aparecer en el panorama del sistema político mexicano. En este sentido, no importa que el territorio de la Universidad sea considerado o no parte de la "Autonomía"; lo cierto es que la violación de los derechos humanos se ha llevado a cabo ahí, en una parte del territorio nacional, en contra de la Constitución de la república. Según García Ponce, el gobierno ha tomado ya su decisión, la de valerse de la ilegalidad y de su propia razón de estado. El siguiente paso es combatir toda forma de democracia que exista en nuestro país.

En tanto, Monsiváis deja clara su desazón por la invasión de Ciudad Universitaria en una crónica titulada "Notas a partir de una brillante campaña militar". Monsiváis sugiere, cáusticamente, que la ocupación de CU es la respuesta oficial a los seis puntos del pliego petitorio de los estudiantes:

1. Más presos políticos.
2. Glorificación de las tácticas de Cueto, Mendiola y Farías.
3. Desplazamiento del cuerpo de granaderos por convenir más el ejército.
4. Avivamiento del artículo 145 y 145 bis.
5. Creación de nuevas víctimas y
6. Exhibicionismo envanecido por la responsabilidad de los hechos.

El general José Hernández Toledo, portador de la respuesta, se encargaría de crear en CU —y posiblemente en Zacatenco y otros centros de enseñanza superior— el clima necesario para el feliz retorno a la normalidad académica.

No obstante, Monsiváis cree que el movimiento debe seguir insistiendo en su derecho legal a protestar y a exigir el respeto a la Constitución. "El movimiento estudiantil (por ser justo) sigue siendo legal", afirma. De este modo, "el camino es evidente: defender a la Universidad, revivir su asesinada

autonomía, defender la cultura de México, el clima vital que toda cultura requiere es la mayor, la más alta tarea de una generación”.

26 DE SEPTIEMBRE

Javier Barros Sierra dirige una carta a la Junta de Gobierno, en la cual retira su renuncia y promete trabajar por el bien de la Universidad. En un mitin en la Plaza de las Tres Culturas se apoya al rector, si bien se afirma que él no es un representante del movimiento estudiantil.

27 DE SEPTIEMBRE

Mitin en Tlatelolco, asisten unas cinco mil personas. El secretario de la Defensa declara que el ejército desocupará la Universidad cuando el rector lo solicite. Por su parte, el secretario de Gobernación afirma que la orden para la desocupación está dada.

Daniel Cosío Villegas anotó en su columna de *Excelsior*.

Nada pone tanto el ánimo en cuidado como advertir y comprobar que el gobierno se resiste fieramente a reconocer que en el país existen dos opiniones públicas. Una, la oficial, que aplaude todos sus actos por estar atada a él. La otra es una opinión desorganizada, indiferente y aun escéptica, pero libre. Por eso precisamente el gobierno tiene que conquistarla, y para ello no hay sino un medio: la palabra sencilla, honesta e inteligente y, sobre todo, la acción bondadosa. [...] La ignorancia de que hay en el país una opinión libre, el despreciarla o creerla infantil, ha conducido al gobierno a la monstruosidad de esa ocupación militar y a justificarla desaprensivamente.

David Alfaro Siqueiros publicó la extensa intervención en contra del delito de disolución social pronunciada ante la comisión respectiva de la Cámara de Diputados.

28 DE SEPTIEMBRE

Aparecen en los diarios falsas noticias atribuidas al CNH.

En uno más de sus manifiestos, cerca de cuarenta intelectuales piden que el gobierno cumpla las demandas de los estudiantes.

EL TRIUNFO DE LA RAZÓN NO TIENE POR QUÉ SER UNA DERROTA DEL GOBIERNO

[El gobierno mexicano debe:]

1. Retirar al ejército de la UNAM y el IPN.
2. Liberar de inmediato y sin condiciones a los detenidos desde el 26 de julio, especialmente a los ya formalmente presos, culpables sólo de solidarizarse con el movimiento o de criticar al gobierno.
3. Cesar la persecución de estudiantes y profesores contra los que hay orden de aprehensión.
4. Poner fin a las detenciones arbitrarias, la violencia, el terrorismo y la prohibición de reuniones públicas.
5. Iniciar el diálogo público sobre el pliego petitorio.
6. Lograr la cooperación entre maestros, estudiantes y autoridades escolares para reanudar clases e iniciar una reforma radical de la educación superior.²⁷

29 DE SEPTIEMBRE

El CNH acuerda no cesar la lucha hasta que no se resuelva el pliego petitorio.

30 DE SEPTIEMBRE

El ejército desocupa la Ciudad Universitaria. Destrozos y saqueos de las instalaciones universitarias. El CNH reitera que no planea boicotear los Juegos Olímpicos.

Eduardo Nicol, veterano filósofo y catedrático universitario, escribió:

Mis respetos para los amigos y colegas profesores que han tomado en esta ocasión una postura militante, y hasta beligerante; en algunos casos (no siempre) cuentan con mi íntima adhesión. Mis respetos, también, para aquellos de vosotros que lucháis de buena fe por algo que no habéis acertado a expresar con el famoso documento de los seis puntos. No voy a criticar el movimiento; pero no ocultaré que, a mi parecer, ese documento no toca ninguna cuestión verdaderamente radical. Tiene más de astucia que de poesía. No debéis esperar a que sean los comentaristas quienes atribuyan a vuestro movimiento esa aureola romántica, ese arranque lírico que se observa en todos los grandes movimientos populares.

1º DE OCTUBRE

El CNH lanza un Manifiesto a los estudiantes del mundo. Se hace una

²⁷ Los firmantes son los habituales del Comité de Intelectuales y Artistas.

invitación para el mitin del día siguiente, en Tlatelolco.

Rubén Salazar Mallén anotaba:

Una impresión de alivio produjo el regreso del rector Barros Sierra a su puesto. La tensión que durante dos meses atormentó al país se relajó al fin y México pudo ver con cierto optimismo la situación, como si el suceso indicado pusiera término al conflicto estudiantil. Este optimismo quizás sea excesivo e impida ver que en el solo hecho del retorno de Barros Sierra no se encuentra una solución completa a lo ocurrido. [...] De aquí la necesidad de hacer a un lado el optimismo. Las cicatrices no se borran con sólo pasar la mano sobre ellas, y, en este caso concreto, no se borrarán con sólo una resolución simplista. [...] De aquí la urgencia de ser claro: apenas se ha iniciado la resolución del conflicto estudiantil.

2 DE OCTUBRE

Los asistentes al mitin convocado por el CNH son masacrados por la policía y el ejército en la Plaza de las Tres Culturas, en Tlatelolco.

Durante horas se lleva a cabo la violenta detención de los estudiantes. Al amanecer, como afirmará Octavio Paz, “los empleados municipales lavan la sangre en la Plaza de los Sacrificios”.²⁸

José Alvarado escribió este día en *Siempre!*:

Para los jóvenes no resultan ahora muy adecuados ni justos los fundamentos de esa larga paz de cuyo disfrute cabal han sido excluidos; no les parece armonioso, completo ni equitativo un desarrollo material cuyos efectos no llegan a muchas zonas de la población, ni les satisface lo inconcluso de la obra de un régimen de tan larga duración. Sienten, por otra parte, demasiado prolongada la presencia de algunos protagonistas. Y

²⁸ Existen numerosas versiones —a veces contradictorias— sobre los sucesos ocurridos en la Plaza de las Tres Culturas, en Tlatelolco, en esta fecha. Las narraciones van desde las realizadas por los propios dirigentes estudiantiles, como las de Gilberto Guevara y Raúl Álvarez (1988) o Luis González de Alba (1971), hasta las partes oficiales del ejército mexicano (cf. *Proceso*, 5, X, 1997) o a la versión del regente de la ciudad, Alfonso Corona del Rosal (1995); de los testimonios recogidos por Elena Poniatowska (1971) a los recopilados por Daniel Cazés (1993). Asimismo, deben tomarse en cuenta las descripciones que se realizan en las narraciones y los poemas que se refieren a los acontecimientos de ese año. Una buena relación se puede hallar en Campos/Toledo, 1996. En la bibliografía que se encuentra al final de este libro se incluyen, asimismo, referencias a muchas de estas obras. Por otra parte, pueden leerse los reportes aparecidos en la prensa francesa recopilados por Arriola (1988, pp. 76-80).

Respecto al número de muertos, aún no se ha podido tener un número exacto. Según la prensa internacional de entonces —recogida por Octavio Paz en *Posdata*— serían unos trescientos, sin contar a los desaparecidos. Lo cierto es que, a casi treinta años de distancia, siguen vigentes los primeros versos del poema “Tlatelolco 68” de Jaime Sabines: “Nadie sabe el número exacto de los muertos / ni siquiera los asesinos / ni siquiera el criminal”.

advierten la desigual distribución del ingreso, la corrupción, la simulación, la inamovilidad de los líderes. ¿Están en lo justo? Eso debería verse en lugar de injuriarlos o malentenderlos, en vez de pretender tapar sus nuevas palabras con frases ya gastadas. En todo caso, ellos han señalado los males y defectos y suscitan la preocupación pública por ello. Si no han triunfado del todo, tienen, al menos, una batalla a su favor. Y no es poco lo ganado.

Este día, pocas horas antes de la masacre, todavía apareció un número de *La Cultura en México* dedicado al movimiento estudiantil.

En esta ocasión, Benítez y su equipo armaron un *dossier* llamado “Seis puntos de vista sobre el delito de disolución social”.

Con el fin de discutir la posible derogación del artículo del Código Penal que reglamentaba este delito, tal como pedían los estudiantes, *La Cultura en México* solicitó la opinión de seis de los más importantes juristas del momento: Luis Garrido, José Ángel Ceniceros, Ricardo Franco Guzmán, Xavier Olea Muñoz, Arnaldo Córdova y Hugo Margáin Charles.

Antes de comenzar propiamente con el tema, *La Cultura en México* presenta una nota, sin firma, dedicada a Javier Barros Sierra, el rector de la UNAM:

La situación es kafkiana. El señor Martínez Domínguez –el antiguo jefe de los burócratas que inició su carrera política como una proyección diminuta de la sombra de Miguel Alemán–, el señor Farías, pastor en turno de los diputados, el señor Hernández, una de las ovejas del rebaño cameral, los comerciantes –los que perciben más dinero que todas las fuerzas productivas del país–, la momiza que irónicamente se bautiza a sí misma con el nombre de Ariel, las asociaciones fantasmas, los corruptos y viejos líderes sindicales –más viejos y corruptos por dentro que por fuera–, en discursos, modelos de innoble prosa y rastrero oportunismo, en reuniones secretas y públicas, en desplegados que paga la nación agredida, han procesado, han calumniado y han agredido al rector Javier Barros Sierra, en una ofensiva conjunta sin precedentes por su belleza, su bellaquería y su mala fe, mientras el ejército ocupa la Universidad y las veinte policías que padece el Distrito Federal masacran y encarcelan a miles de estudiantes.

Más adelante concluye:

El rector Barros Sierra ha renunciado porque era el único camino que se le había dejado. De su renuncia y de su trabajo ya nos ocuparemos más tarde. Por ahora, no seremos nosotros los que comentemos las repercusiones de su salida en la conciencia nacional sino que nos valdremos del expresivo cartón de Abel Quezada y del comentario editorial de *Excélsior*, los cuales constituyen el más desinteresado homenaje que se ha podido rendir a la nobleza y a la dignidad de Barros Sierra.

Decía *Excélsior* en la parte última de su editorial del lunes 8 de septiembre: “Deploramos los ataques que algunas personas lanzaron contra el rector Barros Sierra, ya en la tribuna, ya en desplegados de prensa. Obviamente Barros Sierra no los mereció. Pero hay algo más: alguna o algunas de las personas que lanzaron tales agravios tampoco merecían haberlos lanzado”.

El cartón de Abel Quezada que se reproduce en el suplemento está dividido en dos mitades. En la primera aparece la figura de un diputado inclinado diciendo *sí, sí, sí*. Junto a él, Quezada escribe: “Los inefables diputados se lanzaron contra el rector *Barros Sierra*... Esto es magnífico, pues separa lo *viejo* de lo *nuevo*. Lo caduco, lo resignado, lo domesticado, lo demagógico, lo servil, de lo limpio”. En la parte inferior, en una especie de tobogán, un pequeño grupo de diputados ensombreados queda en la parte de arriba, mientras el resto del país, abajo. Quezada añade: “Los que estén con los diputados, en un lado. Los que estén con el rector, en el otro. ¡Se va a ladear la república!”

Una breve nota precede a los ensayos jurídicos:

A partir de las demandas —los seis puntos— del Consejo Nacional de Huelga, discutidas incluso en el cuarto Informe presidencial, la constitucionalidad del artículo 145 y 145 bis del Código Penal para el Distrito y Territorios Federales se ha convertido en asunto de la más alta preocupación nacional. Atendiendo a esa necesidad de discusión y análisis, el suplemento *La Cultura en México* ofrece una serie de textos originales de grandes juristas y maestros universitarios que contribuyen de modo significativo al esclarecimiento del tema.

En “El debate sobre la disolución social”, Luis Garrido dice que su posición sobre el tema del artículo 145 del Código Penal está fijada desde que se puso en vigor este señalamiento en 1941: en aquel momento, en plena segunda

guerra mundial, se justificaba la medida, pero no es conveniente mantenerla en tiempos de paz. Sin embargo, al acabar la guerra, en vez de suprimirse, “el precepto aludido se reforzó con otros elementos, aumentando la pena de prisión hasta 20 años, dándole carácter de permanencia en el Código Penal”.

Garrido opina que el debate sobre la derogación de los delitos de disolución social sólo debe circunscribirse al artículo 145, y no al 145 bis, que originalmente estaba previsto por los redactores del Código Penal en 1931 como una forma de beneficiar a los delincuentes políticos.

El 145, en cambio, posee una deficiente técnica legislativa y no precisa los términos de los actos punibles. Frente a la opinión de quienes consideran que debe mantenerse para evitar trastornos derivados del movimiento estudiantil, Garrido cree que el movimiento no es un peligro real a la seguridad de la nación. “Soy enemigo de coartar cualquier proceso de libre discusión sobre asuntos que atañen al interés público”, afirma enfáticamente. Por último, aclara:

Abrir la puerta a la creación de nuevos delitos a pretexto de la seguridad de la nación, en estos momentos de falsa alarma social, es dar la oportunidad a los defensores del artículo 145 para establecer normas mejor hechas y más peligrosas a la libertad que las impugnadas actualmente.

Una opinión muy similar es la de José Ángel Ceniceros, quien afirma que en 1941, en su carácter de presidente de la Academia Mexicana de Ciencias Penales, opinó que el delito de disolución social debía “dictarse como una ley especial y no como adición al Código Penal, porque el contenido del proyecto de ley en forma clara y seria se refería a medidas de emergencia política y no a disposiciones de carácter permanente”.

Posteriormente, Ceniceros se embarca en un minucioso análisis técnico del artículo 145, para llegar a la conclusión de que sería conveniente derogarlo, independientemente de si se prueba que es constitucional o inconstitucional. Por último, considera que el debate sobre su derogación debe llevarse a cabo en un clima de honestidad y con respeto a la opinión pública “si es correcta y fundada”.

Como indica el título de su colaboración, Ricardo Franco Guzmán realiza un “Examen técnico-jurídico del artículo 145”. Luego de un detallado desglose de los elementos del tipo delictivo, y tras señalar los yerros y las imprecisiones del precepto, llega a la siguiente conclusión:

En virtud de que los tres tipos delictivos contenidos en el artículo 145 del

CP sancionan hechos que pueden ser castigados como tentativa de delitos que atentan contra la seguridad exterior e interior de la nación, así como porque contienen elementos y expresiones que contrarían el principio de exacta aplicación de la ley penal, considero que debe derogarse lisa y llanamente el artículo 145 del CP.

Por su parte, Xavier Olea Muñoz también completa un análisis histórico y jurídico del precepto señalado, para llegar a la siguiente consideración final:

Diversos grupos en el ámbito nacional han hecho conciencia de la necesidad de derogar los artículos de disolución social, con base en que éstos no están técnicamente contruidos y proyectan en su aplicación actos considerados como inconstitucionales; se sostiene, además, que los mencionados preceptos no resultan realmente indispensables en su aplicación, ya que ésta es esporádica, dado que el Ministerio Público prefiere consignar a los sujetos activos por otras conductas punibles y no por éstas, como ha venido sucediendo de algún tiempo a la fecha.

Finalmente, y como corolario de todo lo que hemos venido afirmando, podemos sostener con Sebastián Soler que la idea del delito político no se encuentra claramente fijada; en realidad, es un concepto que el derecho moderno en épocas de paz deberá reelaborar sobre nuevas bases.

Mucho más radical es el punto de vista que expone Arnaldo Córdova en “De la voluntad del pueblo a la voluntad del funcionario”:

De todos los aspectos más irracionales y aberrantes del sistema político mexicano, los delitos de disolución social constituyen el ejemplo más claro. En efecto, el delito de disolución social, en general, no sólo es deleznable desde el punto de vista estrictamente jurídico, sino sobre todo desde el punto de vista político, si bien ambos puntos de vista no pueden darse por separado.

En nuestros días, un estado que no se legitima apelando a la voluntad del pueblo es un estado que por principio declara la dictadura de un hombre o de un reducido grupo de hombres como sustituto de la democracia.

Por último, Hugo Margáin Charles escribe:

Con respecto al membrete “delitos de disolución social”, no es necesario

ser Jeremías para adivinar una trampa. Intentar disolver la sociedad no deja de parecer incivilizado, maligno y aun anarquista en el más desprestigiado de los usos de la palabra. Pero cualquier reforma social que quiera hacerse implica la disolución de algunos lazos sociales para la creación de otros, de manera que quien intente reestructurar cualquier institución social podrá ser tachado de disolutor. Si atendiésemos a los fines últimos del delincuente, por tanto, podríamos llamar a estos delitos “delitos de reconstrucción social”.

En su párrafo final, Margáin matiza un poco sus afirmaciones y se une a la línea trazada por los demás juristas:

El ofrecimiento de discusión del artículo 145 es algo que debe reconocerse y aprovecharse. Esta discusión puede significar un gran progreso, sobre todo si el gobierno comprende que se trata de un artículo impopular y antidemocrático, que puede mostrar que no pasa nada si cede a una demanda hecha abiertamente y que conviene quitarle al pueblo la falsa impresión de que el gobierno necesita semejante artículo.

Como puede observarse, hecha la excepción del ensayo de Xavier Olea, que es más matizada, los otros cinco juristas coinciden básicamente, aunque por motivos distintos, en que el artículo 145 del Código Penal debe ser derogado.

No deja de ser curioso que, justo cuando se entabla esta discusión pública sobre un precepto legal, con esa conciencia típica del mexicano de admirar la ley escrita, el gobierno prepara el mayor acto de represión visto en muchos años, completamente ajeno a las discusiones académicas. Una vez más se comprueba que la ley no sólo no se cumplía, sino que era ignorada por un gobierno demasiado preocupado por su estabilidad aunque siempre necesitado por parecer *legal*. Mientras la opinión pública se entretiene con discutir la derogación de un artículo, los ministerios públicos se aprestan a inculpar a los estudiantes detenidos por “*otros delitos*” (que tampoco cometieron). La “*lógica de la represión*”, como apuntaba Monsiváis en algún número anterior de *La Cultura en México*, prevalece sobre cualquier forma de razonamiento o de diálogo.

Carlos Monsiváis publica una nota titulada “*Las exigencias del retorno*” que bien puede servir como resumen de los agravios cometidos por el gobierno contra los estudiantes. Así como Monsiváis inició el año con el recuento de 1967, su voz es la última que, antes de la catástrofe, acusa a los autores de la represión:

La frase ya imposible: "Aquí no pasa nada". A partir del 26 de julio, México se ha transformado de modo orgánico, esencial, y el cambio se advirtió con nitidez en el mismo momento en que el movimiento devino de estudiantil en popular, de capitalino en nacional. Es lugar común y sin embargo debe repetirse: estos amargos, ominosos días no han sido en vano. Numerosos centros vitales de la nación fueron golpeados y se han modificado de raíz; ha tenido lugar un proceso definitorio que nos afecta sin excepciones y lo mejor de todo: una generación se ha decidido a no seguir el triste conformista ejemplo de sus anteriores. Súmense los hechos y las imágenes: la gente golpeada y victimada en las calles, las brigadas políticas saliendo al encuentro del aprendizaje y la enseñanza, las cinco manifestaciones masivas, la resistencia estudiantil que adquiere en Tlatelolco el nivel de unidad popular, el rechazo a intimidaciones y corrupciones, la toma de Ciudad Universitaria, los sucesos sangrientos de Zacatenco y el Casco de Santo Tomás e Ixtapalapa y Tlatelolco, la depredación en numerosos centros de enseñanza media y superior, la muerte, entre otros, de los estudiantes Luis Lorenzo Ríos Ojeda y Ángel Martín Velasco, el acto del teniente Benjamín Uriza, el oprobio de la Cámara de Diputados, la renuncia del rector Barros Sierra, la unánime negativa de la Junta de Gobierno que insta al rector a continuar, la entrega de la medalla "Belisario Domínguez" a un maestro (Miguel A. Cevallos) que justifica y aplaude la invasión de CU, el retiro del subsidio de la Universidad de Sinaloa, la tropa adueñándose de la ciudad de Oaxaca, la tropa que irrumpe en la Universidad de Chilpancingo "para evitar que los estudiantes fueran interrumpidos en sus labores", la represión generalizada, la imagen magnífica, histórica de una madre mexicana, la madre de Luis Lorenzo Ríos, que preside el cortejo fúnebre con las manos alzadas formando el signo de la V, la alianza irrestricta de estudiantes y vecinos en la Unidad Nonoalco-Tlatelolco, la ciudad presidida por los tanques, la resonancia internacional de los sucesos, los provocadores que saquean y queman, los actos desesperados y suicidas, el valor inaudito, los estudiantes del Pentatlón Universitario desfilando en el estadio con la V del movimiento, las escuelas ametralladas, los jóvenes secuestrados, la ignominia perfecta de la Federación Estudiantil de Guadalajara, los restos de ese aparato escénico-circense que entregan sus propias esquelas dándoles la forma de adhesiones a una política represiva, el diputado que va, viene y se retracta, el acto conmemorativo de la mayoría de edad de un libro de Agustín Yáñez, Luis Farías que no quiere resultar inferior a

Octavio Hernández que sueña con equipararse a Luis Farías, la eficacia de los granaderos que hace indispensable la presencia del ejército. Definitivamente, todo esto no ha sido en vano.

QUINTO ACTO

La conjura de los intelectuales

DESPUÉS DEL 2 DE OCTUBRE, 1968

La noche de Tlatelolco

La primera plana de *El Universal* del 3 de octubre anunciaba:

TLATELOLCO, CAMPO DE BATALLA. DURANTE VARIAS HORAS TERRORISTAS Y SOLDADOS SOSTUVIERON RUDO COMBATE

Por Jorge Avilés R., redactor de *El Universal*

A partir de las 18:10 horas, un amplio sector de la Unidad Nonoalco-Tlatelolco, en la zona comprendida entre la Plaza de las Tres Culturas y los edificios de la Secretaría de Relaciones Exteriores, el Chihuahua, el del ISSSTE y otros, se convirtió en un campo de batalla entre miembros del ejército y grupos de agitadores y terroristas.

A esa hora, miembros del ejército trataron de dispersarlos y se inició una balacera que durante dos horas se prolongó en forma intensa y que seguía, esporádicamente, hasta altas horas de la noche.

El reportero presenció los hechos desde el momento en que se iniciaron.

El ejército estaba apostado sobre la avenida Nonoalco, a un costado de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Gente del pueblo y estudiantes efectuaban un mitin, que se inició a las 17 horas, en la Plaza de las Tres Culturas.

El general José Hernández Toledo, comandante del Primer Batallón de Fusileros Paracaidistas, avanzó con sus tropas hacia el lugar de la reunión. Iba acompañado por cuatro hombres y a cincuenta metros de distancia seguía un cordón de soldados.

Hernández Toledo se paró enfrente del sitio de la manifestación, dando la espalda a uno de los grandes edificios, el denominado Molino del Rey.

Surgieron en el cielo unas bengalas de color verde (el reportero relata las cosas como las vio), y fue entonces cuando surgió una ráfaga de ametralladoras a espaldas de donde estaban Hernández Toledo y sus hombres.

Cayó con un disparo que lo atravesó.

[...] Muertos y heridos quedaron sembrados en la Plaza de las Tres Culturas. Hubo carreras, gritos y auténticos alaridos que se mezclaban con el ruido de las armas cortas y largas que entraron en acción.

Los miembros del ejército concentraron el fuego hacia dos edificios: el Molino del Rey y el Chihuahua. Se escuchaba el tableteo de las ametralladoras por ambas partes.

Posteriormente fue recogida una ametralladora larga, de tripié, utilizada por los alborotadores para hacer frente a las tropas.

Los grupos que estaban en la manifestación se dispersaron hacia los edificios multifamiliares, a esas horas atestados de familias que allí viven, y comenzaron a parapetarse en los pisos superiores del edificio Chihuahua.

Un carro blindado, con balas trazadoras que dejan una estela luminosa a su paso, señaló el sitio desde donde el fuego era más intenso.

Era en el piso diez del edificio Chihuahua, en la parte derecha, viendo de norte a sur.

Los soldados, replegados contra paredes, tirados en el suelo, escondidos atrás de vehículos y colocados en posición de tirador de pie, de rodillas y pecho a tierra, iniciaron un fuego graneado hacia el edificio Chihuahua.

En unos minutos aquello era un infierno. El rugido de las armas era ensordecedor. Los cristales de los departamentos volaban, hechos añicos, y en el interior las familias, locas de terror, trataban de proteger a sus hijos más pequeños.

Hubo escenas tan tremendas como la siguiente, que vio el reportero cuando estaba en el tercer piso de uno de los edificios: un hombre gritó: “Mi hijita está en su corralito” y corrió al interior del departamento. Lo vimos cuando cayó de un balazo en el pecho, poco después sacáramos a la niña indemne y la entregamos a la madre que parecía sonámbula, víctima de un tremendo shock nervioso.

FUERTE INCENDIO

El fuego sobre el edificio Chihuahua alcanzó tal magnitud que, cerca de las 19 horas, comenzó a incendiarse gran parte del edificio.

Durante largo tiempo se prolongó el siniestro. Las llamas alcanzaron del piso diez al trece y muchas familias tuvieron que salir de la zona, en medio del intenso tiroteo, cargando a sus pequeños y arriesgándose a ser

heridos. Así, vimos a muchos otros caer heridos por las balas.

Es indudable que el grupo de francotiradores que estaba en esa zona del edificio Chihuahua no salió con vida. Ningún ser humano podía escapar al fuego concentrado, de alto poder, que allí se estaba registrando.

El fuego continuó durante una hora aproximadamente. Los bomberos llegaron rápidamente, pero el tiroteo de los francotiradores no les permitió acercarse durante largo rato.

Vimos al ejército en plena acción: utilizando toda clase de armamentos, las ametralladoras pesadas, empotradas en una ventana de yips, disparaban hacia todos los sectores controlados por los francotiradores.

Los tanques no llegaron a disparar los cañones, pero sí las ametralladoras que llevan en sus torretas giratorias.

Alcanzaba el tiroteo un largo sector que comprendía la avenida Nonoalco, la prolongación Paseo de la Reforma, la prolongación de San Juan de Letrán, las calles de Allende, Manuel González y muchas otras.

Los francotiradores, hasta altas horas de la madrugada de hoy, seguían controlando algunos sectores.

EVACUACIÓN

El reportero vio ambulancias llenas de heridos y bastantes muertos, aunque las cifras son sumamente difíciles de precisar por las condiciones en que trabajamos en esos momentos.

Una y otra vez salieron las ambulancias, con su fúnebre carga, hacia los puestos de emergencia ya atestados de heridos.

La Defensa Nacional envió ambulancias del Hospital Central Militar, que evacuaron a muchos soldados heridos de bala en distintas partes del cuerpo.

Volviendo al tiroteo, tenemos que consignar que duró hasta cerca de las 21 horas, cerca de dos horas. No se trató de unos cuantos tiros sino de una batalla en forma que aterrorizó a miles de personas: niños, mujeres y hombres que viven en esa zona. [...]

MUCHAS BAJAS

Personalmente, el reportero vio muchas bajas.

Cuando aún duraba el tiroteo, por una especie de corredor hecho por el ejército nos acercamos hasta la Plaza de las Tres Culturas.

En la oscuridad distinguimos perfectamente los cadáveres. No pudimos

contarlos porque la visibilidad era escasa y el tiroteo fuerte. Varias balas pasaron muy cerca del redactor, a menos de un metro de distancia, y tuvimos que tirarnos, el pecho a tierra, durante cerca de quince minutos.

En la Plaza de las Tres Culturas cayeron muchas personas. Los ambulantes del ejército y de las cruces roja y verde, a riesgo de su vida, haciendo una magnífica labor, se acercaban a la zona y bajo la graneada balacera evacuaban a los lesionados y dejaban allí a los muertos. [...]

CERCARON LA ZONA

Quedó totalmente cercada la zona de disturbios, que continuaron hasta esta madrugada.

La Vocacional 7 se convirtió en un auténtico cuartel cuando batallones de infantería ocuparon todas las aulas, en posiciones de combate, y dispuestos a tirarle a todo lo que se moviera en los edificios donde se localizó el fuego.

A las 3 horas de hoy había cesado totalmente el tiroteo.

Algunas de las notas complementarias del mismo día ostentaban títulos como los siguientes:

NO HABRÁ ESTADO DE SITIO, AFIRMÓ GARCÍA BARRAGÁN
EL GENERAL JOSÉ HERNÁNDEZ TOLEDO, GRAVEMENTE HERIDO
EL ZÓCALO, CUSTODIADO
NADIE HA ABANDONADO LA VILLA OLÍMPICA
ESTRECHA VIGILANCIA EJERCE LA PROCURADURÍA DE LA REPÚBLICA
29 MUERTOS Y MÁS DE 80 HERIDOS EN AMBOS BANDOS; 1000 DETENIDOS
GRAN CANTIDAD DE ARMAS DE FABRICACIÓN RUSA, DECOMISADAS
PERIODISTAS EXTRANJEROS, EXTRAVIADOS

Destaca, por su brevedad, el comentario sobre la periodista italiana Oriana Fallaci, herida durante el mitin:

Se informó por otra parte que la periodista italiana Oriana Fallaci se quejó enérgicamente de que en el tumulto provocado en el que fue herida, le robaron su bolso; dijo que se quejaría con su delegación y que haría una campaña en contra de nuestro país. Esta periodista también asistía al mitin mencionado.

También era importante el grupo de fotografías que aparecían en el número, en especial las de primera plana. La más grande tiene este pie de foto: “Protegidos por el ejército, niños, mujeres y hombres abandonaron la zona de Tlatelolco. Víctimas inocentes, habían sido sorprendidas por el ataque que francotiradores lanzaron contra los miembros del ejército”. La de abajo: “Agazapados junto a un transporte militar, varios soldados se protegen y a la vez contestan el fuego de los francotiradores atrincherados en los edificios de Nonoalco-Tlatelolco”.

Tal como se citan en *La noche de Tlatelolco* de Elena Poniatowska,¹ los encabezados de los demás diarios fueron los siguientes:

Excélsior. RECIO COMBATE AL DISPERSAR EL EJÉRCITO UN MITIN DE HUELGUISTAS. 20 MUERTOS, 75 HERIDOS, 400 PRESOS

Novedades: BALACERA ENTRE FRANCOOTIRADORES Y EL EJÉRCITO EN CIUDAD TLATELOLCO

La Prensa: MUCHOS MUERTOS Y HERIDOS; HABLA GARCÍA BARRAGÁN

El Día: CRIMINAL PROVOCACIÓN EN EL MITIN DE TLATELOLCO CAUSÓ SANGRIENTO ZAFARRANCHO

El Herald: SANGRIENTO ENCUENTRO EN TLATELOLCO

El Sol de México (matutino): MANOS EXTRAÑAS SE EMPEÑAN EN DESPRESTIGIAR A MÉXICO

El Nacional: EL EJÉRCITO TUVO QUE REPELER A LOS FRANCOOTIRADORES: GARCÍA BARRAGÁN

Ovaciones: SANGRIENTO TIROTEO EN LA PLAZA DE LAS TRES CULTURAS. DECENAS DE FRANCOOTIRADORES SE ENFRENTARON A LAS TROPAS

La Afición: NUTRIDA BALACERA PROVOCÓ EN TLATELOLCO UN MITIN ESTUDIANTIL

En su editorial, *Excélsior* afirmaba:

La desolación ha vuelto a invadir la capital mexicana, el corazón de la república. La presencia del ejército, demandada para dispersar un mitin

¹ Poniatowska, 1971, p. 164. Según ha contado en una entrevista reciente (*Lectura* de EN, 1, XI, 1997) y en el libro de Esteban Ascencio *Me lo dijo Elena Poniatowska* (*Proceso*, 2, XI, 1997), la periodista comenzó a redactar esta obra muy poco después del 2 de octubre de 1968, cuando asistía, en compañía de su esposo, el astrónomo Guillermo Haro, a visitar a los presos de Lecumberri.

Ahí, éstos se encargaron de hacer un “banco de datos” sobre el movimiento que pusieron a su disposición y del que posteriormente surgiría el libro *Los procesos de México 1968*. Sin embargo, veintisiete años después de su aparición, Luis González de Alba ha acusado a la autora de modificar, sin su autorización, la mayor parte de las citas contenidas en su libro (*Nexos*, X, 1997). A este testimonio le ha sucedido una áspera polémica en torno a la obra de Poniatowska y a los reclamos de González de Alba, en la que ha participado, asimismo, Raúl Álvarez Garín (*La Jornada*, X, 1997, y *Nexos*, XI, 1997).

que se realizaba en la Plaza de las Tres Culturas, dejó un atroz saldo de muerte y sangre. [...] Si bien es cierto que el comportamiento estudiantil – y el de buen número de maestros – rebasó por momentos los límites de la sensatez, y llegó a la insolencia y al reto inconsciente, sobrestimando las propias fuerzas, no es menos verdad que la respuesta a tal desbordamiento no ha sido prudente ni adecuada.

El cartón de Abel Quezada se componía solamente de un rectángulo negro con la ominosa interrogación “¿Por qué?”

El Heraldo de México simplemente se dedicaba a condenar a las agencias noticiosas extranjeras por tratar de minar el prestigio internacional del país.

Mucho más obvio en su planteamiento a favor del gobierno, el editorial de *Novedades* no dudaba en aclarar:

Los trágicos y dolorosos hechos ocurridos anoche en Tlatelolco no pueden ser interpretados más que como un nuevo eslabón en la conjura que pretende socavar los cimientos institucionales de México. [...] La consigna criminal de los alborotadores no puede ser a estas horas más clara.

La versión del presidente

Según José Cabrera Parra, Gustavo Díaz Ordaz permaneció recluido en sus oficinas durante la tarde del 2 de octubre. Cerca de las 18:30 horas, el presidente recibió cuatro llamadas telefónicas por la *red*: la primera, de la Dirección Federal de Seguridad; otra de Marcelino García Barragán, secretario de la Defensa Nacional; una más de Luis Echeverría, secretario de Gobernación, y una cuarta de un interlocutor desconocido al que se limitó a decirle: “Bueno, licenciado, aparentemente no hay nada que hacer. En esto, creo que todos nos vemos igual. ¡Pendejos!”²

Sin duda, él fue quien dio la orden de actuar al ejército, aunque aún no sepamos por consejo de quién ni el alcance que quería darle a la operación represiva. Lo único cierto es que, al hacerlo, Díaz Ordaz estaba consciente de su responsabilidad. De acuerdo con uno de los anónimos testigos de la escena consultado por Cabrera Parra, el presidente llegó a decir que, hiciera lo que hiciera, dijera lo que dijese, la historia lo señalaría como culpable. Tuvo razón.

El historiador Enrique Krauze, que ha tenido acceso a sus memorias

² Cabrera Parra, 1982, p. 177.

inéditas, ofrece en *La presidencia imperial* un resumen de las notas que éste escribió sobre este día capital. Por tratarse de la versión de los hechos que el presidente pareció defender hasta su muerte, me limito a glosar lo escrito por Krauze.³

Para Díaz Ordaz, el mitin de la Plaza de las Tres Culturas tenía como objetivo tomar la Secretaría de Relaciones Exteriores, dado que anteriormente los estudiantes no habían podido apoderarse de Palacio Nacional. “Los más importantes líderes, escondidos, otros dialogan”, anota el presidente, “y la masa, ‘carne de cañón’.”

A la concentración llega — siempre según la versión de Díaz Ordaz —, *of all people*, Sócrates Amado Campos Lemus (“en medio de todo, parece que fue el más hombrechito de todos”), con coches y metralletas. La única misión del ejército es proteger la Secretaría de Relaciones Exteriores. Los estudiantes, que han intervenido sus radios, dan la orden de tomar la Secretaría.

El ejército se prepara para repeler el ataque. Se lanza la famosa bengala (para Díaz Ordaz es “un simple semáforo”). El general Hernández Toledo, que había entrado a la Plaza con un megáfono para pedir cordura, resulta herido por la espalda. Los estudiantes, según Díaz Ordaz, “están disparando desde los altos de uno de los edificios cercanos, donde no hay soldados, donde no hay policías, son ‘ellos’ los que están disparando, la balacera dura poco”.

“Los detenidos son llevados al Campo Militar Número 1 para ser examinados”, continúa el presidente, y añade:

Por fin habían ganado sus “muertitos”. ¡A qué costo tan alto! Los lograron al cabo asesinando a sus propios compañeros. Se debe recordar que la mayor parte de muertos y heridos, tanto alborotadores como soldados, presentaron trayectorias de bala claramente verticales, balas asesinas de los jóvenes “idealistas” disparando sus metralletas desde las azoteas de los edificios Chihuahua y Sonora.

Más adelante, Díaz Ordaz vuelve a escribir: “¡Por fin lograron sus muertos! ¡Y a qué costo! Y posiblemente asesinados por sus propios compañeros”.

Krauze, por su parte, se pregunta: “¿Sabía que estaba diciendo una mentira y quiso suavizarla?” Me atrevo a suponer, más bien, que aún en la intimidad de sus memorias, el presidente estaba convencido de que *su* verdad era *la única verdad posible*. Que la verdad la escriben los vencedores, y él lo era

³ Krauze, 1997, pp. 348-349 y 363. Según Krauze, Díaz Ordaz redactó sus memorias mucho después de lo ocurrido, en los años setenta.

aquella noche del 2 de octubre. Estaba seguro de que, a la larga, como siempre había ocurrido en México, sus palabras se convertirían en historia. Por ello se atrevió a escribir: "México será el mismo antes de Tlatelolco, y después de Tlatelolco y quizás siga siendo el mismo, en parte muy importante, por Tlatelolco".

Las primeras reacciones

El 4 de octubre, *El Universal* decía en su primera plana:

SE EFECTUARÁ LA OLIMPIADA
NADA DEBE DETENER ESA AMISTOSA REUNIÓN DE LA JUVENTUD EN EL
MUNDO, DIJO BRUNDAGE

Otros de los titulares del periódico afirmaban:

TLATELOLCO, YA LIMPIO DE FRANCO TIRADORES, EN CALMA
PENOSA IDENTIFICACIÓN DE LAS VÍCTIMAS
TENSA QUIETUD
LLAMADO A LA JUVENTUD PARA QUE RECAPACITE
COMIENZAN A DECLARAR CERCA DE 2 000 DETENIDOS EN TLATELOLCO
REITERA EL SENADO SU POSICIÓN ANTE LOS ÚLTIMOS ACONTECIMIENTOS
AUSENCIA DE ALUMNOS EN LA UNIDAD DE ZACATENCO
INACTIVIDAD EN LA CIUDAD UNIVERSITARIA
LOS ESTUDIANTES ADMIRAN LA LABOR DE LA CRUZ ROJA Y VERDE

En su página editorial, titulada "Técnica del desorden", *El Universal* decía:

Inútiles fueron los intentos que desde todos los sectores responsables se han estado haciendo a la juventud estudiosa, a fin de que no continúe sirviendo de cortina de humo tras de la cual maniobran, arteramente, sórdidos intereses al servicio de intrigas extranjeras.

Aunque buena parte de esta juventud engañada atendió estas juiciosas reflexiones, un numeroso grupo de estudiantes, decididamente ya marxistas algunos de ellos, y muchos más pertenecientes a esa categoría que hace acto de presencia en todas partes, ya sea por el afán de vivir agitadas sensaciones, ya por temor a ser juzgados cobardes al no

responder a una invitación de esta clase, o sencillamente por pueril imitación, acudieron a un mitin cuya celebración no sería permitida, como ya sabían perfectamente los organizadores del mismo.

Era esta ocasión la que estaban esperando los agitadores para buscar, a como diera lugar, la forma de avivar el fuego de las pasiones, que habíase ido calmando, con la desocupación de los edificios de la Universidad Nacional Autónoma de México y de otros planteles, que habían sido entregados por el ejército a las autoridades docentes respectivas.

A continuación, se refería a la “heroica” intervención del ejército en otros países, para justificar la ocurrida en Tlatelolco. Y terminaba:

México llora la muerte y la sangre de sus hijos: estudiantes, soldados o civiles, que fueron víctimas de este trágico suceso provocado por extranjeros, por fanáticos demagogos y por pobres ilusos. Al mismo tiempo apoya la actitud de quienes cumplen con su deber de reprimir esta desquiciante conjura.

Mucho ayudará a prevenir que vuelvan a ocurrir tan deplorables acontecimientos los padres de familia, cuyos hijos se prestan a servir de instrumento a los agitadores, al hacerlos comprender lo antipatriótico de una conducta que pretende imponerse mediante la violencia, despreciando los caminos legales y pacíficos que son naturales en una democracia como la nuestra.

Acaso la única manifestación discordante del día fue un desplegado publicado en todos los diarios por el Sindicato Petrolero, en el cual este sector afirmaba estar “enlutado por la muerte de nuestros hijos”.

Daniel Cosío Villegas firmó su columna de este día con el título “Prueba de fuego. La opinión pública disidente”. Evitando el tema de Tlatelolco, Cosío continuaba tratando de defender al movimiento:

A pesar de todo esto, y de mil hechos y consideraciones que sin esfuerzo pueden acumularse hasta levantar una imponente montaña, yo estoy firmemente persuadido de que el origen emocional de las peticiones y del movimiento estudiantil todo es justificado y puede ser saludable.

Hugo Hiriart escribió un texto titulado “Luz de bengala. Las Cuatro Culturas”. Ahí decía:

Las consecuencias inmediatas del movimiento estudiantil son exactamente las negaciones de los propósitos declarados del movimiento: se pedía la libertad de los presos políticos y el número de éstos se ha duplicado; se exigía respeto a la autonomía universitaria y los soldados acaban de desocupar la CU; se pedía el fortalecimiento de la vida democrática de México y los mítines son disueltos, las manifestaciones reprimidas, las reuniones asfixiadas por los temores y la gente sufre cárcel por los azares de estar o no en un lugar, de pasar, o no pasar por otro; se pedía la desaparición del cuerpo de granaderos y esta policía está más activa que nunca; se quería la destitución de varios jefes policiacos que hoy trabajan horas extras. [...] Un movimiento que logra sólo lo contrario de lo que pretende, es obvio que es un movimiento extraviado, y también es obvio que puede resultar más dañino que beneficioso. Y si lo que pretenden es, según se dice, "exhibir al gobierno", esta exhibición no será provechosa si implica llenar de reos las cárceles, de heridos los hospitales, de soldados las escuelas y de muertos los panteones. [...] Esta es la tercera oportunidad para que el movimiento reaccione y cambie procedimientos y fines inmediatos; es de esperarse que si terquea en embestir en la misma forma y con los mismos propósitos encallará definitivamente, para mal de México, entre los tanques y las ametralladoras.

En su columna "La O por lo Redondo" del periódico *El Día*, La China Mendoza, habitante de Tlatelolco, hacía una descripción de lo que le tocó observar allí. Luego de ensalzar la actitud de sus vecinos, que curaron y protegieron a los heridos, concluía: "Pido que se respete la vida de los prisioneros de antenoche. No sé de ninguna forma importante para pedirlo. Pero como ciudadana pido que las garantías individuales sigan en pie. Por favor..."

Este mismo día, un grupo de policías detuvo al escritor Juan García Ponce, miembro de la Asamblea de Intelectuales y Artistas, cuando acababa de dejar el texto de un manifiesto de protesta en las instalaciones de *Excélsior*.

El día 5, las noticias continuaron siendo del mismo estilo, al tratar, sobre todo, de disculpar la acción gubernamental en Tlatelolco y de mostrar al mundo que, como declaró el canciller Antonio Carrillo Flores, a pesar de los acontecimientos, México seguía dispuesto a organizar las Olimpiadas de la Paz.

SE HARÁ HONOR AL COMPROMISO

EN LA ONU, CARRILLO FLORES SE REFIRIÓ A LA CELEBRACIÓN DE LA XIX OLIMPIADA

United Press International

NACIONES UNIDAS, 4 de octubre.— México aseguró hoy a la Asamblea General que “hará honor al compromiso contraído” como país sede de los Juegos Olímpicos que se iniciarán la próxima semana.

El canciller de México, Antonio Carrillo Flores, primer orador en el debate general de esta mañana, no se refirió específicamente a los sangrientos desórdenes de los últimos días en la capital mexicana.

Sin embargo, pareció referirse a ello indirectamente al decir que los jóvenes atletas de más de cien países y los espectadores que asistirán a los Juegos Olímpicos, terminados éstos, “saldrán de mi patria pudiendo ofrecer un testimonio de haber convivido, así sea por un corto plazo, con una comunidad que sin estar al margen de los problemas y de las tensiones propias de nuestra época, de tránsito, de crisis y también de reto y esperanza, finca de mucho atrás su orgullo en buscar la amistad de los pueblos de todas las razas y de todos los rumbos de la tierra, con sólo que amen la paz y están dispuestos a procurar convertir en realidad cotidiana la igualdad entre todos los hombres”.

Siguiendo una vez más el caso de la periodista Oriana Fallaci, *Excélsior* apuntaba:

CORRESPONSAL ITALIANA QUE DENIGRA A MÉXICO

La periodista italiana Oriana Fallaci, que resultó herida durante los disturbios del miércoles pasado en Tlatelolco, se ha dedicado a denigrar a México, tanto al hablar con sus colegas de otros países como en las notas informativas que ha enviado a su país.

Oriana llegó a México diciendo que su periódico la había enviado para cubrir la información de los Juegos de la XIX Olimpiada, pero por lo que han dicho las personas conectadas con ella, su principal objetivo es acercarse a los agitadores mexicanos.

La periodista italiana, que estuvo recientemente en Vietnam, ha caído en contradicciones al hablar de la forma como para ella se inició la refriega del pasado miércoles.

Cuando habló de las heridas que le causaron a ella, dijo que habían sido los soldados y que éstos habían iniciado el fuego esa tarde.

Por otra parte, al rendir su declaración ante el agente del Ministerio Público del Hospital Rubén Leñero, donde fue atendida de sus lesiones,

dijo que éstas se las causaron los francotiradores apostados en los edificios de Tlatelolco. Ésta fue la primera contradicción en la que cayó.

Rubén Salazar Mallén, en su espacio de *El Universal*, escribió:

¿Quién indujo a algunos estudiantes a participar en esa estúpida y cruel aventura del pasado miércoles en Tlatelolco? Ningún dirigente honrado habría incitado a tamaña torpeza y por eso hasta ahora el llamado movimiento estudiantil ha dejado de serlo, para tomar características de conjura comunista, en la que los incitadores, con tal de encumbrarse, no dudan en sacrificar a la gente.

Las pocas voces contrarias al gobierno ni siquiera se atrevían a expresar una condena absoluta a la acción del presidente, sino que se limitaban a lanzar tímidas señales de protesta. El diputado del PAN, Gerardo Medina, afirmó: “Aún hay sangre que no acaba de secarse en Tlatelolco, que nos está reclamando mayor serenidad”.

Por su parte, la Asamblea de Intelectuales, Artistas y Escritores publicó un nuevo manifiesto, en el cual protestaba “por el injustificado e injustificable acto de represión”, afirmando, como Fallaci, que no hubo disparos de parte de los estudiantes antes de la intervención del ejército:

Es nuestro deber manifestar:

1. El mitin, iniciado alrededor de las 17:30 horas, estaba desarrollándose en perfecto orden.
2. El primer orador estableció que después del acto, los asistentes deberían retirarse de la Plaza, también ordenadamente.
3. No se hizo ningún disparo anterior a la intervención de la fuerza pública.
4. El ejército no previno a los asistentes en forma alguna antes de su agresión.
5. La fuerza pública mantuvo un fuego intermitente.
6. La fuerza pública hizo detenciones masivas en forma ilegal.
7. Hasta el momento, hay un número indeterminado de personas desaparecidas que fueron capturadas en el lugar de los hechos por la fuerza pública, responsable de su seguridad.
8. Se allanó un gran número de hogares con lujo de violencia.
9. Ninguno de estos actos delictuosos puede ser justificado por las autoridades ni ha sido explicado legalmente.

Intelectuales de otros países también protestaron por los hechos de Tlatelolco. En un telegrama dirigido al presidente Díaz Ordaz, André Kastler, Simone de Beauvoir, Jean-Paul Sartre, Claude Roy y otros destacados escritores e intelectuales franceses reprobaron la sangrienta provocación policiaca y militar.

Arthur Miller y David Carver, dirigentes del PEN Club, también se dirigieron por ese medio a Díaz Ordaz para lamentar los hechos y condenar el arresto de varios escritores, “entre ellos el profesor Eli de Gortari, y el daño corporal de Víctor Villela”.

La conjura

También el 5 de octubre, la Cámara de Diputados estableció la “verdad histórica” de la conjura contra México.

En un áspero debate contra los diputados del PAN —en el cual llegó a haber golpes entre el líder juvenil panista Diego Fernández de Cevallos y el oficial mayor de la Cámara, Ricardo Regalado—, el PRI y el PARM aprobaron, con la abstención del PPS, una declaración sobre los acontecimientos de Tlatelolco. En ella afirmaban que los hechos ocurridos desde el 26 de julio eran “producto de una maniobra contra México y sus instituciones legítimas; una acción subversiva [que] ha utilizado grupos de estudiantes, sin que éstos tengan conciencia cabal del peligro que entraña su actitud”.

César Guilabert ha mostrado cómo la necesidad de desvelar esta conjura en contra del gobierno se encontraba profundamente arraigada en la naturaleza autoritaria del sistema político mexicano. La obsesión por manejar una “teoría de la conspiración” era, en realidad, una reacción desesperada contra una amenaza difusa que pretendía desplazar el poder hacia núcleos distintos al gubernamental. En *El hábito de la utopía*, Guilabert presenta un inventario de los “motivos de la conjura” esgrimidos por el gobierno:

La conjura y la colusión son una constante en la vida política de una nación.

La conjura es generalizada e internacional.

La conjura es histórica y promete extenderse.

El efecto paranoide es inevitable y central: supone la existencia de una red conspiratoria.

La conjura es vasta, insidiosa, dedicada a perpetrar actos malignos.

Los autores de la conjura inevitablemente son una pequeña minoría. Los conspiradores son “intelectuales”, secretos, ajenos y manipuladores de la masa, con fines tan misteriosos como perversos. Las fuerzas políticas del mal no son fácilmente ubicables porque se les concibe globalmente, pueden aparecer en cualquier parte y por cualquier motivo.⁴

Quitar toda la legitimidad posible al movimiento se había convertido ahora en una necesidad vital del gobierno; luego de la masacre, sólo mostrando su *verdadera* naturaleza, su carácter de siniestra conjura internacional, comunista e intelectual, era posible devolver la calma al país y, sobre todo, justificar la acción ante la opinión pública internacional (puesto que la mexicana era prácticamente inexistente).⁵

El crítico literario Christopher Domínguez Michael, en su libro *Tiros en el concierto*, cree hallar el origen de esta manía por las conspiraciones –que él denomina “teoría de la Mano Negra”– en los liberales románticos franceses, como Jules Michelet y Edgar Quintet, quienes trataban de minar, así, el poder mefistofélico de la Compañía de Jesús. En esta versión, a partir de 1930 los jesuitas fueron imaginados por sus enemigos “como la corporación etérea por naturaleza, carente de patria, obediente como un cadáver a las órdenes de un poder extranjero de falsa atribución celestial”.

Como puede advertirse, estos mismos calificativos han sido utilizados, desde entonces, contra todas esas “fuerzas oscuras” que atentan contra la seguridad de un gobierno, trátase, de acuerdo con la enumeración de este crítico, de “masones, judíos, bolcheviques, protestantes, agentes del imperialismo en las filas del movimiento obrero, quinta columna en el corazón de la patria” o cualquier otro tipo de amenaza difusa a la que se puede culpar de los males presentes. “En países antidemocráticos como México –continúa Domínguez Michael–, donde la verdad no es una cuestión sujeta al dominio público, la teoría de la Mano Negra debe su popularidad a lo que tiene de funesta y verosímil. Indefensos frente al poder, tememos con morbo a los sicarios de la Mano Negra.”⁶

En el centro de la teoría de la Mano Negra se encuentra la estrategia de confundir a la opinión pública y de atacar, de este modo, a cualquier rival posible. Frente a la acusación de conspirador y artífice de las “fuerzas oscuras”

⁴ Guilabert, 1993, pp. 230-235.

⁵ El 5 de octubre, el diario francés *Le Figaro*, a través de su enviado especial Philippe Nourry, escribía: “El gobierno de México quiere acreditar la tesis de ‘Agentes (provocadores) del extranjero’, pero el análisis de los acontecimientos demuestra que las fuerzas del orden no hicieron nada para evitar lo peor” (Arriola, 1988, p. 97).

⁶ Domínguez Michael, 1997, p. 237.

nadie puede salvarse: por definición el conjurado nunca revelará sus verdaderos objetivos, eternamente camuflados, y por ello mismo las pruebas en su contra nunca resultarán evidentes. De hecho, las pruebas son lo de menos: el conspirador no merece, siquiera, el beneficio de la duda.

El conspirador no es un delincuente común, sino más bien un prisionero de guerra: alguien que no busca su propio beneficio, sino la ruina nacional; se encuentra al servicio de una fuerza que sólo persigue la confusión y el caos. Se trata de un individuo perverso, capaz de utilizar cualquier artimaña para conseguir su objetivo: engañar a los otros. Es un parásito y, a la vez, el agente patógeno que inculca en la sociedad el virus de la desconfianza. En su secreto, en la perfidia de su silencio, se halla la mejor comprobación de su vileza.

Por ello, en tanto conspirador, el intelectual es doblemente nocivo: confunde a los demás con sus palabras, supuestamente transparentes, cuando por debajo actúa en la clandestinidad como traidor; su mayor peligro radica, pues, en su capacidad para extender su influencia. Por ello es, para el gobierno —y, por tanto, para la comunidad—, el peor de los enemigos. La Bestia Negra que hay que combatir, siempre, en cada uno.

Desde los inicios del movimiento, numerosos sectores se habían encargado de propagar esta teoría de la Mano Negra para explicar lo que ocurría. Herbert Braun ha señalado, por ejemplo, algunas de las fases de este fenómeno:

El 25 de julio la Unión Nacional de Estudiantes Universitarios (UNER) había declarado que el problema se originaba en Cuba. La Federación de Estudiantes Técnicos (FNET) culpó, el 30 de julio, a grupos extremistas de “filiación trotsquista”.

El 2 de agosto, el Frente Universitario Mexicano informó que el conflicto era “dirigido por extranjeros”. Ese mismo día el Movimiento Universitario de Renovadora Orientación (MURO) llegaba a la conclusión de que “no habían sido verdaderos universitarios ni mexicanos los que han provocado planeadamente al ejército”. Al día siguiente, la Plataforma de Profesionales Mexicanos opinaba que el conflicto era la “copia fiel de recientes sucesos de París”.

En un desplegado del 4 de agosto, la Federación de Trabajadores del Distrito Federal sostenía que eran “otros los instigadores y perversos, que servían a intereses ajenos a México”. El Sindicato de los Ferrocarrileros se refirió a “malos mexicanos y perniciosos agitadores extranjeros”.

En un manifiesto del 5 de agosto, el Partido Popular Socialista atacó las acciones conjuntas de la CIA, el FBI y el MURO. Ese día el director de

Resumen, Pensamiento Liberal de México, escribió: “Se trata de una intromisión extranjera en los asuntos interiores de México”.⁷

Posteriormente, unas semanas después del 2 de octubre, comenzó a circular, con el sello de la editorial Alba Roja, un panfleto en el cual se detallaba, supuestamente, la conjura encabezada por el Consejo Nacional de Huelga. Su título era *El móndrigo*, y habría sido escrito, según los anónimos autores del prólogo, por un estudiante caído en Tlatelolco.

El supuesto autor de *El móndrigo* escribe que, poco antes del 2 de octubre, el Consejo Nacional de Huelga votó por lanzarse con la *línea dura* de la rebelión. De acuerdo con esta versión apócrifa,

Sócrates Campos, Rufino Perdomo, Sóstenes Tordecillas, Roberto Escudero, Fernando Carmona, Florencio López Osuna, Sabino Flores, Óscar Levín, Rafael Cordera, Humberto Musacchio [sic], Rubén Santana Alavés, José Luis González de Alba, Hugo Araujo y Raúl Álvarez presentaron una moción tendiente a que el combate definitivo se libre en la Plaza de las Tres Culturas.

Más tarde añade: “En la proposición conjunta de Sócrates, Rufino y demás firmantes se establece que el mitin del día 2 deberá concluir en hecatombe”. Siempre según esta versión, el Consejo votó mayoritariamente por iniciar los disparos contra el ejército, a pesar de las muertes de algunos “camaradas”, lo cual haría “aumentar la cosecha”, según se pone en boca de Raúl Álvarez. A esta reunión habrían asistido, para colmo, algunos intelectuales destacados, como José Revueltas, Luis Villoro, Manuel Peimbert y Leopoldo Zea.⁸

El 6 de octubre, justo cuando se anunciaba la llegada de la antorcha olímpica a territorio mexicano, apenas cuatro días después de los trágicos sucesos de Tlatelolco y luego de numerosos intentos por desacreditar al movimiento estudiantil, las declaraciones de uno de los líderes del movimiento, Sócrates Amado Campos Lemus, parecieron darle la razón al presidente y a todos estos sectores.

Campos Lemus era uno de los dirigentes estudiantiles más radicales; muchos de sus compañeros dudaban de su integridad e incluso sospechaban — acrecentando la teoría de la conspiración — que era un agente infiltrado del gobierno.

Gilberto Guevara Niebla, uno de sus compañeros en el CNH, escribió sobre

⁷ Braun, en Álvarez Garín/Guevara Niebla, 1988, p. 70.

⁸ *El móndrigo*, 1968, pp. 30 y ss.

él:

Aunque no pudiéramos darnos cuenta, la infiltración era evidente. El peor papel le correspondió a tipos como Sócrates Amado Campos Lemus, que antes del 2 de octubre sugirió la formación de columnas armadas. Nunca he descartado la posibilidad de que la provocación fuera urdida por el ejército. Sócrates era amigo del secretario de la Defensa, aunque dudo que trabajara para él, como dice Perelló. De todos modos era un tipo muy sospechoso. Años después defendió al general García Barragán, diciendo que él había evitado el golpe de estado. Fue un delator, y se jactaba de ser sobrino de Corona del Rosal. No dudo que su grupo haya tenido contacto con el gobierno, pero no creo que fueran policías.⁹

Eduardo Valle, el Búho, otro líder estudiantil, es de la misma opinión: “Sigo pensando que Sócrates tendrá que pagar sus crímenes algún día y quienes se los van a cobrar serán los estudiantes que traicionó desde el día 2 de octubre de 1968”.¹⁰

En tanto, en su novela documental *Los días y los años* Luis González de Alba escribió:

Sócrates [...] era el eterno y nunca elegido “maestro de ceremonias”. Después del 27 de agosto se le prohibió expresamente que volviera a tomar el micrófono en un mitin y, no obstante la censura del CNH, siguió apoderándose del micrófono al primer descuido. [...] Todavía no alcanzamos a explicarnos las increíbles declaraciones de Sócrates, ni su complemento perfecto: las de Marcelino Perelló.¹¹

Por su parte, el propio Campos Lemus siempre ha negado haber sido un provocador o un traidor al movimiento:

Yo ¿Yago? Yo ¿Judas? Yo ¿de la CIA? Yo ¿agente del gobierno? Yo ¿delator? Yo ¿traidor? Lo que pasa es que como una serie de gente no tiene la suficiente madurez para denunciar al verdadero culpable: *el gobierno, el sistema*, escoge a un chivo expiatorio entre los mismos estudiantes. [...] ¿Usted cree que no hubo muchos que “cantaron”? Usted cree que un muchacho que jamás ha pasado por una situación semejante, loco de

⁹ Álvarez Garín/Guevara Niebla, 1988, p. 61.

¹⁰ En Poniatowska, 1971, p. 119.

¹¹ González de Alba, 1971, p. 87.

terror por todo lo que ha visto, sea presa de un nerviosismo incontrolable, expuesto a una tensión constante, sujeto a tortura, a amenazas no sólo a él sino a su familia ¿usted cree que no “canta”?¹²

En otra oportunidad, insiste: “¿A quién delaté si todo el mundo era conocido? Todo el mundo traía las fotos de todo el mundo. Y bueno, después de que a uno lo torturan, a ver si no se quiebra. Depende de las torturas y de los shocks, de la situación de cada gente”.¹³

Desde una perspectiva opuesta, Roberto Blanco Moheno –implacable detractor del movimiento– afirma que Campos Lemus, “por lo menos hasta sus primeras declaraciones hechas ante dos docenas de periodistas, no había sido golpeado ni maltratado en forma alguna”, y que era el verdadero responsable de formar las “columnas de seguridad” que provocaron al ejército en Tlatelolco.¹⁴

Al rendir su declaración preparatoria ante el Ministerio Público, Campos Lemus achacó a diversos políticos retirados –Carlos Madrazo, expresidente del PRI, y Braulio Maldonado, exgobernador de Baja California–, así como a algunos intelectuales –en especial a Elena Garro, escritora y exesposa de Octavio Paz–, el haber sido los verdaderos instigadores del movimiento.

Como apareció en la primera plana de *El Universal* del 6 de octubre, a ocho columnas:

LA CONJURA AL DESCUBIERTO
UN ESTUDIANTE DESCORRE EL VELO; SUENAN LOS NOMBRES DE CARLOS
MADRAZO, HUMBERTO ROMERO, BRAULIO MALDONADO, ETCÉTERA, COMO
INSTIGADORES

Por Ricardo Iturbe González, redactor de *El Universal*

«Carlos A. Madrazo, expresidente del PRI; Humberto Romero Pérez, exsecretario particular del presidente López Mateos; la escritora Elena Garro, el exgobernador de Baja California, Braulio Maldonado; Ángel Veraza, secretario particular de Madrazo, y otras personas, fueron

¹² Poniatowska, 1971, p. 120.

¹³ Álvarez Garín/Guevara Niebla, 1988, pp. 197-199. En 1973, Campos Lemus publicó su propio libro sobre el movimiento estudiantil, titulado *El otoño de la revolución: octubre*. Se trata de una extraña combinación de análisis político, diario de la cárcel y reflexiones, más o menos deshilvanadas, sobre la situación política en México. Dedicado, “con gran respeto y cariño” a “los caídos en 1968”, incluye numerosas citas bíblicas y literarias, pero ningún comentario concreto sobre su participación en el movimiento o sus declaraciones sobre la conjura de los intelectuales. (Agradezco a Alejandro Toledo haberme revelado la existencia de esta obra.)

¹⁴ Blanco Moheno, 1968, p. 271.

señalados anoche como los principales instigadores de los sucesos estudiantiles que han dejado una estela de sangre y de horror en la capital.

Sócrates Amado Campos Lemus, uno de los dirigentes principales del Consejo Nacional de Huelga, denunció lo anterior y, ante los representantes de los diarios, formuló un llamado a la juventud estudiantil del país para que no permita que en el seno de sus luchas estudiantiles participen personas ajenas a las mismas. Dijo que ahora, más que nunca, es necesaria la unidad del estudiantado para acrecentar el progreso de México y elevar el nivel de vida de los mexicanos.

Fue en una amplia sala del interior de la prisión del Campo Militar Número Uno donde el dirigente estudiantil del Politécnico, Sócrates Amado Campos Lemus, habló con firmeza y contestó a las preguntas de los reporteros, reiterando que sus declaraciones las formulaba en su calidad de dirigente del Consejo Nacional de Huelga, elegido para ese cargo por sus compañeros de la Escuela Superior de Economía.

El propio dirigente estudiantil, previa declaración de que se le ha tratado como a un ser humano, descartó a figuras políticas, entre ellos Ernesto P. Uruchurtu y Donato Miranda Fonseca, como instigadores de los sucesos estudiantiles en forma directa o indirecta.

Expresó que recibieron la ayuda material en forma de envíos de papel, estenciles y otros materiales, haciendo la aclaración que él personalmente no recibió dinero en efectivo pero sí, en cambio, proposiciones de esa índole le hizo la escritora Elena Garro, una mañana, cuando reunidos en los bajos del cine Chapultepec, en Paseo de la Reforma, ésta le hizo ese tipo de ofrecimiento diciéndole "que ya la causa estudiantil tenía cauces populares" y que el "licenciado Carlos A. Madrazo estaba interesado en ella".

Afirmó también que el exsecretario particular del licenciado Madrazo, Ángel Veraza, tuvo participación directa y seguramente por medio de él se canalizó toda la ayuda material.

Mencionó que otro detenido le informó en la prisión que la lideresa de la Facultad de Derecho, a quien llaman Tita, recibió un cheque por cincuenta mil pesos de manos del director de El Colegio de México.

También a preguntas de los reporteros, afirmó que por cuanto él sabe no hubo ninguna intervención de personas extranjeras residentes aquí en el movimiento estudiantil.

LA DECLARACIÓN

Los conceptos anteriores fueron vertidos por el dirigente estudiantil en presencia de los reporteros y del licenciado Salvador del Toro Rosales, agente del Ministerio Público Federal, quien momentos antes estuvo en un cuarto donde éste se hallaba, y habiendo de por medio un enorme cristal donde se veía claramente al dirigente estudiantil.

Esa declaración se refirió a la participación cronológica de los dirigentes del Consejo Nacional de Huelga, de las órdenes que del mismo emanaban y de los pasos que se iban dando en torno de los sucesos estudiantiles, ya del dominio de la opinión pública y que se iniciaron prácticamente el 26 de julio pasado.

Hizo saber el propio detenido que era su voluntad dar información concreta y veraz a las autoridades, porque los auténticos estudiantes eran conscientes de que su lucha sólo la debían presidir los propios estudiantes y no personas extrañas.

Pasadas las 21 horas, este reportero llegó al interior del Campo Militar Número Uno, acompañando al subprocurador General de la República, licenciado David Franco Rodríguez; al jefe de la Policía Judicial Federal, general Ramón Jiménez Delgado, quienes a las puertas de dicho recinto fueron recibidos por el general Alejandro Lugo Domínguez, director de la prisión militar.

RECIBIERON ARMAS

Sobre los trágicos sucesos del miércoles 2 del presente en Tlatelolco, dijo el estudiante mencionado que de la Escuela Agrícola de Chihuahua les habían enviado diversas armas, entre otras veinte pistolas, varias metralletas y otras más cuyo número total no recuerda.

Puntualizó que estas armas fueron adquiridas con bienes propios de los alumnos de la Escuela Agrícola de Chihuahua.

También hizo saber que al iniciarse la balacera en la fecha indicada, él, que se encontraba en la tribuna, tomó el micrófono para pedir cordura a los presentes y que no se atemorizaran.

En su exposición sostuvo el pensamiento de que la juventud estudiosa de México no debe ser, por ningún motivo, "carne de cañón" para fines perversos. Reiteró igualmente que la lucha estudiantil la consideraron positiva, dado que el pliego petitorio de los seis puntos que ya son ampliamente conocidos, los estiman necesarios para los tiempos actuales, y que de acuerdo con estas consideraciones generales su movimiento era y es positivo para México.

ORIGEN Y TRAMA DEL MOVIMIENTO

Sócrates Amado Campos Lemus habló sobre sus antecedentes escolares y expresó que de septiembre a octubre de 1966 estuvo en Cuba en viaje de prácticas de-la-Escuela Superior de Economía del IPN.

A continuación afirmó que el 26 de julio pasado, encontrándose en el interior de su escuela donde se efectuaba un festival, un grupo de alumnos de varios planteles vocacionales se presentó y les informó que habían sido golpeados por granaderos. Después los invitaron a formar un comité, el cual quedó integrado, aparte del declarante, por los estudiantes Fernando Hernández Zárate, Herminio Baltasar Cisneros, Nahum Solano, Arturo Quiroz y otros.

Siguió diciendo que los dirigentes de la FNET los habían dejado abandonados a su suerte, por lo cual en las escuelas del Politécnico se formaron comités de lucha para protestar contra las agresiones de los granaderos.

Señaló que el 3 de agosto se integró el Consejo Nacional de Huelga en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, con dos alumnos de cada una de las escuelas tanto del IPN como de la Universidad Nacional y que como resultado de esta primera reunión surgieron los puntos petitorios de que ya se ha hablado.

LA RUTA POLÍTICA

Agregó en su declaración que la ruta política a partir de ese momento la marcaron los estudiantes Raúl Álvarez, de la Escuela de Físico Matemáticas; Sóstenes Tordecillas, de la Escuela Nacional de Medicina Homeopática; Ángel Verdugo, de la Escuela de Físico Matemáticas; Félix Fernández Gamundi, de la ESIME; Juan Escudero Mastache, de la ESIME; José Luis González de Alba, de Filosofía y Letras, y también de ésta Jorge Mestas y su esposa; Fernando Hernández Zárate, de la Escuela Superior de Economía, y Florencio López Osuna, de la misma; otros dirigentes lo fueron: Jenaro Alanís, de la Vocacional 7; Romeo González Medrano, de la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM; y Roberta Avendaño, alias La Tita, de la Facultad de Derecho.

Indicó que al nacer el Consejo Nacional de Huelga, se presentó ante el mismo Arturo Martínez Nateras, de la Central Nacional de Estudiantes Democráticos, para proponer que participaran en el movimiento las

escuelas normales rurales federales. Esta invitación fue rechazada, dejándose la puerta abierta para que en lo particular cada una de estas escuelas del país participaran en la lucha estudiantil si lo consideraban conveniente.

Mencionó a otras personas que posteriormente se agregaron al Consejo Nacional de Huelga. Ellos son Marcelino Pereyó [sic], Gilberto Guevara Niebla, Luis Cervantes Cabeza de Vaca y José Tayde Aburto.

Explicó a continuación que participaron otros estudiantes de la Universidad Iberoamericana, cuyos nombres no recuerda; en esta exposición mencionó el surgimiento de la Coalición de Maestros de Enseñanza Media y Superior, integrada por Eli de Gortari, Fausto Trejo, Heberto Castillo, un ingeniero Hurtado y los directores de las escuelas Nacional de Ciencias Biológicas y de Fisicomatemáticas, cuyos nombres desconoce.

LÍNEA DURA

Explicó a continuación que en el seno del Consejo Nacional de Huelga se entabló una “lucha política” acerca de la adopción de la “línea dura” y “línea suave”.

Mencionó que los representantes de la “línea dura” lo eran los estudiantes de Ciencias Políticas, El Colegio de México, Filosofía y Letras, Economía de la UNAM, Chapingo, la Normal Superior, la Escuela de Agricultura de Chihuahua, las escuelas de Economía y Derecho de Xalapa, Ver., la de Ingeniería de la UNAM y otras más.

Esta “línea dura” se pronunció por activar a los grupos de obreros y campesinos.

También, a juicio del declarante, pretendían los preconizadores de la mencionada línea cambiar la estructura política del país, para que paulatinamente, con la intervención de los sectores obrero y campesino, se llegara a establecer en nuestro país un régimen de tipo comunista.

Sobre este particular mencionó que hubo prolongados debates para no aceptar esos fines, que eran ajenos totalmente a la lucha estudiantil en su origen. En estos debates participaron relevantemente Eli de Gortari y Jorge Mestas.

Finalmente mencionó que se preparó para el mitin del día 2 del presente en la Plaza de las Tres Culturas y que se acordó establecer columnas de seguridad bajo los mandos de Guillermo y Jesús González Guardado, Raúl Álvarez, Florencio López Osuna y Tordecillas.

Dijo que el mitin programado se realizaba con tranquilidad, cuando de pronto, encontrándose él en la tribuna, se desató la balacera de que ya ha hecho mención, y posteriormente él y otros más fueron aprehendidos por lo que se encuentra actualmente en prisión.

PARTICIPACIÓN DE ROMERO Y BRAULIO MALDONADO

Sobre la intervención de Humberto Romero Pérez en los sucesos estudiantiles, el declarante Sócrates Amado Campos Lemus dijo que se recibió ayuda material del mismo consistente en papel, esténciles, tintas y otras más, pero que a él personalmente no le consta que haya entregado dinero a los miembros del Consejo Nacional de Huelga; y por cuanto hace a la participación del exgobernador de Baja California, licenciado Braulio Maldonado, precisó que ésta se canalizaba por conducto de los estudiantes de esa entidad federativa que residen en esta capital en la Casa del Estudiante Bajacaliforniano.

Mencionó que no recordaba los nombres de esos estudiantes, pero que es fácil dar con los mismos, pues éstos con regularidad llevaban tintas, papel, esténciles y otro tipo de ayuda material.¹⁵

Las declaraciones de Campos Lemus convirtieron al movimiento estudiantil en un escándalo tras bambalinas. Según esta versión, que no deja de sonar endeble en boca del líder estudiantil, la revuelta no había sido más que una “puesta en escena”, un espectáculo y el disfraz de una contienda política cerrada. Si bien Campos Lemus nunca aporta pruebas de sus afirmaciones — siempre se trata de cosas que “oyó” o de las que “supo”, rumores y chismes entre los propios dirigentes estudiantiles —, tanto el gobierno como la prensa las utilizaron para sus propios fines y las convirtieron en el sustento que necesitaban para demostrar el carácter espurio del movimiento.

De pronto se le decía al público que, como siempre había vaticinado la derecha, los estudiantes habían sido manipulados por individuos ajenos a sus intereses. La novedad consistió en que, en vez de acusar a la CIA o a los cubanos, se *reveló* la participación de miembros inconformes del propio sistema:

¹⁵ Carlos Arriola documenta que la prensa francesa rápidamente hizo eco de las declaraciones de Campos Lemus. *L'Humanité* publicó una nota el 7 de octubre haciendo referencia a las acusaciones del dirigente estudiantil, hechas “inmediatamente después de salir de los locales de la policía”, en las cuales involucra a Carlos Madrazo, expresidente del PRI, “jubilado” por el gobierno en 1966, Humberto Romero, secretario particular del presidente López Mateos, y Branlio [sic] Maldonado, dirigente de la Confederación Campesina Independiente. En la misma fecha, *Le Monde* cabeceaba: “En vísperas de la apertura de los Juegos, varias personalidades mexicanas son implicadas en un ‘complot’ contra el gobierno de Díaz Ordaz”. Asimismo, menciona que Jean-Paul Satre y Bertrand Russell han pedido que se boicoteen los Juegos Olímpicos en señal de protesta (1988, pp. 109-111).

políticos en desgracia y, lo peor de todo, una intelectual como Elena Garro. Que la colaboración certificada de éstos se limitase a proporcionarles “papel y estenciles” no obstaba para comprobar el interés que éstos tenían en la desestabilización del país.

Ahora, la pregunta era otra: ¿por qué lo habían hecho? En el caso de los viejos políticos la respuesta era muy clara. Olvidados por el gobierno, trataban de pescar en aguas revueltas. La versión sería que Madrazo quería ponerse al frente del movimiento para convertirlo en una auténtica revolución social. Por desgracia, a pesar del interés que éste hubiese podido tener en el desarrollo de la revuelta, su actitud nunca pareció siquiera lejanamente la de quien pretende asumir un liderazgo opositor.

El caso de Elena Garro era más grave (o así se pretendió hacerlo aparecer). Al contrario de los políticos, cuyo interés los beneficiaría directamente, ella, junto con otros intelectuales, había incitado a los jóvenes con el fin de cumplir las ideas que no se atrevían a llevar a la práctica por sí mismos. Además de traidores, los intelectuales eran cobardes. De este modo, si la participación de “fuerzas oscuras” entre los estudiantes no había podido ser demostrada, las intenciones de estos “filósofos de la destrucción” bastaban para mostrar los verdaderos objetivos de la agitación. Ellos eran los que servían a intereses oscuros, los que, copiando modelos extranjeros, abusaban de la ingenuidad de los jóvenes. La más enérgica condena debía caer sobre quienes, por su inteligencia y su posición, *debían* haber prevenido a los estudiantes, en vez de azuzarlos a una revuelta sin posibilidades de éxito. La sangre derramada no había sido culpa del gobierno, sino de estos traidores a las causas nacionales.¹⁶

Y, a ojos de la opinión pública, ¿quiénes eran estos instigadores, estos asesinos? Aquellos que siempre, de un modo u otro, se habían manifestado contra el poder: más que Elena Garro, cuya serenidad había sido puesta en

¹⁶ Por ejemplo, Roberto Blanco Moheno dedicó la mayor parte de su libro *Tlatelolco, historia de una infamia*, a demostrar que los “intelectuales marxistas” eran los verdaderos responsables de la matanza (1969, pp. 193-286).

En *La plaza*, Luis Spota también asume esta conjura como cierta. En un supuesto *juicio* sobre la responsabilidad en el movimiento estudiantil, Spota inserta el siguiente diálogo, en el cual rebate, uno a uno, los argumentos a favor de la independencia y honestidad de los estudiantes: “—Usted, el que ha hablado, ¿sabe lo que fue el movimiento estudiantil, lo que hubo detrás? —¿Lo sabe usted? —Creo saberlo mejor que ustedes [los estudiantes], que sólo lo conocen de oídas. Las circunstancias, muy a mi pesar, me comprometieron en él... El movimiento estudiantil del 68 fue un acto preparado, criminalmente, para alterar la estabilidad política de México, para sabotear las Olimpiadas, para... —Es el mismo argumento tan manido que el gobierno ha estado usando... —¿Puede ser negado, dígame, que hubo intervención de ‘manos negras’ en el movimiento?”

Más adelante, luego de ofrecer su propia interpretación de las diversas etapas por las que atravesó el movimiento, insiste en afirmar que el conflicto fue ocasionado por provocadores: “Los agitadores. Los comunistas. Los rojos. Los blancos. Todos los que conspiran contra México, incluidos no pocos mexicanos”. Poco después, insiste: “Podría hablar de la CÍA, del clero, de los maoístas, del Partido Comunista, de los políticos locales resentidos. A todos les convenía la subversión...”

Por último, Spota se refiere directamente a las declaraciones de Campos Lemus: “¿No le parece raro que uno de los cuatro líderes visibles del movimiento sea calificado de ‘agitador de la CÍA’, de traidor y delator, en cuanto acepta que el dinero que mantenía vivo al movimiento, a las cabezas del Consejo, provenía de amargados políticos de tercera clase?” (Spota, 1971, pp. 239-292).

duda muchas veces, la acusación se ampliaría, gracias a ella, a todos los intelectuales de izquierda activos en el país. Prácticamente todos los colaboradores de Benítez de *La Cultura en México* serían acusados de ser los autores de la conjura, por no hablar de los maestros universitarios que se habían unido al movimiento.

A partir de este momento, ser intelectual se volvió sinónimo de ser conspirador. El presidente sabía que los buenos mexicanos no eran estos “hombres de letras” que se quemaban las pestañas leyendo literatura sediciosa, sino los “jóvenes limpios” que se aprestaban a participar en las Olimpiadas. Treinta y cinco años antes, Hitler se había dado cuenta de lo mismo.

Las declaraciones de Elena Garro

El día 7 de octubre, mientras el informe oficial de los sucesos del 2 de octubre afirmaba que “Columnas armadas del CNH iniciaron la trágica balacera”, los políticos e intelectuales acusados por Sócrates Amado Campos Lemus comenzaron a responder a sus acusaciones.

Humberto Romero declaró: “Nunca abriré una brecha en mi patria”, mientras Carlos Madrazo afirmó estar al margen del problema. Por su parte, Víctor Urquidi, presidente de El Colegio de México, también declaró que era una calumnia que se le acusase de haber dado dinero a los líderes del movimiento estudiantil.

Mucho más importantes (y espectaculares) fueron las declaraciones de Elena Garro, las cuales, por su importancia, es necesario reproducir *in extenso*:

CULPA ELENA GARRO A 500 INTELECTUALES

Por Óscar del Rivero, redactor de *El Universal*

Escondida en un misérrimo departamento de esta ciudad y temerosa de ser asesinada por terroristas que la amenazaron de muerte, y que incluso destruyeron su hogar, la escritora e intelectual Elena Garro hizo sensacionales declaraciones a *El Universal* acerca de la gran conjura contra el gobierno de México.

Señalada antier por el líder estudiantil preso, Sócrates Amado Campos Lemus, de formar parte de los instigadores contra el gobierno, junto con Carlos Alberto Madrazo, Humberto Romero Pérez, Braulio Maldonado y

otros, Elena Garro dijo que efectivamente tiene conocimiento de la gran conspiración contra las instituciones de México, pero que en ninguna forma ha sido parte de ella.

He aquí los aspectos sobresalientes de las declaraciones de Elena Garro, esposa del embajador Octavio Paz, de quien se halla separada:

1. "Efectivamente, varios líderes estudiantiles del Consejo Nacional de Huelga me propusieron que yo hablara con el licenciado Carlos Alberto Madrazo para que fuera él, como persona de gran popularidad, el que encabezara el movimiento de huelga estudiantil y el plan de agitación dirigido contra el gobierno de México; pero Madrazo no aceptó tal propuesta.

2. "Los estudiantes, entre ellos el mismo Sócrates y los líderes del CNH, R.P., B.C. y 'La Piñata', me dijeron que 'si Madrazo aceptaba le iban a permitir dirigir durante algún tiempo el movimiento para hacer de él un Luther King' para asegurar así la caída del gobierno.

3. "El plan de los líderes estudiantiles incluía también la posibilidad de asesinar, ya fuera al secretario de Gobernación, licenciado Luis Echeverría, o en su caso al jefe del Departamento de Asuntos Agrarios, ingeniero Norberto Aguirre Palancares, tomando en cuenta que éste también tiene arraigo popular.

4. "No son los estudiantes los verdaderos responsables de la agitación contra el gobierno del presidente Díaz Ordaz, sino un grupo de más de quinientos intelectuales mexicanos y extranjeros, la mayoría de ellos escudados en altos empleos en la Universidad Nacional Autónoma de México y del Politécnico.

5. "Estos intelectuales, entre los que figuran Luis Villoro, José Luis Ceceña, Jesús Silva Herzog, Ricardo Guerra, Rosario Castellanos, Roberto Páramo, Víctor Flores Olea, Francisco López Cámara, Leopoldo Zea, director de la Facultad de Filosofía y Letras; José Escudero [sic], Eduardo Lizalde, Jaime Shelley, Sergio Mondragón, José Luis Cuevas, Leonora Carrington, Carlos Monsiváis, así como asilados sudamericanos y de otros países, incluso 'hippies' de Estados Unidos y muchos más son los que han llevado a los estudiantes a promover la agitación y el derramamiento de sangre, y ahora esconden la cara. Son unos cobardes, unos cobardes."

6. Consideró que el rector Javier Barros Sierra es cómplice y principal responsable de toda la conspiración que se encunó en la CU, y su redesignación como rector obedece al propósito de los miembros del Consejo Universitario y de muchos intelectuales responsables, de protegerse ahora que el gobierno ha reprimido el movimiento estudiantil,

que en el fondo incluía el ataque directo al gobierno y a sus instituciones, por miembros de la extrema izquierda.

7. “Yo no he conspirado contra el gobierno de México. No le he hecho daño y no le temo. Temo sí a aquellos con los cuales estuve vinculada, sin formar parte de ellos, y que me consideran como reaccionaria a su movimiento.”

OTROS SON LOS VERDADEROS CULPABLES

Durante dos horas este reportero platicó con Elena Garro y su hija Elena [Helena] Paz.

“Esta mañana, a las 8 horas, cuando me disponía a tomar el café, me enteré con sorpresa de que se me señalaba como participante en una conjura contra el gobierno y de ser enlace entre el CNH y el licenciado Carlos Alberto Madrazo.

“En primer lugar, rechazo tal acusación. No soy conspiradora y creo que tampoco lo es el licenciado Madrazo. Los culpables de este movimiento subversivo, porque sí es subversivo, subrayó, son los llamados intelectuales, muchos de ellos con aspiraciones políticas y que cobran altos sueldos en el gobierno.

“Efectivamente, dijo, por mi calidad de escritora, entré en contacto con el movimiento estudiantil hace dos meses. Una noche recibí en mi domicilio a un joven que había sido lesionado, al que atendí hasta que sanó. Le puse por nombre ‘La Piñata’, a causa del golpe que había recibido en la cabeza.

“‘La Piñata’ me ligó posteriormente con otros líderes estudiantiles del Politécnico, a los que identificaré con las iniciales R.P. y B.C. (esta última mujer). En pláticas con ellos me dijeron que querían que yo fuera el enlace para invitar al licenciado Carlos A. Madrazo para que se pusiera como jefe del movimiento. Yo hablé a Jaime Morales, yerno de César Tosca, secretario particular del licenciado Madrazo, y le di a conocer dicha petición. En un principio se pensó que yo estaba mintiendo, y por ello traté de certificarle al licenciado Madrazo la cuestión de los estudiantes.

“La respuesta que obtuve del licenciado Madrazo fue negativa. Me dijo que no aceptaba en ninguna forma y me señaló que la situación era muy peligrosa, ya que en dicho movimiento había personas extrañas, y que en ellos estaba en juego la democracia de México. Me dijo también que el presidente Díaz Ordaz encaraba una situación grave.”

“PIDO UN CAREO CON SÓCRATES”

“Ésta es la verdad de todo. Lo que afirma Sócrates es mentira, en cuanto a que tanto yo como el licenciado Madrazo somos parte de la conjura. Sí me entrevisté con él y con otros miembros del Consejo Nacional de Huelga, a bordo del Valiant rojo, y cuando escuché sus puntos de vista, irracionales y utópicos, rechacé toda participación. Por el contrario, he escrito dos artículos, ‘El complot de los cobardes’ y ‘Los intelectuales y la huelga’, en los cuales expuse mis puntos de vista y condené el movimiento.

“Pido un careo con Sócrates para aclararle a ese pobre chico, las mentiras en que ha incurrido. Yo no temo al gobierno, porque no le he hecho nada, temo ahora sí a los terroristas que me han amenazado de muerte a mí y a mi hija Elena [sic], porque consideran que sé muchas cosas de ellos. El último sábado una voz me llamó telefónicamente y me dijo: ‘Elena Garro, estás muerta, estás muerta’; me injurió y volvió a repetir que me ‘matarán’. Yo conocí la voz, pero no quiero decir por ahora de quién se trata.”

INTENCIÓN DE BOICOTEAR LA OLIMPIADA

“Estoy lista a entregarme a las autoridades. Ya telefoneé a la Dirección Federal de Seguridad, denunciando las amenazas recibidas y pidiendo que se me aprehenda. Si soy culpable que se me compruebe y que se me fusile. Quiero que el gobierno federal me detenga, pues no le temo a él, sino a aquellos que creyeron que yo podía formar parte de su conjura.

“Asistimos mi hija y yo a dos reuniones del CNH, celebradas en el anfiteatro bautizado como Ernesto ‘Che’ Guevara, en la Facultad de Filosofía y Letras.

“En la primera había cuatro mil estudiantes y un considerable número de líderes del CNH e intelectuales, entre ellos Telma Haro, José Escudero, Carlos Monsiváis, un poeta Altamirano, José Luis Cuevas, Leonora Carrington, etcétera, y se pidió que se boicotearan los XIX Juegos Olímpicos, primero evitando que los deportistas universitarios seleccionados participaran en la competencia y luego mediante otras maniobras.

“En otra reunión celebrada en ese mismo anfiteatro que presidieron Sergio Mondragón, Eduardo Lizalde, Jaime Shelley, Leopoldo Zea, Silva Herzog y otros intelectuales, y en la que fungió como principal orador Luis Villoro –catedrático universitario–, se acordó boicotear la

Olimpiada Cultural mediante el retiro de todos los exponentes nacionales y de muchos extranjeros.

“Me pareció criminal, desde la primera ocasión, la idea de boicotear los Juegos Olímpicos, y asistí a esas reuniones porque se me invitó y porque se pensaba que en un momento dado yo formaría parte de la subversión.”

“CULPO A LOS INTELLECTUALES”

“Yo culpo a los intelectuales de la CU, dijo nuevamente, de ser los verdaderos responsables de cuanto ha ocurrido. Esos intelectuales de extrema izquierda, que lanzaron a los jóvenes estudiantes a una loca aventura, que ha costado vidas y provocado dolor en muchos hogares mexicanos.

“Ahora como cobardes, pues son unos cobardes, se esconden. Yo misma al ver los funestos resultados de Nonoalco-Tlatelolco les hablé a varios de ellos pidiéndoles que asumiéramos nuestra responsabilidad por los cientos de jóvenes detenidos, y que nos presentáramos ante la Procuraduría de Justicia pero ninguno de ellos quiso hacerlo. José Luis Cuevas se disculpó por interpósita persona, diciendo que no estaba en México. Estaba, sí, pero debajo de la cama. También le hablé a Ricardo Guerra, gran teórico marxista, quien se vanaglorió de haber sido el que impugnó el artículo 145 y de inmediato rechazó toda intervención en favor de los jóvenes. Mi hija le habló a Neus Espresate, esposa de Emmanuel Carballo y dueña de la editorial ‘Hera’ [sic], en donde se editó el folleto de Carlos Fuentes, en el que hace un llamamiento a la subversión, y tampoco quiso ayudarme.

“Lamento en lo más profundo la trágica aventura de los jóvenes estudiantes. Aquellos que me consideran una burguesa reaccionaria, me atacan ahora. Hace varios días mi casa fue atacada y tuve que abandonarla.

“No soy comunista, dijo Elena Garro, soy católica y me gusta ver de cerca los problemas de México. Tengo muchos contactos con campesinos y obreros y he escrito acerca de sus problemas. Quiero por conducto de *El Universal* pedir al gobierno que me detenga para que se esclarezca la situación: si soy culpable que se me fusile.”

PAGAN POR BALACEAR ESCUELAS

En otra parte de la entrevista, Elena Garro, mujer de fácil expresión, de

constantes ademanes con sus largos y delgados brazos, manifestó que pudo saber que a los estudiantes se les pagaba a 150 pesos la hora por ir a balacear escuelas y preparatorias. Que en repetidas ocasiones, al hablar con los líderes del CNH, les señaló que carecían de un programa y que el diálogo violento que ellos habían iniciado con el gobierno, a la larga les perjudicaría. “También les hice ver que al pretender atacar solamente al secretario de Gobernación y al regente de la ciudad, estaban ‘revelando’ el fondo político de su movimiento, y que estaban siendo utilizados por gente interesada en sacar provecho personal a costa del movimiento estudiantil.”

En medio de este escenario, las respuestas a las declaraciones de Campos Lemus y de Elena Garro apenas parecieron importantes. El Consejo Nacional de Huelga desconoció al primero y, desde la clandestinidad, se dirigió a los medios de comunicación. En una breve nota, *El Universal* informaba el 7 de octubre:

De los acuerdos tomados anoche al término de una reunión del Consejo Nacional de Huelga, fue informado telefónicamente *El Universal*:

Un sujeto que dijo ser representante de información del CNH, que se negó a identificarse, habló telefónicamente para dar a conocer sus acuerdos, que son:

1. El movimiento seguirá adelante, pase lo que pase.
2. Denunciaron que dos de sus compañeros, Raúl Álvarez y Gilberto Guevara, presos en la penitenciaría de Santa Marta Acatitla, desaparecieron desde el jueves último, y que en caso de que les pase algo hacen responsables a todas las autoridades, y
3. Desconocen a su compañero Sócrates Amado Campos Lemus, que antenoche acusó a diversos exfuncionarios como los que daban dinero y apoyo al movimiento.

El mismo día, el pintor José Luis Cuevas respondió brevemente a las acusaciones de Elena Garro, afirmando que quizás ella había enloquecido:

“La acusación que me hizo la escritora Elena Garro es totalmente absurda, producto de una locura súbita, por eso he venido a declarar y estoy dispuesto a presentarme cuando sea necesario”, dijo anoche el pintor José Luis Cuevas al desmentir que haya estado inmiscuido en el movimiento estudiantil.

Cuevas vino por la vía aérea proveniente de Santo Domingo. Agregó

que a la escritora la conoce porque fue esposa del poeta Octavio Paz, pero que no les liga nexo alguno actualmente.

Al referirse al señalamiento que Elena Garro hizo de varios intelectuales mexicanos, entre ellos él, [dijo] que esto había que tomarlo con sentido del humor.

Aunque oficialmente no se le ha requerido en esta ciudad, manifestó que viene dispuesto a declarar si es llamado por las autoridades.

Calificó, por otra parte, de lamentables los disturbios que han tomado por sorpresa a mucha gente acostumbrada a vivir en paz desde hace muchos años, principalmente a los jóvenes, que nunca habíamos vivido nada similar.

El pintor Juan Soriano, amigo de Elena Garro, expresó que si Madrazo hubiese querido intervenir en el conflicto no hubiese necesitado la intervención de la escritora.

El 8 de octubre, en *El Heraldo de México*, Luis Suárez escribió un extraño artículo, titulado “La moral de Sócrates”, en el cual compara a Sócrates Amado Campos Lemus con el filósofo griego, a fin de mostrar lo endeble de las declaraciones del líder estudiantil.

Por su parte, en *El Universal* Rubén Salazar Mallén continuó con la argumentación esgrimida en su columna anterior, afirmando que el verdadero peligro que se cernía sobre México era la conjura comunista.

A pesar de su carácter deshilvanado y paranoico, las declaraciones de Elena Garro estremecieron al país. En un momento en el cual el recuerdo de Tlatelolco estaba en las mentes de todos, la posibilidad de que México se transformara en un sistema (aún más) totalitario parecía una realidad. En el más puro estilo de las delaciones y las purgas estalinistas, el temor de ser mencionado por los estudiantes presos se hizo enorme. Cuando una intelectual como Garro confirmó lo dicho por Campos Lemus, la situación se volvió realmente peligrosa. No importaba lo disparatado de las opiniones y actitudes de la escritora; lo importante era su confirmación de que los intelectuales habían estado detrás del movimiento. Sin dudar, con la firmeza y terquedad que la caracterizaban, había afirmado: “Culpo a los intelectuales”. Puede que haya sido el miedo, o el odio que tenía hacia un grupo específico, pero lo que en otro momento pudo ser sólo un chiste desestimado por todos los que la conocían, se transformó en una acusación pública.

Aunque el gobierno tampoco estuviera dispuesto a seguir al pie de la letra las palabras de la escritora – más que desatar una auténtica “cacería de brujas”, parecía interesarle infundir temor en la clase intelectual mexicana –, éstas

servían para que los ciudadanos corrientes advirtieran la podredumbre que rodeaba a la inteligencia nacional. En vez de apóstoles de la paz, se les presentaba como individuos resentidos, dispuestos a acusarse mutuamente con tal de salvar el pellejo. La misión oficial no era tanto encarcelar a los intelectuales —aunque no dudaron en hacerlo en casos extremos, como el de José Revueltas— como *silenciarlos*; no tanto reprimir sus expresiones públicas —aunque se aplicó una censura real en todos los medios— como eliminar su prestigio público, arrebatándoles la supuesta superioridad *moral* que poseían.

Entre el silencio y la desinformación intencionales que siguieron al 2 de octubre, lo importante para el poder era eliminar a sus competidores, es decir, a todos aquellos que pudiesen contradecir la *verdad oficial*. Para lograrlo se emplearon todos los métodos que fueron necesarios, de la represión directa a las campañas de desprestigio. Sólo el presidente podía saber —y narrarle al pueblo mexicano— lo que realmente había sucedido en Tlatelolco. Todos aquellos que poseían otra versión eran traidores, conspiradores tan importantes como los agitadores detenidos esa noche. Siempre que fue indispensable, como en el caso de Oriana Fallaci, la prensa extranjera fue atacada y, aquellos que creían en sus afirmaciones, acusados de falta de patriotismo. En los peores momentos, incluso llegó a prohibirse la circulación de algunas publicaciones internacionales, como *Time*.

Este ambiente de persecución y dureza prevaleció durante los diez días que separaron al 2 de octubre del inicio de las Olimpiadas. No sólo era importante, sino una razón de estado imprescindible, que la paz se restableciera en el término de ese lapso. En una carrera contra el tiempo, el gobierno debía limpiar la casa antes de recibir la atención mundial y ello significó, especialmente, *eliminar* la sensación de represión que existía entonces. Todos los recursos públicos fueron utilizados para lograr este propósito de seguridad nacional.

Durante diez días se hizo hasta lo imposible para que, a partir del 12 de octubre, México y el mundo estuviesen convencidos de que *nada había pasado*. Nada. Diez días que —junto con el acto extremo de Tlatelolco— le bastaron al gobierno para borrar al movimiento estudiantil de la historia, como si nunca hubiese existido, como si las calles no se hubiesen llenado con las protestas de miles de jóvenes y como si los tanques y los soldados no hubiesen sido parte del escenario de la ciudad de México a lo largo de dos meses. Era una tarea difícil pero se llevó a cabo con precisión y esmero. Una acuciosa manipulación de los medios, una represión que se recrudecía bajo tierra y un hábil manejo de la imagen pública casi lograron convencer a todos de la libertad que prevalecía en la república.

Los que podían haber alzado su voz contra esta farsa monumental no tenían ya las armas para hacerlo. Los pocos líderes estudiantiles que no habían sido hechos prisioneros no poseían ni el estado de ánimo ni la fuerza para oponerse a las intenciones del gobierno. Los intelectuales, por su parte, tampoco se atrevieron a desafiar abiertamente al sistema y se limitaron a expresar tímidas muestras de descontento, cuando no francamente preferían callar o esconderse. Cuando, días después, los restos del CNH declararon unilateralmente que suspenderían todos los actos de protesta mientras duraban los Juegos Olímpicos, a fin de evitar la discordia, el poder supo que al fin había vencido. La “tregua olímpica” salvaguardaba aquello que el gobierno necesitaba más que nunca: el silencio. Era una capitulación.

El resto es silencio

El 9 de octubre, el semanario *Siempre!* publicó una larga serie de artículos sobre el movimiento. Si bien la línea editorial fue mucho más tímida de lo regular, incluía algunos de los pocos testimonios en contra del gobierno que se publicaron entonces. La página editorial, titulada “Tlatelolco: naufragio y luto de México”, señalaba:

El proceso de lo que en principio se consideró conflicto estudiantil culminó, la noche del miércoles de la semana anterior, en el más impresionante, absurdo y sangriento naufragio de los esfuerzos del pueblo mexicano por normar la vida de nuestra nación por los principios de la democracia, de la civilizada convivencia y del respeto a disposiciones de las leyes que supo darse a sí mismo ese pueblo en la prolongada lucha de la integración nacional.

[...] En el proceso de esta conmoción iniciada a fines de julio, se acumularon inverosímiles errores desde el sector directivo de la inconformidad estudiantil como de las autoridades gubernamentales. Cada vez que el conflicto mostraba una orientación hacia el razonamiento y el repudio de los excesos en la rebeldía y en la represión, inexplicablemente los apóstoles de la violencia, de la represión desorbitada, interesados en ensanchar y ahondar el abismo de incomprensión, de intolerancia y rencor que separaba a las partes en pugna. [...] Esos apóstoles de la violencia tuvieron, al fin, su macabro triunfo esa noche negra en Tlatelolco.

[...] Traicionaremos nuestro deber fundamental, como ciudadanos mexicanos y como periodistas, si en estas horas de luto, sí, pero también de meditación y autocrítica, dedicamos nuestro oficio a la tarea de “cazar brujas” en interesado reparto de responsabilidades, cuando la nación está herida tan gravemente y lo urgente, lo insoslayable y lo que no podemos postergar es la búsqueda y la aplicación de los remedios. Y esos remedios están en contribuir a la extinción de la hoguera, a vaciar las cárceles de prisioneros, a devolver las tropas a sus cuarteles y a esperar que las presiones se aquieten, el dolor y la rabia decrezcan, ante la advertencia obvia de que con el fomento de nuestras propias razones y el desprecio o el odio hacia los demás estamos sirviendo a intereses no mexicanos y contribuimos a la mutilación de nuestra soberanía, a la sumisión de nuestra convivencia nacional al interés imperial que es nuestro incómodo, peligroso vecino.

[...] Que todos olvidemos nuestras diferencias, escondamos nuestro luto y atendamos a ese requerimiento de la conciencia de nuestra nacionalidad.

Impactante fue el testimonio ofrecido por Leonardo Femat, quien rescató una cinta sonora que relataba paso a paso, desde el lugar de los hechos, el drama ocurrido el 2 de octubre en la Plaza de las Tres Culturas. Los gritos, las descargas, los lamentos, la confusión eran presentados por Femat como una muestra del horror que se vivió ahí.

Alberto Domingo, contrariando la versión oficial de los hechos, realizaba en *Siempre!* una descripción de lo ocurrido ese día afirmando que el mitin convocado por los estudiantes había sido pacífico, que sólo hubo un disparo antes de la intervención del ejército y que éste ocurrió tras el lanzamiento de las luces de bengala. Valerosamente, Domingo escribió:

Si en el mitin no hubo injurias, si no se dañaron propiedades, si nadie pudo señalar un acto lesivo de los estudiantes reunidos, ¿por qué la fuerza en toda su dureza?, ¿por qué el ejército como represor obligado? Si hay ya millares de detenidos y se busca culpar a los estudiantes, los profesores y los intelectuales presos, de incendios y de muertes, ¿quién va a responsabilizarse esta vez de los muertos innumerables y los heridos, de las casas dañadas, de los niños atemorizados y las familias en éxodo?

¿Qué sigue ahora, en la cólera abierta, con el estallido de la sangre anegándonos?

En un sentido muy distinto iban las palabras de Roberto Blanco Moheno,

quien lamentaba la muerte de los jóvenes, pero los acusaba de haber sido los únicos responsables de lo ocurrido. Contundente, afirmaba:

Y que no lloren los padres de familia. No han sabido serlo. Habrá excepciones, pero en general se ha estado convenciendo a los estudiantes de que son seres excepcionales, impunes, por encima de toda ley. Combato tan perniciosa idea desde hace años. Cosecho insultos. Otros han cosechado muerte. La acepto desde ahora. Porque una cosa sé decir y dejo aquí constancia de ello: como mexicano y como hombre yo digo a los hombres mexicanos que es bastante ya. Ya no es cuestión de la policía o del ejército. Es deber de todos los mexicanos parar esta inmensa estupidez, este enorme crimen. Castigar a los culpables, disciplinar a los muchachos, mandar a las Islas Marías a los pandilleros. Y enfrentar a los asesinos. Se trata de México, ahora o nunca...¹⁷

José Alvarado se refería al ya famoso cartón de Abel Quezada del 3 de octubre, y señalaba en un tono conmovedor:

La pregunta de Abel Quezada sigue sin respuesta, pues para encontrarla habría que esconder el dolor, apaciguar la ira, poner en claro el desconcierto. Y ello no es fácil en estas horas aciagas, cuando tantos cuerpos jóvenes yacen sobre planchas heladas y tantas madres con los ojos húmedos y en silencio de condena se disponen a encender velas humildes. Sólo queda, impotente, la protesta.

Había belleza y luz en las almas de esos muchachos muertos. Querían hacer de México la morada de la justicia y la verdad. Soñaron una hermosa república libre de la miseria y el engaño. Pretendieron la libertad, el pan y el alfabeto para los seres oprimidos y olvidados y fueron enemigos de los ojos tristes de los niños, la frustración en los adolescentes y el desencanto de los viejos. Acaso en algunos de ellos había la semilla de un sabio, de un maestro, de un artista, un ingeniero, un médico. Ahora sólo son fisiologías interrumpidas dentro de pieles ultrajadas. Su caída nos hiere a todos y deja una horrible cicatriz en la vida mexicana.

No son, ciertamente, páginas de gloria las escritas esa noche, pero no

¹⁷ Posteriormente, Blanco Moheno extendería este comentario en su libro *Tlatelolco, historia de una infamia*. Ahí, vuelve a sostener que los culpables de la matanza fueron los propios estudiantes, que se dejaron manipular por agentes provocadores, formados tanto por intelectuales comunistas como por agentes de la CIA. Repasando cada una de las hipótesis que el autor le va presentando a José Pagés Llergo –director de *Siempre!*, y a quien dirige su carta abierta– escribe: “Hay quien ha señalado a la CIA. Sí, es verdad. [...] Se culpa a los comunistas. Sí, es verdad. [...] Se ha culpado a los maestros. Sí, es verdad. [...] Se ha culpado a algunos hijos de refugiados españoles. Sí, es verdad. [...] Se ha culpado a algunos políticos desplazados. Sí, es verdad” (Blanco Moheno, 1969, pp. 265-266).

podrán ser olvidadas nunca por quienes, jóvenes hoy, harán mañana la crónica de estos días nefastos. Entonces, tal vez será realidad el sueño de los muchachos muertos, de esa bella muchacha, estudiante de primer año de medicina y edecán de la Olimpiada, caída ante las balas, con los ojos inmóviles y el silencio en sus labios que hablaban cuatro idiomas. Algún día una lámpara votiva se levantará en la Plaza de las Tres Culturas en memoria de todos ellos. Otros jóvenes la conservarán encendida.

Al lado de la columna de Alvarado, la fotografía de la cabeza de esa joven muerta era el mejor testimonio de lo ocurrido en Tlatelolco.¹⁸

Este mismo día, *La Cultura en México* publicó la declaración de un estudiante anónimo que se encontraba en el lugar de los hechos el día de la masacre. Su texto se publicó con el título “Testimonio de un estudiante. Tlatelolco, 2 de octubre”.

El autor decía de sí mismo:

El que esto escribe es un estudiante anónimo más, un ciudadano de entre los muchos miles que, viviendo para contarlo, fue testigo de algunos de los hechos ocurridos. Sí, digo de algunos, porque es obvio que absolutamente nadie pudo percatarse del gran conjunto de sucesos tan dramáticos. Todos estábamos y estuvimos en lugares diferentes; todos, los que huimos, lo hicimos por diferentes lugares; todos, por ello, vimos y percibimos hechos diferentes, apenas unos cuantos.

Estos hechos los relato ya reconstruidos a posteriori, conjugados con algunas suposiciones —que estarán explícitas—, para darle secuencia a lo ocurrido.

A continuación, narraba su versión de los sucesos. Como era de esperarse, éstos no coincidían con la versión oficial, y se acercaban mucho más a como fueron descritos por Alberto Domingo. Al igual que todas las versiones, ésta se iniciaba con las bengalas:

Un estallido cambió instantáneamente la atmósfera del lugar. Al mismo tiempo, mucha gente de la que se encontraba en la periferia de la concentración corrió en todas direcciones; la mayor parte de los asistentes que en esos primeros segundos pudimos ver las dos lucecitas verdes de un

¹⁸ Ésta es la famosa Regina, una joven que se disponía a participar como intérprete en las Olimpiadas, a partir de la cual surgiría un mito “mexicanista” gracias a la novela homónima de Antonio Velazco Piña (1976). Más adelante se reproduce un poema de Juan Bañuelos, del cual ella es también la protagonista. Igualmente, el poema de Gabriel Zaid “La nueva patria no deja de solicitarnos...”, parece referirse a ella en sus líneas finales.

cohete encima del templo, reclamábamos a coro: ¡jorden!, ¡jorden!, quedándonos en los lugares en que estábamos. El compañero politécnico, aumentada muchas veces su voz por los micrófonos, gritaba: ¡No corran, compañeros, es un acto de provocadores! Algunos de los que permanecemos sin movernos vimos a un hombre, al parecer con gabardina café, que desde el cuarto o quinto piso del mismo edificio Chihuahua, disparaba una pistola contra la multitud. [...] Los primeros grupos que pretendían ir en busca del hombre que había hecho los primeros disparos, habrían corrido unos quince metros cuando aparecieron formados en una fila de frente unos ocho o diez individuos vestidos de civiles, precisamente bajo los pasos que hay debajo del edificio Chihuahua, y en cuyos lados se encuentran las puertas para entrar al edificio. Estos hombres aparecieron todos armados con pistolas que empezaron a disparar de inmediato contra esos muchachos que querían subir.

[...] Al ver aparecer a policías vestidos de civiles que disparaban sus armas seguidamente y a boca de jarro a los muchachos que tenían a tres, cuatro o cinco metros de distancia, tomé la mano de mi esposa y corrimos, en dirección sur, hacia un estacionamiento situado a un costado del edificio de Relaciones, que abarca también la parte posterior del templo de Tlatelolco. El traqueteo de fusiles y ametralladoras era continuo, cerrado, escalofriante; el pánico, la histeria, los gritos, los chillidos casi animales, indescriptibles.

El horror continuó largo tiempo, y el resto del relato describía el difícil camino que siguieron estos dos estudiantes para finalmente escapar de la violencia.

Veintinueve años después de publicado este artículo, el economista José Blanco reconoció ser el anónimo autor de este testimonio en un artículo titulado "Evocación".¹⁹

También el 9 de octubre, Carlos Fuentes publicó en *Le Monde* una carta abierta a Arthur Miller y Maurice Bédart en la que denunciaba la represión efectuada por el presidente Díaz Ordaz contra el movimiento estudiantil. Fuentes los invitaba a no asistir a la Olimpiada Cultural para no avalar con su presencia "el festejo de una noción abstracta de cultura mientras se ignoran los verdaderos valores culturales".²⁰

¹⁹ *La Jornada*, 6, X, 1997.

²⁰ Fuentes, "Un tanque es un tanque en Chicago, Praga y México", artículo aparecido en *Le Monde*, 9, X, y reproducido en Cazés, 1988, p. 238; y Arriola, 1988, p. 124. Asimismo, *Le Monde* informaba que la escritora Elena Garro había desaparecido y se dedicaba a reseñar la defensa de algunos intelectuales involucrados por ella en el movimiento, como el director de la Facultad de Filosofía y Letras, Leopoldo Zea, el historiador Jesús Silva Herzog y el economista José Luis

El día 11, *Novedades* informó que, al declarar ante el juez, Sócrates Amado Campos Lemus había cambiado un tanto lo dicho en su declaración preparatoria. En esta nueva versión, Campos Lemus indicó que los otros dos líderes que, junto con él, habían formado las “columnas de seguridad” del movimiento habían sido Áyax Segura y Luis Tomás Cervantes Cabeza de Vaca. Asimismo, afirmó haber mantenido una entrevista con la escritora Elena Garro, la cual le proporcionó dinero y le indicó que buscara el apoyo de Carlos Madrazo.

La Olimpiada

Por fin, el 12 de octubre, día de la raza, se cumplió el sueño de Díaz Ordaz y — luego de que la llama olímpica pasó por Teotihuacan— fueron inaugurados, en una “emotiva ceremonia”, los Juegos de la XIX Olimpiada.

Los funcionarios hicieron lo posible por demostrar la normalidad de la situación, los globos y las palomas señalaban el pacífico espíritu mexicano, los jóvenes atletas —los *verdaderos* jóvenes— desfilaban en el estadio de la Ciudad Universitaria sustituyendo a los estudiantes muertos. Ellos eran, al contrario de los otros, un ejemplo para las nuevas generaciones: ordenados, patriotas, vencedores.

Al lado de Avery Brundage, presidente del Comité Olímpico Internacional, y de Pedro Ramírez Vázquez, presidente del Comité Olímpico Mexicano, y ante miles de televidentes que pudieron observar su rostro a todo color, Gustavo Díaz Ordaz declaró solemnemente inaugurados los Juegos de la XIX Olimpiada en un discurso de sólo veintidós palabras. Esta máxima economía del lenguaje parecía reservarle, según él, la inmortalidad. Había salvado al país de las fuerzas oscuras que lo amenazaban —lo había salvado del caos— y, orgulloso, podía entregarlo a la justa deportiva y a la minuciosa observación de los demás países. Había cumplido la recomendación que el papa Paulo VI había enviado desde Roma: “que los campos de batalla se conviertan en canchas deportivas”.

A pesar de la rechifla que tuvo que soportar, y del papalote con el dibujo de una paloma negra que algunos espectadores hicieron volar encima del palco presidencial, Díaz Ordaz sentía haber cumplido con su compromiso y con el mandato que el pueblo mexicano había depositado en sus manos. Veintidós palabras bastaron para asentar su valor, su modestia y su entrega; para

Ceceña (Arriola, 1988, p. 121).

confirmar la paz y la esperanza que él había prometido.²¹

Desde ese día, y hasta el 27 del mismo mes, el país se concentró en el magno evento, tal como el presidente lo había anunciado, olvidando por completo el movimiento estudiantil. La prensa, siguiendo la inercia de los acontecimientos, prácticamente suspendió sus notas al respecto, e incluso un acontecimiento relevante como la “puesta en disponibilidad” del embajador Octavio Paz fue tomada como una noticia de segunda importancia.

No obstante, también a lo largo de la Olimpiada hubo algunos actos políticos, por más que las autoridades mexicanas se esforzasen en enmascararlos detrás del espíritu deportivo. El primero y más famoso ocurrió cuando los competidores estadounidenses Tommie Smith y John Carlos, en el podio de premiación, levantaron el puño izquierdo en alto enfundado en un guante negro símbolo del Poder Negro. De inmediato fueron expulsados del Comité Olímpico estadounidense. Asimismo, un atleta italiano llegó a declarar: “Si están matando estudiantes para que haya Olimpiada, mejor sería que ésta no se realizara, ya que ninguna Olimpiada, ni todas juntas, valen la vida de un estudiante”.²²

Otro suceso, aparentemente inocuo, fue el triunfo en natación del mexicano Felipe, el Tibio, Muñoz. Al conocerse que, contra todos los pronósticos, había obtenido una medalla de oro, el gobierno le rindió un homenaje desmesurado en el cual el presidente Díaz Ordaz, el secretario de Educación Agustín Yáñez e incluso el presidente del PRI alabaron su tenacidad y lo mostraron como un “joven limpio” –en oposición a los revoltosos universitarios– que debía ser un estímulo para las aspiraciones de la juventud mexicana.²³

Lo mismo se dijo, poco después, de la gimnasta checa Vera Caslavská quien, después de ganar cuatro medallas de oro, decidió casarse, en la Catedral Metropolitana de la ciudad de México, con uno de sus compañeros de equipo.²⁴

La renuncia de Octavio Paz

El 18 de octubre apareció finalmente en los periódicos una noticia sobre la cual se había estado especulando desde hacía varios días: el embajador mexicano en

²¹ Cuenta Enrique Krauze que, dos años después, durante la inauguración del Mundial de Fútbol en el estadio Azteca, Díaz Ordaz, quien había sido invitado a inaugurar el campeonato, recibió una nueva –y mucho más estruendosa– rechifla por parte de los asistentes (Krauze, 1997, p. 354).

²² Poniatowska, 1971, p. 259.

²³ Cazés, 1988, p. 258.

²⁴ Brocca, 1993, p. 156.

la India, el poeta Octavio Paz, había renunciado al Servicio Exterior.

Un boletín de prensa de la Secretaría de Relaciones Exteriores, reproducido en todos los diarios, señalaba:

El embajador de México en la India, señor Octavio Paz, con base en versiones que la radio y la prensa extranjera dieron de los recientes sucesos de la ciudad de México, ha solicitado ser puesto a disponibilidad.

En virtud de que es muy grave que un embajador de México, dando crédito a versiones inexactas, difundidas por ciertos órganos de información extranjeros, juzgue al país o al gobierno que representa, la Secretaría de Relaciones Exteriores, por acuerdo superior ha resuelto conceder al embajador Paz su separación del Servicio Exterior Mexicano.

El laconismo y la imprecisión de los términos –*puesto a disponibilidad, separación*– no revelaba lo que había sucedido aunque, en realidad, poco importaba que Paz hubiese renunciado a la embajada o simplemente se acogiese al procedimiento administrativo de “ponerse en disponibilidad”. En un país en el cual la clase gobernante no dio una sola muestra de descontento por la actuación del ejército en Tlatelolco, el acto de Paz debe ser considerado como una protesta única y valiente.²⁵

Como ha escrito Arturo Warman: “al pasar revista a los acontecimientos de 1968 destaca la ausencia de voces disidentes dentro del aparato o sistema, dentro de la familia política mexicana. [...] Otra renuncia tardía, la del embajador Octavio Paz, se sumó a la disonancia después del 2 de octubre”.²⁶

En realidad, el gesto de Paz era previsible. Dos semanas antes del mitin de Tlatelolco, Paz había enviado una carta al secretario Antonio Carrillo Flores dándole sus impresiones sobre el movimiento estudiantil.²⁷ En esta carta, Paz afirmaba que la única forma de solucionar el conflicto era con la apertura democrática y no con la sinrazón represiva. Como ha revelado Enrique Krauze, en una nota manuscrita que acompañaba a la carta oficial, Paz se extendía:

Estos grupos de un modo intuitivo encuentran que nuestro desarrollo político y social no corresponde al progreso económico. Así, aunque a

²⁵ El 22 de octubre, *Le Monde* reportó la renuncia de Paz a la embajada de México en la India en protesta por la “balacera” de la Plaza de las Tres Culturas (Arriola, 1988, p. 158).

²⁶ Warman, en Álvarez Garín/Guevara Niebla, 1993, p. 131

²⁷ Escribe Daniel Cosío Villegas sobre Carrillo Flores: “Pronto llegué a concluir que no le importaba una serenada el trabajo general de la Secretaría [de Relaciones Exteriores] y de nuestras misiones diplomáticas en el extranjero, para no hablar de los consulados. En cambio, ponía todos sus sentidos y desvelos en dos únicas cosas: sus relaciones con el mundo político mexicano y particularísimamente con el presidente de la república, y aquellas relaciones internacionales en las que personalmente participaba” (Cosío, 1976, p. 246).

veces la fraseología de los estudiantes y otros grupos recuerde a la de los jóvenes franceses, estadounidenses y alemanes, el problema es absolutamente distinto. No se trata de una revolución social, aunque muchos de los dirigentes sean revolucionarios radicales, sino de realizar una reforma en nuestro sistema político. Si no se comienza ahora, la próxima década será violenta.²⁸

Poco después del 2 de octubre, Paz envió otra misiva al Comité Olímpico Mexicano, en la cual informaba su negativa a participar en el encuentro de poetas que se llevaría a cabo en el marco de la Olimpiada Cultural y, asimismo, hizo llegar a *La Cultura en México* un poema estremecedor, acaso el más importante de una serie de protestas poéticas contra la matanza de Tlatelolco. Sin embargo, estos textos tuvieron que esperar a que terminase la “tregua olímpica” para finalmente verse publicados en el número del suplemento que apareció el 23 de octubre.

En sus páginas centrales de esa fecha, la revista *Siempre!* incluía esta breve nota:

POESÍA SIN POETAS

La poesía se quedó sin poetas durante las actividades culturales de la Olimpiada. Sobre esta cuestión siempre frágil de la poesía repercutieron actitudes e incidentes. El Encuentro Internacional de Poetas no se celebró. Al conjuro de las musas hubieran venido a esta reunión de altos vuelos, Evtushenko, Pablo Neruda, Nicolás Guillén, Octavio Paz... Del soviético no se tenían noticias; de Neruda se supo que en Bogotá sufrió una afección circulatoria o cardíaca, pero repuesto continuó a Caracas para festejar el aniversario del escritor y poeta venezolano Otero Silva; de Guillén no hubo informes precisos. Octavio Paz renunció a venir casi al mismo tiempo que a su puesto de embajador de México en la India.

[...] La mayor consecuencia del frustrado encuentro la tuvo el caso de Octavio Paz. Desde principios de la semana pasada corrían rumores de que, en desacuerdo con la política mexicana respecto del movimiento estudiantil, había presentado su renuncia. Casi al mismo tiempo llegaba a la redacción de *Siempre!* un poema de Paz sobre los dramáticos sucesos de Tlatelolco. La impresión fue dilucidada cuando un comunicado oficial de la Secretaría de Relaciones Exteriores indicaba que el embajador Paz, “con base en versiones que la radio y la prensa extranjeras dieron de los

²⁸ Krauze, 1997, p. 358.

recientes sucesos de la ciudad de México, ha solicitado ser puesto a disponibilidad”.

[...] Al día siguiente, Octavio Paz decía en Nueva Delhi: “No fui despedido, renuncié” (desde el 4 de octubre). Añadió que no había hecho ninguna observación en la India sobre sus discrepancias con el gobierno por el manejo de la cuestión estudiantil, pero en ese momento sí la hizo para censurar la actuación del ejército en Tlatelolco.

El texto de la carta en la cual Paz renunciaba a participar en Olimpiada Cultural, lleno de una agria ironía, es el siguiente:

Nueva Delhi, a 7 de octubre de 1968

Señores Coordinadores del
Programa Cultural de la
XIX Olimpiada,
México, D.F.

Muy señores míos:

Tuvieron ustedes, hace algún tiempo, la amabilidad de invitarme a participar en el Encuentro Mundial de Poetas que se celebrará en México durante el presente mes de octubre, como una parte de las actividades del Programa Cultural de la XIX Olimpiada. Asimismo, me invitaron a escribir un poema que exaltase el espíritu olímpico.

Decliné ambas invitaciones porque, según expresé a ustedes oportunamente, no pensaba que yo fuese la persona más a propósito para concurrir a esa reunión internacional y, sobre todo, para escribir un poema con ese tema. No obstante, el giro reciente de los acontecimientos me ha hecho cambiar de opinión. He escrito un pequeño poema conmemorativo de esta Olimpiada. Se los envío a ustedes, anexo a esta carta y con la atenta súplica de transmitirlo a los poetas que asistirán al Encuentro.

Les agradezco de antemano la atención que les merezca el ruego contenido en la parte final del segundo párrafo de esta comunicación.

Sírvanse aceptar la expresión de mi atenta consideración.

Octavio Paz

Posteriormente el poema fue incluido en el libro *Ladera este* bajo el inciso de “Intermitencias de occidente”.

MÉXICO: OLIMPIADA DE 1968

A Dore y Adja Yunkers

La limpidez
 (Quizás valga la pena
Escribirlo sobre la limpieza
De esta hoja)
 No es límpida:
Es una rabia
 (Amarilla y negra
Acumulación de bilis en español)
Extendida sobre la página.
¿Por qué?
 La vergüenza es ira
Vuelta contra uno mismo:
 Si
Una nación entera se avergüenza
Es león que se agazapa
Para saltar.
 (Los empleados
Municipales lavan la sangre
En la Plaza de los Sacrificios.)
Mira ahora,
 Manchada
Antes de haber dicho algo
Que valga la pena,
 La limpidez.

Delhi, a 3 de octubre de 1968.

OCTAVIO PAZ

Este poema es uno de los mejores ejemplos de poesía comprometida —en el sentido de poseer una referencia política explícita— de los escritos por Paz. Al contrario de sus obras juveniles en las cuales protestaba por las atrocidades de la guerra civil española, como el célebre “No pasarán” que tanta simpatía le granjeó de parte de la intelectualidad de izquierda en los años treinta, ahora el texto no mostraba ninguna orientación ideológica, sino que se limitaba a

condenar, violentamente, los sucesos de Tlatelolco.

El título del poema es ya una respuesta irónica a la actitud del gobierno. Al llamar a su poema precisamente “México: Olimpiada de 1968”, hacía creer que se adhería a la exaltación de la competencia, cuando se trataba de un abierto desafío a los organizadores de los Juegos. Contradiciendo la versión oficial de que *nada había ocurrido*, el poeta afirma que la “limpidez no es límpida”. ¿Cómo puede serlo cuando han muerto miles de jóvenes inocentes? Nada puede justificar este acto. Los hechos son lo suficientemente terribles como para impedir que puedan escribirse poemas. En vez de eso, la limpidez – de la conciencia y de esta página – se mancha con la ira que siente el poeta, la “rabia” que le inspira la Olimpiada mexicana.

La parte central del poema, escrita en itálicas, resume la sensación de los mexicanos por las muertes de Tlatelolco. La ira individual se transforma en vergüenza pública, en *honte* por haber permitido la masacre, por no haber hecho nada por impedirlo. Sin embargo, el león que se agazapa parece dispuesto a saltar, a revelarse, en cualquier momento.

Luego, entre paréntesis, como si se tratase sólo de un añadido (que parodia perfectamente la versión oficial de los hechos, escondida en los recuadros aparecidos en la prensa después de las noticias sobre la Olimpiada), Paz coloca la escena más dramática del poema. Su eficacia reside en su sencillez, en la indignación que despierta en el lector: “Los empleados / Municipales lavan la sangre / En la Plaza de los Sacrificios”.

Con este texto, Paz le da una vuelta a la larga tradición poética que plantea la imposibilidad de la poesía. En este caso ello no ocurre por la ineficacia del poeta o por la amplitud del mundo, sino, sencillamente, porque los hechos resultan demasiado atroces para hablar de ellos. Como diría Wittgenstein, “de lo que no se puede hablar (en este sentido, por rabia, por vergüenza) mejor es callarse”. Por ello, concluye Paz, la limpidez queda manchada –con esos sentimientos y con la sangre– antes de poder decir algo que “valga la pena”.

En *Excélsior*, Froylán López Narváez escribió:

Personalmente, la actitud de Paz es valiosa. Es muy difícil –o lo ha sido– que un funcionario de alto nivel renuncie a su posición. Más difícil es todavía que exprese abiertamente sus convicciones y su actitud ante un problema político de México. Queda pendiente la agudeza de su observación, lo que él crea que se haya hecho, qué deba hacerse o qué pueda ser lo que ocurre. Lo importante, en todo caso, es su definición.

Paradójicamente, el mismo 23 de octubre Helena Paz, la hija de Elena

Garro y el poeta, contribuyó a enrarecer aún más el ambiente con una carta abierta dirigida a su padre, publicada por *El Universal* “en sensacional exclusiva”.²⁹ En ella, la ‘joven de veintitrés años’³⁰ refrendaba las acusaciones que su madre había vertido contra los intelectuales de la generación de Paz, y afirmaba de nueva cuenta que éstos eran responsables del trágico desenlace del movimiento:

Hace mucho que no dialogamos. El diálogo entre tú y yo siempre fue difícil. Recuerdo que cuando tenía cinco años pedí algo y me lo negaste. Te dije: “Dame una razón”, y tu respuesta fue: “La razón es que soy el más fuerte”. Pero no siempre empleaste ese argumento, y tuvimos diálogos inteligentes, aunque nuestras ideologías fueran diferentes.”

[...] No te sorprenderá lo sucedido en México a algunos jóvenes a quienes sus maestros han privado del goce del espíritu para convertirlos en máquinas locas de destrucción, en beneficio de sus mezquinos intereses personales.

Los maestros, sentados en sus carreras de marxistas, apoltronados, han llegado a esa extinción de la personalidad autónoma. Casos ilustrativos: José Luis Ceceña, Víctor Flores Olea, Barros Sierra, López Cámara, Ricardo Guerra, Luis Villoro, Leopoldo Zea. O bien, el caso igualmente patético, al que conduce la negación del espíritu: la inflación monstruosa del yo. Casos ilustrativos: Cuevas, Carlos Fuentes, Monsiváis, Rosario Castellanos, Heberto Castillo. [...]

Para ellos era más cómodo buscar al “gran responsable” antes de asumir el riesgo de perder sus “chambas”. [...]

Tú no presenciaste en el anfiteatro “Che Guevara” sus vibrantes insultos, ni sus llamadas al crimen, al sabotaje y a la sedición. Tampoco hablaste, como yo lo hice, con sus víctimas, los jóvenes terroristas, a quienes tus “corresponsales” dotaron de armas de alta potencia, dinamita y odio. Tu condena debió ser dirigida a los apoltronados que arrojaron a la muerte y a la destrucción a los desposeídos de la fortuna. [...]

Debo decirte que no ha habido una sola voz, excepto la del gobierno, que se preocupe por la suerte de estos jóvenes destruidos por sus guías materialistas.

Volvamos a ti. Si cuando yo tenía cinco años era válida la razón del más fuerte, no veo ahora por qué aduces para tu renuncia el “uso de la fuerza

²⁹ *Le Monde* reprodujo estas declaraciones el 26 de octubre (Arriola, 1988, p. 160).

³⁰ Recientemente, Octavio Paz ha vuelto a insistir en que la verdadera fecha de nacimiento de su hija, Helena, a quien apodaban La Chata, fue en 1939, por lo cual en realidad tendría 29 años (*Proceso*, 23, IX, 1997).

ejercida sobre gente pacífica”. Los jóvenes no eran pacíficos y la razón que ha convertido en casi indefendibles a estos violentísimos jóvenes, a quienes no conoces, es la carencia de una causa justa y la turbiedad de las cabezas dirigentes de su pérdida.

Estoy con los jóvenes víctimas y en contra de sus maestros. Si tú te consideras unido al grupo de estos maestros, te felicito y me siento orgullosa de tu renuncia. Pero temo que hayas sido el “chivo expiatorio”. Entre mis amigos terroristas nunca oí tu nombre. En cambio, se barajaban con admiración los de Fuentes, Ramón Xirau, Luis Villoro, Cuevas, Siqueiros. Tú eras un embajador obsoleto y burgués.

Pero, en fin, tus amigos, los tomases segovias de *Los recuerdos del porvenir*, sentados, tambaleantes, a la diestra del poder y de la fuerza, que aman tanto, inclinaron el índice y te echaron a los leones. Ya ves que, por distintos caminos, nos encontramos una vez más en la misma arena...

Tu hija,

HELENA PAZ

Semanas más tarde, el poeta concedió una entrevista a Jean Wetz, corresponsal de *Le Monde* en la India, en la cual daba su punto de vista sobre los sucesos de Tlatelolco:

El partido gubernamental constituye un obstáculo al desarrollo del país.

PAZ: Desde hace mucho tiempo me encontraba en desacuerdo, no tanto con la política exterior de México, sino con su política interior. [...] Si antes se tenía derecho a esperar que el PRI se renovara, esta esperanza se ha vuelto absurda después de los acontecimientos del 2 de octubre. Por lo mismo la única solución es separarse del gobierno y hacer la crítica desde afuera.

WETZ: ¿Cómo interpretó el choque trágico del 2 de octubre?

PAZ: Es necesario señalar que no se trataba de una rebelión, ni siquiera de una manifestación, sino de un mitin pacífico, y que yo sepa el derecho de *reunión* no ha sido prohibido por la Constitución mexicana. Por otra parte, no había huelgas como en Francia ni partidos de oposición que amenazaran al gobierno. Ciertamente no se planteaba una situación revolucionaria que pudiera justificar recurrir al ejército. Fue un acto de terrorismo puro y simple de estado, pues se trataba de una manifestación pacífica de estudiantes.

WETZ: ¿Cómo llegó México a ese punto?

PAZ: Las explicaciones políticas y sociológicas se complementan. [...] Es evidente que los mexicanos se encuentran fatigados de treinta años del PRI y de mil años de poder personal, desde el que detentaban los grandes sacerdotes de Huitzilopochtli hasta el de los “señores presidentes” pasando por el de los virreyes españoles.

WETZ: ¿Cuál es el papel del escritor en el mundo actual?

PAZ: En México es necesario ante todo exorcizar la violencia, al mundo azteca. [...] Existe ciertamente una cultura oficial representada por gente como Jaime Torres Bodet y Martín Luis Guzmán, que son escritores del régimen. El primero ha sido un gran administrador y un mediocre escritor. El caso de Martín Luis Guzmán es mucho más lamentable porque se trata de un verdadero escritor y de un antiguo compañero de Pancho Villa. Actualmente es director de una mala imitación de la revista *Time* y ha publicado informaciones “monstruosas” sobre los acontecimientos del 2 de octubre.

WETZ: ¿Es cierto que la violencia forma parte de la vida mexicana?

PAZ: No creo en lo mexicano. Sin embargo, creo que los mexicanos nos encontramos condicionados por la historia. [...] El peligro para el país es que vive literalmente sus mitos más oscuros en vez de sublimarlos. En todo caso estos mitos se vengaron al salir a plena luz el 2 de octubre.³¹

La defensa del poeta

Tras la renuncia a la embajada y la publicación del poema, de inmediato los funcionarios públicos y los intelectuales del sistema se lanzaron en una campaña contra Paz. Emilio Uranga, antiguo miembro del grupo filosófico conocido como “Hiperión”, fue uno de los primeros en atacar a Paz:

Octavio Paz según sus amigos ha sufrido por parte del gobierno mayores agravios que los muertos de Tlatelolco. Ahora resulta que el gobierno no merece el reproche de una gota de sangre derramada, esto se le perdona, aunque lo que sí no se le perdonará jamás, es que haya cesado a Octavio Paz. No creo que se haya dado nunca el caso de una capitalización necrófila más aparatosa y con mayor reparto de utilidades.³²

³¹ *Le Monde*, 13, XI. La prensa mexicana hizo eco de esta entrevista; por ejemplo, *El Día* publicó una nota al respecto el 14 de noviembre. Más tarde la entrevista fue reseñada en Arriola, 1988, p. 174, y, muchos años después, en 1996, fue reproducida en México por la revista *Proceso*.

³² *La Prensa*, 30, x. Reproducido por Vizcaíno, 1993, p. 122.

Al mismo tiempo, intelectuales independientes de todas las corrientes políticas se unieron para defender al poeta. Si bien Paz ya había tenido dificultades con los intelectuales de izquierda por su ideología que cada vez se alejaba más violentamente de ellos —en especial en el caso cubano—, su gesto volvió a granjearle la simpatía no sólo de ellos sino, muy especialmente, de los jóvenes revolucionarios. Es más: su poema se convirtió en una especie de aglutinador de la protesta de los escritores, quienes comenzaron a escribir nuevos poemas para apoyar a Paz y para protestar contra la represión.

Un poco más tarde, 29 de octubre, Raúl Prieto, que firmaba con el seudónimo Nikito Nipongo, dirigió una carta al director de *Siempre!* titulada “El guante negro de Octavio Paz”, en la cual afirmaba que la actitud del poeta había sido valiente y honrada.

En sentido contrario, Enrique Orozco Aranda, de la Universidad de Monterrey, acusaba a Paz de oportunista: “La mafia integrada por algunos llamados intelectuales mexicanos, que pueden injuriar cuanto quieran sin que por ello sufran en su persona o en sus intereses, ha aplaudido la conducta del oportunista poeta Octavio Paz”.

En su artículo de *Siempre!* del 6 de noviembre, titulado “Ser intelectual no es ser inteligente”, en el cual al mismo tiempo defiende a Paz pero ataca al resto de los intelectuales, Roberto Blanco Moheno escribió:

Analizar, con paciencia, con palabras sencillas, la actitud de Octavio Paz, el poeta y sociólogo mexicano que renunció a ser embajador de nuestro país en la India, para, por extensión, analizar la actitud de los llamados “intelectuales”, los verdaderos culpables de todo este absurdo barrizal, de esta conspiración de las equivocaciones, los despistados y los traidores, puesto que al adolescente no es posible culparlo, máxime cuando es intoxicado psicológicamente por quienes debieran cuidar de su salud mental y anímica, y al tonto sin remedio tampoco cabe reprocharle su tontería, de la que evidentemente no tiene la culpa. Quienes, con edad de adultos —aun cuando no lo sean en realidad, pues no han madurado a pesar de todo— y con cultura y con cierta inteligencia, odiando al imperialismo yanqui y a la CIA se encontraron, de pronto, con que estaban colaborando precisamente con esa CIA tan detestada, a causa de sus odios, sus frustraciones y su cobardía, merecen al menos el reproche elemental de desleales, la calificación condescendiente de ingenuos y el ejemplo tan digno de Octavio Paz, que renunció. De eso se trata, señores: en este país tienen ustedes derecho a odiar al gobierno. Y a trabajar en su contra. Pero

quiere la ética más sencilla que no se viva de quien se odia. Octavio Paz renunció. Eso es lo que ustedes deben hacer, siquiera sea por pudor después de que hasta ustedes se han dado cuenta del papelito que han hecho.

La Cultura en México, que publicó el testimonio del poeta, no podía mantenerse al margen, y en su número del 6 de noviembre incluyó una ardorosa defensa de Paz:

NUESTRA SOLIDARIDAD CON OCTAVIO PAZ

La primera plana de *Excelsior*, fechada el 19 de octubre, es una plana simbólica. A ocho columnas cabecea perentoria: “EU expulsa del deporte a Tommie Smith y a John Carlos”, y en una secundaria advierte: “Igual castigo a quienes los imiten”. Abajo, a tres columnas, empleando el mismo tono puede leerse: “Cesa Relaciones a Octavio Paz”.

[...] ¿Cómo se enteró la Secretaría de que el criterio de Octavio Paz se ha normado por versiones inexactas y extranjeras? ¿Considera a su mejor embajador, al más respetado y conocido en el mundo, tan endeble intelectualmente como para darle fe plena a una serie de informaciones que han falseado la verdad de los hechos ocurridos en Tlatelolco? Independientemente de que Octavio Paz haya tenido acceso a otro tipo de noticias, ¿la Secretaría está en condiciones de asegurar que las informaciones de las agencias cablegráficas y de los corresponsales de prensa publicadas en la prensa mundial se caracterizan por sus inexactitudes? ¿Le faltó tiempo para hacerle llegar a los embajadores su propia versión de los acontecimientos? ¿Acaso la tiene a pesar de que su edificio se levanta en el teatro de la tragedia?

Por lo demás, Octavio Paz siempre representó al país de un modo insuperable. Después de renunciar no sólo a su brillante carrera y a su cargo de embajador sino a su seguridad futura —que no era precisamente un plato de lentejuelas—, asumió su progenitura de poeta y de mexicano, lo que significa asumir una responsabilidad total. Allí queda, por un lado, la prosa burocrática de los que no dimiten nunca, punto final a una honrosa trayectoria de veinticinco años, y por el otro, un breve poema donde la ira y el desprecio han sido expresados con una claridad deslumbradora. Su terrible peso ha inclinado la balanza a favor de la justicia y de la verdad sin equívocos y ya de una manera definitiva, pues tal es el privilegio de un gran poeta.

La Cultura en México, que ha tenido la fortuna de contar a Octavio Paz entre sus más ilustres colaboradores, desea hacerle patente, de un modo público, su solidaridad, su reconocimiento y su afecto fraternal.

Fernando Benítez. José Emilio Pacheco.
Carlos Monsiváis. Vicente Rojo

A la semana siguiente, dos nuevos mensajes de solidaridad aparecieron en las páginas del suplemento:

Su valerosa actitud y alto ejemplo de dignidad humana merece nuestro más cálido elogio y afectuosa solidaridad.

Su autenticidad nos anima y nos acompaña. Celebramos en su renuncia la misma audacia y seriedad que admiramos en su obra.³³

A un lado de los intelectuales, los propios estudiantes no dejaron de mostrar su apoyo a Octavio Paz. En una conferencia de prensa de siete miembros del CNH en la cual anunciaron que habrían de proseguir la lucha, se aplaudió a Paz, “uno de los pocos intelectuales mexicanos que abiertamente criticó al gobierno”.³⁴

Por último, en uno de los actos más significativos al respecto, el 19 de julio de 1969, José Revueltas, todavía preso en la cárcel de Lecumberri, dirigió una carta titulada “Aquí, un mensaje a Octavio Paz”, en la cual afirmaba que el poeta era un “gran prisionero en libertad, en libertad bajo poesía”.³⁵

La poesía como protesta

³³ El primer desplegado fue firmado por Jesús Silva Herzog, Fernando Benítez, Ignacio González Guzmán, Carlos Monsiváis, Leopoldo Zea, Mario de la Cueva, Vicente Rojo, Horacio Zalce, Juan Manuel Gutiérrez Vázquez, Luis Yáñez Pérez, Rafael Segovia, Luis Villoro, Jaime Augusto Shelley, Olga Pellicer, Ricardo Torres Galán, Pedro Uribe, Oscar Oliva, Tomás Segovia, Elena Poniatowska, Raúl Benítez Zenteno, Emma Cosío Villegas, Gustavo Cabrera, José Emilio Pacheco, Juan Bañuelos, Tomás Garza, Eliseo Mendoza Berrueto, Gabriel Zaid, Jorge Alberto Manrique, Jaime Labastida, Alonso Aguilar, Guillermo Bonfil, Enrique Flores Cano [sic], Heraclio [sic] Zepeda, Juan García Ponce, Josefina Zoraida Vázquez, Froylán López Narváez, Alejandra Flores Cano, Fernando del Paso, Boso A. Muro, Lilia Carrillo, Fernando García Ponce, Alberto Gironella, Nancy Cárdenas, Jaime Sabines, Beatriz Bueno, José Agustín, Manuel Felguérez, José Carlos Becerra. El segundo, por Juan Bañuelos, Huberto Batís, José Carlos Becerra, Salvador Elizondo, Isabel Fraire, Juan García Ponce, Vicente Leñero, Juan Vicente Melo, Carlos Monsiváis, Marco Antonio Montes de Oca, Thelma Nava, José Emilio Pacheco, Gabriel Zaid. LCM, 20, XI.

³⁴ EUN, 28, X. En este caso, la prensa francesa también tomó conocimiento del asunto, y *Le Monde* reseñó esta conferencia de prensa el 29 de octubre.

³⁵ Cit. en Ruiz Abreu, 1992, p. 30.

Siguiendo el ejemplo de Paz, otros muchos escritores comenzaron a publicar poemas que reflejaban el espíritu de impotencia e indignación por la masacre de Tlatelolco.

Los primeros en seguir al exembajador en la India fueron dos jóvenes, José Emilio Pacheco y José Carlos Becerra, en el número del 30 de octubre de *La Cultura en México*. En ambos casos, continúan el sistema de Paz de relacionar el presente y el pasado bárbaros del país, se hace referencia a los sacrificios y la historia aztecas.³⁶

LECTURA DE LOS “CANTARES MEXICANOS”

Por José Emilio Pacheco

El llanto se extiende

gotean las lágrimas

allí en Tlatelolco.

(Porque ese día hicieron

una de las mayores crueldades

que sobre los desventurados mexicanos

se han hecho en esta tierra.)

Cuando todos se hubieron reunido

los hombres en armas de guerra,

los hombres que hacen estruendo,

ataviados de hierro

fueron a cerrar las salidas,

las entradas, los pasos.

(Sus perros van por delante,

los van precediendo.)

Entonces se oyó el estruendo,

entonces se alzaron los gritos.

Muchos maridos buscaban a sus mujeres.

Unas llevaban en brazos a sus hijos pequeños.

Con perfidia fueron muertos,

sin saberlo murieron.

Y el olor de la sangre mojaba el aire.

³⁶ Posteriormente, Pacheco incluyó este poema en *No me preguntes cómo pasa el tiempo* (1969). Por su parte, el de Becerra se incluyó en *El otoño recorre las islas* (1973).

Y el olor de la sangre mojava el aire.
Y los padres y madres alzaban el llanto.
Fueron llorados,
se hizo la lamentación de los muertos.
Los mexicanos estaban muy temerosos:
miedo y vergüenza los dominaban.

Y todo pasó con nosotros.
Con esta lamentosa y triste suerte
nos vimos angustiados.

En la montaña de los alaridos,
en los jardines de la greda
se ofrecen sacrificios
ante la montaña de las águilas
donde se tiende la niebla de los escudos.
Ah yo nací en la guerra florida
yo soy mexicano.

Sufro, mi corazón se llena de pena.
Veo la desolación que se cierne sobre el templo
cuando todos los escudos se abrasan en llamas.

En los caminos yacen dardos rotos.
Las casas están destechadas.
Enrojecidos tienen sus muros.
Gusanos pululan por calles y plazas.

Golpeamos los muros de adobe
y es nuestra herencia
una red de agujeros.
Esto es lo que ha hecho el Dador de la Vida
allí en Tlatelolco.

EL ESPEJO DE PIEDRA

Por José Carlos Becerra

Detrás de la iglesia de Santiago-Tlatelolco,
los cuchillos de jade hallaron su viaje ceremonial en boca de las

ametralladoras.

Detrás de la iglesia de Santiago-Tlatelolco, descubrieron aterrados que otra vez existía ese país,
aquel que ellos creyeron sepultado
bajo el jade y las plumas y los estípites y los palacios de
Adamo Boari y los desayunos en Sanborn's,
de su oportuna y mestiza retórica.

Detrás de la iglesia de Santiago-Tlatelolco, treinta años de
paz más otros treinta años de paz,
más todo el acero y el cemento empleados en construir la
escenografía para las fiestas del fantasmagórico país,
más todos los discursos,
salieron por boca de todas las ametralladoras.

Lava extendiéndose para borrar lo que iba tocando, lo que
iba haciendo suyo,
para traerlo a la piedra del ídolo nuevamente.

¿Pero lo trajo de nuevo a la piedra del ídolo?
¿Pero tantos y tantos muertos por la lava de otros treinta
años de paz,
terminarán en la paz digestiva de Huitzilopochtli?

Se llevaron los muertos a quién sabe dónde.
Llenaron de estudiantes las cárceles de la ciudad.
Pero al jade y a las plumas y al estofado de los estípites y a los nuevos
palacios que ya no construyó Boari, y a los desayunos en Sanborn's,
se les rompió por fin el discurso.
Y cuando intenten recoger esos fragmentos de ruido para
contemplarse,
encontrarán en ellos solamente
a los muertos hablándoles.

A treinta años de paz — como a otros treinta años de paz —,
más todo el acero y el cemento empleados en inventar la sombra de un
país,
más a todos los negocios y los planes de negocios dulcemente empapados

por el olor de los desayunos en Sanborn's, se les rompió, de pronto, el espejo.

Se apostaron como siempre detrás de una iglesia,
poco importa si laica o religiosa,
y otras "Noches" y otras "Matanzas",
vinieron en ayuda de ellos.

En la Plaza de las Tres Culturas,
el "Cacique Gordo de Zempoala" y don Nuño de Guzmán y
el anciano general perfectamente empolvado,
descubrieron que en realidad eran uno solo, porque secretamente siempre
desearon parecerse a Limantour.

Después de haber desayunado juntos en Sanborn's,
el "Cacique Gordo de Zempoala" y don Nuño de Guzmán y
el anciano general perfectamente empolvado,
en la Plaza de las Tres Culturas, escucharon
— ya uno de los últimos conciertos —
el vals "Dios nunca muere".

Mientras el poema de Pacheco utiliza los viejos cantares mexicanos en náhuatl como punto de partida de su texto, Becerra parece más ecléctico y arma una especie de crónica del momento.

El lenguaje de Pacheco es directo, inmediato, casi oral. Su voz es la de todos los mexicanos que, desde el inicio de los tiempos, han sufrido la explotación y la venganza de los dioses. Aunque en el texto puede leerse perfectamente la descripción del 2 de octubre, el tono permite trasponerlo a cualquier otra época y conseguir un efecto de intemporalidad de la desdicha. El Dador de la Vida, como lo llama el poeta, es tanto el dios cruel de los antiguos mexicanos como la parodia de dios de aquellos días, el presidente.

El procedimiento de Becerra es otro. En vez de conseguir el carácter atemporal por medio de la despersonalización de los sucesos, prefiere mezclar elementos de distintas épocas históricas. En tanto la visión de Pacheco hace descansar su incomodidad en una especie de eterno retorno de la violencia, Becerra desacraliza la historia para mostrar cómo es posible construir un mural de México con la combinación de la represión que ha sufrido siempre. Más paródico que crítico, Becerra muestra la tendencia autodestructiva de los gobernantes mexicanos de todas las eras. Con su estribillo sobre los "desayunos

en Sanborn's" –su burla de las pláticas de café de los intelectuales y políticos mexicanos– caricaturiza a una sociedad incapaz de evitar su propia ruina. Sin la grandilocuencia de Pacheco, Becerra usa el humor negro para revertir la impotencia y la tristeza. Por ello, mientras el poema del primero termina con una ironía escondida hacia el Dador de la Vida –Dios y Díaz Ordaz–, el segundo se burla de él –y del pueblo mexicano– con su mención al vals *Dios nunca muere*.

Unas semanas más tarde, el 6 de noviembre, apareció en *La Cultura en México* un nuevo poema, en esta ocasión de Juan Bañuelos, dedicado a Octavio Paz.³⁷ Se trata de un texto largo y por ello el suplemento sólo publica algunos fragmentos. Reproduzco algunas de sus secciones:

NO CONSTA EN ACTAS

A Octavio Paz

1

(Tlatelolco 1521 y 1968)

Oh bebedor de la noche, ¿por qué te deslizas ahora?
¿Todo es igual acaso? ¿Tengo que repetir
lo que el augur grabó en el silencio de la piedra
curtida por el viento?
“... esparcidos están los cabellos,
destechadas las casas,
enrojecidos sus muros.
Gusanos pululan por calles y plazas
y en las paredes están salpicados los sesos;
masticamos salitre, el agua se ha acedado.
Esto ha hecho el Dador en Tlatelolco,
cuando nuestra herencia es una red de agujeros”.
¿Todo es igual que ayer, entonces?
¿Ensartaremos cráneos como cuentas,
y se ha de repetir lo que el augur
grabó en el silencio de la piedra?
¿Con coágulos de sangre escribiremos México?
Yo el residuo, el superviviente, hablo:
los comienzos de los caminos

³⁷ Juan Bañuelos nació en 1932 en Tuxtla Gutiérrez. Este poema apareció en su libro del mismo nombre (1971).

están llenos de gente.
No haremos diálogo con la Casa de la Niebla.

[...]

4

(visita)

– Tocan a la puerta, mujer...
Es la hora de los allanamientos.

9

(la muerte y la doncella)

Políglota de diecinueve años
también acribillada.

A ti que me haces hablar,
sin haberte conocido,
a ti que haces me adentre en tu silencio,
que congregas las hojas a la luz de este otoño,
tienes el nombre de una ternura antigua:

Ana María Regina.

Tu rostro flota en la ciudad
igual que el frío en una cueva.

Oh amiga,

¿de qué materia fuiste, que las balas
no destruyeron tu belleza?

Porque te convertiste en el copal florido,
lo contrario del polvo, tu muerte nos transforma.

Yo aprendo algo de ti, forcaza,
cuando vagas y chocas con mis labios
y sueldo los pedazos de tu nombre.

Y lo que digo va en andrajos
y tiene frío.

En ti la vida habló en distintos idiomas.

Mírame a los ojos,

de modo que los que lean estas líneas
sepan que te alimentas del plato deslumbrante
de un nuevo nacimiento.

Tú tienes sólo una leve dolencia. Es cierto,
no hubo nada entre ambos y cómo te amo:

déjame ser tu amigo,
si acaso
tu tristeza,
o si prefieres
tómame
como un hermano.
A ti que me hiciste hablar
sin haberte conocido,
¿de qué materia fuiste, que las balas
no destruyeron tu belleza?

10
(sigue del poema 2)

Oh pueblo mío que entras en el día
como aquel que tiembla cuando conoce el amor.
Siempre tuve palabras a medias,
hoy las tomo enteras de tu profundo pozo.
Alguna vez la conocí en el mapa,
ahora toco a la patria en carne viva.
Giro sobre sus goznes de miseria
y a su boca de paralizado allego
la retama del odio,
el atolón de cuajo adolescente,
el frenesí craneano atravesado
por la lluvia del ametrallamiento.
Época de ostras y avestruces
(izquierdistas muriéndose de oídas
o reaccionarios sollozando estiércol),
pero también tiempo de tapires.
Los padres han sido vencidos.
Han tardado en venir. Nunca partieron.
Cuando los escorpiones
cerraron por dentro las puertas de la patria,
nuestros hijos suplieron la impaciencia;
nosotros enrojecimos de cólera, impacientes,
y no supimos presentir la hora
en que ellos volverían a su casa
con las huellas de la tormenta.

Lo que ha empezado va muy lejos:
con su cabeza sin reposo, siempre
llega el futuro derribando puertas.

Capital de la hoguera:
Zacatenco, la Ciudadela,
Ixtapalapa, Casco
de Santo Tomás
y Tlatelolco.
Úvula viva que arremete
contra toda coartada de lenguas proditorias.
Bajo el trismo del miedo,
sobre un cardumen de azoteas,
las banderas olímpicas
puestas con especial cuidado
no ocultarán el crimen.

[...]
Hemos dado un paseo de glaucoma
por las calles tatuadas de Nonoalco,
y mis palabras salen perforadas.
Son los últimos disparos de la noche.
Oh ciudad mía,
ciudad montada sobre tanques,
sobre un gargajo de cuartel.

Mucho más elaborado que los anteriores, el poema de Bañuelos no sólo evoca la noche de Tlatelolco, sino que trata de reflejar el espíritu general del movimiento estudiantil y crear un fresco de imágenes en torno a él. Compuesto por diez partes o episodios, en *La Cultura en México* sólo se publican los numerales 1, 2, 4, 5, 7, 9 y 10.

La primera parte, subtitulada "Tlatelolco 1521 y 1968", es la más cercana al tono de los poemas de Paz, Pacheco y Becerra. Al igual que estos dos últimos, recurre a los cantares mexicanos para asimilar la historia del país en estos dos momentos que se superponen. La mirada de los poetas intenta rescatar la "visión de los vencidos" —como fue llamada por el historiador Miguel León Portilla—, es decir, pretende recuperar el tono íntimo del pueblo como testigo de los grandes y trágicos acontecimientos de la historia. El poeta se convierte, una vez más, en bardo, en el cantor de la miseria colectiva. No es casualidad

que tanto Pacheco como Bañuelos repitan, como los antiguos aztecas, que nuestra única herencia es “una red de agujeros”. La segunda parte, aunque continúa con este esquema, es más bien una digresión lírica sobre el movimiento, la sensación de pérdida y la “rabia” de Paz concentradas y recrudescidas.

Más interesante es el episodio denominado “en la Cruz Verde”. Por primera vez el poeta se acerca al dolor de la gente, en vez de mistificarlo con referencias históricas. Aparece aquí la muerte *real*, no simbólica, y la desgracia íntima de un joven muerto en Tlatelolco de quien sólo se sabe que tiene veintidós años y era estudiante del Politécnico. Este carácter anónimo engrandece el cuadro sin quitarle su fuerza.

Muy distinta es la sección titulada “el comerciante de aves canoras”. Aunque la profesión del protagonista nos acerque al México antiguo, el carácter oral del fragmento y sus referencias inmediatas lo devuelven al presente. A través de esta figura ajena que sufre las consecuencias de la represión, Bañuelos muestra cómo la violencia ha llegado a todas partes, cómo la muerte se ha apoderado del país y de todos sus habitantes, no sólo de los jóvenes. El reverso de esta historia está en “Danzón dedicado”. Con lenguaje coloquial, el poeta retrata a los artífices de la violencia, a quienes no ven en los estudiantes otra cosa que una plaga que uno debe exterminar incluso con cierta alegría.

Acaso uno de los mejores fragmentos del poema sea el denominado “La muerte y la doncella”. El título de Schubert no podía resultar más apropiado para retratar la muerte de la joven edecán de los Juegos Olímpicos que apareció fotografiada en las primeras planas de los periódicos de todo el mundo. Lírico y desgarrado, Bañuelos consigue algo que hubiese parecido imposible: transformar en palabras, líricas y duras, la imagen de la doncella muerta: “¿de qué materia fuiste / que las balas no destruyeron tu belleza?”

En el mismo tono del inicio, el poema termina otra vez dejando una sensación de frustración y miedo, de vergüenza y rabia, de asco: “Oh ciudad mía, / ciudad montada sobre tanques / sobre un gargajo de cuartel”.

El 13 de noviembre *La Cultura en México* incorporó a este imprevisto retorno de la poesía *engagé* – que, más bien, era el único modo de expresar la ira contenida – la obra de otros dos jóvenes: Gabriel Zaid y Jaime Reyes.³⁸

El poema de Zaid es una paráfrasis del soneto 66 de Shakespeare, y sólo reproduzco su versión española, aunque originalmente se publicó bilingüe:

LA NUEVA PATRIA NO CESA DE SOLICITARNOS...

³⁸ Gabriel Zaid incluyó este poema en su libro *Cuestionario* (1976). Jaime Reyes nació en 1947 en México. Este poema apareció luego en *Isla de raíz amarga, insomne raíz* (1976).

Por Gabriel Zaid

Asqueado de todo esto me resisto a vivir.
Ver la Conciencia forzada a mendigar
y la Esperanza acribillada por el Cinismo
y la Pureza temida como una pesadilla
y la Inquietud, ganancia de pescadores
y la Fe derrochada en sueños de café
y nuestro Salvajismo alimentado como Virtud
y el Diálogo entre la carne y las bayonetas
y la Verdad tapada con un Dedo
y la estabilidad oliendo a establo
y la Corrupción, ciega de furia, a dos puños: con espada y balanza.
Asqueado de todo esto, preferiría morir
de no ser por tus ojos, María,
y por la patria que me piden.

LOS DERROTADOS

Por Jaime Reyes

Van hacia atrás, atropellándose,
y nada sino la mueca del dolor en que se hallan les importa.
Semejantes a los amorosos no oyen, no ven, están llenos de polvo,
(de viejo miasma y de calor
Bajo los muelles se reúnen a darse besos de lata y aserrín,
y se cogen las manos y bailan a la luz del alcohol
y cantan y creen en la vida, pero en nada creen, están solos,
solos,
(como ellos mismos.
[...]
Nada les importa, están solos, son como locos, ensorbecidos, gritando,
aullando encolerizados. Prendidos a la furia van secuestrando camiones,
levantan adoquines, atacan y casi en la victoria se sienten impotentes.
Lo saben. Saben que nada podrán hacer y por eso nada les importa.
Porque han descendido hasta el fondo de sí mismos y han encontrado
infiernos,
desolación, brucas risotadas de los que orgullosos se aman sobre la

ciudad,
no se esfuerzan, conocen que todo es inútil y que nada se salvará.
Ellos tienen la certeza de la verdad y a los que trabajan y a las buenas
gentes
con su sombra de mierda tras la huella de sus hijos.
Roban, y saben que robar es entregarse.
Asesinan, y saben que hacerlo es dar amor, el amor, el bendito fuego del
(arrasamiento.
Los derrotados abren la boca para recibir veneno,
abren los brazos para recibir cadáveres de arena
y se sienten felices, insoportablemente felices.

El de Zaid quizás sea, junto con los de Paz y Bañuelos, uno de los mejores poemas de esta serie. La paráfrasis shakespeariana parece funcionar mucho mejor que la repetición incesante de motivos aztecas; le proporciona a las palabras una distancia y una pulcritud que contrastan apropiadamente con la rabia que se expresa.

Menos lograda es la descripción de los rebeldes que lleva a cabo Jaime Reyes. Llena de metáforas y de comparaciones no demasiado sorprendentes, no resiste el contraste con el clasicismo de Zaid.

Mucho más tarde, el 4 de diciembre, apareció otro poema sobre el movimiento, esta vez de Marco Antonio Montes de Oca, al lado de un poema de Borges que nada tiene que ver con el asunto pero que se titula "Junio, 1968".

A pesar de la contundencia de algunas de sus imágenes, uno no puede leerlo sin advertir que la mayor parte de lo que se dice ha sido ya dicho. Excepto el final, que acaso sea más contundente que en otros casos, el poema de Montes de Oca es sólo una variación del tema de Tlatelolco.

EL ALTAR DE LOS MUERTOS

Por Marco Antonio Montes de Oca

Recuerda poeta lo que el pueblo olvida:
El color de la macana,
El sabor del gas en la boca rota,
El aire inmóvil, muerto de una directísima pedrada,
El terror colgado de un hilo,
El cometa azul de la vida colgando de un hilo,
Todas las arañas del mundo colgando de un hilo.

El poeta recuerda y en la catapulta de su boca
Las palabras de piedra lanzan emponzoñados jeroglíficos
Despeinadas blasfemias, hedores
De gusanos en descomposición,
Vanos intentos de digerir unos hechos
Increíblemente más grandes que la realidad.
Al fin Huitzilopochtli
Después de cinco siglos resucita,
Su collar es de suásticas de hueso,
Su altar en Tlatelolco
Entre la escoria de las tres culturas se levanta,
Mientras el duelo sube por los tobillos
Como una ardiente alfombra de vapor
Y las cabelleras son izadas a media asta
Y la tristeza mata por segunda vez
A nuestra dulce nación resucitada.
La ira del Popocatépetl
Calladamente circula hacia adentro
Y hasta el niño más anciano advertiría
Que el país que tuvimos ya no lo tenemos.

Un nuevo territorio
– En este siglo expansionista –
Al infierno fue anexado
En un dos de octubre mexicano.

Un drama de familia

Dos de los puntos culminantes de esta historia están marcados por la actuación de dos personajes cuyas vidas estuvieron intrincadas muchas veces a lo largo de los años: el primero fue la declaración pública de Elena Garro, acusando a los intelectuales de ser los responsables de las revueltas estudiantiles, y el segundo fue la renuncia de Octavio Paz a la embajada de México en la India.

Octavio Paz y Elena Garro se conocieron en la década de los treinta y, desde entonces, sus vidas han estado marcadas por encuentros y desencuentros mutuos. Como narra Paz en *Itinerario*, en 1937 fue gracias a Elena Garro que él se enteró, mientras se encontraba en Yucatán, que había sido invitado al

Segundo Congreso de Escritores en Defensa de la Cultura que habría de celebrarse en las ciudades de Valencia, Madrid y Barcelona del 4 al 17 de julio de aquel año, en plena guerra civil. Poco antes de partir, Paz, a la sazón de 23 años, contrajo matrimonio con la joven Elena Garro, unos años menor que él.³⁹ Tras numerosos conflictos entre ambos, y luego de su regreso a México en septiembre, su relación estuvo marcada por continuas separaciones y reencuentros.

En 1944, Paz abandonó México rumbo a Estados Unidos. Un año después, en 1945, nació la hija de ambos, Helena y, en octubre, el poeta ingresó al Servicio Exterior Mexicano, en el cual pasó a ocupar diversos cargos en Nueva York, San Francisco, la Organización de Naciones Unidas y París, antes de ser nombrado embajador en la India en 1962.⁴⁰

Todavía en 1951, Paz publicó en la revista argentina *Sur*, con la colaboración de Garro, una denuncia de los campos de concentración soviéticos, basada en el testimonio del francés David Rousset, lo cual le acarreó la censura de gran parte de la izquierda mexicana.⁴¹ Más tarde, a pesar de que para entonces su separación como pareja ya era completa —Paz había conocido a Marie-José, su actual mujer, en la India—, fue gracias a la intervención del poeta que Garro consiguió publicar su primera novela, *Los recuerdos del porvenir*, en la editorial Joaquín Mortiz, y obtener el Premio Xavier Villaurrutia en 1963.

No deja de ser notable que ambos escritores hayan protagonizado, en 1968, dos actitudes diametralmente distintas respecto al movimiento estudiantil. Al parecer, mientras Paz se mantenía al tanto de lo que ocurría en México y el mundo a través de la prensa internacional, Garro se involucró directamente en la política nacional y, luego, en el movimiento estudiantil. Según numerosas declaraciones, participó en encuentros con diversos líderes estudiantiles —a veces en compañía de su hija— e incontables veces se mencionó su cercanía con Norberto Aguirre Palancares, extitular del Departamento de Asuntos Agrarios y Colonización, y con Carlos Madrazo, expresidente del PRI que había protagonizado un extraño esfuerzo para democratizar la estructura de su partido. (Poco después, Carlos Madrazo moriría en circunstancias que nunca han llegado a aclararse en un accidente aéreo en la ciudad de Monterrey.)

³⁹ Elena Garro da como fecha de su nacimiento el año 1920, con lo cual contaría con 17 años al momento de su matrimonio con Paz —y 48 en estos momentos—, pero el poeta ha desmentido reiteradamente esta información, asegurando que ella nació tres años antes, en 1917. Cf. Paz, 1993 y Garro, 1992. En una entrevista reciente, el poeta le dijo a Guillermo Sheridan: “Mire usted, esa señora fue la plaga de mi vida. [...] Pero ya es hora de que se sepa la verdad. Yo ya cumplí 83 años y ella cumple 80 años el mes que viene. Nos casamos en 1937, mi hija nació en 1939. A pesar de que vivíamos bajo el mismo techo, muy pronto comenzamos a tener vidas separadas. Esto no era nada insólito en el mundo moderno. Lo que ha sido insólito es la obstinación de Elena Garro conmigo” (*Proceso*, 23, IX, 1997).

⁴⁰ Vizcaíno, 1993, p. 81.

⁴¹ Paz, 1993, p. 97.

Sin considerar el apoyo que Garro realmente haya podido ofrecerle a los estudiantes, lo cierto es que su actuación siempre fue ambigua, entre la colaboración y la crítica, entre la participación activa y el miedo a la represión. Durante los días posteriores al 2 de octubre, Garro buscó protección a diestra y siniestra, siempre temiendo por su libertad. Cuando por fin Campos Lemus se atrevió a denunciarla, la escritora adoptó una postura teatral, concedió la famosa entrevista en que acusó a otros intelectuales de ser los verdaderos instigadores de la revuelta e incluso hizo el gesto de entregarse a las autoridades para demostrar su inocencia frente a la opinión pública.

Detrás de esta serie de declaraciones que más parece una comedia de enredos que una discusión seria sobre uno de los temas más delicados del movimiento estudiantil, se esconden unas cuantas preguntas que no han podido obtener una respuesta satisfactoria con el paso de los años. ¿Por qué razón Sócrates Amado Campos Lemus acusó a Elena Garro de haber participado en el movimiento y de haber tratado de acercarlo a Carlos Madrazo? ¿Por qué motivo Elena Garro denunció a decenas de intelectuales de ser los responsables del conflicto? ¿Sólo trataba de salvarse a sí misma o en realidad pensaba que ellos habían sido culpables de lo ocurrido?

Más que una respuesta personal a estas interrogantes, se impone una colectiva: la conjura de los intelectuales era una *necesidad histórica*, una conclusión indispensable, desde el punto de vista del poder, para explicar la revuelta y, desde luego, para justificar las acciones emprendidas contra ella. En medio de esta paranoia gubernamental, Campos Lemus y Elena Garro sólo fueron dos piezas que, por su carácter y su particular condición psicológica, se prestaron a participar en esta representación articulada por el poder político. Díaz Ordaz requería, como nunca antes, de pruebas que confirmaran sus sospechas: nada mejor que delaciones entre los propios rebeldes —estudiantes, maestros e intelectuales— para probar la mezquindad de sus fines y el imperativo de su condena.

Atrapada en su propio terror, Elena Garro prefirió denunciar a sus colegas —los intelectuales de izquierda con los que siempre había convivido— que sufrir ella misma las consecuencias de sus acciones. En el extremo opuesto al de su exesposo, se convirtió, por propia voluntad, en una víctima de las circunstancias y en un instrumento del poder para terminar de confundir a la opinión pública. En vez de contribuir al esclarecimiento de los hechos, Garro optó por salvarse a sí misma. Su actitud, con todo, acaso fue más pública que otras, pero en realidad no resultó muy distinta de la de miles de hombres y mujeres como ella —funcionarios, maestros, autoridades universitarias, padres de familia e incluso estudiantes— que, en el último momento, antepusieron su

propio interés a la verdad y la justicia. Acaso esta conducta no pueda reprochárseles, pero al menos debe quedar testimonio de la vileza generada en algunos de sus ciudadanos por el gobierno mexicano.

Para colmo, la carta abierta de Helena Paz a su padre contribuyó a confundir aún más el ambiente general hacia los intelectuales. Si, como señaló Elena Poniatowska, la actitud de Paz fue ejemplar en todos los niveles de la vida política de México, la reacción de su hija, motivada por la animadversión personal, empañó notablemente la figura de los intelectuales en la sociedad mexicana. Como si no tomaran en cuenta la magnitud de la tragedia, los medios se encargaron de mostrar las desavenencias, celos y acusaciones de una familia cuya actuación en aquellos días marcaba profundamente la vida política nacional.

Aunque Paz renunció a la embajada en la India en octubre, decidió posponer su regreso a México hasta 1971, cuando las condiciones políticas parecían haber cambiado. En diciembre de 1968, Octavio Paz voló de la India rumbo a París, en donde lo esperaba su amigo Carlos Fuentes. Posteriormente se dedicó a impartir conferencias en Estados Unidos e Inglaterra, y sólo volvió a México al término de la presidencia de Díaz Ordaz, en 1971, dispuesto a encabezar, por invitación de Julio Scherer, entonces director de *Excélsior*, un nuevo proyecto, la revista *Plural*, y a sumarse a la formación de un nuevo partido político encabezado ni más ni menos que por Heberto Castillo.⁴²

Ese mismo año, Paz pudo conjurar los oscuros mitos de la violencia con la publicación de una de las más cuidadosas revisiones, filosóficas y políticas, de los sucesos del 2 de octubre. Nacido a partir de una conferencia que el poeta impartió en la Universidad de Austin el 30 de octubre de 1969, el pequeño libro fue escrito como una especie de continuación de *El laberinto de la soledad*, y apareció publicado en 1970 por la editorial Siglo XXI con el título de *Posdata*.

A pesar de que en sus páginas Paz denunciaba la represión gubernamental, y de que analizaba con simpatía el desarrollo del movimiento estudiantil, la tesis central del libro era que la crisis histórica que vivía México no podía ser resuelta mediante la revolución, como querían los líderes estudiantiles y los intelectuales de izquierda, sino con la instauración de una verdadera democracia.

Esta idea le granjeó a Paz la irritación de estos sectores, los cuales aún se sentían vívidamente afectados por los sucesos de Tlatelolco. En una larga entrevista que Paz le concedió a Julio Scherer en 1993, el poeta reflexiona ampliamente sobre la recepción que su libro tuvo en el medio mexicano. Por su importancia, vale la pena citar algunos fragmentos, a pesar de que excedan el

⁴² Sobre este proyecto que nunca llegó a concretarse, ver Vizcaíno, 1993, pp. 145 y ss.

marco temporal de estas páginas:

– Mis ideas fueron criticadas con dureza lo mismo por los voceros del gobierno que por los intelectuales de izquierda. Unos estaban empeñados en la conservación del statu quo y los otros soñaban con la instauración, por medios revolucionarios, de un régimen socialista. La reacción de los primeros era natural; lo era menos la de los intelectuales y los partidarios del movimiento estudiantil. Ninguno entre ellos parecía darse cuenta de la contradicción que había entre su pasión revolucionaria, su culto al Che Guevara o a cualquier otro santón de la izquierda, como Mao, y la significación real del movimiento en el que habían participado: la democracia. Sí, hablaban de democracia, pero para ellos era un medio subordinado a la acción revolucionaria, es decir, una táctica, no un fin en ella misma. [...] Escandalizados por las ideas y pareceres que exponía en *Posdata*, decretaron mi muerte civil. La condena dura ya veinticinco años; en la mayoría de las recientes conmemoraciones de los sucesos de 1968 – reuniones, números especiales de revistas y periódicos, programas de televisión y radio e incluso biografías – no mencionaron mi nombre ni mis escritos.

– Aparte de tu diferente, heterodoxa interpretación política de los sucesos de 1968, ciertas afirmaciones tuyas te opusieron a la corriente general. [...]

– Así es. Ante todo: es imposible callar o minimizar, como es ya costumbre, la influencia de los movimientos de París, Berkeley y otras ciudades. Hubo contagio e imitación. Fue una explosión universal y los ecos fueron numerosos. Señalo dos que me parecen, a un tiempo, evidentes y capitales. El primero fue la rebelión contra la autoridad del padre, simbolizada en la figura del presidente: la revuelta juvenil fue la sublevación de los hijos. El segundo: el elemento orgiástico, de gran bacanal o fiesta ritual. Los jóvenes exaltaron el placer y el erotismo como dos fuentes de creación y de libertad. 1968 fue una subversión y, también, una representación: la fiesta enmascarada de revolución. Ni los dirigentes estudiantiles ni los intelectuales mexicanos que se han ocupado del tema han ahondado en estos aspectos, a mi juicio centrales.

– ¿Y tu idea de ver la represión del 2 de octubre como un ritual de sacrificio?

– Fue una interpretación arriesgada pero no insensata ni carente de fundamento. Hay una continuidad en la historia de México (como en la de todos los pueblos) y esa continuidad es secreta: está hecha de imágenes,

creencias, mitos, costumbres. Si nuestra imagen de la autoridad tiene raíces precolombinas y virreinales, también tiene la del castigo y la opresión. Hay que saber leer lo que está escrito detrás de los acontecimientos. La historia es, siempre, un palimpsesto.⁴³

Los días de la ignominia

Con este título, Fernando Benítez publicó el 23 de octubre en la revista *Siempre!* un largo comentario sobre el movimiento estudiantil y la represión gubernamental que se convirtió en una especie de resumen de la visión que tuvieron los intelectuales de lo ocurrido.

Después de describir el desarrollo del movimiento estudiantil hasta la masacre de Tlatelolco, Benítez afirma:

Tlatelolco no era San Ildefonso ni la CU. En la prepa bastó una bazuka para que el ejército entrara y se apoderara de sus escasos ocupantes. La gloriosa victoria de la Universidad se ganó fácilmente. 10 mil soldados cayeron sobre mil 500 estudiantes inermes. El Politécnico fue el próximo objeto de la campaña. Allí se evidenció que la decisión de exterminar por las armas los focos de discrepancia tropezaba con una decisión de resistir.

El triunfo moral del rector y la devolución de la Universidad supusieron una tregua. El CNH decidió mantener sus seis puntos y apoyarlos con mítines y manifestaciones pacíficas dentro de la más estricta legalidad. El primer mitin fuera de CU debía celebrarse en Tlatelolco.

La mañana del 2 de octubre el secretario de Gobernación declaró que estaban abiertos los caminos para resolver los problemas; mas parece que el plan de destrucción había sido resuelto y estaba en marcha...

Tlatelolco era un reducto popular. Los ataques policiacos y la justicia del movimiento determinaron que un gran número de vecinos simpatizara con los estudiantes. La asistencia y la ayuda continuas, la solidaridad y la nobleza presidieron este encuentro de estudiantes y pueblo...

El ejército y la policía no esperaron a que el mitin se disolviera para ocupar Tlatelolco: provocaron el pánico y luego desencadenaron una cruenta ofensiva que pudo haberse evitado.

Los miembros del CNH fueron desnudados y vejados. Mil quinientas personas fueron hacinadas en cárceles y campos militares; se recogieron

⁴³ Paz, 1993, pp. 215-218. Una versión anterior de esta entrevista apareció en la revista *Proceso*.

docenas de heridos y no menos de cuarenta muertos.

Más adelante se refiere a la supuesta conjura desenmascarada por Sócrates Amado Campos Lemus y Elena Garro:

Junto a políticos excluidos de los actuales círculos del poder, se acusó a personalidades que se han distinguido por su inteligencia y honestidad, por los servicios que han prestado a México y por su repudio a la violencia.

Y concluye Benítez:

Se abren dos únicos caminos: una nueva represión y el reino absoluto del terror y la destrucción [...] o bien la reconstrucción integral de nuestra vida política y de nuestra enseñanza superior.

El 6 de noviembre, Carlos Monsiváis publicó también un artículo como conclusión a sus opiniones sobre el movimiento estudiantil, "Lo real, lo parcial y nuestra historia oficial". Para Monsiváis, una de las conclusiones del movimiento ha sido que la idea de revolución mexicana y, sobre todo, de un estado social, han caído en la quiebra:

Uno de los temas que el movimiento estudiantil (o la remoción, el ajuste de cuentas nacional que el movimiento ha traído consigo) vino a poner en actos, ha sido la idea histórica de la permanencia de la revolución mexicana. [...] El movimiento (o ya es mejor precisarlo: las revelaciones que el movimiento ha entregado con afán tajante) lo ha establecido: la revolución social mexicana está atrás o en el porvenir, es pasado o futuro.

Luego, Monsiváis hace un repaso de los movimientos sociales que ha habido en el país, para llegar nuevamente a la idea inicial:

Entre los mayores descubrimientos que se han venido produciendo a partir del 26 de julio de 1968, al lado de la seguridad drástica del enmohecimiento y anacronismo de la mayoría de los instrumentos políticos en uso, al lado de la preeminencia de la actitud moral sobre la victoria politiquera, debe contarse esta ruina progresiva de la historia oficial, que al rechazar a los heterodoxos, rechazó de paso toda idea de vida y acción dialéctica, para quedarse tan sólo con la felicidad de lo

inmutable.

En el editorial del mismo número encontramos, quizá, la mejor conclusión a las especulaciones sobre la participación de los intelectuales en el movimiento estudiantil. Como un corolario de los sucesos de 1968, *La Cultura en México* afirma:

¿Es culpable la clase intelectual de todo lo ocurrido? En el fondo sí es culpable, del mismo modo que fueron culpables los pensadores y los intelectuales de la independencia, de la reforma y de la revolución de 1910. Ellos son los que piensan, los que se informan, los que enseñan, los que nos transmiten las ideas filosóficas, los conocimientos y las corrientes de pensamiento contemporáneo. La lucha de todos los intelectuales del mundo actual contra la desigualdad, la injusticia, la rigidez de los sistemas autoritarios, la enajenación del hombre.⁴⁴

José Revueltas regresa a la cárcel

Aunque poco se ha hablado en estas páginas de José Revueltas, él fue uno más de los grandes símbolos de 1968. Desde el principio del movimiento, Revueltas se unió a los jóvenes, los acompañó en mítines y asambleas, influyó en sus decisiones, compartió su forma de vida y, de algún modo, asumió con ellos una especie de autoridad paterna.

Estas tareas eran para él una especie de misión, un martirio que se imponía él mismo, un sacrificio más en su larga –y heterodoxa– carrera de militante comunista. Después del 2 de octubre, Revueltas continuó apoyando a los perseguidos y escribiendo sobre el movimiento. Era lógico que el poder no tardaría en darse cuenta de su molesta presencia y de llevarlo, una vez más, a ese lugar en el cual Revueltas había pasado más tiempo que en ningún otro: la cárcel.

En 1968 Revueltas era ya un escritor famoso y no sólo en los círculos de izquierda. Acababa de obtener el Premio Villaurrutia, el más prestigiado del país, y su obra había empezado a traducirse a otros idiomas. Sin embargo, su vida personal no sólo no había cambiado, sino que continuaba con la misma inestabilidad de siempre. Entre el compromiso político y el alcohol, Revueltas nunca tuvo tiempo para la tranquilidad o el aburrimiento.

⁴⁴ Este importante fragmento también fue reproducido en Poniatowska, 1971, p. 138.

Como cuenta Álvaro Ruiz Abreu en su excelente biografía sobre el escritor, Revueltas viajó a Cuba a principios de 1968, como jurado del concurso Casa de las Américas. A su regreso, había sido minuciosamente revisado y “fichado”. A continuación, su plaza en la Secretaría de Educación Pública fue congelada; sin contemplaciones, Revueltas renunció a ella y decidió acercarse a la UNAM. En la Facultad de Filosofía y Letras fue muy bien acogido por los estudiantes y de inmediato trabó contacto con diversos grupos de análisis político, como el “Miguel Hernández” y el “José Carlos Mariátegui”.⁴⁵

En cuanto comenzó el movimiento, Revueltas se solidarizó con los estudiantes y se dedicó en cuerpo y alma a apoyarlos.⁴⁶ De hecho, la Facultad de Filosofía y Letras se convirtió en su cuartel general; ahí escribía sus artículos y conferencias e incluso ahí dormía para recuperar fuerzas.⁴⁷ Entre agosto y septiembre, Revueltas escribió numerosos ensayos, artículos, manifiestos y cartas en los cuales trataba de darle un sustento teórico a la protesta estudiantil.

Tras la ocupación de Ciudad Universitaria por el ejército, Revueltas perdió su hogar y tuvo que huir, escondiéndose en las casas de diversos amigos para escapar a la represión. Ese mismo día, 18 de septiembre, volvió a escribir sobre el rumbo del movimiento. Al día siguiente, al enterarse de lo ocurrido en la UNAM, estaba ya seguro de que pronto sería detenido. Por la noche huyó por la parte trasera de la casa y emprendió un nuevo éxodo como prófugo hasta que fue acogido en casa del escritor Arturo Cantú.

Los sucesos del 2 de octubre lo trastornaron profundamente. Continuó apoyando a los líderes estudiantiles que no habían sido apresados e intentaba animar a los que ya estaban en prisión. Apenas unos días antes de su detención, Revueltas había dirigido una carta a los estudiantes, publicada como folleto con el nombre de *Carta abierta a los estudiantes presos*, publicada por el Comité de Lucha de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Ahí afirmaba:

¿Por qué si Estados Unidos prosigue la bárbara guerra de Vietnam y la Unión Soviética invade Checoslovaquia con el mayor descaro, sin importarles a ninguno las censuras ni la indignación de la opinión pública mundial, no se iba a permitir al gobierno de Díaz Ordaz consumir la espantosa matanza de Tlatelolco, sin cuidarse para nada del honor de México en el extranjero y sin que le haya quitado el sueño tampoco la

⁴⁵ Ruiz Abreu, 1992, pp. 18-24.

⁴⁶ Roberto Blanco Moheno, en su libro *Tlatelolco, historia de una infamia*, dedica numerosas páginas a *mostrar* cómo Revueltas era un verdadero agitador y culpable de corromper a los jóvenes que participaron en el movimiento. Ahí, acusa al escritor duranguense de ser el “estratega” de los combates con las fuerzas públicas que terminaron con la matanza (Blanco Moheno, 1969, pp. 161-192).

⁴⁷ Roberto Escudero, “Prólogo” a José Revueltas, 1978, p.11.

consternación, el sobrecogimiento y el horror con que reaccionó la prensa de todos los países ante un acto tan inconcebible y monstruoso para cualquier nación civilizada?⁴⁸

Ruiz Abreu cuenta que, el 13 de noviembre, Revueltas preparó una conferencia sobre la autogestión universitaria, dispuesto a leerla durante un acto público en la UNAM. Aunque era arriesgado, decidió no capitular y siguió adelante con su idea. Al tratar de escapar a la policía, se trasladó a la Facultad de Filosofía y Letras desde el día anterior y durmió ahí. Según Ruiz Abreu, “a las seis en punto de la tarde se presentó en el auditorio; satisfecho, contento, leyó su conferencia. A la salida lo identificó la policía y lo siguió; no pudo escapar. Fue tratado cordialmente pero sin previo juicio lo trasladaron a Lecumberri, acusado de varios delitos del orden común”.⁴⁹

El 16 de noviembre, la prensa publicó breves notas sobre su detención. Sin embargo, al rendir su declaración ante el juez, el 18 de noviembre, Revueltas confesó haber sido el principal responsable de la agitación. Sus palabras se convirtieron, al día siguiente, en noticia de primera plana en todos los periódicos. La nota de *Excélsior* decía:

DETENIDO, JOSÉ REVUELTAS CONFESÓ HABER DIRIGIDO LA AGITACIÓN
LA PROCURADURÍA LO ACUSA DE 10 DELITOS
EL ESCRITOR ACEPTÓ LA MAYORÍA DE LOS CARGOS Y AÚN LANZÓ AMENAZAS

El escritor José Revueltas Sánchez confesó haber actuado como la cabeza del movimiento estudiantil, haber cultivado la simpatía de las masas intelectuales hacia ese movimiento y haber participado en reuniones secretas para alentar, “con su prestigio”, el conflicto.

Revueltas fue detenido hace unos días por agentes de la Policía Judicial Federal y ayer fue puesto a disposición del juez primero de Distrito en materia Penal.

Se le acusa de incitación a la rebelión, asociación delictuosa, sedición, daño en propiedad ajena, ataques a las vías generales de comunicación, robo, despojo, acopio de armas, homicidio y lesiones contra agentes de la autoridad. [...]

Revueltas declaró: “El de la voz considera ser uno de los que, obligado por la masa estudiantil, ha formado la dirección del movimiento actual”.

⁴⁸ Reproducido en la revista *Zurda*, 1988, p. 165.

⁴⁹ Ruiz Abreu, 1992, p. 24.

IBA A FORMAR UN PARTIDO POLÍTICO

Declaró además:

“El triunfo de la lucha revolucionaria estudiantil está basado en la formación, para su mayor éxito, de un frente de lucha de tipo obrero-campesino-estudiantil, para que en esta forma se creen las condiciones para la transformación radical de la sociedad, ya sea por medios pacíficos o violentos.”

[...] Manifestó además que “tiene planes para formar un partido político que contienda en las próximas elecciones presidenciales y que aglutine a los estudiantes que han propuesto al de la voz como uno de los probables candidatos de la campaña... y que si el gobierno no reconoce la fuerza de la juventud para la formación de un partido político, en cualquiera de sus formas se realizaría, como es lógico, el partido de oposición de que se trate, y que si a pesar de esta fuerza el gobierno recurriera al fraude electoral, entonces seguiría el mismo camino que siguió Madero, o sea derrocar al gobierno en el poder mediante la lucha armada”.⁵⁰

El 22 de noviembre se dictó el auto de formal prisión en su contra, acusado de “incitación a la rebelión, asociación delictuosa, sedición, daño en propiedad ajena, ataque a las vías generales de comunicación, robo de uso, despojo, acopio de armas, homicidio y lesiones”.⁵¹

El 3 de diciembre, *La Cultura en México* publicó una breve nota de protesta por el encarcelamiento de Revueltas, firmada en París por algunos de los escritores más importantes de España y América Latina, a las que se sumarían las de Arthur Miller y el PEN Club:

EN DEFENSA DE JOSÉ REVUELTAS

Los suscritos, escritores españoles y latinoamericanos de conocida posición democrática y antimperialista, protestamos enérgicamente contra el encarcelamiento del novelista José Revueltas por las fuerzas represivas del gobierno mexicano. Revueltas es uno de los más distinguidos escritores de la lengua española y, de hecho, uno de los fundadores de la novela moderna en Hispanoamérica. Su único crimen ha consistido en ejercer derechos democráticos consignados en la Constitución mexicana. Su arresto comprueba que estos derechos —de crítica, de palabra, de

⁵⁰ EXC. 19, XI. Estas declaraciones también aparecieron en EUN, EHM y NOV.

⁵¹ Álvarez Garín/Guevara Niebla, 1993, p. 272.

reunión y de integridad personal— son hoy letra muerta en México. Y que, una vez apagados los reflectores olímpicos, el gobierno de México prosigue su política represiva contra los estudiantes y los intelectuales. Al exigir la libertad de José Revueltas, invocamos esta fecha, 20 de noviembre, aniversario de la revolución mexicana de 1910, cuyas promesas de libertad y democracia son actualmente violadas por un sistema que se dice heredero de la gesta de Madero, Zapata y Villa.

Julio Cortázar, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez, Adriano González León, Juan Goytisolo, Jorge Semprún, Mario Vargas Llosa

París, 20 de noviembre de 1968.

En la cárcel, que realmente constituía un remanso de tranquilidad para él, Revueltas se dedicó a seguir teorizando sobre el movimiento, se integró a las actividades académicas que organizaban los estudiantes presos, dirigió decenas de misivas a amigos en el exterior y escribió una de las obras literarias capitales surgidas del movimiento estudiantil, la novela *El Apando*, en la cual resume su profunda relación con el medio penitenciario y denuncia, una vez más, los alcances de la represión gubernamental.⁵²

En febrero de 1969, Pablo Neruda dirigió una carta al presidente Díaz Ordaz pidiendo la libertad de Revueltas. A pesar de que el presidente leyó atentamente la misiva, afirmó que no estaba en sus manos la posibilidad de indultar al reo. Álvaro Ruiz Abreu piensa que, de cualquier modo, Revueltas no hubiera aceptado la supuesta generosidad del presidente.

En diciembre, Revueltas encabezó una huelga de hambre por tiempo indefinido para protestar porque sus procesos judiciales se encontraban empantanados. El 31 de diciembre, por instigación de las autoridades, los presos políticos fueron atacados por los delincuentes comunes. Revueltas, de 56 años, enfermó gravemente, lo cual no le impidió escribir un nuevo texto, “Año nuevo en Lecumberri”, y continuar protestando contra la injusticia de su detención. Por fin, el 13 de mayo de 1971, después de dos años y medio de prisión, abandonó el *Palacio negro* de Lecumberri, bajo protesta. Murió cinco años después, en la semana santa de 1976.

⁵² Escribe Guevara Niebla: “En la crujía, Revueltas se encerraba muchas veces en su celda y no aparecía en varios días. Quería trabajar, o simplemente estar solo. Sufría fuertes depresiones, también momentos de lucidez increíble. [...] Leíamos y también teníamos nuestros seminarios. Fue una experiencia positiva. [...] Revueltas discutía a fondo con Marcué y no podía verse con Heberto Castillo y sus seguidores. Las facciones dividían a los presos políticos” (Álvarez Garín/Guevara Niebla, 1988, p. 137).

El final del movimiento

Después del 2 de octubre y de la “tregua olímpica”, el movimiento estudiantil había quedado prácticamente desarticulado. La mayor parte de los líderes estudiantiles permanecía en la cárcel en espera de una sentencia condenatoria por delitos del orden común, en tanto que los intelectuales también habían frenado sus protestas por la represión. Sin duda, el presidente y su mano dura habían vencido. A partir de entonces, el movimiento estudiantil estuvo completamente derrotado, y el presidente se fue quedando más solo.

La sociedad que había estado pendiente de su desarrollo, que se había solidarizado con aquellos jóvenes que desfilaban por la ciudad y se enfrentaban a los tanques, había sucumbido a la anestesia olímpica. Mientras duró el gran evento, las previsiones del gobierno se cumplieron y México se entregó, como estaba dispuesto desde inicios del año, al espectáculo y al circo. Al terminar los Juegos, el público estaba demasiado fatigado —el año había sido demasiado intenso— como para permitirse un resto de entusiasmo por la causa de los estudiantes presos.

Por el contrario, todo el país esperaba que se recuperase la *normalidad*. Los muertos habían sido suficientes y nadie estaba dispuesto a arriesgarse más. Cuando, entre el 4 y el 5 de diciembre, el CNH —o lo que quedaba de él— acordó por unanimidad levantar la huelga y, posteriormente, disolverse, la noticia no conmovió a nadie. El manifiesto que los líderes estudiantiles publicaron entonces no parecía ya una condena al gobierno ni un ajuste de cuentas, ni siquiera un balance general, sino más bien un testamento. Lo mejor era recomponer la vida nacional, olvidarse de este año extraordinario y proseguir, hasta donde fuese posible, la vida diaria:

28 DE OCTUBRE

El CNH afirma que no considera como responsable de los sucesos de Tlatelolco a ninguna autoridad en particular, sino a la “entidad gobierno”.

29 DE OCTUBRE

El ejército desocupa el Casco de Santo Tomás.

31 DE OCTUBRE

Diez mil personas asisten a un mitin en Ciudad Universitaria.

1° DE NOVIEMBRE

Se lleva a cabo un acto luctuoso en la Plaza de las Tres Culturas en honor de los

muertos del 2 de octubre.

3 DE NOVIEMBRE

El secretario de Educación Pública, Agustín Yáñez, hace un llamado a maestros y estudiantes para que regresen a clases y a exámenes. En un breve discurso, afirma: "México repudia toda siniestra eventualidad. Así lo gritó unánimemente, clamorosamente, por calles y plazas, en incitante manifestación al concluir los Juegos Olímpicos; la palabra México y las estrofas del himno de México fueron un gigantesco plebiscito en favor de la unidad nacional, de la paz y del progreso. [...] Hagamos nuestras las palabras del señor presidente de la república, licenciado Gustavo Díaz Ordaz: 'Una sola inspiración tengo: México'. Con serena firmeza acudamos al llamado de México. La patria sea la medida de nuestro ímpetu.⁵³

5 DE NOVIEMBRE

La Asamblea de Intelectuales y Artistas publica un manifiesto para pedir la concordia y la libertad de los presos políticos con el título Libertad para todos los presos políticos.

12 DE NOVIEMBRE

Se lleva a cabo una asamblea en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, con la presencia del director, Leopoldo Zea, y del catedrático Luis Villoro.

21 DE NOVIEMBRE

El rector Barros Sierra convoca a los maestros a presentarse el día 25 a impartir clases a los alumnos que se presenten. El CNH vota por unanimidad el retorno a clases.⁵⁴

3 DE DICIEMBRE

Se publica una declaración final de Jorge de la Vega y Andrés Caso, representantes del presidente de la república. En ella se da cuenta del desarrollo de las pláticas y se da cuenta de la decisión de los estudiantes de levantar la huelga.⁵⁵

4 DE DICIEMBRE

En un mitin convocado por el CNH al que asisten unas cinco mil personas se da a

⁵³ ED, 4, XI.

⁵⁴ La culminación del papel de Barros Sierra en el movimiento estudiantil ocurrirá en abril de 1970, poco antes de concluir su periodo como rector, cuando, en una entrega de diplomas en la Facultad de Arquitectura, terminará su discurso con la frase: "¡Viva la discrepancia!" (cf. Monsiváis, "Javier Llanos Sierra: ¡viva la discrepancia!", en Álvarez Garín/Guevara Niebla, 1988, p. 99).

⁵⁵ ED, 2, XII. Se reproduce también en Flores Zavala, 1972, pp. 200-204.

*conocer la decisión de dar por terminada la huelga.*⁵⁶

5 DE DICIEMBRE

El CNH es formalmente disuelto. Se publica el Manifiesto a la nación "2 de octubre".

Publicado el 5 de diciembre, con las firmas de Roberto Escudero y Gerardo Estrada a nombre del CNH, el *Manifiesto* pretende ser un corolario al movimiento estudiantil, dictado por sus protagonistas:

Manifiesto a la nación "2 de octubre"

Durante los últimos meses de 1968, el país se ha visto sacudido por la protesta de miles de estudiantes que, a través de la demanda de solución de un pliego petitorio, que consta de seis puntos, cuestionan ante el mundo la imagen que de México la clase dominante ha pretendido crear y cuyos rasgos esenciales son la paz, la estabilidad y la riqueza.

El movimiento estudiantil de julio ha surgido como resultado de viejos problemas planteados a un régimen que los ignora, los niega o que, pretendiendo resolverlos, en realidad sólo consigue agravarlos y ha evidenciado ante el mundo la situación de miseria y falta de libertades políticas en las que viven la mayoría de los mexicanos.

[...] En resumen, las decisiones políticas y económicas del gobierno mexicano representan los intereses de una clase, propician y amparan la explotación de las demás y crean un marco de irracionalidad en el que los problemas socioeconómicos del pueblo sólo hallan una relativa solución.

[...] El carácter antidemocrático de las estructuras políticas del país, que se manifiesta en su incapacidad para resolver auténticas demandas populares, es resultado de prácticas políticas obsoletas y que no solucionan los problemas de la sociedad mexicana actual, la democracia en México es un mero concepto, una forma más, pues la política se hace al margen de las mayorías populares, de sus aspiraciones, intereses y exigencias, las determinaciones son tomadas por un restringido núcleo de personas que, obstaculizando la participación política del pueblo, lo niegan como instancia última de decisión.

La sistemática represión a todo intento de organización política independiente, el sistemático encarcelamiento o asesinato de los líderes

⁵⁶ Escribe Paco Ignacio Taibo II: "La resistencia duró un mes. Cientos de mítines, debates, brigadismo... Pero se estaba en la etapa del no retorno. Teníamos que cambiar de formas de lucha y no las encontrábamos. Al fin, el 4 de diciembre, las últimas escuelas aceptaron el regreso a clases. Yo voté por el final de la huelga, pensando que había que detener la represión y reorganizarnos. El CNH se disolvió" (Taibo II, 1991, p. 111).

más honestos, la construcción de marcos jurídicos que impiden por decreto toda participación organizada, y la falta de información nacional veraz, han impedido y frenado el surgimiento y desarrollo de organizaciones obreras, campesinas, estudiantiles y en general ciudadanas, que puedan participar libre, responsable y combativamente en contra de las medidas de opresión del gobierno. Así, Demetrio Vallejo y Rubén Jaramillo, que no aceptaron el sometimiento a las disposiciones gubernamentales, fueron asesinados. Considerando también como asesinato el encarcelamiento injusto de un líder justo.

[...] En adelante el gobierno deberá esperar una respuesta del pueblo a los actos de arbitrariedad de quienes abusan de sus atribuciones utilizando al ejército y la policía para atropellar los legítimos derechos del pueblo. El movimiento ha sido resultado espontáneo de la indignación de prácticamente todos los integrantes de las instituciones de educación superior del Distrito Federal y de otros lugares del país; de la indignación sentida por amplios sectores del pueblo de México ante la arbitrariedad y la brutalidad policiacas al agredir a grupos estudiantiles que hacían uso de un derecho consagrado en la Constitución al manifestarse públicamente en protesta a anteriores agresiones ordenadas por funcionarios irresponsables.

[...] El Consejo Nacional de Huelga, máxima expresión organizativa del movimiento, no ha asumido una posición ideológica homogénea porque ha acogido en su seno a todas aquellas corrientes que luchan por el avance democrático del país, por la vigencia de la Constitución y por una sociedad en la que todos nuestros compatriotas encuentren oportunidad para expresarse y desarrollarse cabalmente como hombres y ciudadanos.

[...] El CNH ha demandado la democratización de las prácticas políticas y lo ha hecho dando ejemplo de democracia, ya que todos los centros educativos participantes han tenido permanente e irrestrictamente voz y voto en las decisiones tomadas, los órganos soberanos de nuestro movimiento han sido las asambleas estudiantiles y los plenos del CNH, representante auténtico de dichas asambleas.

[...] Si hemos exigido un diálogo público, no ha sido buscando la forma de eludir la solución del conflicto, sino porque consideramos y es una cuestión de principio en el movimiento, que los asuntos que afectan al pueblo deben ventilarse abiertamente. Hemos demandado la libertad de los presos políticos porque estamos convencidos de que los disidentes de los criterios oficiales y los opositores al régimen no son delincuentes.

[...] Pese a las dificultades a que hemos debido enfrentarnos, pese a la

intransigencia y la intolerancia del gobierno expresada el 2 de octubre en la Plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco, pese a todo ello, el movimiento ha arrancado al estado algunas demandas y ha abierto nuevas perspectivas en la vida política del país, marcando nuevas etapas en su desarrollo.

Las demandas arrancadas son: la discusión pública del artículo 145 del Código Penal, antigua demanda de los sectores democráticos del país y que sólo hasta ahora adquiere las dimensiones de un debate nacional.

[...] Existen, además, otra serie de logros que aunque menos concretos son más importantes para la vida política de México. El movimiento ha abierto en el país una etapa de discusión, de crítica y de reflexión política revelando las lacras del sistema, promoviendo así que amplios sectores del pueblo, indiferentes muchas veces ante los graves problemas que afectan a nuestra comunidad, tomaran conciencia de esos problemas y estuvieran dispuestos a luchar por la solución de ellos.

[...] El gobierno mexicano debe tomar muy en cuenta que ante la obstrucción sistemática y reiterada que de los canales democráticos realiza, no puede pedir actitudes eternamente pasivas y sumisas y que las vías que siga el pueblo de México para el logro de una auténtica democracia estarán esencialmente determinadas por la posición que se asuma frente a las exigencias de reivindicaciones populares que se aproximan. Sin embargo, cualquiera que sea la vía, todo mexicano luchador por la democracia actuará con la responsabilidad que la historia le confiera.

VENCEREMOS

CONSEJO NACIONAL DE HUELGA

ROBERTO ESCUDERO, GERARDO ESTRADA.

Los intelectuales al servicio del poder

Como prácticamente todos los funcionarios del gobierno de Díaz Ordaz, los intelectuales que ocupaban cargos en su gabinete fueron, a lo largo del movimiento estudiantil, fieles seguidores del presidente. Los casos más patentes, en este sentido, son los de Agustín Yáñez, secretario de Educación Pública, y dos de sus principales colaboradores: Mauricio Magdaleno, subsecretario, y José Luis Martínez, director general del Instituto Nacional de

Bellas Artes. Desde luego, también hay que contar a Martín Luis Guzmán, presidente de la Comisión del Libro de Texto Gratuito y director de la revista *Tiempo*. En todos los casos se trataba de escritores de primera magnitud que, sin embargo, fueron incapaces de resistir la seducción del poder.

Yáñez era, como se ha dicho en estas páginas, uno de los novelistas vivos más importantes del país. Su obra cumbre, *Al filo del agua*, acababa de cumplir veinte años de haber aparecido, y decenas de intelectuales, de todas las corrientes políticas, se habían unido a la celebración. No obstante, desde el inicio del movimiento Yáñez no sólo no repudió ninguna de las acciones del gobierno en contra de los estudiantes, sino que descaradamente las solapó, ora con su silencio, ora con su aceptación cómplice.

Aunque el 23 de agosto fue nombrado expresamente por Díaz Ordaz como uno de sus interlocutores con los líderes estudiantiles, nunca logró estar a la altura de las circunstancias y, a pesar de ser el secretario de Educación, su papel fue rebasado por los demás funcionarios del gobierno. Posteriormente, el nombramiento de Andrés Caso y de Jorge de la Vega como mediadores presidenciales en el conflicto lo marginó definitivamente de cualquier toma de decisión.

En el retrato que hace de él Ricardo Garibay, quien entonces era un hombre cercano al presidente Díaz Ordaz, Yáñez no deja de parecer una figura patética y dolorosa, incapaz de enfrentarse al poder de su jefe e igualmente incapaz de aceptar su responsabilidad en la represión. En *Cómo se gana la vida*, Garibay narra el desarrollo de una patética entrevista de Yáñez con Díaz Ordaz durante los primeros días del conflicto estudiantil, en la cual el secretario intentó renunciar a su puesto:

El secretario de Educación estaba hablando casi en secreto y entregaba, hacia el fin de su *acuerdo*, un papel al presidente. El presidente leyó el papel, lo rompió en cuatro pedazos hacia el secretario y alzó la voz:

—Se ha tardado usted más de la cuenta. Y ya debería saberlo: a mí ningún hijo de la chingada me renuncia. ¡De qué forro le salió!... ¡váyase a cumplir un poco mejor su cometido!⁵⁷

A partir de ese momento, Yáñez se limitó a cumplir las órdenes presidenciales sumisamente aunque en el fondo tratase de mantenerse lo más alejado posible de la represión directa que se ejercía sobre los estudiantes. Magdaleno —uno de los más fervientes seguidores de Vasconcelos durante la campaña de 1929— y Martínez —responsable de la Olimpiada Cultural—

⁵⁷ Garibay, 1994, p. 142.

hicieron otro tanto. La pregunta, desde luego, es la siguiente: ¿por qué razón tres brillantes intelectuales se plegaron tan completamente a los designios del poder? ¿Por qué razón guardaron silencio y, si bien no atacaron directamente a estudiantes y maestros, tampoco salieron en su defensa?

El caso de Guzmán es aún peor. A lo largo de todo el movimiento, e incluso después del 2 de octubre, publicó en *Tiempo* incontables ataques hacia el movimiento estudiantil, así como enérgicas defensas de la política emprendida por Díaz Ordaz contra los “agitadores”. Muchos de estos textos, aparecidos sin firma, parecen haber sido escritos por el propio Guzmán.⁵⁸

Todavía un año después de la masacre de Tlatelolco, el antiguo ateneísta no dudó en seguir alabando la enérgica medida tomada por Díaz Ordaz. Como narra Julio Scherer, el 7 de julio de 1969, día de la libertad de prensa, Guzmán pronunció un discurso en el cual glorificó la labor de Díaz Ordaz. Según Scherer, ahí “afirmó que la prensa estuvo por abajo de la elevada estatura del jefe de la nación y describió a los líderes del movimiento multitudinario como un grupo de facinerosos”.⁵⁹ En su discurso llegó a decir que la revuelta juvenil era un “movimiento poderoso por los recursos económicos de que llegó a disponer y difícil de combatir porque el brazo de su acción callejera lo formaban sectores juveniles engañados y manejados desde la sombra [...] y el instrumento de su acción ideológica eran no pocos intelectuales agitadores o agitadores disfrazados de intelectuales”.⁶⁰

Por desgracia, la actuación de estos hombres no constituye una excepción, sino que más bien refleja la regla general en el interior del gobierno. La inercia de la represión era demasiado fuerte para oponerse a ella; intentarlo equivalía a un suicidio político, tal como el que experimentó Octavio Paz. Además —es necesario decirlo, sin que ello implique una exculpación—, no era lo mismo ser embajador y permanecer lejos de México que estar en el centro mismo del problema, al alcance de la cólera presidencial.

En un país dominado por la “incapacidad de disentir”, intelectuales como Yáñez, Magdaleno, Martínez o Guzmán —o, en otro sentido, Salvador Novo— representaron el peor papel posible: el de meras comparsas de la represión, simples figurines cuyo peso artístico le otorgaba respetabilidad al gobierno mexicano pero que, en el fondo, no poseían ningún peso político real. Atrapados en la telaraña del poder, eran meros engranajes en la vasta maquinaria represiva del estado. Desde el momento en que aceptaron sus puestos, desde el instante mismo en que comenzaron a trabajar en favor del

⁵⁸ Ésta es la opinión del escritor Jaime Ramírez Garrido, quien ha consultado la colección completa de la revista *Tiempo* para la biografía que prepara de Guzmán.

⁵⁹ En Álvarez Garín/Guevara Niebla, 1988, p. 131.

⁶⁰ Carrión, 1969, p. 242.

presidente, vendieron su libertad y su capacidad crítica. En este sentido, el suyo es, tan solo, uno más de los incontables sacrificios ocurridos en 1968.

Fin de año

Pocos años se habían iniciado con tan buenos augurios como 1968 y, sin embargo, a partir de octubre, pocas veces se había deseado tanto que un año terminase. Una vez extinguido el fuego olímpico durante la noche del 26 de octubre, ya no tenía caso continuar con las semanas que faltaban para el 31 de diciembre.

Al desmontar la “conjura contra México”, el presidente había cumplido con su deber. Díaz Ordaz no se había equivocado: si los meses previos habían representado una ardua y penosa preparación del evento, al menos podía quedar la certeza de que, junto con los atletas invitados, se marchaba asimismo la tenebrosa intriga que había atentado contra México.

Marcados por decenas de imprevistos, por revueltas y contrarrevueltas, por modas y prejuicios, por asesinatos y masacres, los diez primeros meses de 1968 habían sido un resumen de la agitación de las décadas previas. Como ha dicho con cierta ironía un novelista contemporáneo: “¿Quién puede negar, con la mano en el corazón, que el gesto característico del siglo XX —y, desde luego, de un año como 1968— es el de una persona matando a otra?”⁶¹

De este modo, 1968 encarnó tanto el espíritu revolucionario como el totalitarismo, tanto el romanticismo de los hippies como la voluntad maquiavélica de los dictadores, tanto el idealismo de King como la irracionalidad de Vietnam, tanto el espíritu de Tlatelolco como el espíritu de la Olimpiada. Como un final innecesario para estos extremos, los meses de noviembre y diciembre no eran sino añadidos fútiles de una época que se bastaba a sí misma para resumir la historia. Era cómo si la esterilidad de los meses subsecuentes fuese el paso necesario, el duelo requerido, para su evolución posterior.

Por ello, para la mayor parte de los mexicanos el año no terminó con los fuegos artificiales que anunciaban los últimos minutos de un rutinario 31 de diciembre, sino con las bengalas que el 2 de octubre habían iluminado el cielo nocturno de Tlatelolco.

⁶¹ John Lanchester, *En deuda con el placer*, Anagrama, Barcelona, 1997, p. 214.

EPÍLOGO

A TREINTA AÑOS DE 1968

Al contrario de lo que se suponía a principios de enero, 1968 no fue el año de la paz, ni de los trasplantes de corazón, ni de las Olimpiadas. Tampoco el año que marcó el fin de la guerra de Vietnam. Ni siquiera fue el año de Armando Manzanero o de Fidel Velázquez y ninguno de los dos grandes intelectuales mexicanos en el exilio regresó al país, como hubiese querido el caricaturista Abel Quezada. En vez de ello, 1968 ha pasado a la historia, de modo casi exclusivo, como el año de las revueltas juveniles. Y, en México, como el año de la masacre de Tlatelolco. Doce meses, cincuenta y dos semanas, trescientos sesenta y cinco días transformados, sin más, en una sola fecha: 2 de octubre.

Los seres humanos tendemos a olvidar pronto o, en el mejor de los casos, a sintetizar los hechos en unas cuantas palabras. “El 2 de octubre no se olvida” fue el lema de los testigos de la matanza y el símbolo de que en realidad se esperaba que sí se olvidara. En contra de estas predicciones, no triunfó la amnesia. Al menos no del todo. Si bien el gobierno logró sepultar a los caídos de modo que jamás se pudiese saber su número exacto — como escribió Jaime Sabines en un poema —, no pudo silenciar a los miles que vivieron para contarlo y tampoco logró imponer su versión de los hechos sobre la de los estudiantes. Por el contrario, la imagen que ha quedado de 1968 se apega mucho más a la verdad histórica y esto ha sido así, en gran medida, gracias a quienes desde entonces han hablado de sus experiencias o han incorporado sus puntos de vista a la revisión de este momento capital.

Milan Kundera ha insinuado que a veces, cuando un libro es lo suficientemente importante, todos tenemos la impresión de haberlo leído: así sucede con *La Biblia*, con *Aristóteles*, con *Shakespeare*, con *El Quijote*. Lo mismo pasa, en cada época, con algunos textos y algunos nombres capaces de resumir y encarnar las preocupaciones de quienes permanecieron en silencio. La idea que tenemos de 1968 ha sido modelada, en gran parte, gracias a las páginas publicadas entonces por los intelectuales mexicanos. Su participación en el movimiento fue decisiva, aunque más por las frases que escribieron — por la historia que se encargaron de tramar — que por las marchas y mítines a los cuales se presentaron.

Desde luego, esto no quiere decir que las masas que tomaban las calles tuviesen amplios conocimientos de ideología marxista o que se dedicasen a leer,

entre una concentración y otra, a Fuentes y a García Ponce, a Poniatowska y a Revueltas, a Paz y a Pacheco. De hecho, eran muy pocos quienes leían al Che y se transformaban en revolucionarios, menos aún quienes comprendían a Marcuse y se lanzaban contra la alienación, y casi inexistentes los que se sentían impulsados a derrocar al gobierno por las descaradas burlas de Monsiváis. Pero sólo en un espacio intelectual donde convivían y se mezclaban las ideas de hombres y mujeres como éstos pudo gestarse un movimiento como el que surgió en México en 1968. Debido a ellos, la principal bandera de los estudiantes, la democracia, halló un eco en la sociedad que, como ha señalado Octavio Paz, fue el “secreto de su instantáneo poder de seducción sobre la conciencia popular”.¹

Sin embargo, tampoco hay que llegar al extremo de convertirlos en responsables de lo ocurrido: hacerlo así significaría darle la razón a Díaz Ordaz y confirmar la conjura que él necesitaba imaginar detrás de los estudiantes. Una vez iniciado el movimiento, los intelectuales apenas pudieron hacer otra cosa que redactar proclamas y manifiestos, temer las detenciones y tratar de interpretar los hechos. Pero, si bien su acción directa fue escasa o ineficaz, no puede decirse lo mismo del impacto que, a la larga, sus opiniones han adquirido en la conformación de la opinión pública nacional. Vista así, la labor de quienes escribían en *La Cultura en México* y en otros medios críticos tuvo un valor efectivo. Los intelectuales mexicanos de entonces no sólo se dedicaron a compartir sus opiniones, aprobando o no las acciones del gobierno o de los estudiantes, sino que en verdad *contaminaron* a los lectores mexicanos con la vida intelectual del momento. La idea revolucionaria y su adopción en el tercer mundo, Sartre y Marcuse, la lucha por los derechos civiles, la relación entre la actividad literaria y la política, los movimientos estudiantiles en Europa y Estados Unidos, las vanguardias artísticas, las frustradas revoluciones de Europa del este: todos éstos fueron temas que de otro modo no hubiesen tenido la difusión que llegaron a alcanzar. Sin espacios como *La Cultura en México*, el país habría sido aún más intolerante y autoritario, más cerrado y represivo en ese año capital del internacionalismo que fue 1968.

Acaso fuese el presidente quien peor comprendió el papel que desempeñaron sus críticos en aquellos difíciles momentos. En un escenario que oscilaba entre la desconfianza y la necesidad de aplauso, Díaz Ordaz fue incapaz de asimilar la verdadera importancia de los intelectuales. Su constante temor a una conjura internacional, su obsesión por culpar a los “filósofos de la destrucción” de las revueltas y su pánico a la diversidad lo llevaron a crear un abismo entre ellos y su propio ejercicio del poder. Para él, todos sus opositores

¹ Paz, 1971, p. 35.

—los pocos a los que no había podido sobornar o atemorizar— constituían una terrible amenaza para la seguridad pública del país.

Ahora, uno no puede dejar de formularse algunas preguntas al respecto: ¿En realidad un viejo escritor como José Revueltas era tan peligroso como para perseguirlo durante meses hasta, por fin, encarcelarlo? ¿En verdad sus libros, llenos de contradicciones teóricas, eran un desafío para el estado mexicano? ¿La renuncia de Octavio Paz vulneraba tanto la imagen de México como la Secretaría de Relaciones Exteriores se empeñó en hacer creer? ¿Era imprescindible encerrar a cientos de maestros universitarios? ¿Era un suplemento como *La Cultura en México* el verdadero refugio de los instigadores de la sedición?

Aunque a la luz de los años parezca risible el miedo demostrado por Díaz Ordaz, los hechos muestran que se sentía verdaderamente acosado por los intelectuales. La “conjura” revelada por Campos Lemus y Elena Garro es la prueba más obvia de que el presidente necesitaba justificar la represión y sancionar a sus detractores. De este modo, los reos no sólo eran unos jóvenes inmaduros, sino un grupo de perversos pensadores capaces de maquinarse la ruina nacional. En nuestros días, la teoría de la Mano Negra parece un vodevil lleno de testimonios absurdos y contradictorios, y quizás por ello resulte aún más sorprendente que tantas personas, entre ellas el presidente de la república y numerosos intelectuales adictos al régimen, estuviesen tan convencidos de su solidez.

Por el contrario, los intelectuales de izquierda se habían limitado a ser testigos de las acciones de las autoridades, de los maestros y de los alumnos, severos cómplices de los revolucionarios, censores de la represión y, en fin, provocadores teóricos y nunca efectivos de los desórdenes. Parafraseando a Borges, los conjurados mexicanos de 1968 no habían hecho otra cosa que tomar “la extraña resolución de ser razonables”.

¿Qué ha sucedido en México a partir del 2 de octubre de 1968? A pesar del entusiasmo desatado por la rebelión estudiantil, durante los meses posteriores a la masacre, los afanes revolucionarios y democráticos de los jóvenes y de la sociedad mexicana en su conjunto fueron silenciados de manera brutal. Tlatelolco no sólo fue una infamia, sino un golpe de efecto cuyo objetivo era cancelar, de una vez por todas, cualquier deseo de transformación.

Como señaló con crueldad un comentarista, en los meses posteriores a la masacre la situación política del país era mucho peor que al inicio del año: en las cárceles había más presos políticos que nunca, la represión policial se había recrudecido, nunca se llegó a entablar un diálogo público entre el gobierno y los

estudiantes y, para colmo, había que lamentar cientos de muertos inocentes.² Las opiniones contrarias a las decisiones presidenciales fueron censuradas sin miramientos y aun espacios más o menos libres como *Siempre!* o *Excelsior* tuvieron que plegarse, de un modo u otro, a la verdad oficial. Las ricas discusiones y los apasionados análisis que habían llenado las semanas anteriores desaparecieron de las páginas de diarios y revistas como si no hubiesen existido. En medio de este asfixiante silencio, sólo una extraña forma de protesta, la poesía, logró abrirse camino como último refugio de la imaginación crítica.

Por su parte, luego de la conmoción, el sistema político mexicano trató de seguir su propio curso. Díaz Ordaz no sólo se negó a lamentar lo sucedido sino que, hasta su muerte, continuó creyendo que había hecho lo correcto. Acaso si el siguiente gobierno hubiese mantenido esta línea dura la situación habría terminado por volverse insostenible o quizás la represión se habría generalizado, pero no fue éste el caso. En cuanto se convirtió en candidato a la presidencia por el partido oficial, Luis Echeverría se dio cuenta de que, para conservar el poder y obtener el respaldo de los ciudadanos, su régimen debía borrar el estigma de Tlatelolco. En Morelia, durante uno de sus discursos de campaña, Echeverría se atrevió a pedir un minuto de silencio por los estudiantes muertos. Esta incómoda ceremonia irritó profundamente a Díaz Ordaz, pero le otorgó al candidato la legitimidad que anhelaba, y logró que la opinión pública olvidase por un buen tiempo que él había sido el secretario de Gobernación encargado de sofocar a los estudiantes.

Desde su fundación, el PRI había sido creado para sobrevivir a los cambios de mentalidad y acomodarse a las exigencias del momento; contaba para ello con una plataforma lo bastante amplia que, conservando formalmente el apelativo de revolucionaria, podía adaptarse a cada nueva circunstancia. Quizás la emprendida por Echeverría no fuese ni la primera ni la más drástica de las mutaciones ideológicas que el PRI ha experimentado a lo largo del siglo — baste recordar el tránsito del cardenismo al avilacamachismo —, pero sí fue la más escandalosa. De haber sido el verdugo de quienes defendían posiciones de izquierda, el gobierno priísta pasó a erigirse en promotor de las causas que antes había atacado con tanta furia. De pronto, tanto los estudiantes que participaron en el movimiento como los intelectuales de izquierda se vieron enfrentados a una penosa alternativa: integrarse a la supuesta reconciliación nacional encabezada por el reluciente candidato o bien tomar la ruta de la disidencia y, en último caso, involucrarse con la lucha armada.

Alentados por la repentina tolerancia asumida por Echeverría, decenas de

² Hugo Hiriart, EXC, 5, X.

intelectuales y amplios sectores de la sociedad se inclinaron por creer en él. Entre los escritores, Carlos Fuentes se convirtió en uno de los primeros en aceptar la buena fe del presidente: a partir de 1971 comenzó a defender su política y en 1975 incluso se convirtió en embajador de México en Francia.³ Su caso fue el más notorio, pero desde luego no fue el único; incluso uno de los antiguos líderes del movimiento, Francisco Javier Alejo, recibió el cargo de director del Fondo de Cultura Económica y asesor económico del régimen. A ello se sumaron otras maniobras de Echeverría destinadas a enmendar los sucesos de Tlatelolco, como la amnistía que otorgó en los primeros meses de 1971 a muchos presos políticos, entre ellos Valentín Campa, Demetrio Vallejo y numerosos miembros del Consejo Nacional de Huelga. En 1975, Gabriel Zaid escribió:

El nuevo presidente, Luis Echeverría, tuvo más realismo al reconocer que el verdadero peligro para el poder no estaba en la violencia, sino en la crítica, por lo cual trató de integrarla, en vez de reprimirla, y buscó a los estudiantes e intelectuales, en vez de perseguirlos. [...] Así, contra los miopes que en su propio gobierno creían que el continuismo exigía línea dura, el presidente impuso un continuismo mucho más efectivo: el gesto de escuchar a estudiantes e intelectuales, el gesto de negar el triunfalismo nacional.

Durante su gobierno, Echeverría aplicó una política que copiaba algunas ideas tradicionales de la izquierda mientras que, en materia diplomática, trató de convertir a México en una especie de vocero de los países del tercer mundo, asumiendo posiciones contrarias a las de Estados Unidos. Este repentino vuelco llevó a numerosos analistas a pensar que, tan sólo unos meses después de la masacre, el espíritu de Tlatelolco había renacido de sus cenizas, marcando su impronta en el rumbo que tomaba el gobierno mexicano. Nada más alejado de la verdad. Aun cuando el horror producido por la masacre indujo una mayor apertura en las discusiones públicas y logró que, desde entonces, las tácticas de represión gubernamental fueran menos visibles, lo cierto es que el gobierno de Echeverría sólo adquirió una apariencia progresista cuando las raíces del autoritarismo continuaron tan firmes como siempre: la estructura vertical del PRI se mantuvo intacta y la capacidad de disentir continuó siendo mínima.

Su viraje a la izquierda fue más retórico que real, más pragmático que auténtico, y en todo caso tomó de ésta sólo los aspectos que le convenían —un

³ En 1976, cuando el presidente nombró a Díaz Ordaz como primer embajador mexicano en España tras la muerte de Franco, Fuentes renunció a su posición, desencadenando uno más de los breves escándalos derivados de 1968.

igualitarismo impráctico, un populismo banal y un estatismo exacerbado—, olvidándose del meollo democrático del movimiento estudiantil. El “gobierno de izquierda” del presidente era una forma vacía y sólo habría de pasar a la historia como su “estilo personal de gobernar” (para usar la expresión de Cosío Villegas), sin que ello implicase ningún cambio de fondo en el sistema.

No pasó mucho tiempo antes de que la auténtica esencia del echeverrismo fuese puesta en evidencia: el 10 de junio de 1971, otro grupo paramilitar, el de los Halcones, disparó contra una multitud reunida en el Casco de Santo Tomás, en el Politécnico, cuya intención era recibir a algunos de los líderes estudiantiles que habían salido de la cárcel. Aunque la inocencia de Echeverría nunca fue aclarada del todo, la mayor parte de los intelectuales que habían decidido apoyarlo prefirió cerrar los ojos ante una muestra tan clara de incongruencia (incluso Octavio Paz le otorgó el beneficio de la duda). Uno de los pocos escritores que lo criticó de modo frontal fue Gabriel Zaid y, tras considerar que el presidente era “el único criminal histórico de México”, dudó públicamente de la versión oficial de los hechos. En una carta abierta publicada en *Plural* emplazó a intelectuales afectos al régimen para que diesen al gobierno un plazo para aclarar lo sucedido, cumplido el cual habrían de retirarle su apoyo, pero su iniciativa no fue tomada en cuenta.⁴

Más tarde, el nombramiento de Díaz Ordaz como primer embajador de México en la España posfranquista y el golpe orquestado contra el diario *Excélsior* de Julio Scherer terminaron por dar la razón a la suspicacia de Zaid. Si en 1968 la libertad de expresión y asociación había sido reprimida por la fuerza de las armas, ahora Echeverría volvía a hacer lo mismo, sólo que con métodos más sutiles y retorcidos. Entre la matanza de Tlatelolco y el jueves de Corpus, entre la mordaza diazordacista y el complot contra *Excélsior* puede seguirse un hilo de continuidad difícil de ocultar. El mismo ánimo autoritario y la misma impunidad pueden ser reconocidos en uno y otro caso.

Por culpa de Echeverría, el movimiento estudiantil de 1968 que había sido aplastado en la Plaza de las Tres Culturas fue, para colmo, adulterado y oscurecido cuando éste fingió asumir sus consignas. En buena medida, esta falsificación provocó que algunos decidiesen tomar una postura más radical en su enfrentamiento con el aparato represivo del estado. Fue a partir de entonces cuando cobraron mayor fuerza la guerrilla urbana —la Liga 23 de septiembre— y las revueltas campesinas dirigidas por Genaro Vázquez y Lucio Cabañas en la sierra de Guerrero, y cuando comenzaron a aparecer otros grupos armados, como el Frente de Liberación Nacional, el cual terminaría dando origen al movimiento zapatista de Chiapas. Todos estos grupos trataron de fincar su

⁴ Krauze, p. 407.

legitimidad en Tlatelolco, aunque difícilmente pueda rastrearse una misma ideología entre el movimiento estudiantil y las revueltas armadas de los años posteriores.

Tras el desastroso final del sexenio echeverrista, sumido en la crisis económica y en el desprestigio originado por el golpe a *Excélsior* y las señales ominosas en torno a su responsabilidad en el jueves de Corpus, los siguientes gobiernos mexicanos de plano decidieron desvincularse del espíritu de Tlatelolco, como si fuese una herencia que ya no les correspondía. Poco quedó de la orientación socializante de Echeverría en el régimen de José López Portillo, a excepción de un populismo llevado a su límite debido a la efímera bonanza petrolera, mientras que los gobiernos subsecuentes de Miguel de la Madrid y de Carlos Salinas de Gortari enfocaron sus energías a reordenar la vida económica del país, olvidándose casi por completo de la modernización política. Si bien durante la presidencia de López Portillo se emprendió una tímida reforma electoral, auspiciada por Jesús Reyes Heróles, en la práctica volvió a tratarse de un mero formulismo para que el país refrendase su apariencia democrática.

No puede negarse, sin embargo, que entre 1976 y 1994 hubo al menos dos acontecimientos que, en cierto sentido, revivieron el espíritu de Tlatelolco.⁵ El terremoto que sacudió a la ciudad de México en 1985 provocó una reacción social como no había sido vista desde las grandes muestras de apoyo otorgadas a los estudiantes y maestros en huelga; ante la pasividad, el descontrol y la torpeza del gobierno, la sociedad civil emergió de nueva cuenta, organizándose a su modo para hacer frente a la tragedia.

Tan sólo tres años después, en 1988, el país sufrió un nuevo terremoto, aunque en este caso en el ámbito electoral: tras la renuncia al PRI de Cuauhtémoc Cárdenas, Porfirio Muñoz Ledo y otros militantes inconformes con el proceso de selección de candidatos, la lucha por la democracia adquirió una vigencia renovada. En torno a la figura de Cárdenas (y, en menor grado, a la de Manuel Clouthier, el candidato del PAN) se creó, por primera vez en décadas, la expectativa de una ardua competencia electoral y de una posible alternancia en el poder. Muchos antiguos activistas de 1968 se sumaron al amplio conglomerado de fuerzas que apoyó la candidatura a la presidencia del antiguo gobernador de Michoacán, el cual fue capaz de convocar a mítines tan populosos como los celebrados en la ciudad de México veinte años atrás.

⁵ Tres, si se considera el movimiento congregado en torno al Consejo Estudiantil Universitario, surgido en 1986 para oponerse a la reforma administrativa y académica de la UNAM emprendida por el rector Jorge Carpizo. A pesar de que la oposición al gobierno y la necesidad de una democracia efectiva no dejaron de estar presentes en su discurso, en realidad se trató de un conflicto que se circunscribió al ámbito universitario, con muy poca influencia en el resto de la sociedad.

Empero, como entonces, el gobierno volvió a tomar medidas extremas; en este caso no se trató de un golpe de fuerza —impensable en un momento en el cual el mundo entero se estremecía por la repentina apertura de la Unión Soviética—, sino de un golpe técnico: un gran fraude electoral que afectó profundamente todo el proceso. A la fecha, no ha podido saberse el verdadero resultado de las elecciones de ese año pero, aun si los votos hubiesen favorecido al candidato del PRI, ello no merma las dimensiones del autoritarismo que prohió una turbiedad semejante. Aunque haya que tener cuidado de no sacar conclusiones desproporcionadas, es necesario observar que el mismo ánimo de conservar el poder a cualquier costo está presente tanto en 1968 como en 1988. En ambas ocasiones, la clase gobernante hizo todo lo posible por conservar sus privilegios.

A partir de entonces, la sociedad mexicana ha ido presionando cada vez con mayor éxito al gobierno para obligarlo a emprender una reforma política sustancial, si bien no puede hablarse de una transición democrática suave y sin conflictos. La inercia autoritaria del PRI ha hecho que el proceso sea lento y farragoso, plagado de tropiezos y desmayos que, no obstante, han conducido a importantes avances en esta materia.

Durante los primeros años de su sexenio, Carlos Salinas de Gortari aplicó una democracia selectiva y a cuentagotas que lo mismo permitió el primer triunfo de un candidato de oposición a la gubernatura de un estado (Ernesto Ruffo, del PAN, en Baja California), que incontables irregularidades en otras elecciones locales, como Guanajuato o San Luis Potosí, por no hablar de las decenas de asesinatos perpetrados contra militantes del Partido de la Revolución Democrática, la nueva organización de centro-izquierda encabezada por Cárdenas. Salinas trató de hacer que la multitud de yerros y componendas electorales pasara a segundo plano como si se tratase, nuevamente, de meras excepciones, amparándose en el éxito que empezó a cosechar en el terreno económico. Al aplicar a un tiempo directrices neoliberales y un programa social no ajeno a la izquierda, Salinas trató de convencer a la opinión pública nacional e internacional de que era necesario modernizar la economía antes de proceder a una reforma política de fondo.

Al igual que 1968, 1994 fue otro año clave para el país: el 1º de enero, cuando se esperaba que entrase en vigor el Tratado de Libre Comercio de América del Norte, el acuerdo prioritario firmado por Salinas con Estados Unidos y Canadá, una rebelión mayoritariamente indígena tomó por asalto diversas ciudades del estado de Chiapas. Esta maniobra, más un *coup d'effet* que una verdadera acción militar (aunque no haya que olvidar a los muertos de ambos bandos), alteró notablemente la vida política de México: no sólo reveló la profunda injusticia sufrida por las comunidades indígenas, sino que alteró por

completo la balanza de poder en el país. Ese día, los guerrilleros del Ejército Zapatista de Liberación Nacional le declararon la guerra al espurio gobierno de Salinas; poco después, su líder, el subcomandante Marcos, un antiguo estudiante de la UNAM vinculado con la izquierda radical de los años setenta, comenzó a publicar en la prensa nacional una serie de “comunicados” con los cuales consiguió ganarse el apoyo de un buen número de intelectuales de izquierda.

Mediante una espectacular metamorfosis, Marcos trastocó la vieja retórica de las guerrillas latinoamericanas, con su carga ideológica marxista y revolucionaria, adoptando la justicia social y la democracia como sus principales exigencias. Su habilidad para manejar los medios y su dúctil utilización del humor, la crítica social y la invención literaria convencieron incluso a los más escépticos de que se trataba de la primera “guerrilla posmoderna”: un grupo armado que, paradójicamente, luchaba como caballero andante para alcanzar la democracia y la paz.

Al igual que el movimiento estudiantil mexicano en 1968, el éxito mediático de la insurrección zapatista debe ser estudiado sin perder de vista el contexto internacional, sobre todo en una época marcada por la globalización. Para calibrar el impacto que el EZLN cobró en el mundo –paralelo al *revival* de numerosas figuras de la izquierda utópica– no hay que olvidar que en 1994 flotaban en el aire ideas y sentimientos tan intensos como el derrumbe de las ideologías, el fracaso del socialismo real, el fin de la guerra fría e incluso el fin de la historia. En medio de este escenario en el cual las creencias de la izquierda parecían haberse derrumbado para siempre, el subcomandante Marcos y su rebelión de indígenas se convirtió en un nuevo modelo utópico. Un ciclo completo parecía haberse cerrado entre 1968, el año en que fracasó la gran ilusión revolucionaria, y 1989, el año de la caída del Muro de Berlín; en contraposición, Chiapas se presentaba de repente como una inyección de sangre nueva capaz de resucitar el entusiasmo, la solidaridad y las esperanzas que los intelectuales de izquierda habían ido perdiendo a lo largo de las décadas anteriores.

Por ello, no ha faltado quien afirme que el levantamiento zapatista no sólo es una consecuencia extrema de 1968, sino una purificación y un triunfo extemporáneo del movimiento estudiantil. Quienes comparten esta visión romántica –y por ello necesariamente parcial– miran el rostro encapuchado de Marcos como si fuese el de un superhéroe, una especie de Che resucitado, capaz de vengar a los caídos de Tlatelolco a treinta años de distancia. La realidad es, en cambio, menos glamorosa: aun cuando es posible advertir una línea retórica que va de la izquierda universitaria de los sesenta al Frente de

Liberación Nacional y de ahí al EZLN, no sucede lo mismo al comparar la actitud asumida por los estudiantes —y por la sociedad en general— en 1968 y la adoptada por los zapatistas y sus defensores a partir de 1994. Mientras que en Tlatelolco fueron civiles inermes quienes sucumbieron ante la violencia del gobierno al defender su derecho a disentir, Marcos no deja de ser el representante de un ejército que invoca la violencia como una forma extrema para combatir la injusticia. Nadie puede negar las condiciones de miseria e ignominia que durante décadas han sufrido los indígenas en esta zona del país por culpa de los regímenes priístas y sus cómplices, y tampoco nadie debe olvidar las atrocidades que, día a día, éstos continúan permitiendo o incluso alentando en Chiapas, pero tampoco hay que pasar por alto la distancia que media entre enfrentarse pacíficamente a la violencia estatal (como los estudiantes en 1968) y promover la violencia privada para desterrar la violencia oficial (como quiere Marcos). Y menos aún puede aceptarse el argumento de que el fracaso de la oposición pacífica simbolizado por Tlatelolco justifique ahora el uso de las armas: hacerlo así significa traicionar el espíritu democrático y pacífico del movimiento estudiantil. No: si en algún lugar ha reencarnado el espíritu de Tlatelolco, no es tanto en los discursos barrocos y sensacionalistas de Marcos o en las ardientes muestras de apoyo que ha obtenido de los intelectuales y artistas de izquierda, sino en el valeroso despertar civil que desde el primer momento hizo todo lo posible por evitar que el conflicto se resolviese, como en 1968, mediante el uso de las armas.

Sea como fuere, sacudido por el levantamiento zapatista y el fracaso de las expectativas modernizadoras de Salinas, el partido oficial comenzó a sufrir la peor crisis de su historia: en marzo de 1994, Luis Donald Colosio, su candidato a la presidencia, fue asesinado en la ciudad fronteriza de Tijuana. Poco después, el nuevo secretario general del partido corrió la misma suerte en la ciudad de México y, meses más tarde, un hermano del expresidente Salinas fue acusado de planear este homicidio. De pronto, la capacidad del PRI para resolver sus conflictos de manera interna parecía haberse atrofiado en medio de la incertidumbre, la corrupción y la apatía. El partido que había sido creado para evitar los choques violentos entre los diversos sectores de la clase política nacional ya no era capaz de mantener la paz ni el orden —su principal mérito durante seis décadas— y su presencia omnipotente empezó a ser ampliamente excedida.

Como si esto no bastase, 1994 terminó con otra terrible crisis económica que aún no ha podido ser superada. El nuevo presidente, Ernesto Zedillo, elegido por una amplia mayoría ciudadana a pesar de las irregularidades que aún tuvo el proceso, no ha tenido más remedio que ceder a las exigencias

democráticas de la sociedad. Por fin, en 1997 México celebró sus primeras elecciones transparentes, en las cuales todos los partidos gozaron prácticamente de los mismos derechos, aunque por su posición el PRI continuó utilizando más recursos que sus adversarios. En ellas, dos estados de la república pasaron a manos del PAN, el gobierno de la ciudad de México recayó en Cuauhtémoc Cárdenas y la Cámara de Diputados quedó bajo el control de una mayoría opositora. Veintinueve años después parecía volverse realidad uno de los sueños esbozados en 1968: una democracia efectiva, provista de los controles necesarios para vigilar el correcto ejercicio del poder.

La historia que media entre 1968 y 1997 resulta imprescindible para entender la verdadera naturaleza del sistema político mexicano. México no es, y no ha sido desde hace mucho tiempo, una dictadura comparable a las que han existido en los países comunistas o en América del Sur (tampoco una “dictadura perfecta”, como la llamó Vargas Llosa o una “dictablanda”, como la denominó Enrique Krauze). Al menos formalmente, los procesos democráticos son tan antiguos como la revolución, y el respeto a los derechos humanos, si bien no ha sido una prioridad fundamental, al menos ha existido de manera más generalizada y libre que en otros lugares. Sin embargo, tampoco hay que olvidar que, cada vez que el partido en el poder ha sentido amenazados sus intereses o su permanencia, de Tlatelolco a Chiapas, no ha dudado en aplicar medidas que sólo podrían esperarse de un gobierno despótico y, hay que decirlo una vez más, dichos actos no son meras desviaciones o errores, sino consecuencias fatales de su naturaleza autoritaria. Este carácter de “dictadura ocasional” ha sido un rasgo dominante del PRI durante décadas, y eliminarlo de modo definitivo no resultará sencillo. Acostumbrado a retener el poder a cualquier costo, no es extraño que le resulte tan difícil aceptar la posibilidad de convertirse, eventualmente, en un partido de oposición. En la agenda democrática del país, éste es uno de los puntos que aún quedan pendientes.

Llegamos, así, a 1998 y al treinta aniversario del movimiento estudiantil. ¿Qué representa para nosotros la revuelta de entonces? ¿Cuáles han sido sus logros y sus reveses a lo largo de este tiempo? ¿Qué queda de aquel entusiasmo y aquellas ilusiones en nuestra vida política actual? Y, en resumidas cuentas, ¿cómo ha de ser puesto en práctica el espíritu de Tlatelolco en nuestros días?

A lo largo de treinta años, el gobierno mexicano ha sido acusado con justicia, una y otra vez, de ser el responsable de la masacre de Tlatelolco. Sin embargo, ello no lo llevó a transformarse o a buscar su propio camino democrático, sino simplemente a enmascarar sus verdaderas intenciones y a maquillar su naturaleza represiva. De hecho, el poder está a punto de incluir al 2 DE OCTUBRE de 1968 en la larga lista de “gloriosas derrotas” mexicanas.

Tlatelolco está a punto de integrarse, de este modo, a la serie de tristes episodios nacionales que va de la conquista de Tenochtitlan al alzamiento zapatista en Chiapas: lugares y nombres de tragedias que se han vuelto *inolvidables*, perfectamente ordenadas y asimiladas ya en la historia oficial de México.⁶

Los sobrevivientes, por su lado, han tenido la misma necesidad de exorcizar la masacre. De este modo, cada año participan en una inocua ceremonia durante la cual unos pocos líderes del movimiento (cada vez menos combativos), centenares de jóvenes que aún no habían nacido en 1968 y algunos políticos en turno recuerdan a los mártires. Luego, impulsados por una ira retroactiva, cientos de adolescentes enardecidos pintan bardas y edificios, rompen parabrisas y ventanas e insultan a voz en cuello al presidente en turno. Mientras esto sucede, los oradores no se cansan de repetir una frase que, a pesar de ser cierta, ha terminado por desgastarse con el uso: “México no es el mismo desde entonces”.

Siguiendo la inevitable tentación de hacer una apología de las derrotas, se ha querido convertir al movimiento estudiantil de 1968 en el centro de la historia política del país. En esta versión de 1968, doblemente edulcorada, el gobierno insiste en que la masacre fue sólo un exceso, un desvío del poder legítimo que no volverá a repetirse, mientras los defensores del movimiento aseguran, por su parte, que todas las conquistas democráticas de la sociedad mexicana derivan de él. Ni una ni otra cosa son del todo ciertas. Hace más de veinte años, Gabriel Zaid escribió una respuesta a estas formas de pensar que continúa siendo vigente: “No sanaremos de Tlatelolco [...] mientras creamos que todo fue una pesadilla que afortunadamente ya pasó. Mientras creamos que la represión y el homicidio son una mancha horrenda nada más de los otros”.⁷

Por fortuna, decenas de testimonios y estudios han tratado de ofrecer una idea más confiable de los hechos. Dejando atrás el sentimentalismo y la furia, la tibieza y la vaguedad, han recuperado algunas de las conquistas reales de 1968: la capacidad de disentir y la voluntad crítica. A lo largo de estos treinta años han reconstruido el pasado lejos de las conmemoraciones vacuas y del entusiasmo irracional. Los puntos culminantes de esta empresa se hallan en *Posdata*, *La noche de Tlatelolco*, *Los días y los años*, *La democracia en la calle*, *El hábito de la utopía*, *México: una democracia utópica*, *Memorial del 68*, *Crónica 1968*, *Pensar el 68...* Están, también, en las páginas de José Revueltas, Carlos Monsiváis, José Emilio Pacheco, Carlos Fuentes, Fernando Benítez y otros muchos escritores. Y, acaso más vivo, aquel año se encuentra en las obras artísticas nacidas a raíz de

⁶ Durante su gestión como secretario de Educación Pública (1991-1993), Ernesto Zedillo trató de incluir en los libros de texto gratuitos una referencia a la masacre de Tlatelolco, lo cual desató la abierta oposición del ejército y generó una áspera polémica en torno a los contenidos de la historia oficial.

⁷ Zaid, 1975, p. 109.

la tragedia: en los poemas de Paz y de quienes siguieron escribiendo en torno a Tlatelolco, en *Crónica de la intervención* y en *Si muero lejos de ti*, en *Muertes de Aurora* y en *Palinuro de México...* Esta proliferación de historias de una misma historia, urdida por los intelectuales del país —los supuestos conspiradores de entonces— y por todos aquellos que se han detenido a pensar críticamente en lo ocurrido, constituye una auténtica victoria sobre la manipulación y el olvido.

Una conmemoración acertada de 1968 debería, en principio, tratar de olvidar el mito de Tlatelolco. Lo peor que puede pasarle a un movimiento social, como sabemos por la experiencia de las revoluciones mexicana y soviética, es convertirse en dogma. Si la principal virtud de quienes participaron en las batallas de aquellos días fue la utilización de su sentido crítico, la defensa de su derecho a disentir y su capacidad de oponerse al pensamiento único del gobierno, lo menos que podría pedirse es que estas mismas herramientas sean empleadas para continuar estudiando lo que pasó entonces.

Para muchos parece como si una sola pregunta bastase para resolver todo el asunto y confirmar la maldad del partido oficial: “¿Quién ordenó los disparos contra la multitud reunida en la Plaza de las Tres Culturas?” Si bien conocer el nombre de esta persona —si en realidad fue sólo una— constituye una investigación histórica pertinente, ello no conducirá *ipso facto* a una transformación radical de la sociedad mexicana.

Aun si se descubriese que Díaz Ordaz o Echeverría (o Marcelino García Barragán o Hernández Toledo) fueron los responsables directos de la masacre, ello no va a profundizar la culpa que ya pesa sobre el gobierno. Lo repito: una lectura minuciosa de los actos de Díaz Ordaz hace ver que, aun si él o sus colaboradores cercanos no hubiesen preparado la actuación del Batallón Olimpia aquel 2 de octubre, de cualquier modo el uso de la violencia extrema contra los estudiantes era una posibilidad *real* que, amparada en la íntima racionalidad de gobierno, pudo ser ordenada por ellos en cualquier momento antes de la inauguración de las Olimpiadas.

Es comprensible que muchos estudiantes o intelectuales de entonces, después de haber sufrido torturas, persecuciones o cárcel, ahora traten de obtener la justa reivindicación que se les debe. Nada más natural y humano. Pero hay que tener cuidado de que este deseo no convierta a 1968 en un mito aún más grande del que ya es. No hay que engañarse: como movimiento social, la rebelión estudiantil de 1968 fue derrotada por el gobierno en la Plaza de las Tres Culturas. Afirmar que el movimiento estudiantil de 1968 cambió a México es una metáfora hermosa pero improbable. Resulta difícil creer que la verdadera apertura democrática, iniciada hace muy poco, sea meramente una

de sus consecuencias tardías. Tuvieron que pasar varias décadas para que algunas de las peticiones expresadas entonces llegasen a cumplirse. Por el contrario, después de Tlatelolco los regímenes mexicanos han hecho hasta lo imposible por conservar el poder monolítico e inatacable de Díaz Ordaz. Que a la larga no lo hayan conseguido, no debe ser visto como un esfuerzo de renovación inspirado en el horror por el pasado o en la autocrítica, sino como un triunfo de incontables personas y grupos que han luchado contra el autoritarismo a lo largo de estas tres décadas. Baste decir que sólo una nueva toma de conciencia de miles de mexicanos —muchos de los cuales no habían nacido en 1968— fue la que permitió ese primer ejercicio de democracia real ocurrido durante las elecciones federales de 1997.

Desde luego, se impone matizar estas afirmaciones. Como anota Gilberto Guevara Niebla, es cierto que la moderna izquierda mexicana (PCM, PST, PRT, PSUM, PMS y, actualmente, el PRD) debe ser vista como una consecuencia inevitable del movimiento estudiantil; por otro lado, también es verdad que “el 68 mandó a miles de jóvenes al campo del socialismo” y que “sin el 68 no se explicaría el boom de la educación superior”. En cambio, resulta más difícil sostener que las secuelas del movimiento “obligaron al gobierno a hacer una reforma política” y menos aún que, “visto así, el movimiento triunfó”.⁸ Una cosa es que la realidad actual de México no pueda explicarse sin la rebelión juvenil —o sin Madero, o sin Lázaro Cárdenas, o sin la guerrilla zapatista, pero asimismo sin Victoriano Huerta, sin el jueves de Corpus o sin el fraude electoral de 1988—, y otra que éste haya vencido a la represión gubernamental.⁹

En términos prácticos, resulta inútil querer explicar todas las transformaciones que el país ha experimentado a partir de la experiencia de 1968. Tlatelolco no debe ser visto como un parteaguas que divide la historia de México en un antes y un después, sino como un episodio central —acaso el más doloroso, pero no el único ni, quizás, el más importante— de la prolongada lucha por la democracia en el país. A treinta años de distancia, es necesario reconocer el terrible fracaso que el movimiento estudiantil sufrió el 2 de octubre y al mismo tiempo recordar que, en cambio, el espíritu libertario de Tlatelolco ha permanecido vivo desde entonces oponiéndose, una y otra vez, a la voluntad

⁸ Álvarez Garín/Guevara Niebla, 1988, p. 153.

⁹ Cabrera Parra, entre otros, comparte esta opinión: “Es indudable que el movimiento repercutió en la vida política del país, pero no es del todo cierto que haya logrado romper acciones fundamentales del sistema. En materia política, por ejemplo, no se puede adjudicar al movimiento estudiantil el mérito del otorgamiento del voto a los dieciocho años, porque esto se debatía ya antes de los acontecimientos y su solución ya estaba prevista. Tampoco es del todo real que el movimiento estudiantil haya logrado la apertura democrática que permitió la acción a la luz del día de la izquierda, ya que fue hasta el gobierno de José López Portillo cuando esta situación se dio, y hubo de transcurrir un gobierno, el de Luis Echeverría, para que el sistema accediera a otorgar registro y patente oficial al Partido Comunista y a otros organismos de izquierda. Tampoco cambiaron la vida y prácticas de México. Muchos de los grandes dirigentes del movimiento ingresaron a las nóminas del estado, pero esto no significó que los jóvenes realmente tuvieran mejores o más oportunidades.” Cabrera Parra, 1982, pp. 110-113.

represora del estado. Quizás en nuestros días el autoritarismo ya no se concrete en hechos espectaculares y escandalosos como la masacre de la Plaza de las Tres Culturas, pero continúa existiendo en la arbitrariedad y la injusticia que las autoridades siguen provocando o encubriendo en cientos de casos.

Por ello, en vez de erigir altares, de utilizar la historia como un arma política y de mediatizar el movimiento estudiantil como le ha ocurrido a la figura del Che, quizás sea más justo y relevante profundizar el análisis de las causas y las razones de lo que ocurrió entonces. Y, acaso lo que podrá ser más valioso, continuar alentando las transformaciones políticas que impidan que vuelva a ocurrir en México un acontecimiento semejante. Para lograrlo, habrá que perfeccionar nuestro sistema democrático, imponiéndole los controles necesarios para desterrar cualquier tentación autoritaria y los mecanismos que aseguren competencias electorales equitativas; aliviar las condiciones de marginación y miseria que azotan gran parte de la población, reconocer la diversidad e impulsar el diálogo público —el derecho a disentir—, mejorar el nivel educativo, desterrar la corrupción y la arbitrariedad en la toma de decisiones, reformar la estructura y el funcionamiento de los cuerpos de seguridad para volverlos más eficientes y menos proclives a la represión y, *last but not least*, alentar un adecuado equilibrio entre la libertad individual y la responsabilidad social.

Por fortuna, parece que, desde hace unos años, ha comenzado a fraguarse una verdadera conjura en la cual millones de personas —entre ellas numerosos intelectuales— se han sumado a la lenta y penosa tarea de socavar el orden autoritario por medios democráticos y pacíficos. Gracias a sus palabras, a sus obras y a su vocación crítica han contribuido a lograr la auténtica transformación de la vida política de México que está en marcha. A tres décadas de distancia, las ilusiones de 1968 podrían volverse reales, aun cuando las resistencias y los retos que faltan por vencer no sean menores que entonces. Porque, en el fondo, el espíritu de Tlatelolco sólo triunfará verdaderamente cuando la democracia, la tolerancia y la justicia logren convertirse, al fin, en una realidad cotidiana.

México-Salamanca, 1994-1998.

Notas

Las publicaciones periódicas se abrevian como se señala a continuación:

LCM *La Cultura en México*

EXC *Excélsior*

NOV *Novedades*

EHM *El Heraldo de México*

ED *El Día*

EUN *El Universal*

Por su parte, las fechas aparecen del siguiente modo: el día con números arábigos y el mes con números romanos. Cuando la publicación es de 1968, no se hace indicación del año.

Con respecto a la revista *Siempre!* —y, por tanto, al suplemento *La Cultura en México*— es necesario hacer notar que las fechas impresas en cada número se adelantaban en una semana a las de su aparición en los quioscos. Además —como me ha hecho notar José Emilio Pacheco—, el cierre de la edición se hacía una semana antes de que el suplemento saliese a la venta. A fin de reflejar la tensión entre los acontecimientos políticos y las reacciones de este medio, las fechas que aparecen en el cuerpo del texto son las correspondientes al día de la publicación y, por tanto, no se apegan a la particular cronología del semanario.

Bibliografía

- AA.VV. (1968) *La sociedad industrial contemporánea*. Memoria de los cursos de invierno de la Escuela de Ciencias Políticas de la UNAM, 1966. México: Siglo XXI.
- AA.VV. (1969) *Los narradores ante el público*. México: Instituto Nacional de Bellas Artes.
- AA.VV. (1970) *Los procesos de México 68 (Acusaciones y defensas)*. México: s.p.i.
- Aburto, Hilda. (1969) *Ideología del movimiento estudiantil mexicano de 1968*. Tesis profesional, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.
- Aguilar Mora, Jorge. (1978) *La divina pareja. Historia y mito en Octavio Paz*. México: Era.
- . (1979) *Si muero lejos de ti*. México: Joaquín Mortiz.
- Álvarez Garín, Raúl; Gilberto Guevara Niebla, et. al. (1988) *Pensar el 68*. México: Cal y Arena.
- Anónimo. (1968) *El móndrigo. Bitácora del Consejo Nacional de Huelga*. México: Alba Roja.
- Aridjis, Homero. (1967) *Perséfone*. México: Joaquín Mortiz.
- Aron, Raymond. (1957) *El opio de los intelectuales*. Buenos Aires: Leviatán.
- Arriola, Carlos. (1979) *El movimiento estudiantil mexicano en la prensa francesa*. México: El Colegio de México.
- Aura, Alejandro; Leopoldo Ayala, José Carlos Becerra, Raúl Garduño. (1967) *Poesía joven de México*. México: Siglo XXI.
- Avilés Fabila, René. (1967) *Los juegos*. México: s.p.i.
- . (1971) *El gran solitario de palacio*. Buenos Aires: Compañía General Fabril Editora.
- Azueta, Arturo. (1979) *Manifestación de silencios*. México: Joaquín Mortiz.
- Barros Sierra, Javier. (1972) *1968. Conversaciones con Gastón García Cantú*. Séptima edición corregida y aumentada, México: Siglo XXI, 1993.
- Batis, Huberto. (1984) *Lo que Cuadernos del viento nos dejó*. Segunda edición, México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Lecturas Mexicanas, Tercera Serie, 1994.
- Becerra, José Carlos. (1967) *Relación de los hechos*. México: Era.
- Blanco, José Joaquín. (1980) *La paja en el ojo*. México: Universidad Autónoma de Puebla.
- Blanco Moheno, Roberto. (1969) *Tlatelolco. Historia de una infamia*. México: Diana.
- Bourgues, Hervé, comp. (1969) *La rebelión estudiantil*. México: Era.
- Brocca, Victoria. (1993) *Nota roja 60's*. México: Diana.
- Cabrera Parra, José. (1982) *Díaz Ordaz y el 68*. México: Grijalbo.
- Camp, Roderic A. (1985) *Los intelectuales y el estado en el México del siglo XX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Campbell, Ferderico. (1979) *Pretextos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Campos, Marco Antonio, comp. (1980) *Poesía del movimiento estudiantil de 1968*. Puebla:

- Editora Moderna.
- . (1982) *Que la carne es hierba*. México: Joaquín Mortiz.
- Campos, Marco Antonio y Alejandro Toledo, compiladores. (1986) *Narrativa del movimiento estudiantil mexicano de 1968*. México: Universidad Veracruzana, Col. Ficción.
- . (1996) *Poemas y narraciones sobre el movimiento estudiantil de 1968*. (Nueva edición). México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Campos Lemus, Sócrates A. (1973) *El otoño de la revolución: octubre*. México: Costa Amic.
- Cano Andaluz, Aurora. (1993) 1968. *Antología periodística*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Carballo, Emmanuel. (1988a) *Bibliografía de la novela mexicana del siglo XX*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Difusión Cultural.
- . (1988b) *Bibliografía del cuento mexicano del siglo XX*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Difusión Cultural.
- . (1994) *Protagonistas de la literatura mexicana*. Edición aumentada y corregida. México: Porrúa.
- Careaga, Gabriel. (1971) *Los intelectuales y la política en México*. México: Extemporáneos.
- . (1973) *Los intelectuales y el poder*. México: SepSetentas.
- . (1982) *Intelectuales, poder y revolución*. Tercera edición aumentada, México: Océano.
- Carr, Raymond. (1953) *El socialismo en un solo país*. Madrid: Alianza, 1994.
- Castañeda, Jorge G. (1997) *La vida en rojo. Una biografía del Che*. México: Alfaguara.
- Carrión, Jorge, Daniel Cazés, Sol Arguedas. (1969) *Tres culturas en agonía*. México: Nuestro Tiempo.
- Carrión, Luis. (1975) *El infierno de todos tan temido*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Caute, David. (1968) *1968 dans le monde*. París: Robert Laffont.
- Cazés, Daniel. (1993a) *Crónica, 1968*. México: Plaza y Valdés.
- . (1993b) *Memorial del 68*. México: La Jornada Ediciones.
- Cohn-Bendit, Daniel. (1986) *Nous l'avons tant aimée, la révolution*. Trad. esp. *La revolución y nosotros, que la quisimos tanto*. Barcelona: Anagrama, 1987.
- Concheiro, Elvira. (1976) *El movimiento estudiantil: una perspectiva socialista*. Puebla: Universidad Autónoma de Puebla.
- Corona del Rosal, Alfonso. (1995) *Mis memorias políticas*. México: Grijalbo.
- Cosío Villegas, Daniel. (1972) *El sistema político mexicano*. México: Joaquín Mortiz.
- . (1975) *La sucesión presidencial*. México: Joaquín Mortiz.
- . (1976) *Memorias*. México: Joaquín Mortiz.
- . (1997) *Críticas del poder*. México: Clío.
- Cruz Galdeano, Jaime. (1993) *Proyecto 68*. México: Jus.

- Chomsky, Noam. (1969) *La responsabilidad de los intelectuales*. Barcelona: Ariel.
- Dalton, Margarita. (1968) *Larga sinfonía en D*. México: Diógenes.
- Debray, Régis. (1974) *La guerrilla du Che*. Trad. esp. *La guerrilla del Che*. México: Siglo XXI, 1975.
- Debord, Guy. (1967) *La société du spectacle*. Trad. esp. *La sociedad del espectáculo*. Barcelona: Anagrama, 1995.
- . (1988) *Commentaires sur la société du spectacle*. Trad. esp. *Comentarios sobre la sociedad del espectáculo*. Barcelona: Anagrama, 1990.
- De Mora, Juan Miguel. (1976) *Tlatelolco T-68*. Vigésimaséptima edición. México: Edamex, 1995.
- Dirección General de Estadística. (1962) *VIII censo general de población 1960, Resumen general*. México: DGE-SIC.
- . (1972) *IX censo general de población 1970, Resumen general abreviado*. México: DGE-SIC.
- Domínguez, Christopher. (1995) *Antología de la narrativa mexicana del siglo XX Tomo II*. México: Fondo de Cultura Económica.
- . (1997) *Tiros en el concierto*. México: Era.
- Echeverría, Manuel. (1968) *Último sol*. México: Novaro.
- Ehenreich, Bárbara. (1969) *Itinerario de la revolución juvenil*. México: Nuestro Tiempo.
- Elizondo, Salvador. (1968) *El Hipogeo secreto*. México: Joaquín Mortiz.
- Esler, Anthony. (1971) *Bombas, barbas y barricadas*. México: Extemporáneos, 1973.
- Farías, Luis M. (1992) *Así lo recuerdo. Testimonio político*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Fernández, Sergio. (1968) *Los peces*. México: Joaquín Mortiz.
- Fernández Chrisdieb, Paulina. (1985) *En el sexenio de Tlatelolco (1964-1970)*. México: Siglo XXI.
- Ferretis, Jorge. (1967) *Libertad obligatoria*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Flores Olea, Víctor. (1973) *La rebelión estudiantil y la sociedad contemporánea*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Flores Zavala, Ernesto. (1972) *El estudiante inquieto. Los movimientos estudiantiles, 1996-1970*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Foucault, Michel. (1971) *L'ordre du discours*. Trad. esp. *El orden del discurso*. Barcelona: Pre-textos, 1995.
- . (1975) *Surveiller et punir* Trad. esp. *Vigilar y castigar*. México: Siglo XXI, 1987.
- Fuentes, Carlos. (1967a) *Zona sagrada*. México: Siglo XXI.
- . (1967b) *Cambio de piel*. México: Joaquín Mortiz. (Premio Biblioteca Breve, 1967.)
- . (1968) *París: la revolución de mayo*. México: Era.
- . (1969) *La nueva novela hispanoamericana*. México: Joaquín Mortiz.
- . (1971) *Tiempo mexicano*. México: Joaquín Mortiz.

- Fuentes, Carlos; Jean Paul Sartre, et al. (1985) *La rebelión estudiantil*. San José: Universidad Centroamericana.
- Fuentes, Vilma. (1969) *Los jóvenes*. México: Siglo XXI
- Furet, François. (1995) *Le passé d'une illusion*. Trad. esp. *El pasado de una ilusión*. México: Fondo de Cultura Económica.
- García Cantú, Gastón. (1973) *Universidad y antiuniversidad*. México: Joaquín Mortiz.
- . (1988) *Historia en voz alta: La universidad*. Entrevista con Marco Antonio Campos. México: Joaquín Mortiz.
- . (1993) *Los intelectuales y el poder*. México: Joaquín Mortiz.
- García Ponce, Juan. (1968) *La presencia lejana*. Montevideo: Arca.
- . (1972) *La invitación*. México: Joaquín Mortiz.
- . (1982) *Crónica de la intervención*. Edición mexicana: México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Col. Lecturas Mexicanas, Tercera Serie, 1991.
- . (1995) *Pasado presente*. México: Fondo de Cultura Económica.
- García Saldaña, Parménides. (1968) *Pasto verde*. México: Diógenes.
- . (1973) *En la ruta de la onda*. México: Diógenes.
- Garibay, Ricardo. (1968) *Bellísima bahía*. México: Joaquín Mortiz.
- . (1992) *Cómo se gana la vida*. México: Joaquín Mortiz.
- González de Alba, Luis. (1971) *Los días y los años*. México: Era.
- Guevara, Ernesto, Che. (1960) *Obra revolucionaria*. Segunda edición, México: Era.
- . (1977) *El socialismo y el hombre nuevo*. México: Siglo XXI.
- Guevara Niebla, Gilberto. (1988) *La democracia en la calle*. México: Siglo XXI.
- Guilbert, César. (1993) *El hábito de la utopía. Análisis del imaginario sociopolítico en el movimiento estudiantil de México, 1968*. México: Porrúa- Instituto Mora.
- Guzmán, Humberto. (1968) *Los malos sueños*. México: Instituto Nacional de la Juventud Mexicana.
- Hernández, Luisa Josefina. (1967) *La memoria de Amadís*. México: Joaquín Mortiz.
- Hernández, Salvador. (1971) *El PRI y el movimiento estudiantil de 1968*. México: El Caballito.
- Hirales, Gustavo. (1996) *Memoria de la guerra de los justos*. México: Cal y Arena.
- Ibargüengoitia, Jorge. (1967) *La Ley de Herodes y otros cuentos*. México: Joaquín Mortiz. .
- Joffrin, Laurent. (1988) *Mai, 1968*. París: Seuil.
- Kadushin, Charles. (1974) *American Intellectual Élite*. Boston: Little, Brown.
- Koch, Stephen. (1996) *Double lifes*. Trad. esp. *El fin de la inocencia*. Barcelona: Tusquets.
- Krauze, Enrique. (1977) *Caudillos culturales de la revolución mexicana*. México: Siglo XXI.
- . (1980) *Daniel Cosío Villegas: una biografía intelectual*. México: Fondo de Cultura Económica.
- . (1983) *Caras de la historia*. México: Joaquín Mortiz.
- . (1997) *La presidencia imperial*. México: Tusquets.

- Leñero, Vicente. (1967a) *Autobiografía*. México: Empresas Editoriales.
- . (1967b) *A fuerza de palabras*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- . (1967c) *El garabato*. México: Joaquín Mortiz.
- López Cámara, Francisco. (1989) *La cultura del 68. Reich y Marcuse*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias.
- Lottman, Herbert. (1982) *La Rive Gauche*. Barcelona: Tusquets, 1985.
- . (1992) *The Fall of Paris, June 1940*. Trad. esp. *La caída de París*. Barcelona: Tusquets, 1993.
- Marcus, Greil. (1989) *Lipstick Traces*. Trad. esp. *Rastros de carmín. Una historia secreta del siglo XX*. Barcelona: Anagrama, 1994.
- Marcuse, Herbert. (1962) *Eros and Civilization*. Trad. esp. *Eros y civilización*. México: Joaquín Mortiz, 1962.
- . (1964) *One-Dimensional Man*. Trad. esp. *El hombre unidimensional*. México: Joaquín Mortiz, 1968.
- . (1968) *Das Ende des Utopien*. Trad. esp. *El fin de la Utopía*, Barcelona Planeta-Ariel, 1971.
- . (1969) *An Essay on Liberation*. Trad. esp. *Un ensayo sobre la liberación*, México: Joaquín Mortiz.
- . (1972) *Counterrevolution and Revolt*. Trad. esp. *Contrarrevolución y revuelta*. México: Joaquín Mortiz, 1973.
- Martré, Gonzalo. (1975) *La noche de la séptima llama*. México: Edamex.
- . (1978) *Los símbolos transparentes*. México: Claves Latinoamericanas.
- . (1986) *El movimiento popular estudiantil de 1968 en la novela mexicana*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Marroquín, Enrique. (1975) *La contracultura como protesta*. México: Joaquín Mortiz.
- Medina, Ignacio; Rubén Aguilar. (1971) *La ideología del CNH*. México: Heterodoxia.
- Melo, Juan Vicente. (1969) *La obediencia nocturna*. México: Era.
- Mendoza, María Luisa, La China. (1971) *Con él, conmigo, con nosotros tres...* México: Joaquín Mortiz.
- Merquior, José Guilherme. (1985) *Foucault*. Trad. esp. *Foucault o el nihilismo de la cátedra*. México: Fondo de Cultura Económica, 1988.
- . (1986) *Western Marxism*. Trad. esp. *El marxismo occidental*. México: Vuelta, 1989.
- Meza, Julián. (1967) *El libro del desamor*. México: Diógenes.
- Monsiváis, Carlos. (1966) *Autobiografía*. México: Empresas Editoriales.
- . (1971) *Días de guardar*. México: Era.
- Montes de Oca, Marco Antonio. (1967a) *Autobiografía*. México: Empresas Editoriales.
- . (1967b) *Las fuentes legendarias*. México: Joaquín Mortiz.
- Navarrete, Raúl. (1968) *Autobiografía*. México: Empresas Editoriales.

- Ocampo, Aurora, (comp.) *La crítica de la novela mexicana contemporánea*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Ojeda, Jorge Arturo. (1967) *Como la ciega mariposa*. México: Joaquín Mortiz.
- Olivera, Luis. (1992) *Impresos sueltos del movimiento estudiantil mexicano, 1968*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Olvera, Carlos. (1968) *Mexicanos en el espacio*. México: Diógenes.
- Pacheco, José Emilio. (1967) *Morirás lejos*. México: Joaquín Mortiz.
- . (1981) *Las batallas en el desierto*. México: Era.
- . (1969) *No me preguntes cómo pasa el tiempo*. México: Joaquín Mortiz.
- Palou, Pedro Ángel. (1998) *La casa del silencio*. Zamora: El Colegio de Michoacán.
- Paz, Octavio. (1950) *El laberinto de la soledad*. Segunda edición revisada, México: Fondo de Cultura Económica, 1959.
- . (1967) *Blanco*. México: Joaquín Mortiz.
- . (1968) *Corriente alterna*. México: Joaquín Mortiz.
- . (1969) *Ladera este*. México: Joaquín Mortiz.
- . (1971) *Posdata*. México: Siglo XXI.
- . (1979) *El ogro filantrópico*. México: Joaquín Mortiz.
- . (1989) *Poesía, mito, revolución*. México: Vuelta.
- . (1990) *Pequeña crónica de grandes días*. México: Fondo de Cultura Económica.
- . (1992) *Itinerario*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Peck, James, ed. (1987) *The Chomsky Reader*. Nueva York: Pantheon Books.
- Peláez, Francisco (Francisco Tario). (1968) *Una violeta más*. *Cuentos fantásticos*. México: Joaquín Mortiz.
- Pereira, Armando. (1995) *Novela de la revolución cubana (1960-1990)*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Piazza, Luis Guillermo. (1967) *La mafia*. México: Joaquín Mortiz.
- Pitol, Sergio. (1967a) *Autobiografía*. México: Diógenes.
- . (1967b) *No hay tal lugar*. México: Era.
- . (1984) *El desfile del amor*. Barcelona: Anagrama.
- . (1996) *El arte de la fuga*. México: Era.
- Ponce, Manuel. (1967) *Epifanías y teogonías*. México: Jus.
- Poniatowska, Elena. (1971) *La noche de Tlatelolco*. México: Era.
- . (1981) *Fuerte es el silencio*. México: Era.
- Ramírez, José Agustín (José Agustín). (1968a) *Inventando que sueño*. México: Joaquín Mortiz.
- . (1968b) *La nueva música clásica*. México: Joaquín Mortiz.
- . (1990) *Tragicomedia mexicana, I*. México: Planeta.
- . (1997) *La contracultura*. México: Grijalbo.
- Ramírez, Ramón. (1969) *El movimiento estudiantil de México*. Ensayos y documentos. Dos

- tomos, México: Era.
- Ramírez Garrido, Jaime. (1993) *José Revueltas*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Col. Tierra Adentro.
- Ramos, Agustín. (1979) *Al cielo por asalto*. México: Era.
- Revista *Zurda*. (1988) *A 20 años del '68*. México: Zurda Claves Latinoamericanas-Factor-El Juglar.
- Revueltas, José. (1964) *Los errores*. México: Fondo de Cultura Económica. . (1969) *El apando*. México: Era.
- . (1978) *México 68: juventud y revolución*. Tomo XV de sus obras completas, México: Era.
- Ribeiro, Darcy. (1971) *El dilema de América Latina. Estructuras de poder y fuerzas insurgentes*. México: Siglo XXI.
- Rodríguez Ledesma, Xavier. (1996) *El pensamiento político de Octavio Paz. Las trampas de la ideología*. México: Plaza y Valdés-Universidad Nacional Autónoma de México.
- Ruiz Abreu, Álvaro. (1992) *José Revueltas: los muros de la utopía*. México: Cal y Arena.
- Ruiz Basto, Jorge. (1992) *De la modernidad y otras creencias (en torno a Cambio de piel de Carlos Fuentes)*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Textos de Difusión Cultural.
- Russell, Bertrand. (1967) *Crimes of War in Vietnam*. Trad. esp. *Crímenes de guerra en Vietnam*. Madrid: Aguilar.
- Sabines, Jaime. (1967) *Yuria*. México: Joaquín Mortiz.
- Sáinz, Gustavo. (1969) *Obsesivos días circulares*. México: Joaquín Mortiz.
- Salazar Mallén, Rubén. (1968) *¡Viva México!* México: Costa-Amic.
- Sartre, Jean-Paul. (1972) *Situations VIII*. Trad. esp. *Alrededor del 68*. Buenos Aires: Losada, 1973.
- Scherer, Julio. (1986) *Los presidentes*. México: Grijalbo.
- Segovia, Tomás. (1967) *Anagnórisis*. México: Siglo XXI.
- Semo, Ilán, coord. (1993) *La transición interrumpida*. México: Nueva Imagen Universidad Iberoamericana.
- Sevilla, Renata. (1976) *Tlatelolco, ocho años después*. México: Posada, Col. Duda.
- Spota, Luis. (1972) *La plaza*. México: Grijalbo.
- Statera, Gianni. (1975) *Muerte de una utopía: evolución y decadencia de los movimientos estudiantiles en Europa*. Madrid: Felmar, Col. Abraxas.
- Stevens, Evelyn P. (1979) *Protesta y respuesta en México*. México: Diana.
- Stokely Carmichael, R. y Ch. V. Hamilton. (1967) *Poder negro*. México: Siglo XXI.
- Taibo II, Paco Ignacio. (1991) *68*. México: Joaquín Mortiz.
- . (1996) *Ernesto Guevara, también conocido como El Che*. México: Planeta-Joaquín Mortiz.
- Torre, Gerardo de la. (1967) *El otro diluvio*. México: Instituto Nacional de la Juventud

- Mexicana. . (1991) *Muertes de Aurora*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Tovar, Juan. (1967) *El mar bajo tierra*. México: Joaquín Mortiz.
- . (1968) *La plaza y otros cuentos*. México: Instituto Nacional de la Juventud Mexicana.
- Unzueta, Gerardo. (1969) *Sobre el movimiento estudiantil popular*. México: Fondo de Cultura Popular.
- Vizcaíno, Fernando. (1993) *Biografía política de Octavio Paz, o La razón ardiente*. Málaga: Algazara.
- Valle, Eduardo. (1972) *Escritos sobre el movimiento del 68*. México.
- Velasco Piña, Rafael. (1976) *Regina*. México: Jus.
- Vidal, Enrique. (1977) *La ciencia y la universidad socialista*. Madrid: Dussat.
- Wences Reza, Rosalío. (1971) *El movimiento estudiantil y los problemas nacionales*. México: Nuestro Tiempo.
- Winock, Michel. (1997) *Le siècle des intellectuels*. París: Seuil.
- Zaid, Gabriel. (1975) *Cómo leer en bicicleta*. México: Joaquín Mortiz.
- . (1979) *El progreso improductivo*. México: Siglo XXI.
- . (1988) *De los libros al poder*. México: Grijalbo.
- Zermeño, Sergio. (1988) *México: una democracia utópica*. México: Siglo XXI.
- Zuckermann, Alberto. (1993) *Ah, los 60, ¡qué suerte de vivirlos!* México: Plaza y Valdés.

Publicaciones periódicas

Excélsior

El Día

El Heraldo de México

El Nacional

El Sol de México

El Universal

Novedades

Política

Siempre!

Tiempo

Universidad de México

Impresión: Programas Educativos, S. A. de C. V.
Calz. Chabacano 65-A, 06850 México, D. F. Empresa certificada por el Instituto Mexicano de Normalización y Certificación, A. C, bajo la norma ISO-9002: 1994/NMX-CC-04: 1995 con el número de registro RSC-048, e ISO-14001: 1996/NMX-SAA-001: 1998 IMNC con el número de registro RSAA-003.
2-X-2006